Compendio de Teología cristológica

***"Cristianizar desde dentro el mundo entero..."*.**
Escrivá.

***Hace mucho tiempo que acariciábamos la idea de escribir un libro sobre la persona adorable de Jesucristo y su influencia capital sobre nosotros*. Con estas palabras inicia Antonio Royo Marín su tratado sobre Teología Cristológica siguiendo, a su vez, al Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, en el tratado *Verbo Encarnado* dqe su Suma Teológica.**

Para cristianizar desde dentro el mundo, tenemos que tener a Cristo adentro, inteligencia incluida. Iré enviando periódicamente breves acotaciones que sigan fielmente las huellas del de Aquinas, a quien la Iglesia propone como guía certero.

P R I M E R A P A R T E

Jesucristo

LIBRO I.- EL VERBO ENCARNADO

Plan general:

Introducción: El Verbo de Dios preexistente eternamente en el seno del Padre

Libro I. El Verbo Encarnado.

- **Sección Primera:**
  - **Conveniencia de la Encarnación**
  - **Naturaleza de la Encarnación**
  - **De las cosas asumidas por el Verbo**
- **Sección Segunda**
  - **Consecuencias de la Encarnación**
    - **En el mismo Cristo**
    - **Con relación al Padre**

- **Con relación a nosotros**

En el Libro II veremos los Misterios de la Vida de Cristo

CAPÍTULO PRELIMINAR.

El Verbo de Dios en el seno del Padre

"Al Principio era el Verbo" (Io I, 1)

Ninguno otro asunto merece tanto nuestra atención como el relativo a las personas y perfecciones divinas.
Por escala analógica del ser a través de las criaturas puede el entendimiento descubrir al Dios *uno*, creador de cuanto existe y precisar algunos de sus atributos más sublimes: su inmensidad, eternidad, simplicidad e infinita perfección.
Pero jamás acertará a sospechar, ni menos a descubrir, el menor vestigio de la vida íntima de Dios. Sólo por divina revelación podrá asomarse el hombre a ese abismo sin fondo ni riberas.
La revelación es un hecho. Dios ha hablado a los hombres.

Dios es Padre. Primera Persona de la Santísima Trinidad
El Padre tiene un Hijo engendrado por Él en el eterno *hoy* de su existencia.
Contemplándose a Sí mismo en el espejo purísimo de su propia esencia, el Padre crea una Imagen perfectísima de Sí mismo, que lo expresa y reproduce en toda su divina grandeza e inmensidad.
Imagen perfectísima, Verbo mental, Idea, Prototipo, Palabra viviente y substancial del Padre, constituye una Segunda Persona en todo igual a la primera, excepto en la real oposición de paternidad y filiación, que hace que la Primera sea Padre, y la Segunda Hijo.

Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.

San Juan presenta al Verbo o Palabra de Dios en tres frases que muestran sucesivamente:

a) **La ANTERIORIDAD del Verbo con relación a todo lo creado. "#Al principio", o sea, antes de que el mundo fuese hecho.**
b) **SU PRESENCIA ETERNA en Dios: y el Verbo estaba en Dios. Por la palabra Dios hay que entender aquí la persona del Padre.**
c) **Su DISTINCIÓN de la persona del Padre, Si *estaba en Dios* (Padre), es evidente que se distingue de Él.**
d) **Su DIVINIDAD en cuanto Verbo, o sea, en cuanto distinto del Padre: "Y el Verbo era Dios".**

Nótese la sublime elevación de estos versículos en medio de su aparente sencillez. Las palabras varían y, sin embargo, el pensamiento se eleva sucesivamente, como en un vuelo circular. Por eso, desde los tiempos de San Ireneo, se adjudica a San Juan el simbolismo del águila en pleno vuelo elevándose hacia el cielo. Crescendo majestuoso.

Todas las cosas fueron hechas por Él,
y sin Él no se hizo nada.

Después de haber descrito al Verbo en sus relaciones con el Padre, San Juan nos dice ahora el papel que ha desempeñado en la creación del mundo

Este versículo está compuesto de dos frases sucesivas unidas simplemente por la conjunción *y.* Según un procedimiento empleado corrientemente en la literatura judía (el paralelismo antitético), la segunda frase vuelve a tomar, en forma negativa, la idea expresada en la primera, pero con un nuevo matiz que importa destacar.

De la misma manera que, sobrenaturalmente, es preciso permanecer *en* Cristo puesto que *fuera de Él* no podemos hacer nada, no somos nada sobrenaturalmente hablando, así, en el orden natural, nada ha venido a la existencia sino *en* el Verbo de Dios.

Todo cuanto ha sido hecho, en Él era vida,
y la vida era la luz de los hombres.

Aunque se han dado por los exegetas diversas interpretaciones, la más aceptable es la siguiente:

Todo lo que se ha hecho, en Él es *vida*; es decir, todo cuanto ha sido creado es *vida* en el Verbo, toma su vida en el Verbo.
Y si el Verbo es llamado *Vida*, es precisamente porque es la fuente de la vida para todo aquello que vive en el seno de la creación.

En la segunda parte del versículo el Verbo, creador de cuanto existe, es considerado ahora en relación a los hombres: Él es la *vida* y la *luz* de los hombres.
La vida de que se habla aquí es la vida en su forma más noble, que es la de las criaturas espirituales, capaces de conocimiento natural y sobrenatural. Para ellas, vivir es *conocer*, por la razón en el orden natural, y por la fe en el orden sobrenatural.

Puesto que para un hombre vivir una vida verdaderamente digna es *conocer*, el Verbo vivifica a los hombres haciéndoles descubrir las verdades saludables. San Justino explica por la acción del Verbo los felices hallazgos de los filósofos paganos.

Y el Verbo se hizo carne,
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria, gloria como unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad.

Este versículo es riquísimo de contenido doctrinal. Tenemos aquí la primera mención explícita de la encarnación en el prólogo. Por *la carne* no hay que entender únicamente la parte corporal del hombre, sino el hombre todo entero, cuerpo uy alma.
Por la expresión *hemos visto su gloria*, San Juan hace alusión ya sea a los milagros de Cristo que manifestaban su divinidad, como a la transfiguración en el monte Tabor.
Por la expresión "*lleno de gracia y de verdad*" debe entenderse "*lleno de gracia y de fidelidad*".

La gracia es el amor misericordioso de Dios, que se da a su pueblo a pesar de sus rebeldías;
la fidelidad indica la permanencia de la gracia divina.

Porque la ley fue dada por Moisés,
la gracia y la vedad vino por Jesucristo.

Triple contraste:

***Real*: a la ley se contrapone la gracia y la verdad.**
Personal: a Moisés se opone Jesucristo.
***Funcional:* a una acción meramente transmisora sucede una acción verdaderamente eficiente.**

El contraste real precisa el sentido de *gracia* y *verdad*.
La ley era un régimen de justicia y una economía fugitiva y umbrátil.
Al antiguo régimen justiciero se contrapone *la gracia*, que es amor y generosidad.
A la antigua economía de sombras y figuras se contrapone *la verdad*, que es realidad consistente y maciza.

Resumen

Al principio, cuando Dios creó el cielo y la tierra, existía ya el Verbo…
Al principio habla Dios; envía su Verbo y es creado el mundo entero….
Todo fue creado por el Verbo y en el Verbo.

No que el Verbo fuera, Él mismo, el poder de Dios –contenía más bien en Sí el pensamiento que tenía Dios del mundo--; pero del Verbo provenía *El Soplo*, el *Espíritu* de Dios. Padre, Hijo, Espíritu Santo.

El Verbo es la vida y la luz de todo hombre creado a imagen y semejanza de Dios. La Vida consiste en estar algún día junto a Dios, fuente de toda alegría.

Dios es amor y está en nosotros. Emmanuel es el reino ya comenzado. El Verbo y el Padre son uno solo; y ha venido a la tierra para tomarnos a nosotros con Él en su retorno al Padre.

.....

Terminada esta rápida visión de la teología del Verbo de Dios tal como subsiste eternamente en el seno del Padre, vamos a abordar ahora la teología del Verbo *encarnado*, tal como se dignó aparecer y manifestarse entre los hombres.

LIBRO I.

El Verbo encarnado.

"Y el Verbo se hizo carne" (Io I, 14).

En el capítulo preliminar, hemos hablado brevemente de la persona del Verbo tal como subsiste desde toda la eternidad en el seno del Padre. Ahora vamos a asomarnos al misterio insondable de su encarnación, que constituye la verdad fundamental y básica del cristianismo. El tratado del Verbo encarnado es sin duda alguna, el más transcendental para nosotros y, al mismo tiempo, el más bello y emocionante de toda la teología católica.

El más grande de los dones de Dios y el principio de todos los demás es Dios mismo dándose a los hombres.

Vamos a dividir este libro primero en dos grandes secciones:

1ª La encarnación en sí misma.

2ª Consecuencias de la encarnación.

S E C C I Ó N I

La encarnación en sí misma.

Dividiremos la materia en cuatro capítulos:

1º Conveniencia, necesidad y motivo de la encarnación.

2º Naturaleza de le encarnación.

3º La divinidad de Cristo.

4º La humanidad de Cristo.

1. Nociones previas

A) Explicación nominal. Para desinar el gran misterio de la aparición del Verbo encarnado en el mundo se han empleado a través de los tiempos diversos nombres. Y así:

   a) Entre los Padres Griegos se encuentran las expresiones ***humanización, incorporación, asunción, revelación o manifestación de Dios, unión, conjunción, unión de Dios con el hombre***, y sobre todo ***economía.***

   b) Entre los Padres Latinos son frecuentes las expresiones ***asunción, incorporación, inhumanización, federación, conversión, aparición,*** etc. y sobre todo ***encarnación***.

El primero en emplear la palabra encarnación que acabó imponiéndose a todas las demás fue San Ireneo, que se deriva de la expresión del Evangelista San Juan; El Verbo ***se hizo carne*** (Io 1,14).

B) Explicación real. El misterio de la encarnación consiste realmente en la ***unión*** de la ***naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo.***

El Concilio ecuménico de Calcedonia (año 451) ,ciudad de Bitinia, en Asia Menor, definió solemnemente, contra loa monofisitas

[El **eutiquianismo** o **monofisismo** (del griego μόνος, *monos*, «uno», y φύσις, *physis*, «naturaleza») es la herejía que sostiene que en Jesús sólo está presente la naturaleza divina, pero no la humana**]**.**, las líneas fundamentales del gran misterio en las siguiente formas:**

"Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; consustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Deidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la virgen María, de acuerdo a la Humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; por ningún medio de distinción de naturalezas desaparece por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una Persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el Señor Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a Él, y como el Señor Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado."

Este gran misterio de la encarnación se puede considerar en dos sentidos:

a) **EN SENTIDO ACTIVO, la encarnación es la <u>acción por la cual Dios formó una naturaleza humana</u>, determinada y concreta, en el seno de la Santísima Virgen, <u>y la elevó y la hizo subsistir</u>, al mismo tiempo, <u>en la persona divina del Verbo</u>.**

b) **EN SENTIDO PASIVO, como se la considera ordinariamente, la encarnación consiste en <u>aquella admirable unión de la persona</u>**

divina del Verbo con la naturaleza humana, por la cual el mismo Cristo, que es verdaderamente Dios, es verdadero hombre.

2. **Posibilidad de la encarnación**

La encarnación es un hecho; luego está fuera de toda duda que es posible.

Pero ya supuesta la revelación divina del gran misterio, también la razón natural puede rebatir los argumentos de los herejes e incrédulos, demostrando con argumentos filosóficos o naturales, que no hay inconveniente ni dificultad alguna para que pueda realizarse este misterio ya que no repugna ni por parte del verbo ni ´por parte de las circunstancias.

Argumentos:

a) **No repugna por parte del misterio mismo.**
b) **No repugna por parte del Verbo Divino**
c) **No repugna tampoco por parte de las circunstancias.**

Pasemos a demostrarlo.

a) **La encarnación no repugna por parte del misterio mismo.**

   O sea, *por la naturaleza misma de las cosas*; porque la esencia de la encarnación consiste en que las *dos naturalezas, íntegras e inconfusas,* sean terminadas por el Verbo y *subsistan en una persona divina.*

   Es decir, la subsistencia, o el término por el cual una cosa se constituye en ser subsistente e incomunicable a otro, no pertenece a la esencia de la cosa,

   Por lo mismo, no hay inconveniente en que una substancia termine en una doble naturaleza como ocurre en Cristo, o en que,

varias subsistencias terminen en una sola naturaleza, como ocurre en le Trinidad.

Dos naturalezas no pueden ser informadas por una sola forma substancial, porque la forma substancial es la misma esencia o parte de la esencia,

y no puede multiplicarse la naturaleza si no se multiplican las formas;

pero la subsistencia, como realmente distinta de la esencia, afecta a la naturaleza de manera muy distinta que la forma.

b) La encarnación no repugna por parte del Verbo divino.

Al asumir la naturaleza humana y hacerla subsistir en Sí mismo e incomunicable a los demás, no experimenta el Verbo el menor cambio ni mutación.

El cambio o mutación afecta solamente a la naturaleza humana, que *queda privada de la personalidad humana* que hubiera tenido sin la unión hipostática, siendo *substituida por la personalidad divina* del verbo. La encarnación no introduce ningún cambio ni mutación en Dios y es, por consiguiente, perfectamente posible.

c) La encarnación no repugna por parte de las circunstancias.

Ninguna de las circunstancias de la encarnación relativas al tiempo, lugar, Virgen María, etc., contiene nada que repugne a la naturaleza humana o al poder de Dios.

De todo lo anterior se deduce con toda claridad que la razón humana no encuentra inconveniente alguno en la encarnación del Verbo y, por consiguiente, ha de reconocer que es perfectamente posible si Dios tiene la inmensa dignación y misericordia de querer realizarla.

CAPÍTULO I

Conveniencia, necesidad, y motivo de la encarnación

La primera cuestión del tratado del *Verbo encarnado* en la *Suma Teológica* de Santo Tomás la dedica el Doctor Angélico a estudiar la conveniencia, necesidad y motivo de la encarnación. La divide en seis artículos, pero su doctrina puede agruparse en tres:

1° Conveniencia de la encarnación

- **En sí misma…… (a.I).**
- **En el tiempo en que se realizó…… (a.5-6).**

2° Necesidad de la encarnación…… (a.2).

3° Motivo de la encarnación…… (a.3-4).

Vamos, pues, a exponer su doctrina en los tres artículos siguientes.

ARTÍCULO I

Conveniencia de la encarnación

- **En sí misma…… (a.I).**
- **En el tiempo en que se realizó…… (a.5-6).**

Conclusión 1ª. Fue convenientísima la encarnación del Verbo considerada en sí misma (a.I).

Notas preliminares:

1º Sentido de la cuestión. Afirmamos la conveniencia de la encarnación en sí misma, prescindiendo del motivo o finalidad con que Dios la intentó.

Y teniendo en cuenta únicamente la naturaleza divina. No puede hablarse de conveniencia por parte de la naturaleza humana, puesto que la encarnación la trasciende, y no hay entre ambas la menor proporción o conveniencia que reclamara, en modo alguno, directa ni indirectamente, la unión personal entre las dos.

2º Modos de comunicarse. Dios puedes comunicarse, y se ha comunicado de hecho a las criaturas de tres maneras:

a) ***Naturalmente*. En este sentido, se comunica absolutamente a todos los seres creados. Dios está en todos ellos por *esencia, presencia, y potencia* en virtud de su inmensidad. No existe, ni puede existir ningún ser creado que no esté en esa forma repleto de Dios, aunque se trate de una piedra, de un alma en pecado mortal, o del mismísimo demonio. (Cf. I 8, I4).**

b) ***Sobrenaturalmente.* En este sentido se comunica a todos los que poseen la gracia santificante, en este mundo o en el otro.**

c) ***Hipostáticamente*, o sea, elevando a una criatura racional a la unión *personal* con la divinidad. Es el modo de comunicación más alto que puede darse, y en este sentido se comunicó únicamente a la humanidad de Cristo. En esto consiste el misterio de la encarnación.**

Prueba de la Conclusión 1ª: Fue convenientísima la encarnación del Verbo considerada en sí misma.

Dos razones principales:

Iª. Por la naturaleza misma de Dios. A cada cosa le conviene aquello que le pertenece según su propia naturaleza (v. gr., al hombre, que es un ser racional, le conviene *razonar*). Dios es el Sumo Bien: le convendrá todo aquello que pertenece a la naturaleza del bien: difundirse. Y como es el Sumo Bien, difundirse en grado sumo. O sea, asumiendo una naturaleza creada y elevándola a la unión *personal* con Él, que es la suprema y máxima comunicación posible.

2ª. *Para la manifestación de los divinos atributos*.

Como dice san Pablo, las cosas invisibles de Dios se manifiestan a través de las cosas creadas.

La encarnación nos da a conocer de modo admirable:

a) ***La infinita bondad de Dios*, que no despreció la debilidad de nuestra pobre naturaleza.**
b) ***Su infinita misericordia*, ya que pudo remediar nuestra miseria sin necesidad de tomarla sobre sí.**
c) ***Su infinita justicia*, que exigió hasta la última gota de sangre de Cristo para el rescate de la humanidad pecadora**
d) ***Su infinita sabiduría*, que supo encontrar una solución admirable al difícil problema de concordar la misericordia con la justicia.**
e) ***Su infinito poder*, ya que es imposible realizar una obra mayor que la encarnación del Verbo, que juntó en una sola persona lo finito con lo infinito, que distan entre sí infinitamente.**

Dificultades

Santo Tomás redondea la doctrina con la solución de dificultades. Resumiremos las dificultades y soluciones que conciernen a la doctrina que se acaba de exponer:

Dificultad: *Dios es inmutable, luego no conviene a Su naturaleza el cambio de la encarnación*.

Respuesta:
La encarnación no introdujo cambio alguno en la naturaleza divina, sólo en la naturaleza humana de Cristo, que fue *elevada* a la unión *personal* con el Verbo.

Segunda dificultad: *Hay más distancia de Dios al hombre que de éste a un ser irracional. Luego, así como no estaría bien que el hombre asumiera una naturaleza irracional (suponiendo que fuera posible), tampoco está bien que Dios asuma una naturaleza humana.*

Respuesta:
Al contrario: es sumamente conveniente a la divina bondad y misericordia asumir una naturaleza humana, con el fin de salvar al hombre. El poder de Dios se manifiesta, además, uniendo lo que dista entre sí infinitamente.

De este argumento no se sigue que la encarnación sea *necesaria* en el sentido de que Dios tuviera la obligación de encarnarse. Siendo una comunicación *ad extra* –a la que el hombre no tenía derecho alguno- es libérrima por parte de Dios. Se sigue únicamente que si Dios decidía encarnarse era una cosa muy conveniente; pero si no se hubiera encarnado, no se hubiera seguido ningún inconveniente por parte de Dios.

Tercera dificultad: *No le es propio a la, inmensidad de Dios circunscribirse o encerrarse en la pequeñez de un niño recién nacido.*

Respuesta:
San Agustín responde admirablemente: Dios es inmenso por su virtud y poder, no por su tamaño (no tiene ninguno).

La grandeza de su poder no encuentra estrechez alguna en un lugar estrecho.

Así como la voz y la palabra del hombre, que es *transeúnte*, peregrino, os oída por muchos y por cada uno de sus oyentes, así el Verbo de Dios, que es *permanente*, está por entero en todas partes a la vez.

Conclusión 2ª: Fue convenientísima la encarnación del Verbo en el tiempo en que de hecho se realizó.

Ante todo, dos sencillos prenotados:

1. **Sentido de la cuestión: No podemos determinar a priori su conveniencia en el tiempo, porque todos fueron *posibles*. Dios lo hace todo convenientemente. Sólo podemos señalar las conveniencias y armonías de lo que Él hace.**

2. **La encarnación pudo haberse realizado:**
    a. **Al principio del mundo, antes del pecado del hombre.**
    b. **Inmediatamente después del pecado de nuestros primeros padres.**
    c. **Al fin de los tiempos.**
    d. **Cuando y cómo se realizó.**

Vamos a ver cómo no hubiera sido conveniente realizarla en cualquiera de las tres primeras, y sí muy conveniente cuándo se realizó.

a. No hubiera sido conveniente al principio del mundo:

Porque no se da la medicina sino a los enfermos. *"No tienen los sanos necesidad del médico…"* (Mt. 9, 12)

b. Tampoco enseguida en seguida después del pecado de Adán:

1. Para que el hombre -que pecó por soberbia- se humillara, reconociendo, por sus debilidades y flaquezas, la necesidad de un redentor.

2. Para ir pasando de lo imperfecto a lo perfecto: de la ley natural, a la ley mosaica, y de ésta a la evangélica.

3. Por la dignidad del Verbo encarnado, cuyo advenimiento fue conveniente que lo anunciaran una larga serie de profetas.

c. Tampoco al fin de los tiempos:

1. Para que no se enfriara el fervor de la fe por la extensión de la espera.

2. Para que el hombre no fuera tentado de desesperación pensando que Dios le había abandonado definitivamente.

3. Para que Cristo apareciera como Salvador de los tres tiempos posibles: en el pasado (Antiguo Testamento), en el presente (al realizarse la encarnación), y en el futuro (hasta el final de los tiempos)

d. Sino cuando y como se realizó:

1. Por los inconvenientes de los otros tiempos.

2. Porque Dios todo lo dispone con su infinita sabiduría del modo más conveniente. Por eso dice San Pablo que Dios envió a Su Hijo Unigénito "al llegar la plenitud de los tiempos" (Gal 4,4).

ARTÍCULO II

Necesidad de la encarnación.

Abordaremos ahora una de las cuestiones más importantes del tratado del *Verbo Encarnado*: <u>si fue necesaria la encarnación</u>, presupuesto el pecado del hombre.

Para resolverla convenientemente es preciso tener en cuenta dos prenotados, con varios acápites cada uno de ellos:

1º. Noción de los necesario. Una cosa puede ser necesaria de dos modos:

- **a)** *En absoluto*, **o sea, imprescindiblemente (v.gr., el aire para respirar).**
- **b)** *Relativamente,* **o sea, para mayor facilidad (v.gr., el automóvil para viajar)**

Como se ve, la necesidad relativa coincide con una mayor o menor *conveniencia*. No se trata de verdadera o absoluta necesidad.

2º. La reparación del pecado del género humano puede concebirse de varias maneras.

a) *Del todo gratuita y libre*, **o sea, condonando al pecado sin exigir ninguna reparación: "Te perdono", sin más.**

b) *Con alguna congrua reparación, fuera de las exigencias de la justicia*, **v.gr., pidiéndole al hombre, a cambio del perdón de sus pecados, ciertas obras de penitencia, mortificación, etc., realizadas con sus fuerzas naturales.**

c) *Con una reparación de justicia imperfecta,* **dándole primero Dios al hombre lo que le exige en retorno. De este género son nuestros méritos y satisfacciones realizadas en *estado de gracia*, que es un don sobrenatural recibido *gratuitamente* de Dios, con el cual podemos realmente *merecer* ante Él. Este merito establece una igualdad *proporcional* (no absoluta o estricta) entre lo debido y lo que se paga, pero no entre el ofensor y el ofendido.**

d) *Con una reparación de justicia estricta y perfecta,* **que establezca la igualdad absoluta entre el ofensor y el ofendido y entre lo debido y lo que se paga**

Teniendo en cuenta estos prenotados vamos a establecer unas conclusiones en torno a la necesidad de la encarnación.

Conclusión 1ª. La encarnación del Verbo *no fue absolutamente necesaria* para la reparación del género humano, apartado de Dios por el pecado.

La razón es porque, hablando en absoluto, Dios hubiera podido perdonar el pecado del hombre por simple condonación gratuita o exigiéndole tan sólo una pequeña satisfacción *congrua* (v.gr., ciertas penitencias o mortificaciones) o una reparación de justicia imperfecta, como hemos dicho en el segundo prenotado.

Los jueces humanos son simples administradores, no pueden dejar impunes los crímenes. Dios es, a la vez, el ofendido y el Juez *supremo*, no tiene a quien dar cuenta de sus actos. Puede hacerlo. Su

misericordia, dice Santo Tomás, no contradice a su justicia, sino que es su complemento y plenitud.

En las propias palabras de Santo Tomás:

"Si Dios hubiera querido liberar al hombre del pecado sin exigirle satisfacción alguna, no hubiera obrado contra la justicia. No puede perdonar la culpa o la pena, sin cometer una injusticia, aquel juez que debe castigar la culpa cometida contra otro hombre, o contra el Estado, o contra un superior.

Pero Dios no tiene superior, y Él es el bien común y supremo de todo el universo. Por eso, si perdona el pecado, que tiene razón de ofensa únicamente para Él, a nadie hace injuria; así como el hombre que perdona una ofensa a él inferida sin exigir satisfacción al ofensor, no comete injusticia alguna, sino que obra misericordiosamente".

"Cuando Dios usa de misericordia, no obra contra su justicia, sino que hace algo que está por encima de la justicia; como el que diese de su peculio doscientos denarios a un acreedor a quien no debe más que ciento, tampoco obraría contra la justicia, sino que se portaría con liberalidad y misericordia.

Otro tanto hace el que perdona las ofensas recibidas, y por esto el apóstol San Pablo llama «donación» al perdón. Por donde se ve que la misericordia no destruye la justicia, sino que, al contrario, es su plenitud. Por eso dice el apóstol Santiago: «La misericordia aventaja al juicio»".

Conclusión 2ª. Para la reparación del género humano, en plan de justicia estricta y perfecta, fue absolutamente necesaria la encarnación del Verbo o de otra cualquiera de las divinas personas.

Para una satisfacción condigna, según todo el rigor de la justicia estricta y perfecta, se requiere, no sólo la igualdad entre lo debido y lo pagado, sino también la igualdad entre el acreedor y el que satisface la deuda. Pero sólo una de las Personas divinas puede reunir estas condiciones tomando carne humana.

Luego, en este supuesto, la Encarnación era absolutamente necesaria para la redención del género humano.

El pecado, en efecto, abrió entre Dios y los hombres un abismo infinito, imposible de rellenar por parte del hombre si Dios le exigía una *reparación en justicia estricta*. A lo sumo podría el hombre ofrecerle a Dios una reparación de justicia imperfecta, recibiendo antes del mismo Dios lo que el hombre debería ofrecerle en reparación. Sólo un Hombre-Dios podía salvar la distancia infinita entre Dios y nosotros y pagar la deuda totalmente y con bienes propios.

Conclusión 3ª. La Encarnación del Verbo fue el modo más conveniente de redimir al hombre entre todos los modos posibles.

Para demostrarlo, establece Santo Tomás una doble serie de razones: en orden a promovernos al bien y en orden a apartarnos del mal.

a) En orden a promovernos al bien, la Encarnación fue el modo más conveniente de redimir al hombre, porque:

– Excita y corrobora nuestra fe, porque es el mismo Dios quien nos habla y revela sus misterios.

– Aumenta nuestra esperanza, al ver morir en la Cruz al mismo Hijo de Dios con el fin de salvarnos a nosotros.

– Aviva la caridad, porque "amor con amor se paga", y el amor de Dios a nosotros llega a su colmo al entregarnos a su Hijo Unigénito.

– Nos impulsa a obrar con rectitud al darnos en Cristo el ejemplar y modelo perfectísimo de todas las virtudes.

– Nos hace plenamente partícipes de la divinidad por la gracia santificante, que nos mereció Cristo, y nos hace verdaderos hijos de Dios.

b) En orden a apartarnos del mal, la Encarnación del Verbo:

– Nos libera de la esclavitud de Satanás, porque Cristo venció al demonio y al pecado y nosotros podemos vencerles también en virtud de los méritos de Cristo. Además, la naturaleza humana es, por la Encarnación del Verbo, más digna de veneración que la misma naturaleza angélica; con lo cual se nos quita la ocasión de la idolatría y veneración de los demonios, que son ángeles, aunque malos.

– Nos da una idea elevadísima de la verdadera dignidad de la naturaleza humana, santificada por la Encarnación del Verbo, y con ello nos mueve eficazmente a no profanarla por el pecado.

– Nos quita la presunción, fuente de muchos pecados. Porque la Encarnación del Verbo se verificó sin ningún mérito nuestro; es pura gracia y misericordia de Dios.

– Nos quita la soberbia, raíz de todos los pecados, al ver al Verbo de Dios dándonos el más grande y sublime ejemplo de humildad.

– Nos libera del pecado al aplicamos la satisfacción que Cristo ofreció por nosotros.

El hombre no podía satisfacer por sí mismo ni, mucho menos, por todo el género humano.

Dios no debía ofrecer satisfacción alguna.

La solución maravillosa fue juntar en Cristo las dos naturalezas, divina y humana, bajo una sola Persona: la divina del Verbo.

Dice hermosamente San León Magno: "La debilidad es recibida por la fortaleza; la humildad, por la majestad. Para que, como convenía a nuestro remedio, el mismo y único mediador entre Dios y los hombres pudiese morir como hombre y resucitar como Dios. Si no fuese verdadero Dios, no nos traería el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos hubiera dado ejemplo."

ARTÍCULO III

Motivo de la encarnación.

Cuestión desconocida en le Patrística. Los Santos Padres dan todos por supuesto que el motivo de la Encarnación fue la redención del género humano. Pero en el siglo XII el abad Ruperto planteó por primera vez *"si el Verbo se hubiera encarnado, aunque Adán no hubiera pecado".* A partir de entonces se incorporó esta cuestión a la teología y fue resuelta de diversos modos.

Sentido de la cuestión. No se trata de saber qué hubiera hecho Dios si no hubiera permitido el pecado del hombre. Todos admiten que, aunque el hombre no hubiera pecado Dios habría *podido* encarnarse. No tratamos de averiguar lo que Dios hubiera podido hacer, sino lo que ha hecho; o sea, el motivo de la encarnación, presupuestos la permisión y el hecho del pecado del hombre

Dos son las respuestas principales que han dado los teólogos a esta cuestión, que no está definida por la Iglesia y es, por consiguiente, de libre discusión:

a) Algunos afirman que, aunque el hombre no hubiera pecado, el Verbo se hubiera encarnado por la excelencia misma de la Encarnación, que vendría a coronar todas las obras exteriores de Dios.

Así piensan —con algunos matices distintos— el abad Ruperto, San Alberto Magno, Escoto, San Francisco de Sales.

Esta opinión no es imposible, ni siquiera inconveniente; pero sí menos probable que la siguiente

b) Otros muchos sostienen que, en virtud del presente orden de cosas, la Encarnación del Verbo se ordena de tal modo a la Redención del hombre, que, si Adán no hubiera pecado, el Verbo no se hubiera encarnado.

Así piensan Santo Tomás, San Buenaventura, Capreolo, el Ferrariense (Francisco Silvestre), Cayetano, Lesio, Vázquez, Valencia, Lugo, Salmanticenses, Billot y la mayor parte de los teólogos de todas las escuelas.

Esta opinión es mucho más probable que la anterior y es la que vamos a defender en las siguientes conclusiones.

Conclusión 1ª. En virtud del decreto de Dios, la Encarnación del Verbo se ordenó de tal modo a la Redención del género humano que, si el hombre no hubiera pecado, el Verbo no se hubiera encarnado.

Esta conclusión es más conforme a

a) **la Sagrada Escritura,**
b) **a la Tradición patrística,**
c) **al Magisterio de la Iglesia**

d) y a la razón teológica.

a) La Sagrada Escritura

La Sagrada Escritura ni una sola vez nos dice que el Verbo se habría encarnado, aunque el hombre no hubiera pecado; y, en cambio nos dice muchas veces que el Verbo se encarnó para salvarnos del pecado.

b) Los santos Padres.

En la época patrística era unánime la opinión de que la finalidad redentora era el motivo primario de la Encarnación.

San Ireneo: "Si no hubiera hombres que salvar, nunca el Verbo se hubiera hecho carne. Y si no hubiera buscado la sangre de los justos, nunca el Señor hubiera tenido sangre".

San Atanasio: "Aunque no se hubiera creado ninguna obra, el Verbo de Dios existía y el Verbo era Dios. Pero este mismo Verbo nunca se hubiera hecho hombre si la necesidad del hombre no lo hubiera reclamado".

San Juan Crisóstomo: "No hay otra causa de la encarnación sino ésta sola: nos vio derribados en tierra y que íbamos a perecer, oprimidos por la tiranía de la muerte, y se compadeció de nosotros".

San Agustín: "Si el hombre no hubiera perecido, el Hijo del hombre no hubiera venido. Y porque el hombre pereció, vino Dios hombre y se le halló hombre. Había perecido el hombre por su libre voluntad; vino Dios hombre por la gracia libertadora".

San León Magno: "Si el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, hubiera permanecido en el honor de su naturaleza y, engañado por la diabólica perfidia, no se hubiese desviado por la concupiscencia de la ley que se le impuso, el Creador del mundo no se hubiera hecho criatura, ni el sempiterno se hubiera hecho temporal, ni el Hijo de Dios, igual al Padre, hubiera asumido la forma de siervo y la semejanza

de la carne de pecado".

Los textos de los Santos Padres son, pues, del todo claros y explícitos; podríamos multiplicarlos en abundancia.

c) El Magisterio de la Iglesia.

El Magisterio de la Iglesia no ha definido expresamente esta cuestión; pero, de hecho, en los Símbolos de la fe se nos dice que *el Hijo de Dios descendió del cielo por nosotros y por nuestra salvació*n (Credo de la Misa).

Esto no excluye la posibilidad de que el Verbo se hubiera podido encarnar, aunque el hombre no hubiera pecado; pero se nos dice que, de hecho, en la presente economía de la gracia, se encarnó *para redimirnos del pecado.*

Pío XII, en su Encíclica *Haurietis aquas*, dice: "Los documentos legítimos de la fe católica, totalmente de acuerdo con las Sagradas Escrituras, nos aseguran que el Hijo de Dios tomó una naturaleza humana pasible y mortal *principalísimamente* porque anhelaba ofrecer, pendiente de la cruz, un sacrificio cruento para consumar la obra de la salvación de los hombres".

d) La razón teológica

Este es el razonamiento de Santo Tomás:

"Sobre esta cuestión han opinado algunos de diverso modo. Unos dicen que, aunque el hombre no hubiese pecado, se habría encarnado el Hijo de Dios. Otros opinan lo contrario, y parece que debe preferirse esta segunda sentencia.

La razón es porque aquellas cosas que dependen únicamente de la voluntad de Dios y que están por encima de todo cuanto se debe a las criaturas, no podemos conocerlas sino por la Sagrada Escritura, donde se nos revelan. Pero, como en todos los lugares de la Sagrada Escritura se nos dice que la razón de la encarnación es el pecado del

primer hombre, es más conveniente decir que la obra de la encarnación fue ordenada por Dios para remedio del pecado, de suerte que, si el pecado no se hubiera producido, tampoco se hubiera encarnado el Verbo. Sin embargo, el poder de Dios no queda limitado por esto, ya que Dios hubiera podido encarnarse, aunque el pecado no hubiera existido".

Conclusión 2ª.
Aunque la Encarnación del Verbo se ordenó de hecho a la redención del hombre, sin embargo, todas las cosas han sido ordenadas por Dios para gloria de Cristo como fin; principalmente el mismo hombre, mediante su redención del pecado.

a) Esta conclusión consta claramente en le Sagrada Escritura.
b) La razón teológica.

a) Hay innumerables testimonios en el Nuevo y en el Antiguo Testamento, he aquí unos pocos:

AT, Daniel 7, 14: "La fue dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno, que no acabará, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá."

NT, Romanos 14,9: "Por esto murió Cristo y resucitó para dominar sobre muertos y vivos."

b) La razón teológica.

Son muchas las razones que se pueden alegar. He aquí algunas de las más importantes:

1ª El hombre es la parte principal del universo visible. Pero el Verbo, que en cuanto tal ya tenía la supremacía sobre todo lo creado, conquistó por su Encarnación y Redención un nuevo título para la

supremacía sobre el hombre: el título de Salvador.

La Encarnación Redentora no disminuye la supremacía de Cristo, sino que la aumenta con un nuevo título: el de conquista. Sin la Encarnación Redentora, Cristo sería Rey del Universo por derecho natural, pero no por derecho de conquista.

2ª Con la Encarnación Redentora, Cristo se constituyó vencedor glorioso de la muerte y del demonio, haciéndose Señor de la vida.

3ª La predestinación de Cristo es causa de la nuestra; luego todos los hombres se ordenan a Cristo como fin, y esto se verifica con ocasión del pecado.

4ª Toda la gracia que se confiere al hombre redimido es gracia de Cristo (gratia Christi), y no sólo gracia de Dios (gratia Dei) como la que tenía Adán antes del pecado. Luego es evidente que la obra de la redención se ordena a la gloria de Cristo además y por encima de la salvación del hombre.

En la obra de la Encarnación pueden distinguirse, pues, tres fines diferentes, perfectamente coordinados entre sí:

1º El fin *inmediato* es la redención del género humano.

2º El fin *mediato* (o sea, el que se obtiene mediante el anterior) es la exaltación y gloria de Cristo Redentor.

3º El fin *último y absoluto* es la gloria de Dios, como en todas las operaciones exteriores de Dios.

Aplicación Mariológica

Como la encarnación fue ordenada a la redención, síguese que la predestinación de María fue también hecha en orden a nuestra redención.

La Virgen María fue predestinada para Madre del Redentor en cuanto tal. Este es el fundamento de la *corredención* mariana; lo exige así la inclusión de María en el orden hipostático, que—como veremos ampliamente más adelante—está constituido de una manera *absoluta* por Cristo, y de una manera *relativa* (pero con la relación esencial, indestructible, que hay entre una madre y su hijo) por la Virgen María.

Hay entre ambos un nexo ontológico, exigido por la naturaleza misma de las cosas; porque la maternidad divina de María consiste en la relación real que dice al Verbo encarnado y, por lo mismo, está como incluida en el orden hipostático. Y como María fue predestinada para ser Madre de Cristo Redentor y fue asociada por Él a su obra redentora, síguese que es verdaderamente la Corredentora de la humanidad con Cristo y por Él.

Conclusión 3.a El Verbo se encarnó para redimir todos los pecados de los hombres, pero principalmente el pecado original.

Esta conclusión tiene dos partes, que vamos a probar por separado.

PRIMERA PARTE: El Verbo se encarnó para redimir todos los pecados de los hombres. Entendido en el sentido de que Cristo murió en la cruz no sólo para redimir a los predestinados, o a los fieles, o a los elegidos, sino para redimir a todos los hombres del mundo sin excepción, esta

conclusión es de fe. Consta claramente por la Sagrada Escritura y por el magisterio de la Iglesia.

He aquí las pruebas:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. Recogemos algunos textos del todo claros y explícitos:**

«Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21)**.**

«Al día siguiente vio venir a Jesús y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (lo 1,29).

«Como por la transgresión de uno solo (Adán) llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo (Cristo) llega a todos la justificación de la vida» (Rom 5,18).

«Y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado» (1 lo 1,7). **«Él es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo»** (1 lo 2,2).

Nota sobre otras hipótesis posibles.

Los teólogos preguntan todavía qué hubiese ocurrido si sólo hubiera existido el pecado original, sin los pecados actuales, o sólo los actuales, sin el original. Suelen contestar de diversos modos, que no juzgamos adecuado citar.

Nos parece que la mejor solución de estas cuestiones es no dar ninguna. Porque, siendo cosas hipotéticas que dependen de la libre determinación de Dios, y no proporcionándonos la Sagrada Escritura ningún dato positivo sobre ello, todo se reduce a cábalas y conjeturas enteramente desprovistas de todo fundamento serio.

***Llegamos ahora a la cuestión más profunda y difícil de todo el tratado de la encarnación: su naturaleza íntima*:**

CAPITULO II

Naturaleza de la encarnación.

Llegamos ahora a la cuestión más profunda y difícil de todo el tratado de la encarnación: su naturaleza íntima, o sea, de qué modo se realizó la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona única y divina del Verbo.

Vamos a dividir nuestra exposición en tres artículos, siguiendo las huellas del Doctor Angélico

i. La unión en sí misma.

2. La persona asumente.

3. La naturaleza asumida.

ARTICULO I

LA UNIÓN DE LAS DOS NATURALEZAS EN LA PERSONA DIVINA DEL VERBO

Esta cuestión plantea gran cantidad de problemas, que vamos a examinar con la máxima extensión que nos permite el marco de esta exposición.

Imposible presentar con todo detalle los doce largos artículos que le dedica Santo Tomás y las múltiples teorías de las diferentes escuelas teológicas en torno, principalmente, al constitutivo metafísico de la persona. Nos limitaremos a exponer con toda claridad y precisión la *doctrina católica* en forma de conclusiones.

Conclusión Iª

(De fe divina, expresamente definida.):

Antes de proceder a su demostración es conveniente precisar:

A) **Visitándolo nuevamente (está en el Glosarios) y reafirmar el concepto de naturaleza**

B) **el verdadero sentido de la conclusión**

C) **y los principales errores y herejías que se han presentado contra ella.**

A) **CONCEPTO DE NATURALEZA. Por naturaleza (en griego q>úcns y también oúo-ía) se entiende en filosofía la esencia de una cosa en cuanto sujeto de las operaciones que le son propias. Responde a la pregunta ¿qué cosa es esto?, a la que se contesta: una piedra, un**

animal, un hombre. La respuesta indica la naturaleza de la cosa en cuestión, que la constituye en una determinada especie distinta de todas las demás.

No hay que confundir el concepto de naturaleza con el de persona; son dos cosas completamente distintas. La naturaleza, como acabamos de ver, responde a la pregunta ¿qué cosa es esto?, señalando la esencia de esa cosa, que la constituye en una determinada especie. La persona, en cambio, responde a la pregunta ¿quién es éste?, y señala el sujeto (Juan, Pedro, Pablo) que realiza operaciones mediante su naturaleza racional (su humanidad). La persona se refiere siempre a una naturaleza intelectual o racional (Dios, el hombre o el ángel), de la que señala el sujeto concreto (Dios Padre, Juan, Pedro, Gabriel, Rafael). La simple naturaleza, en cambio, puede referirse a seres intelectuales o racionales (Dios, un hombre, un ángel) o irracionales (un caballo, un perro) o incluso (una piedra). La naturaleza designa a la cosa; la persona designa al yo.

Es imposible entender el verdadero alcance del dogma católico si no se tienen en cuenta estas nociones elementales. La fe nos enseña—como vamos a explicar en seguida—que en Cristo hay dos naturalezas perfectamente distintas, la divina y la humana: es Dios y hombre verdadero. Pero no hay en El más que una sola persona, un solo yo: la persona divina del Verbo, el yo divino del Hijo de Dios.

SENTIDO DE LA CONCLUSIÓN.

Como acabamos de decir, el dogma católico nos enseña que en Cristo hay una sola persona divina—la del Verbo—en dos naturalezas distintas: divina y humana.

Prescindiendo ahora de la personalidad divina—de la que hablaremos más tarde—, afirmamos en la presente conclusión que las dos naturalezas que hay en Cristo—la divina y la humana—no se fusionaron entre sí para constituir una sola u otra tercera, sino que, después de la unión, permanecieron perfectamente distintas entre sí, o sea, íntegras e inconfusas como si no se hubiera realizado la unión de ambas con la persona divina del Verbo.

ERRORES Y HEREJÍAS.

Contra la doctrina católica recogida *en* la conclusión se alzó el llamado *monofisismo,* que, aunque presentó formas muy variadas, tuvo por principal inspirador a Eutiques (después del año 454), archimandrita o abad de su monasterio de Constantinopla, quien, reaccionando exageradamente contra la herejía de Nestorio—que, como veremos, afirmaba la existencia de *dos personas* en Cristo—, cayó en el extremo contrario al afirmar la fusión de la naturaleza humana con la divina y, por lo mismo, la existencia de *una sola naturaleza* en Cristo. Así como una gota de vinagre arrojada al mar toma la naturaleza de éste, la naturaleza humana de Cristo se diluyó en el mar de la divina, y, por lo mismo, después de la unión las dos naturalezas quedaron convertidas en una sola: la divina.

Entre las diversas ramificaciones del monofisismo destaca la de los que afirmaban que de la unión de las dos naturalezas en Cristo resultó una nueva y tercera *naturaleza mixta,* que abarcaba en sí la divina y la humana. Otros decían que la divinidad y la humanidad

de Cristo, sin cambiar en sí mismas, formaban una sola naturaleza «compuesta», de manera semejante a como el cuerpo y el alma juntos forman la naturaleza del hombre.

Prueba de la conclusión:

La doctrina de la conclusión es un *dogma de fe* que vamos a probar por los lugares teológicos tradicionales:

- ***a)*** **La sagrada escritura.**
- ***b)*** **El magisterio de la iglesia.**
- ***c)*** **La razón teológica**

a) **La sagrada escritura.**

Consta claramente en la Sagrada Escritura que Cristo es *verdadero Dios y verdadero hombre;* lo cual no podría ser si no existieran en El las dos naturalezas, divina y humana, íntegras y perfectas.

He aquí, por vía de ejemplo, algunos textos inequívocos:

DIVINIDAD.
«En verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo* (Io 8,58).
«Yo y el Padre somos una sola cosa» (Io 10,30).
«Y el pontífice le dijo: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios». Díjole Jesús: «Tú lo has dicho» (Mt 26,63-64).
HUMANIDAD.
«Jesús *crecía* en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (Le 2,52).
El evangelio nos dice, además, que Jesús «tuvo hambre» (Mt 4,2) y «sed» (Io 19,28); que «durmió» (Mt 8,24); que se sintió «cansado del camino» (Io 4,6); que «lloró» ante el sepulcro de Lázaro (Io 11,35) y a la vista de Jerusalén (Le 19,41); que sintió una «tristeza mortal» (Mt 26,37-38), y, finalmente, que «murió» en la cruz (Le 23,46).

Todo esto hubiese sido imposible si no hubiese tenido una naturaleza humana, o sea, si no hubiera sido verdaderamente *hombre.*

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

La Iglesia ha definido expresamente esta verdad en diversas ocasiones, principalmente en el concilio de Calcedonia, celebrado el año 451 contra Eutiques bajo el pontificado del gran San León Magno.

He aquí el texto de la declaración dogmática:

«Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos... que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo, Hijo, Señor unigénito, en *dos naturalezas,* sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo *en una sola persona y en una sola hipóstasis,* no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo, Señor Jesucristo» (D 148).

En el *Símbolo del concilio de Toledo* del año 447 se dice expresamente:

«Si alguno dijere o creyere que la divinidad y la carne son en Cristo una sola naturaleza, sea anatema» (D 33).

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA

1.° Si la unión de las dos naturalezas se hubiera realizado fundiéndose en la divina—como quería Eutiques—, Cristo no sería verdadero hombre y, por lo mismo, no hubiera podido ofrecer a Dios el sacrificio redentor.

2.^{0} Si de la unión hubiera resultado otra nueva y tercera *naturaleza mixta*—como afirmaban otros monofisitas—, Cristo no sería ni Dios ni hombre, sino otra tercera cosa distinta de las dos.

3.^{0} Tampoco puede admitirse el que ambas naturalezas formaran una sola naturaleza «compuesta»—como enseñaban otros monofisitas—, porque para ello sería menester que la divinidad hiciera el papel de forma substancial de la humanidad (de manera semejante a como el alma humana informa el cuerpo para formar al hombre), y es imposible que la naturaleza divina sea *forma* de algún cuerpo.

Nota: ***Pío XII explicó ampliamente esta doctrina en su encíclica Sempiternas Rex,***

Por la extrema importancia que debemos darle a la condenación de esta herejía, aclarando la doctrina verdadera, escuchemos a Karl Adam explicando los absurdos filosóficos del monofisismo en cualquiera de sus versiones:

«El monofisismo es metafísicamente imposible, porque ataca la idea misma de Dios, su infinitud y su inmutabilidad. Una naturaleza finita puede, ciertamente, recibir su subsistencia, su personalidad, de una persona infinita; pero no puede jamás confundirse en una sola cosa con la naturaleza divina. Lo finito no puede jamás disolverse en lo infinito o confundirse con él si lo infinito ha de seguir siendo infinito.

Se hallan aquí frente a frente dos categorías del ser que no pueden absolutamente compararse. Un cero no puede, por ninguna operación, convertirse en una unidad. Ese cero es <u>"la humanidad de Jesús como magnitud contingente y creada"</u> frente al ser absoluto de Dios.

> **Estas son las razones fundamentales que hacen imposible el monofisismo en cualquiera de sus formas y que vienen a confirmar—al menos indirecta o negativamente—el dogma católico, que salva todos estos inconvenientes al enseñar que las dos naturalezas —divina y humana—permanecieron en Cristo, después de la unión, perfectamente íntegras e inconfusas; con lo cual Cristo es, a la vez, verdadero Dios y verdadero hombre.**

Conclusión 2.ª La unión de las dos naturalezas en Cristo se realizó en la persona divina del Verbo; y, por lo mismo, no hay en Cristo más que una sola persona, no humana, sino divina. (De fe divina, expresamente definida.).

Ante todo, vamos a recordar el concepto de persona, el verdadero sentido de la cuestión y los errores y herejías contrarios al dogma católico.

1. CONCEPTO DE PERSONA. Como ya dijimos en los prenotandos de la conclusión anterior, *la persona* (irpóacoTrov) designa al sujeto (subiectum *quod* de los escolásticos) que realiza operaciones mediante su naturaleza racional (subiectum quo). Es clásica la definición de Boecio: *Substancia individual de naturaleza racional*, que conviene explicar u n poco:

a) SUBSTANCIA, o sea, un ser subsistente por sí mismo, a diferencia de los accidentes (color, tamaño, figura, etc.), que necesitan apoyarse en una substancia, a la que modifican accidentalmente (dándole tal color, figura, tamaño, etc.).

b) INDIVIDUAL, o sea, completa en sí misma e *incomunicable* a los demás. Todos los individuos de una misma especie comunican en una misma naturaleza común (v.gr., todos los hombres del mundo son *hombres*, tienen la naturaleza *humana)*; pero una *persona individual* es *única* en el mundo, no puede multiplicarse la propia personalidad (no puede haber dos personas que tengan el mismo *yo*, que sean la *misma persona*). La persona es siempre *única e incomunicable* a cualquier otra.

c) DE NATURALEZA RACIONAL. La persona no puede darse más que en una naturaleza *racional, intelectual*. Sólo Dios, los ángeles o los hombres son personas; no los seres irracionales o inanimados (animales o cosas).

Los teólogos suelen usar indistintamente las palabras *persona, supuesto o hipóstasis*, aunque en los primeros siglos de la Iglesia se empleó alguna vez esta última expresión para designar la simple naturaleza. Por eso, en el lenguaje teológico, para designar la unión realizada entre las dos naturalezas de Cristo con la persona del Verbo, se usan indistintamente las expresiones unión personal, o en un solo *supuesto*, o unión *hipostática.*

2. SENTIDO DE LA CUESTIÓN.

Es un hecho—como vimos en la conclusión anterior—que en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, perfectamente distintas e inconfusas entre sí. Vamos a ver ahora de qué manera se unieron esas dos naturalezas en la persona divina del Verbo para formar en Cristo una sola persona, no humana, sino divina.

3. ERRORES Y HEREJÍAS.

Los principales errores y herejías en torno a la cuestión que nos ocupa son los siguientes:

1^0. Diodoro de Tarso (f 392) enseñó que en Cristo hay dos naturalezas y una sola persona. Pero confundió los conceptos de ambas cosas y afirmó que en Cristo había que distinguir al Hijo de Dios del hijo de David. El Hijo de Dios habitaba en el hijo de David, pero sin constituir con él un solo yo. La Virgen María fue madre del hijo de David, pero no del Hijo de Dios.

2^0. Teodoro de Mopsuestia (t 428) admite también dos naturalezas y una sola persona. Pero la humanidad de Cristo no subsiste en el Verbo, sino que éste inhabita en ella como en un hijo adoptivo. María es por naturaleza madre de Cristo hombre, y sólo por relación madre de Dios.

3^0. Nestorio, monje en Antioquía y más tarde patriarca de Constanrinopla (f 451), fue el principal inspirador de la herejía. Aunque empleó con frecuencia un lenguaje ambiguo y confuso, las líneas fundamentales de su pensamiento parecen ser las siguientes:

a) En Cristo no solamente hay dos naturalezas, sino también dos personas perfectamente distintas: la divina y la humana.

b) Cristo en cuanto hombre es una persona humana; en cuanto tal no es Dios, sino únicamente portador de Dios (teóforo).

c) La Virgen María fue madre de Cristo hombre (XPKTTOTÓKOS), pero no madre de Dios (9ÉOTÓKOS).

Estas viejas herejías fueron resucitadas en diversas formas a través de los siglos por multitud de herejes, racionalistas e incrédulos. Pero, en el fondo, vienen a reducirse todas al nestorianismo más o menos disfrazado.

Vamos a exponer ahora la prueba de la conclusión por los lugares teológicos tradicionales.

Prueba d e la conclusión:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. En la Sagrada Escritura no sólo se nos habla de las dos naturalezas de Cristo—como vimos en la conclusión anterior—, sino que se nos dice clara y expresamente que el Hijo de Dios se hizo carne, nació, padeció, murió, etc., y que Jesús hombre es Dios. Lo que se dice de Dios se dice del hombre, y lo que se dice del hombre se dice de Dios. Lo cual quiere decir que las dos naturalezas estaban unidas en la persona única del Hijo de Dios, o sea, del Verbo divino.**

He aquí algunos de los textos más claros y expresivos:

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Io 1,14).

«Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo» (Io 3,13).

«De quienes (los israelitas), según la carne, procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén» (Rom 9,5).

«Mas al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley» (Gal 4,4).

b) Los SANTOS PADRES:

Son innumerables los textos de los Santos Padres relativos a la cuestión que nos ocupa. Recogemos unos pocos por vía de ejemplo.

SAN EFRÉN: «El mismo Dios, que es impasible, fue pasible e impasible. No fue clavado a la cruz solamente el cuerpo, sino que fue crucificado Dios hombre. El que clamó en alta voz y expiró, el que tuvo su costado perforado por la lanza, ese mismo es el Dios escondido».

SAN HILARIO: «Esta es la verdadera fe de la humana felicidad: proclamar a Dios y al hombre, confesar al Verbo y a la carne; ni ignorar que Dios sea hombre, ni desconocer que la carne sea el Verbo».

SAN GREGORIO NAZIANCENO: «Si alguno no cree que Santa María es madre de Dios, está fuera de la divinidad. Si alguno dijere que Cristo pasó por la Virgen como el agua por un canal, pero que no fue formado en ella de un modo a la vez divino y humano: divino, porque se hizo sin varón, y humano, porque fue concebido según las leyes acostumbradas, es un ateo. Si alguno dice que fue formado el hombre y después entró en él Dios, debe ser condenado; porque esto no es engendrar a Dios, sino fuga de generación...».

SAN EPIFANIO: «No tenemos dos Cristos ni dos reyes Hijos de Dios, sino el mismo Dios y el mismo hombre. No porque el Verbo habitó en el hombre, sino porque todo él se hizo hombre... Verbum caro factura est».

SAN JUAN CRISÓSTOMO : «Dios y hombre, Cristo. Dios por la impasibilidad, hombre por la pasión. Un solo Hijo, un solo Señor...».

SAN JERÓNIMO: «La gloria del Salvador es el patíbulo triunfante. Se le crucifica como hombre, se le glorifica como Dios... Decimos esto no porque creamos que uno es el Dios y otro es el hombre y hagamos dos personas en el solo Hijo de Dios, como calumnia la nueva herejía; sino que uno y el mismo Hijo de Dios es también el hijo del hombre».

SAN AGUSTÍN: «El mismo que es Dios es hombre, y el mismo que es hombre es Dios, no por confusión de la naturaleza, sino por la unidad de la persona»

c) E L MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

La Iglesia profesó siempre, desde los tiempos apostólicos, la doctrina que hemos recogido en la conclusión, como consta claramente en multitud de Símbolos de la fe. Pero fue en el concilio de Éfeso, celebrado el año 431 bajo el pontificado de San Celestino I, donde se condenó en bloque la doctrina de Nestorio, y se proclamó la personalidad única y divina de Cristo bajo las dos naturalezas, y, por consiguiente, la maternidad divina de María.

El gran campeón de la fe fue San Cirilo, patriarca de Alejandría, que intentó varias veces convencer a Nestorio para que retractara sus errores, y, en vista de su obstinación, provocó la reunión del concilio para condenarlos solemnemente.

El pueblo cristiano de Éfeso, que aguardaba fuera del templo el resultado de las deliberaciones de los obispos reunidos en concilio, al enterarse de la proclamación de la maternidad divina de María, prorrumpió en grandes vítores y aplausos y acompañó a los obispos por las calles de la ciudad con antorchas encendidas en medio de un entusiasmo indescriptible.

He aquí el texto principal de la carta segunda de San Cirilo a Nestorio, que fue leída y aprobada en la sesión I del concilio de Éfeso:

«No decimos que la naturaleza del Verbo, transformada, se hizo carne; ni tampoco que se transmutó en el hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; afirmamos, más bien, que el Verbo, habiendo unido consigo, según hipóstasis o persona, la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible y fue llamado Hijo del hombre, no por sola voluntad o por la sola asunción de la persona.

Y aunque las naturalezas sean diversas, juntándose en verdadera unión, hicieron un solo Cristo e Hijo; no porque la diferencia de naturalezas fuese suprimida por la unión, sino porque la divinidad y la humanidad, por misteriosa e inefable unión en una sola persona, constituyeron un solo Jesucristo e Hijo.

Porque no nació primeramente un hombre cualquiera de la Virgen Santísima, sobre el cual descendiera después el Verbo, sino que, unido a la carne en el mismo seno materno, se dice engendrado según la carne, en cuanto que vindicó para sí como propia la generación de su carne… Por eso (los Santos Padres) no dudaron en llamar Madre de Dios a la Santísima Virgen».

> **Hay que citar, además, que San Cirilo enunció sus doce famosos anatematismos que reflejan la doctrina que triunfó plenamente en Éfeso.**
>
> **Los más importantes fueron:**
>
> **«Si alguno no confiesa que Dios es verdaderamente el Emmanuel y que por eso la Santa Virgen es Madre de Dios, pues dio a luz según la carne al Verbo de Dios hecho carne, sea anatema».**
>
> **«Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios Padre se unió a la carne según hipóstasis y que Cristo es uno con su propia carne, a saber, que es Dios y nombre al mismo tiempo, sea anatema».**
>
> **«Si alguno distribuye entre dos personas o hipóstasis las expresiones contenidas en los escritos apostólicos o evangélicos, o dichas sobre Cristo por los santos, o por el propio Cristo hablando de sí mismo; y unas las acomoda al hombre entendiéndolo aparte del Verbo de Dios, y otras, como dignas de Dios, las atribuye al solo Verbo de Dios Padre, sea anatema»**

El concilio de Éfeso no definió expresamente estos anatematismos, limitándose a condenar en bloque la doctrina de Nestorio. Pero el

concilio II de Constantinopla (quinto de los ecuménicos), celebrado el año 553 bajo el pontificado del papa Vigilio, alabó e hizo suyos en una fórmula dogmática los doce anatematismos de San Cirilo, considerándolos como parte de las Actas del concilio de Éfeso. Tienen, pues, verdadero valor dogmático

Recogemos a continuación, en forma brevísima, los restantes artículos de la cuestión de la Suma Teológica que estamos examinando.

1º *La unión del Verbo divino con la humanidad de Cristo es hipostática, esto es, se hizo en el mismo «supuesto» o «hipóstasis» del Verbo.*

Santo Tomás dedica un artículo a esta cuestión para deshacer el error de los que, ignorando la *identidad entre persona, supuesto e hipóstasis en una naturaleza racional*, dijeron que la unión del Verbo con la naturaleza humana de Cristo se había realizado en la persona, pero no en el supuesto o hipóstasis del Verbo; de donde concluían que en Cristo había una sola persona, pero dos supuestos o hipóstasis, uno divino y otro humano, lo cual es herético.

2º La persona de Cristo puede denominarse, en cierto modo, persona compuesta.

Porque, aunque en sí misma es simplicísima—es el Verbo mismo de Dios—, por razón de su unión con la humanidad puede decirse compuesta, en cuanto que subsiste en dos naturalezas distintas.

3º La humanidad de Cristo consta de alma y cuerpo, como la nuestra.

Porque Cristo es verdadero hombre, en todo igual a nosotros menos en el pecado (cf. Heb r 2,17). Decir lo contrario sería herético, puesto que destruiría la verdad de la encarnación.

4º La humanidad de Cristo fue unida al Verbo divino substancialmente, no accidentalmente.

Porque el Verbo no se revistió de la humanidad, sino que se hizo verdaderamente hombre, como nos enseña la fe: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Io 1,14).

5.° Aunque la persona de Cristo es increada—es el mismo Verbo divino—, la unión de las dos naturalezas en Cristo es una realidad creada.

Porque esa unión no existió desde toda la eternidad, sino que empezó en el momento de la encarnación. Y ella no introdujo ningún cambio ni mutación en el Verbo —que es, de suyo, inmutable—, sino únicamente en la humanidad de Cristo, que empezó a existir unida hipostáticamente al Verbo.

6.° No es lo mismo unión que asunción

Puede decirse indistintamente que la naturaleza humana está unida a la divina, o la divina a la humana; pero no puede decirse que la naturaleza humana asumió la naturaleza divina, sino al revés: la naturaleza divina asumió la human a en la persona del Verbo.

7^0 *La unión de las dos naturalezas en Cristo es la máxima unión que puede darse por parte de aquello en que se unen, pero no por parte de las dos cosas que se unen.*

Porque las dos naturalezas de Cristo se unen en la persona divina del Verbo, lo que establece la unión más íntima y profunda que puede darse: la unión en unidad de persona.

Pero por parte, de las dos cosas que se unen no es la máxima unión, puesto que la naturaleza humana y la divina distan infinitamente entre sí.

Nótese que, en el primer aspecto, o sea, por parte de la persona divina en que se unen, la unión de las dos naturalezas en Cristo es la más excelente de todas las uniones posibles, tanto en el orden natural como en el sobrenatural. La misma gracia santificante, que supera en excelencia a todas las demás realidades creadas substanciales o accidentales, vale infinitamente menos que la unión de las dos naturalezas en Cristo.

La unión de las dos naturalezas en Cristo es tan íntima y profunda, que es de suyo indisoluble. La muerte misma de Cristo —que consistió, como la nuestra, en la separación del alma del cuerpo— no pudo romper la unión hipostática de las dos naturalezas. Durante los tres días de la muerte de Cristo, el Verbo divino permaneció hipostáticamente unido al alma y al cuerpo de Cristo separados entre sí. Volveremos sobre esto en el lugar correspondiente.

8° La unión de la encarnación no fue hecha por la gracia santificante, sino por un don sobrenatural incomparablemente más excelente.

Quiere esto decir que la unión de las dos naturalezas en Cristo no se realizó mediante la gracia habitual o santificante, sino por la *gracia de unión*, que es incomparablemente superior y el don sobrenatural por excelencia.

La gracia habitual es la que une a los santos con Dios dándoles una participación *accidental* de la naturaleza divina; mientras que la gracia *de unión* elevó la humanidad de Cristo a la unión sustancial con Dios en la persona del Verbo. La unión sustancial es incomparablemente superior a la accidental.

La gracia santificante reside únicamente en el alma. Cristo la poseyó en toda su plenitud, como veremos más adelante. Pero la gracia de unión afecta a la naturaleza humana completa, o sea, al alma y al cuerpo de Cristo. Por eso dice San Pablo que «en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9).

De donde se sigue que *la divinidad habitó en Cristo de tres maneras* diferentes, que afectan a tres órdenes completamente distintos:

a) NATURALMENTE, por esencia, presencia y potencia, como en todos los demás seres del universo.

b) SOBRENATURALMENTE, por la gracia santificante, que poseyó Cristo en toda su plenitud absoluta. De esta gracia participan también los santos, o sea, todas las almas en gracia.

c) HIPOSTÁTICAMENTE, por la gracia de unión, que es propia y exclusiva de Cristo.

9º *La encarnación no se verificó en virtud de algún merecimiento de Cristo o de cualquier otra persona, sino del todo gratuitamente.*

No pudo merecerla el mismo Cristo antes de la encarnación ni después de ella:

a) No antes, porque nadie puede merecer antes de existir. Y Cristo no existió un solo instante como puro hombre, sino que desde el momento mismo de su concepción fue, a la vez, Dios y hombre verdadero, por la unión personal de su naturaleza humana con el Verbo divino. No podía merecer lo que tuvo ya desde el primer momento.

b) Ni tampoco s e realizó en atención a los méritos futuros de Cristo, previstos por Dios antes de la encarnación. Porque, si nadie puede merecer la gracia santificante—que es el principio del mérito, o sea, la condición indispensable para empezar a merecer en el orden sobrenatural—, mucho menos podrá merecer nadie la gracia de unión, que es mu y superior a la gracia santificante y el principio de la misma.

Santo Tomás admite, sin embargo, que de una manera impropia e imperfecta (de congruo) los patriarcas de la Antigua Ley y, sobre todo, la Santísima Virgen María pudieron merecer—o, más exactamente, *impetrar*—la encarnación con sus ardientes deseos y oraciones.

10º. La gracia de unión y la gracia santificante fueron naturales en Cristo en el sentido de que las tuvo desde su concepción natural, pero no en el sentido de que fueran causadas en él por algún principio natural.

Escuchemos a Santo Tomás: «La gracia de Cristo, tanto la de unión como la habitual, no puede denominarse natural si queremos decir con ello que ha sido causada por los principios de la naturaleza humana; aunque puede llamarse natural en cuanto que la posee la naturaleza humana en virtud de la naturaleza divina que la causa. Se llaman, empero, ambas gracias naturales a Cristo, en cuanto que las poseyó desde su nacimiento; porque ya desde el primer instante de su concepción la naturaleza humana estuvo unida a la divina y su alma fue llena de gracia».

ARTICULO II

LA PERSONA DIVINA ASUMENTE

Después de haber examinado *la encarnación en sí misma*, vamos a estudiarla como *parte de la persona divina asumente y de la naturaleza humana asumida.*

Santo Tomás dedica a la persona asumente una cuestión dividida en ocho artículos. Expondremos los puntos fundamentales de su doctrina en forma de conclusiones claras y sencillas.

Conclusión 1ª *La denominación «asumente» conviene propia y primariamente a la persona divina, y sólo secundariamente a la naturaleza divina.*

La razón es porque, aunque la naturaleza divina sea el principio de la encarnación—como acción divina ad extra, común a las tres divinas personas—, *el término* se aplica *únicamente la persona del Verbo*. Fue únicamente la persona divina del Verbo quien asumió la naturaleza humana, aunque la acción asuntiva corresponda a las tres divinas personas. Luego la expresión asumente conviene propia y directamente a la persona divina del Verbo y *sólo secundariamente a la naturaleza divina común a las tres personas*.

Conclusión *2ª Sin embargo, la misma esencia o naturaleza divina —o sea, Dios en cuanto uno—hubiera podido encarnarse si hubiera querido.*

Porque en Dios hay una subsistencia absoluta (la de la esencia) y tres relativas (las de las personas), y no hay inconveniente en que la subsistencia absoluta asuma una naturaleza humana, aunque no la asuman las divinas personas por razón de sus propias subsistencias relativas

La esencia divina por razón de su subsistencia absoluta puede abarcar varias naturalezas o esencias distintas, incluso todas las del universo, sin que por esto se incurriera en panteísmo: sólo habría unidad en la subsistencia, no en la esencia o naturaleza.

Conclusión 3ª Cualquier persona divina puede asumir una naturaleza humana, aunque no la asuman las otras dos.

Esta conclusión se deduce de la divina revelación, ya que sabemos por la fe que se encarnó únicamente la persona del Verbo, no el Padre ni el Espíritu Santo.

Aunque, si Dios hubiera querido, se hubiera podido encarnar el Padre o el Espíritu Santo, ya que la encarnación consiste—como vimos—en que la humanidad sea asumida por una persona divina, que puede ser cualquiera de las tres, o incluso el mismo Dios en cuanto uno, como hemos visto en la conclusión anterior.

Conclusión 4ª Las tres divinas personas, o dos de ellas, podrían asumir una misma e idéntica naturaleza humana.

Dos son las razones con que lo prueba Santo Tomás:

a) Porque las tres divinas personas subsisten, de hecho, en una sola naturaleza divina; luego también podrían subsistir en una sola naturaleza humana (argumento sed contra).

b) Porque las personas divinas no se excluyen en la comunión de una sola naturaleza, sino únicamente en la comunión de una misma persona (sería contradictorio: el Padre sería el Hijo).

Corolario. De la segunda razón se desprende que es absolutamente imposible que una o varias *personas* se encarnen o tomen otra *persona* distinta, porque la *persona* es absolutamente incomunicable a otra *persona*, no a otra u otras *naturalezas*. No hay que confundir la persona con la naturaleza.

Conclusión 5ª

Una misma persona divina podría encarnarse en dos naturalezas humanas, e incluso en todas las del mundo.

Santo Tomás lo prueba con dos razones muy claras:

a) Lo que puede hacer el Padre, lo puede hacer también el Hijo. Pero, después de la encarnación del Hijo, el Padre hubiera podido tomar una naturaleza humana distinta de la que tomó el Hijo, porque la encarnación del Verbo no disminuyó en nada el poder del Padre ni del Hijo. Luego también el Hijo, después de su encarnación, podría haber

tomado otra naturaleza humana además de la que ya tomó (argumento sed contra).

b) El poder de una persona divina es infinito y, por lo mismo, no puede quedar limitado o coartado por ninguna naturaleza creada, ni por ciento, ni por mil. Lo finito es siempre finito por mucho que se lo multiplique, y, por consiguiente, nunca podrá agotar una potencia infinita. De donde se sigue que, si hubiera querido, Dios se hubiera podido encarnar en varios o incluso en todos los hombres del mundo.

Conclusión 6ª *Fue más conveniente que se encarnara el Hijo que el Padre o el Espíritu Santo.*

Santo Tomás lo prueba con cuatro argumentos hermosísimos:

a) Porque Dios creó al mundo por su Verbo, que es el modelo o causa ejemplar del Universo entero. Pero el artista, cuando se le rompe la obra que hizo, la restaura según el mismo modelo que empleó para formarla. Luego era convenientísimo que el Verbo restaurara al género humano, roto por el pecado de Adán.

b) El Verbo es la infinita sabiduría divina, de la cual derivan todas las sabidurías creadas. Por lo mismo, el hombre progresa en sabiduría—que es su perfección propia en cuanto ser racional— en la medida en que participa del Verbo, como el discípulo va creciendo en sabiduría a medida que recibe la enseñanza de su maestro. Luego fue convenientísimo, para la perfección de la naturaleza

humana, que fuera el Verbo divino quien se uniera personalmente a ella.

c) El fin de la encarnación fue la restauración del género humano, o sea, el cumplimiento de la predestinación de los hijos de Dios, devolviendo al hombre su filiación adoptiva por la gracia y su derecho a la herencia del cielo, perdidos por el pecado. Fue convenientísimo, por lo mismo, que el Hijo natural de Dios salvara a los hijos adoptivos, y el heredero natural del Padre devolviese la herencia perdida a los herederos adoptivos.

d) El pecado de nuestros primeros padres consistió en apetecer una falsa sabiduría, o sea, la ciencia del bien y del mal que les había prohibido Dios. Luego fue convenientísimo que fuera el Verbo—Sabiduría infinita del Padre—quien redujera al hombre a Dios, comunicándole la verdadera sabiduría, que consiste en someterse totalmente a Dios.

ARTICULO III

LA NATURALEZA HUMANA ASUMIDA

La naturaleza humana asumida por el Verbo puede estudiarse desde tres puntos de vista:

a) En sí misma.
b) En sus diferentes partes.
c) En el orden de la asunción.

Vamos a examinar por separado cada uno de estos tres aspectos.

I. La naturaleza humana en sí misma

He aquí, brevemente expuestas, las conclusiones a que llega el Doctor Angélico:

***Conclusión Iª. La naturaleza humana era la más asumible por el Verbo entre todas las naturalezas creadas*.**

Hablando en absoluto, el Verbo hubiera podido asumir cualquier naturaleza creada—angélica, humana, sensitiva e incluso inanimada—, porque todas ellas tienen *potencia obediencial* para *ser elevadas a la altura o dignidad* a que Dios quiera elevarlas.

Pero la naturaleza humana es la que reúne mayores congruencias para ello, por dos razones principales:

a) **por su dignidad, ya que es una naturaleza racional que puede conocer y amar el Verbo;**

y b) **por su necesidad, ya que, por razón de su pecado, necesita ser redimida.**

La primera condición falta a las criaturas irracionales, y la segunda a los ángeles, que no necesitan redención (ángeles buenos) o son incapaces de ella (demonios).

Conclusión 2." El Verbo divino no asumió una persona humana, sino una naturaleza humana.

Esta conclusión es de fe, expresamente definida contra la herejía nestoriana, como ya vimos. No pudo la persona

divina del Verbo asumir una persona humana, porque la personalidad es absolutamente incomunicable a otra persona, y porque—aunque fuera posible—tendríamos en Cristo dos personas, contra la doctrina de fe.

Cristo es una sola persona divina (no humana) **en dos naturalezas: divina y humana.**

De hecho —como veremos en su lugar correspondiente—el Verbo permaneció unido hipostáticamente al cadáver de Cristo — materia inanimada — durante el tiempo que transcurrió desde su muerte en la cruz hasta su gloriosa resurrección.

Conclusión 3ª Tampoco puede decirse que el Verbo asumió un hombre, sino una naturaleza humana.

La razón es la misma de antes. Por la palabra *hombre* entendemos una *persona humana*, y ya hemos dicho, y es de fe, que el Verbo no asumió ni pudo asumir una *persona* humana, sino únicamente una *naturaleza* humana, o, por decirlo así, *un hombre desprovisto de su personalidad humana*, que fue sustituida por la personalidad divina del Verbo.

En el artículo siguiente, Santo Tomás dice que la naturaleza humana asumida por el Verbo fue una *naturaleza concreta, determinada, individua*; no una naturaleza abstracta o separada de un determinado individuo.

Conclusión 4ª No fue <u>conveniente</u> que el Verbo se encarnara en todas las naturalezas humanas de todos los hombres del mundo.

Como vimos en la conclusión del artículo anterior, el Verbo hubiera podido asumir o encarnarse en dos o más naturalezas humanas, e incluso en todas las del mundo. *Pero no hubiera sido conveniente*, por varias razones:

a) Porque, en realidad, desaparecerla el género humano en cuanto formado por *personas* humanas, ya que todas esas naturalezas humanas formarían con el Verbo *una sola persona divina*, sin que quedara lugar para ninguna persona *humana*.

b) Porque sería en detrimento de la dignidad de Cristo, que es «el primogénito entre muchos hermanos» según su naturaleza humana y «la imagen de Dios invisible y primogénito de toda criatura» según su naturaleza divina. Porque entonces todos los hombres del mundo serían de igual dignidad.

c) Porque, así como se encarnó una sola persona divina (no las tres), fue conveniente que tomara una sola naturaleza humana, para salvar la unidad por una y otra parte.

d) Porque el amor de Dios a los hombres se manifiesta ahora de muchas maneras, principalmente muriendo por ellos; cosa que no hubiera tenido lugar en la otra hipótesis.

e) Porque, así como por un solo hombre (Adán) entró la muerte en el mundo, fue convenientísimo que por otro solo hombre (Cristo) entrara la resurrección y la vida.

Conclusión 5ª Fue convenientísimo que el Hijo de Dios asumiera una naturaleza humana procedente del linaje de Adán.

Consta expresamente en la Sagrada Escritura que Cristo procede del linaje de Adán. En absoluto, el Verbo hubiera podido encarnarse en una naturaleza humana creada de la nada expresamente para ello, o sea, sin venir al mundo por medio del género humano procedente de Adán; pero fue convenientísimo lo contrario por las siguientes razones:

a) Para la perfecta manifestación de la justicia. Debió satisfacer por el pecado la misma naturaleza humana que pecó en Adán, no otra.

b) Para la dignidad del hombre, venciendo al demonio con la misma naturaleza humana que fue vencida por él.

c) Para la exaltación de la divina omnipotencia, realizando una obra tan excelsa y sublime como la redención del mundo valiéndose de una naturaleza humana, enferma y caída por el pecado, y elevándola a la dignidad altísima de la unión hipostática.

Son hermosísimas las respuestas a las dificultades que el Doctor Angélico se plantea a este artículo. He aquí unas y otras:

DIFICULTAD. San Pablo dice que «convenía que fuese nuestro Pontífice santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores». Pero esto se hubiera cumplido mejor si no

hubiese tomado la naturaleza humana corrompida en Adán, sino otra creada expresamente para ello.

RESPUESTA. Cristo debió ser apartado de los pecadores en cuanto a la culpa, que venía a destruir, pero no en cuanto a la naturaleza, que venía a salvar. Por eso se hizo «semejante en todo a sus hermanos», como dice el propio San Pablo, excepto en el pecado. Y en esto resplandece más su inocencia, pues habiendo tomado una naturaleza corrompida, fue tan excelsa su santidad y pureza.

DIFICULTAD. En cualquier orden es más noble el principio del que proceden las demás cosas que estas mismas cosas. Luego, si el Hijo de Dios quiso tomar la naturaleza humana procedente de Adán, hubiera sido mejor que hubiese tomado la del propio Adán.

RESPUESTA. Adán fue el culpable de la caída del género humano. No era conveniente que el que venía a limpiarnos a todos del pecado tuviera también necesidad de ser limpiado.

DIFICULTAD. Si el Hijo de Dios quiso asumir una naturaleza de entre los pecadores, hubiera sido conveniente asumirla de entre los gentiles más que de la estirpe de Abraham, que fue justo.

RESPUESTA. Puesto que Cristo debía ser separado de los pecadores en cuanto a la culpa como sumamente inocente, fue muy conveniente que del primer pecador a Cristo se llegara a través de ciertos justos en los que brillara algún

destello de la futura santidad del Redentor. Por eso quiso Dios que, en el pueblo escogido, del que Cristo había de nacer, brillaran por su santidad algunos justos, empezando por Abraham, que recibió el primero la promesa de Cristo y la circuncisión como signo de la alianza.

2. La asunción de las diferentes partes de la naturaleza humana

<u>HEREJÍAS:</u> En los primeros siglos de la Iglesia surgieron algunas herejías en torno a la naturaleza humana de Cristo. Algunas se referían al cuerpo y otras al alma del Salvador. He aquí las principales:

1. CON RELACIÓN AL CUERPO:

a) Los *docetas*, con Basílides, Marción, maniqueos, etc., afirmaban que el Verbo había tomado un cuerpo aparente, pero no real, puesto que la materia es mala de por sí.

Los docetas eran una secta herética que se remonta a los tiempos apostólicos. Su nombre se deriva de *dokesis*, "apariencia" o "semejanza", porque enseñaban que Cristo solo “aparecía” o “parecía ser un hombre”, parecía haber nacido y parecía haber vivido y sufrido.

b) Valentín (S.II), los priscilianos en España (S.IV) y los anabaptistas alemanes (S.XVI) decían que el Verbo había tomado un cuerpo etéreo, celeste, y con él pasó por la Virgen María como por un canal.

2. CON RELACIÓN AL ALMA:

a) Arrio dijo que el Verbo tomó un cuerpo sin alma, cuyo lugar ocupaba la divinidad.

b) Apolinar, obispo de Laodicea, profesó al principio el mismo error de Arrio, pero más tarde admitió que el Verbo asumió un alma sensitiva, pero no intelectual, haciendo las veces de ésta el propio Verbo.

Vamos a ver inmediatamente cual es la doctrina católica con referencia a esos errores o herejías.

La doctrina católica, contraria a todos estos errores y herejías, está recogida en los siguientes puntos

1° El Hijo de Dios no asumió un cuerpo aparente, etéreo o celeste, sino <u>un cuerpo verdadero y real</u> formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

Es doctrina de fe, proclamada en el Símbolo de los apóstoles, y definida en el concilio de Calcedonia.

La razón teológica aporta un triple argumento:

a) El Verbo asumió la naturaleza humana completa, que consta de alma y cuerpo.

b) Con un cuerpo aparente no hubiera podido padecer y morir, ni realizar, por consiguiente, la redención del mundo.

c) El Verbo, Verdad infinita, no pudo engañarnos presentándose con un cuerpo aparente: "Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo".

Consecuencia mariológica. *Luego la Santísima Virgen María es real y verdaderamente Madre de Dios, puesto que concibió en sus purísimas entrañas y dio a luz verdaderamente al Verbo hecho carne.*

2^0 *El Hijo de Dios asumió una verdadera alma racional, no solamente sensitiva.*

Es también de fe, expresamente definida por el mismo concilio de Calcedonia.

Las razones teológicas son muy claras:

a) **Porque el alma racional—lo mismo que el cuerpo—es una parte esencial de la naturaleza humana, de la que no puede prescindirse sin destruirla. Si Cristo no hubiera asumido el alma racional, no sería verdadero hombre, lo cual es herético.**

b) **La divinidad no pudo hacer en Cristo las veces de alma, puesto que ésta es forma substancial del cuerpo, y el Verbo es imposible que lo sea, porque no puede entrar en composición con ninguna cosa.**

3^0 *El Verbo asumió todas las partes integrales del cuerpo humano, que son informadas por el alma.*

Todas las partes del cuerpo humano que son informadas por el alma y viven en algún grado, fueron asumidas por el Verbo, o sea, elevadas a la unión hipostática.

La razón es porque el Verbo asumió la naturaleza humana íntegra y perfecta. De donde se deduce que no solamente la carne, sino también los huesos, dientes, etc., fueron unidos al Verbo de Dios.

Por el contrario, las partes que no son informadas por el alma, sino que se adhieren simplemente al cuerpo (lágrimas, sudor, saliva, etc.) no fueron asumidas por el Verbo, sino que subsistieron en Él por su propia subsistencia, como en los demás hombres.

NOTA: recordar el término "subsistencia" que tenemos ya en el glosario:

Subsistencia La subsistencia es *un modo o actualidad sustancial que perfecciona y completa la sustancia, haciendo que exista y pueda obrar sin dependencia ni comunicación con otro ser.* Así como la existencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto *entes* o en la línea de *ser,* así la subsistencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto sustancias, y en el orden sustancial.

4º *El Verbo asumió ciertamente la sangre de la naturaleza humana.*

Es sentencia común y completamente cierta en teología, de suerte que la contraria es, por lo menos, temeraria y próxima a la herejía. He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Dice el apóstol San Pedro que hemos sido redimidos «no con plata y oro corruptibles, sino con la *sangre* preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancha»; y el evangelista San Juan: «La *sangre* de Jesucristo, su Hijo, nos purifica de todo pecado». Pero la sangre de Cristo no hubiera podido redimirnos ni purificarnos del pecado si no estuviera unida hipostáticamente al Verbo.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Dice el papa Clemente VI: «Esa sangre... no la derramó en una gota pequeña, que, sin embargo*, por su unión con el Verbo, hubiera bastado*

para la redención de todo él género humano, **sino copiosamente, como un torrente» …**

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. La razón es porque la sangre pertenece verdadera y propiamente a la integridad de la naturaleza humana.

Hablando de la resurrección de Cristo, escribe Santo Tomás: «Toda la *sangre* que brotó del cuerpo de Cristo, *como quiera que pertenece a la verdad de la naturaleza humana*, resucitó en el cuerpo de Cristo. Y lo mismo hay que decir de todas las demás partes que pertenecen a la verdad e integridad de la humana naturaleza»

Esto mismo se deduce del dogma de la Eucaristía, en la que adoramos la *sangre* de Cristo unida a su cuerpo, alma y divinidad

3. Orden de la asunción

La siguiente conclusión recoge la doctrina de Santo Tomás, comúnmente admitida por los teólogos:

La asunción de la naturaleza humana, con todas sus partes, se realizó toda al mismo tiempo; pero, según el orden de naturaleza, debe decirse que el Verbo asumió el cuerpo mediante el alma, el alma mediante el espíritu y las partes mediante el todo.

Expliquémosla brevemente por partes:

a) **La asunción… se realizó toda al mismo tiempo, o sea, en el instante mismo de la concepción. La Santísima**

Virgen no concibió en sus virginales entrañas una naturaleza humana a la cual se uniera el Verbo después, sino que, en el instante mismo de la concepción, el Verbo asumió o hizo suya la naturaleza humana, de suerte que puede y debe decirse que la Virgen concibió verdaderamente al Verbo encarnado y que es, por consiguiente, real y verdaderamente Madre de Dios.

Esta doctrina es de fe. Fue definida por el papa Vigilio contra Orígenes. He aquí el texto de las declaraciones dogmáticas:

«Si alguno dice o siente que el alma del Señor preexistía y que se unió con Dios Verbo antes de encarnarse y nacer de la Virgen, sea anatema».

«Si alguno dice o siente que primero fue formado el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en el seno de la Santísima Virgen y que después se le unió Dios Verbo y el alma que preexistía, sea anatema»

b) **Pero, según el orden de naturaleza, el Verbo asumió el cuerpo mediante el alma, porque el cuerpo es inferior al alma y no es asumible convenientemente sino por orden al alma racional.**

c) **El alma fue asumida mediante el espíritu. *Aunque el alma y el espíritu sean en realidad una misma cosa*, se entiende por *alma aquel aspecto que mira a las potencias inferiores*, o sea, a las sensitivas y vegetativas; y por *espíritu, el aspecto estrictamente espiritual o racional*. Ahora bien: el alma no es asumible**

congruentemente sino en cuanto que es capaz de Dios, o sea, en cuanto racional. Luego *el Verbo asumió las potencias inferiores mediante las superiores*, o sea, el *alma mediante el espíritu*, tanto por la dignidad como por la congruidad o causalidad.

d) El Verbo asumió las partes de la naturaleza humana—cuerpo y alma—*mediante el todo*. Porque lo que intentó Dios en la encarnación no fue tomar el cuerpo o el alma, sino la naturaleza humana en su conjunto total. Las partes son asumibles por razón del conjunto, o sea, de la naturaleza humana íntegra y completa.

e) Santo Tomás advierte, finalmente, que la naturaleza humana no fue asumida por el Verbo mediante la gracia habitual o santificante, porque la gracia es un *accidente* sobrenatural, y la unión de la naturaleza humana con el Verbo es personal o hipostática, esto es, pertenece al orden *substancial*. Además, la gracia santificante es *efecto* de la unión hipostática, o sea, algo que viene como una consecuencia de la misma. Por eso dice San Juan: «Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad», como dando a entender que, precisamente porque Cristo era el Unigénito del Padre, tiene la plenitud de la gracia y de la verdad.

RESUMEN CAPITULO II

La unión del Verbo divino con la naturaleza humana de Cristo no se realizó fundiéndose las dos naturalezas en una sola, sino que, después de la unión, las dos naturalezas permanecieron perfectamente íntegras e inconfusas.

La unión de las dos naturalezas en Cristo se realizó en la persona divina del Verbo; y, por lo mismo, no hay en Cristo más que una sola persona, no humana, sino divina. (De fe divina, expresamente definida).

La persona de Cristo puede denominarse, en cierto modo, persona compuesta en cuanto que subsiste en dos naturalezas distintas.

La humanidad de Cristo consta de alma y cuerpo, como la nuestra.

La humanidad de Cristo fue unida al Verbo divino substancialmente, no accidentalmente

Aunque la persona de Cristo es increada—es el mismo Verbo divino—, la unión de las dos naturalezas en Cristo es una realidad creada.

La encarnación no se verificó en virtud de algún merecimiento de Cristo o de cualquier otra persona, sino del todo gratuitamente.

La unión del Verbo divino con la naturaleza humana de Cristo no se realizó fundiéndose las dos naturalezas en una sola, sino que, después de la unión, las dos naturalezas permanecieron perfectamente íntegras e inconfusas.

Fue más conveniente que se encarnara el Hijo que el Padre o el Espíritu Santo.

CAPITULO III

La divinidad de Jesucristo

Santo Tomás no estudia en la *Suma Teológica* el problema de *la divinidad de Jesucristo*, porque, en realidad, esta cuestión no pertenece a la teología, sino *a la apologética*.

Habla admirablemente del Verbo de Dios en su tratado de la Trinidad y expone largamente lo que pertenece al Verbo en su tratado de la Encarnación; pero en ningún momento trata de demostrar la divinidad de Jesucristo, dándola por supuesta y convenientemente tratada en la apologética, que es la ciencia que tiene por objeto la exposición de los llamados *motivos de credibilidad*, o sea, las razones y argumentos que demuestran ser plenamente *razonable y obligatorio* creer en la divinidad de Jesucristo y, por consiguiente, en el cristianismo como única religión verdadera.

Los razonamientos apologéticos no pueden darnos por sí mismos la fe en Cristo—la fe es una virtud *sobrenatural* y un gran *don de Dios*, que sólo del cielo puede descender—, pero sí llevarnos hasta sus umbrales, demostrando hasta la evidencia que la fe cristiana reúne todas las garantías para ser *razonablemente creída* por el espíritu más exigente y crítico.

Cristo es Dios. Mi fe en Cristo—escribe Karl Adam—no es un acto de conocimiento puramente natural, no es una conclusión meramente racional que yo pueda sacar de premisas apoyadas en medios filosóficos e históricos. Mi fe contiene más bien un elemento irracional o, por mejor decir, *suprarracional*, un motivo que no procede de la tierra ni de la ciencia terrena, sino que es puramente sobrenatural. Este elemento sobrenatural es precisamente lo decisivo en la fe.

La razón por que, bajo la dirección de la Iglesia, creo en Cristo, se reduce, en su más profundo sentido, a una operación de amor del Dios revelante. Es gracia, es «don de Dios», dice San Pablo en la carta a los Efesios.

Pero, según lo expuesto, ¿no es nuestra fe en Cristo una pura experiencia íntima de la gracia? A lo que respondemos que no. Como en la fe religiosa en general, en nuestra fe en Cristo concurren fuerzas naturales y sobrenaturales: la gracia de Dios por una parte, pues ella confiere a la fe su forma peculiar (ratio formalis), y el hombre con sus facultades ético-intelectuales, por otra. La fe es, pues, primariamente, don; pero también tarea.

Expresamente nota Santo Tomás de Aquino que hay una doble causa de la adhesión a la fe.

Hay una causa externa, es decir, la revelación exterior y el magisterio de la Iglesia. Esa causa culmina en los milagros y signos del Dios revelante, nos prepara para la fe y nos vuelve atentos a las posibilidades de Dios y aptos para responder a ellas.

Pero esta testificación externa no basta. La causa principal y propia de la fe—*principalis et propria causa fidei*—es más bien, según Santo Tomás, una causa interna, por sólo Dios operada, *¡la gracia!* A la palabra externa de la revelación y a la predicación ha de juntarse la palabra íntima del Espíritu Santo. Más aún: sólo esta palabra íntima penetra en mí a través de la envoltura de la palabra externa y me induce a la fe. Es siempre el Dios viviente mismo, su moción amorosa, su gracia, quien toca mi alma y la abre para la fe. *No hay fe firme en Cristo fuera del Espíritu Santo*. Mi fe es siempre un

milagro de Pentecostés, la invasión en mi mundo minúsculo de fuerzas divinas espirituales; es ser enseñado por Dios, como dice San Juan; es ser sellado por el Espíritu, en expresión de San Pablo.

De ahí que, en último término, *la fuente de mi fe en Cristo no es algo literario, ni siquiera la palabra escrita de los evangelios y, menos aún, el trabajo humano sobre esos evangelios*; por ejemplo, la crítica textual, la crítica bíblica, la apologética; ni, en fin, la propia autoridad externa de la Iglesia. Todo esto, según Santo Tomás, *es causa que induce externamente* (*causa exterius inducens*). Despierta la atención de mi espíritu hacia lo divino, pero no lo seduce, no lo persuade. *Sólo Dios mismo puede abrirme para Dios*. Sólo cuando me hallo *bajo el soplo del Espíritu de Pentecostés*, se abren mis ojos *para lo divino en Cristo*.

Por eso, la fuente de mi fe ha de buscarse, en primer término, allí donde sopla el Espíritu de Pentecostés —en la comunión del Espíritu Santo, en la comunión de los santos, en la Iglesia como comunidad de Pentecostés—. Sólo en ella nace aquel fuego santo que percibían los discípulos de Emaús cuando, sin saberlo, caminaban en compañía del Señor resucitado. Aquí pisas tierra santa. Descálzate tus sandalias. Sólo el que con fe y amor se sumerge en este Espíritu Santo de la Iglesia viviente tiene la seguridad de hallarse en el dominio de lo divino, de lo santo, de lo sobrenatural, de la verdad y realidad primera; la seguridad de beber inmediatamente de las aguas de la vida, de percibir el batir de las alas de la paloma santa.

Por eso repetimos que la fuente primera, la más inmediata y pura de la cristología, no son los evangelios, no son los libros y escrituras, ni siquiera la Iglesia en su forma externa, sino exclusivamente *la Iglesia como comunidad de Pentecostés, la Iglesia de la fe viva y del jamás cansado amor.* En esta Iglesia hemos nacido por gracia incomprensible de la gratuita elección de Dios. El perfume de su ser y obrar sobrenatural nos envolvió como una atmósfera de santidad. Nosotros lo sorbimos sin darnos apenas cuenta. La fe, depositada germinalmente, «en potencia», en nuestro bautismo, maduró dentro de esa atmósfera en fe «actual» y eficaz. Y por eso somos creyentes y teólogos».

Sin embargo, de todo esto, es cierto que los llamados *motivos de credibilidad*—tal como los expone la apologética cristiana—son muy útiles para conducir al espíritu del hombre hasta las fronteras mismas de la fe y hacer que la aceptación de la luz divina, emanada del Espíritu de Pentecostés, sea un culto racional —*rationabile obsequium vestrum*— según la expresión de San Pablo.

La gracia despierta e ilumina nuestros esfuerzos mentales para penetrar los fundamentos racionales del cristianismo, de modo que a la luz de la gracia nos resultan claros sus *motivos de credibilidad* (motiva credibilitatis) y ella inflama nuestra voluntad para abrazar y afirmar lo divino, el sumo bien absoluto que irradia de aquellos motivos de credibilidad, aun cuando todavía se hallan envueltos por la oscuridad. *Cuando lo divino entra en este mundo terreno,*

limitado e imperfecto, no se presenta nunca ante nuestra alma con plena y última claridad*, sino envuelto siempre en oscuridad. Aquí abajo vemos como en espejo y por enigma. Sólo allá arriba contemplaremos cara a cara. Aquí *caminamos siempre por entre sombras e imágenes* (per umbras et imagines). Todo lo que nuestro entendimiento, iluminado por la gracia, descubre en los motivos y hace creíble nuestro cristianismo, tiene sólo función indicadora y orientadora, como el dedo extendido de San Juan en el conocido cuadro de Grünewald. El hecho de que, no obstante, esas oscuridades, demos un pleno y convencido ¡sí! a Cristo, *es obra de la gracia, o, más exactamente, de nuestra voluntad movida por la gracia.

La fe es, ante todo y sobre todo, un don de Dios, el mayor, en cierto modo, de cuantos podemos recibir de El, en cuanto que es, en esta vida, el fundamento de todos los demás. El hecho de que el hombre no pueda adquirirla con su esfuerzo, sino que tenga que implorarla humildemente de Dios, constituye una de sus mayores grandezas y excelencias.

Escuchemos todavía a Karl Adam unas líneas más abajo del pasaje citado últimamente:

«Si el entendimiento fuera capaz de darnos absoluta certeza de esta íntima experiencia, es decir, de presentar ante nuestros ojos con plena claridad el misterio de Cristo, sin sombras ni velo que nos lo oculten, nuestra fe en Cristo se convertiría en puro saber. En ese caso, la fe seria objeto del

conocimiento racional y sólo los hombres inteligentes y los sabios serían llamados a ella. La fe no sería una acción moral, un vuelo del corazón y de la conciencia conmovida hacia el Dios vivo, un a pesar de todo moral que, rompiendo por todos los fantasmas de las sombras y de la niebla, corre a abrazarse con lo divino. Y, sobre todo, no sería un acontecimiento místico sobrenatural, una «plantación del Padre» en nosotros, una venida del Espíritu Santo a nuestra alma, un suceso de Pentecostés. Sería sólo un acto de razón, como el que realizamos igualmente cuando preguntamos por la estructura de las alas de los insectos. Sería, pues, algo puramente humano.

Que sea algo más que eso, una acción moral; que sea más que acción moral, una lucha por lo más alto, un combate con Dios, débeselo la fe a las nieblas que envuelven lo más alto, como las nubes las cumbres del Sinaí. Sólo ellas hacen de la fe una obra moral y combativa, un auténtico proceso creador y sobrenatural, una hazaña de Dios. Digámoslo nuevamente.

La verdad última sobre Cristo no la alcanzamos sobre la mesa de estudio del investigador ni en su austero gabinete de trabajo. La alcanzamos en el recinto sagrado, que está como atravesado por las corrientes de la vida sobrenatural y por las fuerzas morales del hombre, en lo que nosotros llamamos «el cuerpo de Cristo», en su Iglesia viviente».

Siguiendo el criterio del Doctor Angélico, fundado en la naturaleza misma de la teología—ciencia de las verdades reveladas—, omitimos aquí la exposición detallada de los motivos de credibilidad, que nos pondrían ante hechos

históricos indiscutibles, realizados por Jesucristo o en Jesucristo, que no tienen explicación posible si no niega su divinidad.

Vamos a trazar únicamente, en forma de brevísimo esquema, las líneas generales y puntos fundamentales de esa demostración apologética.

1° Autenticidad de los evangelios.

Históricamente son ciertísimos. Pocos documentos históricos han sufrido un examen más riguroso por los racionalistas y con más apasionado interés en negar su autenticidad histórica. No lo han podido conseguir. El mismo Renán, tras ímprobos esfuerzos para convencerse de lo contrario, hubo de escribir al fin: «En suma: admito como auténticos los cuatro evangelios canónicos» 3. Y Harnack: «¿Hemos trabajado los racionalistas cincuenta años febriles para sacar sillares macizos que sirvan de pedestal a la Iglesia católica?»

2^{0} Jesucristo afirmó terminantemente que era el Hijo de Dios.

a) **ANTE SUS DISCÍPULOS: «Tomando la palabra Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Joña**

b) **+, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos».**

b) ANTE EL PUEBLO: «YO y el Padre somos una sola cosa»).

c) ANTE EL SANEDRÍN: «Y el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo, di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho».

3^0 *Jesucristo demostró ser el Hijo de Dios con milagros estupendos hechos por su propia autoridad y poder.*

Hay que tener en cuenta los siguientes principios:

1° Los milagros son hechos sensibles realizados contra las leyes de la naturaleza. Por lo mismo, sólo Dios, autor de esas leyes, o alguien en su nombre y con el divino poder, puede hacer un verdadero y auténtico milagro.

2^0 Dios no puede autorizar con un milagro el testimonio de un impostor. Repugna a la infinita santidad y veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

3^0 Jesucristo hizo innumerables milagros con su propia autoridad y poder, sin invocar previamente la ayuda de Dios. Algunos de los más sorprendentes (curación del paralítico, resurrección de Lázaro) los hizo expresamente para demostrar que tenía el poder de perdonar los pecados— atributo exclusivo de Dios— y para que el pueblo creyera que era el enviado del Padre.

He aquí la lista de los principales milagros realizados por Jesucristo:

1. TENÍA PODER ABSOLUTO SOBRE LAS ENFERMEDADBS:

I. La lepra: Mt 8,1-4; Le 17,11-19.

2. La parálisis: Mt 9,1-8; lo 5,1-9.

3. La ceguera: Mt 9,27-31; 12,22-23; 20,29-34; Me 8,22-26; lo 9,1-7.

4. La fiebre: Mt 8,14.

5. La sordera y mudez: Mt 9,32-34; 12,22-23; 15,29-31.

2 . Y SOBRE LA MISMA MUERTE:

i. La hija de Jairo: Mt 9,18-26.

2. El hijo de la viuda de Naím: Le 7,11-17.

3. Lázaro: lo 11,33-44.

3. LE OBEDECÍAN LAS COSAS INANIMADAS Y LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA:

i. Conversión del agua en vino: lo 2,1-11.

2. Multiplicación de los panes y peces: Mt 14,13-21; 15, 32-39-

3. La tempestad calmada: Mt 8,23-27.

4. Anda sobre el mar: Mt 14,24-36.

5. La moneda en la boca del pez: Mt 17,23-26.

6. La pesca milagrosa: Le 5,1-9.

7. Maldición de la higuera: Mt 21,18-19.

4. LOS DEMONIOS TEMBLABAN ANTE EL Y OBEDECÍAN SUS ÓRDENES:

i. El endemoniado de Gerasa: Mt 8,28-34.

2. El endemoniado mudo: Mt 9,32-34.44

3. El endemoniado de Cafarnaúm: Le 4,33-37.

4^{0} *Jesucristo demostró ser el Hijo de Dios con una serie de admirables profecías que se cumplieron al pie de la letra.*

La profecía que tenga por objeto un futuro contingente que no dependa de las leyes de la naturaleza, sino de *la libre voluntad le los hombres*, escapa en absoluto a la previsión humana.

Su anuncio con toda seguridad y firmeza, junto con su exacto cumplimiento, es un *milagro moral* que pone de manifiesto la intervención divina,

Pero Jesucristo:

1. Anunció su pasión, muerte y resurrección: Mt 20,18-19.

2. La traición de Judas: Mt 26,21-25.

3. La dispersión de los apóstoles: Mt 26,31.

4. La triple negación de Pedro: Mt 26,34.

5. Las persecuciones a los apóstoles: Mt 10,17-33.

6. La destrucción de Jerusalén: Lc 19,43-44.

7. La perennidad de su Iglesia: Mt 17,18.

A esta serie de profecías hechas por el mismo Jesucristo podríamos añadir la serie larguísima de las que se referían a Él en todo el antiguo Testamento. Durarte once siglos, uno tras otro, los profetas del Antiguo Testamento, *que vivieron en épocas distintas*, que *no se conocieron entre sí*, van describiendo los rasgos del futuro Mesías y Salvador del mundo. Y *nos dicen concretamente*:

a) **Que nacerá de la estirpe de Abraham (Gen 22,18), a través de Isaac (Gen 26,4), de Jacob (Gen 28,14) y de Judá (Gen 49,8).**

Y entre la multitud de familias de la tribu de Judá se *nos dice expresamente* que nacerá de la familia de David (Ps 88).

b) El profeta Daniel anuncia *el tiempo concreto* en que sobrevendrá la muerte del Mesías (Dan 9,24-26). Miqueas nos dice que nacerá en Belén (Mich 5,2), y Zacarías, que será vendido por treinta monedas de plata, con las cuales se comprará después el campo de un alfarero (Zach 11,12-13).

c) Isaías—llamado con razón el proto evangelista—*anunció ocho siglos antes* que el Mesías sería contado entre los malhechores y puesto entre ellos (Is 53,12); que sería azotado, abofeteado y escupido (Is 50,6) y condenado a muerte (Is 53,8).

d) En los Salmos del rey David se nos anuncia que le despojarán de sus vestiduras y echarán suertes sobre su túnica (Ps 21,19); que le taladrarán las manos y los pies (Ps 21,17); que, teniendo reseca la lengua y pegada al paladar por el tormento de la sed (Ps 21,16), le darán a beber vinagre (Ps 68,22), y que, viéndole atormentado, se mofarán de Él y, moviendo sus cabezas, dirán: «Esperó en el Señor; que le libre, que le salve ahora» (Ps 21,7-9).

Todo esto se cumplió al pie de la letra en la persona de Jesús.

5^{0} *Jesucristo demostró definitivamente ser el Hijo de Dios con su propia gloriosísima resurrección.*

He aquí las circunstancias de la misma:

1. La anunció previamente: Mt 20,19.

2. Cristo murió verdaderamente en la cruz: Mt 27,50; Me 15, 37; Lc 23,46; lo 19,30.

3. Los judíos pusieron guardia ante el sepulcro: Mt 27,62-66.

4. Jesucristo resucitó triunfante del sepulcro: Mt 28,1-7, y se apareció:

a) A María Magdalena: Me 16,9; lo 20,11-18.

b) A las santas mujeres: Mt 28,8-10.

c) A Simón Pedro: Le 24,34.

d) A los discípulos de Emaús: Le 24,12-31; Me 16,12-13.

e) A los apóstoles sin Tomás: Me 16,14; Le 24,36-43; lo 20,19-23.

f) A los apóstoles con Tomás: « ¡Señor mío y Dios mío!»: lo 20,26-29.

g) A los cinco apóstoles y dos discípulos en el lago de Tiberíades: lo 21,1-14.

h) A los once apóstoles en Galilea: Mt 28,16-20. .i) A más de quinientas personas: 1 Cor 15,6.

j) A Santiago: 1 Cor 15,6. k) A los once apóstoles en Jerusalén y Betania el día de la ascensión: Me 16,19; Le 24,50-52; Act 1,1-12.

i) A San Pablo camino de Damasco: Act 9,3-6; 1 Cor 15,8.

Estas pruebas de las apariciones tras la resurrección tienen un valor apologético definitivo, si se tiene en cuenta que los apóstoles no sufrieron una alucinación, no quisieron engañar y no lo hubieran podido conseguir, aunque lo hubieran intentado. Veámoslo brevemente:

1º Los apóstoles no sufrieron una alucinación.

Es históricamente cierto que los apóstoles y ¡os discípulos no esperaban la resurrección de Jesús. Lo prueban los siguientes hechos:

a) José de Arimatea y Nicodemo sepultaron al Señor definitivamente y cerraron el sepulcro con una gran piedra (Mt 27,60; lo 19,38-42).

b) Las piadosas mujeres compraron aromas y volvieron al sepulcro el domingo por la mañana con el fin de ungir el cuerpo del Señor y dejarle decorosa y definitivamente sepultado (Me 16,1-2). Nada de esto hubieran hecho si hubieran esperado la resurrección de su Maestro.

c) Cuando María Magdalena vio el sepulcro vacío, dijo a Pedro y a Juan: «Han tomado al Señor del monumento y no sabemos dónde le han puesto» (lo 20,2). No se les ocurrió pensar que hubiera resucitado.

d) Cuando las piadosas mujeres anunciaron a los apóstoles la resurrección y aparición del Señor, «les parecieron desatinos tales relatos y no los creyeron» (Le 24,11).

e) El apóstol Tomás no lo creyó ni siquiera ante el testimonio de los demás apóstoles (lo 20,25).

f) El mismo Cristo tuvo que reprenderles por su incredulidad (Le 24,25; Me 16,14; lo 20,27). Es, pues, históricamente indiscutible que los apóstoles no estaban predispuestos a la alucinación, como afirman pérfidamente Renán y Straus. No esperaban la resurrección de su Maestro, estaban tristes y desalentados... «porque no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que El resucitase de entre los muertos» (lo 20,9).

Además, las apariciones fueron muchas, a muchas personas, en circunstancias diferentes, dejándose tocar (lo 20,27), comiendo con ellos (Le 24,43; lo 21,12), andando (Le 24,15), en el cenáculo (lo 20,19), a pleno sol (lo 21, i), etc.

Si los apóstoles padecieron alucinación, ¿cómo se explica el hecho real del sepulcro vacío, que tanto preocupó a los judíos?

2º Los apóstoles no quisieron engañar.

Es históricamente indiscutible que los apóstoles no fueron unos impostores, no tuvieron intención alguna de engañar: testificaron lo que habían visto y palpado. Porque:

a) Compárese el miedo y cobardía de Pedro la noche del Jueves Santo con su valentía y arrojo el día de Pentecostés. ¿Qué ha pasado aquí?

b) Compárese la cobardía de todos los apóstoles, escondidos el día de Pascua «por miedo a los judíos» (Io 20,19)**, con su entereza y valentía ante el Sanedrín después de la resurrección** (Act 4,20; 5,29)**.**

c) Ninguna ventaja humana les traía testificar un hecho falso. Todos sufrieron grandes persecuciones y trabajos por el nombre de Cristo y acabaron padeciendo el martirio. Con razón dice Pascal: «Creo de buena gana a los testigos que se dejan degollar por su testimonio».

d) San Pablo, tan celoso y apasionado por sus tradiciones farisaicas, jamás se hubiera dejado sobornar. Su admirable conversión sólo puede explicarse por el episodio milagroso que se lee en los Hechos de los Apóstoles: la aparición visible de Cristo resucitado (cf. Act 9,1-9).

e) Los apóstoles no se limitaron a testificar la resurrección del Señor, sino que probaron su testimonio con milagros estupendos (Act 3,1-16; 5,12-16)**. Ahora bien, Dios no puede autorizar con milagros una impostura de la que se seguirían gravísimos daños a toda la humanidad engañada.**

3$^{0.}$ *Los apóstoles no hubieran podido engañar.*

Pero amontonemos los absurdos y supongamos por un momento que los apóstoles fueran unos impostores y que hubieran tenido intención de engañar. ¿Lo hubieran, acaso, conseguido? Es clarísimo que no. Porque:

a) ¿Quién hubiera creído en Jerusalén a unos pocos hombres que testimonian la resurrección de otro hombre a quien todos vieron crucificado, muerto y sepultado, sin que el resucitado se sepa dónde está y sin alegar ninguna prueba? (los milagros estupendos). Todos se hubieran reído de ellos.

b) Y si esto hubiera sido imposible en Jerusalén, ¡cuánto más en otras partes, en donde ni habían visto al Salvador, ni contemplado sus milagros, ni escuchado su doctrina, ni creían en u n Mesías de Israel, ¡ni les importaba nada la religión judía!

c) ¿Cómo hubiera sido posible que doce impostores—ignorantes y casi analfabetos por añadidura—hubieran podido derribar el colosal Imperio romano, contra el que se habían estrellado todas las potestades de la tierra, y esto sin armas, sin soldados, con la sola fuerza de la predicación de un judío crucificado que exige sacrificios, que impone renunciamientos, que prohíbe en absoluto los vicios y placeres a que se entregaban con desenfreno los paganos, que ordena devolver bien por mal, renunciar a la venganza y dejarse matar sin resistencia antes que apostatar de la fe en El? ¿Quién no ve que esto es completamente absurdo e imposible si no se admite la eficacia sobrenatural de la palabra de los apóstoles, la fuerza aplastante de los milagros y la fecundidad de la sangre de los mártires, realizado todo ello en testimonio de la resurrección de Cristo?

Con razón los racionalistas han atacado encarnizadamente el hecho de la resurrección de Cristo, dándose perfecta cuenta de que ese hecho colosal es la roca firme sobre la

que se apoya y descansa la fe en la divinidad de Jesucristo y el hecho mismo del cristianismo y de la Iglesia.

RESUMEN DEL CAPITULO III

La divinidad de Jesucristo

En realidad, esta cuestión no pertenece a la teología, sino a la apologética.

Autenticidad de los evangelios. **Históricamente son ciertísimos.**

Jesucristo afirmó terminantemente que era el Hijo de Dios.

Jesucristo demostró ser el Hijo de Dios

- ***con milagros estupendos hechos por su propia autoridad y poder.***
- ***con una serie de admirables profecías que se cumplieron al pie de la letra.***
- ***definitivamente con su propia gloriosísima resurrección.***

Los apóstoles no sufrieron alucinación alguna, no quisieron engañar, y no hubieran podido engañar, aunque lo hubieran intentado.

CAPITULO IV

La humanidad de Jesucristo.

Después de haber hablado de las dos naturalezas, divina y humana, de Cristo, unidas hipostáticamente al Verbo, y de haber trazado las líneas fundamentales de una demostración apologética de su mesianismo y divinidad, vamos a estudiar ahora, más despacio, las maravillas encerradas en su humanidad santísima.

En la humanidad de Cristo, como en la de cualquier otro hombre, hay que distinguir sus dos partes esenciales: el alma y el cuerpo.

Hemos de examinar lo que en cada una de estas partes esenciales quiso el Verbo *asumir*, o, más exactamente, *coasumir*, como dicen Santo Tomás y los teólogos en general.

He aquí, en cuadro sinóptico, el panorama que vamos a recorrer en este largo capítulo, en el que los números designan las cuestiones correspondientes en la Suma Teológica:

I Perfecciones asumidas:

<u>En el alma</u>

En la esencia misma: *Gracia*..... 7-8

En la inteligencia: *Ciencia*..... 9-12

En la voluntad: Poder..... 13

En el cuerpo

II Defectos asumidos:

En el cuerpo

En el alma

La cuestión de la gracia de Cristo, que abordamos en este artículo, es una de las más hermosas y sublimes del tratado de la encarnación.

Coincide con la cuestión de la santidad de Cristo, ya que es la gracia, precisamente, el principio de la santificación sobrenatural. La santidad, en general, consiste en la unión con Dios. La razón es porque sólo Dios es santo por su misma naturaleza y esencia: *Tu solus sanctus*.

Luego todos los demás seres capaces de santidad serán santos en la medida y grado en que se unan sobrenaturalmente con Dios y no más. Y como la unión sobrenatural con Dios la establece en las criaturas la gracia santificante, síguese que el crecimiento de la gracia y el de la santidad son una misma cosa: a mayor gracia, mayor santidad, y viceversa.

Los teólogos distinguen en Cristo una triple gracia:

a) GRACIA DE UNIÓN, que significa la unión substancial, enteramente gratuita, de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo.

b) GRACIA HABITUAL, que designa la gracia santificante, poseída por el alma de Cristo en toda su plenitud.

b) GRACIA CAPITAL, que expresa la gracia de Cristo como cabeza del cuerpo místico redundando sobre todos sus miembros.

La gracia de unión es substancial; las otras dos son accidentales. La existencia de esta triple gracia consta expresamente en la Sagrada Escritura.

El apóstol y evangelista San Juan habla claramente de las tres en el sublime prólogo de su evangelio. Porque, al decir que *el Verbo se hizo carne*, menciona la gracia *de unión*; cuando dice que *habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad*, alude a su gracia *habitual*; y al decir que *de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*, se refiere a su gracia *capital*.

Vamos a examinar por separado cada una de estas tres gracias.

1. La gracia de unión

En los capítulos precedentes hemos estudiado la naturaleza de la gracia de unión, en virtud de la cual *las dos naturalezas de Cristo subsisten en la persona única del Verbo.*

Aquí vamos a estudiar la *gracia de unión como substancialmente santificadora de la humanidad adorable de Cristo*, o sea, en cuanto que *constituye la santidad substancial* de la humanidad de Cristo.

Para mayor claridad expondremos la doctrina en forma de conclusiones.

Conclusión 1. *En virtud de la unión hipostática le fue comunicada a la humanidad de Jesucristo la santidad misma del Verbo y es, por consiguiente, infinitamente santa, aun prescindiendo de la gracia habitual o santificante.*

La razón es porque, al unirse hipostáticamente al Verbo de Dios, la humanidad santísima de Cristo (toda ella, o sea, no sólo el alma, sino también el cuerpo) quedó incorporada, por decirlo así, a la santidad misma del Verbo; no porque el Verbo la informara propiamente, sino en virtud de la unión substancial de la naturaleza humana (cuerpo y alma) con la persona divina del Verbo. Esto recibe el nombre de *gracia de unión*, y constituye, por sí misma, la santidad substancial e infinita de Cristo en cuanto hombre.

Por eso la Iglesia ha podido definir que la carne de Cristo es vivificante, lo cual no sería posible sin la gracia de unión, ya que *la gracia habitual santifica únicamente el alma de Cristo*—como veremos—, no su cuerpo.
La gracia de unión, en cambio, santifica el cuerpo y el

alma de Cristo, **o sea, toda su humanidad santísima,** ***comunicándole la santidad increada e infinita*** **del mismo Verbo divino.**

Como ya dijimos en su lugar correspondiente, la unión de la persona del Verbo con la humanidad de Cristo es ***puramente terminativa, no informativa***, **permaneciendo las dos naturalezas íntegras e inconfusas después de la unión.**

«*Cristo necesitaba* alguna *gracia natural creada* para realizar acciones sobrenaturales . Porque la personalidad del verbo, como quiera que es una realidad y creada, no se unió a la naturaleza humana a modo de forma física, sino *modo de término* y constituyó el principio *quod* (o sea, *el principio por el que se obra*) de las operaciones sobrenaturales dejando a las potencias y facultades de la naturaleza humana de Cristo en su estado natural.

Sin embargo, *muchas acciones de Cristo pudieron ser sobrenaturales sin la gracia habitual*, en virtud tan sólo de las gracias actuales auxiliantes, porque con ellas se eleva suficientemente el entendimiento y la voluntad para que puedan ser *principio quo* de algunas acciones sobrenaturales (como ocurre en el pecador, en quien la sola gracia actual es el principio de la atención y de la esperanza sobrenatural). Pero *otras operaciones no hubiera podido realizarlas Cristo sin la gracia habitual, tales como el perfecto amor de Dios y la visión beatífica.*

Esto aparece claro también por el hecho de que la filiación divina natural lleva consigo, necesariamente, la suma santidad objetiva. Ahora bien, Cristo, aun en cuanto hombre, en virtud de la unión hipostática, es *Hijo natural de Dios, no adoptivo. Luego esta unión eleva inmediatamente y por sí misma al sumo grado de santidad*, ya que la santidad consiste en la unión con Dios y no puede pensarse una unión más íntima con Dios que la personal o hipostática.

La santidad infinita. He ahí, pues, el magnífico caudal que recibió la humanidad de Nuestro Señor en patrimonio, desde el momento en que comenzó a existir en el seno de María.

Sin embargo, como veremos, *la gracia de unión no hace innecesaria o inútil la gracia habitual o santificante*, ya que, en virtud de esta última—y no de la unión—, los actos sobrenaturales resultan perfectamente connaturales a la humanidad de Cristo. Sin la gracia habitual, Cristo podría obrar y obraría de hecho divinamente en virtud de la gracia de unión; pero los actos sobrenaturales no brotarían de su alma de una manera perfectamente connatural, ya que *le faltarían las potencias próximas para ello*, que están constituidas por los hábitos sobrenaturales o infusos (gracia habitual, virtudes y dones del Espíritu Santo), y sólo contaría con el empuje transitorio y en cierto modo violento de la gracia actual. Volveremos sobre esto en su lugar correspondiente.

Conclusión 2ª La *gracia de unión se extiende a toda la humanidad de Cristo, o sea, al alma y al cuerpo; y, en virtud de ella, Cristo hombre es intrínseca y absolutamente impecable.*

Ya hemos aludido a la primera parte de esta conclusión, cuya razón es clarísima: *la humanidad de Cristo, toda entera, o sea, con su cuerpo y con su alma, quedó unida hipostáticamente al Verbo*, y, por lo mismo, *la gracia de unión, que la santifica substancialmente*, afectó no solamente al alma, sino también al mismo cuerpo de Cristo, haciéndole adorable e infinitamente santo.

Escuchemos al docto y piadoso Sauvé explicando esta doctrina :

¿En qué consiste la santidad de unión? Al paso que *la gracia habitual y la gloria son una realidad física*, una cualidad divina que *transforma el alma de Jesús físicamente*, la gracia *de unión es una realidad moral* que, *sin transformar físicamente su humanidad, la eleva infinitamente*.
La gracia de unión *es la íntima y eterna relación que la une, en el Verbo, a la santidad infinita*. En virtud de esta gracia, *el Verbo y la naturaleza humana que ha tomado se han hecho para siempre solidarios*. Responde de ella por su honor, y ella, por su parte, no puede ni un instante ser indigna de él. La santidad infinita *es así como la esfera moral* en la cual, por el hecho de la encarnación, ha entrado para siempre, en donde se mueve y vive y de la que no puede ya salir para caer en

el error, en el desorden y el mal, de igual manera que no puede substraerse a la personalidad del Hijo de Dios.

Las cosas preciosas en sí mismas lo son más aún cuando son raras. La gracia de unión es no tan sólo rara, sino única. Vemos cómo la multiplicidad y la variedad resplandecen en la Naturaleza, y, más todavía, en el mundo de la gracia y de la gloria. *Pero el orden de la santidad de unión no comprende más que a Jesús*; *esta gracia es singular e incomunicable*. No hay más que un solo hombre que pueda decir: «Soy santo con la santidad misma de Dios; soy el Santo de los santos».

Esta gracia de unión es la que hace que Cristo, aun en cuanto hombre, sea intrínseca y absolutamente impecable. Así como la unión hipostática de las dos naturalezas es absolutamente indestructible, así también, y por esa misma razón, es absolutamente imposible que la humanidad santísima de Cristo pueda ser manchada por la menor sombra de pecado.

Sin embargo, como veremos en su lugar, *el mérito de Jesucristo corresponde propiamente a su gracia habitual y es consecuencia de ella más que de la gracia de unión.*

2. La gracia habitual

Además de la gracia de unión, en virtud de la cual Cristo hombre es personalmente el Hijo de Dios, su alma santísima posee con una plenitud inmensa la gracia habitual o santificante. Vamos a estudiar este

asunto con la atención que se merece. Gomo es sabido, la gracia habitual es una cualidad sobrenatural inherente a nuestra alma que nos da una participación física y formal de la naturaleza misma de Dios, haciéndonos hijos suyos y herederos de su gloria.

***Es la gracia santificante, según enseña la Iglesia, una participación creada, misteriosa, pero real, de la naturaleza divina*;**

> **una entidad física del orden sobrenatural, que sobreviene, por pura merced de Dios, al ser creado: ángel, hombre, y que, penetrándolo, empapándolo, con más energía y eficiencia que la luz del sol convierte en luz a la nube o a un diáfano cristal, transforma el espíritu en algo divino;**
>
> > **mas no sólo con una especie de renovación estática, sino *con una virtualidad operante que invade e informa la naturaleza*, sus facultades operativas y sus actos.**

El alma en gracia viene a ser como una reproducción, un reverbero de Dios, con irradiaciones divinas. Y, al mismo tiempo, sus operaciones, sin dejar de ser actividad vital propia y suya, elevadas así a la categoría de lo sobrenatural, serán capaces de empalmar, a través de este hilo de oro, con la misma esencia divina, como término supremo y objeto terminal de todas las tendencias del alma, que un día, al alcanzarla, se aquietarán en la fruición eterna de la misma, específicamente la misma bienaventuranza de Dios.

Jesucristo poseyó con una plenitud inmensa esta gracia santificante, con todo el cortejo de realidades sobrenaturales que la acompañan.

Vamos a exponerlo con detalle en las siguientes conclusiones.

Conclusión 1ª *Jesucristo poseyó la gracia habitual o santificante*.

A primera vista—como ya dijimos más arriba—parece que Cristo no tuvo ni necesitaba para nada la gracia santificante, toda vez que, en virtud de la gracia de unión, su naturaleza humana era ya infinitamente santa.

La gracia de unión hacía a Jesucristo-hombre Hijo natural de Dios*, y *la gracia santificante nos hace hijos adoptivos.

Teniendo lo más, parece que no es necesario tener lo menos. Y, sin embargo*, es una verdad completamente cierta y próxima a la fe que Jesucristo poseyó en su alma santísima la gracia habitual o santificante*.

Pasemos a las pruebas:

a) L A SAGRADA ESCRITURA.

Lo dice claramente el evangelista San Juan: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad»

Esta gracia de la que habla aquí San Juan **no es la gracia de unión, sino *la habitual o santificante*, puesto que añade a renglón seguido: «*Pues de su plenitud recibimos todos* gracia sobre gracia». Ahora bien, *es evidente que de la plenitud de Cristo no hemos recibido la gracia de unión*—que es propia y exclusiva de El—, sino la gracia habitual o santificante; luego de ella habla aquí San Juan.**

Lo confirma San Pedro cuando, hablando de Cristo, escribe en la segunda de sus epístolas: «Y nos hizo merced de preciosas y ricas promesas, para hacernos así partícipes de la divina naturaleza

Puede citarse también el conocido texto de San Lucas: *«El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El»* .

Y el texto mesiánico del profeta Isaías: «Y descansará sobre Él el Espíritu del Señor», que supone necesariamente la gracia santificante en el alma donde reposa el divino Espíritu.

En la Sagrada Escritura se nos dice, pues, con suficiente claridad, que Cristo poseía la gracia santificante, además de la gracia de unión. No puede decirse, sin embargo, que se trate de una verdad de fe, puesto que no h a sido expresamente definida por la Iglesia, si bien sería temerario negarla o ponerla en duda.

b) Los SANTOS PADRES

Los Santos Padres de la Iglesia afirman claramente la existencia de la gracia habitual en Jesucristo, y éste es el sentir de la misma Iglesia y de los teólogos.

c) L A RAZÓN TEOLÓGICA.

Santo Tomás expone tres razones del todo convincentes. He aquí sus propias palabras:

«Es necesario decir que Cristo tenía la gracia habitual o santificante, por tres razones:

***En primer lugar, por razón de la unión de su alma con el Verbo de Dios*, pues cuanto un ser, sometido a la acción de una causa, está más próximo a ella, tanto más recibirá su influencia (v.gr., tanto más se calienta un objeto cuanto más se acerca al fuego). Pero el influjo de la gracia viene de Dios, como dice el Salmo: Dios da la gracia y la gloria). Por tanto, fue sumamente conveniente que el alma de Cristo recibiese el influjo de la gracia divina.**
***La segunda razón deriva de la excelsitud de su alma,* cuyas operaciones debían alcanzar a Dios lo más íntimamente posible por el conocimiento y el amor. Para esto, *la naturaleza humana necesitaba ser elevada por la gracia*.**

***El último argumento s e refiere a la relación de Cristo con el género humano*. Cristo, en efecto, en cuanto**

hombre, es mediador entre Dios y los hombres, como dice San Pablo. Era preciso, pues, que poseyese la gracia que había de redundar sobre los demás hombres, según aquello de San Juan: De cuya plenitud todos recibimos gracia sobre gracia.

Pasemos a las dificultades que esto pudiera presentar.

En la solución de las dificultades, el Doctor Angélico completa y redondea esta doctrina. He aquí las dificultades y sus respuestas:

DIFICULTAD. La gracia habitual es una participación de la divinidad en la criatura racional, como dice San Pedro; pero Cristo es Dios no por participación, sino real y verdaderamente. Luego en él no hubo gracia habitual.

RESPUESTA. Cristo es verdaderamente Dios por su persona y por su naturaleza divina; pero, como en la unidad de la persona permanece la distinción de las naturalezas, el alma de Cristo no es divina en su esencia. Por lo cual es necesario que llegue a serlo por participación, lo que es efecto de la gracia santificante.

DIFICULTAD. El hombre necesita la gracia para obrar rectamente y para alcanzar la vida eterna. Pero Cristo, por su unión con el Verbo, tenía la facultad de obrar en todo rectamente y poseía la vida eterna como Hijo natural de Dios. Luego no tenía necesidad

alguna de otra gracia fuera de la gracia de unión con el Verbo.

RESPUESTA. Cristo podía obrar recta y divinamente en cuanto Verbo; pero, *para que sus operaciones humanas resultasen perfectas*, necesitaba la gracia santificante. Y en cuanto Verbo gozaba de la bienaventuranza eterna e increada por un acto también increado y eterno, *del que no era capaz su alma humana*.
Luego *su alma no podía gozar de Dios sino por un acto sobrenatural creado*, para el cual necesitaba la gracia santificante.

DIFICULTAD. *El que obra a manera de instrumento no necesita de una disposición habitual* para realizar sus operaciones, pues la suple el agente principal. Pero *la naturaleza humana de Cristo fue instrumento de la divinidad,* como enseña San Juan Damasceno. Luego en Cristo no debió haber ninguna gracia habitual.

RESPUESTA. La humanidad de Cristo *es instrumento de la divinidad, no a la manera de un instrumento inanimado,* que carece totalmente de operación propia (como el pincel o el escoplo), *sino a manera de instrumento animado por un alma racional*, que *se mueve al mismo tiempo que es movido*. Por tanto, *para perfeccionar su operación propia*, era necesaria la gracia habitual).

Detalles complementarios:

Vamos a recoger ahora algunos detalles complementarios de esta doctrina.

1° La gracia habitual de Cristo no precede a la gracia de unión como si fuese una disposición exigible de la misma, sino que sigue a la gracia de unión como una propiedad natural, no en el orden del tiempo, sino de naturaleza.

La razón es porque la *gracia de unión pertenece a otro orden genéricamente distinto e infinitamente superior al de la gracia habitual* y no puede, por lo mismo, ser exigida por esta última; como tampoco la gracia habitual puede ser exigida por la simple naturaleza, y a que la gracia es estrictamente sobrenatural y trasciende toda naturaleza creada o creable.
***La gracia habitual de Cristo es una propiedad natural de la unión hipostática*, siendo ésta principio y origen de aquélla; no porque la unión hipostática se realizase antes de infundirse la gracia habitual en el alma de Cristo (fueron simultáneas en el tiempo), sino con simple prioridad de naturaleza.**

2° La gracia santificante no hizo a Cristo hijo adoptivo de Dios, sino que es u n efecto de su filiación natural.

Santo Tomás escribe expresamente: «La gracia habitual, tratándose de Cristo, *no hace hijo adoptivo*

a quien antes no era hijo, **sino que simplemente es un efecto en el alma de Cristo de su filiación natural».**

Conclusión 2ª *Jesucristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia, tanto intensiva como extensivamente.*

Expliquemos ante todo los términos de la conclusión.

a) **LA PLENITUD de la gracia puede ser absoluta y relativa.**
   Es absoluta **cuando *alcanza el sumo grado* participable por la criatura, de suerte que *no puede crecer o hacerse mayor*, al menos según la providencia ordinaria de Dios en la presente economía.**
   Y *es relativa* cuando *llena por completo la capacidad actual* del sujeto que la recibe. La relativa podría crecer o hacerse mayor si ensanchara la capacidad receptora del sujeto.

b) **PLENITUD INTENSIVA es aquella que ha alcanzado *toda la perfección de que es susceptible* la cosa poseída *considerada en sí misma*.**
   Plenitud extensiva es la que tiene *aptitud para producir todos los efectos* que de ella pueden derivarse y se extiende de hecho a todos ellos.

***Además de la gracia habitual o santificante, Cristo poseyó en grado supremo todas las virtudes infusas, excepto las que eran incompatibles con su estado de comprensor o llevan en sí alguna imperfección*.**

Reciben el nombre de *viadores* todos los hombres que viven todavía en este mundo y caminan hacia la eternidad; por oposición a los *comprensores*, que son los que han llegado ya a la patria bienaventurada.

Sólo Cristo fue, mientras vivió en este mundo, viador y comprensor a la vez: viador, por encontrarse en este mundo, y comprensor, porque su alma santísima gozó desde el primer instante de su ser de la visión beatífica en grado perfectísimo.

Algunas virtudes—como veremos en seguida—son incompatibles con el estado de comprensor, y otras llevan consigo alguna imperfección, incompatible con la santidad infinita de Cristo.

Advierte Santo Tomás que Cristo poseyó todas las virtudes en grado perfectísimo: perfectissime, ultra communem modum . *Sin embargo, Cristo no tuvo los hábitos infusos de algunas virtudes que eran incompatibles con su estado de comprensor o con su santidad infinita.*

Las virtudes que Cristo no poseyó: .....

a) **CRISTO NO TUVO LA VIRTUD DE LA FE, porque era incompatible con la visión beatífica de que gozaba habitualmente su alma.**

   Como es sabido, la fe supone la no-visión de lo que se cree mediante ella. Pero Cristo tenía lo formal de la fe—el asentimiento firme y la obediencia a

las verdades divinas—en grado eminente y superlativo

b) Ni LA VIRTUD DE LA ESPERANZA, porque era ya bienaventurado, o sea, poseía y gozaba plenísimamente a Dios, que es el objeto primario de la esperanza.

Pero, como explica Santo Tomás, pudo tenerla—y la tuvo de hecho—con relación al objeto secundario, que se refiere al auxilio divino para alcanzar algunas cosas que todavía no poseía, v.gr., la glorificación e inmortalidad de su cuerpo

c) Ni LA VIRTUD DE LA PENITENCIA, puesto que Cristo era absolutamente impecable y, por lo mismo, no podía arrepentirse jamás de ningún pecado.

Escuchemos a Santo Tomás: «Cristo no pudo pecar. Por lo mismo, la materia de esta virtud (la penitencia) no le corresponde en acto ni en potencia».

La satisfacción que Cristo ofreció a su Padre por los pecados de todo el mundo no provenía de la virtud de la penitencia, sino de su caridad y misericordia infinitas

d) NI LA VIRTUD DE LA CONTINENCIA, que tiene por objeto refrenar los movimientos desordenados de la sensualidad, que no se dieron jamás en Cristo.

Pero tuvo en grado perfectísimo la virtud de la templanza, que es tanto más perfecta cuanto más exenta está del impulso de las bajas pasiones.

Conclusión 7$_a$ *Cristo poseyó también, en grado perfectísimo, todas las virtudes naturales compatibles con su estado.*

La razón es por la perfección absoluta del alma de Cristo, aun en el orden y plano puramente natural.

Nótese que, según la sentencia mucho más probable, Cristo no fue adquiriendo poco a poco los hábitos naturales de las virtudes adquiridas, sino que los tuvo todos desde el principio por divina infusión, sin que se confundan por esto con las virtudes infusas, que son entitativamente sobrenaturales.

La adquisición paulatina no iría bien con la perfección absoluta de su alma, aun en el plano meramente natural, desde el primer instante de su concepción.

Conclusión 8.a Cristo poseyó en grado perfectísimo la plenitud de los dones del Espíritu Santo. 86. H e aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA.
b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA
c) LA RAZÓN TEOLÓGICA

Conclusión 8a Cristo poseyó en grado perfectísimo la plenitud de los dones del Espíritu Santo.

He aquí las pruebas:

***a)*L A SAGRADA ESCRITURA. Hablando el profeta Isaías del futuro Mesías, dice:**

«Y reposará sobre El espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé. Y pronunciará sus decretos en el temor de Yahvé».

Este texto es claramente mesiánico y, según el testimonio unánime de la tradición, se refiere a la plenitud de los dones del Espíritu Santo que se derramaron en el alma de Cristo.

b) E L MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia, en el concilio Romano, interpretó en el sentido que acabamos de indicar el famoso texto de Isaías. Y en el concilio de Sens rechazó el error de Abelardo que negaba la existencia en Cristo del don de temor.

b) L A RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos a Santo Tomás:

«Como ya dijimos en otro lugar, los dones son ciertas perfecciones sobreañadidas a las potencias del alma que las capacitan para ser movidas por el Espíritu Santo. Ahora bien: es manifiesto que el alma de Cristo era movida de un

modo perfectísimo por el Espíritu Santo, como dice San Lucas: Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto".

Luego es manifiesto que Cristo poseyó los dones en grado excelentísimo».

Conclusión 9ª Cristo poseyó en grado perfectísimo todos los carismas o gracias «gratis dadas».

Como es sabido, la teología designa con el nombre de carismas o gracias «gratis dadas» ciertas manifestaciones, de tipo ordinariamente milagroso, que constituyen al que las recibe en instrumento apto para confirmar a los demás en la fe o en la doctrina espiritual. No son hábitos, sino *actos* transitorios.

San Pablo enumera nueve de esas gracias, a saber: palabra de sabiduría, de ciencia, fe (confianza) en el Espíritu, don de curaciones, operación de milagros, profecía, discreción de espíritus, don de lenguas, don de interpretarlas.

No son exigidas por la gracia santificante—ni siquiera la suponen necesariamente—, ordenándose primariamente no al bien del que las recibe, sino al bien de los demás. Cristo las poseyó todas en grado perfectísimo.

Recordemos nuevamente que los teólogos distinguen en Cristo una triple gracia:

a) GRACIA DE UNIÓN, que significa la unión substancial, enteramente gratuita, de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo.

b) GRACIA HABITUAL, que designa la gracia santificante, poseída por el alma de Cristo en toda su plenitud.

a) **GRACIA CAPITAL, que expresa la gracia de Cristo como cabeza del cuerpo místico redundando sobre todos sus miembros.**

A continuación, analizaremos la Gracia Capital

3. La gracia capital

La tercera gracia que cabe distinguir en la persona adorable de Cristo es la llamada gracia capital, o sea, aquella que le pertenece como cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo místico.

Después s de unas nociones previas, expondremos su existencia, extensión, naturaleza y algunas cuestiones complementarias.

a) Nociones previas. Precisemos, ante todo, con toda exactitud los términos que vamos a emplear.

1. Cabeza. Llamamos cabeza a la parte superior y más importante del cuerpo humano. Tiene sobre el resto del organismo una cuádruple primacía:

a) DE ORDEN, por ser la primera parte del hombre, empezando por arriba.

b) DE PERFECCIÓN, en cuanto que en ella residen todos los sentidos corporales externos e internos, mientras que el resto del organismo sólo participa del sentido del tacto.

c) DE GOBIERNO EXTERNO, en cuanto que, por la vista y los demás sentidos que residen en la cabeza, el hombre dirige sus actos exteriores.

d) DE INFLUJO INTERNO, en cuanto que por su propia virtud mueve intrínseca y virtualmente a todos los miembros del cuerpo. Por analogía con la cabeza humana llamamos cabeza de un cuerpo moral o social al hombre que tiene, entre todos los miembros de ese cuerpo, la primacía de orden, perfección y gobierno (v.gr., el jefe o cabeza del Estado).

3. Cuerpo. En el sentido que aquí nos interesa, se entiende por cuerpo un ser orgánico dotado de vida.

Se distinguen en él multitud de elementos:
a) Los miembros distintos que lo componen.
b) La acción propia de cada uno de ellos.

c) La conexión íntima y mutua dependencia de los miembros entre sí y con la cabeza.
d) La cabeza como centro de todas sus operaciones vitales.
e) El influjo interno y vital de la cabeza sobre todos los miembros.
f) El alma, que informa todo el cuerpo, dándole unidad y vida.

3. Clases de cuerpo. Cabe distinguir, analógicamente, un triple cuerpo:

a) Físico. Es el que tiene existencia real, física y sensible, como el cuerpo u organismo humano.

b) MORAL. Es el que tiene existencia real, pero de orden moral, no física o sensible (v.gr., una nación, colegio, academia, etc.).
c) MÍSTICO. ES un cuerpo físico-moral de orden sobrenatural. Es el propio de la Iglesia de Cristo. No es físico ni moral, sino una realidad sui generis que participa de ambas formas, superándolas inmensamente.
Se parece al cuerpo físico en cuanto que sus miembros tienen verdadera comunicación vital entre sí y su cabeza; pero lo supera inmensamente, en cuanto que se trata de una vida sobrenatural incomparablemente superior a la puramente natural del cuerpo físico. Y se parece al cuerpo moral en cuanto que sus distintos miembros tienen personalidad propia, independiente de la de los demás.

Gracia capital es la que compete a Cristo como cabeza de la Iglesia.

Es, como veremos, su misma gracia habitual en cuanto principio de la gracia en todos los miembros de su cuerpo místico, en virtud y como consecuencia natural de la plenitud absoluta con que posee esa gracia habitual.

Existencia de la gracia capital en Cristo

Para mayor claridad y precisión expondremos la doctrina en forma de conclusiones.
Conclusión 1ª. Cristo, en cuanto hombre , posee la gracia capital, o sea, es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo místico.

He aquí las pruebas:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA.**
   Lo dice expresamente San Pablo con toda claridad y precisión:
   «A Él sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (Eph 1,22).
   «El marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, y salvador de su cuerpo» (Eph 5,23).
   «El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia» (Col 1,18).
   «Llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo» (Eph 4,15).

«Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte» (1 Cor 12,27).

b) La RAZÓN TEOLÓGICA.

Cristo, en cuanto hombre, posee la gracia capital, o sea, es cabeza de la Iglesia. Es evidente, puesto que se reúnen en El, en un sentido espiritual, las cuatro notas propias y características de la cabeza, o sea, la primacía de orden, de perfección, de gobierno y de influjo.

DE ORDEN, puesto que es «el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas»

DE PERFECCIÓN, porque en el orden ontológico es el mismo Dios personalmente, el Redentor universal. Y en el orden de la gracia la tiene en toda su plenitud, «como corresponde al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad»

DE GOBIERNO EXTERNO, porque en El está la plenitud del poder gobernante.

c) DE INFLUJO INTERNO Y VITAL que se extiende absolutamente a todos sus miembros.

La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo.

Es evidente que en la Iglesia se encuentran, analógicamente, con respecto a Cristo, las notas o

propiedades que corresponden al cuerpo con relación a la cabeza:

a) MULTIPLICIDAD DE MIEMBROS. En potencia son miembros de la Iglesia todos los hombres del mundo. En acto perfecto lo son todos los poseen la gracia y la caridad; y en acto imperfecto, los que conservan la fe y la esperanza, aunque estén en pecado mortal.

b) MULTIPLICIDAD DE OPERACIONES. Unos son apóstoles; otros, profetas; otros, sacerdotes; otros, doctores; otros, simples fieles.

c) TODOS INTIMAMENTE UNIDOS Y DEPENDIENTES ENTRE SÍ, por la fe, la gracia, la caridad, Ja oración, el buen ejemplo, la recepción de unos mismos sacramentos, la obediencia a un mismo jefe...

d) CRISTO ES EL CENTRO DE TODAS LAS OPERACIONES VITALES DE LA IGLESIA. SU influjo interno y vital se extiende absolutamente a todos sus miembros.

e) TODOS ELLOS ESTÁN INFORMADOS POR LA MISMA ALMA: el Espíritu Santo, alma de]a Iglesia, que los vivifica a todos por la gracia y los dones sobrenaturales.

Luego es del todo claro y evidente que la Iglesia es el verdadero cuerpo místico de Jesucristo.

> **Conclusión 2ª La Iglesia, como cuerpo místico, es la plenitud de Cristo, o sea, constituye con su divina cabeza el «Cristo total».**

Lo dice expresamente San Pablo en su epístola a los fieles de Éfeso: «A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de toda la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos»

Lo repite la Iglesia por boca de Pío XII en su maravillosa encíclica sobre el cuerpo místico.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡IMPORTANTE!!!!!!!!!!!!!!!
Para interpretar rectamente esta doctrina sublime y contenerla dentro de sus justos límites hay que tener en cuenta que, como afirma Pío XII, que *Cristo constituye con su Iglesia una sola persona mística, no física ni tampoco meramente moral*. El mismo Pío XII se encarga de ponernos en guardia contra ciertas confusiones, nacidas, quizá, de un exceso de entusiasmo y falsa piedad, que podrían conducir a errores funestos. He aquí sus propias palabras: *«Porque no faltan quienes, no advirtiendo bastante que el apóstol Pablo habló de esta materia sólo metafóricamente y no distinguiendo suficientemente, como conviene, los significados propios y peculiares de cuerpo físico, moral y místico, fingen una unidad falsa y equivocada, juntando y reuniendo en una misma persona física al Divino Redentor con los miembros de su Iglesia, y, atribuyendo a los hombres propiedades divinas, hacen a Cristo Nuestro Señor sujeto a errores y a la concupiscencia humana*.

¿Cuál es, pues, el verdadero sentido y alcance de la persona mística que Cristo constituye con su Iglesia? ¿Qué quiere decirse cuando se afirma que la Iglesia es la plenitud de Cristo?

Significa, sencillamente, que Cristo encuentra en su Iglesia *la expansión de su propia virtud* al influir *intrínsecamente* con su gracia en todos los miembros que le están unidos vitalmente. En este sentido puede decirse que Cristo y la Iglesia forman «como una persona mística»; y que *la Iglesia «viene a ser como la plenitud y el complemento del Redentor»*, en frase de Pío XII.

Según la doctrina de San Agustín la Cabeza mística, que es Cristo, y *la Iglesia, que en esta tierra hace sus veces como un segundo Cristo,* constituyen un solo hombre nuevo, en el que se juntan cielo y tierra para perpetuar la obra salvífica de la cruz. *Este hombre nuevo es Cristo,* Cabeza y Cuerpo, el Cuerpo íntegro.

En este sentido se puede decir también que *el Cristo total se está formando todavía y no llegará a su plenitud absoluta sino al final de los tiempos.*

Toda la vida santa de la cristiandad no es otra cosa que Cristo mismo que históricamente se realiza, el totus Christus, como una y otra vez se expresa San Agustín.

En los bienaventurados del cielo, en las almas que aguardan en el purgatorio, en los piadosos sobre la tierra, el Cristo

entero se está vitalmente representando a sí mismo. Ninguna oración sube al cielo que no brote de la plenitud de su vida. Ningún sacramento se administra que no lleve su bendición. *En este sentido hay que decir que Cristo se completa continuamente en sus santos. Desde este punto de vista, el «Cristo entero» no es el Dios-hombre solo, sino el Dios-hombre en su unión por la gracia con los redimidos. Estos son su pleroma, su plenitud.*

***El Cristo total*, consiguientemente, sólo estará completo *cuando el Hijo del hombre haya descendido del cielo*. *Mientras no haya tenido lugar la parusía, seguirá siendo un Cristo in fieri, en formación*. Sentado a la diestra del Padre, trata de atraer a sí por su gratia capitis a todos los pueblos y culturas redimidas, hasta que el Cristo total esté completo.**

Esta acción santificadora se realiza sobre todo por los sacramentos. Por eso se los llama sacramenta separata. *Sólo cuando el último santo esté seguro en el cielo estará completo el Cristo entero y se habrán realizado su mesianidad y su realeza sobre la tierra. Sólo entonces devolverá su poder al Padre.*

> **Conclusión 3ª Toda la humanidad de Cristo, tanto su alma como su cuerpo, influye en todos los hombres s del mundo, tanto en sus almas como en sus cuerpos.**
>
> **En la presente conclusión hay tres afirmaciones distintas**

a) **TODA LA HUMANIDAD DE CRISTO, TANTO SU ALMA COMO SU CUERPO.**
Porque toda ella (cuerpo y alma) está hipostáticamente unida al Verbo, del cual recibe la virtud de influir en los hombres los dones de la gracia.

b) **INFLUYE EN TODOS LOS HOMBRES DEL MUNDO.**
Porque todos pertenecen a su cuerpo místico en acto o en potencia.
***Ningún hombre del mundo , aunque sea pecador, infiel o pagano, deja de recibir la influencia de Cristo, al menos en forma de gracias actuales, de suyo suficientes para la conversión y salvación de su alma si el hombre no le opone el valladar de su resistencia voluntaria*.**
Nadie se salva sino por Cristo, y nadie puede practicar una obra sobrenaturalmente meritoria sino por influjo de su divina gracia. Sin ella no podríamos pronunciar convenientemente (o sea, de manera meritoria) ni siquiera el nombre mismo de Jesús, como dice el apóstol San Pablo
Cristo influye en todos los hombres principalmente en cuanto a sus almas y secundariamente en cuanto a sus mismos cuerpos; porque el cuerpo es instrumento del alma para la práctica de la virtud y en él redunda la vida del alma.

c) Extensión de la gracia capital.

Vamos a ver ahora hasta dónde se extiende la gracia capital de Cristo, o sea, sobre qué sujetos recae.

Para proceder con orden y claridad es conveniente sentar algunos prenotandos:

1°. DIFERENCIA ENTRE LOS MIEMBROS DEL CUERPO FÍSICO Y LOS DEL MÍSTICO.

Entre otros muchos puntos, interesa destacar aquí que *los miembros del cuerpo físico existen todos a la vez*, mientras que *los del cuerpo místico se van renovando sucesivamente (a medida que van naciendo o se van incorporando a él.*

2º. DIFERENTE S MANERAS DE PERTENECER AL CUERPO MÍSTICO.

Se puede pertenecer a él *en acto o en potencia*. Cada una de estas dos formas admite algunas subdivisiones, como aparece claro en el siguiente cuadro esquemático:

Miembros en acto:

a)Imperfecto: por la sola fe (en pecado mortal).

b)Perfecto: por la caridad (en gracia de Dios).

c) Perfectísimo: por la gloria (confirmación engracia).

<u>Miembros en potencia:</u>

a) Que se reducirá al acto: los que han de creer en Cristo.

c)Que no se reducirá al acto: los que no han de creer en El.

d)Todos los hombres del mundo, incluso los paganos no bautizados, tienen capacidad o potencia para pertenecer al Cuerpo místico de Cristo:

e)a) Por la elevación de todo el género humano al orden sobrenatural.

f) b) Por la sobreabundancia de la gracia de Cristo, que puede extenderse a todos los hombres del mundo sin agotarse jamás.

g)c) Por el libre albedrío del hombre, que, bajo la moción de la gracia divina, puede dejar el paganismo y abrazar la fe cristiana.

h)

i) Ahora bien, no todos los que tienen la potencia la convertirán en acto, y hay diversas gradaciones, es decir:

j)

k)*Conclusión 1ª *Abarcando en general todas las épocas del mundo, Cristo es cabeza de todos los hombres sin excepción, pero en grados diversos.

Vamos a explicarlo.

JERARQUÍA DE UNIÓN: Cristo es cabeza de todos los hombres, pero en grados diversos.

a) *En primer lugar* y principalmente, es cabeza *de los bienaventurados*, que están unidos a Él *en la gloria*.

b) *En segundo lugar*, de los que están unidos a El *por la caridad* (*almas del purgatorio y justos de la tierra*).

c) *En tercer lugar*, de los que le están unidos *por la fe* (los que *creen en él, pero están en pecado mortal)*.

d) *En cuarto lugar*, de los que le están *unidos sólo en potencia* que, según los designios de la divina predestinación, pasarán a ser actual en un momento dado (*los paganos o infieles que se convertirán, los niños que serán bautizados*).

e*) Finalmente*, es también cabeza de todos los que están unidos a El únicamente en potencia que jamás pasará a ser actual (los *paganos o infieles que no se convertirán jamás*). Estos últimos, desde el momento en que abandonen este mundo (lo mismo que todos los demás que se condenen, aunque

hayan sido cristianos), dejarán totalmente de ser miembros del Cuerpo místico de Cristo, ya que habrán perdido para siempre toda posibilidad de volverse a unir con Él.
Cristo en cuanto hombre es también cabeza de los ángeles, aunque de manera diferente que de los hombres.

Cuestiones complementarias:

Para redondear esta materia interesantísima de la gracia capital de Cristo, vamos a examinar brevemente algunas cuestiones complementarias, siguiendo las huellas del Angélico Doctor.

1ª. Si el ser cabeza de la Iglesia es propio de Cristo.

2ª. Si la gracia de la Santísima Virgen, en cuanto madre nuestra y corredentora, puede llamarse capital.

2ª. Si la gracia de la Santísima Virgen, en cuanto madre nuestra y corredentora, puede llamarse capital.

3ª. Si el demonio el anticristo son cabeza de los malos.

Veamos qué nos dice Santo Tomás…

1ª. Si el ser cabeza de la Iglesia es propio de Cristo.

Hay que contestar con distinción: si nos referimos a la cabeza en cuanto que influye por propia virtud, física e intrínsecamente, en todos los miembros del Cuerpo místico y en todas las épocas y lugares, es propio y exclusivo de Jesucristo el ser cabeza de la Iglesia.

Pero entendiendo por cabeza el encargado de gobernar externamente a los fieles en nombre de Cristo y en determinado tiempo, lugar o estado, compete también a otros.

2ª. Si la gracia de la Santísima Virgen, en cuanto madre nuestra y corredentora, puede llamarse capital.

Como es sabido, la gracia de la Santísima Virgen, en cuanto madre y corredentora nuestra, tiene, a semejanza de la de Jesucristo, una proyección social, o sea, refluye de algún modo en todo el Cuerpo místico de Cristo. Esto es doctrina común, admitida por todos los teólogos sin excepción.

Pudiéndose recoger admirablemente el papel de la Santísima Virgen en el Cuerpo místico

diciendo que *su gracia es maternal, social o universal,* es preferible emplear estas expresiones en vez de la de gracia capital secundaria, dejando la denominación de capital exclusivamente para la de Jesucristo.

3ª. Si el demonio o el anticristo son cabeza de los malos.

Santo Tomás contesta con distinción. Si nos referimos a la cabeza que ejerce un verdadero *influjo interior* en los miembros de su cuerpo, el demonio no es cabeza de los malos, ya que *no puede ejercer sobre ellos sino u n influjo meramente exterior* (por tentación, sugestión, mal ejemplo, etc.).

Pero, si nos referimos a la capitalidad de *gobierno exterior*, puede decirse que *el demonio es cabeza de los malos*, en cuanto que éstos, al pecar, se apartan voluntariamente de Dios—fin último sobrenatural—y caen, por lo mismo, bajo el régimen y gobierno del demonio, que tiene por finalidad precisamente el apartar a los hombres de Dios.

Dígase lo mismo, en su plano correspondiente, del *anticristo, que no se sabe con certeza si es un hombre , una institución (v.gr., la masonería) o u n sistema político anticristiano (v.gr., el comunismo*

ateo). **«El anticristo—dice Santo Tomás—es *llamado cabeza de los malos por una analogía* que se refiere, no al poder de influencia, sino *sólo al grado de perfección en la maldad*, pues *en él lleva el diablo al grado máximo su maldad*»**

ARTICULO II LA CIENCIA DE CRISTO

Después de haber examinado la gracia de Cristo en su triple aspecto, veamos ahora la interesantísima cuestión de las diferentes ciencias que iluminaban su inteligencia divina y humana.

La teología tradicional, inspirándose—como veremos—en los datos que nos suministra la Sagrada Escritura y la tradición cristiana, ha distinguido siempre en Cristo cuatro clases de ciencia completamente distintas:

- **la ciencia divina,**
- **la beatifica,**
- **la infusa**
- **y la natural o adquirida.**

Estas cuatro ciencias en nada se estorbaban mutuamente, sino que, por el contrario, se armonizaban y completaban entre sí en la admirable psicología divino-humana de Jesucristo; de manera semejante a como el conocimiento que nosotros adquirimos por el discurso de nuestra razón (conocimiento

intelectual) en nada perjudica, sino que, por el contrario, completa y perfecciona el conocimiento inferior que adquirimos por los sentidos corporales (conocimiento sensitivo).

La teología distingue cuatro mundos intelectuales, profundamente diversos:

- **el mundo intelectual increado, o sea, la ciencia divina;**
- **el mundo intelectual de las almas y de los ángeles glorificados, o sea, la visión beatífica;**
- **el mundo intelectual de los ángeles en el período de prueba, de ciertos santos favorecidos aquí en la tierra con ilustraciones superiores, de las almas del purgatorio o de los condenados, o sea, la ciencia infusa;**
- **y el mundo intelectual humano, esto es, la ciencia adquirida por medio de los sentidos, de la conciencia y de la razón.**

Jesús reunió en su adorable inmensidad estos cuatro mundos, los tres postreros en toda su perfección.

Es evidente, no obstante, que muchos piensan muy imperfectamente en la ciencia increada de Jesús y, sobre todo que esta ciencia infinita está en la hostia o en el Niño de Belén.

Por lo común se ignora es que la ciencia o visión beatífica se encontraba en Jesús niño y en Jesús moribundo en la cruz.

Se ignora muy comúnmente que Jesús gozó siempre de la ciencia angélica o infusa.

Sí, no cabe duda; Jesús fue verdaderamente niño, verdaderamente hombre como nosotros; pero era un Hombre-Dios, y de ahí que tuviese en su alma, en su inteligencia, los tesoros de visión beatífica y de ciencia angélica, sin las que no se entendería la inmensidad de sus sufrimientos morales, de sus merecimientos y de su oración...

Es también grave el no considerar que en Jesús hubo una ciencia humana muchísimo más perfecta que la nuestra ciertamente, pero, con todo, semejante a ella, progresiva como la nuestra. Sin ello no se comprendería su infancia, su sueño, sus virtudes adquiridas, sus admiraciones, sus entusiasmos...

Examinemos a continuación, una por una, las cuatro ciencias que iluminaban con resplandores infinitos el alma de Jesucristo.

1. En Dios hay una inteligencia infinita, porque *la raíz de la inteligencia es la inmaterialidad*—una cosa es tanto *más cognoscitiva cuanto más inmaterial*—•, y Dios es el *sumo*

***grado de inmaterialidad*, ya que es espíritu purísimo, sin mezcla de materia ni de potencialidad alguna.**

2. Dios *se entiende infinitamente a sí mismo* de una manera siempre permanente y actual; porque, siendo Acto purísimo, sin mezcla de potencialidad alguna, *su conocimiento coincide con su propio ser*. Dios *es tanto como se conoce, y se conoce tanto como es.*

3. Por esa misma razón, Dios *se comprende a sí mismo infinitamente*, *agotando en absoluto toda su infinita cognoscibilidad.*

4. *El acto de entender coincide en Dios*, por consiguiente, *con su propio ser substancia*l. En Dios, *el entendimiento, lo entendido, la especie inteligible y el acto de entender son una sola y misma cosa.*

4. ***Dios conoce absolutamente todas las cosas distintas de sí mismo*, puesto que todas proceden de Él como Creador y todas preexistieron eternamente en su inteligencia infinita antes de crearlas. Dios ve y conoce todas las cosas creadas, no en sí mismas, sino *en su propia inteligencia infinita*, por cuanto *su esencia contiene la imagen de todo cuanto no es Él*.**

   En este sentido se ha podido escribir bellísimamente que *«el mundo es un museo de copias».* El original de todas las cosas está en Dios.

   6. *Dios conoce* en su propia divina esencia todas las cosas, no de una manera confusa, general y común, sino *con conocimiento propio y singular*, o sea, en

cuanto son distintas unas de otras; porque *la esencia divina contiene en grado supremo todo cuanto hay de perfección en las cosas*, ya que *la naturaleza de cada ser consiste en participar de algún modo de la perfección divina.*

7. *La ciencia de Dios no es discursiva, sino puramente intuitiva*; lo cual quiere decir que Dios no va viendo las cosas una por una, como si su m
irada fuese pasando de unas a otras, sino que *las ve todas a la vez con toda claridad y distinción.*

8. La ciencia de Dios es *causa de las cosas* y no efecto de ellas.

O sea, que *no conoce Dios las criaturas* espirituales y corporales porque existen, sino que *existen porque las conoce Dios.* El conocimiento de Dios es anterior a las cosas creadas, que *existen porque Dios las vio en su inteligencia y las quiso crear sacándolas de la nada*.

9. Dios *no conoce tan sólo* todas las *cosas que existen* actualmente, sino incluso *todas las que podrían existir,* o sea, el mundo infinito de los seres posibles, que Él podría crear continuamente si quisiera.

El conocimiento que Dios tiene de las cosas que han existido, *existen o existirán realmente* recibe el nombre de «ciencia de visión», y el que tiene de los *seres posibles* que jamás existirán realmente se designa con el nombre de «ciencia de simple inteligencia».

10. Dios conoce perfectamente el mal; *porque, conociendo perfectísimamente el bien*, tiene que conocer todo lo que puede sobrevenirle a ese bien, o sea, el mal, que es privación de bien. Pero siendo el mal pura privación, *no le conoce en sí mismo, sino en el bien del que priva*; como no se conocen las tinieblas en sí mismas —ya que no son visibles—-, sino únicamente en la luz de la que privan.

11. *Dios conoce todas las cosas en singular*,

ya que a cada una de ellas en singular se extiende su acción creadora.

12. *Dios conoce infinitas cosas*,

porque no conoce únicamente todas las cosas que existen actualmente, sino *también todas las posibles, que son de suyo infinitas.*

13. Dios conoce perfectamente *todos los futuros contingentes,*

o sea, todo lo que sus criaturas inteligentes (ángeles y hombres) *querrán hacer libre y voluntariamente* en el tiempo y en la eternidad.
***Abarca simultáneamente todos los tie*mpos. Conoce infaliblemente los futuros contingentes. *Para Él* el pretérito y el futuro no existen: *no hay más que un presente siempre actual*.**

"Algo así—dice Santo Tomás—como le ocurre al que va por un camino, que no ve a los que caminan detrás de él, y, en

cambio, el que desde una altura viese todo el camino, vería a todos los transeúntes a la vez".

14. Dios conoce perfectamente *todas las proposiciones enunciables,*

o sea, todo *cuanto el entendimiento creado puede pensar o enunciar*

15. La ciencia de Dios es *absolutamente invariable,*

ya que *coincide realmente con su propia substancia divina*, que es del todo inmutable.

La ciencia especulativa y práctica de Dios

«¿Qué es, en efecto, el Verbo en cuanto Verbo? *El Verbo es la Ciencia personal del Padre, ciencia infinitamente perfecta, como el principio de donde dimana*.

Por consiguiente, vos sois, ¡oh tierno Niño que dormís en el pesebre o descansáis en el regazo de vuestra Santísima Madre!, la Visión eterna en persona.

Así, pues, ¿cómo podría intentar esconderme a vuestros ojos? Si subo al cielo, vuestra ciencia es la luz de él; si bajo a los infiernos, allí la encuentro también; y si huyo a las extremidades de la tierra, allá me acompaña y allá me previene.

Y no es el Verbo la imagen muda del Padre, su ciencia silenciosa y abstracta. *Él es la ciencia soberanamente activa y viviente que eternamente se ocupa, con una atención infinita, en el objeto que contempla*, esto es, en las perfecciones divinas, en el mundo y en mí, pobre y mezquina criatura y miserable pecador.

Acaso no haya en el hombre un deseo más hondo que el de ocupar un lugar en el pensamiento de los demás hombres. Vivimos no ya con una vida imaginaria, sino con una vida verdadera en la inteligencia de Dios.

Desde toda la eternidad hemos ocupado un lugar en su pensamiento*. ¿De qué modo, en efecto, produce el Padre a su Verbo? Conociéndose a sí mismo y conociendo a la vez, en sí, a toda criatura posible. La idea de cada uno de nosotros, de nuestra vocación, de nuestro ministerio, de las gracias que Dios nos quiere conceder aquí en la tierra, de la gloria con que piensa coronarnos en el cielo, entró, pues, en el acto por el cual el Padre concibió y produjo a su Verbo. Pensamiento éste dulce hasta arrebatamos y grave hasta hacernos temblar: *se trató de mí, no ya en las conversaciones de mi padre o de mi madre, o de los demás hombres o ángeles, sino en el eterno coloquio del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Desde toda la eternidad, estas adorables personas se ocuparon de mí, se comunicaron sus confidencias sobre la hora de mi aparición aquí en la tierra, sobre la duración de mi vida, sobre todas las circunstancias de ella, sobre mi carácter, sobre mi vocación, sobre mi sacerdocio, sobre mi ministerio, sobre mi porvenir eterno.

2. Ciencia beatífica.

Nos preguntamos ahora si Cristo, además de la ciencia divina que le correspondía y poseyó plenamente como Verbo de Dios, poseyó también, en cuanto hombre, *la llamada ciencia beatífica*, o sea, la que corresponde a los ángeles y bienaventurados que contemplan en el cielo la esencia divina. Es la ciencia que procede y se deriva inmediatamente de la visión beatifica.

La contestación es afirmativa. Cristo, en cuanto hombre—o sea, *su inteligencia humana*—, tuvo la ciencia beatífica en grado perfectísimo desde el primer instante de su concepción en el seno virginal de María.

Examinemos por separado *la existencia y la extensión* de esa ciencia beatífica en la persona adorable de Cristo.

a) Existencia en Cristo de la ciencia beatífica

Cristo, en cuanto hombre, poseyó la ciencia beatífica desde el primer instante de su concepción en el seno virginal de María. (Doctrina común y cierta en teología.)

«Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, *que está en el cielo*.

Luego, según el testimonio del mismo Cristo, el Hijo del hombre *estaba en el cielo mientras andaba por la tierra*. Lo cual quiere decir que *era viador y comprensor* al mismo tiempo, o sea, que gozaba de la visión beatífica acá en la tierra.

b) Extensión de la ciencia beatífica de Cristo

Santo Tomás dedica a este asunto una cuestión entera dividida en cuatro artículos. He aquí las principales conclusiones a que llega:

El alma de Cristo **gozó de la visión beatífica en grado perfectísimo, pero** ***sin llegar a abarcar o a comprender del todo la esencia divina*****, ya que, siendo ésta infinita, es imposible que pueda ser abarcada en su totalidad por ninguna inteligencia creada o creable.** ***Sin embargo, Cristo-hombre comprendió perfectamente la esencia divina*****, pero** ***no por su alma*****, sino** ***por su naturaleza divina. Es algo perteneciente a su persona divina.***

En virtud de su ciencia beatífica, la inteligencia humana de Cristo ***conoció en el Verbo absolutamente todas las cosas existentes según todos los tiempos (pasado, presente y futuro)*****, porque todas ellas le están sometidas;** ***incluso los pensamientos de todos los hombres*****,** ***ya que a todos les ha de juzgar.***
No conoció, sin embargo**, por esta ciencia beatífica todos** ***los seres posibles*** **que Dios pudiera crear, porque ello** ***equivaldría a comprender a Dios.*** **Pero** ***sí conoció todo lo que las criaturas pueden realizar,*** **porque comprendió perfectamente en el Verbo la esencia de todas las criaturas y, por consiguiente, toda su potencia y su virtud, o sea, todo lo que son capaces de realizar.**

Consecuencia. Luego Cristo conoció, por su ciencia beatífica, todo lo que Dios conoce por su ciencia de visión, o sea, todo lo que fue, es y será hasta la consumación de los

siglos; pero no todo lo que conoce Dios con su ciencia de simple inteligencia, o sea, el mundo infinito de los seres posibles. Y aun lo primero lo conoció con menos claridad y penetración que el entendimiento divino.

"¡Ver a Dios en su vida íntima es una cosa tan embriagadora!"

La inteligencia humana de Cristo ve la divina esencia de Dios mucho más perfectamente que cualquier otra inteligencia creada, porque es la única que está unida personalmente al Verbo y, por lo mismo, recibe una mayor influencia de la luz con que el mismo Verbo ve a Dios.

Esto mismo hay que decir por razón de la plenitud de la gracia que Cristo poseía, ya que *el grado de visión beatífica corresponde al grado de gracia santificante que el alma posee.*

Cuestión complementaria. *¿Cómo se armoniza la ciencia beatífica de Cristo con su agonía de Getsemaní y sus dolores del Calvario?*

No es posible encontrar acá en la tierra una explicación enteramente satisfactoria de este gran problema. Se trata de un gran misterio que trasciende las fuerzas de la pobre razón humana. Los teólogos han ensayado diversas explicaciones, sin que ninguna de ellas haya logrado proyectar sobre este misterio una luz definitiva. Lo más serio que se ha dicho hasta hoy tiene por fundamento *la famosa distinción escolástica entre la mente, la razón superior y la inferior*, a la que han recurrido también los grandes místicos experimentales (San Juan de la Cruz,

Santa Teresa, Santa Catalina de Siena, Susón, etc.) para explicar sus experiencias íntimas, que con frecuencia les sumergían, a la vez, en un mar de dolor y de deleites inefables.

Veamos muy brevemente las enseñanzas de la teología tradicional y de los místicos experimentales en torno a estas diversas funciones o compartimientos, *mente, la razón superior y la inferior,* en la parte intelectual del alma:

a) Lo que llaman mente, que es la parte más espiritual y elevada, a la que no llegan nunca las perturbaciones del mundo corporal. Iluminada por Dios, refleja siempre sus divinos resplandores, lejos de las cosas de la tierra. En medio de las pruebas más dolorosas y obscuridades más densas, esta parte superior del espíritu permanece siempre «inmóvil y tranquila, como si estuviera ya en la eternidad». Se la conoce también con los nombres de caelum supremum y lumen intelligentiae.

b) Lo que llaman razón, subdividida todavía en razón superior y razón inferior.

La superior saca siempre sus conclusiones de los principios del entendimiento puro, o sea, sin el influjo de las pasiones. Es el llamado cielo medio, y tiende siempre hacia arriba, hacia lo noble y elevado.
La inferior, en cambio, juzga a través de las experiencias de los sentidos y del influjo pasional; por eso tira hacia abajo, hacia lo útil o deleitable para el sujeto. Es el cielo ínfimo, más cerca muchas veces de la tierra que del cielo.

Según esta explicación, la mente de Jesucristo—o sea, aquella parte del espíritu que mira exclusivamente a Dios sin contacto alguno con las cosas de la tierra—permaneció siempre envuelta en los resplandores de la visión beatífica, sin cesar un solo instante. Esto le producía unos deleites inefables, que nada ni nadie podía turbar, ni siquiera las agonías de Getsemaní y del Calvario.

Pero, al mismo tiempo, su razón inferior—o sea, aquella que pone en contacto el espíritu con las cosas corporales—se sumergió en un abismo de amarguras y dolores, que alcanzaron su más honda expresión en Getsemaní y en el Calvario a la vista del pecado y de la ingratitud monstruosa de los hombres.

La Ciencia de Cristo

3. Ciencia infusa

Se llama así, en teología católica, *aquella ciencia que no se ha adquirido por la enseñanza de las criaturas o por la investigación de la propia razón, sino por especies inteligibles infundidas directamente por Dios en el entendimiento humano o angélico.*

Si esas especies infusas se refieren a misterios estrictamente sobrenaturales que *la razón natural no hubiera podido descubrir jamás*, se llama *ciencia infusa per se* (v.gr., el conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad).
Si, por el contrario, se refieren a conocimientos que la razón natural hubiera podido adquirir por su cuenta, aunque con

esfuerzo y trabajo, reciben el nombre de infusas per accidens (v.gr., si alguien aprendiera por revelación divina un idioma desconocido sin haberlo estudiado).

La ciencia infusa no es una ciencia que se adquiera, como nuestra ciencia de aquí abajo, por medio de los sentidos o de la conciencia y de la razón; no es de creación humana ni angélica; *es de creación divina, proviene del mismo Dios.*

Para poder entender un poco mejor la profundidad y perfección de la ciencia infusa, echaremos una mirada a los ángeles, a las almas separadas del cuerpo, a los condenados y los santos:

Ciencia infusa en los ángeles.

Los ángeles, al salir del no ser, recibieron de Dios una ciencia y unas ideas innatas. Hasta qué punto eran esta ciencia y estas ideas superiores a las nuestras, lo podemos entrever por la magnitud de su caída.

El pecado de los ángeles rebeldes duró sólo un instante*, y fue, sin embargo, *tan grave, que no se ofreció la redención para obtener el perdón de ella, y la sangre del Hijo de Dios, derramada hasta la última gota en el Calvario, al redimir a todos los hombres no redimió ni a un solo ángel.

Se contenía en aquel acto de rebelión, rápido, por ventura, como el relámpago, *una profundidad de malicia que excede a nuestra comprensión, porque fue cometido con una luz y con un conocimiento de causa que nosotros no podemos imaginar.*

La ciencia de los ángeles nos interesa extremadamente, ya que, dentro de algunos años, también a nuestra vez recibiremos esta ciencia tan temible cuanto sublime; se nos infundirá en el momento mismo en que dejemos la tierra para entrar en la eternidad. *"Cuando veo morir a alguno,* decía Santa Catalina de Génova, *pienso dentro de mí; ¡Oh, ¡qué de cosas nuevas, grandes y extraordinarias va a contemplar esa alma!"*

Estas cosas nuevas, grandes y extraordinarias, las veremos de modo totalmente diferente de como las vemos en la tierra: la santidad y la justicia infinitas; las innumerables y preciosísimas gracias recibidas, y nuestras innumerables faltas y profunda miseria: toda nuestra vida, sin exceptuar de ella ni un deseo, ni un pensamiento. Ya no más distracciones, no más olvidos, no más ilusiones posibles…

Ciencia infusa en el niño infeliz muerto sin bautismo:

Esta ciencia, que alumbra al alma en el momento en que comparece ante Dios, es la misma también que ilumina, en su misteriosa mansión, al niño infeliz muerto sin bautismo; que no pudo todavía adquirir la ciencia humana, puesto que no vivió; ni la visión beatífica le será comunicada jamás.

Ciencia infusa en el alma en las almas del purgatorio:

La visión beatífica se les otorgará un día a las almas santas del purgatorio; pero, entre tanto, no poseen más que la ciencia infusa, juntamente con la fe. Y con tal fuerza les revela esta ciencia, así la inefable santidad de Dios como la

horrible fealdad del más mínimo pecado, que se precipitarían en mil infiernos, dice Santa Catalina de Génova, antes que unirse con una sola mancha venial al Dios tres veces santo.

Ciencia infusa en los condenados:

¿De dónde procede también que, para los condenados, la pérdida de Dios, a la que en esta vida con tanta facilidad se resignaban, constituye en la eternidad una pena incomparablemente mayor que la pena del fuego, con ser ésta tan terrible?

Es que no ven ya las cosas con la pobre y mezquina ciencia que se adquiere en la tierra, y de la cual ellos estaban tan ufanos. Otras ideas, de hechura divina, han sido impresas y permanecerán para siempre en su alma. Estas ideas les revelan su espantoso infortunio porque ahora ven nítidamente qué es lo que significa haber perdido el cielo, haber perdido a Dios, y juntamente con Dios toda alegría, todo bien.

La visión del último día.

¿Cómo es que, en el último día, lo mismo los condenados que los santos, podrán conocer tan a fondo, en un tiempo tan breve, la historia, no tan sólo del mundo, sino de cada hombre y de cada ángel?

Consiste en una ciencia muy inferior, ciertamente, a la visión beatífica, pero, con todo, superior a nuestra ciencia de acá abajo, que nos revelará, con una viveza y una

prontitud inauditas, *las grandes líneas y los más pequeños detalles de todo el pasado*. Esa ciencia superior la recibirán al salir de esta vida.

El relámpago deslumbrador, que en un segundo alumbra la obscuridad con claridad resplandeciente cambia menos el modo de ver de los ojos de lo que esta claridad divina cambia la manera de ver del alma. Y mientras que el relámpago material pasa en un instante, el relámpago espiritual, que se denomina la ciencia infusa, perdura eternamente; y en el último día iluminará la vida de todos los hombres y *obligará a los condenados a confesar que Dios fue justo e inefablemente bueno para todos, incluso para ellos.*

Las revelaciones más sublimes de los santos dependen de la ciencia infusa, no de la visión beatífica. No era en Dios, sino en unas ideas infundidas por Dios, que Santa Catalina de Siena y Santa Teresa veían a Nuestro Señor.

Es evidente que esta ciencia infundida por Dios en los ángeles, en los santos, en las almas desde el momento en que abandonan la tierra, y conservada por él en los mismos condenados, ha debido tenerla Nuestro Señor, desde el primer instante, en toda su perfección».

Vamos a estudiar ahora la existencia y extensión de la ciencia infusa *en el entendimiento humano de Jesucristo*.

a) Existencia en Cristo de la ciencia infusa

El entendimiento humano de Cristo gozó de ciencia infusa, sobrenatural y natural, desde el primer instante de su concepción en el seno virginal de María. **(Doctrina cierta y casi común.)**
He aquí las pruebas:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA.**

San Pablo dice que en Cristo «se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»); luego también los pertenecientes a la ciencia infusa.

En la epístola a los hebreos dice que Cristo, «al entrar en el mundo», se ofreció al Padre para hacer su voluntad. Ahora bien, en el primer instante de su existencia humana («al entrar en el mundo») no pudo hacer ese ofrecimiento con su ciencia adquirida (puesto que no la tenía todavía), ni tampoco con su ciencia beatífica, que se ordena a la fruición de Dios, no a la realización de actos meritorios, como fue ese ofrecimiento; *luego tuvo que hacerlo con una ciencia infusa por Dios.*

Hay en la Sagrada Escritura, por consiguiente, un fundamento suficientemente sólido para elaborar la doctrina teológica de la ciencia infusa de Cristo.

b) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. No lo ha definido expresamente, pero es la doctrina claramente preferida por la Iglesia. El Santo Oficio declaró que no puede enseñarse con seguridad «la opinión de algunos modernos sobre la limitación de la ciencia del alma de**

Cristo», prefiriendo la doctrina de los antiguos sobre la ciencia universal del mismo Cristo

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Propone argumentos del todo convincentes. He aquí los principales

1) Es una exigencia de la unión hipostática. El Verbo encarnado debía poseer toda la ciencia posible y de todas las maneras posibles, para que no hubiera en Él ninguna clase de ignorancia. Luego su inteligencia humana poseyó también la ciencia que proviene de la divina infusión.

2) Cristo es cabeza de los ángeles y de los bienaventurados, y éstos tienen ciertamente ciencia infusa. No puede admitirse que la cabeza carezca de una perfección que poseen sus miembros.

3) Cristo mereció sobrenaturalmente nuestra salvación desde el primer instante de su concepción. Ahora bien: el mérito sobrenatural no podía proceder de su ciencia beatífica, que no se ordena al mérito, sino únicamente a la fruición de Dios (está fuera de la esfera del mérito); ni de su ciencia adquirida, que no poseyó desde el principio y es, además, puramente natural y, por lo mismo, incapaz de mérito sobrenatural. Luego procedió de una ciencia directamente infundida por Dios desde el primer instante de su concepción en el seno virginal de María.

b) Extensión de la ciencia infusa de Cristo.

o sea, qué cosas conoció su entendimiento humano con esta clase de ciencia.

Cristo, desde el primer instante de su concepción, conoció con ciencia infusa todas las verdades naturales que el hombre puede llegar a conocer y todos los misterios de la gracia.

Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina:

"Ya hemos dicho que convenía, para que el alma de Cristo *fuese en todo perfecta, que toda su potencialidad fuese actualizada*.

En el alma humana, como en toda criatura, puede apreciarse una doble potencia pasiva:

una, con respecto a cualquier agente natural;

la otra, con relación al Agente primero (Dios), que puede elevar a cualquier criatura a una perfección a la que no puede elevarla el agente natural. *A esta última suele llamarse, en la criatura, «potencia obediencial»*.

En Cristo, ambas potencias de su alma fueron actualizadas por esta ciencia divinamente infusa. Merced a ella, el alma de Cristo conoció:

1. **primeramente, todo cuanto puede ser conocido por el hombre mediante la luz del entendimiento agente, o sea, todo lo relativo a las ciencias humanas (medicina, ingeniería, astronomía, etc., etc.);**

2- en segundo lugar, todo lo que el hombre conoce por revelación divina, bien mediante el don de sabiduría o el de profecía, o mediante cualquier otro don del Espíritu Santo.

Además, todas estas cosas las conoció Cristo de una manera más rica y plena que cualquier otro hombre.

Con todo, la esencia de Dios no la conoció por esta ciencia, sino únicamente por su ciencia beatífica; como ya dijimos".

Asusta meditar en la extensión y profundidad de los conocimientos naturales y sobrenaturales que poseía por ciencia infusa el alma santísima de Cristo.

"Abarcaba sin esfuerzo—escribe Sauvé—el universo entero, todos los secretos del cielo y de la tierra, todos los secretos de los corazones, todos los tiempos. Desde Belén y desde Nazaret, aun mientras el Divino Niño dormía o sonreía, veía a Getsemaní y su agonía, el pretorio y sus afrentas, la columna y sus torturas, el Calvario y sus dolores y su muerte espantosa. Veía, en un porvenir más lejano, las victorias y las alegrías, las pruebas y las tristezas de la Iglesia y de cada alma; veía todas las acciones santas, pero veía también todas las tibiezas, todas las cobardías, todos los pecados, todos los sacrilegios, todos los escándalos; veía todos los pensamientos que tuvieron y que tendrán jamás los ángeles o los hombres acá en la tierra, en el purgatorio, en el infierno o en el cielo. Esta ciencia, ni el espacio, ni el tiempo, ni la eternidad la limitaban; sólo se detenía ante la infinidad divina, que claramente conocía, aun cuando sin

comprenderla, y ante el misterio de la Santísima Trinidad, cuya existencia conocía por sus efectos, esto es, por la gracia, la gloria, la encarnación, sin penetrar su naturaleza, por ser cosa que está reservada a la visión beatífica".

Como explica Santo Tomás, la ciencia infusa iluminaba directamente la inteligencia de Cristo sin que ésta tuviera necesariamente que valerse o recurrir a las imágenes sensibles. No era, por lo tanto, discursiva, sino más bien intuitiva, aunque podía deducir unas cosas de otras, si quería hacerlo así.
Fue más perfecta que la de los ángeles por el número y certeza de los conocimientos, aunque la ciencia infusa es más connatural a la naturaleza angélica que a la humana. Poseyó esta ciencia infusa en forma de hábito y podía, por tanto, usarla a su arbitrio. Y por recaer sobre diversos géneros de conocimiento, la ciencia infusa de Cristo implicaba diversos hábitos cognoscitivos.

5. Ciencia adquirida

Además de la ciencia beatífica y de la infusa **que iluminaban el alma de Cristo,** ***su inteligencia humana estuvo también informada por la llamada ciencia natural o adquirida*****, que es la que los** ***hombres adquirimos por la acción de nuestro entendimiento agente al transformar en ideas los fantasmas de la imaginación procedentes de los sentidos externos al ponerse en contacto con las cosas exteriores***

Para aquellos no versados en filosofía escolástica, recordamos aquí que, según la teoría escolástica del

conocimiento humano, la génesis de nuestras ideas adquiridas sigue el siguiente proceso:

- **los *objetos* externos impresionan o actúan intencionalmente sobre los *sentidos externos* (ojos, oídos, etc.);**
- **éstos retransmiten a la *imaginación*, o fantasía, la impresión recibida, que se convierte en una *especie imaginaria* llamada *fantasma*;**
- **el *entendimiento agente* despoja a ese fantasma de todas sus notas individuales y concretas, universalizándolo y transmitiéndolo al *entendimiento posible* como *especie inteligible*:**
- **y, finalmente, el *entendimiento posible* reacciona vitalmente ante la impresión recibida y expresa o prorrumpe en un *verbo mental*, que no es otra cosa que la *idea* intelectual ya definitivamente formada.**

Examinaremos seguidamente *la existencia y extensión de la ciencia adquirida de Jesucristo*.

***Existencia y extensión de la ciencia adquirida de Jesucristo*.**

a) Existencia de la ciencia adquirida en Cristo

A primera vista *"parece"* que la ciencia adquirida envuelve cierta imperfección, por el esfuerzo que su adquisición requiere y la evolución, forzosamente paulatina y progresiva, que por su mismo concepto entraña.

Por otra parte, *"parece"* que Cristo no tuvo necesidad alguna de ella, ya que su alma g*ozaba de las ciencias beatífica e infusa, además de la ciencia divina* que poseía como Dios.

Nada absolutamente *"podía añadirle"* una ciencia puramente experimental o adquirida.

Y, sin embargo, es sentencia casi común entre los teólogos que Cristo poseyó una verdadera ciencia *adquirida con sus propios actos.* Vamos a establecer esta doctrina en forma de conclusión.

Conclusión*. En Cristo-hombre hubo una verdadera ciencia adquirida con sus propios actos, que fue creciendo progresivamente hasta alcanzar su plena perfección. (Sentencia probabilísima y casi común.)*

He aquí los fundamentos en que se apoya esta doctrina:

a) LA SAGRADA ESCRITURA.

En el Evangelio hay ciertos hechos que apenas tienen explicación posible si no se admite la existencia en Cristo de una verdadera ciencia adquirida.

Leemos en efecto que preguntaba algunas cosas: *"¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?"; "¿Cuántos panes tenéis?",* etc. Que se admiraba: *"Oyéndole, Jesús se maravilló..."; "¡Oh mujer, grande es tu fe!"; "Y se admiraba de su incredulidad".* Que crecía en sabiduría: *"Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres".*

Todo esto carece de explicación si no admitimos la ciencia adquirida de Jesucristo. Porque, a menos de pensar que Cristo estaba representando una ficción—lo que sería impío y blasfemo—, las preguntas suponen desconocimiento de las

respuestas; la admiración arguye la presencia de un hecho sorprendente e inesperado; y las palabras *"crecía en sabiduría"* son demasiado claras y explícitas para interpretarlas en un sentido metafórico o figurado. Todo se explica perfectamente admitiendo en Cristo la ciencia adquirida como distinta y aparte de sus otras ciencias; y, sin ella, nada de todo esto puede explicarse satisfactoriamente. Hay, pues, en la Sagrada Escritura un fundamento suficientemente sólido y seguro para admitir en la inteligencia humana de Cristo una verdadera ciencia adquirida, que en nada estorbaba a las otras ciencias que iluminaban su alma, puesto que es de naturaleza distinta y está orientada a otro orden de conocimientos.

b) Extensión de la ciencia adquirida de Cristo.

¿Hasta dónde llegó en su última expansión esta ciencia natural o adquirida de Jesucristo? **Vamos a precisarlo inmediatamente en forma de conclusión.**

Conclusión. *Cristo conoció con su ciencia adquirida todo cuanto el hombre puede llegar a conocer por la acción del entendimiento agente.* (Sentencia más probable.)

Es la opinión de Santo Tomás, compartida por la mayor parte de los teólogos. La razón es porque no puede admitirse que algún hombre—miembro de Cristo en acto o en potencia—supere a su divina Cabeza en alguna perfección de la que ésta careciera.

Luego *no hay ningún conocimiento que el hombre pueda alcanzar con las fuerzas de su entendimiento natural que no*

fuera conocido perfectamente por Jesucristo, **no sólo con sus ciencias divina, beatífica e infusa, *sino incluso con su ciencia natural o adquirida*. Para lo cual no es menester que Jesucristo estudiara todas y cada una de las ciencias humanas o investigara en los laboratorios, etc. Porque, como explica Santo Tomás,**

«el conocimiento de las cosas no se adquiere únicamente por la experiencia de las mismas, sino también mediante la experiencia de otras.

En efecto, merced a la virtud del *entendimiento agente*, el hombre puede *conocer los efectos por las causas*, las *causas por los efectos*, *lo semejante por su semejante*, lo *contrario por su contrario*, etc.

De igual suerte, aunque Cristo no tuvo experiencia de todas las cosas, tuvo conocimiento de todas ellas a través de aquellas que experimentó».

Ello fue posible también por la potencia extraordinaria de su entendimiento, que era de una profundidad y penetración incomparablemente superior al de todos los demás hombres

Para completar esta doctrina tan hermosa, lógica y coherente, el Doctor Angélico añade algunas observaciones. He aquí las principales:

1ª <u>Cristo no tuvo maestro alguno</u>. *Su ciencia adquirida la alcanzó por sí mismo, no por enseñanza ajena*. No era conveniente que el Maestro de la humanidad fuera, a la vez, discípulo de un maestro humano.

2ª <u>Con su ciencia natural o adquirida, Cristo no conoció absolutamente todas las cosas cognoscibles, sino únicamente las que son cognoscibles por la sola luz del</u>

entendimiento agente del hombre, como hemos dicho en la conclusión. *No conoció, pues, por ella ni las substancias separadas (v.gr., las almas del purgatorio) ni los singulares pasados o futuros*. Todo esto lo conoció por la ciencia infusa.

3ª Cristo no aprendió nada de los ángeles.
***El cuerpo de Cristo estuvo sujeto a las influencias de los agentes naturales* (frío, calor, etc.), porque asumió un cuerpo pasible para padecer y morir; *pero su alma humana no estuvo sujeta a la influencia de los ángeles*, pues fue perfectísima en ciencia y gracia.**

Veamos ahora la proyección práctica de esta doctrina de la ciencia adquirida de Cristo, admirablemente expuesta por Sauvé:

"Nos engañaríamos grandemente si pensáramos que esta teoría de un conocimiento y de una ciencia progresivos en Nuestro Señor carece de importancia y de grande interés para la piedad.
Tenemos que meditarlo con cariño si queremos entender los misterios de la niñez de Jesús. Su infancia no fue un papel representado por el Verbo encarnado, sino una realidad adorable y por extremo conmovedora. *«Soy tan hombre como el que más»*, decía San Francisco de Sales; Jesús fue tan niño como el que más.

Sí, Jesús vivió, al mismo tiempo que esta vida superior de que hemos hablado, su vida realmente infantil; Él, el Criador del mundo, tuvo sus pequeñas aflicciones de niño, sus lágrimas; tuvo sus pequeñas alegrías; más adelante, no hay

duda, tendría también sus juegos; tuvo sus balbuceos. Sí, la lengua del Verbo encarnado no se fue desligando sino poco a poco, y un día, por fin, dijo su primera palabra, el nombre de Dios probablemente, o más bien, quizá, puesto que él era Dios, el nombre de su Madre. ¡Oh, Virgen dichosísima, oh, feliz San José, que contemplasteis este tiernísimo misterio, que escuchasteis esta palabra primera! Y sin duda, asimismo, sólo después de algún tiempo, como los demás niños, comenzaría Jesús a sonreír. Y vos sois de nuevo, ¡oh, Virgen divina!, quien recogisteis esa primera sonrisa.

Tampoco supo desde el primer momento tenerse en pie y andar. ¡Él, el Omnipotente, dio sus primeros pasos vacilando, no de manera diferente a nosotros! Sólo andando el tiempo pudo prescindir de la mano de su divina Madre, que le sostenía y le aseguraba. ¡Inefables misterios que debieran embelesarme!

Este carácter progresivo de las facultades y de los conocimientos humanos del divino Niño explica muchos rasgos harto interesantes de sus primeros años. No cabe duda de que tendría la mirada ingenua, asombrada y curiosa de los niños; y esta mirada era en él tan sincera como en nosotros. Es que, en él, todos los días los sentidos y la experiencia conocían algo nuevo. Además, según indicábamos hace poco, sonrió, lo mismo que los demás niños, a su divina Madre, a San José, a aquellos que le visitaban; ahora bien: ¿por qué se sonríen los niños? Porque se les revela algún encanto inesperado. ¡Oh!, no hay duda de que con frecuencia procedería la sonrisa del divino Niño de más arriba; me refiero a la alegría, al gozo celeste o angélico, que desde la cima de su espíritu podía irradiar en

la parte inferior y descender aun hasta los sentidos. Pero, de ordinario, lo mismo que a nosotros, era la vista de algún objeto nuevo y agradable lo que le hacía sonreír; era el conocer mejor a su Santísima Madre y a su muy amado padre nutricio; era sentir su amor y sus exquisitos cuidados; y él correspondía, como saben corresponder los niños, con su divina sonrisa a la vez que con su amor. ¡Oh, qué dulcísimo premio para María y José! También tuvo el Niño Jesús, según canta la Iglesia en una sublime estrofa, sus llantos y sus vagidos. Un Dios que llora y que gime, ¡qué sublime misterio! ¿Por qué lloran los niños? Porque un pesar nuevo los contrista, un nuevo sufrimiento se les hace sentir. Así sucedía con el Niño Jesús. Con frecuencia, e indudablemente, alguna parte de los dolores que crucificaban la región racional de su alma se comunicaría a sus sentidos y motivaría sus lágrimas; pero de ordinario lloraba porque una causa nueva de pesar se ofrecía a sus ojos; gemía porque un sufrimiento nuevo invadía su carne tan delicada. Para su ciencia superior, estos motivos de pesar o estos asaltos del sufrimiento no eran nuevos, pero sí eran nuevos para sus sentidos y para su conocimiento experimental.

De suerte que en Jesús se juntaban toda una serie de alegrías, de pesares, de sufrimientos y de lágrimas infantiles por debajo de las celestiales alegrías que enajenaban la cima de su espíritu y paralelamente a los profundísimos dolores de que estaba amargada su alma a vista de los pecados del mundo, de la santidad divina ultrajada, de la justicia infinita irritada contra los hombres y contra el Cordero cargado de sus pecados.

El sueño de Jesús es un hecho harto interesante. ¿Cómo acertar a explicarlo? Ante todo, no olvidemos que el Verbo encarnado no experimentó flaquezas sino porque quiso y cuando quiso. La necesidad de sueño, lo propio que el hambre, la sed, el sufrimiento, el cansancio, no podían alcanzarle más que en la medida en que él se lo permitía. En realidad, por amor a nosotros se quiso sujetar a todos estos abatimientos, y con regularidad al del sueño. Ahora bien: cuando dormía en el pesebre o en brazos de su divina Madre, en su lecho, sobre la hierba, o sobre la piedra, o en la popa de una nave, ¿qué era lo que en él descansaba? No eran su ciencia y su amor superiores, pues en verdad la acción era el reposo de ellos. Esta ciencia y este amor superiores estaban siempre en vela, atentos a Dios, a las almas. Lo que descansaba en él eran los sentidos exteriores, la imaginación, el sentido Íntimo; era la conciencia experimental y la inteligencia en la parte que discurre y se sirve del organismo; era la ciencia humana y también el amor humano que le corresponde. Aquí quiso Jesús santificar nuestro sueño durmiendo él realmente, él, la palabra, el pensamiento, el amor incansables!

Era también por este lado de sus facultades por donde Nuestro Señor entendía:
en las ordinarias ocupaciones cotidianas con que, cuando muy niño, ayudaba a la Virgen sacratísima en el cuidado de la pobre casa y del humilde hogar de Nazaret; con que, cuando adolescente o joven, ayudaba a San José en su oficio de carpintero, y se aplicaba, ¡oh inefable misterio!, él, la eterna sabiduría, a aserrar y a ajustar maderas. En parte era por ahí también por donde durante su vida pública entraba con tanta frecuencia en relación con las almas,

mientras que su ciencia y su amor beatíficos e infusos estaban sin cesar en contemplación y en adoración delante de su Padre.

¿Por qué causa le vemos, además, retirarse al desierto o a las montañas para hallar en ellos la soledad y entregarse a la oración? No era necesario, ciertamente, que la parte superior de su alma se recogiese, toda vez que ella, siempre y en todas partes, se hallaba en plena actividad y en pleno recogimiento; pero sus facultades, por su lado inferior y experimental, necesitaban ocuparse con frecuencia en las criaturas para formar a los apóstoles, curar a los enfermos, instruir a las muchedumbres; por eso, entre sus peregrinaciones y sus trabajos evangélicos, gustaba de enderezarlas hacia su Padre: ¡cuánto gustaba de apartarse, aun de sus amigos más queridos, para consagrarse a Él solo por entero!... He ahí el porqué de sus retiramientos tan frecuentes a las montañas o a los desiertos. Sus ojos entonces se cerraban a las criaturas; los ruidos del mundo no llegaban ya a sus oídos; y, en la quietud de la naturaleza y en el perfecto silencio del alma, sus sentidos exteriores, su imaginación, su memoria y la parte inferior de su inteligencia, todo se recogía y se unía a la parte superior en la adoración de la Divinidad y en la oración por la salvación del mundo.

No poseo yo como vos, ¡oh, mi bondadoso Maestro!, una ciencia celeste o angélica que sin cesar vele delante de Dios; no cuento para acordarme de Él, para hablarle, para rogarle, más que con mi débil inteligencia y con mi fe, también tan débil. ¡Ah, que sepa por lo menos recogerme! Otorgadme, pues, el amor al recogimiento, al silencio de los

sentidos y a la soledad en aquella medida que me lo permite el celo. Otorgadme, sobre todo, el amor al silencio del alma; concededme, en las horas que dedico a la oración, el no estar, a ejemplo vuestro, ocupado más que en Dios, el estar solo delante de Dios solo. Con todo eso, no son mucho toda mi pobre inteligencia y todo mi corazón para abogar cerca de vuestro Padre en favor de los intereses de las almas y para ocuparme en vos, ¡oh, Salvador mío, soberanamente amable y adorable, que bastáis para ocupar y arrebatar la atención y el amor del cielo!".

ARTICULO III
EL PODER HUMANO DE CRISTO

III. Estudiadas las perfecciones que Cristo poseía en la esencia misma de su alma (gracia habitual y capital) y las relativas a su inteligencia humana (ciencia beatífica, infusa y adquirida), veamos ahora las que se refieren principalmente a su *voluntad*.

La más importante equivale a preguntar *si Cristo, en cuanto hombre, poseía la omnipotencia divina* o si su poder humano, aunque inmenso, *no alcanzaba la plenitud* de la divina omnipotencia. Como de costumbre, vamos a exponer la doctrina católica en forma de conclusiones.

Conclusión Iª. *La humanidad de Cristo no fue ni pudo ser absolutamente omnipotente.* (Completamente cierta.)

El argumento para demostrarlo no puede ser más claro y sencillo. La omnipotencia, en efecto, es uno de los atributos de la divinidad realmente identificados con la esencia divina. *Es un atributo infinito*, que, por lo mismo, *no puede ser comunicado a ninguna criatura finita*, aunque se trate de la humanidad adorable de Cristo.

***Sin embargo, Cristo era omnipotente en cuanto Dios*, como es cosa clara y evidente.**

Conclusión 2ª *La humanidad de Cristo tiene dominio absoluto y es causa física principal de los actos naturales y sobrenaturales pertenecientes a ella misma*.
(Completamente cierta.)

En el orden natural no puede caber la menor duda, puesto que Jesucristo era hombre perfecto y, por tanto, su naturaleza humana tenía virtud propia para producir los actos que le eran peculiares según la misma naturaleza, como el andar, hablar, dirigir y gobernar su propia vida. Y en el orden sobrenatural, por lo mismo que estaba lleno de gracia, *tenía también una virtud propia, aunque gratuita, para realizar los actos de todas las virtudes y, por consiguiente, para iluminar las inteligencias de los demás con la predicación de la verdad divina y el ejemplo de su vida...* Decir otra cosa sería hacer a Jesucristo, en cuanto hombre, inferior a nosotros. Y esta virtud o poder era físico, de la misma manera que en nosotros el principio de nuestros actos es físico y no moral.

Conclusión 3ª *Jesucristo, aun en cuanto hombre, fue causa final relativa de la creación en general; pero su humanidad*

santísima no fue causa física de la creación, como tampoco de la aniquilación de ningún ser. **(Completamente cierta.)**

Esta conclusión tiene tres partes, que vamos a exponer por separado:

a) **JESUCRISTO, AUN EN CUANTO HOMBRE, FUE CAUSA FINAL RELATIVA DE LA CREACIÓN EN GENERAL.**

Consta por la Sagrada Escritura. *Jesucristo, en cuanto Verbo de Dios, fue*, además de la causa eficiente, el fin último de la creación. Lo dice expresamente San Juan en el prólogo de su evangelio y lo repite San Pablo en su epístola a los Colosenses. He aquí los textos.

"Todas las cosas fueron hechas por Él (causa eficiente), y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho". "Porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él (causa eficiente) y para Él (causa final)".

Esto en cuanto Verbo de Dios. Pero incluso en cuanto hombre *fue la causa final próxima o relativa* (*no la última o absoluta, ni menos aún la eficiente*) de la creación. Puesto que Cristo, aun en cuanto hombre, está por encima de todas las criaturas y es Él *el único camino* para ir al Padre. Por eso dice San Pablo: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo (fin relativo), y Cristo de Dios (fin último y absoluto).

b) **SU HUMANIDAD NO FUE CAUSA FÍSICA DE LA CREACIÓN DE NINGÚN SER, porque la creación es acto propio y exclusivo de. Dios.**

***Las criaturas no pueden ser utilizadas ni siquiera como instrumentos de creación*, puesto que toda criatura necesita alguna materia para obrar en ella (v.gr., el escultor necesita el mármol para esculpir la estatua), *siéndoles imposible actuar sobre la nada*. Sólo Dios, con su poder infinito, puede crear, o sea, producir algo sin ninguna materia preexistente.**

c) **Ni TAMPOCO DE LA ANIQUILACIÓN DE NINGÚN SER.**

***La aniquilación, o sea, la vuelta a la nada de un ser, es tan imposible a las criaturas como su creación*. Sólo Dios, que puede sacar un ser de la nada, puede aniquilarlo volviéndolo a ella.**

Conclusión 4ª *La humanidad de Cristo no fue causa física principal de la gracia santificante, ni de nuestra justificación, ni de las obras sobrenaturales, ni de los milagros; <u>pero sí causa moral principal</u>.* (Doctrina cierta y común.)

<u>Causa física principal es la que produce su efecto por su propia virtud intrínseca</u> (v.gr., el fuego quema por sí mismo).

<u>Causa moral es la que produce o alcanza su efecto por vía de merecimiento, de intercesión, de ruego, etc., pero sin producirlo físicamente por sí misma</u>.

Según esta distinción;

a) ***LA HUMANIDAD DE CRISTO*** **NO FUE CAUSA FÍSICA PRINCIPAL DE LA GRACIA SANTIFICANTE, NI DE NUESTRA JUSTIFICACIÓN, NI DE LAS OBRAS SOBRENATURALES, porque** ***su virtud natural*** **no adecuó, ni podía adecuar, la perfección de esas cosas (que** ***son estrictamente sobrenaturales*****).**

Por otra parte, de la unión hipostática se derivó a la humanidad la dignidad infinita de Cristo, pero no la virtud operativa, divina.

b) **Ni DE LOS MILAGROS, porque la humanidad de Cristo, como parte de la naturaleza,** ***no podía actuar*** **como causa principal** ***contra el orden de la misma naturaleza*****, que es alterado por el milagro.**

c) **PERO SÍ FUE CAUSA MORAL PRINCIPAL DE TODAS ESAS COSAS, porque, por razón de la plenitud de su gracia, los actos de Jesucristo tenían un valor y mérito infinitos y, por lo mismo,** ***tenían virtud suficiente para producir*** **moralmente (por vía de merecimiento, de intercesión, de ruego) todos** ***los efectos sobrenaturales*** **de la gracia y cualquier clase de** ***milagros.***

Conclusión 5ª ***La humanidad de Cristo, como instrumento unido a la divinidad, es causa física perfectiva de la gracia y de todos los efectos sobrenaturales procedentes de ella, y también de todos los milagros.*** **(Doctrina más común y probable.)**

Es la doctrina de Santo Tomás y de toda la escuela tomista, compartida por Suárez, Vega, Valencia y otros muchos teólogos ajenos a la escuela tomista. Es doctrina mucho más común y mucho más probable que la opuesta. Para entenderla rectamente, dada la gran importancia de esta cuestión, vamos a establecer algunos puntos importantes.

1° LA HUMANIDAD DE CRISTO puede considerarse de dos maneras:

a. Según su propia *naturaleza* y *virtud.* Y esto todavía de dos maneras:

- **según su virtud *puramente natural o humana*,**
- **según su virtud *sobrenatural* procedente de la gracia.**

b) Como *instrumento del Verbo*, al cual está unida personalmente.

2^0 LA CAUSA EFICIENTE puede ser

- **<u>moral</u> (o sea, por vía de mérito, de intercesión, de ruego, etc.)**
- **<u>física</u> (si produce su efecto físicamente). Y esta última se subdivide en**
  - ***principal*, si obra por su propia virtud intrínseca, suficientemente proporcionada al efecto que produce (v.gr., el pintor con respecto al cuadro);**
  - **e *instrumental*, si obra en cuanto movida por la causa principal para la producción de un efecto superior a su propia virtud (v.gr., el pincel manejado por el pintor).**

En la producción del efecto, la *causa principal es directiva*, y la *instrumental ejecutiva*.

El instrumento, a su vez, admite una nueva división, según se trate

- **de un instrumento unido (v.gr., la mano del escritor con relación a su persona)**
- **de un instrumento separado (v.gr., la pluma con que escribe el escritor).**

Estas distinciones son importantísimas para entender el verdadero sentido y alcance de la conclusión 5ª que estamos tratando ahora (*La humanidad de Cristo, como instrumento unido a la divinidad, es causa física perfectiva de la gracia y de todos los efectos sobrenaturales procedentes de ella, y también de todos los milagros)*.

De que la humanidad de Cristo, como instrumento unido a la divinidad, es causa física perfectiva de la gracia y de todos los efectos sobrenaturales procedentes de ella, y también de todos los milagros, nos lo muestra:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. Hay multitud de textos en el Evangelio en los que aparece Cristo actuando con su contacto físico o con el imperio de su voluntad para la producción de milagros o de efectos sobrenaturales en las almas (v.gr., para el perdón de los pecados). He aquí algunos por vía de ejemplo:**

«Le tomó la mano (a la suegra de Pedro), y la fiebre la dejó». «Entonces tocó sus ojos (a los ciegos), diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. Y se abrieron sus ojos» «De nuevo le puso las manos sobre los ojos, y al mirar se sintió curado, y lo veía todo claramente». «Le llevaron un sordo y tartamudo, rogándole que le impusiera las manos, y

tomándole aparte de la muchedumbre, le metió los dedos en los oídos, escupió en el dedo y le tocó la lengua… y se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua y hablaba expeditamente». «Toda la multitud buscaba tocarle, porque salía de Él una virtud que sanaba a todos». «¿Quién me ha tocado?… Alguien me ha tocado, porque yo he conocido que una virtud ha salido de mí».

Es imposible hablar más claro y de manera más rotunda. *De la humanidad de Cristo salía físicamente una virtud* que producía toda clase de milagros. Unas veces, como en los textos citados, se producía un verdadero contacto físico entre Cristo y sus beneficiados; pero en otras muchas *ejercía Cristo su causalidad física con sólo el imperio de su voluntad* incluso en ausencia del que recibía el beneficio. He aquí algunos ejemplos:

«Joven, a ti te hablo, levántate. Se sentó el muerto y comenzó a hablar, y Él se lo entregó a su madre». «Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligados con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir». «Hombre, tus pecados te son perdonados… ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados—dijo al paralitico—: A ti te digo: Levántate, toma la camilla y vete a casa. Al instante se levantó delante de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fue a casa.

a) **Los SANTOS PADRES. Como es sabido, los Santos Padres son, junto con el magisterio de la Iglesia, los intérpretes más auténticos de la tradición cristiana.**

Hay entre ellos textos innumerables que proclaman *la causalidad instrumental de la humanidad de Cristo*.

He aquí unos pocos, por vía de ejemplo:

SAN ATANASIO: «Jesucristo, siendo Dios, *tenía cuerpo propio, del cual se servía como de instrumento*, por lo cual Dios se hizo hombre por nosotros»

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA: «Impone sus manos a los enfermos, manifestando así que *la poderosa eficacia del Verbo es sustentada por su santa carne*, que hizo suya, comunicándole una virtud como conviene a Dios; para que conozcamos que, si bien el Verbo unigénito de Dios se sometió a nuestra condición, *permaneció Dios, llevando a cabo todas las cosas mediante su propia carne*, pues realmente obraba milagros por ella. Ni te admire esto, antes considera cómo el fuego introducido en un vaso de bronce comunica a éste la fuerza de su propio calor».

SAN GREGORIO NISENO: «¿Qué es esto, pues? No otra cosa sino aquel cuerpo que se mostró más poderoso que la muerte y que fue el principio de nuestra vida. Es, por tanto, necesario que, en la medida en que la naturaleza es capaz de ello, reciba la virtud vivífica del espíritu. Mas como *sólo aquel cuerpo que sustentó a Dios ha recibido esta gracia*...»

c) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. No lo ha definido expresamente, pero *lo enseña en forma equivalente al decir que la carne de Cristo es <u>vivificante en cuanto instrumento del Verbo</u>*.

El inmortal pontífice Pío XII confirmó plenamente esta doctrina en su magnífica encíclica sobre el Corazón de Jesús. He aquí sus propias palabras:

«El Corazón sacratísimo de Jesús, copartícipe tan íntimo de la vida del Verbo encarnado, fue, por esto mismo, *asumido como instrumento unido de la divinidad*, *no menos que los otros miembros de la naturaleza humana*, para el cumplimiento de todas sus obras de gracia y de omnipotencia».

d) LA RAZÓN TEOLÓGICA.

Cabe preguntar: ¿*Hasta dónde se extiende esta virtud instrumental de la humanidad de Cristo*? Santo Tomás contesta que a la producción de todos los efectos sobrenaturales y milagrosos ordenados al fin de la encarnación, o sea, a todos los efectos de la economía de la gracia de Cristo Redentor.

Escuchemos sus propias palabras:
«Considerada—*la humanidad de Cristo—en cuanto instrumento del Verbo unido a ella, estuvo dotada de una potencia instrumental capaz de producir todas las inmutaciones milagrosas ordenadas al fin de la encarnación*, que es «restaurar todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra»

Conclusión 6ª *La humanidad de Cristo sigue gozando en el cielo de esta virtud física instrumental de que estuvo dotada acá en la tierra.*

La razón es porque *la humanidad de Cristo es más perfecta en el cielo que lo era en la tierra, puesto que está glorificada*; y si en la tierra tenía ese poder, no ha de carecer de él en el cielo. Además, el fin de la encarnación no se terminó con la muerte de Cristo en la cruz, sino que continuará hasta el fin de los siglos en la aplicación de los frutos de la redención.

No olvidemos, además, que a *la humanidad de Cristo pertenece no solamente el cuerpo, sino también, y, sobre todo, el alma.* Y el alma de Cristo, con su voluntad, puede obrar como instrumento del Verbo para producir efectos sobrenaturales en sujetos materialmente también distantes, como ocurrió muchas veces mientras vivió Cristo en este mundo.

A base de la *causalidad física instrumental* de la humanidad de Cristo, el plan de la encarnación resulta más bello y emocionante. Con ella la acción física de Jesús no queda restringida tan sólo a la Eucaristía. En todas partes, siempre, y con relación a toda clase de gracias, aparece Cristo con su influencia bienhechora llenándonos de bendiciones. NO HAY UNA SOLA ALMA, UN SOLO PUEBLO, QUE NO SEA FÍSICAMENTE VISITADO POR EL HOMBRE-DIOS**. Es el prolongamiento sin fin, a través de los siglos, *de aquel que pasó por el mundo haciendo bien y sanando a todos*, que resume de manera tan emocionante el paso del Hijo de Dios por esté valle de lágrimas y de miserias»**

ARTICULO IV
LAS PERFECCIONES DEL CUERPO DE CRISTO

Después de haber estudiado las perfecciones que el Verbo de Dios quiso coasumir en el alma de su sagrada humanidad (gracia, ciencia, poder), echaremos ahora una rápida ojeada a las correspondientes a su cuerpo santísimo.

No cabe duda de que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo debió ser perfectísimo desde todos los puntos de vista. Sabido es que, como enseña la filosofía cristiana, el alma es la forma substancial del cuerpo. Por eso mismo hay entre los dos una perfecta armonía y una mutua interferencia, que alcanza su máxima belleza y esplendor cuando el alma domina y controla con toda perfección al cuerpo. Tal es el caso, en grado superlativo, de Nuestro Señor Jesucristo.

El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, formado de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, fue ciertamente perfecto. Sin duda fue un cuerpo semejante al nuestro Tuvo, por consiguiente, los defectos comunes a todos los hombres. Estuvo sujeto al dolor y a la muerte. Era preciso para que se cumpliera la obra de nuestra redención según el plan divino. Pero los defectos y las imperfecciones particulares de ciertos hombres, tales como las debilidades y enfermedades, no podían encontrarse en Jesucristo.

Su cuerpo, formado milagrosamente y nacido de la Virgen María, tenía ciertamente la integridad y la justa proporción de todas sus partes y el perfecto uso de todos sus sentidos. Esta perfección del cuerpo de Nuestro Señor debe admitirse, en primer lugar, como algo que no se opone en modo alguno a los fines de la encarnación. En segundo lugar, esta perfección está en consonancia con su origen sobrenatural.

Formado de una virgen por obra del Espíritu Santo, era preciso que ese cuerpo fuera perfectísimo para honor de la virginidad y para la gloria de Dios, «cuyas obras son perfectas», como dice la Sagrada Escritura.

En fin, hay una estrecha unión y una mutua dependencia entre el cuerpo y el alma, e incluso muchas acciones son comunes a ambos. A un alma perfectísima debe, pues, corresponder un cuerpo perfectísimo también. El alma de Jesucristo, de cuyas perfecciones inmensas hemos hablado, exigía un cuerpo proporcionado a su excelencia.

De esto se sigue que Nuestro Señor no estuvo jamás enfermo. La opinión contraria, dice Suárez, es temeraria y ofensiva a los oídos piadosos. La enfermedad proviene, de ordinario, o de algún defecto del organismo o de algún exceso en las pasiones. No es posible suponer nada de esto en Jesucristo. Es cierto que las enfermedades pueden sobrevenir por alguna causa exterior, como el veneno. Pero la divina Providencia ha descartado esos accidentes, que no convenían a Cristo. La vejez, añade Suárez, es también por sí misma causa de alguna enfermedad; pero Cristo quiso morir en la cruz en la fortaleza de la edad. Se puede concluir también que Nuestro Señor era de una belleza perfecta. Añadamos que la belleza augusta de Cristo estaba regulada por la modestia de sus actitudes, de todos sus movimientos y también por la austeridad de su vida.

El Doctor Angélico dice:

“Cristo estaba dotado de un cuerpo perfectísimamente complexionado, puesto que había sido formado milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y las cosas hechas por milagro son más perfectas que las demás, como dice San Crisóstomo del vino en que fue convertida el agua por Cristo en las bodas de Cana”.

Exponiendo aquellas palabras del Salmo: *Eres el más hermoso de los hijos de los hombres*, escribe el Doctor Angélico el siguiente bellísimo comentario:
«En Cristo hubo una cuádruple hermosura:

a) SEGÚN LA FORMA DIVINA: «Quien existiendo en la forma de Dios». Según ésta, fue el más hermoso de los hijos de los hombres.
Porque todos los demás poseen la gracia por redundancia y participación, pero Cristo la posee por sí mismo y en toda su plenitud. Consta por la Sagrada Escritura: «En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente»; «Siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia»; «Es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad».

b) SEGÚN LA JUSTICIA Y LA VERDAD: «Bendígate Yahvé, sede de la justicia, monte de la santidad»; «Lleno de gracia y de verdad» (Io 1,14).

b) SEGÚN LA HONESTA CONVERSACIÓN: «Sirviendo de ejemplo al rebaño». En esta forma fue el más hermoso de los hijos de los hombres, porque su conversación fue más honesta y virtuosa que la de ningún otro: «El, en

quien no hubo pecado y en cuya boca no se halló engaño».

San Agustín escribe: De cualquier forma, que se le mire, es el más hermoso: hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso en su muerte, hermoso en el patíbulo, hermoso en el leño de la cruz, hermoso en el cielo».

d) SEGÚN LA BELLEZA DEL CUERPO: También ésta la tuvo Cristo, como leemos en los Cantares: «¡Qué hermoso eres, amado mío, ¡qué agraciado!».

Cristo tuvo la belleza que correspondía a su estado y a la reverencia de su condición. No hay que entenderla, pues, en el sentido de que Cristo tenía los cabellos dorados o de rubio color, porque esta belleza no era adecuada para él; pero tuvo en grado sumo aquella belleza corporal que pertenecía al estado, reverencia y hermosura de su aspecto; de suerte que en su rostro irradiaba algo divino, por lo que todos le reverenciaban, como dice San Agustín.

ARTICULO V
LOS DEFECTOS DE CRISTO

El título de este artículo puede escandalizar a cualquier lector que ignore el verdadero sentido y alcance que esa expresión tiene en teología católica. La explicación que seguiremos le tranquilizará por completo. Por de pronto, vamos a adelantarle una distinción que aclarará sus ideas y sosegará su espíritu.

Hay dos clases de defectos: unos que suponen en el que los posee un desorden moral, fruto de una voluntad desordenada y culpable. Estos de ninguna manera los tuvo Cristo. Pero hay otros defectos de orden físico o psicológico (v.gr., el hambre, la sed, el dolor, el cansancio, etc.), que no suponen deformidad moral alguna y era conveniente que Cristo los tuviera para lograr mejor los fines de la encarnación y redención del mundo. Únicamente estos últimos son los que Cristo quiso tener y tuvo de hecho, como vamos a ver a continuación.

Dividiremos ahora esta materia en dos partes, relativas a los defectos del cuerpo y a los del alma de Cristo Nuestro Señor:

LOS DEFECTOS DE CRISTO

I. LOS DEFECTOS DEL CUERPO

Santo Tomás dedica a este asunto una cuestión dividida en cuatro artículos. Expondremos su doctrina en forma de conclusiones.

Conclusión 1. Fue muy conveniente que el Verbo divino asumiera la naturaleza humana con algunas deficiencias corporales.

Escuchemos el razonamiento del Doctor Angélico:

"Convenía que el cuerpo asumido por el Hijo de Dios estuviera sometido a las debilidades y deficiencias humanas por tres motivos principales:

a) **PORQUE EL HIJO DE Dios VINO AL MUNDO PARA SATISFACER POR EL PECADO DEL GÉNERO HUMANO.**

Uno satisface por el pecado de otro cuando carga sobre sí la pena merecida por el pecado del otro. Pero los defectos corporales de que hablamos, a saber, la muerte, el hambre, la sed, son la pena del pecado, introducido en el mundo por Adán, según lo dice San Pablo: «Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte».

Es, pues, conforme con el fin de la encarnación que *asumiese por nosotros las penalidades de nuestra carne*, como lo dice Isaías: «Fue El, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó rail nuestros dolores».

b) PARA BASAR NUESTRA FE EN LA ENCARNACIÓN.

En efecto, la naturaleza humana nos es conocida a través de sus debilidades y defectos. Si, pues, Cristo hubiese asumido una naturaleza humana despojada de tales lacras, se hubiera podido creer que no era verdadero hombre y que su carne era meramente imaginaria, como dijeron los maniqueos. Por eso, -uno dice San Pablo a los Filipenses, «Se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, aceptando su condición». Igualmente, el apóstol Tomás creyó cuando vio las heridas del Señor, como nos narra San Juan.

c) PARA DARNOS EJEMPLO DE PACIENCIA ante los sufrimientos y debilidades humanas, que Él valerosamente

soportó. Por eso dice San Pablo a los Hebreos: «Soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo para que no decaigáis de ánimo rendidos por la fatiga».

Las deficiencias asumidas por Cristo no entorpecieron el fin de la encarnación, antes bien lo favorecieron grandemente. Y aunque por ello se ocultase su divinidad, se manifestaba, en cambio, su humanidad, que es el camino para llegar a la divinidad, según las palabras de San Pablo a los Romanos: «El acceso a Dios lo tenemos por Jesucristo».

Conclusión 2ª El Verbo divino no asumió al encarnarse todos los defectos corporales de los hombres, sino únicamente los que convenían al fin de la encarnación; y éstos los asumió libremente, sin contraerlos.

Esta conclusión tiene tres partes, que vamos a exponer brevemente:

1ª EL VERBO DIVINO NO ASUMIÓ AL ENCARNARSE TODOS LOS DEFECTOS CORPORALES DE LOS HOMBRES, sino únicamente *los que no envuelven ninguna deformidad moral* (v.gr., el hambre, la sed, el cansancio, el dolor y la muerte) y *eran convenientes al fin de la encarnación*.

***De ninguna manera asumió los defectos que se oponen a la perfección de su ciencia y de su gracia*, tales como la ignorancia, la inclinación al mal y la dificultad para hacer el bien. Tampoco los que son debidos a causas particulares que sólo se dan en algunos hombres, como las enfermedades corporales.**

2ª Los ASUMIÓ VOLUNTARIAMENTE, por amor nuestro y en orden a los fines de la encarnación, ya que, por la perfección infinita de su alma, no le eran en modo alguno propios.

3ª PERO NO LOS CONTRAJO. *Una cosa es asumir y otra muy distinta contraer*. Asumir significa tomar una cosa libre y voluntariamente, sin obligación alguna de hacerlo. Contraer, en cambio, incluye una relación de efecto a causa (contraer), de suerte que el efecto se recibe, necesariamente una vez puesta la causa. Ahora bien: la causa de todas las calamidades de la naturaleza humana es el pecado, como dice San Pablo a los Romanos: «Por el pecado entró la muerte en el mundo». Por tanto, propiamente hablando, *semejantes defectos son contraídos únicamente por aquellos que incurren en ellos merecidamente a causa del pecado*. Es evidente, por tanto, que Cristo no contrajo estos defectos recibiéndolos como deuda del pecado, sino que los asumió por su propia voluntad.

I. LOS DEFECTOS DEL ALMA

Santo Tomás dedica a esta materia una larga consideración, dividida en diez artículos, que pueden agruparse en torno a tres cuestiones fundamentales, relativas *al pecado*, *a la ignorancia* y *a las pasiones*. Al final veremos de qué manera Cristo fue viador y bienaventurado al mismo tiempo.

A) Si hubo pecado en Cristo

La contestación, como es obvio, es rotundamente negativa: ni pecado *ni siquiera inclinación a él* (fomes peccati). Más aún: Cristo era intrínseca y absolutamente impecable. Vamos a exponer todo esto en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª *En Cristo no hubo jamás la menor sombra de pecado.*

Pasemos a las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo afirma terminantemente y de mil variadas formas.

Ya el profeta Isaías presenta al futuro Mesías como el Justo por excelencia "en el que no hay maldad alguna". Daniel, en el famoso vaticinio de las setenta semanas, alude a su "santidad santísima". San Pablo dice que nuestro Pontífice es "santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos»
Y el mismo Cristo, encarándose con sus enemigos, pudo lanzarles aquel reto que quedó sin contestación: "¿Quién de vosotros me argüirá pecado?".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha definido expresamente la doctrina expresada en esta conclusión. He aquí uno de los anatematismos del concilio de Éfeso:
"... o si alguno dice que también por sí mismo se ofreció como ofrenda, y no más bien, por nosotros solos (pues no tenía necesidad alguna de ofrenda el que no conoció el pecado), sea anatema"
El concilio Florentino, en el decreto para los jacobitas, dice que Jesús "fue concebido, nació y murió sin pecado".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Ofrece argumentos del todo claros y convincentes:
i) Lo exige así el fin de la encarnación, que es destruir el pecado.
2) La santidad infinita de Cristo es incompatible con el pecado.
3) Cristo nos dio ejemplo de todas las virtudes, lo cual es incompatible con el pecado.

Es muy interesante la doctrina que expone Santo Tomás al resolver algunas dificultades. He aquí las principales:

DIFICULTAD. San Pablo dice refiriéndose a Cristo: "A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros" Pero lo que Dios hace es real y verdadero. Luego en Cristo hubo realmente pecado.

RESPUESTA. *San Pablo no dice eso en el sentido de que Cristo se convirtiera en pecado o lo tuviera de algún modo*, sino en el sentido de que le hizo víctima por el pecado.

En este mismo sentido dice Isaías: *"Yahvé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros".* En efecto, le entregó como víctima de los pecados de todos los hombres. También puede entenderse el texto «le hizo pecado» en cuanto que le dio «una carne semejante a la del pecado», como dice San Pablo, debido a que asumió un cuerpo pasible y mortal.

DIFICULTAD. El hombre necesita del ejemplo no sólo para vivir rectamente, sino también para arrepentirse de sus pecados. Luego parece que en Cristo tuvo que haber

pecado, para que, arrepintiéndose de él, nos diese ejemplo de penitencia.

RESPUESTA. El penitente da buen ejemplo, no por haber pecado, sino porque voluntariamente sufre la pena de su pecado. Por eso, Cristo dio ejemplo sublime a los penitentes al aceptar voluntariamente la pena debida, no por su propio pecado, sino por el pecado de los demás.

Conclusión 2$_a$ *En Cristo no existió el «fomes peccati», o sea, la inclinación al pecado procedente del desorden original.*

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Santo Tomás establece la prueba de Escritura en la siguiente forma:

"Dice San Mateo: "Lo concebido en la Virgen es obra del Espíritu Santo". Pero el Espíritu Santo excluye el pecado y la inclinación al mismo, que es precisamente en lo que consiste el fomes. Luego en Cristo no hubo tal fomes del pecado.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. El concilio II de Constantinopla anatematizó la impía doctrina de Teodoro de Mopsuestia, que se atrevió a decir que Cristo "sufrió las molestias de las pasiones del alma y de los deseos de la carne".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. He aquí los argumentos principales:

1) Cristo no tuvo pecado original; luego tampoco el fomes, que es su consecuencia.

2) Tuvo las virtudes en grado perfectísimo; sin el menor impulso contrario.

3) La unión hipostática hacía imposible a la naturaleza humana de Cristo el menor desorden, ni siquiera inicial, como es el fomes.

Conclusión 3ª *Cristo fue intrínseca y absolutamente impecable, o sea, que no solamente no pecó de hecho, sino que no podía pecar en absoluto*. (Completamente cierta en teología.)

Cristo era intrínseca y absolutamente impecable en cualquier orden de la divina Providencia que pueda imaginarse. Vázquez llama absurda a la sentencia contraria; Diego Álvarez, temeraria; Godoy, impía y ofensiva a los oídos piadosos; y Capréolo estima que no se deben aducir argumentos para rechazarla, sino arrojarla a las llamas: *Non esse agendum argumentis, sed flamtnis.*

Los argumentos son claros y evidentes. Helos aquí:

1) **POR LA UNIÓN HIPOSTÁTICA. En Cristo hubo dos naturalezas, divina y humana, pero una sola personalidad divina: la del Verbo.**

   Repugna en absoluto que una persona divina pueda pecar, cualquiera que sea el orden de la divina

Providencia que podamos imaginar. Este es el fundamento último y más profundo de la absoluta impecabilidad de Jesucristo.

2) **POR LA VISIÓN BEATÍFICA. Cristo gozó de la visión beatífica en grado perfectísimo desde el instante mismo de su concepción en el seno virginal de María. Ahora bien: la visión beatífica hace intrínsecamente impecables a los ángeles y bienaventurados, que gozan de ella. Luego también, y con mayor motivo, hizo intrínsecamente impecable a Jesucristo desde el primer instante de su concepción.**

Estos dos argumentos son de una envergadura metafísica verdaderamente incontrovertible y dejan definitivamente demostrada la conclusión. A ellos pueden añadirse otros argumentos de alta conveniencia.

a) LA PLENITUD ABSOLUTA DE LA GRACIA DE JESUCRISTO, que parece exigir su posesión en forma inamisible.

b) LA TOTAL SUJECIÓN DE LA VOLUNTAD HUMANA DE CRISTO A su VOLUNTAD DIVINA, identificada con el beneplácito del Padre, según las propias palabras de Cristo: «Yo hago siempre lo que es de su agrado». El pecado se opone a la voluntad de Dios.

B) Si en Cristo hubo ignorancia

La contestación es rotundamente negativa, como vamos a establecerlo en la siguiente conclusión.

Conclusión. *En Jesucristo no se dio absolutamente ninguna ignorancia privativa*.

Para entender el verdadero alcance de la conclusión hay que tener en cuenta que <u>la ignorancia puede ser de dos clases:</u>

a) NEGATIVA (llamada también *nesciencia*) : se refiere a cosas que el sujeto que la posee no tiene obligación de saber (v.gr., la ignorancia de la medicina en los no médicos).

b) PRIVATIVA: se refiere a cosas que el sujeto podría y debería saber (v.gr., la medicina en el médico).

Teniendo en cuenta esta distinción, *<u>no hay inconveniente en admitir en Cristo una especie de ignorancia negativa en torno únicamente a su ciencia humana, adquirida o experimental</u>* (no con relación a sus demás ciencias), ya que, por su propia naturaleza, *la ciencia adquirida o humana es gradual y progresiva.* En este sentido dice el Evangelio que Jesús niño «crecía en sabiduría» (Lc 2,52)**, como ya vimos en su lugar correspondiente. *Pero entendiendo la ignorancia en sentido privativo, no se dio en Cristo de ninguna manera.***

Habiendo establecido la importante diferencia entre la ignorancia NEGATIVA (*nesciencia*), las cosas que el sujeto que la posee no tiene obligación de saber (v.gr., la ignorancia de la medicina en los no médicos), y la ignorancia PRIVATIVA, referida a cosas que el sujeto podría y debería saber, pasemos a las pruebas de esta última

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. En ella se nos dice que en Cristo "se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" y que vino al mundo "a iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte"; lo cual es incompatible con cualquier ignorancia privativa.**

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. San Pío X condenó la doctrina de los modernistas relativa a la ignorancia de Jesucristo, y el Santo Oficio rechazó la sentencia que ponía en duda la ciencia omnímoda de Jesucristo.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos a Santo Tomás exponiendo sencillamente el argumento fundamental: ***"Como hemos dicho, Cristo poseyó la plenitud no sólo de la gracia y de la virtud, sino también de toda ciencia. Y así como la plenitud de la gracia y de la virtud excluye el pecado y el fomes del pecado, la plenitud de la ciencia excluye la ignorancia, que a ella se opone. Por tanto, así como en Cristo no se dio el pecado ni su fomes, tampoco se dio la ignorancia".***

En cuanto a que el mismo Cristo dice que ***"de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre*****", podemos afirmar que Cristo, en cuanto Verbo, conocía perfectamente el día y la hora del juicio, lo mismo que el Padre; pero la revelación de ese dato no formaba parte del mensaje evangélico que debía comunicar a los hombres, el sentido del pasaje es que Jesús lo ignoraba con ciencia comunicable a los hombres. Así lo ha interpretado toda la tradición cristiana. San Agustín dice:**

"Muy convenientemente quiso Dios esconder aquel día, a fin de que nuestro corazón estuviera siempre preparado para lo que sabe que ha de venir, pero ignorando cuándo vendrá".

C) Si en Cristo hubo pasiones

Vamos a exponer, ante todo, unas breves nociones sobre el concepto, división y moralidad de las pasiones humanas.

1. **NOCIÓN. En filosofía aristotélico-tomista se entiende por *pasión el movimiento del apetito sensitivo nacido de la aprehensión del bien o del mal sensible*, con cierta "conmoción refleja" más o menos intensa en el organismo.**
   Los psicólogos modernos suelen reservar la palabra *pasión* para designar *los movimientos pasionales más vehementes e intensos*. Los de intensidad más suave reciben el nombre de emociones.

2. **DIVISIÓN. Es clásica la división de las pasiones en dos grandes grupos: las del *apetito concupiscible* y las del *irascible*. El primero tiene por objeto *el bien deleitable* y de fácil consecución; el segundo se refiere *al bien arduo y difícil de alcanzar*. Al primero le corresponden seis movimientos pasionales; al segundo, cinco.**

   El siguiente cuadro esquemático muestra el conjunto del panorama pasional con sus correspondientes actos:

En el apetito concupiscible:

El bien simplemente aprehendido engendra, AMOR

El mal, opuesto al bien, ODIO
El bien futuro, DESEO
El mal futuro, FUGA
El bien presente, GOZO
El mal presente, TRISTEZA

<u>En el apetito irascible:</u>

El bien arduo ausente:

- **Si es posible, ESPERANZA**
- **Si es imposible, DESESPERACIÓN**

El bien arduo ausente:

- **Si es superable, AUDACIA**
- **Si es insuperable, TEMOR**

El mal arduo presente, IRA

Estas son las pasiones pertenecientes al apetito sensitivo.

Desde otro punto de vista, puede establecerse otra triple división de las pasiones en *corporales, sensitivas y espirituales*.
Así:

a) **CORPORALES son las pasiones que afectan el organismo produciéndole una lesión o dolor (heridas, azotes, etc.).**

b) **SENSITIVAS son las que, sin producir lesión o dolor sensible, causan alguna transmutación corporal (las once que acabamos de describir).**

c) **ESPIRITUALES son las que afectan únicamente al entendimiento y la voluntad racional (v.gr., el conocimiento y el amor espiritual).**

3. MORALIDAD DE LAS PASIONES.

En el lenguaje popular y en la mayor parte de los libros de espiritualidad, la palabra pasión suele emplearse en su sentido peyorativo, como sinónimo de pasión mala, como algo que es preciso combatir y dominar. Pero, en su acepción filosófica, *las pasiones son movimientos o energías que podemos emplear para el bien o para el mal.*

De suyo, en sí mismas, no son buenas ni malas; todo depende de la orientación que se les dé. Puestas al servicio del bien, pueden prestarnos servicios incalculables, hasta el punto de poderse afirmar que es moralmente imposible que un alma pueda llegar a las grandes alturas de la santidad sin poseer una gran riqueza pasional orientada hacia Dios; pero, puestas al servicio del mal, se convierten en una fuerza destructora, de eficacia verdaderamente espantosa. Supuestas todas estas nociones, vamos a abordar la cuestión referente a las pasiones en Jesucristo.

Procederemos, como de costumbre, en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª. *En Cristo existieron todas las pasiones humanas que en su concepto no envuelven ninguna*

***imperfección moral, y todas estaban perfectamente orientadas al bien y controladas por la razón*.**

Esta conclusión tiene dos partes.

PRIMERA PARTE. *En Cristo existieron todas las pasiones humanas que en su concepto no envuelven ninguna imperfección moral.*

He aquí las pruebas:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. En el Evangelio consta expresamente que Cristo ejercitó actos pertenecientes a todas las pasiones humanas que no envuelven ninguna imperfección o desorden moral, o sea, todas las que hemos señalado en el cuadro esquemático, excepto el odio—en cuanto opuesto al amor de caridad—y la desesperación, que envuelve imperfección en su concepto mismo.**

He aquí algunos textos:

AMOR:
«Jesús, poniendo en él los ojos, le amó».
«Lloró Jesús y los judíos decían: ¡Ved cómo le amaba!».
«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó».

ODIO (como pasión):
«Díjole entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: «Al Señor tu Dios adorarás y a El solo darás culto».

Observación:

El odio puede ser considerado bajo dos aspectos. En cuanto pasión del apetito sensitivo, y en cuanto pecado opuesto a la caridad. En el primer sentido significa un movimiento de repulsa ante la simple aparición del mal, y en este sentido no hay inconveniente en atribuírselo a Nuestro Señor Jesucristo, cuya alma santísima rechazaba enérgicamente el mal, sobre todo el de orden moral (cf. Mt 4,10). Por esta misma razón es imposible que Cristo tuviese odio en el segundo sentido, o sea, como pecado opuesto a la caridad.

En cuanto a la desesperación, aun en su aspecto meramente pasional, supone impotencia para alcanzar un bien ausente, lo cual es incompatible con el poder infinito de Cristo.

DESEO:
«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer».

FUGA:
«Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó otra vez al monte El solo».

Gozo:
«En aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre…».

TRISTEZA:
«Comenzó a entristecerse y angustiarse. Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte».

ESPERANZA (como pasión):
«Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz».

AUDACIA:

«Id y decidle a esa raposa (Herodes): Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y las haré mañana…».

TEMOR:
«Tomando consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a sentir temor y angustia».

IRA:
«Y dirigiéndoles una mirada airada…, dice al hombre: Extiende tu mano».
Consta, pues, en la Sagrada Escritura que Cristo tuvo todas las pasiones humanas que no envuelven imperfección o desorden moral alguno.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha definido expresamente la existencia en Cristo de las pasiones corporales. He aquí el texto del concilio de Éfeso:
"Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios padeció en la carne y fue crucificado en la carne y gustó de la muerte en la carne, y que fue hecho «primogénito de entre los muertos», según es vida y vivificador como Dios, sea anatema".

En cuanto a las pasiones sensitivas y espirituales no cabe la menor duda, y es doctrina enseñada por la Iglesia en multitud de ocasiones.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Resumimos a continuación el razonamiento de Santo Tomás:

1) SUFRIÓ LAS PASIONES CORPORALES, puesto que fue azotado, coronado de espinas, crucificado…

2) Tuvo LAS PASIONES SENSITIVAS QUE NO SUPONEN IMPERFECCIÓN, puesto que son propias del apetito sensitivo inherente a la naturaleza humana, y Cristo asumió una naturaleza humana enteramente igual a la nuestra, a excepción del pecado y de la inclinación a él.

3) Tuvo LAS PASIONES ESPIRITUALES, porque son propias del apetito racional (voluntad), y Cristo tuvo voluntad humana perfecta.

Cristo no tuvo la virtud teologal de la esperanza, que era incompatible con su condición de bienaventurado; pero pudo tener, y tuvo sin duda, el movimiento de la esperanza como pasión, como cuando dirigió a su Padre celestial la petición de que si era posible, pasase de Él ese cáliz.

SEGUNDA PARTE.

Todas las pasiones de Cristo estaban perfectamente orientadas al bien y controladas por la razón. Escuchemos al Doctor Angélico.

"Con todo, tales pasiones no fueron idénticas a las nuestras. Existe entre unas y otras una triple diferencia:

a) La primera, *por relación al objeto* de las mismas. En efecto, en nosotros a menudo estas pasiones nos conducen a cosas ilícitas; no así en Cristo.

b) La segunda, *por relación a su principio*; pues en nosotros muchas veces previenen el juicio de la razón, mientras que en Cristo todos los movimientos del apetito sensitivo estaban perfectamente controlados por la misma. Por ello dice San Agustín: *«Cristo, a causa de una dispensación ciertísima, tuvo esos movimientos en su espíritu humano cuando quería y como quería, igual que se hizo hombre cuando quiso».*

c) La tercera, *por relación al efecto*, ya que en nosotros a veces estas pasiones no se mantienen en el ámbito del apetito sensitivo, sino que arrastran consigo a la razón. Esto no sucedió en Cristo, el cual retenía en el área del apetito sensitivo los movimientos naturales propios de su humanidad sensible, de suerte que nunca le entorpecían el recto uso de la razón. Por esto dice San Jerónimo que «*nuestro Señor, para demostrar que era verdadero hombre, experimentó realmente la tristeza; mas como esta pasión no le dominó el espíritu, dice el Evangelio que comenzó a entristecerse (Mt 26,37), dando así a entender que se trataba más bien de una pro-pasión». Según esto, pasión perfecta es la que se apodera del alma, esto es, de la razón; mientras que la que, incoada en el apetito, no le sobrepasa, debe llamarse más bien pro-pasión*».

Advierte el Doctor Angélico que el alma de Cristo, sobre todo por la virtud divina, podía resistir a las pasiones impidiendo que se produjesen. Pero, porque así lo quiso, se sometió a ellas, tanto a las del cuerpo como a las del alma.

Examinada la cuestión de las pasiones de Cristo en general, Santo Tomás estudia *en particular cinco pasiones*, por su especial interés, por su importancia singular en orden al fin de la encarnación, o por la dificultad que su presencia en Cristo encierra. Tales son

- **el dolor sensible,**
- **la tristeza,**
- **el temor,**
- **la admiración**
- **y la ira.**

Vamos a seguir exponiendo su doctrina en forma de conclusiones.

Conclusión 2a *Jesucristo padeció verdaderamente y en sumo grado el dolor sensible.*

Esta conclusión es *de fe* por el testimonio clarísimo de la Sagrada Escritura y la definición expresa de la Iglesia.

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Ya el profeta Isaías nos presenta el futuro Mesías—el Siervo de Yahvé—abrumado de dolores inmensos:

"Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimulo en nada.
Pero fue él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yahvé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros.
Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fue arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo".

El cuadro es realmente impresionante y de un realismo sobrecogedor. Parece, al leerlo, que estamos leyendo el Evangelio mismo. Todos estos tormentos y dolores inefables los padeció, efectivamente, al pie de la letra, el divino Redentor. No es necesario citar los textos del Evangelio.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Es una verdad incorporada a los mismos símbolos de la fe: *"Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado"*.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos el sencillo razonamiento de Santo Tomás:

"Para que haya verdadero dolor sensible se requiere una lesión del cuerpo y la sensación de esa lesión. Ahora bien: el cuerpo de Cristo podía sufrir una lesión, pues, como queda dicho, era pasible y mortal. Tampoco le faltó la sensación de la lesión, pues su alma poseía en estado perfecto todas las

facultades naturales. No puede, pues, caber la menor duda de que Cristo experimentó realmente el dolor"

El dolor de Cristo, tanto sensible como espiritual, llegó al grado sumo, jamás soportado por ningún hombre. Lo prueba hermosamente Santo Tomás en otro lugar de la Suma Teológica, que expondremos nosotros al hablar de la pasión de Cristo.

Conclusión 3ª *Cristo experimentó verdaderamente una tristeza mortal.*

Consta también expresamente en la Sagrada Escritura por el testimonio del propio Cristo: *Triste está mi alma hasta la muerte*. San Lucas añade: *Lleno de angustia, oraba con más insistencia y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra*. No cabe, pues, la menor duda de ello.

Advierte el Doctor Angélico que la tristeza de Cristo no fue propiamente una pasión, sino más bien pro-pasión, en el sentido que hemos explicado anteriormente.

Al igual que el dolor sensible, *la tristeza de Cristo fue suma* y <u>la máxima que ha experimentado jamás hombre alguno</u>. Porque procedía del sumo dolor sensible, del sumo dolor espiritual y con una aprehensión perfectísima de ambos dolores, debida a la sensibilidad exquisita de Cristo y a la plenitud de su conciencia, libertad y uso de razón.

Conclusión 4ª Cristo experimentó verdadero temor sensible.

Lo dice expresamente el Evangelio: *"Comenzó a sentir temor y angustia"*. Sin embargo, hay que hacer una distinción, según se trate del temor que procede de la aprehensión de un mal futuro que nos amenaza, o de la incertidumbre de un mal desconocido que pueda sobrevenirnos. En el primer sentido lo experimentó Cristo; en el segundo, no.
Escuchemos a Santo Tomás:
"Así como <u>la causa de la tristeza</u> es la aprehensión de un <u>mal presente</u>, <u>la del temor</u> es la aprehensión de <u>un mal futuro.</u>
"Sin embargo, *la aprehensión de un mal futuro que se ofrece con certeza absoluta no provoca el temor.* Por eso dice Aristóteles que el temor implica alguna esperanza de evitar el mal; en efecto, cuando no se da esta esperanza, el mal es aprehendido como presente, y en este caso engendra la tristeza más bien que el temor.
Por tanto, el temor admite una doble consideración. La primera, en cuanto que el apetito sensitivo, por su propia naturaleza, rehúye la lesión del cuerpo, por la tristeza si la lesión es presente y por el temor si es futura.
Así considerado, el temor fue experimentado por Cristo, igual que la tristeza.
La segunda, en cuanto a la incertidumbre del suceso futuro: como cuando por la noche un ruido desacostumbrado, que no sabemos de dónde viene, provoca en nosotros el temor. Y, así entendido, no hubo temor alguno en Cristo".

Lo mismo que ocurría con la tristeza y, en general, con todas las demás pasiones, el temor de Cristo no fue propiamente pasión, sino únicamente pro-pasión, ya que en nada comprometió ni turbó el pleno uso de su razón.

Conclusión 5ª. Cristo experimentó también el sentimiento de la admiración.

La admiración supone cierta sorpresa ante lo inesperado, lo cual parece incompatible con la ciencia divina y beatífica de Cristo, ante las cuales el futuro existe ya como presente. Sin embargo, consta expresamente en el Evangelio que Cristo se admiró: *"Oyéndole Jesús* (al centurión), *se maravilló".* Semejante sentimiento experimentó ante la incredulidad de sus paisanos de Nazaret y ante la fe extraordinaria de la cananea.

Al explicar teológicamente este fenómeno, Santo Tomás dice que la admiración no era posible en Cristo teniendo en cuenta sus ciencias divina, beatífica e incluso infusa; *pero sí lo era para su ciencia adquirida* o experimental, pues todos los días podía ocurrir, ante ella, algo nuevo. Y quiso el Señor experimentar la admiración para instrucción nuestra, con el fin de que *nosotros admiremos también lo que admiraba Él.*

San Agustín, insistiendo en esto mismo, escribe hermosamente:
"El Señor se admira para indicar que también nosotros debemos admirarnos, pues tenemos necesidad de ello. Tales movimientos no son en El signo de la perturbación del alma, sino que forman parte de su magisterio".

Conclusión 6ª Cristo experimentó el sentimiento de la ira, totalmente regulada por la razón.

Parece que en Cristo no debió darse el sentimiento de la ira, puesto que constituye un pecado capital, opuesto

directamente a la mansedumbre, y Jesús era impecable y, además, *"manso y humilde de corazón"*. Sin embargo, consta expresamente que Jesús experimentó la ira en diversas ocasiones, sobre todo cuando arrojó con un látigo a los mercaderes del templo (Jn 2,15)**, y ante la perfidia de los fariseos** (Mt 23,13-33) **y de las ciudades nefandas** (Mt 11,20-24)**.**

Al explicar la aparente antinomia, Santo Tomás dice que hay dos clases de ira perfectamente distintas. Una, que procede del apetito desordenado de venganza y constituye por lo mismo un pecado opuesto a la mansedumbre y al recto orden de la razón; esta clase de ira no la experimentó jamás Cristo. Pero hay otra clase de ira, perfectamente controlada por la razón, que consiste en el *deseo de imponer un justo castigo al culpable con el fin de restablecer el orden conculcado*. Esta ira es perfectamente buena y laudable—procede del celo por el bien—y es la que experimentó Jesucristo. Solamente el equilibrio maravilloso del alma de Jesucristo hizo posible que su ira santa no rebasara jamás los límites de la recta razón ni la entorpeciera en lo más mínimo.

"En nosotros—advierte el Doctor Angélico—*las facultades del alma se entorpecen mutuamente según el orden natural, de suerte que cuando la operación de una potencia es intensa, se debilita la de la otra. De ahí viene que el movimiento de la ira, aun cuando es moderado por la razón, ofusca poco la inteligencia, impidiéndole la claridad de su visión. Pero en Cristo, en virtud de la moderación impuesta por el poder divino, cada potencia podía realizar perfectamente su operación propia sin que la impidieran las demás. Por tanto, así como el gozo del alma por la visión beatífica no anulaba la tristeza y el dolor en las facultades inferiores, así tampoco, por su parte, las pasiones de las facultades inferiores entorpecían en modo alguno la actividad de la razón".*

A) Si Cristo fue, a la vez, viador y comprehensor.

La existencia en Jesucristo de las pasiones que acabamos de examinar—sobre todo del dolor y de la tristeza—ponen claramente de manifiesto que *se hallaba en estado de viador, o sea, de habitante de este mundo*, con todas las tribulaciones y miserias de la naturaleza humana, a excepción del pecado.
Por otra parte, su alma santísima gozaba habitualmente de la visión beatífica, y en este sentido *era, ya en este mundo, comprehensor o bienaventurado*.

¿Cómo se explica esto? ¿Es posible ser, a la vez, viador y bienaventurado? He aquí lo que vamos a examinar ahora, estableciendo la doctrina en forma de conclusión.

Conclusión. *Mientras vivió en este mundo, Cristo fue, a la vez, viador y comprehensor.*

Reciben en teología el nombre de viadores los que están en camino (in vía) de la eterna bienaventuranza, que todavía no poseen (todos los hombres del mundo y, en otro aspecto, las almas del purgatorio).
Por el contrario, se designa con el nombre de comprehensores a los que gozan ya en el cielo de la eterna bienaventuranza.

A primera vista parece que hay contradicción entre caminar y estar en el término del camino; entre tener la bienaventuranza y no tenerla; entre ser viador y comprehensor a la vez. Pero todo se explica fácilmente a base de unas distinciones. Escuchemos el clarísimo razonamiento de Santo Tomás:

"Viador es el que marcha hacia la bienaventuranza; comprehensor es el que descansa en ella. Ahora bien, *la bienaventuranza perfecta del hombre abarca la del cuerpo y la del alma*, como hemos demostrado en otro lugar. La del alma, que es la bienaventuranza propiamente dicha, y consiste en la visión y gozo de Dios; y la del cuerpo, que consiste en que el cuerpo "resucitará espiritual, poderoso, glorioso e incorruptible», como dice San Pablo a los Corintios (1 Cor 15,42-44)**. El alma de Cristo, antes de su pasión, gozaba plenamente de la visión de Dios y, por tanto, poseía la bienaventuranza propia del alma. Mas, fuera de este elemento esencial, le faltaban los demás elementos que integran la bienaventuranza, pues su alma era pasible, y su cuerpo, pasible y mortal, como ya dijimos. Por consiguiente, *en cuanto que poseía la bienaventuranza propia del alma, era comprehensor o bienaventurado; y en cuanto tendía a aquellos elementos de la bienaventuranza que aún le faltaban, era a la vez viador*".**

Sección II. Consecuencias de la Encarnación

Hemos terminado la Sección I (La Encarnación en sí misma) del Libro I de nuestro Compendio. Iniciamos ahora la Sección II en la que nos enfrascaremos en le consecuencias que tuvo la Encarnación del Verbo.

SECCIÓN II
Consecuencias de la encarnación

Después de haber desarrollado la materia correspondiente a la sección primera del libro primero, o sea, la relativa al

misterio de la encarnación considerado en sí mismo, vamos a abordar ahora la sección segunda, que trata de las consecuencias que se desprenden de aquel sublime misterio con relación al mismo Cristo, con relación al Padre y con relación a nosotros. Por lo que nos abriremos a un triple capítulo:

1° Consecuencias de la encarnación con relación a Cristo.
2^0 Con relación al Padre.
3^0 Con relación a nosotros mismos.

CAPITULO I

Consecuencias de la encarnación con relación a Cristo

Cuatro son las cuestiones fundamentales que hemos de examinar en este capítulo, que darán origen a otros tantos artículos:

1. **La comunicación de idiomas en Cristo.**
2. **La unidad ontológica y psicológica de Cristo.**
3. **La doble voluntad de Cristo.**
4. **La doble operación de Cristo.**

Como de costumbre, <u>expondremos con toda fidelidad el pensamiento de Santo Tomás de Aquino</u> en torno a estas interesantísimas cuestiones.

ARTÌCULO I
LA COMUNICACIÓN DE IDIOMAS EN CRISTO

Expliquemos ante todo lo que se entiende por "comunicación de idiomas" en la teología cristológica.

La palabra idioma procede de la voz griega *ιδιωμα,*

que significa <u>la propiedad o propia naturaleza de una cosa.</u> De donde *<u>"comunicación de idiomas"</u>* es lo mismo que *<u>"comunicación de propiedades"</u>*. Aplicada a Cristo, significa <u>la mutua y recíproca predicación de las propiedades de la naturaleza divina y humana en la persona única de Cristo</u>. Es, en otras palabras,

aquella propiedad que sigue a la unión hipostática,
en virtud de la cual las cosas que pertenecen al Hijo de Dios
se predican también del Hijo del hombre
y viceversa.

Y así, por ejemplo, se dice correctamente que, <u>en la persona de Cristo, Dios es hombre y el hombre es Dios</u>. Sin embargo, esta mutua correspondencia de lenguaje, hablando de las dos naturalezas de Cristo en su persona única, está <u>sujeta a ciertas leyes y limitaciones</u>.
Como vamos a ver inmediatamente, no todo lo que se dice de una naturaleza se puede decir en el mismo sentido de la otra. <u>Hay ciertas expresiones que, si no se explican convenientemente, serían verdaderas herejías</u>. Por ejemplo, la expresión *Cristo es una criatura* es verdadera (aunque inconveniente) *si la entendemos únicamente según su humanidad*; pero significaría la herejía arriana si la quisiéramos extender a su personalidad, que no es humana, sino divina y, por lo tanto, increada.

Vamos a exponer seguidamente la existencia o legitimidad de la comunicación de idiomas en Cristo y las principales reglas a que debe someterse su uso.

Existencia de la comunicación de idiomas en Cristo

En torno a esta cuestión ha habido dos grandes herejías, una por defecto y otra por exceso. Y así:

a) **NESTORIO y sus discípulos afirmaban que en Cristo había no sólo dos naturalezas, sino también dos personas distintas, una divina y otra humana.**
Por ello, se negaban lógicamente a admitir la comunicación de idiomas, ya que lo que se predica de una de esas dos personalidades no podría predicarse de la otra. La Iglesia condenó la herejía de Nestorio, como ya vimos, en el concilio de Éfeso.

b) **EUTIQUES incurrió en herejía por el extremo contrario, al decir que en Cristo no había más que una sola persona y una sola naturaleza: la persona y naturaleza divina del Verbo.**
Si fuera así, no habría lugar tampoco a la comunicación de idiomas, puesto que la naturaleza humana de Cristo habría desaparecido al fundirse con la divina en virtud de la unión hipostática. Esta herejía, diametralmente contraria a la de Nestorio, fue condenada por la Iglesia en el concilio de Calcedonia.

Contra estas herejías, vamos a establecer la doctrina católica en forma de conclusión.

1ª Conclusión. Es necesario admitir la comunicación de idiomas en Cristo. (De fe.)

He aquí las pruebas:

1ª Conclusión. Es necesario admitir la comunicación de idiomas en Cristo. (De fe.)

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. En el Evangelio y epístolas de los apóstoles se predica continuamente de Cristo-hombre las cosas que pertenecen a Dios, y viceversa. Citamos, por vía de ejemplo, algunos textos entre otros innumerables:

"Nadie sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo". "Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, Yo era". "Yo y el Padre somos una misma cosa". "Si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria". "Pedisteis la muerte para el autor de la vida". "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley".
La comunicación de idiomas es, pues, un hecho que consta clara y expresamente en la Sagrada Escritura.

b) Los SANTOS PADRES. ES doctrina unánime entre ellos. Valga por todos el siguiente texto de San Agustín, donde explica hermosamente la razón de esta doctrina:
"Se dice que el Hijo de Dios fue crucificado y sepultado, no porque haya sufrido estas cosas en su divinidad, según la cual es el Unigénito coeterno del Padre, sino en la debilidad de su naturaleza humana... Pues de tal manera estaban unidas en nuestro Señor Jesucristo la naturaleza divina y la humana en la unidad de persona, que cualquiera de las dos

comunicaba sus propiedades a la otra en la misma persona, la divina a la humana, y la humana a la divina, como enseña el Apóstol en su carta a los Efesios".

c) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha definido indirectamente la comunicación de idiomas en Cristo al condenar las herejías nestoriana y eutiquiana, que se oponen a ella.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. La razón fundamental es porque en Cristo no hay más que una sola persona divina, que subsiste a la vez en dos naturalezas distintas: la divina y la humana. Luego cualquier cosa que pertenezca a cualquiera de sus dos naturalezas puede predicarse, no de la otra naturaleza en cuanto tal, pero sí de la persona única de Cristo. Y así, v.gr., puede decirse con toda verdad que la persona divina de Cristo fue concebida, por razón de su humanidad, en las entrañas virginales de María, que padeció, murió, resucitó, etc., lo mismo que se puede decir que Cristo hombre, por razón de su personalidad divina, es el Unigénito del Padre, omnipotente, Dios.

Reglas a que ha de sujetarse la comunicación de idiomas

El uso del lenguaje propio de la comunicación de idiomas en Cristo, para que sea del todo correcto y ortodoxo, ha de sujetarse—como decíamos—a unas determinadas reglas; a saber:

Ha de procurarse que lo que se diga de una naturaleza se atribuya también a la otra a través de la personalidad única

de Cristo, sin atribuírselo a la otra naturaleza precisamente en cuanto tal.

Así, por ejemplo, son verdaderas y correctas las siguientes expresiones:

- **"El Verbo de Dios es verdaderamente hombre" (por razón de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo);**
- **"Cristo-hombre es personalmente Dios".**

Pero serían falsas y heréticas estas otras:

- **"Cristo, en cuanto Dios, es hombre",**
- **"Cristo, en cuanto hombre, es Dios",**

queriendo significar (por la expresión "en cuanto") la naturaleza divina en el primer caso y la naturaleza humana en el segundo.

Precisando con más detalle las reglas para el recto uso de la comunicación de idiomas en Cristo, suelen señalarse cuatro combinaciones entre los términos que se empleen para ver si puede predicarse:

a) lo concreto de lo concreto;
b) lo abstracto de lo abstracto;
c) lo concreto de lo abstracto, y
d) lo abstracto de lo concreto.

He aquí las reglas:

REGLA 1ª *Los nombres concretos* de una naturaleza y sus propiedades, en las proposiciones afirmativas (no en las negativas), *pueden predicarse en Cristo de las cosas concretas de la otra naturaleza y de sus propiedades*,

a no ser que sean nombres derivados, o se restrinja su sentido por alguna expresión reduplicativa, o se modifiquen por algún término o expresión. Por ejemplo, puede decirse correctamente: *"En Cristo, Dios es hombre y el hombre es Dios".* Pero no puede decirse: *"El Hijo de Dios no nació"* (proposición negativa).

a) **A no ser que se trate de nombres derivados o adjetivos, que no son verdaderas propiedades, sino que expresan más bien alguna participación accidental. Y así no es correcto decir: "*Cristo es un hombre dominical*". Se exceptúa, por el uso corriente, el adjetivo divino, y así puede decirse: *"Cristo es un hombre divino"*.**

b) **A no ser que se restrinja su sentido por alguna expresión reduplicativa; v.gr., no puede decirse: *"Cristo hombre, en cuanto hombre, es Dios".***

c) **A no ser que se modifique el sentido por algún término o expresión; v.gr., no se puede decir: *"Cristo es un hombre puro"*, porque con ello se excluiría su divinidad.**

REGLA 2ª *Los nombres abstractos de una naturaleza no pueden predicarse en Cristo de los nombres abstractos de la otra naturaleza y de sus propiedades.*
Y así es falsa la siguiente expresión: *"La divinidad es la humanidad".*

REGLA 3ª *Los nombres concretos no pueden predicarse ordinariamente en Cristo de las cosas abstractas.*

Y así son falsas las siguientes expresiones: *"La deidad es pasible"; "La humanidad es eterna".*

REGLA 4ª *Los nombres abstractos de la divina naturaleza pueden predicarse en Cristo de los concretos de la humana naturaleza por real identidad, aunque la expresión no sería lógicamente correcta.*
Y así, v.gr., puede decirse: *"Este hombre—Cristo—es la deidad, la omnipotencia"*, etc., porque *en su personalidad divina* se identifican realmente ambas cosas; aunque sean expresiones lógicamente incorrectas, porque la predicación lógica recae sobre la razón formal de una cosa, y la expresión *"este hombre"* designa formalmente la humanidad en concreto, y la humanidad en concreto no es la deidad o la omnipotencia.

REGLA 5ª *Los nombres abstractos de la naturaleza humana* no pueden predicarse en Cristo *de los concretos de la naturaleza divina.*
Y así no es lícito decir: *"El Hijo de Dios es humanidad".*

Estas son las principales reglas que han de tenerse en cuenta en el uso del lenguaje propio de la comunicación de idiomas en Cristo. Como se ve, son bastante engorrosas y complicadas, aunque se simplifican mucho teniendo cuidado de no atribuir a cualquiera de las dos naturalezas lo que es propio y exclusivo de la otra.

El que quiera profundizar en este tema puede leerse, resulta extremadamente provechoso, los doce artículos que dedica el Doctor Angélico a dilucidar esta cuestión.

ARTICULO II
LA UNIDAD ONTOLÓGICA Y PSICOLÓGICA DE CRISTO

He aquí una de las cuestiones más claramente indicadas en la divina revelación, pero más difíciles de explicar filosóficamente.

En efecto, en la Sagrada Escritura consta con meridiana claridad que Cristo-hombre tenía plena conciencia de su divinidad, o sea, de ser una sola persona con el Verbo divino, como se desprende clarísimamente de su misma manera de hablar:

- ***«Yo y el Padre somos una misma cosa».***
- ***«Antes que Abraham naciese, era yo».***
- ***«Nadie sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo».***
- ***«Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre».***
- ***«Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre».***

A través de estos textos y de otros muchos del Evangelio se ve con toda claridad que Cristo-hombre tenía plena conciencia de su divinidad, o sea, de que su humanidad santísima formaba un solo ser y un solo yo con la persona divina del Verbo. Sobre esto no puede abrigarse la menor duda.

Según la Sagrada Escritura, hay en Cristo una perfecta unidad ontológica (*en cuanto al ser*) y psicológica (*en cuanto a la conciencia*). Ahora bien: *¿cómo se explica*

filosóficamente este fenómeno **teniendo en cuenta que las dos naturalezas de Cristo—divina y humana—permanecieron después de la unión hipostática perfectamente distintas e inconfusas entre sí, aunque subsistiendo las dos en la personalidad única del Verbo? ¿De qué manera o en virtud de qué el hombre-Cristo se daba cuenta o tenía conciencia de que era Dios?**

Las contestaciones que los teólogos han dado a estas preguntas son variadísimas, y todas tratan—naturalmente—de salvar los datos que nos suministra la fe a base de las *dos naturalezas y única personalidad de Cristo*. Dada la índole de nuestro empeño, no podemos entrar en el torbellino de las disputas, ni siquiera en la mera exposición de las diversas opiniones. Para orientarnos, expondremos con la máxima brevedad y precisión, la doctrina católica tal como la entiende e interpreta un amplio sector de la escuela tomista, que recoge con toda fidelidad—nos parece—el pensamiento de su Angélico Maestro.

ARTICULO II
LA UNIDAD ONTOLÓGICA Y PSICOLÓGICA DE CRISTO

I. LA UNIDAD ONTOLÓGICA

Como quiera que en Cristo hay *dos naturalezas perfectamente distintas,* aunque subsistiendo en la persona única del Verbo divino, cabe preguntar si las dos naturalezas junto con la persona el Verbo forman un solo ser y tienen una sola existencia, o si hay que distinguir en El, de alguna manera, dos seres o dos existencias distintas. Como de costumbre, proponemos la doctrina en forma de conclusión.

Conclusión.
En Cristo no hay más que un solo ser y una sola existencia.

Esta conclusión tiene dos partes, que vamos a probar por separado.

PRIMERA PARTE. *En Cristo no hay más que un solo ser.*

<u>Esta primera parte es de fe.</u> Consta expresamente en los símbolos y definiciones de la Iglesia. He aquí algunos por vía de ejemplo:

SÍMBOLO QUICUMQUE: "*Aunque (Jesucristo) sea Dios y hombre, no son sino un solo Cristo; no por conversión de la divinidad en la carne, sino por asunción de la humanidad en Dios. Uno absolutamente, no por confusión de la substancia, sino por la unidad de la persona".*

SÍMBOLO DE NICEA: "Creemos… en un solo Señor, Jesucristo, Hijo de Dios".

CONCILIO DE EFESO: «Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios Padre se unió a la carne según hipóstasis y que Cristo es uno con su propia carne, a saber, que él mismo es Dios al mismo tiempo que hombre, sea anatema".

EXPLICACIÓN TEOLÓGICA. Escuchemos a un notable teólogo contemporáneo (P. Cuervo) exponiendo la doctrina de Santo Tomás:

"En Jesucristo hay una sola persona en dos naturalezas distintas, la divina y la humana. *Si las dos naturalezas se predicaran en abstracto de la persona, de la misma manera que con verdad decimos que en Jesucristo hay dos naturalezas distintas, también sería verdadero afirmar que es dos y no uno solo.* Pero la naturaleza humana no se puede predicar en abstracto de Jesucristo, por lo mismo que la naturaleza humana, a diferencia de la divina, se distingue realmente de la persona de Aquél. Por eso es erróneo decir que Jesucristo es la naturaleza humana. Jesucristo tiene, pero no es la naturaleza humana, como es la divina. Jesucristo es Dios por identidad real de su persona con la naturaleza divina, y hombre verdadero, porque aquélla (la persona) subsiste también en la naturaleza humana... De donde se sigue que, aun cuando haya en Jesucristo dos naturalezas distintas, en El no hay más que un solo ser subsistente, una sola persona. Y, por lo tanto, es uno absolutamente y no dos, de cualquier modo que se considere".

II. LA UNIDAD PSICOLÓGICA

Puesto que en Jesucristo no hay más que una sola persona —la divina del Verbo— en dos naturalezas perfectamente distintas, tratamos de averiguar ahora si su naturaleza humana se sentía una con la persona divina del Verbo; o si puede admitirse en Cristo una especie de *yo* humano— producto de la conciencia humana que indudablemente tenía—, yuxtapuesto o subordinado al *yo* divino del Verbo. Es lo mismo que preguntar si en Cristo existía o no una perfecta unidad psicológica.

La pregunta no es bizantina, y la respuesta entraña no pocas dificultades, **porque:**

a) Si se admite *un solo yo divino*, ¿cómo puede el Verbo sentirse hombre?

b) Si se admite *un solo yo humano*, ¿cómo puede Jesucristo, en cuanto hombre, *sentirse* Dios, toda vez que parece claro que la autoconciencia no puede rebasar los límites de la propia naturaleza?

c) Y si se admite *un doble yo*, no en el orden del ser—lo que sería herético (nestorianismo)—, sino únicamente en el psicológico (a causa de la autoconciencia divina y de la autoconciencia humana), ¿cómo se explica la unidad psicológica de Jesucristo, que consta clarísimamente en el Evangelio, *ya que Jesucristo emplea siempre la palabra "yo"* para designarse como sujeto de operaciones divinas y humanas indistintamente?
¿Cómo es consciente, en cuanto hombre, de ser *ontológicamente* una sola persona con el Verbo y de no ser *ontológicamente* una persona humana?

Los teólogos se han esforzado, bajo la vigilancia del magisterio infalible de la Iglesia, en explicar este misterio. Modernamente se han expuesto diversas teorías, alguna de las cuales hubo de ser retirada por expresa declaración del Santo Oficio:
Con fecha 12 de julio de 1951, Pío Xll condena de nuevo esa doctrina en su encíclica Sempiternus Rex (del 8 de septiembre del mismo año) con las siguientes palabras:
• *"El Concilio de Calcedonia, en perfecto acuerdo con el de Éfeso, claramente afirma que una y otra naturaleza de nuestro Redentor «concurren en una sola*

persona y subsistencia; y prohíbe poner en Cristo dos individuos, de modo que se pusiera en el Verbo «cierto hombre asumido», dueño de su total autonomía» (D 2334).

La doctrina que parece más probable y segura es la que recoge la siguiente conclusión:

Conclusión. *Aunque Jesucristo, como verdadero Dios y verdadero hombre, tenía conciencia divina y conciencia humana, gozaba, sin embargo, de una perfecta unidad psicológica, o sea, poseía un solo «yo», no sólo ontológica, sino también psicológicamente: el «yo» divino del Verbo. Jesucristo, en cuanto hombre, tuvo conciencia de su divinidad en virtud de la visión beatífica de que gozaba su alma aun en este mundo.*

Que Jesucristo, como verdadero Dios y verdadero hombre, tenía una conciencia divina y otra humana, es cosa que no se puede negar y admiten sin dificultad todos los teólogos católicos sin excepción.

Más aún: su conciencia humana hay que subdividirla todavía *en conciencia sensible* y *conciencia intelectual*, como ocurre con cualquier otro hombre. Pero todo esto en nada comprometía la perfecta unidad de su conciencia psicológica personal, puesto que ella dependía única y exclusivamente del Verbo divino, que subsistía personalmente en las dos naturalezas a la vez.

Que el Verbo divino se daba perfecta cuenta de que se había encarnado y de que, por lo mismo, era verdadero hombre al mismo tiempo que verdadero Dios, no ofrece dificultad

alguna, puesto que lo veía claramente por su propia ciencia divina.

¿De qué forma o en qué medio se daba cuenta Cristo-hombre de que era al mismo tiempo Dios?

No parece que haya otra solución viable que la de recurrir a *la visión beatifica* de que gozaba su alma, pero con ella se explica todo perfectamente. Escuchemos a un teólogo contemporáneo:

"*La existencia de la conciencia humana en Jesucristo de su divinidad es una exigencia de la misma unión hipostática*, la cual tiene una explicación sencillísima y, al mismo tiempo, del todo clara y manifiesta en la visión beatífica. Sin la existencia de esa conciencia, el conocimiento humano de Jesucristo sería del todo imperfecto; y como ese *conocimiento experimental e intuitivo de la persona divina es imposible obtenerlo por la ciencia infusa, y mucho menos aún por la adquirida*, de aquí la necesidad de poner en Él la ciencia beata. Dada la cual, la misma persona que por el entendimiento humano realiza el acto de la visión beatífica, claramente se percibe a sí misma realmente presente a su propio acto de ver, ya que esa persona es el mismo Dios...

Para negar la conciencia humana en Jesucristo por medio de la visión beatífica, *habría que negarla primero en todos nosotros,* pues el conocimiento experimental que nosotros tenemos de nosotros mismos no es tan íntimo, tan experimental, tan perfecto ni tan clarividente como el que Jesucristo tenía de sí mismo por medio de la visión beatífica. Visión de la persona divina en el mismo acto de la

naturaleza humana hipostáticamente unida con ella. O, lo que es lo mismo, visión de la persona encarnada de sí misma, en el acto de la misma persona. Lo que vale tanto como decir: conciencia perfectísima de Jesucristo de su unión hipostática y de su divinidad».

ARTICULO III
LA DOBLE VOLUNTAD DE CRISTO

Nos sale ahora al paso otra cuestión importantísima, que plantea una serie de problemas cuya solución arroja mucha luz *para comprender menos imperfectamente la admirable psicología de Jesucristo*. Como de costumbre, expondremos la doctrina católica en forma de conclusiones, siguiendo las huellas del Angélico Doctor.

Conclusión Iª. "Es necesario poner en Cristo dos voluntades, una divina y otra humana." (De fe divina, expresamente definida.)

Lo negaron principalmente los monotelitas (Sergio de Constantinopla, Ciro de Alejandría, Macario de Antioquía, etc.), que ponían en Cristo una sola voluntad (*θέληση)* y una sola operación (*εγχείρηση).* Antes que ellos, negaron también la doble voluntad de Cristo—incompatible con sus respectivas herejías—los apolinaristas, que negaban la existencia del alma racional en Cristo; los maniqueos, que negaban la humanidad de Cristo (era sólo aparente, según ellos), y los monofisitas, que no admitían en Cristo más que una sola naturaleza.

Contra estas herejías, he aquí las pruebas de la doctrina católica, recogida en la conclusión.

a) LA SAGRADA ESCRITURA. En el Evangelio encontramos multitud de textos que ponen claramente de manifiesto la existencia de la doble voluntad en Jesucristo. He aquí algunos por vía de ejemplo:

"Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, niño la tuya" **(**Lc 22,42)**.**
"Yo no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (lo 5,30)**.**
"He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (lo 6,38).

Ahora bien: Cristo, en cuanto Verbo, tenía ciertamente voluntad divina; y como la voluntad divina de Cristo coincide y se identifica absolutamente con la voluntad del Padre (ya que es un atributo de la divinidad, común a las tres divinas personas), síguese que <u>en esos textos y otros parecidos alude Cristo a su voluntad humana en cuanto distinta de su voluntad divina, que coincide en absoluto con la de su Padre celestial.</u>

a) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La existencia de las dos voluntades en Cristo fue definida, contra los monotelitas, por los concilios de Letrán (año 649) y III de Constantinopla (años 680-81).**

Principales cánones:

CONCILIO DE LETRÁN: ***"Si alguno, siguiendo a los criminales herejes, en base de una sola voluntad y una sola operación, como impíamente afirman los herejes, niega y rechaza las dos voluntades y las dos operaciones, es decir, la divina y la humana, que permanecen en la unidad del mismo Cristo Dios y que los Santos Padres predicaron con ortodoxia en El, sea condenado".***

CONCILIO III DE CONSTANTINOPLA (VI ecuménico): ***"Y predicamos igualmente en Él dos voluntades naturales o quereres y dos operaciones naturales, sin división, sin conmutación, sin separación, sin confusión, según la enseñanza de los Santos Padres".***

b) **LA RAZÓN TEOLÓGICA. El argumento para demostrarlo es muy sencillo. Si en Jesucristo hay dos naturalezas íntegras y perfectas—como nos enseña la fe—, hay que concluir que había en Él dos voluntades perfectamente distintas, la divina y la humana. De lo contrario, habría que decir, o que la voluntad racional no pertenece a la integridad y perfección de la naturaleza humana (lo que sería un disparate mayúsculo), o que la naturaleza humana de Jesucristo no era íntegra y perfecta (lo que sería herético). No hay subterfugio posible.**

Corolario. ***Luego en Cristo, además de la voluntad racional humana, hubo también voluntad sensible o apetito sensitivo, porque lo exige así la perfecta integridad de su naturaleza humana, si bien este apetito inferior estuvo siempre enteramente subordinado y controlado por la voluntad racional.***

Conclusión 2ª *La voluntad humana de Jesucristo tenía un doble acto: uno natural, o necesario, y el otro perfectamente libre.* (Completamente cierta en teología.)

Como es sabido, en la voluntad humana hay que distinguir un doble acto:

a) Uno que se refiere al fin que intenta la voluntad al obrar, y este acto procede de la voluntad en cuanto tal, o sea, en cuanto *naturaleza (ut natura*, como dicen los filósofos).

a) El otro acto se refiere a la *elección de los medios* conducentes a ese fin que intenta la voluntad. Este acto procede de la voluntad en cuanto *racional (ut ratio)*, o sea, en cuanto dotada de libre albedrío para escoger el medio que estime más conveniente.

Ahora bien: como explica Santo Tomás, la voluntad tiende al fin *absolutamente*, por la bondad que encierra en sí mismo; mientras que a los medios relacionados con el fin tiende de una manera *condicionada*, a saber, en cuanto sean buenos para alcanzar dicho fin.

Por lo mismo, el acto de la voluntad que recae directamente sobre el fin es de naturaleza distinta del acto que recae sobre los medios, si bien estos actos distintos *no multiplican las voluntades —los dos brotan de la misma voluntad humana—*, ya que ambos se especifican por una misma formalidad común, que es la *bondad del objeto apetecido*.

Por tanto, se ha de concluir que, *si nos referimos a la voluntad como potencia, en Cristo hubo una sola voluntad humana* (además de la divina, naturalmente); pero, si nos referimos a la voluntad como acto, entonces hay que distinguir en El—como en cualquier otro hombre—la voluntad como naturaleza, que tiene por objeto el fin, y la voluntad como razón, que recae sobre los medios conducentes a ese fin.

Esta conclusión prepara el terreno para la siguiente, que es de capital importancia en la teología del Verbo encarnado.

Conclusión 3ª Jesucristo-hombre gozó de perfecto libre albedrío, incluso bajo el precepto de morir en la cruz que le impuso su Padre celestial. (De fe.)

Esta conclusión es de fe indirectamente definida, como veremos en seguida. He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. En la Sagrada Escritura se encuentran multitud de textos en los que aparece clara la libertad de Cristo. Recogemos algunos por vía de ejemplo:

"Cuando llegó el día, llamó a sí a los discípulos y *escogió* a doce de ellos, a quienes dio el nombre de apóstoles".

"Subió a un monte, y *llamando a los que quiso*, vinieron a Él".
"Después de esto andaba Jesús por Galilea, *pues no quería ir a Judea*, porque los judíos le buscaban para darle muerte"

Otros textos aluden claramente a su libertad ante el precepto de morir en la cruz impuesto por su Padre celestial:

"*Nadie me la quita (la vida), soy yo quien la doy de mí mismo*. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido".

"Cristo nos amó *y se entregó* por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave".

"*Se entregó* por nuestros pecados para librarnos de este siglo malo, según la voluntad de nuestro Padre Dios".

"Me amó y *se entregó* por mí".

"*Se entregó por nosotros* para rescatarnos de toda iniquidad".

Los textos, como se ve, no pueden ser más claros e inequívocos.

b) Los SANTOS PADRES. La verdad acerca de *la libertad de Cristo, aun bajo el precepto de morir*, es una de las más repetidas por los Santos Padres. Recogemos unos pocos testimonios por vía de ejemplo:
SAN CIRILO DE JERUSALÉN: "*No murió coaccionado ni fue inmolado por violencia, sino voluntariamente*. Escucha lo que Él mismo dice: "Tengo el poder de dar mi vida y de tomarla otra vez". Espontáneamente me doy a mis enemigos; si no lo quisiera, no sucedería así. Vino, pues, a la pasión *por su libre propósito, gozándose de la eximia obra,*

alegrándose de la corona, aplaudiéndose a sí mismo **por la salvación de los hombres; no avergonzándose de la cruz, pues daba la salud al mundo".**

SAN AMBROSIO: "*Se ofreció porque quiso*. De hecho soportó la cruz, no por necesidad, sino por propia voluntad, puesto que dice en el Evangelio: «¿El cáliz que me dio mi Padre no lo he de beber?".

SAN AGUSTÍN: "El Señor *pagó indebidamente* por nosotros, para que nuestras deudas no nos dañaran; esto es, se despojó de la carne que había asumido, *no forzado por algún poder*, sino libremente. De hecho, *el que podía no morir si no lo hubiese querido, sin duda murió porque quiso*; y por esto, con esta muerte libre despojó a todo principado y potestad, triunfando de ellos en sí mismo (Col 2,15)**».**

SAN JUAN DAMASCENO: "Si el mismo, que creó la libertad de la naturaleza (humana), *no la asumió para sí, se sigue que, o reprobó su obra como no buena, o nos privó de su curación*; y así nos privó de una plena y perfecta curación y mostró que, sometiéndose a la pasión, no quiso obrar una perfecta salvación o ciertamente no pudo".

a) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha definido implícitamente la doctrina de la conclusión al definir expresamente:**

1) Que Cristo se sometió voluntariamente a los sufrimientos de su carne (concilio II de Constantinopla.

2) Que padeció espontáneamente por nosotros (concilio de Letrán).

3) Que nos mereció la justificación, reconciliándonos con el Padre (concilio de Trento). El mérito supone necesariamente la libertad del que merece

Por todo lo cual, la doctrina que afirma la libertad de Jesucristo puede considerarse como de fe, por estar *claramente expresada en la Sagrada Escritura y en el magisterio de la Iglesia*, aunque no haya recaído sobre ella una definición expresa y directa de la misma Iglesia. Es de fe indirectamente definida.

d) LA RAZÓN TEOLÓGICA. He aquí los argumentos principales que descubre sin esfuerzo la razón teológica:

1) Por la perfección de la naturaleza humana de Cristo. Cristo asumió íntegramente la naturaleza humana con todas sus perfecciones e imperfecciones, a excepción del pecado. Pero una de las perfecciones fundamentales de la naturaleza humana consiste, precisamente, en gozar del libre albedrío en la voluntad. Luego indudablemente lo tuvo Cristo.

2) Por el mérito de Jesucristo. El concilio de Trento proclamó dogma de fe que Jesucristo nos mereció la justificación y nos reconcilió con el Padre por su muerte en la cruz. Ahora bien: *es condición indispensable para el mérito gozar de libre albedrío*, no sólo por parte de alguna coacción extrínseca (libertad de coacción en el lenguaje de

las escuelas), sino también por exención de toda necesidad intrínseca (libertad de necesidad), como declaró la misma Iglesia al condenar la doctrina contraria de Jansenio). Luego Cristo gozó de libre albedrío en el pleno y verdadero sentido de la palabra.

4) **Por la satisfacción de Jesucristo ante el Padre. Es de fe, como veremos en su lugar, que Cristo satisfizo por nosotros verdadera y superabundantemente la deuda que teníamos contraída ante el Padre por nuestros pecados). Ahora bien: para la satisfacción, lo mismo que para el mérito, se requiere la libertad; porque *la ofensa hecha a Dios por el acto libre del que peca debe ser compensada por medio del acto libre de aquel que satisface*.**

Cuestión complementaria. *¿ Cómo se compagina la libertad de Cristo, con su absoluta impecabilidad, con la visión beatífica de que gozaba su alma y con el precepto de morir que recibió de su Padre celestial?*

Los argumentos que acabamos de exponer para demostrar que Jesucristo gozaba de perfecto libre albedrío en su voluntad santísima son del todo claros y evidentes. Pero esa plena y omnímoda libertad no parece compaginarse bien con otros tres hechos tan claros e indiscutibles como su misma libertad, a saber:

- **la impecabilidad absoluta e intrínseca de Jesucristo,**
- **la visión beatífica que iluminaba su alma**
- **y el precepto de morir que recibió de su Padre celestial.**

Vamos a indicar brevemente, a la luz de la teología católica, la manera de compaginar estos tres hechos con la libertad omnímoda de Jesucristo.

a) La impecabilidad absoluta de Jesucristo.

Se compagina perfectamente con su libertad omnímoda con sólo precisar el verdadero concepto de libertad.

***Es un gran error, en efecto, creer que la facultad o poder de pecar pertenezca a la esencia de la libertad*. Al contrario, esa defectibilidad de la libertad humana que le pone en las manos el triste privilegio de poder pecar es un gran defecto e imperfección de la misma libertad, que únicamente afecta a las criaturas defectibles (que pueden fallar), no a Dios ni a Jesucristo hombre—que son intrínsecamente impecables por su misma naturaleza divina—ni a los ángeles y bienaventurados, que lo son también en virtud de la visión beatífica, que los confirma intrínseca y definitivamente en el bien.**
La esencia de la libertad requiere únicamente
la facultad de realizar o no realizar un acto (*libertad de ejercicio*),
y la de escoger entre este o aquel otro bien particular (*libertad de especificación*);
pero jamás la libertad de escoger entre el bien y el mal (defecto y privación de libertad, puesto que el mal es, esencialmente, privación de un bien).

De modo que *la impecabilidad intrínseca de Jesucristo se compagina perfectamente con la libertad absoluta* de que gozaba para realizar o no realizar un acto (*libertad de*

***ejercicio*) o para escoger éste o aquél entre dos bienes particulares concretos (*libertad de especificación*). No se requiere en modo alguno la facultad para escoger el mal (*libertad de contrariedad*), puesto que esa triste facultad no sólo no pertenece a la esencia de la libertad, sino que, por el contrario, es una privación y defecto de la misma libertad.**

Por donde se ve—como corolario práctico para la vida cristiana— cuan equivocados están los que pretenden apartar de sí el yugo suave de la ley de Dios con el fin de entregarse desenfrenadamente al vicio y adquirir la plena y *"absoluta libertad de hacer lo que les venga en gana".* No advierten los infelices que con eso no solamente no aumentan su libertad, sino que se convierten en verdaderos esclavos de sus propias pasiones—que los tienen completamente tiranizados—-y se preparan con ello, además, una terrible desventura eterna. La libertad no es eso: consiste en poder practicar el bien sin ningún obstáculo exterior que nos lo impida (*libertad de coacción*) y sin el contrapeso interior de las pasiones desordenadas (*libertad de necesidad intrínseca*).

La facultad de poder pecar no es libertad, sino depravación, libertinaje y, en definitiva, triste y vergonzosa esclavitud.

b) La visión beatífica.

Es perfectamente compatible con la libertad en el sentido que acabamos de explicar. *Los ángeles y bienaventurados del cielo son intrínsecamente impecables* en virtud, precisamente, *de la visión beatífica* de que gozan. La esencia divina, directamente contemplada, les atrae y

arrastra irresistiblemente, quitándoles la libertad de poderse distraer o apartar de ella. Sólo para esto no son libres. Pero para todas las demás cosas distintas de la esencia divina son perfectamente libres, aunque siempre, naturalmente, dentro de la línea del bien (*para escoger este o aquel bien* particular y concreto), jamás para escoger el mal, que no aumenta, sino que disminuye la libertad.

Este es, exactamente, el caso de Jesucristo mientras andaba en este mundo: era viador y comprensor a la vez, o sea, andaba por la tierra y gozaba, al mismo tiempo, de la visión beatífica en grado perfectísimo. Era perfectamente libre para el bien, jamás para el mal.

***Abordaremos ahora el tema de mayor dificultad que se puede presentar contra la libertad omnímoda de Jesucristo: El precepto de morir en la cruz*.**

c) El precepto de morir en la cruz.
Es la mayor dificultad que se puede presentar contra la libertad omnímoda de Jesucristo.

En efecto, *si Cristo recibió del Padre, no una mera sugerencia para que decidiera libremente el propio Cristo, sino un verdadero y estricto precepto de morir en la cruz,* parece que hay que concluir que, al menos con relación a ese precepto del Padre, *Jesucristo no fue libre, ya que de ninguna manera podía oponerse a él o quebrantarlo, en virtud de su obediencia perfectísima y de su absoluta impecabilidad.*

Y si Jesucristo no fue libre al morir en la cruz, su muerte no pudo ser meritoria ni satisfactoria*, porque el mérito y la satisfacción suponen necesariamente la libertad; *y si no fue meritoria ni satisfactoria, es claro que no pudo Cristo realizar la redención del mundo por vía de mérito y de satisfacción.

Ahora bien, es de fe que Cristo realizó la redención del mundo por vía de mérito y de satisfacción.

¿Cómo se compagina todo esto? La dificultad es seria y ha hecho sudar a los teólogos. Buena prueba de ello es que han elaborado diversas teorías para solucionar este conflicto y todavía no se han puesto definitivamente de acuerdo.

Nosotros expondremos la solución de Santo Tomás, que nos parece la más seria y bien fundada de todas.

Santo Tomás y gran número de teólogos de todas las escuelas afirman:

Hubo verdadero y riguroso precepto de morir en la cruz; pero este precepto no comprometió en nada la libertad de Jesucristo, *como no la compromete ningún otro precepto de la ley divina o natural*.

Esta es la verdadera solución por las razones que vamos a exponer a continuación:

a) **POR EL TESTIMONIO DE LA SAGRADA ESCRITURA.**

Hay un texto clarísimo en el que Jesucristo mismo proclama haber recibido del Padre el mandato de morir y, a la vez, la plena libertad con que dio voluntariamente su vida:

"*Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo, nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido"* (Juan 10,17-18).

Imposible hablar más claro y de manera más terminante. *El Padre le dio un verdadero mandato, y, esto no obstante, Cristo da su vida porque quiere*: tiene poder para darla y poder para tomarla otra vez.

Y que el mandato del Padre se refiere precisamente a la muerte de cruz y no a otra, nos lo dice expresamente San Pablo escribiendo bajo la inspiración divina:
"Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre" (Phil 2,8-9).

Hay otros muchos textos de la Sagrada Escritura que abundan en este sentido. Véanse, por vía de ejemplo, los siguientes:

«El Hijo del hombre va su camino según está decretado, pero ¡ay de aquel por quien será entregado!».

«Juntáronse en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el

pueblo de Israel, para ejecutar cuanto tu mano y tu consejo habían decretado de antemano que sucediese».

«Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?» (Jesús a los discípulos de Emaús).

«Se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en suave olor».

El testimonio de la Sagrada Escritura es, pues, del todo claro y terminante: existencia de un verdadero mandato de morir en la cruz y plena libertad de Jesucristo en dar su propia vida porque quiso.

a) **PORQUE LO EXIGE ASÍ EL MÉRITO Y LA SATISFACCIÓN DE JESUCRISTO.**
   El mérito y la satisfacción requieren, como condición indispensable, la libertad del que merece o satisface. Pero *es de fe que Jesucristo realizó la redención del mundo por vía de mérito y de satisfacción*, como definió el concilio de Trento. Luego, bajo el mandato del Padre, Jesucristo permaneció completamente libre y dio su vida porque quiso.

Nos vamos a detener en este punto, porque envuelve el importante concepto de libertad, de libre voluntad, y en el cual nos vamos a detener un poco:

‘c) <u>PORQUE EL PADRE DIO A CRISTO LA LIBRE VOLUNTAD DE PADECER Y MORIR.</u> Con esa sentencia sencilla, a la vez que profunda y sublime, resuelve Santo Tomás el conflicto aparente entre el mandato del Padre y la libertad omnímoda de Cristo:

Entregar a un inocente a la pasión y a la muerte contra su voluntad es impío y cruel. <u>No fue así como obró Dios Padre con Jesucristo</u>, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros. En esto se nos manifiesta, de una parte, la “severidad de Dios” (Rom 11,22)**, que no quiso perdonar el pecado sin la conveniente satisfacción, como dice San Pablo cuando escribe: “A su propio Hijo no perdonó”** (Rom 8,32)**; y, de otra parte, su inefable “bondad”** (Rom 11,22) **en proporcionarle al hombre quien satisficiese por él, ya que no podía hacerlo suficientemente por sí mismo por grande que fuera la pena que padeciese”.**

Contestando a unas objeciones, redondea Santo Tomás esta doctrina. He aquí sus propias palabras:

“Cristo recibió del Padre el precepto de padecer, según aquellas palabras del Evangelio de San Juan: *“Tengo potestad para entregar mi vida y tengo poder para volverla a tomar, y este mandato recibí del Padre”*, a saber: de entregar mi vida y de tomarla de nuevo.

Por esto dice San Crisóstomo:
“<u>No se ha de entender que haya esperado a oír primero el precepto o que tuviera necesidad de aprenderlo</u>, sino que mostró un proceso voluntario y destruyó toda sospecha de

contrariedad al Padre*”. “*Aunque la obediencia importa necesidad respecto a lo mandado, importa también voluntad respecto del cumplimiento de lo mandado. Tal fue la obediencia de Cristo. La pasión y muerte, en sí consideradas, eran contrarias a su voluntad natural; pero Cristo quiso cumplir con ello (con su voluntad racional o de elección, que es donde reside la libertad) la voluntad de Dios, según aquello del Salmo: «Quise, Dios mío, hacer tu voluntad»** (Ps 39,9). ***Por eso dijo también: «Si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». «Cristo, en cuanto Dios, se entregó-a sí mismo a la muerte con la misma voluntad y acción con que le entregó su Padre celestial. Y en cuanto hombre, se entregó a sí mismo con la voluntad inspirada por el Padre. De manera que no hay contradicción alguna en decir que el Padre entregó a Cristo y que Cristo se entregó a Sí mismo”.

Esta es, nos parece, la verdadera solución que explica y salva perfectamente esas dos cosas al parecer antagónicas y contradictorias: *la existencia de un verdadero y estricto precepto de morir en la cruz y la perfecta libertad de Jesucristo aceptándolo* con plena y absoluta voluntariedad.

No es, en fin de cuentas, sino un caso particular del mecanismo maravilloso de la acción divina sobre las criaturas—en este caso sobre la voluntad humana de Jesucristo—, que es de tan soberana profundidad y eficacia que mueve necesariamente a las causas segundas necesarias, y libremente a las causas segundas libres, o sea, causando en ellas la misma libertad de su acción.

Una libertad creada totalmente autónoma e independiente de la causa primera es tan imposible y absurda en metafísica como innecesaria para salvar la única libertad posible a las criaturas dentro de la línea del bien [subrayamos esta frase porque otra cosa muy distinta ocurre en la línea del mar, como se explicará enseguida]**: una libertad participada, segunda, enteramente dependiente de la moción divina como causa primera de la misma libertad.**

La libertad como causa primera, absolutamente autónoma e independiente es propia y exclusiva de Dios, sin que pueda comunicarla a las criaturas, que son, forzosa y necesariamente, *seres creados*, o sea, seres por *participación* en su ser y en su obrar.

La razón última de todo esto hay que buscarla en lo más hondo de la metafísica del ser. *El ser, en cuanto tal, es* de signo positivo, esencialmente *bueno en sí mismo*. De ahí el conocido axioma metafísico: *bonum et ens convertuntur*, el bien y el ser se identifican entre sí. Por eso mismo, siendo Dios el Bien infinito del que procede y dimana todo otro bien, es absurdo v contradictorio conceder a la criatura el poder de crear algún bien independientemente del Bien infinito. Dios es *siempre,* a través de su divina moción, *la causa primera de todo el bien* que realizan sus criaturas. Por eso dice San Pablo que "es el mismo Dios quien obra en nosotros el *querer y el obrar* según su beneplácito" (Phil 2,13).

En la línea del mal, en cambio, el hombre es la causa primera y exclusiva, sin que pueda jamás atribuirse a la divina moción; porque*, no siendo el mal un ser, sino privación de ser*, se produce exclusivamente por la

defectibilidad de la causa segunda, sin que tenga nada que ver con ello la previa moción de la causa primera, que causa únicamente, en cuanto tal, el ser de la acción (o sea, algo bueno, de signo positivo) y no el defecto de esa acción, que proviene exclusivamente de la causa segunda (la defectibilidad del hombre).

Algo así, dice Santo Tomás: como la cojera no procede en modo alguno de la virtud motora del organismo, sino únicamente del defecto de la pierna coja. Solamente en la línea del mal es el hombre causa primera y exclusiva—somos dioses del mal—; jamás en la línea del bien, en la que no podemos dar un solo paso sino como causas segundas, *bajo la moción divina como causa primera de todo el bien que las criaturas pueden realizar*.

Luego la libertad humana, que es en sí misma una perfección y un bien, tiene que ser causada en nosotros forzosamente por Dios como causa primera, siendo *metafísicamente absurda y contradictoria una libertad creada enteramente independiente y autónoma de la moción divina.* Más brevemente: la libertad de las criaturas es necesariamente una libertad participada, esto es, una libertad causada por el mismo Dios como causa primera.

Con esta explicación, profundamente metafísica, se resuelve de manera plenamente satisfactoria el conflicto aparente entre el precepto de morir en la cruz, impuesto por el Padre a Jesucristo, y la libertad absoluta de éste al cumplirlo. Sencillamente: el Padre causó en la voluntad humana de Jesucristo la misma libertad con que éste la

aceptó; o, como dice hermosamente Santo Tomás, le dio la libre voluntad de padecer y morir.

Conclusión 4ª. *La voluntad racional de Jesucristo siempre y en todo momento estuvo conforme con la voluntad divina. La voluntad como naturaleza y el apetito sensitivo podían disentir, y disentían a veces, de la voluntad divina, aunque eran enteramente sometidos a ella por la voluntad racional.* (Afirmación completamente cierta.)

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. En la oración de Getsemaní pronunció el Señor unas palabras en las que se halla todo el contenido de la conclusión:
"*Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú".*

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. El concilio III de Constantinopla explica e interpreta en este mismo sentido el siguiente texto evangélico: *"He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me ha enviado",* en el que llama suya la voluntad de la carne (o sea, la del apetito sensitivo), ya que la carne fue también suya.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo con meridiana claridad el argumento de razón:

"Cristo, según su naturaleza humana, poseía varias voluntades, a saber la voluntad sensible—que se llama voluntad únicamente por participación— y la voluntad

racional, subdividida esta última en voluntad *como naturaleza* y *voluntad como razón*.

Ya hemos dicho que, por divina disposición, el Hijo de Dios, *antes de su pasión, permitía a su carne que obrase y padeciese conforme a su propia naturaleza*, y lo mismo permitía a todas las facultades de su alma. Ahora bien: es *evidente que la voluntad sensible*, por su misma naturaleza, *rehúye* los dolores sensibles y las lesiones del cuerpo. *Igualmente, la voluntad como naturaleza rechaza* lo que es contrario a la naturaleza y las cosas que son en sí malas, como la muerte y otras semejantes. Pero estas mismas cosas son a veces elegidas por la voluntad como razón, porque son convenientes para obtener un determinado fin.

Así, la voluntad sensible de un hombre normal, e incluso su voluntad absolutamente considerada (como naturaleza), rehúye el cauterio de fuego, pero su voluntad como razón lo elige, sin embargo, para lograr la cicatrización de una herida. En el caso de Cristo, la voluntad de Dios era que padeciese dolores, y también la pasión y la muerte; mas estas cosas las quería Dios, no por sí mismas, sino para obtener la salvación de los hombres.

Por tanto, se ve claro que Cristo, con su voluntad sensible, e incluso con su voluntad racional considerada como naturaleza, podía querer alguna cosa distinta de la que Dios quería; pero con su voluntad como razón quería siempre lo mismo que Dios. Lo cual queda de manifiesto en el texto: "No se haga como yo quiero, niño como quieres Tú" . En efecto: *con la voluntad como razón quería cumplir la*

voluntad de Dios, aunque con la otra voluntad quisiera algo distinto.

Conclusión 5ª. *En Cristo no hubo, en realidad, contrariedad alguna de voluntades a pesar de que su apetito sensitivo y su voluntad como naturaleza no coincidían a veces con su voluntad divina y con su voluntad humana como razón.* (De fe.)

Esta conclusión complementa y explica el verdadero alcance de la anterior. Es un hecho que en Cristo no coincidían, a veces, el deseo de su *voluntad sensible o natural* y el de su *voluntad como razón.* Y, sin embargo, no puede hablarse propiamente de contrariedad de voluntades en Él, puesto que los mismos movimientos del apetito sensitivo y de la voluntad como naturalezas, que rehuían el dolor, eran queridos por su voluntad como razón y estaban perfectamente sometidos por ella a la voluntad de Dios y al fin de tu encarnación. Lo definió expresamente contra los monotelitas el III concilio de Constantinopla.

De donde se sigue la absoluta y divina serenidad con que Cristo sufrió los dolores inmensos de su pasión. Nada de las contorsiones horribles con que a veces suelen representarlo pintores y escultores que ignoran en absoluto la divina psicología de Jesucristo. Sin duda alguna sufrió tormentos espantosos, pero sin que la tormenta desencadenada en su *apetito sensitivo y en su voluntad natural* repercutiera en lo más mínimo en su *voluntad como razón*, que permaneció en todo momento serena y tranquila, ofreciendo al Eterno Padre, con gozo infinito, los dolores inefables de su pasión y muerte.

I. ARTICULO IV

LA DOBLE OPERACIÓN DE CRISTO

Relacionada muy de cerca con la doble voluntad de Cristo *—consecuencia inevitable de su doble naturaleza, divina y humana—* aparece la cuestión de la doble operación—una para cada naturaleza—íntimamente unidas en la persona única del Verbo.

Esta cuestión, sencilla y fácil en sí misma, fue involucrada por las herejías cristológicas de los primeros siglos (nestorianismo, monofisismo y, sobre todo, monotelismo), que obligaron a la Iglesia, maestra infalible de la verdad, a intervenir enérgicamente condenando los errores y proclamando la verdadera doctrina católica. Vamos a resumir en unas breves conclusiones los puntos más importantes de la doctrina de la Iglesia en torno a la doble operación de Jesucristo en la unidad de su persona divina.

Conclusión 1ª *En Cristo hay que distinguir dos operaciones naturales, la divina y la humana*. (De fe, expresamente definida.)

No tendríamos que abordar esta explicación, es verdad de fe, si no lo hubiesen negado, entre otros herejes, los monotelitas (= una sola voluntad) y los monoergetas (= una sola energía u operación), pero su doctrina fue condenada por la Iglesia. He aquí las pruebas de la conclusión:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. En ella se atribuyen a Jesucristo operaciones que sólo pueden convenirle por razón de su naturaleza divina, como tener la misma operación con el Padre** (Jn. 5,19)**, y otras que solamente**

le convienen en virtud de su naturaleza humana, como nacer, hablar, llorar, tener hambre, sufrir, morir. Luego la Escritura divina testifica la doble operación de Cristo.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Lo definió expresamente en el concilio III de Constantinopla (año 680)**:**
"Glorificamos también en el mismo Señor nuestro Jesucristo, nuestro Verdadero Dios, dos operaciones naturales sin división, sin conmutación, sin separación, sin confusión; esto es, una operación divina y otra operación humana... Porque no vamos ciertamente a admitir una misma operación natural de Dios y de la criatura, para no levantar lo creado hasta la divina substancia ni rebajar tampoco la excelencia de la divina naturaleza al puesto que conviene a las criaturas".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Es una consecuencia necesaria de la existencia en Jesucristo de dos naturalezas íntegras y perfectas. A la naturaleza divina corresponde una operación divina, y a la naturaleza humana corresponde una operación humana. De lo contrario—como explica Santo Tomás—, habría que decir o que la naturaleza humana no tenía en El su propio ser y operación (de donde sería imperfecta, contra lo que enseña la fe) o que la operación divina y la humana se habían fundido en una sola (herejía monofisita).

Conclusión 2ª *En Cristo hay también operaciones teándricas, o sea, propias del Dios-hombre; pero no constituyen una tercera especie de operaciones naturales, sino una mera combinación de la divina y humana.*
(Completamente cierta en teología.)

El primero en emplear esta terminología de operación teándrica (del griego Geós, Dios, y ανηρ, hombre) fue el Pseudo-Dionisio Areopagita. Aunque esa expresión se presta fácilmente a una interpretación monofisita—como si en Cristo no hubiera más que una sola operación—, puede tener un sentido verdadero, que ha sido admitido por la tradición cristiana. Según este sentido ortodoxo, *se llama operación teándrica de Jesucristo aquella en que la operación divina se sirve de la operación natural humana como de instrumento para producir efectos que trascienden la propia virtud de la naturaleza humana, como la gracia, los milagros, etc.*

No constituye, por lo tanto, una tercera operación natural—que correspondería a una tercera naturaleza de Jesucristo distinta de la divina y de la humana—, sino que es una operación a la que concurren las dos naturalezas, haciendo la divina de causa principal y la humana de causa instrumental.

Que éste y no otro es el verdadero sentido ortodoxo de las operaciones teándricas o divino-humanas de Jesucristo, consta expresamente por la declaración auténtica del concilio I de Letrán, que dice así:
"Si alguno toma neciamente, como los malvados herejes, la operación divino-humana del Hombre-Dios que los griegos llaman teándrica como una sola operación, y no confiesa, según los Santos Padres, que es doble, es decir, divina y humana; o también que la palabra teándrica es designativa de la única operación del Hombre-Dios y no

demostrativa de la admirable v gloriosa unión en Jesucristo de las dos operaciones, sea condenado”.

Conclusión 3ª <u>Además</u> de las dos operaciones naturales de Cristo, divina y humana, pueden distinguirse en Él diversas operaciones procedentes de sus potencias vegetativas y sensitivas, que, en cierto modo, eran humanas también.

Es evidente que en Cristo se dieron-—como en cualquier hombre normal—las <u>operaciones de la vida vegetativa</u> (alimentarse, crecer, respirar, etc.) <u>y de la vida sensitiva</u> (ver, oír, imaginar, apetecer, etc.), que no son propiamente humanas, puesto que no dependen de la razón, sino de las potencias corporales.

Sin embargo, <u>en Cristo</u>—*como explica Santo Tomás*—, <u>todas estas, operaciones estaban regidas de algún modo por la razón, y en este sentido eran mucho más humanas que en cualquier otro hombre</u>.

Escuchemos sus propias palabras:

“En cualquier hombre normal hay una soja operación propiamente humana (o sea, la que es controlada por la razón). Aparte de ésta, se dan otras que, hablando con propiedad, no son humanas, como queda dicho. Pero en Jesucristo hombre no hubo jamás un movimiento de su parte sensitiva que no estuviese regido u ordenado por la razón. Incluso sus operaciones naturales estaban sujetas de algún modo a su voluntad, a saber, en cuanto era voluntad suya que su carne obrase y padeciese conforme a su propia

naturaleza. Por tanto, con mucha mayor razón que en cualquier hombre hay en Cristo una sola operación».

Y en la respuesta a la primera dificultad añade el Doctor Angélico:

"Las operaciones sensitivas y vegetativas, como hemos dicho, no son propiamente humanas. Sin embargo, en Jesucristo tales operaciones fueron más humanas que en cualquier otro hombre".

Nota sobre las diversas operaciones de Jesucristo.

De acuerdo con las conclusiones anteriores, podemos distinguir en Jesucristo, a pesar de la unidad de su persona, tres clases de operaciones distintas:

a) OPERACIONES DIVINAS. Son las que le pertenecen únicamente en cuanto Verbo divino, tales como la creación, conservación, providencia, etc. El principio de estas operaciones (principio quo de los escolásticos) fue únicamente la naturaleza divina, común a toda la Trinidad, sin que la humanidad de Cristo concurriese a ellas ni siquiera instrumentalmente. *No pueden, por lo mismo, considerarse* como operaciones *teándricas,* sino única y exclusivamente divinas.

b) OPERACIONES HUMANAS. Son las que procedían exclusivamente de la naturaleza humana de Cristo, como hablar, comer, beber, andar, etc. El *principio quo* de estas operaciones era propiamente su naturaleza humana mediante sus propias facultades, si bien pueden atribuirse también al Verbo como persona única (*principio quod*) o sujeto de atribución de todos los actos del Verbo humanado. Pero *tampoco* son, propiamente hablando, *operaciones teándricas*, sino más bien operaciones humanas realizadas por Cristo.

c) OPERACIONES MIXTAS. Son las que procedían de las dos naturalezas a la vez, actuando la naturaleza divina como causa principal y la naturaleza humana como causa instrumental para la producción de un efecto que trasciende la naturaleza humana (v.gr., la producción de la gracia, realización de un milagro, etc.). Estas son las acciones *propiamente teándricas o divino-humanas*, que no constituyen, en realidad, otra tercera especie de operaciones, sino una mera combinación de las otras dos. En estas operaciones interviene la persona de Cristo como sujeto de atribución (principio *quod de los escolásticos*), la naturaleza divina como causa principal (principio *quo principal*) y la naturaleza humana como causa instrumental (principio *quo instrumental*). Nótese, finalmente, que la acción divina en las operaciones teándricas no es propia y exclusiva del Verbo, sino común a toda la Trinidad; porque el principio principal que produce el efecto (*principio quo principal*) es únicamente la naturaleza divina, que es común a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad.

Para mayor claridad recogemos a continuación en cuadro esquemático los distintos principios operativos en cada una de las acciones de Cristo:

ACCIONES DE CRISTO

1. **Sujeto único de atribución (*principio quod*) de todas sus operaciones divinas, humanas y teándricas o humano-divinas: la persona divina del Verbo.**

2. **Principio inmediato de donde proceden las operaciones (*principio quo*)**
   - **a) Divinas: la naturaleza divina**
   - **b) Humanas: la naturaleza humana**
   - **c) Teándricas (o humano-divinas)**
     - **Principal: la naturaleza divina**
     - **Instrumental: la naturaleza humana**

Después de haber examinado en el Capítulo I las consecuencias de la encarnación con relación al mismo Cristo, veamos ahora las que se desprenden con relación al Padre celestial.

Las principales son cinco.

Tres se refieren a Cristo-hombre con relación al Padre:

- **sumisión**
- **oración**
- **sacerdocio**

Las otras dos se refieren al Padre con relación a Cristo-hombre:

- **filiación natural**
- **y predestinación**

De donde se desprenden y *estudiaremos cinco artículos*:

1. ***La sumisión*** **de Cristo al Padre**
2. ***La oración*** **de Cristo**
3. ***El sacerdocio*** **de Cristo**
4. ***La filiación natural*** **de Cristo-hombre.**
5. ***La predestinación*** **de Cristo**

ARTICULO I
LA SUMISIÓN DE CRISTO AL PADRE

Es evidente que Jesucristo, por razón de su naturaleza divina, es absolutamente igual al Padre, ya que la naturaleza divina es común a las tres divinas personas de la Trinidad Beatísima.

Pero por razón de su naturaleza humana está realmente sometido al Padre y aun, en cierto sentido, está sometido a sí mismo en cuanto Dios.

Vamos a precisar esta doctrina en dos sencillas conclusiones,

Conclusión 1ª *Cristo-hombre, por razón de su naturaleza humana, está realmente sometido al Padre.*

Consta expresamente por la Sagrada Escritura y por la razón teológica:

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. El mismo Cristo dice: *"El Padre es mayor que yo"* lo cual sólo puede entenderse de su naturaleza humana, ya que su naturaleza divina es idéntica a la del Padre.**
b) **LA RAZÓN TEOLÓGICA. Vamos ahora a exponer el argumento de razón teológica.**

De cómo explica Santo Tomás el triple modo con que la naturaleza humana de Cristo está sometida al Padre:

1) POR EL GRADO DE BONDAD

La naturaleza divina es la bondad por esencia, mientras que la naturaleza creada sólo posee la bondad por participación.

En este sentido hay que interpretar las palabras de Cristo al joven del Evangelio: *"¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno solo es bueno, Dios".*

2) POR LA POTESTAD DE DIOS

La naturaleza humana de Cristo, como cualquier otra criatura, está sujeta a las disposiciones de la divina Providencia.

3) POR LA PROPIA VOLUNTAD DE CRISTO

Cristo quiso someterse libremente al beneplácito de su Padre celestial, como dijo el mismo Cristo: "Yo hago siempre lo que es de su agrado".

Esta conclusión es muy importante para explicar el sacrificio redentor de Cristo, como veremos en su lugar correspondiente. Porque el sacrificio es un culto prestado a Dios en reconocimiento de su dominio absoluto sobre el universo entero; *pero la naturaleza humana de Cristo no participa de este dominio supremo*, sino que, por el contrario, *está sujeta* a él.

***No hay, pues, inconveniente alguno en que Cristo-hombre, en forma de siervo, esto es, como supuesto de la naturaleza humana, ofreciese su vida en reconocimiento del dominio supremo de la Trinidad Beatísima*, aunque en forma de Dios, esto es, como supuesto de la naturaleza divina, fuese una de las personas a quienes se dirigía dicho culto sacrificial.**

Conclusión 2ª Es herético decir que Cristo-hombre es siervo de sí mismo *por razón de la persona*; *pero puede afirmarse por razón de la naturaleza humana con relación a la divina*.

La razón de lo primero es porque en ese caso habría en Jesucristo dos personas distintas—herejía de Nestorio—, ya que *las relaciones de señor y de siervo propiamente se dicen de la persona*.

En este sentido tampoco puede decirse que Cristo sea menor que sí mismo o que esté sometido a sí mismo. Pero, entendido de la diversidad de naturalezas en una misma persona o hipóstasis, se puede decir que, por su naturaleza divina —que tiene común con el Padre—, Cristo es jefe y Señor junto con el Padre; *y por su naturaleza humana—semejante a la nuestra—está sometido y es siervo de sí mismo.*

Advierte el Doctor Angélico que *aunque*, propiamente hablando, *las personas del señor y del siervo deben ser distintas,* pueden salvarse las nociones de dominio y servidumbre en un mismo sujeto cuando éste es señor y siervo de sí mismo bajo razones diversas.

Otra de las consecuencias de la encarnación con relación al Padre se refiere a la oración de Jesucristo.
Jesucristo oró. Lo dice repetidas veces el Evangelio. Ahora bien, es evidente que su oración corresponde únicamente a su naturaleza humana, ya que, en cuanto Dios, nada tenía que pedir al Padre, puesto que compartía con El la misma omnipotencia divina.

I. Principios teológicos

Como de costumbre, expondremos en forma de conclusiones la doctrina teológica en torno a la oración de Jesucristo.

Conclusión 1ª *Jesucristo oró en cuanto hombre, siendo la oración convenientísima a su naturaleza humana.*

He aquí las pruebas:
a) LA SAGRADA ESCRITURA. El hecho de que Jesucristo oró consta expresa y repetidamente en el Evangelio. Citamos tan sólo algunos textos:

"Subió a un monte apartado para orar".
"A la mañana, mucho antes de amanecer, se levantó, saltó y se fue a un lugar desierto, y allí oraba".
"Pero Él se retiraba a lugares solitarios y se daba a la oración".
"Salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios!".
"Hallándose ocupado El a solas en la oración...".
"Lleno de angustia, oraba con más instancia?".

b) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos el clarísimo razonamiento del Doctor Angélico:

"Como hemos explicado en otra parte, la oración es una exposición de los deseos de nuestra voluntad a Dios para que El los cumpla. Por tanto, si en Cristo no hubiese más voluntades que la divina, su oración sería totalmente inútil, pues la voluntad divina lleva a efecto cuanto desea, según las palabras del Salmo: *"Yahvé hace cuanto quiere".*

“Pero en Cristo, además de la voluntad divina, existía la voluntad humana, que por sí misma no es capaz de realizar todo cuanto quiere, sino que ha menester del poder divino. De donde se sigue que a Cristo, en cuanto es hombre con voluntad humana, le compete orar”.

Al resolver las dificultades, Santo Tomás redondea, como de costumbre, su propia doctrina. He aquí las principales:
DIFICULTAD. *Cristo podía hacer todo cuanto quería y, por tanto, no parece que tuviese que pedir nada a nadie.*

RESPUESTA. Cristo podía hacer todo lo que quería en cuanto Dios, no en cuanto hombre pues ya hemos dicho que como hombre no gozaba de omnipotencia.

Y aunque era a la vez Dios y hombre, *quiso orar al Padre*, no porque fuese impotente sino *para instruirnos y darnos ejemplo.*

DIFICULTAD. *No se pide lo que se sabe ciertamente que ha de suceder* (v.gr., que mañana salga el sol). *Ni tampoco* conviene pedir *lo que ciertamente se sabe que no ha de realizarse.* Pero Cristo gozaba de un conocimiento perfecto del futuro. Luego no era conveniente que pidiese nada en su oración.

RESPUESTA. Entre las cosas futuras que Cristo conocía estaban las que habían de suceder gracias a su oración y, por tanto, convenía que se las pidiese a Dios para colaborar a los divinos designios.

Estas últimas palabras del Doctor Angélico resuelven radicalmente la dificultad de los que consideran inútil la oración de petición fundándose en que Dios es inmutable y no cambiará los planes de su providencia—desconocidos por nosotros—por mucho que se lo pidamos. Santo Tomás resuelve en otro lugar esta misma dificultad en la siguiente forma:
"*La divina Providencia no excluye a las otras causas*; al contrario, sino que *las ordena para imponer a tas cosas el orden por El establecido*, y así, las causas segundas no se oponen a la Providencia sino que más bien ejecutan sus efectos.

Por tanto las oraciones son eficaces ante el Señor y no derogan el orden inmutable de la divina Providencia porque *el que se conceda una cosa a quien la pide está incluido en el orden de la Providencia divina*.
Luego decir que no debemos orar para conseguir algo de Dios porque el orden de su providencia es inmutable, equivaldría a decir que no debemos andar para llegar a un lugar o que no debemos comer para alimentarnos, lo cual es absurdo".

Conclusión 2ª *La oración de Cristo brotó siempre de su razón deliberada, nunca de su apetito sensitivo; pero a veces manifestó Cristo en su oración los deseos del apetito sensitivo y de la voluntad natural.*

Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina:

Orar a impulsos del apetito sensitivo puede entenderse de dos maneras:

La primera, en el sentido de que la oración misma sea un acto de la sensibilidad. Y, *así entendida, la oración es imposible*, puesto que *el movimiento de la sensibilidad no puede rebasar el ámbito de lo sensible y no puede, por tanto, remontarse hasta Dios*, que es lo que exige la oración. Aparte de que la oración importa cierto orden preconcebido, pues se desea *una cosa que ha de ser realizada por Dios*; y este orden sólo puede establecerlo la razón, no la sensibilidad.

La segunda, en el sentido de que en nuestra oración exponemos a Dios los deseos de nuestro apetito sensitivo. Y, así entendido, es cierto que Cristo oró a impulsos de su sensibilidad, en cuanto que su oración, erigiéndose en abogada de dicha sensibilidad, expresaba los afectos de ésta (v.gr., su horror natural ante los tormentos de la pasión en la oración de Getsemaní)

Y esto lo hizo Cristo para instruirnos acerca de tres cosas muy importantes, a saber:

a) *Que había asumido una verdadera naturaleza humana* con todos mis afectos naturales.

b) *Que es lícito al hombre querer con su apetito o deseo natural* alguna cosa que Dios no quiere (v.gr., recuperar la salud perdida).

- **a) *Que el hombre debe rendirse y someterse*, en definitiva, a la voluntad de Dios, aunque sea contraria a su apetito natural.**

Por eso dice San Agustín: "Cristo, portándose como hombre, manifestó su voluntad humana particular al decir: *"Aparta de mí este cáliz",* pues es propio de ¡a voluntad humana el desear un objeto particular y privado. Mas, porque quiere ser un hombre recto y caminar hacia Dios, añade: *"Sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú*". Como si me dijera: *"Mírate a ti en Mí, porque puedes querer alguna cosa propia aunque Dios quiera otra".*

Como se ve, esta doctrina es altamente consoladora y tiene infinidad de aplicaciones en la vida práctica. No se nos prohíbe manifestar a Dios nuestros deseos naturales y pedirle fervorosamente que atienda nuestras súplicas en torno a la salud propia o de los seres queridos, a la solución de los problemas humanos que nos plantee la vida, etc., con tal, naturalmente, que en todos estos casos nos abandonemos en definitiva a los designios amorosos de su divina providencia, que sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene, aunque se oponga de lleno a los deseos de nuestra sensibilidad o de nuestra voluntad natural. Como se ve, esta doctrina es altamente consoladora.

Conclusión 3ª Cristo oró convenientemente por sí mismo y por nosotros.

Escuchemos a Santo Tomás explicando la oración que Cristo hizo por sí mismo:

"Cristo oró por sí mismo de dos modos:

El primero, *expresando los deseos de su sensibilidad*, como ya hemos indicado, o también *de su voluntad natural*: así cuando pidió que apartase de Él el cáliz de la pasión.

El segundo, *expresando los deseos de su voluntad deliberada o racional*: así cuando pidió la gloria de la resurrección. Y esto era muy justo. En efecto, como ya hemos dicho,
Cristo *quiso orar a su Padre para darnos ejemplo* y para manifestarnos que *su Padre era el autor del cual Él procedía* desde toda la eternidad según su naturaleza divina, y también *de quien su naturaleza humana recibía todo bien*.

Ahora bien, así como su naturaleza humana poseía ya algunos bienes recibidos del Padre, así también esperaba recibir de Él otros bienes de que aún no gozaba. Por lo mismo, *así como daba gracias a su Padre por los bienes ya recibidos*, reconociéndole como autor de ellos, así *también oraba al Padre por los bienes que aún no había recibido*, reconociéndole igualmente como autor de los mismos. Y en esto nos dejó su ejemplo, para que agradezcamos los dones recibidos y pidamos en la oración los que aún no poseemos".

Además de por Sí mismo, Cristo oró por nosotros. Consta expresamente en el Evangelio, sobre todo en su sublime oración sacerdotal y en otra multitud de ocasiones. Más aún: las mismas oraciones que dirigía a su Padre por sí mismo eran también en favor nuestro. Oigamos a Santo Tomás:
"La gloria que Cristo pedía en su oración se refería también a la salvación de los demás, según las palabras de San Pablo: "Resucitó para nuestra justificación". Por tanto,

incluso aquellas preces que hacía por sí mismo eran en cierta manera por los demás, de igual modo que el que pide a Dios un bien para servirse de él en favor de los otros no ora por sí solo, sino también por los demás".

Conclusión 4ª *Cuando expresaba los deseos de su voluntad absoluta, la oración de Cristo fue siempre oída por su Padre celestial.*

En el Evangelio leemos que Cristo elevó a su Padre celestial algunas oraciones que no fueron escuchadas. Tales fueron, por ejemplo, la de no beber el cáliz de la pasión; la de que perdonara a los que le crucificaron, algunos de los cuales fueron castigados con la destrucción de Jerusalén; la que hizo por la unidad de todos los que habían de creer en Él, que no se ha producido todavía, etc.

Por otra parte, el mismo Cristo afirma en el Evangelio: *"Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado".*
Y San Pablo nos dice hablando de Cristo: *"Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor".*

¿Cómo se explica todo esto? Escuchemos al Doctor Angélico resolviendo el problema con su lucidez habitual:

"Como ya hemos dicho, la oración es en cierta manera la expresión de la voluntad humana, de suerte que la oración

de uno puede decirse escuchada cuando su voluntad se cumple. Pero la voluntad del hombre como tal es la voluntad racional, pues *queremos verdaderamente aquello que queremos por deliberación de la razón*. En cambio, aquello, que queremos por un movimiento de la sensibilidad o por un movimiento de la voluntad natural, no lo queremos en absoluto, sino condicionalmente, a saber, si la deliberación de la razón no pone ningún obstáculo. ***Esta última voluntad, más que voluntad absoluta, es una veleidad***: se querría tal cosa ***si no se opusiese tal otra***.

Con su voluntad racional, Cristo no quiso otra cosa sino lo que sabía era querido por su Padre. Por lo mismo, toda voluntad absoluta de Cristo, incluso humana, fue cumplida, pues era conforme con la de Dios; y, por tanto, toda oración suya fue escuchada.

Por lo demás, también las oraciones de los otros hombres son escuchadas únicamente en la medida en que sus deseos están conformes con la voluntad de Dios".

Al responder a las dificultades contesta Santo Tomás que Jesús expresó en Getsemaní los deseos de su sensibilidad natural ante el dolor que se aproximaba, pero no pidió en modo alguno, con voluntad absoluta, que se alejara de Él el cáliz de la pasión.

Y que el Señor "no oró por todos los que le crucificaban ni tampoco por lodos los que habían de creer en El, sino sólo por aquellos que estaban predestinados a alcanzar por El la vida eterna."

Consecuencias prácticas.

De esta doctrina se desprenden espontáneamente las siguientes importantísimas consecuencias prácticas:

1ª Que es inútil tratar de forzar la voluntad de Dios para que nos conceda lo que no entra en los planes de su providencia sapientísima y amorosísima sobre nosotros.

La única oración cristianamente razonable es la que termina diciendo: *"Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú".* O más brevemente: *"Hágase tu voluntad"*, como decimos en el Padrenuestro.

2ª No obstante, la oración nunca es inútil, sino siempre provechosísima. Porque nos hará entrar en los planes de Dios si Él tiene predestinado concedernos tal gracia en virtud de nuestra oración, o alcanzaremos de su misericordia otra gracia mejor que la que nosotros pedimos, si ésa no entra en los planes de su amorosa providencia sobre nosotros.

1. APLICACIÓN A LA VIDA ESPIRITUAL

Hasta este punto hemos estudiado teóricamente lo que la teología nos enseña en torno a la oración de Jesucristo. Veamos ahora, brevemente, algunos aspectos de su proyección a la vida espiritual y contemplativa. Cedemos la palabra a un ilustre autor contemporáneo[1]:

Llama la atención la frecuencia con que hablan los Evangelios de las oraciones de Cristo. Y los teólogos andan

en cavilaciones preguntándose por qué oró Cristo, siendo así que por virtud de la unión hipostática estaba en posesión—en posesión plena y natural—de todo aquello por lo cual nosotros rezamos y en ejercicio continuo de aquello por lo que nosotros glorificamos a Dios. No entra en mi propósito exponer aquí la teología de la oración de Cristo; y por lo que respecta a la psicología de su incomparable ánimo de oración, no me siento con valor para tocar a la puerta del más dulce de los misterios.

Sin embargo, no puedo pasar en silencio que la clave para comprender la oración de Cristo es su espíritu y su misión sacerdotal. Lo que el sabio del Antiguo Testamento dice de Jeremías: *"Este es el verdadero amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; éste es el que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la ciudad santa"*, brilla con misteriosos caracteres de fuego sobre las incontables horas y noches que Cristo pasó en oración. ¡Qué horas, qué noches fueron aquéllas! En su profundo silencio extendía sus alas toda alma noble afanosa de Dios, subían hacia las alturas anhelos y suspiros santos y se reunían en torno de la montaña en que oraba Cristo. En su espíritu se abría el pasado y el porvenir, y todos los gérmenes de santidad—por muy pequeños que fuesen—que pudo haber jamás en los esfuerzos y en los tormentos humanos, todos se abrían en flor en su corazón. Toda obstinación y abyección humana, todo orgullo que se rebela contra Dios y todo sensualismo hacían acto de presencia, y también lo que de súplica y expiación siguió a los mismos, asaltando los cielos, todo se reunía y estaba tenso en el alma de Cristo*: ***Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*.

Por los senderos silenciosos de aquellas noches santas, el alma de Cristo entraba en todas las chozas de la Palestina, y en todos los palacios de la magnífica Asia, y en todas las tiendas de los desiertos; encontraba las escuelas filosóficas de Corinto, y los templos de Osiris y de Mitra en Roma, los antros de los troglodítas del valle de Neander y las ciudades de palacios de los faraones; y lo que hallaba allí de miseria, impotencia y sufrimiento humanos, lo recogía todo con amor fraternal y lo presentaba en el cáliz de oro de su corazón ante el trono de su Padre.

Todo lo que ha habido de noble movimiento, de acción de gracias y de súplica en el corazón humano, se levantaba allí del alma de Cristo, subiendo con llamaradas al cielo; lo que ha habido de obstinación, de rebeldía, de condenación y de blasfemia contra Dios, todo aquello lo reunía contra sí mismo, como Arnaldo von Winkelried[2] juntó las lanzas del enemigo, y aceptaba la deuda, y expiaba la blasfemia, e imploraba a Dios. ¡Y toda la fidelidad que haya podido consolar a aquel Corazón santo y sensible, y toda la infidelidad que haya podido entristecerlo a través de la historia...! |Ah! ¿Quién tiene siquiera una pálida idea de las profundidades de aquel Corazón? ¿Quién se atrevería a describir la oración de aquel Corazón? En Jesucristo oró toda la humanidad, y sigue orando hasta la consumación de los siglos... Semper interpellans pro nobis!

1 Schultz. Cristo (Barcelona 1944) p. 141-142

2 Arnaldo von Winkelried. Héroe suizo, legendario, Según la leyenda se arrojó contra el ejército austríaco atrayendo todas las lanzas contra su cuerpo lo que rompió las defensas austríacas, permitiendo a los suizos ganar la batalla Sempach (julio 9, 1386)

ARTICULO III

EL SACERDOCIO DE CRISTO

El sacerdocio de Jesucristo constituye otra de las consecuencias de la encarnación con relación al Padre.

Tiene también una gran trascendencia y repercusión con relación a nosotros, pues Jesucristo ejerce su sacerdocio ante el Padre precisamente en favor de los hombres.

Exponemos a continuación las principales conclusiones en torno al sacerdocio de Jesucristo.

Conclusión 1ª *Jesucristo-hombre es verdadero, sumo y eterno sacerdote.* (De fe.)

Vamos a explicar, ante todo, los términos de la conclusión.

a) JESUCRISTO-HOMBRE. Jesucristo es sacerdote en cuanto hombre, no en cuanto Dios. La razón es porque la misión esencial del sacerdote es ofrecer sacrificios a Dios en alabanza de su infinita majestad y para obtener el perdón de los pecados del pueblo. Por eso escribe San Pablo: *"Todo pontífice, tomado de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres, en las cosas que miran a Dios, para hacer ofrendas y sacrificios por los pecados".*

b) Es VERDADERO SACERDOTE, o sea, en el sentido más estricto y riguroso de la palabra.

c) SUMO SACERDOTE, puesto que <u>posee la plenitud absoluta del sacerdocio</u>, del cual *participan por derivación todos los demás sacerdotes del mundo.*

c) **ETERNO SACERDOTE, puesto que el sacrificio de Jesucristo <u>se perpetuará hasta el fin de los siglos</u> y su sacerdocio <u>se consumará, eternamente en el cielo.</u>**

a) **LA SAGRADA ESCRITURA. Ya en el Antiguo Testamento se anuncia que el futuro Mesías será sacerdote según el orden de Melquisedec:**

Se dice que Cristo es sacerdote según el orden de Melquisedec, no porque su sacerdocio pertenezca a algún orden determinado—ya que los trasciende infinitamente a todos — , sino porque Melquisedec fue el sacerdote de la Antigua Ley que mejor prefiguró al futuro sacerdocio de Jesucristo. Y ello por tres razones:
a) Porque ofreció pan y vino, y Cristo instituyó el sacrificio de la Nueva Ley bajo las especies de pan y vino,
b) Porque aparece en la Escritura sin padre, ni madre, ni genealogía alguna, a semejanza de Cristo, que no tuvo Padre en la tierra ni madre en el cielo,
c) Porque Melquisedec era rey de Salem, lo que significa rey de justicia y de paz, y eso exactamente fue Jesucristo nuestro Señor. *"Lo ha jurado Yahvé y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec".*

San Pablo dedica una buena parte de su epístola a los Hebreos, a exponer y exaltar el sacerdocio de Jesucristo. Citamos algunos textos:

"Teniendo, pues, un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado",
"Vosotros, pues, hermanos santos, que participáis de la vocación celeste, considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra confesión, Jesús".
"Vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna, declarado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec".
"Adonde entró por nosotros como precursor Jesús, instituido Pontífice para siempre según el orden de Melquisedec".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. En uno de los famosos anatematismos de San Cirilo presentados al concilio de Éfeso contra Nestorio, se dice lo siguiente:

"Si alguno dice que no fue el mismo Verbo de Dios quien se hizo nuestro Sumo Sacerdote y Apóstol cuando se hizo carne y hombre entre nosotros, sino otro fuera de Él, hombre propiamente nacido de mujer; o si alguno dice que también por sí mismo se ofreció como ofrenda y no, más bien, por nosotros solos (pues no tenía necesidad alguna de ofrenda el que no conoció el pecado), sea anatema".

El concilio IV de Letrán declaró contra los herejes albigenses:
"Una sola es la Iglesia universal de los fieles, fuera de la cual nadie absolutamente se salva, y en ella el mismo sacerdote es sacrificio, Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre se contienen verdaderamente en el sacramento del altar…".

El concilio de Trento enseña que a causa de la imperfección del sacerdocio levítico "fue necesario que surgiera otro sacerdote según el orden de Melquisedec, nuestro Señor Jesucristo, que pudiera consumar y llevar a la perfección a todos los que habían de ser santificados".

En nuestros días, el papa Pío XI instituyó la Misa votiva de "Jesucristo, sumo y eterno sacerdote", que pueden celebrar todos los sacerdotes del mundo.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos el razonamiento del Doctor Angélico:

"El misterio propio del sacerdote es ser mediador entre Dios y el pueblo.
"En efecto, por una parte transmite al pueblo las cosas divinas, de donde le viene el nombre de sacerdote (sacra dans, esto es, "el que da las cosas sagradas").
Por otra, ofrece a Dios las preces del pueblo y satisface de alguna manera a Dios por los pecados del pueblo, como dice San Pablo.

"Ahora bien: esta función compete sobre todo a Cristo, a través del cual son transmitidos a los hombres los bienes de Dios, según el texto de San Pedro: "Por Él nos hizo (Dios) merced de preciosas y ricas promesas, para hacernos así partícipes de la divina naturaleza".
Él fue también quien reconcilió con Dios al género humano, como dice San Pablo a los Colosenses: "Plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud, y por El reconciliar consigo todas las cosas".

***Luego a Cristo compete en el máximo grado ser sacerdote*”.**

En la respuesta a las dificultades advierte Santo Tomás que el sacerdocio de Cristo difiere del antiguo sacerdocio levítico *“como la verdad difiere de su símbolo*», y que Jesucristo no sólo es el sacerdote y legislador de la Nueva Ley, sino también el rey supremo de toda la Creación.

Nota sobre el constitutivo esencial del sacerdocio de Jesucristo.

Sobre esta cuestión hay diversas opiniones entre los teólogos. Un amplio sector de la escuela tomista pone el constitutivo esencial del sacerdocio de Cristo ontológicamente *en la gracia de unión, connotando en su ejercicio la gracia capital*. Así Cayetano, Gonet, Garrigou-Lagrange, Cuervo, etc.

Otro sector, con Juan de Santo Tomás al frente, afirma que lo que constituye formalmente a Jesucristo como sacerdote *es la gracia capital, connotando radicalmente la gracia de unión,* que da a sus actos sacerdotales un valor infinito. Las principales razones en que se apoya esta opinión son:

a) La gracia capital es la *formalmente redentora*, y el sacerdocio de Cristo es esencialmente redentor.

b) La gracia de unión hace Dios a Jesucristo-hombre, y el sacerdote ha de ser inferior a Dios y superior a los demás hombres para poder actuar como mediador entre Dios y los hombres.

c) Sólo la gracia capital es el principio *formal* con el que Cristo *hombre* realiza sus actos teándricos, y el sacrificio redentor—acto sacerdotal por excelencia—es teándrico.

d) El sacerdocio de Cristo le hace mediador entre Dios y los hombres, y Cristo no se constituye mediador por su gracia de unión, sino por su gracia capital.

Parece, pues, que debe decirse que "la unión hipostática es en Cristo el fundamento, la raíz, el principio de las gracias habitual y capital. Por lo tanto, será también la raíz, el fundamento, el principio de la gracia sacerdotal, pero no su forma. El sacerdocio se constituye *formaliter* por la gracia capital, y *fundamentaliter* por la de unión. O más simplemente, se constituye por la capital connotando la de unión".

Consta expresamente

a) por la divina revelación,
b) el magisterio de la Iglesia
c) y la razón teológica.

a) LA SAGRADA ESCRITURA.
Lo dice repetidamente el apóstol San Pablo en su epístola a los Hebreos y en el siguiente texto a los Efesios:
"Cristo nos amó y se entregó por nosotros a Dios en oblación y sacrificio de suave olor".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. En la conclusión anterior hemos citado un texto del concilio IV de Letrán donde se dice expresamente que *"el mismo sacerdote* (Cristo) *es sacrificio".*

Y el concilio de Trento declaró que *"una misma es la hostia, uno mismo el que se ofrece en el sacrificio de la Misa por ministerio de los sacerdotes y el que se ofreció en la cruz, siendo distinto solamente el modo de ofrecerse".*

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA En la Antigua Ley se ofrecían a Dios tres clases de sacrificios, que recibían los siguientes nombres:

1) HOSTIA POR EL PECADO. Tenía carácter penitencial en reparación de los pecados voluntariamente cometidos. En este sacrificio se quemaba en honor de Dios una parte de la víctima y otra porción era asignada a los sacerdotes por su ministerio. De aquí provenía el decir que el sacerdote comía los pecados del pueblo. El macho cabrío, puro e inmaculado, era la víctima preferida para esta clase de sacrificios. Parecido a este sacrificio era el que se ofrecía a Dios por el delito involuntario, o sea, por la transgresión inadvertida o involuntaria de los preceptos del Señor.

2) HOSTIA PACÍFICA. Se ofrecía en cumplimiento de un voto o en acción de gracias por un favor recibido de Dios. En éste se consumían por el fuego las vísceras y las partes grasas del animal; pero la carne se repartía entre el sacerdote y el oferente, que debían comerla, como cosa santa, en el santuario. Era éste un banquete de comunión, que Dios preparaba a sus fieles con aquellos mismos dones que de ellos recibía, y que prefiguraba el futuro sacramento de la eucaristía.

3) HOLOCAUSTO. Era *el más perfecto de los sacrificios*, en el cual *la víctima era enteramente consumida* por el fuego en obsequio de la Divinidad, *sin reservar parte alguna para el sacerdote o el oferente.*

Todo esto no eran sino nombres y figuras imperfectas del gran sacrificio redentor que había de llevar a cabo Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Precisamente por la perfección definitiva del sacrificio de Cristo se reunieron en Él las tres modalidades de los sacrificios de la Antigua Ley, de suerte que, como dice San Pablo, *"con una sola oblación perfeccionó para siempre a los santificados".*

Oigamos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina 6:

"El hombre ha menester del sacrificio por tres motivos:

Primero,
para la remisión de los pecados, que le alejan de Dios. Por eso dice el Aposto! que es propio del sacerdote "ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados".

Segundo,
para conservarse en estado de gracia y en unión con Dios, en quien encuentra su paz y salvación. De ahí que en la Antigua Ley se ofrendaba una hostia pacífica por la salvación de los que la ofrecían como leemos en el Levítico .

Tercero,
para que el espíritu del hombre sea una perfectamente con Dios, cosa que tendrá lugar principalmente en la gloria. Por

eso en la Antigua Ley se ofrecía un holocausto en el que todo era quemado, como se narra en el Levítico.

Ahora bien: todos esos frutos nos vinieron por la humanidad de Cristo.
Porque, en primer lugar, por ella son borrados todos nuestros pecados, según las palabras de San Pablo: "Fue entregado por nuestros pecados".

En segundo lugar, por Cristo recibimos la gracia de la salvación, como se dice en la epístola a los Hebreos: "Vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna".

Finalmente, también por Él alcanzamos la perfección de la gloria, como leemos en ir misma epístola: "Tenemos, en virtud de la sangre de Cristo, firme confianza de entrar en el santuario"; esto es, en !a gloria celestial

Por tanto, Cristo, en cuanto hombre, no sólo fue sacerdote, sino también víctima perfecta, siendo a la vez hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto.

En la respuesta a una dificultad, advierte Santo Tomás que la muerte de Cristo-hombre puede relacionarse con una doble voluntad.
Primeramente, *con la voluntad de los judíos* que le mataron, y en este sentido Cristo no tiene razón de víctima de su propio sacrificio, ya que los judíos no ofrecieron con su muerte un sacrificio a Dios, sino que pecaron grevísimamente.
En segundo lugar, *con la voluntad del mismo Cristo*, que se entregó voluntariamente a la pasión, y en este sentido

Cristo tiene verdadera razón de víctima de su propio sacrificio.

Conclusión 3a: *El sacerdocio de Cristo tiene fuerza sobreabundante para expiar todos los pecados del mundo*.

Consta expresamente por la divina revelación y la razón teológica.
a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo anunció ya el profeta Isaías y lo repite insistentemente San Pablo. He aquí algunos textos.
Isaías anuncia: *"Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados"*

San Pablo en su carta a los romanos:
"Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación".
"Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros. Con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por El salvos de la ira; porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida".

a) LA RAZÓN TEOLÓGICA.

Escuchemos a Santo Tomás:

"Para la perfecta purificación de los pecados se requieren dos cosas, correspondientes a los *dos elementos que*

acompañan al pecado, a saber, **la mancha de la culpa** y el **reato de la pena**.

La mancha de la culpa es borrada por la gracia, que endereza hacia Dios el corazón del pecador; **el reato de la pena** se suprime totalmente **cuando el hombre satisface por completo a Dios**.

Ahora bien:
ambos efectos los causa el sacerdocio de Cristo.
Porque en virtud de Él se nos otorga la gracia, por la que nuestros corazones se dirigen a Dios, según las palabras de San Pablo: "Son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre".
También Él ha satisfecho plenamente por nosotros, pues *"Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias".*
Por tanto, es claro que el sacerdocio de Cristo goza de pleno poder para borrar los pecados de todo el mundo».

No hace falta advertir que todas estas cosas las realizó Cristo hombre como instrumento de la divinidad.
Precisamente porque su humanidad obraba en virtud de su divinidad, el sacrificio de Cristo fue enteramente eficaz para borrar los pecados del mundo con infinita sobreabundancia

Es evidente también que Cristo no ofreció su sacrificio en beneficio propio—pues nada absolutamente tenía que reparar ante Dios—, sino *únicamente en beneficio nuestro.*
Los demás sacerdotes ofrecen el sacrificio del altar, no sólo

por los fieles, sino también por sí mismos, ya que son pecadores además de sacerdotes. Cristo alcanzó por su pasión la gloria de la resurrección, no en virtud del sacrificio expiatorio, sino en virtud de la devoción con que sufrió humildemente y por amor su propia pasión.

ARTICULO IV

LA FILIACIÓN NATURAL DE CRISTO-HOMBRE

Examinadas ya *las tres principales consecuencias de la encarnación que afectan a Cristo-hombre con relación al Padre* (sumisión, oración y sacerdocio), veamos ahora las que se refieren al Padre con relación a Cristo-hombre.

Las principales son dos: filiación natural y predestinación. Dedicamos este artículo a la filiación natural.

La presente cuestión se plantea por el hecho de que en Jesucristo hay dos naturalezas y, por consiguiente, dos generaciones y dos nacimientos:
uno eterno, en cuanto Hijo natural del Padre,
y otro temporal, en cuanto hijo de María.

Por otra parte,
Jesucristo posee en toda su plenitud la gracia santificante, que nos hace hijos adoptivos de Dios.
Cabe, por lo mismo, preguntar si Cristo,

- **además de Hijo natural de Dios en virtud de su filiación eterna,**

- **puede ser llamado de algún modo hijo adoptivo de Dios por su nacimiento temporal o en virtud de la gracia santificante, que llena por completo su alma santísima.**

Vamos a expresar la doctrina católica sobre este asunto en forma de conclusión, no sin antes hacer algunas advertencias para ambientarla:

1ª La filiación natural se distingue de la adoptiva en que la primera es producida por generación natural y establece una relación natural de padre a hijo;
la segunda es efecto de un acto voluntario de filiación por parte del adoptante, que establece una relación jurídica con el adoptado, en virtud de la cual éste tiene derecho a la herencia de todos o parte de los bienes de su padre adoptivo.

2ª Es muy propio de Dios tener hijos adoptivos, ya que la adopción es un efecto de la bondad, y Dios es infinitamente bueno. La herencia que ofrece a sus hijos adoptivos es la posesión y goce fruitivo de su propia esencia.

3ª La adopción divina difiere de la humana—entre otras muchas cosas—en que la humana nada añade intrínsecamente al adoptado,
mientras que la divina le añade intrínsecamente la gracia santificante, que le da una *participación de la misma naturaleza divina*, en virtud de la cual el adoptado entra a formar parte de la familia divina de una *manera misteriosa, pero realísima.*

4ª La adopción divina es común a toda la Trinidad Beatísima; pero se apropia al Padre como autor, al Hijo como ejemplar y al Espíritu Santo como quien imprime en nosotros la imagen del ejemplar.

5ª La adopción divina puede recaer únicamente sobre las criaturas racionales (ángeles y hombres), no sobre las irracionales o inanimadas, que no pueden recibir la gracia

Teniendo en cuenta estas advertencias, he aquí la conclusión relativa a la filiación natural de Jesucristo:

Conclusión. Jesucristo, aun en cuanto hombre, es Hijo natural de Dios, sin que de ninguna manera se le pueda llamar Hijo adoptivo. (De fe, expresamente definida.)

Esta doctrina fue negada por muchos herejes, principalmente por los arríanos, que consideraban a Cristo como pura criatura; por los adopcionistas, que atribuían a Cristo-hombre una filiación puramente adoptiva; y por Nestorio y sus secuaces, que admitían en Cristo dos personas y, por consiguiente, dos filiaciones: una natural, correspondiente a su personalidad divina, y otra adoptiva, correspondiente a su personalidad humana.

Contra estos errores y herejías, he aquí la prueba de la doctrina católica contenida en la conclusión.

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Tenemos el testimonio explícito del Padre, del propio Cristo y de los apóstoles:

El PADRE: "Este es mi hijo muy amado, en quien tengo mis complacencia". Estas palabras las pronunció el Padre sobre Jesús-hombre al ser bautizado por San Juan Bautista.

CRISTO: "El pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y yo os

digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder y venir sobre las nubes del cielo". En este texto aparece claro que el Hijo de Dios y el Hijo del hombre son una misma persona, un solo Hijo natural de Dios.
Los APÓSTOLES: "Preguntó Jesús a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?... Tomando la palabra Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». "¡Señor mío y Dios mío!" (palabras del apóstol Santo Tomás ante Cristo-hombre). "El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?". Cristo fue entregado a la muerte como hombre; y ese mismo hombre, dice San Pablo que es el propio Hijo de Dios.

Pueden citarse otros muchos textos, pero basta con los citados para dejar firmemente sentada la prueba escriturística.

a) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

El concilio particular de Fráncfort (a.794), aprobado por Adriano I, condenó enérgicamente el error adopcionista, que tuvo su origen en los obispos españoles Elipando de Toledo y Félix de Urgel. He aquí uno de los textos más expresivos.
"Si, pues, es Dios verdadero el que nació de la Virgen, ¿cómo puede entonces ser adoptivo o siervo? Porque a Dios no os atrevéis en modo alguno a confesarle por siervo o adoptivo. Y si el profeta le ha llamado siervo, no es, sin embargo, por condición de servidumbre, sino por obediencia de humildad, por la que se hizo obediente al Padre hasta la muerte".

El II concilio de Lyon (ecuménico) obligó a Miguel Paleólogo a subscribir la siguiente profesión de fe:
"Creemos que el mismo Hijo de Dios, Verbo de Dios, eternamente nacido del Padre, consubstancial, coomnipotente e igual en todo al Padre en la divinidad,

nació temporalmente del Espíritu Santo y de María siempre virgen con alma racional; que tiene dos nacimientos, un nacimiento eterno del Padre y otro temporal de la madre: Dios verdadero y hombre verdadero, propio y perfecto en una y otra naturaleza, no adoptivo ni fantástico, sino uno y único Hijo de Dios en dos y de dos naturalezas, es decir, divina y humana, en la singularidad de una sola persona"

c. LA RAZÓN TEOLÓGICA.

El argumento de razón no puede ser más sencillo y concluyente. La filiación se predica de la persona, no de la naturaleza.

Cuando nace un niño, a nadie se le ocurre decir*: "Ha nacido una naturaleza humana"*, sino *"una persona humana".*
Ahora bien: en Cristo no hay más persona que la divina del Verbo, o sea, la del Hijo natural de Dios, que subsiste, a la vez, en las dos naturalezas.

Luego no hay en El más que una sola filiación natural, la divina, que afecta a ambas naturalezas.
Esta es la razón por la que la Santísima Virgen María es real y verdaderamente Madre de Dios, *a pesar de que ella solamente suministró a Cristo,* por obra del Espíritu Santo, *su naturaleza humana*.

Luego Cristo, aun en cuanto hombre, es Hijo natural de Dios y de ninguna manera hijo adoptivo.

Consecuencia. Luego la razón formal por la que Jesucristo-hombre es Hijo natural de Dios y no adoptivo está en la

unión hipostática. En virtud de ella, *la misma persona del Verbo divino es también la persona de la naturaleza humana* de Jesucristo, a la cual repugna otra filiación que la natural del Hijo de Dios.

ARTICULO V

LA PREDESTINACIÓN DE CRISTO

Vamos a estudiar ahora la predestinación de Cristo en cuanto hombre, o sea, si fue en cuanto hombre objeto de divina predestinación, y, en caso afirmativo, cuál es el término primario de esa predestinación.

Conclusión 1ª *Jesucristo, en cuanto hombre, fue predestinado por Dios desde toda la eternidad.* (Cierta en teología.)

No tratamos todavía en esta primera conclusión de cuál sea el término de esa predestinación (la gracia, la gloria, la unión hipostática, etc.), sino *únicamente* del hecho de la divina predestinación, o sea, si Jesucristo en cuanto hombre fue objeto de divina predestinación.

En este sentido, la contestación afirmativa no puede ser más clara y evidente. En efecto: *todo lo que ocurre en el tiempo ha sido previsto y ordenado por Dios desde toda la eternidad.* Pero *la existencia de Cristo en cuanto hombre es un hecho que se ha producido en el tiempo*; luego fue prevista y ordenada por Dios desde toda la eternidad.

Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta clarísima doctrina:

"Como ya dijimos en su lugar correspondiente, la predestinación propiamente dicha es cierta divina preordenación eterna de aquellas cosas que, por la gracia de Dios, se han de producir en el tiempo. Ahora bien: por la gracia de unión se ha realizado en el tiempo que el hombre fuese Dios y Dios fuese hombre. Y no puede afirmarse que Dios no haya preordenado desde toda la eternidad que se hiciese esto en el tiempo, pues equivaldría a afirmar que puede acaecer algo insólito e inesperado para la inteligencia divina. Por tanto, es necesario afirmar que la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo cae bajo la eterna predestinación de Dios. A causa de lo cual se dice que Cristo ha sido predestinado".

No es menester insistir más en algo tan claro y evidente.

Conclusión 2ª *Jesucristo, en cuanto hombre, fue predestinado a ser Hijo natural de Dios.* (Cierta en teología.)

Los teólogos medievales solían alegar, como prueba apodíctica (válida o cierta de forma demostrable e incondicional) de esta conclusión, un texto de San Pablo en que lo afirma expresamente:
"Ha sido predestinado a ser Hijo de Dios en el poder" (Rom 1,4)**. Pero resulta que ese texto, traducción literal de la Vulgata, no responde al texto griego original. San Pablo no escribió predestinado (**προκαθορισμένο**), sino destinado, declarado, constituido (**προορίζονται**), con lo cual no puede alegarse el texto paulino como prueba de la conclusión.**

Sin embargo, la conclusión es completamente cierta y es admitida por todos los teólogos sin excepción. El texto

paulino no lo dice expresamente, pero tampoco lo excluye. Y la razón teológica encuentra el fundamento de esa divina predestinación, como vamos a ver inmediatamente. En efecto: *a primera vista parece que Cristo no pudo ser predestinado, propiamente hablando; porque la predestinación, lo mismo que la filiación divina, afecta a la persona, no a la naturaleza; y no habiendo en Cristo otra persona que la divina del Verbo, que es eterna y consubstancial con el Padre, parece que no puede ser objeto de predestinación en el tiempo*. Lo que existe desde toda la eternidad no puede ser predestinado para que exista en el tiempo, ya que la predestinación implica necesariamente cierta anterioridad con relación a la existencia de la persona predestinada, y la persona de Cristo ha existido siempre, puesto que es pura y simplemente la persona divina del Verbo.

Esta dificultad, a primera vista tan aparatosa, se resuelve, sin embargo, fácilmente a base de una sencilla distinción:

Decíamos, de la que llamamos aparatosa dificultad, que tenía una sencilla solución:

Una cosa es la persona divina del Verbo
subsistiendo en la naturaleza divina
y otra muy distinta esa misma persona divina
subsistiendo en la naturaleza humana.

La subsistencia en la naturaleza divina es eterna y consubstancial con el Padre, y en este sentido es claro que *no puede ser objeto de predestinación alguna*.

Pero la subsistencia del Verbo en la naturaleza humana comenzó en el tiempo, o sea, cuando el Verbo se hizo carne en las entrañas virginales de María, y en este sentido *puede y debe ser objeto de la divina predestinación*.

De donde se deduce que Cristo fue predestinado en cuanto hombre a ser Hijo natural de Dios. O en otros términos: fue predestinado desde toda la eternidad que la persona divina del Verbo comenzara a subsistir algún día en la naturaleza humana de Cristo.

Nota: recordemos que en el Glosario habíamos incluido el término subsistencia:

> ***Subsistencia*** La subsistencia es *un modo o actualidad sustancial que perfecciona y completa la sustancia, haciendo que exista y pueda obrar sin dependencia ni comunicación con otro ser.* Así como la existencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto *entes* o en la línea de *ser*, así la subsistencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto sustancias, y en el orden sustancial.

Conclusión 3ª *El término primario de la predestinación de Cristo en cuanto hombre fue la filiación divina natural; el secundario fue la gracia y la gloria de su humanidad santísima.* (Sentencia mucho más probable y común.)

En torno a esta conclusión no hay unanimidad entre los teólogos. He aquí las principales opiniones: Fue predestinado principalmente a la redención del género humano.

CRÍTICA. Ese es el motivo y el fin de la encarnación—como vimos en su lugar correspondiente—, *pero no el término primario de la predestinación* del mismo Cristo.

2ª Fue predestinado primariamente a la gracia y la gloria de su humanidad santísima (Escoto, Durando, etc.).

CRÍTICA. La gracia y la gloria de Cristo son consecuencias de la unión hipostática, exigidas por la dignidad infinita de Cristo. Por lo mismo, constituyen el término secundario de su predestinación, no el primario, que corresponde a la misma unión hipostática.

3ª El término primario de la predestinación de Cristo en cuanto hombre fue la unión hipostática, o sea, la filiación divina natural; *y el secundario, la gracia y la gloria* de su humanidad santísima (Santo Tomás y la gran mayoría de los teólogos).

CRÍTICA. Esta es la verdadera doctrina, recogida en la conclusión, que vamos a probar inmediatamente.

El argumento fundamental es el siguiente:

***Es cosa mucho mayor y más perfecta ser Hijo natural de Dios en virtud de la unión hipostática* que serlo por adopción en virtud de la gracia, o gozarle por la gloria como los demás bienaventurados. Por consiguiente, *Cristo-hombre debió ser predestinado primariamente a la unión hipostática, esto es, a ser Hijo natural de Dios*; y secundariamente, a la gracia y la gloria (que nos hace a nosotros hijos adoptivos de Dios) como a algo menos principal, derivado y requerido por la misma unión hipostática.**
De manera semejante a como la Virgen María fue predestinada, ante todo, a la divina maternidad en el mismísimo decreto con el que fue predestinada la

encarnación del Verbo, y sólo consiguientemente fue predestinada a la plenitud relativa de la gracia y de la gloria para que fuese idónea y digna Madre de Dios.

He aquí algunos textos de Santo Tomás en los que afirma expresamente la superioridad de la unión hipostática sobre la gracia y la gloria:

1. **"*La gracia, como accidente*, es una semejanza de la *divinidad participada en el hombre*. Ahora bien:**

   ***por la encarnación, la naturaleza humana de Cristo no participa una semejanza de la divinidad*,**

   sino que se une a ésta en la persona del Hijo. Y *más es la cosa misma que su semejanza participada".*

2. "Es mucho mayor y más perfecta la unión con Dios según el ser personal que la que se alcanza por la operación".

3. "La unión de la encarnación, *que se realiza en el ser personal del Verbo*, sobrepasa a la unión de la inteligencia bienaventurada con Dios, que sobreviene por un acto del que la goza".

Conclusión 4ª *La predestinación de Cristo a ser Hijo natural de Dios, lo mismo que a la plenitud de la gracia y de la gloria, fue enteramente gratuita, o sea, sin tener para nada en cuenta los méritos futuros de Cristo-hombre.*

Ya expusimos entes esta doctrina. No insistiremos.

Conclusión 5ª La predestinación de Cristo es causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de la nuestra, no en cuanto al acto de la voluntad divina, sino en cuanto al término y efecto de la predestinación.

Como explica Santo Tomás, la predestinación puede ser considerada de dos modos:

en cuanto acto del que predestina
y en cuanto a aquello a lo cual uno es predestinado, esto es, en cuanto al término y efecto de la predestinación.

En el primer sentido, la predestinación de Cristo no puede ser causa de la nuestra, puesto que por un mismo y único acto eterno predestinó Dios tanto a Cristo como a nosotros.

En el segundo sentido, o sea, en cuanto al término y efecto de la misma, la predestinación de Cristo es causa de la nuestra de cuatro maneras distintas:

a) COMO CAUSA EJEMPLAR, ya que la predestinación de Cristo es el modelo, el ejemplar o prototipo de la nuestra, puesto que Él fue predestinado para ser Hijo natural de Dios, y nosotros para ser hijos adoptivos, y es evidente que la adopción es una semejanza participada de la filiación natural.
Por eso dice San Pablo:
"A los que antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo".
La predestinación de Cristo se parece también ejemplarmente a la nuestra en que ambas son enteramente gratuitas y han sido hechas por Dios antes de la previsión de cualquier mérito futuro del propio predestinado

b) COMO CAUSA MERITORIA, en cuanto que Jesucristo nos mereció, a título de estricta justicia, con su pasión y muerte, todos los efectos de nuestra predestinación, o sea, *la vocación cristiana, la justificación y la glorificación.* Dice, en efecto, San Pablo:

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; *por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados* ante Él por la caridad, y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia".

El concilio de Trento enseña que Jesucristo es causa universal meritoria de nuestra justificación y, por tanto, de nuestra filiación adoptiva, y, *al mismo tiempo, instrumental eficiente*.

Cuando se dice, pues, que nuestra predestinación es completamente gratuita y no depende de la previsión de los futuros méritos, *se entiende de nuestros méritos propios*, no de los de Cristo, que nos mereció con todo rigor de justicia todos los efectos de nuestra predestinación, como hemos dicho. Nadie puede merecer su propia predestinación, ni siquiera el mismo Cristo; pero esto no impide que Cristo pudiera merecernos y nos mereciera de hecho nuestra propia justificación, como ha definido expresamente la Iglesia.

c) COMO CAUSA EFICIENTE INSTRUMENTAL. La causa eficiente, como es sabido, es doble: principal e instrumental.

Causa eficiente principal de nuestra predestinación, justificación y salvación es únicamente Dios, que gratuitamente lava y santifica, como dice San Pablo y enseña expresamente el concilio de Trento. *Pero Dios se*

***vale de Cristo-hombre, como instrumento unido a la divinidad*, para la producción de todos esos mismos efectos en nosotros.**

Santo Tomás expone la razón en las siguientes palabras: "La predestinación de Cristo es causa de la nuestra en cuanto que Dios ha ordenado desde toda la eternidad que nuestra salvación fuese llevada a cabo por Jesucristo. Ha de notarse, en efecto, que no sólo es objeto de la predestinación eterna lo que ha de realizarse en el tiempo, sino también el modo y el orden con que se ha de realizar".

Y añade en la solución de una dificultad: "Sí Cristo no se hubiese encarnado, Dios hubiese ciertamente ordenado nuestra salvación por otro camino. Mas porque decretó la encarnación de Cristo, ordenó al mismo tiempo que ella fuese la causa de nuestra salvación".

d) COMO CAUSA FINAL. Lo dice expresamente San Pablo: *"Nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, para alabanza de la gloria de su gracia".*

La razón es porque, siendo nuestra predestinación efecto de la gracia de Jesucristo, toda ella redunda inmediatamente en gloria y alabanza del mismo Cristo (*causa final próxima y relativa*) y, *últimamente, de Dios* (*causa final última y absoluta*).

Por eso, del hecho de que la predestinación de Cristo sea causa de la nuestra no se sigue en modo alguno que Jesucristo esté subordinado a nosotros como un medio para el fin, sino al contrario: nuestra salvación está ordenada a la

gloria de Cristo y, a través de Él, a la gloria de Dios, según aquellas palabras de San Pablo:
***"Todas las cosas son vuestras; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios"*.**

CAPITULO III
Consecuencias de la encarnación con relación a nosotros

El tercer grupo de consecuencias que se desprenden de la encarnación del Verbo es la relación a nosotros mismos. Hemos visto ya las que se refieren al mismo Cristo y a su Padre celestial.

En realidad, bajo este título habría que tratar todas las cuestiones relativas a la llamada *soteriología, o sea, a la misión salvadora de Jesucristo como Redentor del género humano*. Pero, siguiendo el orden de la Suma Teológica de Santo Tomás, anunciado al principio, nos limitamos a estudiar aquí dos de las más importantes consecuencias de la encarnación con relación a nosotros:
la adoración que hemos de tributarle como Dios-hombre y la mediación que Jesucristo ejerce entre Dios y los hombres.

Debido a ello, dividiremos este Capítulo III en dos artículos:
1° La adoración de Jesucristo.
2^{0} Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres.

En el libro segundo de esta primera parte examinaremos todas las demás cuestiones relativas a la soteriología.

ARTICULO I
LA ADORACIÓN A JESUCRISTO

Para ambientar esta cuestión y precisar el verdadero sentido de la misma, vamos a ofrecer unas nociones previas sobre *el concepto de adoración, los elementos que implica y sus diferentes clases o especies*.

1. Concepto de adoración.

En su acepción más común, se entiende por adoración el honor rendido a una persona por razón de su excelencia y de nuestra sumisión ante ella. Comprende *tres actos*:

- **uno de la inteligencia, por el cual reconocemos su excelencia y superioridad sobre nosotros;**
- **otro de la voluntad, por el cual nos rendimos ante ella, tributándole nuestro homenaje interior;**
- **y otro exterior, por el que manifestamos el homenaje interior de una manera sensible.**

Esto constituye el culto. El culto *carecería de sentido si faltase el homenaje interior de la voluntad*. Por consiguiente, el acto propio y esencial de la adoración está en el acto de la voluntad por el cual nos rendimos ante la excelencia de una persona tributándole nuestro homenaje interior en orden a Dios.

2. Elementos que implica.

Son tres:

- ***El término o sujeto* de la adoración,**
- ***El objeto* de la misma (objeto quod de los escolásticos)**

- **y *La causa o motivo* de ella (objeto quo).**

El término o sujeto de la adoración de Cristo es la persona misma de Cristo.
El objeto de la adoración puede ser cualquier cosa perteneciente a Cristo (v.gr., su divino Corazón) o relacionada con Él (v.gr., la cruz donde murió, las imágenes que le representan, etc.).
La causa o motivo de la adoración son la excelencia y perfecciones de la misma persona de Cristo manifestadas en los diferentes objetos de adoración.

3. Especies de adoración.
La adoración puede ser absoluta y relativa.
La absoluta es la que se tributa *a una cosa en sí misma* (v.gr., la que tributamos al mismo Dios, a Jesucristo).
Relativa es la que se tributa *a una cosa, no en sí misma*, sino únicamente por *orden a lo que representa*. Esta última es la que se tributa *a las imágenes* que representan a Cristo, a María o a los santos.
Tanto la absoluta como la relativa pueden ser de latría, de dulía o de hiperdulía.

a) El culto de latría (de Aarrpeia, adoración) se debe *exclusivamente* a una cosa entitativamente divina, o sea, a Dios uno y trino, a los divinos atributos (*bondad, misericordia, etc.*) y a nuestro Señor Jesucristo, aun bajo las especies sacramentales.

b) El culto de dulía (de SouXeia, servidumbre) es el que corresponde a los ángeles y santos en cuanto siervos de Dios en el orden sobrenatural. *Entre ellos ocupa el primer*

***lugar el patriarca San José*, a quien con razón los modernos teólogos asignan el culto de *protodulía*, o sea, el primero entre los de dulía.**

c) El culto de hiperdulía (de Cmép, sobre, y Sovteía, servidumbre) corresponde a la Virgen María *por su dignidad excelsa de madre de Dios que la coloca aparte y por encima* de todos los santos.

El Código canónico recoge todo esto en el siguiente canon:
"A la Santísima Trinidad, a cada una de sus personas, a nuestro Señor Jesucristo, aun bajo las especies sacramentales, se les debe el culto de latría;
***a la Bienaventurada Virgen María le es debido el de hiperdulía, y el de dulía a los demás que reinan con Cristo en el cielo. También a las sagradas reliquias e imágenes se les debe la veneración y culto relativo propio de la persona a quien las reliquias e imágenes se refieren"* (cn.1255).**

Vamos a exponer ahora la cuestión relativa a la adoración o culto de Jesucristo en forma de conclusiones.

Conclusión 1a La humanidad y la divinidad de Jesucristo se han de adorar con una sola y única adoración. (De fe.)

Rechazan lógicamente esta conclusión todos los herejes que niegan la divinidad de Jesucristo o la verdadera unión hipostática, o sea, los arrianos, nestorianos, racionalistas, etc.

Contra ellos, he aquí las pruebas de la doctrina católica:

a) LA SAGRADA ESCRITURA.

Según el Evangelio, Jesucristo aceptó siempre la adoración que le prestaban los hombres, incluso como a verdadero Dios,
y reclamó para Sí *una adoración igual a la que se le tributa al Padre.* Veamos algunos textos:

"¡Señor mío y Dios mío!".
"Los que estaban en la barca se postraron ante El, diciendo: Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios".
"¡Creo, Señor! Y se postró ante Él".
"Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre, que le envió".
"Para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos".

a) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

La Iglesia ha definido expresamente esta doctrina en el *Concilio II de Constantinopla*, quinto de los ecuménicos:
"Si alguno dice que Cristo es adorado en dos naturalezas, de donde se introducen dos adoraciones, una propia de Dios Verbo y otra propia del hombre; o si alguno, para destrucción de la carne o para confusión de la divinidad y de la humanidad, afirma una sola naturaleza o substancia de los que se juntan, y así adora a Cristo, pero no adora con una sola adoración al Dios Verbo encarnado con su propia carne, según desde el principio lo recibió la Iglesia de Dios, sea anatema".

Esta misma doctrina presentó San Cirilo al concilio de Éfeso en uno de sus famosos anatematismos, que hizo suyos posteriormente el concilio II de Constantinopla, que acabamos de citar.

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA., diciendo *que el honor, propiamente hablando, se tributa a la persona a quien honramos*. Si alguna vez besamos las manos o los pies de alguno en señal de reverencia, no significa esto que honremos las manos o los pies en sí mismos, sino en cuanto pertenecen a la persona a quien honramos: *en las partes honramos al todo*.

Ahora bien: en Cristo no hay más que una sola persona divina en dos naturalezas, y también una sola hipóstasis y un solo supuesto; luego por parte del sujeto honrado no habrá sino una sola adoración y un solo honor.

Sin embargo, pueden ser múltiples las causas por las que se le tributa ese único honor (v.gr., por su bondad, sabiduría, misericordia, etc.). En este sentido, o sea, *por parte de las causas que motivan la adoración, podemos hablar de varias adoraciones*; pero por parte de la persona a quien se dirigen, no se puede hablar más que de una sola y única adoración.

Conclusión 2ª. *La adoración que se debe a la humanidad de Cristo en cuanto unida a la persona divina del Verbo es adoración de rigurosa latría.* (De fe.)

Es un simple corolario de la conclusión anterior. Como la adoración se dirige a la persona, y en Cristo esta persona es

divina, síguese que se le debe adorar con la adoración propia de Dios, o sea, de rigurosa latría. En virtud de la unión hipostática, la humanidad de Cristo, en conjunto y en todas sus partes, pertenece a la persona divina del Verbo. Sus manos, sus pies, su corazón, etcétera *son realmente las manos, los pies, el corazón de Dios*, y deben, por lo mismo, ser adoradas con la misma adoración de latría con que se adora al mismo Dios.

Sin embargo, como advierte Santo Tomás, si por una ficción de la mente prescindiéramos en un momento dado de su unión con el Verbo y quisiéramos honrar a la humanidad de Cristo o alguna de sus partes por su propia excelencia creada, esta adoración no sería latréutica, sino de dulía (por dirigirse a una realidad creada), o más exactamente de hiperdulía. Con todo, *es peligrosa esta abstracción o ficción mental*, pues puede conducir a la *herejía* nestoriana de la *dualidad de personas*. Es mejor y más seguro adorar la humanidad de Cristo, y cualquiera de sus partes, con rigurosa adoración de latría, en cuanto unida hipostáticamente a la persona divina del Verbo.

Conclusión 3ª. A Jesucristo en la Eucaristía se le debe un culto de latría absoluto, no relativo. Porque está allí real y verdaderamente, aunque oculto bajo las especies sacramentales. (De fe.)

Que este culto ha de ser de latría, lo definió el concilio de Trento contra los protestantes:

"Si alguno dijere que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, Hijo de Dios unigénito, y que, por tanto, no se le debe venerar con peculiar celebración festiva ni llevarle solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no

debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adoradores son idólatras, sea anatema".

Claro que, si se abstrae con la mente a Jesucristo de las especies sacramentales que le contienen, habría que adorar a éstas únicamente con culto relativo de latría. Pero, de ordinario, el culto eucarístico recae sobre Cristo sacramentado, sin más, y, por lo mismo, ha de ser un culto absoluto de latría.

La Iglesia, sin embargo, para evitar abusos y extremos ridículos (como sería, v.gr., tributar culto a los cabellos de Cristo), no permite el culto público de cada una de las distintas partes de la humanidad de Jesucristo, sino únicamente las que se relacionan más directamente con su persona o con el misterio de la redención, tales como su divino *Corazón*, sus *llagas*, su preciosísima *sangre*, etc. Y así prohibió, como menos conformes a la piedad cristiana o menos oportunas, la devoción al alma de Cristo, a sus manos, etc.

Conclusión 4ª A las imágenes de Jesucristo, *materialmente consideradas*, no se les debe adoración alguna; pero, en cuanto representativas del mismo Cristo, se les debe tributar *un culto relativo de latría*. (Doctrina cierta y común.)

Es evidente que, materialmente consideradas, no se debe tributar culto alguno a las imágenes de Cristo o de los santos, puesto que se trata sencillamente de un trozo de madera, mármol, etc., o de un lienzo pintado. Más aún: el culto de las imágenes, practicado en este sentido, sería una verdadera idolatría y, por lo mismo, un pecado gravísimo.

Por lo cual se ve cuan gravemente yerran los que cifran o depositan toda su devoción en una imagen determinada (v.gr., el Cristo de tal cofradía o la Virgen de tal advocación) y nada quieren saber de cualquier otra, cuando no la rechazan positivamente como rival de la suya (!). Sólo la

ignorancia tremenda de que suelen adolecer estas pobres gentes puede servirles de alguna excusa ante Dios por su insensato proceder.
Pero, consideradas en cuanto imágenes, o sea, en cuanto representativas del mismo Cristo, se les debe tributar un verdadero culto de latría, *no absoluto (como el que tributaríamos a la humanidad misma de Cristo)*, sino relativo, o sea, en tanto en cuanto le *representan a Él* .

Con este culto relativo de latría deben adorarse las imágenes que *representan* a Cristo en cualquiera de sus misterios: Niño Jesús, Sagrado Corazón, Crucifijo, etc.

Conclusión 5ª. *A las reliquias de la misma cruz en que fue crucificado Jesucristo («Lignum crucis») se les debe culto relativo de latría por doble motivo: en cuanto representan al mismo Cristo, que murió en ella, y por el contacto que tuvieron con Él. A los demás crucifijos fabricados por los hombres se les debe únicamente en cuanto imágenes de Cristo.*

Es tan claro y evidente, que no necesita explicación alguna.

La misma adoración relativa de latría debe tributarse a las reliquias auténticas de la pasión de Cristo: clavos, espinas, vestido, lanza, etc., por el contacto que tuvieron con Él.
Sin embargo, como estas cosas no representan la imagen de Cristo, como lo representa la cruz, deben ser adoradas únicamente como reliquias, no como imágenes del propio Cristo. Por eso honramos cualquier reproducción de la cruz de Cristo y *no la reproducción de los clavos o de cualquier otro instrumento* de su pasión.

Conclusión 6ª *A las imágenes que representan a la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, se las debe un culto relativo de hiperdulía, y a las que representan a los santos, un culto relativo de dulía*. (Doctrina católica.)

***A la Santísima Virgen María y a los ángeles y santos, tal como están en el cielo, se les debe un culto absoluto*: de hiperdulía a la Virgen y de dulía a los ángeles y santos.**

Pero a las imágenes que les representan en la tierra se les debe un culto relativo, aunque de la misma categoría (hiperdulía o dulía) que les corresponde a ellos mismos.

Lo dice expresamente la Iglesia en el Código canónico:
"A la Bienaventurada Virgen María le es debido el culto de hiperdulía, y el de dulía a los demás que reinan con Cristo en el cielo. También a las sagradas reliquias e imágenes se les debe veneración y culto relativo propio de la persona a quien las reliquias e imágenes se refieren" *(cn.1255)*.

Esta doctrina no puede ser más clara y razonable teniendo en cuenta las explicaciones que hemos dado acerca del culto absoluto y relativo a la persona de Cristo y a las imágenes que le representan.

Conclusión 7ª. Las reliquias de los santos deben ser veneradas con culto relativo de dulía. (Doctrina católica.)

Lo preceptúa el Código canónico.

Se lee en San Agustín: "Si los vestidos y el anillo de los padres y otras cosas de esta índole son para los hijos tanto más queridos cuanto mayor fue su cariño por los padres, no deben despreciarse en modo alguno los cuerpos, que nos están unidos mucho más familiar e íntimamente que los vestidos que llevamos, puesto que forman parte de la

naturaleza del hombre. De donde se desprende que quien tiene afecto a otro, venera sus restos después de la muerte; y no sólo el cuerpo o alguna de sus partes, sino también los objetos exteriores que le pertenecieron, con o los vestidos y cosas parecidas. Luego es claro que debemos honrar a los santos de Dios, pues son miembros de Cristo, hijos y amigos de Dios e intercesores nuestros.

"Por tanto, debemos venerar dignamente, en su memoria, todo aquello que nos han dejado, y sobre todo sus cuerpos, que fueron templos y órganos del Espíritu Santo, que habitaba y obraba en ellos, y que se configurarán con el cuerpo de Cristo en su gloriosa resurrección. Por ello, el mismo Dios honra a estas reliquias de manera conveniente, obrando milagros por ellas".

Casi todos los modernos tratados teológicos *De Verbo incarnato* recogen en este lugar, muy oportunamente, la doctrina sobre la devoción y culto al Sacratísimo Corazón de Jesús. Esta devoción, tan entrañable, y este culto, tan legítimo desde cualquier punto de vista que se le considere, sufrieron rudos ataques en diferentes épocas de la historia, sobre todo por parte de los jansenistas; pero siempre fue bendecido y altamente recomendado por la santa Iglesia. En nuestros días, el *inmortal pontífice Pío XII* publicó sobre esta gran devoción *una maravillosa encíclica que lleva por título Haurietis aquas*. En ella zanjó definitivamente algunas cuestiones discutidas, precisó exactamente su verdadero sentido, puso de manifiesto su soberana excelencia y su perenne actualidad y dio a esta preciosísima devoción un impulso definitivo entre las más importantes y básicas del cristianismo.

Las principales conclusiones teológicas **que se derivan de la encíclica Haurietis aquas, de Pío XII, y de la Miserentissimus Redemptor, de su inmediato predecesor, Pío XI, son las siguientes tres:**

1ª El objeto final o terminativo del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es la persona del Verbo divino, a la cual está hipostáticamente unido. Por eso, el Corazón de Jesús ha de ser adorado con rigurosa adoración de latría.

Escuchemos a Pío XII:
"Es, por tanto, necesario, en este argumento tan importante como delicado, tener siempre presente que la verdad del simbolismo natural que relaciona el Corazón físico de Jesús con la persona del Verbo descansa toda ella la verdad primaria de la unión hipostática. Quien esto negase, renovaría errores condenados más de una vez por la Iglesia por ser contrarios a la unidad de la persona de Cristo en dos naturalezas íntegras y distintas".

El culto de latría, en efecto, no puede ofrecerse más que a una persona divina. Por esto, *la persona divina del Verbo encarnado ha de ser el objeto final* o terminativo sobre el que recaiga el *culto tributado a su Sacratísimo Corazón.*

2ª El objeto material próximo o inmediato es el Corazón físico de Jesús, en cuanto es la natural expresión del amor divino y humano del mismo Cristo.

El propio Cristo mostró su divino Corazón a Santa Margarita María de Alacoque al mismo tiempo que le decía: *"He aquí el*

Corazón que tanto ha amado a los hombres". **El Corazón físico como natural expresión de su inmenso amor: eso es el objeto material sobre el que recae inmediatamente el culto al Corazón de Jesús.**

"Nada, por tanto, prohíbe que adoremos el Corazón Sacratísimo de Jesucristo en cuanto es partícipe y símbolo natural y sumamente expresivo de aquel amor inexhausto en que arde el divino Redentor aun hoy para con los hombres".

Como es sabido, el corazón no es el órgano del amor espiritual (*procede de la voluntad racional*), ni siquiera del amor sensible (es una pasión del apetito sensitivo). Pero sobre el corazón físico repercute ordinariamente nuestra vida afectiva y sentimental. Esto basta para considerarlo como expresión natural del amor, según ha consagrado el uso y la costumbre universal de los hombres.

3ª El objeto formal, o sea, el motivo o principal razón del culto a Corazón de Jesús, es la divina excelencia de la persona del Verbo encarnado con especial consideración a su triple amor hacia nosotros: divino, humano-espiritual y humano-sensible,

Escuchemos a Pío XII exponiendo todo esto en diferentes pasajes de su encíclica:

«El motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del divino Redentor el culto de latría... es doble:

el primero, que es común también a los demás miembros adorables del cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de

que su Corazón, siendo una parte nobilísima de la naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la persona del Verbo de Dios, y, por lo tanto, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la persona del mismo Hijo de Dios encarnado. Se trata, pues, de una verdad de fe católica que fue solemnemente definida en el concilio ecuménico de Éfeso y en el II de Constantinopla.

El otro motivo pertenece de manera especial al Corazón del divino Redentor, y, por lo mismo, le confiere un título del todo propio para recibir el culto de latría. Proviene de que su Corazón, más que ningún otro miembro de su cuerpo, es el índice natural o el símbolo de su inmensa caridad hacia el género humano". "Y así, del elemento corpóreo, que es el Corazón de Jesucristo, y de su natural simbolismo, es legítimo y justo que, llevados por las alas de la fe, nos elevemos no sólo a la contemplación de su amor sensible, sino más alto, hasta la consideración y adoración de su excelentísimo amor infuso, y, finalmente, en un vuelo sublime y dulce al mismo tiempo, hasta ¡a meditación y adoración del amor divino del Verbo encarnado, ya que a la luz de la fe, por la cual creemos que en la persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina, podemos concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del Corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino. En realidad, estos amores no se deben considerar sencillamente como coexistentes en la persona adorable del Redentor divino, sino también como unidos entre sí con vínculo natural, en cuanto que al amor divino están subordinados el humano, espiritual y sensible, los cuales son una representación analógica de aquél".

4ª. El culto al Corazón de Jesús tiene por finalidad la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres.

Escuchemos de nuevo a Pío XII;
"Siendo esto así, fácilmente deducimos que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la naturaleza misma de las cosas, el culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, y, al mismo tiempo, el ejercicio del amor que nos lleva a Dios y a los otros hombres. O, dicho de otra manera, este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación; y tiene por fin la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres mediante el cumplimiento cada vez más generoso del «mandamiento nuevo", que el divino Maestro legó como sagrada herencia a sus apóstoles cuando les dijo: "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado".

5ª Los elementos esenciales del culto al Corazón de Jesús son los actos de amor y de reparación tributados al amor de Dios en desagravio de las ofensas que recibe de los hombres.

Lo pidió expresamente el mismo Cristo a su fiel confidente Santa Margarita María de Alacoque y lo han confirmado plenamente Pío XI y Pío XII. He aquí los textos:

Entonces, descubriéndome su divino Corazón (me dijo): *"He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para mostrarles su amor; y como agradecimiento no recibe de la*

mayor parte sino ingratitudes con sus irreverencias y sacrilegios y con las frialdades y desprecios que tienen para Él en el sacramento de su amor… Tú, a lo menos, dame esta satisfacción de suplir por sus ingratitudes todo cuanto tú seas capaz".

Pío XI: ***"En verdad, el espíritu de expiación y de reparación ha tenido siempre la parte primera y principal en el culto con que se honra al Corazón Sacratísimo de Jesús; y es, ciertamente, el que se armoniza mejor con el origen, la naturaleza, la eficacia y las prácticas propias de esta particular devoción, como ha sido confirmado por la historia y la práctica, por la sagrada liturgia y por las actas de los Sumos Pontífices".***

Pío XII: ***"Ha sido constante persuasión de la Iglesia, maestra de verdad para los hombres, desde cuando promulgó los primeros documentos oficiales relativos al culto del Corazón Sacratísimo de Jesús, que los elementos esenciales de él, es decir, los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios para con los hombres, lejos de estar contaminados de materialismo y de superstición, constituyen una forma de piedad en la que se actúa plenamente aquella religión espiritual y verdadera que anunció el Salvador mismo a la samaritana: "Ya llega tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad".***

6ª Por todo lo cual la veneración y culto del Corazón Sacratísimo de Jesús *constituye la más completa profesión de la religión cristiana.*

Lo dice expresamente Pío XII con esas mismas palabras: ***"Esta verdad fundamental (la unión hipostática) nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el Corazón de una persona divina, es decir, del Verbo encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que nos ha tenido y nos tiene aún.***

"Y aquí está la razón por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente, la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo afirmó: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí".

ARTICULO II
JESUCRISTO, MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

El título de Mediador expresa, en cierto modo, toda la obra salvífica realizada por el Verbo encarnado durante su vida terrestre, desde la encarnación hasta su ascensión a los cielos, sobre todo con su pasión y muerte santísima en la cruz.

Pero en este artículo nos vamos a fijar *únicamente en el significado del título de Mediador entre Dios y los hombres que corresponde plenamente a Jesucristo*. Para explicar con toda precisión y exactitud este nuevo título de nuestro Señor Jesucristo es preciso establecer algunos prenotandos[1] indispensables. Helos aquí

1° Concepto de mediación

Hablando en general y con relación a todos los casos posibles, se entiende por mediación una gestión realizada por una tercera persona con el fin de unir o reconciliar a otras dos personas enemistadas entre sí, o de llegar a un arreglo amistoso en un pleito que haya surgido entre las dos.

La persona que realiza esa gestión recibe el nombre de mediador (del griego ó ueo-í-rris).
La persona que realiza la mediación puede ser

- **física (v.gr., un hombre intercediendo por otro ante un tercero)**
- **moral (v.gr., una nación sirviendo de intermediaria entre otras dos naciones enemistadas).**

2^0 Clases de mediación

Puede establecerse una triple división, según se refiera al mediador, a la mediación misma o a sus efectos. Y así:

a) CON RELACIÓN AL MEDIADOR
b) CON RELACIÓN A LA MEDIACIÓN MISMA
c) CON RELACIÓN A SUS EFECTOS

Veamos cada una de ellas:

2^0 Clases de mediación

a) CON RELACIÓN AL MEDIADOR cabe distinguir una mediación ontológica, o de ser,

La primera es lo que corresponde a aquel ser que por su propia naturaleza *está colocado entre los dos extremos a los cuales va a reconciliar*, y que, por lo mismo, es aptísimo para realizar la mediación (v.gr., el hombre, situado por su propia naturaleza entre los ángeles y los animales, sería el mediador ontológico ideal para mediar entre ambos, si tal clase de mediación fuese posible entre ellos).

La segunda, o sea, la dinámica o de oficio, consiste en la *realización o ejercicio efectivo de la mediación*.

Más brevemente: La mediación ontológica consiste en la aptitud para realizar lo que la mediación dinámica realiza de hecho.

b) CON RELACIÓN A LA MEDIACIÓN MISMA, la mediación puede ser principal y secundaria.

Principal es la que realiza el mediador por su propia excelencia y propios méritos, sin relación o recurso a ninguna otra persona.

Secundaria es la que realiza un mediador que pone algo de su parte también, pero en estrecha y esencial dependencia de otro mediador más importante, que es el mediador principal.

Ya se comprende que, con relación a la salvación del género humano, el mediador principal es Cristo Redentor, y la mediadora secundaria la Virgen Corredentora.

c) **CON RELACIÓN A sus EFECTOS, la mediación puede ser triple: dispositiva, perfectiva y ministerial.**

La primera se limita a preparar la mediación;
la segunda, la realiza de hecho,
y la tercera, la aplica.

En nuestro caso,
***los profetas y patriarcas* del Antiguo Testamento *prepararon la redención* del mundo disponiendo al pueblo escogido a recibir al Mesías;**
Cristo, el verdadero Mesías, la realizó;
y *los sacerdotes, ministros de Cristo, aplican*, a través de los siglos, la redención del mismo Cristo, *sobre todo por medio de los sacramentos.*

3^{0} Cualidades del mediador

Las cualidades o condiciones que ha de reunir en sí el mediador son, principalmente, tres:

a) Ha de ocupar un término medio entre las personas sobre las que va a realizar su mediación, y, por lo mismo, ha de ser inferior a una de ellas y superior a la otra.

b) Ha de ser persona grata a la persona superior, para que ésta acepte con benevolencia su mediación.

c) Ha de ofrecer una satisfacción proporcionada a la ofensa que se ha de perdonar o a la deuda que se ha de saldar.

Condiciones que implica la mediación entre Dios y los hombres:

Trasladándonos ya al orden sobrenatural, la mediación entre Dios y los hombres <u>implica dos cosas fundamentales</u>:

- **Adquirirnos el perdón de Dios y la gracia santificante**
- **Aplicarnos esa misma gracia a cada uno de nosotros.**

Con estos prenotandos a la vista, la doctrina de Cristo Mediador no puede ser más sencilla, lógica y natural. Vamos a establecerla en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª *<u>Cristo en cuanto hombre es Mediador perfectísimo entre Dios y los hombres</u>*. (De fe divina, expresamente definida.)

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo dice San Pablo en multitud de ocasiones. Citamos algunos textos del todo claros y explícitos:

"Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos".

"Pero nuestro Pontífice (Cristo) ha recibido en suerte un ministerio tanto mejor cuanto Él es mediador de una más excelente alianza".

"Por esto es el mediador de una nueva alianza, a fin de que por su muerte, para redención de las transgresiones cometidas bajo la primera alianza, reciban los que han sido llamados las promesas de la herencia eterna".

"Vosotros os habéis allegado... al mediador de la nueva alianza, Jesús".

a) Los SANTOS PADRES. Lo afirman unánimemente. Escuchemos el siguiente hermoso testimonio de San Agustín:

"Entre la Trinidad *y la debilidad del hombre y su iniquidad* fue hecho mediador un hombre, no pecador, sino débil, para que por la parte que no era pecador te uniera a Dios y por la parte que era débil se acercara a ti; y así, para ser mediador entre el hombre y Dios, el Verbo se hizo carne, es decir, el Verbo fue hecho hombre".

c) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Esta verdad, *enseñada ya por el papa San León Magno* en su carta a Flaviano, fue expresamente proclamada por los concilios de Florencia y de Trento. He aquí los respectivos textos:

CONCILIO DE FLORENCIA: "Firmemente cree (la Iglesia), profesa y enseña que nadie concebido de hombre y de mujer fue jamás liberado del dominio del diablo sino por *merecimiento del que es mediador* entre Dios y los hombres, Jesucristo nuestro Señor".

CONCILIO DE TRENTO: "Si alguno afirma que este pecado de Adán, que es por su origen uno solo y, transmitido a todos por propagación, *no por imitación*, está como propio en cada uno, se quita por las fuerzas de la naturaleza humana o por otro remedio que por el mérito del solo mediador, nuestro Señor Jesucristo..., sea anatema".

a) LA RAZÓN TEOLÓGICA.

En Jesucristo-hombre se cumplen perfectísimamente todas y cada una de las condiciones que exige la mediación principal entre Dios y los hombres expuestas en los prenotandos. Luego Él es, efectivamente, el mediador principal entre Dios y los hombres.

Veamos, en efecto, cómo se cumplen en Él todas las condiciones:

1ª CON RELACIÓN AL MEDIADOR.

A *Él le corresponde la doble mediación, ortológica y dinámica*:

a) Ontológica, porque en virtud de su naturaleza humana está situado entre Dios y los hombres, ya que por su naturaleza humana es inferior al Padre (Jn 14,28) **y por la plenitud de su gracia es inmensamente superior a los hombres*.***

b) Dinámica, porque, por su muerte en la cruz, nos redimió de la esclavitud del demonio, *realizando de hecho la mediación entre Dios y los hombres.*

2ª CON RELACIÓN A LA *MEDIACIÓN MISMA*, Cristo es el mediador principal (no secundario), puesto que realizó la redención por sus propios méritos, sin relación o recurso a ninguna otra persona.

3ª CON RELACIÓN A *SUS EFECTOS*, su mediación no fue meramente dispositiva (como la de los justos del Antiguo

Testamento), sino perfectiva en el sentido pleno y absoluto de la palabra; fue Él quien realizó de hecho la mediación.

4ª CON RELACIÓN A LAS *CUALIDADES DEL MEDIADOR*. Cristo las cumple perfectísimamente todas. Porque:

a) Ocupa un *término medio entre Dios y los hombres*, en el sentido explicado.

b) Es *persona gratísima a Dios*, puesto que es el «Hijo muy amado, en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias» (cf. Mt 3,17)

c) *Ofreció una satisfacción proporcionada a la ofensa*, puesto que sus méritos y satisfacciones rebasan infinitamente la deuda contraída ante Dios por todo el género humano. Por eso dice San Pablo que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

5ª CON RELACIÓN A LAS *CONDICIONES QUE IMPLICA*. Cristo realizó perfectísimamente las dos, puesto que nos *adquirió la gracia, por su muerte en la cruz, y nos la aplica mediante los sacramentos y a través de su influjo vital* como miembros de su Cuerpo místico.

De manera que por todos los capítulos aparece del todo claro que Cristo es el gran Mediador universal entre Dios y los hombres.

Conclusión 2ª La mediación principal y universal de Cristo no impide que haya otros mediadores secundarios, dispositivos y ministeriales entre Dios y los hombres. (Completamente cierta en teología.)

A primera vista parece que esta conclusión es contraria a un texto clarísimo de San Pablo: "Uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús". Sin embargo, según la interpretación de la tradición cristiana y de la misma Iglesia, ese texto de San Pablo hay que interpretarlo de la mediación principal y propiamente dicha, o sea de la que se realiza por los méritos propios y satisfaciendo la totalidad de la deuda *en plan de rigurosa y estricta justicia*. En este sentido es claro que únicamente Jesucristo es el Mediador universal entre Dios y los hombres. Pero esto no es obstáculo para que haya otros mediadores secundarios;

- **no sólo en plan dispositivo (como los justos del Antiguo Testamento)**
- **y ministerial (los sacerdotes de la Nueva Ley, que *aplican la redención de Cristo a través*, principalmente, *de los sacramentos* por Él instituidos),**
- **sino incluso en el sentido perfectivo, aunque de una manera secundaria y esencialmente dependiente de la mediación principal de Jesucristo. *Esta última es la que pertenece a la Santísima Virgen María como Corredentora de la humanidad y Mediadora universal de todas las gracias*.**

APÉNDICE.—La mediación universal de María

Dada la palpitante actualidad de esta prerrogativa excelsa de la Santísima Virgen María, vamos a explicarla un poco más en forma de apéndice.

Ante todo hay que añadir a los prenotandos del artículo anterior tres principios fundamentales, nuevos, ya

concretamente mariológicos:
la Virgen María es Madre de Dios, es Madre nuestra y es la Corredentora de la humanidad.

a) **LA VIRGEN ES REAL Y VERDADERAMENTE MADRE DE DIOS. Lo definió el concilio de Éfeso contra Nestorio y es evidente por el hecho de que la Santísima Virgen es Madre de la persona de Cristo, y esa persona no es humana, sino divina.**

b) **LA VIRGEN ES MADRE NUESTRA *en el orden de la gracia*. Porque, siendo Madre física de Cristo, Cabeza del Cuerpo místico, tiene que serlo también mística o espiritualmente de todos los miembros vivos de ese Cuerpo místico. Y, además, porque nos con-mereció la gracia, vida del alma, en su calidad de Corredentora.**

c) **LA VIRGEN ES LA CORREDENTORA DE LA HUMANIDAD, en cuanto que fue asociada por Dios a la obra redentora de Cristo, o sea, al fin mismo de la encarnación, en su calidad de nueva Eva asociada al nuevo Adán. El pecado de Adán, con la complicidad y cooperación de Eva, perdió al mundo entero, y la sangre de Jesucristo, con la cooperación de los dolores inefables de María al pie de la cruz, realizó la redención del mundo.**

Mediación y corredención son dos conceptos distintos, pero absolutamente inseparables.
María Santísima es Mediadora porque es Corredentora, y es *Distribuidora de todas las gracias porque es Mediadora y Corredentora.*

Teniendo en cuenta estos principios y combinándolos con las condiciones que requiere la mediación entre Dios y los hombres, aparece clarísima la mediación universal secundaria de la Santísima Virgen María.

He aquí, efectivamente, cómo *se cumplen en Ella todas las condiciones que requiere esa clase de mediación:*

Lo afirman, en forma más o menos clara, gran número de Santos Padres y lo enseñan abierta y claramente los últimos Sumos Pontífices, principalmente Pío IX (Bula Ineffabilis Deus); **+León XIII** (DM 329 412 463 471)**. San Pío X** (DM 48a 489)**, Benedicto XV** (DM 556)**, Pio XI** (DM 575 608 647) **y Pío XII** (DM 713 902)**,**

1° CON RELACIÓN AL MEDIADOR. En María se cumplen, en grado proporcional y con entera dependencia de Cristo, las dos clases de mediación:

a) *Ortológica*, puesto que, por su maternidad divina, está colocada ontológicamente entre Dios y los hombres: inferior a Dios, pero muy superior a los hombres.

b) *Dinámica*, puesto que realizó de hecho, asociada a Cristo Redentor, la corredención del mundo.

2^{0} CON RELACIÓN A LA MEDIACIÓN MISMA no realizó Ella la mediación principal (que corresponde exclusivamente a Cristo), pero sí la secundaria, puesto que asoció sus dolores a la sangre de Cristo, contribuyendo secundaria y proporcionalmente a la redención del mundo.

3^{0} CON RELACIÓN A SUS EFECTOS, la Santísima Virgen realizó la triple mediación:

a) Dispositiva antes de la encarnación, *adelantándola con sus oraciones*—como afirman gran número de Santos Padres—y alimentando y *cuidando después, durante los treinta años de Nazaret*, a la divina Víctima, que en lo alto de la cruz había de salvar a la humanidad.

b) Perfectiva al pie de la cruz, porque—como ya hemos dicho—con sus dolores inefables y con sus lágrimas de Corredentora realizó la mediación universal de una manera secundaria y esencialmente dependiente de la mediación principal de Cristo.

c) Ministerial, en cuanto que, por divina disposición, aplica y distribuye a cada uno de nosotros todas y cada una de las gracias que recibimos de Dios.

4^{0} CON RELACIÓN A LAS CUALIDADES DEL MEDIADOR, María las realiza admirablemente todas. Porque:

a) Ocupa un término medio entre Dios y los hombres por su divina maternidad.

b) Es gratísima a Dios, puesto que es nada menos que la Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

c) Ofreció una satisfacción proporcionada a la ofensa, no en plan de estricta y rigurosa justicia (que corresponde exclusivamente a Cristo en virtud de su personalidad divina), pero sí en plan proporcional, mereciéndonos con

mérito proporcional de condignidad lo mismo que Cristo nos mereció con mérito de rigurosa y estricta justicia.

5º CON RELACIÓN A LAS CONDICIONES QUE IMPLICA, María, asociada a Cristo, nos conquistó la gracia (en el sentido explicado) y nos la aplica a cada uno de nosotros en su calidad de Distribuidora de todas las gracias.

Se cumplen, pues, en María perfectísimamente todas las condiciones requeridas para ser la Mediadora universal de la humanidad.
La misma Iglesia ha otorgado repetidas veces este nuevo título a la Santísima Virgen María en forma secundaria y esencialmente dependiente de la mediación principal de Cristo Redentor.

Toda esta doctrina está recogida, en sus líneas fundamentales, en el siguiente precioso texto de Pío XII en su encíclica Haurietis aquas:

"Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la redención humana, la Santísima Virgen María estuviera inseparablemente unida con Jesucristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron consociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pueblo cristiano, que de Jesucristo, por medio de María, ha recibido la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación".

En cuanto a la objeción de los que creen que la corredención mariana y su mediación universal empaña o disminuye la dignidad de Jesucristo como único Mediador y Redentor universal de los hombres según el texto de San Pablo (1Tim 2,5)**, hay que responder que no solamente no es así, sino que, por el contrario, la exalta y dignifica todavía más. Escuchemos a un teólogo contemporáneo resolviendo esa dificultad:**

"Una de las causas, acaso la principal, por la cual muchos no admiten la corredención mariana objetiva es porque piensan que con eso queda disminuida la dignidad de Jesucristo como único mediador y redentor de los hombres (1 Tim 2,5)**. Y no hay nada de eso, porque todo lo que tiene María, la gracia, la santidad con todas sus prerrogativas extraordinarias, incluso la maternidad divina y su ser de corredentora, es recibido de Jesucristo. Y así como la bondad de Dios no se disminuye porque la comunique a las criaturas, antes, por el contrario, extrínsecamente se acrecienta, así el ser redentor de Jesucristo con la corredención mariana. Los actos corredentivos de María son más de Jesucristo que de su Madre santísima; porque suya, y recibida de Él, es la gracia por medio de la cual merece y satisface por nosotros en unión de su Hijo. Lo único que con esto se hace patente es la suprema bondad de Jesucristo para con su Madre al hacerla participante de la dignidad altísima de corredentora del género humano, para lo cual previamente la dispuso preservándola del pecado original y enriqueciéndola con el tesoro inmenso de sus gracias y privilegios".**

LIBRO II

Los misterios de la vida de Cristo

"Y habitó entre nosotros" (Jn 1,14).

Terminada la exposición teológica del misterio de la encarnación considerado en sí mismo y en sus principales consecuencias con relación a Cristo, al Padre y a nosotros mismos, vamos a abordar ahora la exposición de los misterios de la vida de Cristo según el plan de la Suma Teológica de Santo Tomás anunciado al frente de esta obra.

Como podremos apreciar en el cuadro sinóptico que vamos de remitirle, el Doctor Angélico distribuye los misterios de la vida de Cristo en cuatro secciones, que se refieren

- **a su entrada en el mundo,**
- **a su permanencia en él,**
- **a su salida del mismo**
- **y a su exaltación gloriosa en el cielo.**

Cada una de esas secciones las subdividiremos en nuestro estudio en capítulos y artículos, según lo exija la extensión o importancia de la materia.

En todo este segundo libro acentuaremos la proyección práctica de la doctrina. En realidad, los grandes problemas cristológicos son los que hemos examinado en el libro anterior, único que suelen comentar los profesores de teología en las universidades y seminarios eclesiásticos. Pero la exposición de los misterios de la vida de Cristo es de un interés extraordinario para fomentar nuestra piedad, incrementando en nuestras almas el amor a la persona

adorable de Jesucristo, que tanto hizo y padeció por nosotros, e impulsándonos a la imitación de sus virtudes inefables.

SECCIÓN I

Los misterios de la vida de Cristo en su entrada en el mundo

El Doctor Angélico dedica a esta primera sección trece grandes cuestiones con sus correspondientes artículos. Las distribuye, con admirable orden, en cuatro capítulos, que corresponden a

1. ***la Concepción***
2. ***Nacimiento***
3. ***Circuncisión***
4. ***y Bautismo de Cristo***

Entre el tercero y el cuarto de estos capítulos añadiremos nosotros otro especial, dedicado a estudiar brevemente los misterios de la vida oculta de Jesucristo.

CAPITULO I
La concepción de Cristo

El primer capítulo, como acabamos de decir, está dedicado al *estudio teológico de la concepción de Cristo por obra del Espíritu Santo en las entrañas virginales de María*.

Por eso comienza Santo Tomás hablando de la Virgen Madre de Dios antes de hablar de la concepción del mismo Cristo.

Exponemos a continuación, en forma esquemática, las cuestiones correspondientes a este primer capítulo, que muestran el camino que vamos a recorrer en los tres artículos que lo integran.

1.° La Madre de Cristo

- **Concepción inmaculada.**
- **Virginidad.**
- **Desposorios.**
- **Anunciación.**

2.° La concepción de Cristo.

- **Ascendencia y genealogía de Cristo.**
- **Papel de María en la concepción de Cristo.**
- **Papel del Espíritu Santo.**
- **Modo y orden de la concepción.**

3.º La perfección de Cristo antes de nacer.

ARTICULO I
LA MADRE DE CRISTO

Al comenzar a tratar de los misterios de la vida del Verbo encarnado, nada más natural que dedicar un recuerdo a su Madre santísima. Así lo hace Santo Tomás, como acabamos de ver en el cuadro esquemático correspondiente a este capítulo.

Cuatro son las cuestiones fundamentales que vamos a examinar en este primer artículo, a saber:

- **la concepción inmaculada de María**
- **su virginidad perpetua,**

- **sus desposorios con el patriarca San José**
- **y la anunciación del ángel en Nazaret**

1. La concepción inmaculada de María

Para ambientar todo cuanto vamos a decir en torno a la Santísima Virgen María, es conveniente recordar la grandeza inmarcesible a que la eleva su maternidad divina.

Todos los títulos y grandezas de María arrancan del hecho colosal de su maternidad divina. *María es inmaculada, llena de gracia, Corredentora de la humanidad; subió en cuerpo y alma al cielo para ser allí la Reina de cielos y tierra y la Mediadora universal de todas las gracias, etc., etc., porque es la Madre de Dios.*

La maternidad divina la coloca a tal altura, tan por encima de todas las criaturas, que Santo Tomás de Aquino, tan sobrio y discreto en sus apreciaciones, no duda en calificar su dignidad de en cierto modo infinita.

Y su gran comentarista, el cardenal Cayetano, dice que María, por su maternidad divina, alcanza los límites de la divinidad.

Entre todas las criaturas, es María, sin duda ninguna, la que tiene mayor "afinidad con Dios".

María, en virtud de su maternidad divina, entra a formar parte del orden hipostático, es un elemento indispensable—en la actual economía de la divina Providencia—para la encarnación del Verbo y la redención de] género humano.

Ahora bien: como dicen los teólogos, *el orden hipostático supera inmensamente al de la gracia y la gloria*, como este último supera inmensamente al de la naturaleza humana y angélica y aun a cualquier otra naturaleza creada o creable.

La maternidad divina está por encima de la filiación adoptiva de la gracia, ya que la gracia no establece más que un parentesco espiritual y místico con Dios, mientras que la maternidad divina de María establece un parentesco de naturaleza, una relación de consanguinidad con Jesucristo, y una, por decirlo así, especie de afinidad con toda la Santísima Trinidad. La maternidad divina, que termina en la persona increada del Verbo hecho carne, *supera, pues, por su fin, de una manera infinita, a la gracia y la gloria de todos los elegidos y a la plenitud de gracia y de gloria recibida por la misma Virgen María*.

Y, con mayor razón, supera a todas las gracias *gratis dadas* o carismas, como son la profecía, el conocimiento de los secretos de los corazones, el don de milagros o de lenguas, etc., porque todos son inferiores a la gracia santificante, como enseña Santo Tomás.

De este hecho colosal—María Madre del Dios redentor—arranca el llamado principio del consorcio, en virtud del cual Jesucristo asoció íntimamente a su divina Madre a toda su misión redentora y santificadora. Por eso, todo lo que Él nos mereció con mérito de rigurosa justicia—de condigno *ex toto rigore iustitiae*—, nos lo mereció también María, *aunque con distinta clase de mérito.*

Nada debe sorprendernos ni extrañarnos las gracias y privilegios de María, por grandes y extraordinarios que sean.

El primero de los cuales, en el orden cronológico, es el privilegio singularísimo de su concepción inmaculada y de la plenitud de gracia con que fue enriquecida su alma en el primer instante de su ser natural.

A continuación, como de costumbre, expondremos la doctrina católica en forma de conclusiones:

Conclusión 1ª Por gracia y privilegio singularísimo de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Redentor, *la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción.* (De fe divina, expresamente definida.)

He aquí las pruebas de este sublime dogma de fe:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. No hay en ella ningún texto explícito sobre este misterio, pero sí algunas insinuaciones que, elaboradas por la tradición cristiana y puestas del todo en claro por el magisterio infalible de la Iglesia, ofrecen algún fundamento escriturístico para la definición del dogma. Son, principalmente, las siguientes:

Dijo Dios a la serpiente en el paraíso: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza".
"Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo".
" ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!".

"Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es santo".

Si no bastasen estos textos para probar por sí mismos el privilegio de la concepción inmaculada de María, la bula *Ineffabilis Deus*, por la que Pío IX definió el dogma de la Inmaculada, los cita como remota alusión escriturística al singular privilegio de María.

b) **Los SANTOS PADRES.** Estos eximios varones, **representantes auténticos de la tradición cristiana**, fueron elaborando poco a poco la doctrina de la concepción inmaculada de María, que no siempre brilló en la Iglesia con la misma claridad. ***En la historia y evolución de este dogma pueden distinguirse los siguientes principales períodos***:

1) **PERÍODO DE CREENCIA IMPLÍCITA Y TRANQUILA.** Se extiende ***hasta el concilio de Éfeso (año 431).*** Los Santos Padres **aplican a María** los calificativos de **santa, inocente, purísima, intacta, incorrupta, inmaculada, etc.** En esta época sobresalen en sus alabanzas a María **San Justino, San Ireneo, San Efrén, San Ambrosio y San Agustín.**

2) **PERÍODO INICIAL DE LA PROCLAMACIÓN EXPLÍCITA.** Se extiende ***hasta el siglo XI.*** **La fiesta de la Inmaculada comienza a celebrarse** en algunas iglesias de **Oriente desde el siglo VIII**, en **otras desde el IX** y **en Inglaterra desde el XI**. *Después se propaga a España, Francia y Alemania.*

3) **PERÍODO DE LAS GRANDES CONTROVERSIAS *(s.XII-XIV).*** Nada menos que **San Bernardo, San Anselmo y**

grandes teólogos escolásticos del ***siglo XIII y siguientes***, entre los que se encuentran **Alejandro de Hales, San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás(1), Enrique de Gante y Egidio Romano**, negaron o pusieron en duda el privilegio de María por *no hallar la manera de armonizarlo con el dogma de la Redención universal de Cristo, que no admite una sola excepción entre los nacidos de mujer*. **A pesar de su piedad mariana, intensísima en la mayor parte de ellos, tropezaron con ese obstáculo dogmático, que no supieron resolver,** y, muy a pesar suyo, negaron o pusieron en duda el singular privilegio de María. Sin duda alguna, todos ellos lo hubieran proclamado alborozadamente si hubieran sabido resolver ese aparente conflicto en la forma clarísima con que se resolvió después.

(1) Sobre el pensamiento de Santo Tomás en torno a la Inmaculada Concepción hablaremos enseguida en una nota.

4) **PERÍODO DE REACCIÓN Y DE TRIUNFO DEL PRIVILEGIO *(S.XIV-XIX).* Iniciado por Guillermo de Ware y por Escoto**, **se abre un período de reacción contra la doctrina que negaba o ponía en duda el privilegio de María, hasta ponerla del todo en claro y armonizarla perfectamente con el dogma de la Redención universal de Cristo**. Con algunas alternativas, la doctrina inmaculista se va imponiendo cada vez más, **hasta su proclamación dogmática por Pío IX el 8 de diciembre de 1854.**

C)EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

He aquí el texto emocionante de la declaración dogmática de Pío IX

"Después de ofrecer sin interrupción a Dios Padre, por medio de su Hijo, con humildad y penitencia, nuestras privadas oraciones y las súplicas de la Iglesia, para que se dignase dirigir y afianzar nuestra mente con la virtud del Espíritu Santo, implorado el auxilio de toda la corte celestial e invocado con gemidos el Espíritu Paráclito e inspirándonoslo Él mismo: Para honor de la santa e individua Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la cristiana religión, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra propia, declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por gracia y privilegio singular de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original, ha sido revelada por Dios y, por tanto, debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles. Por lo cual, si algunos—lo que Dios no permita—presumieren sentir en RU corazón de modo distinto a como por Nos ha sido definido, sepan y tengan por cierto que están condenados por su propio juicio, que han naufragado en la fe y que se han separado de la unidad de la Iglesia" **(D 1641).**

La palabra del Vicario de Cristo, dirigida por el Espíritu Santo, pronunciado el oráculo infalible: *Roma locuta est, causa finita est.*

d) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Siglos enteros necesitó la pobre razón humana para hallar el modo de concordar la concepción inmaculada de María con el dogma de la Redención universal de Cristo, que afecta a todos los descendientes de Adán, sin excepción alguna para nadie,

ni siquiera para la Madre de Dios. Pero, por fin, se hizo la luz, y la armonía entre los dos dogmas apareció con claridad deslumbradora.

***De dos maneras, en efecto, se puede redimir a un cautivo*: pagando el precio de su rescate para sacarlo del cautiverio en el que ya ha incurrido (redención liberativa) o pagándolo anticipadamente, impidiéndole con ello caer en el cautiverio (redención preventiva). Esta última es una verdadera y propia redención, más auténtica y profunda todavía que la primera, y ésta es la que se aplicó a la Santísima Virgen María.**

Dios omnipotente, previendo desde toda la eternidad los méritos infinitos de Jesucristo Redentor rescatando al género humano con su sangre preciosísima, derramada en la cruz, aceptó anticipadamente el precio de ese rescate y lo aplicó a la Virgen María en forma de redención preventiva, impidiéndola contraer el pecado original, que, como criatura humana descendiente de Adán por vía de generación natural, *debía contraer y hubiese contraído de hecho sin ese privilegio preservativo*. Con lo cual la Virgen María recibió de lleno la redención de Cristo—más que ningún otro redimido—y fue, a la vez, concebida en gracia, sin la menor sombra del pecado original.

Este es el argumento teológico fundamental, recogido en el texto de la declaración dogmática de Pío IX.

El pueblo cristiano, que no sabe teología, pero tiene el instinto de la fe, que proviene del mismo Espíritu Santo, y le hace presentir la verdad aunque no sepa demostrarla, hacía muchos siglos que aceptaba alborozadamente la doctrina de la concepción inmaculada de María y se tapaba los oídos cuando los teólogos ponían objeciones y dificultades a la misma. Por eso aplaudía con entusiasmo y repetía jubiloso los argumentos de conveniencia, que, si no satisfacían del todo a los teólogos, llenaban por completo el corazón y la piedad de los fieles.

Tales eran, por ejemplo, el llamado argumento de Escoto: *potuit, decuit, ergo fecit* (Dios pudo hacer inmaculada a su Madre; era conveniente que la hiciera; luego la hizo), y otros muchos del tenor siguiente:

a) ¿La Reina de los ángeles bajo la tiranía del demonio vencido por ellos?
b) ¿Mediadora de la reconciliación y enemiga de Dios un solo instante?
c) Eva, que nos perdió, fue creada en gracia y justicia original, y María, que nos salvó, ¿fue concebida en pecado?
d) ¿La sangre de Jesús brotando de un manantial manchado? e) ¿La Madre de Dios esclava de Satanás?

Todos estos argumentos de conveniencia eran del dominio popular siglos antes de la definición del dogma de la Inmaculada. Pero el argumento teológico fundamental es el de la redención preventiva, que hemos expuesto hace un momento. *Si lo hubieran vislumbrado los teólogos medievales que pusieron en tela de juicio el singular privilegio de María*, ni uno solo de ellos se hubiera opuesto a una doctrina tan gloriosa para María y tan en consonancia con el instinto sobrenatural de todo corazón cristiano.

Nota sobre el pensamiento de Santo Tomás en torno a la concepción inmaculada de María.

Como hemos indicado más arriba, el Príncipe de la teología católica, Santo Tomás de Aquino, figura en la lista de los que negaron el privilegio de María por no saberlo armonizar

con el dogma de la redención universal de Cristo. Quizá Dios lo permitió así para recordar al mundo entero que en materia de fe y de costumbres la luz definitiva no la pueden dar los teólogos—aunque se trate del más grande de todos ellos—, sino que ha de venir de la Iglesia de Cristo, asistida directamente por el Espíritu Santo con el carisma maravilloso de la infalibilidad.

Con todo, *el error de Santo Tomás es más aparente que real*. Por de pronto, *la Inmaculada que él rechazó—una Inmaculada no redimida—, no es la Inmaculada definida por la Iglesia.* La bula de Pío IX definió una Inmaculada redimida, que hubiera sido aceptada inmediatamente por el Doctor Angélico si hubiera vislumbrado esta solución. El fallo de Santo Tomás está en no haber encontrado esta salida; pero la Inmaculada no redimida que él rechazó hay que seguir rechazándola todavía, hoy más que entonces, a causa precisamente de la definición de la Iglesia.

Aparte de esto, Santo Tomás fluctuó toda su vida en torno a la solución de este problema. Por una parte, su corazón tiernamente enamorado de la Virgen le empujaba instintivamente a proclamar el privilegio mariano. Por otra, su enorme sinceridad intelectual le impedía aceptar una doctrina que no veía la manera de armonizarla con un dogma de fe expresamente contenido en la divina revelación ni con la práctica de la Iglesia romana, que no celebraba en aquella época la fiesta de la Inmaculada, aunque la *toleraba* en otras iglesias. Por eso, cuando se deja llevar del impulso de su corazón, parece proclamar el privilegio de María[9]. *Pero, cuando se abandona al frío razonamiento de la*

especulación científica, **se siente coartado a manifestar lo contrario[10].**

Lo último que escribió sobre este asunto, poco antes de morir, fueron las siguientes palabras en su bellísimo comentario al *Ave María*[11]:

"La Santísima Virgen María fue purísima en cuanto a la culpa, porque no incurrió ni en el pecado original, ni en el mortal, ni en el venial".

(9) He aquí un texto de Santo Tomás del todo claro y explícito en favor de la Inmaculada Concepción de María:
"La pureza se entiende por oposición a su contraria; por lo mismo, puede encontrarse alguna cosa creada tan pura que no pueda haber otra más pura entre las cosas creadas, si no sido manchada por el contagio del pecado; y tal fue la pureza de la Santísima Virgen, que fue inmune del pecado original y del actual" (In I Sent. dist.44 q.I a.3 ad 3).
(10) Tal ocurre en la Suma Teológica (III 27,1-2).
(11) Cf. Expositio super salutationem angelicam. Este comentario, ciertamente auténtico, de Santo Tomás —como ha demostrado el P. Mandonet —, lo escribió el Doctor Angélico «I Il11.1l ili! su vida, en abril de 1273. Santo Tomás murió el 7 de marzo de 1274, a los cuarenta y nueve años de e (dad cf. J. F. Rossi, G. M., en Divus Thomas [Pl.] [1931] p.445-479).

El que desee una información más amplia sobre el pensamiento de Santo Tomás en torno a la Inmaculada Concepción de María, leerá con provecho el hermoso trabajo del Padre Norberto del Prado *"Ineffabilis Deu"*» (Friburgo 1919), o su anticipo español: *"Santo Tomás y la Inmaculada Concepción"* (Vergara 1910).

Conclusión 2ª La Santísima Virgen María fue enteramente libre del «fomes peccati», o sea, de la inclinación al pecado, desde el primer instante de su concepción inmaculada. (Completamente cierta.)

La razón teológica no puede ser más clara y sencilla. El fomes o inclinación al pecado es una consecuencia del pecado original, que inficionó a todo el género humano. Pero como la Virgen María fue enteramente preservada del pecado original, síguele que estuvo enteramente exenta del fomes, que es su consecuencia natural.

Y no se diga que también el dolor y la muerte son consecuencias del pecado original, y, sin embargo, María

sufrió dolores inmensos y pasó por la muerte corporal como su divino Hijo. Porque el caso del dolor y de la muerte es muy distinto del fomes o inclinación al pecado. El pecado supone un desorden moral, al menos inicial, en la propia naturaleza humana. El dolor y la muerte, en cambio, no afectan para nada al orden moral, y, por otra parte, era conveniente—y en cierto modo necesario—que la Virgen pasara por ellos con el fin de conquistar el título de Corredentora de la humanidad al unir sus dolores y su muerte a los de su divino Hijo, el Redentor del mundo. Por eso fue enteramente exenta de la inclinación al pecado, pero no del dolor y de la muerte. Otro tanto ocurrió con la persona adorable de Jesucristo, como vimos en su lugar correspondiente.

Conclusión 3ª La Santísima Virgen María fue, por especial privilegio de Dios, enteramente inmune durante toda su vida de todo pecado actual, incluso levísimo. (De fe divina expresamente definida.)

He aquí la definición expresa del Concilio de Trento:
"Si alguno dijese que el hombre, una vez justificado, no puede pecar en adelante ni perder la gracia y, por tanto, el que cae y peca no fue nunca verdaderamente justificado; o, al contrario, que puede evitar durante toda su vida todos los pecados, aun los veniales, si no es por especial privilegio de Dios, como de la bienaventurada Virgen lo enseña la Iglesia, sea anatema" (D 833)**.**

El Doctor Angélico expone hermosamente la razón teológica de este privilegio de María en la siguiente forma:

"A los que Dios elige para una misión determinada, les prepara y dispone de suerte que la desempeñen idónea y convenientemente, según aquello de San Pablo: «Nos hizo Dios ministros idóneos de la nueva alianza" *(2 Cor 3,6)*. ***Ahora bien: la Santísima Virgen María fue elegida por Dios para ser Madre del Verbo encarnado, y no puede dudarse de que la hizo por su gracia perfectamente idónea para semejante altísima misión. Pero no sería idónea Madre de Dios si alguna vez hubiera pecado, aunque fuera levemente, y ello por tres razones:***

a) Porque el honor de los padres redunda en los hijos, según se dice en los Proverbios: "Gloria de los hijos son sus padres"; luego, por contraste y oposición, la ignominia de la Madre hubiera redundado en el Hijo.

b) Por su especialísima afinidad con Cristo, que de ella recibió la carne.

a) **Porque el Hijo de Dios, que es la Sabiduría divina, habitó de un modo singular en el alma de María y en sus mismas entrañas virginales.**
   En el libro de la Sabiduría se nos dice: "En el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado".

Hay que concluir, por consiguiente, de una manera absoluta, que la bienaventurada Virgen no cometió jamás ningún pecado, ni mortal ni venial, para que en ella se cumpla lo que se lee en el Cantar de los Cantares: "Toda hermosa eres, amada mía, y no hay en ti mancha ninguna".

Conclusión 4ª La Santísima Virgen María no sólo no pecó jamás de hecho, sino que fue confirmada en gracia desde el primer instante de su inmaculada concepción y era, por consiguiente, impecable. (Completamente cierta en teología.)

Pueden distinguirse tres clases de impecabilidad: metafísica, física y moral, según que el *pecado sea metafísica, física o moralmente imposible*.
a) LA IMPECABILIDAD METAFÍSICA O ABSOLUTA es propia y exclusiva de Dios. En efecto, metafísicamente repugna que Dios pueda pecar, ya que es él la santidad infinita y principio supremo de toda santidad. Esta misma impecabilidad corresponde a Cristo Hombre en virtud de la unión hipostática, ya que las acciones de su humanidad santísima se atribuyen a la persona del Verbo, y, por lo mismo, si la naturaleza humana de Cristo pecase, haría pecador al Verbo, lo qué es metafísicamente imposible.

a) **LA IMPECABILIDAD FÍSICA, llamada también INTRÍNSECA, es la que corresponde a los ángeles y a los bienaventurados, que gozan de la visión beatífica. *La divina visión llena de tal manera el entendimiento* del bienaventurado, y *la divina bondad atrae de tal modo al corazón*, que no queda a la primera ningún resquicio por donde pueda infiltrarse un error, ni a la segunda la posibilidad del menor apetito desordenado.**

   Ahora bien: todo pecado supone necesariamente un error en el entendimiento (considerando como bien real lo que sólo es un bien aparente) y un apetito desordenado en la voluntad (prefiriendo un bien efímero

y creado al Bien infinito e increado). Luego los ángeles y bienaventurados son física e intrínsecamente impecables.

c) **LA IMPECABILIDAD MORAL**, llamada también **EXTRÍNSECA**, coincide con la llamada ***confirmación en gracia***, en virtud de la cual, ***Dios, por un privilegio especial, asiste y sostiene a una determinada alma en el estado de gracia***, impidiéndole caer de hecho en el pecado, pero conservando el alma, radicalmente, la posibilidad del pecado si Dios suspendiera su acción impeditiva. Esta última es la que tuvo la Santísima Virgen María durante los años de su vida terrestre. En virtud de un privilegio especial, exigido moralmente por su inmaculada concepción y, sobre todo, por su futura maternidad divina, Dios confirmó en gracia a la Santísima Virgen María desde el instante mismo de su purísima concepción. Esta confirmación no la hacía intrínsecamente impecable como a los bienaventurados—se requiere para ello, como hemos dicho, la visión beatífica—, pero sí extrínsecamente, o sea, en virtud de esa asistencia especial de Dios, que no le faltó un solo instante de su vida. Tal es la sentencia común y ***completamente cierta en teología.***

Por estas mismas razones hay que decir que la Santísima Virgen María no cometió jamás la menor imperfección moral. Siempre fue fidelísima a las inspiraciones del Espíritu Santo, y practicó siempre la virtud con la mayor intensidad que en cada caso podía dar de sí y por puro amor de Dios, o sea, con las disposiciones más perfectas con que puede practicarse la virtud.

Conclusión 5ª La Santísima Virgen María en el primer instante de su concepción inmaculada fue enriquecida con una plenitud inmensa de gracia, superior a la de todos los ángeles y bienaventurados juntos. (Completamente cierta.)

Que la Santísima Virgen María fue concebida en gracia, es de fe divina implícitamente definida por Pío IX al definir la preservación del pecado original, puesto que una cosa supone necesariamente la otra. Es el aspecto positivo de la inmaculada concepción de María, mucho más sublime todavía que la mera preservación del pecado original, que es su aspecto negativo. Pero que la gracia inicial de María fuera mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados juntos, no es doctrina definida, pero sí completamente cierta en teología. He aquí las pruebas:
a) LA SAGRADA ESCRITURA. En la Sagrada Escritura se insinúa esta doctrina, aunque no se revela expresamente. En efecto, el ángel de Nazaret se dirige a María con estas palabras:
"Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo".
No hay razón alguna para circunscribir esa llenez o plenitud de gracia al tiempo de la anunciación y no antes. Habiendo sido concebida en gracia, lo más natural es que tuviera esa plenitud desde el primer instante de su concepción. Eso mismo parece insinuar el verbo *es*: no *fue ni será*, sino simplemente es, sin determinar especialmente ningún tiempo. Y que esa plenitud fuera mayor que la de los ángeles y santos, lo veremos muy claro en el argumento de razón teológica.

a) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La bula Ineffabilis Deus, por la que Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, comienza con el siguiente párrafo:**

"El inefable Dios, cuya conducta es misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotente y cuya sabiduría alcanza de límite a límite con fortaleza y dispone suavemente todas las cosas, *habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano*, que había de provenir de la transgresión de Adán, y *habiendo decretado, con plan misterioso escondido desde la eternidad, llevar a cabo la primitiva obra de su misericordia*, con plan todavía más secreto, por medio de la encarnación del Verbo, para que no pereciese el hombre, impulsado a la culpa por la astucia de la diabólica maldad, y para que lo que iba a caer en el primer Adán fuese restaurado más felizmente en el segundo, eligió y señaló, desde el principio y antes de los tiempos, una Madre, para que su unigénito Hijo, hecho carne de ella, naciese en la dichosa plenitud de los tiempos; y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola ella se complació con señaladísima benevolencia. Por lo cual tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que ella, *libre siempre absolutamente de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta*, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que *no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios*".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. El Doctor Angélico señala la razón teológica en la siguiente forma:

"En todo orden de cosas, cuanto uno se allega más al principio de ese orden, más participa los efectos de ese principio (v.gr., el que más cerca está del fuego, más se calienta).

De donde infiere Dionisio que los ángeles, por estar más cercanos a Dios, participan más de las perfecciones divinas que los hombres.

Ahora bien: Cristo es el principio de la gracia: por la divinidad, como verdadero autor; por la humanidad, como instrumento. Y así se lee en San Juan: *"La gracia y la verdad vino por Jesucristo".* Pero la bienaventurada Virgen María estuvo cercanísima a Cristo según la humanidad, puesto que de ella recibió Cristo la naturaleza humana. Por tanto, debió obtener de Él una plenitud de gracia superior a la de los demás".

Todavía añade Santo Tomás otra razón profunda:

"Dios da a cada uno la gracia según la misión para que es elegido. Y porque Cristo, en cuanto hombre, fue predestinado y elegido *"para ser Hijo ele Dios, poderoso para santificar"*, tuvo como propia suya tal plenitud de gracia, que redundase en todos los demás, según lo que dice San Juan: "*De su plenitud todos nosotros hemos recibido"* .

Mas la bienaventurada Virgen María tuvo tanta plenitud de gracia, que por ella estuviese cercanísima al autor de la gracia, hasta el punto de recibirlo en sí misma y, al darle a luz, comunicara, en cierto modo, la gracia a todos los demás".

En razón de esta cercanía a Cristo, no importa que en el primer instante de su concepción no estuviese la Santísima Virgen unida a Cristo por la encarnación del mismo en sus entrañas virginales; porque, como dice muy bien Suárez, *«basta haber tenido orden y destino para ella por divina predestinación»*. Esta plenitud de gracia que recibió María en el instante mismo de su concepción fue tan inmensa,

que, según la sentencia hoy común entre los mariólogos, la plenitud inicial de la gracia de María fue mayor que la gracia consumada de todos los ángeles y bienaventurados juntos. Lo cual no debe sorprender a nadie, porque, como explica San Lorenzo Justiniano, el Verbo divino amó a la Santísima Virgen María, en el instante mismo de su concepción, más que a todos los ángeles y santos juntos; y como la gracia responde al amor de Dios y es efecto del mismo, a la Virgen se le infundió la gracia con una plenitud inmensa, incomparablemente mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados juntos.

La plenitud de la gracia de María, con ser inmensa, no era una plenitud absoluta, como la de Cristo, *sino relativa y proporcionada a su dignidad* de Madre de Dios.

La Virgen fue creciendo continuamente en gracia con todos y cada uno de los actos de su vida terrena —incluso, probablemente, durante el sueño, en virtud de la ciencia infusa, que no dejaba de funcionar un solo instante— hasta alcanzar al fin de su vida una plenitud inmensa, que rebasa todos los cálculos de la pobre imaginación humana. *Dios ensanchaba continuamente la capacidad receptora* del alma de María, de suerte que estaba siempre llena de gracia y, al mismo tiempo, crecía continuamente en ella. Siempre llena y siempre creciendo: tal fue la maravilla de la gracia santificante en el corazón inmaculado de la Madre de Dios.

Santo Tomás habla de una triple plenitud de gracia en María.

Una dispositiva, por la cual se hizo idónea para ser Madre de Cristo, y ésta fue la plenitud inicial que recibió en el instante mismo de su primera santificación.

Otra perfectiva, en el momento mismo de verificarse la encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, momento en el que recibió María un aumento inmenso de gracia santificante.

Y otra, final o consumativa, que es la plenitud que posee en la gloria para toda la eternidad.

La plenitud de la gracia de María lleva consigo, naturalmente, *la plenitud de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, así como también de las gracias carismáticas* que eran convenientes a la dignidad excelsa de la Madre de Dios, tales como *la ciencia infusa, el don de profecía, etc.*

Nótese, finalmente, que la concepción inmaculada de María y su plenitud de gracia en el momento mismo de su concepción es privilegio exclusivo de María.

La santificación en el seno materno *pero* después de *concebidos en pecado*—puede afectar también a otros, como nos dice la Escritura de Jeremías y Juan el Bautista. Estos, según Santo Tomás, fueron santificados y confirmados en gracia antes de nacer, pero sólo con relación al pecado mortal, no al venial.

2. La virginidad perpetua de María

La segunda cuestión que hemos de examinar con relación a María, la Madre de Jesús, es la de su perpetua virginidad.

Como veremos en seguida, es dogma de fe que la Madre de Dios fue perpetuamente virgen, o sea, antes del nacimiento de Jesús, en el nacimiento y después del nacimiento.

***Santo Tomás divide esta cuestión en cuatro artículos*, dedicados, respectivamente, a los tres aspectos de la virginidad de María (*antes*, *en* y *después* del nacimiento de Jesús) *y al voto* con que ratificó su propósito de conservarse virgen durante toda su vida.**

Vamos a exponer esta sublime doctrina mariana en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª La Santísima Virgen María concibió milagrosamente a Jesús por obra y gracia del Espíritu Santo, *conservando intacta su perfecta virginidad*. (De fe divina, expresamente definida.)

Como es sabido, la virginidad consiste en la perfecta integridad de la carne. En la mujer supone la conservación intacta de la membrana llamada himen.

Hay que notar que en la integridad de la carne pueden distinguirse tres momentos:

a) Su mera existencia sin propósito especial de conservarla (v.gr., en los niños pequeños).

b) Su pérdida material inculpable (v.gr., por una operación quirúrgica, por violenta opresión no consentida, etc.).

c) El propósito firme e inquebrantable de conservarla siempre por motivos sobrenaturales.

***Lo primero no es ni deja de ser virtud*: está al margen de ella, pues es algo puramente natural, no voluntario.**
***Lo segundo es una pérdida puramente material*, perfectamente compatible con lo formal**
***La virtud, que consiste en lo tercero*. Esta última es la propia de la Santísima Virgen María.**

Esto supuesto, he aquí las pruebas de la conclusión:

a) LA SAGRADA ESCRITURA.

La virginidad de María en la concepción del Mesías fue vaticinada por el profeta Isaías ocho siglos antes de que se verificase:

***"He aquí que concebirá una virgen y dará a luz un hijo, cuyo nombre será Emmanuel"*.**

Que esa virgen es María y ese Emmanuel es Cristo, lo dice expresamente el evangelio de San Mateo:
"Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor habla anunciado por el profeta, que dice: "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, cuyo nombre será Emmanuel", que quiere decir "Dios con nosotros".

El mismo San Mateo nos dice expresamente que la Santísima Virgen <u>concibió del Espíritu Santo sin intervención alguna de su esposo San José</u>:
"La concepción de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo".

Con ello se cumplía también el hermoso vaticinio de Ezequiel que la tradición cristiana ha interpretado siempre de la perpetua virginidad de María:
"Esta puerta ha de estar cerrada. No se abrirá ni entrará por ella hombre alguno, porque ha entrado por ella Yahvé, Dios de Israel".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. En el Símbolo de los apóstoles figura expresamente este dogma de fe: Y nació de Santa María Virgen.

En el concilio de Letrán, del año 649 de nuestra era, se definió el siguiente canon:
"Si alguno no confiesa, de conformidad con los Santos Padres, que la santa Madre de Dios y siempre virgen e inmaculada María, propiamente y según la verdad, concibió del Espíritu Santo, sin cooperación viril, al mismo Verbo de Dios, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo indisoluble su virginidad incluso después del parto, sea condenado".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. <u>Oigamos al Doctor Angélico</u> exponiendo hermosamente los argumentos de altísima conveniencia que descubre la razón teológica:

"*Absolutamente hemos de confesar que la Madre de Cristo concibió virginalmente.* Lo contrario fue la herejía de los ebionitas y de Cerinto, que enseñaban ser Cristo un puro hombre que fue concebido como todos los demás.

La conveniencia de la concepción virginal de Cristo es manifiesta por <u>cuatro motivos</u>:

1) POR LA DIGNIDAD DE SU PADRE CELESTIAL, que le envió al mundo. Siendo Cristo verdadero y natural Hijo de Dios, no fue conveniente que tuviera otro padre fuera de Dios, para que la dignidad de Dios Padre no se comunicara a otro.

2) POR LA PROPIA DIGNIDAD DEL HIJO, que es el Verbo de Dios. El verbo mental es concebido sin ninguna corrupción del corazón; aún más, la corrupción del corazón impide la concepción de un verbo perfecto. Pero, como la carne humana fue tomada por el Verbo para hacerla suya, fue conveniente que fuera concebida sin corrupción alguna de la madre.

3) POR LA DIGNIDAD DE LA HUMANIDAD DE CRISTO, que venía a quitar los pecados del mundo. Era conveniente que su concepción nada tuviera que ver con la concupiscencia de la carne, que proviene del pecado.

4) POR EL FIN DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO, ordenada a que los hombres renaciesen hijos de Dios, "no por voluntad de la carne ni por la voluntad del varón, sino de Dios", esto es, por la virtud del mismo Dios, cuyo ejemplar debió aparecer en la misma concepción de Cristo".

Conclusión 2ª La Santísima Virgen María permaneció virgen intacta en el nacimiento de su divino Hijo Jesús y después de él durante toda su vida. (De fe divina expresamente definida.)

Hemos recogido en la conclusión anterior el testimonio de la Sagrada Escritura y la definición dogmática de la Iglesia en el concilio de Letrán. La virginidad perpetua de María consta también por las declaraciones de los papas San Siricio, San León III y Paulo IV.
Hay otros muchos testimonios de la Iglesia en los que se habla de María "siempre virgen".

La razón teológica encuentra argumentos de altísima conveniencia. Por de pronto no hay dificultad alguna en que una mujer pueda milagrosamente dar a luz sin perder su virginidad. En la concepción y nacimiento de Cristo todo fue milagroso y sobrenatural. Hermosamente explica el gran teólogo Contenson de qué manera pudo realizarse esta maravilla:

"Así como la luz del sol baña el cristal sin romperlo y con impalpable sutileza atraviesa su solidez y no lo rompe cuando entra, ni cuando sale lo destruye, así el Verbo de Dios, esplendor del Padre, entró en la virginal morada y de allí salió, cerrado el claustro virginal; porque la pureza de María es un espejo limpísimo, que ni se rompe por el reflejo de la luz ni es herido por sus rayos".

Por su parte, el Doctor Angélico expone las razones por las que la Santísima Virgen debió conservar perpetuamente su virginidad y la conservó de hecho. He aquí sus palabras:

"Sin duda de ninguna clase hemos de rechazar el error de Elvidio, que se atrevió a decir que la Madre de Cristo, después de su nacimiento, había convivido con San José y tenido otros hijos de él. Esto no puede admitirse de ninguna manera, por cuatro razones principales:

1) PORQUE SERÍA OFENSIVO PARA CRISTO, que por la naturaleza divina es el Hijo unigénito y absolutamente perfecto del Padre.
Convenía, por lo mismo, que fuese también hijo unigénito de su madre, como fruto perfectísimo.

2) PORQUE SERÍA OFENSIVO PARA EL ESPÍRITU SANTO, cuyo sagrario fue el seno virginal de María, en el que formó la carne de Cristo, y no era decente que fuese profanado por ningún varón.
3) PORQUE OFENDERÍA LA DIGNIDAD Y SANTIDAD DE LA MADRE DE DIOS, que resultaría ingratísima si no se contentara con tal Hijo y consintiera en perder por el concúbito su virginidad, que tan milagrosamente le había sido conservada.

4) AL MISMO SAN JOSÉ, finalmente, habría que imputar una gravísima temeridad si hubiera intentado manchar a aquella de quien había sabido por la revelación del ángel que había concebido a Dios por obra del Espíritu Santo.

De manera que absolutamente hemos de afirmar que la Madre de Dios, así como concibió y dio a luz a Jesús siendo virgen, así también permaneció siempre virgen después del parto".

Estas razones, en efecto, son tan claras y evidentes, que bastarían para darnos la plena seguridad de la perpetua virginidad de María *aunque no hubiera sido definida expresamente por la Iglesia*.

Para mayor abundamiento, vamos a resolver las dificultades que plantean ciertas expresiones del Evangelio que no parecen armonizarse con la perpetua virginidad de María.

DIFICULTAD. Dice San Mateo: *"Antes que conviviesen (María y José) se halló haber concebido María del Espíritu Santo".* La expresión *«antes que conviviesen»* parece sugerir que convivieron después.
RESPUESTA. Según muchos intérpretes, San Mateo no se refiere a la convivencia marital, sino tan sólo a la convivencia en una misma casa, ya que la Virgen estaba únicamente desposada con San José (cf. Mt 1,18), *pero no se había celebrado todavía el matrimonio propiamente dicho.*

En todo caso, como dice San Jerónimo, de esa expresión no se sigue necesariamente que después convivieran, pues la *Escritura se limita a decir qué es lo que no había sucedido* antes de la concepción de Cristo.

DIFICULTAD. Dice el propio San Mateo: "No la conoció (José a María) hasta que dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús". La expresión *"hasta que" parece significar* otra vez

que después del nacimiento de Jesús la conoció maritalmente.

RESPUESTA. Esa expresión "hasta que" tiene el mismo sentido que el "antes que» de la dificultad anterior.

San Mateo en ese lugar se propone mostrar que Cristo fue concebido no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, sin decir nada de lo que siguió a su nacimiento siguió, ya que *su intención no era narrar la vida de María*, sino el modo milagroso con que Cristo entró en el mundo. Nada más.

DIFICULTAD. San Lucas escribe en su evangelio: *"Y dio a luz a su hijo primogénito*, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón".
La expresión "hijo primogénito" parece sugerir que después tuvo María otros hijos.

RESPUESTA. *Es estilo de las Sagradas Escrituras llamar primogénito no sólo a aquel que es seguido de otros hermanos,* sino al que es el primero en nacer, aunque sea hijo único.

Por eso dice San Jerónimo: "Todo unigénito es también primogénito, aunque no todo primogénito sea unigénito. Primogénito no es sólo aquel después del cual hay otros, sino también aquel después del cual no hay ninguno".

DIFICULTAD. En la Sagrada Escritura se nos habla varias veces de los hermanos y hermanas de Jesús (cf. Mt 13,55-56; Le

8,19; lo 2,12; Act 1,14; 1 Cor 9,5)**. *Luego María tuvo otros hijos además de Jesús.***

RESPUESTA. Es muy frecuente en la Sagrada Escritura usar los nombres hermano y hermana en sentido muy amplio, para designar cualquier especie de parentesco.

Así Lot, que era *hijo de un hermano de Abraham* (Gen 12,s)**, *es llamado hermano* de este patriarca** *(Gen 13,8)*;
***Jacob es llamado hermano de Labán*, que en realidad era *tío* suyo** (Gen 29,15)**;**
la mujer esposa es llamada hermana del esposo (Cant 4,9)**;**
igual nombre reciben *los hombres de la misma tribu* (2 Sam 19,12-13) ***o del mismo pueblo*** (Ex 2,11)**, etc., etc.,**
y en el Nuevo Testamento es muy frecuente llamar *hermanos a todos los que creen en Cristo*.
Los llamados hermanos y hermanas del Señor no eran hijos de María, cuya perpetua virginidad está fuera de toda duda. Tampoco es creíble que fueran hijos de San José habidos en otro matrimonio anterior, pues la tradición cristiana atribuye a San José una castidad perfectísima e incluso una pureza virginal, por la que mereció ser escogido por Dios para esposo y custodio de la pureza inmaculada de María.

Lo más probable es que esos hermanos y hermanas del Señor fueran primos suyos, por ser hijos de algún pariente de María o de algún hermano de San José.

Conclusión 3ª *La Santísima Virgen María ratificó con un voto su propósito de conservarse virgen perpetuamente.*
(Sentencia más probable y común.)

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA.

Lo insinúa claramente en las palabras que dirigió María al ángel de la anunciación:
"¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?"

Esas palabras, como dice San Agustín y toda la tradición cristiana, no tendrían sentido si la Virgen no hubiera tomado la determinación de mantenerse siempre virgen, toda vez que estaba desposada ya con San José.

Precisamente por su propósito de perpetua virginidad* pregunta al ángel de qué manera se verificaría el misterio de la encarnación que acaba de anunciarle. *María no duda, no pone condiciones*: simplemente pregunta qué es lo que tiene que hacer *teniendo en cuenta su propósito de virginidad perfecta.

Claro que de aquí no se sigue que la Virgen hubiera ratificado con un voto este propósito de perpetua virginidad. Pero lo descubre sin esfuerzo la razón teológica, como vamos a ver.

b) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Santo Tomás expone el fácil argumento de razón:

"Las obras de perfección son más laudables si se hacen en virtud de un voto. Pero, como en la Madre de Dios debió resplandecer la virginidad en su forma más perfecta, fue muy conveniente que su virginidad estuviera consagrada a Dios con voto".

Acerca de este voto de María hay que notar lo siguiente:

1° No fue un voto absoluto, sino condicionado a la voluntad de Dios.

Escuchemos a Santo Tomás:
"*Como parecía contrario a la Ley divina no procurar dejar descendencia sobre la tierra*, por eso la Madre de Dios no hizo el voto absoluto, sino condicionado, si a Dios placía. *Mas luego que conoció que era a Dios agradable, hizo el voto absoluto, y esto antes de la anunciación del ángel*"
Por eso, *si el ángel le hubiese manifestado de parte de Dios que el modo de la concepción de Cristo había de ser el normal en un matrimonio, la Virgen hubiera acatado esta divina voluntad pronunciando su sublime «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*».

Es cierto que algunos Santos Padres opinaron que María hubiera renunciado a la divina maternidad si con ello hubiese tenido que sufrir quebranto su virginidad. Pero otros muchos lo niegan rotundamente, y esta opinión parece mucho más razonable. Porque, en primer lugar, nada se puede poner por encima de la voluntad de Dios, que es adorable en sí misma, y, en segundo lugar, ello hubiera implicado un gran error en María al estimar en más su propia virginidad que la maternidad divina—que vale infinitamente más—, y hasta una gran falta de caridad para con nosotros al preferir su virginidad a la redención de todo el género humano.

No es creíble ninguna de las dos cosas en la Santísima Virgen, cuya alma, iluminadísima por el Espíritu Santo, sabía distinguir perfectamente lo mejor, y cuyo corazón ardía en el más puro amor a Dios y a los hombres que se ha albergado jamás en ningún corazón humano. La divina Providencia supo arreglar las cosas de manera tan maravillosa y sublime, que la Santísima Virgen pudo ser Madre de Dios sin perder el tesoro de su perpetua virginidad.

2º Este voto lo hizo, probablemente, de acuerdo con San José y juntamente con él.

Santo Tomás expone la razón en la siguiente forma :

"En la antigua ley era preciso que, así los hombres como las mujeres, *atendiesen a la generación, pues el culto divino se propagaba por ella, hasta que Cristo naciese de aquel pueblo*. No es, pues, creíble que la Madre de Dios hubiera hecho un voto absoluto de virginidad antes de desposarse con San José; porque, aunque lo deseara, se encomendaba sobre ello a la voluntad divina. Mas, *una vez que recibió esposo, según lo exigían las costumbres de aquel tiempo*, junto con el esposo hizo voto de virginidad".

3. Los desposorios de la Virgen María

Dos cosas vamos a examinar en este apartado siguiendo las huellas del Angélico:

a) **si era conveniente que Cristo naciese de una virgen desposada;**
b) **y si entre María y José hubo verdadero matrimonio.**

Conclusión 1ª Fue convenientísimo que Cristo naciera de una virgen desposada. (Doctrina cierta y común.)

Que la Virgen estaba desposada con San José al tiempo de la concepción y nacimiento de Cristo, lo dice expresamente el Evangelio:

***"La concepción de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José…» (Mt 1,18). «Fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María"*.**

Santo Tomás razona admirablemente esta suma conveniencia por un triple capítulo:

1. **Por parte de Cristo,**
2. **De María**
3. **De nosotros**

Resumamos sus razones:

1. **FUE CONVENIENTÍSIMO POR PARTE DE CRISTO:**

a) Para que no fuese desechado por los infieles como ilegítimo.

b) Para que, según el uso de entonces, pudieran redactar la genealogía por el varón.

c) Para custodia y defensa del Niño contra las asechanzas del demonio.

d) Para que fuese alimentado por José, su padre nutricio.

2. FUE CONVENIENTÍSIMO POR PARTE DE MARÍA:

a) Para que no la apedreasen los judíos como adúltera.

b) Para que quedara libre de toda infamia o sospecha.

c) Para que San José cuidase de ella.

3. FUE CONVENIENTÍSIMO POR RELACIÓN A NOSOTROS:

a) Para comprobar, por el testimonio de José, que Cristo era nacido de madre virgen.

b) Para reforzar el testimonio de la Virgen Madre afirmando su virginidad.

c) Para quitar toda excusa a las doncellas que por su poca cautela no evitan su infamia, impidiéndolas alegar que también la Virgen había sido infamada.

d) Para significar a toda la Iglesia que, siendo virgen, está desposada con Cristo.

e) Para honrar en la persona de María la virginidad y el matrimonio, contra los herejes que censuran una u otro.

A la dificultad de que los desposorios se ordenan a la unión conyugal y que, por tanto, la Virgen María, que tenía hecho voto de virginidad, no debía haberse desposado con José, responde hermosamente Santo Tomás:

"De la Bienaventurada Virgen Madre de Dios hemos de creer que por un instinto del Espíritu Santo, que le era tan familiar, quiso desposarse, confiando del auxilio divino que no llegaría nunca a perder su virginidad. Esto, sin embargo,]o

***subordinaba a la voluntad divina. De manera que nunca padeció detrimento su virginidad”*.**

Conclusión 2ª Entre María y José hubo verdadero y legítimo matrimonio. (Doctrina cierta y común.)

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo dice claramente el Evangelio al hablar de María y José como verdaderos esposos.

He aquí algunos textos:.

"Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo” (Mt 1,16)**.**

“José, su esposo, siendo justo…” (Mt 1,19)**.**

“José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo” (Mt 1,20)**.**

“José subió de Galilea… para empadronarse con María, su esposa… (Lc 2,4-5)**.**

La expresión esposo, esposa, no se emplea para designar a unos simples desposados, sino a verdaderos y perfectos esposos.

b) LA RAZÓN TEOLÓGICA. La razón para dudarlo es porque el fin primario del matrimonio es la generación y educación de los hijos. Como María se desposó con José sin intención de tener hijos, con el consentimiento del mismo José, parece que no hubo entre ellos verdadero y propio matrimonio.

Y, sin embargo, hay que afirmar que sí lo hubo. Porque la validez del contrato matrimonial depende del mutuo consentimiento de los cónyuges en concederse el derecho a los actos relativos a la generación de los hijos, *aunque se propongan, de común acuerdo, no usar jamás de ese derecho que mutuamente se conceden.*

La exclusión del derecho haría inválido el matrimonio, pero no el propósito de no usar de ese derecho. Tal fue el caso de María y José. Sin duda alguna, por inspiración del Espíritu Santo—que tan profundamente actuó en todo este misterio—, la Santísima Virgen sabía muy bien que nada debía temer contra su virginidad contrayendo verdadero matrimonio con el castísimo José. Quizá ellos dos mismos se pusieron de acuerdo previamente, compartiendo los mismos sentimientos virginales.

En todo caso, como explica Santo Tomás, se salvó la esencia del matrimonio en cuanto *que se estableció entre ellos un verdadero vínculo conyugal por el derecho radical a los actos matrimoniales, por la unión de los corazones, por la educación de la prole milagrosamente nacida y por la mutua fidelidad que se guardaron inviolablemente los esposos.*

Naturalmente, el matrimonio de María y José fue verdadero y legítimo matrimonio como contrato natural. *Pero no fue sacramento, pues todavía no había sido elevado ese contrato natural a la categoría de sacramento, cosa que realizó posteriormente Cristo Nuestro Señor.*

4. La anunciación de la Virgen María

Desde el punto de vista teológico interesa averiguar, en torno a la anunciación de María, cuatro cosas principales:

a) Si fue conveniente que se le anunciase el misterio que en ella iba a realizarse.

b) Si el anuncio debió ser hecho por un ángel.

c) Si debía aparecerse el ángel en forma corporal.

d) Si debió hacerse en la forma y orden con que se hizo.
La contestación a las cuatro preguntas es afirmativa, como vamos a ver en la siguiente conclusión.

Conclusión. Fue convenientísimo que se anunciase a María el misterio de la encarnación que en ella iba a realizarse, y que este anuncio lo hiciera un ángel apareciéndose en forma corporal y del modo y orden con que de hecho se hizo. (Completamente cierta y común.)
El argumento sacado de la Sagrada Escritura es indudable. Dios lodo lo hace bien y del modo más oportuno y conveniente. Luego la forma en que de hecho se verificó la anunciación de María es, sin duda alguna, convenientísima y la mejor de todas

Examinemos en particular las distintas partes de la conclusión:

1ª *Fue convenientísimo que se anunciase a María el misterio de la encarnación que en ella iba a realizarse*.

Cuatro son las razones que señala Santo Tomás:

a) **Para que se guardase el debido orden en la unión del Hijo de Dios con Su Madre, informándola en la mente antes de concebirlo en la carne.**

Por eso dice San Agustín: *"Más dichosa fue María en recibir la fe de Cristo que en concebir la carne de Cristo".*
Y también: *"Nada aprovecharía a María la maternidad si no llevase a Cristo en el corazón más felizmente que en la carne"*

b) Para que *pudiera ser testigo más seguro* de este misterio después de ser informada sobre él de parte de Dios.

c) Para que *fuese voluntaria la ofrenda* de sus servicios a Dios cuando dijo con prontitud: «He aquí la esclava del Señor».

d) Para *poner de manifiesto el matrimonio espiritual contraído por el Hijo de Dios con la naturaleza humana*. Para ello, en la anunciación se pidió el consentimiento de la Virgen en nombre de toda la naturaleza humana.

2ª Fue convenientísimo que este anuncio lo hiciera un ángel.

He aquí las principales razones:

a) Para guardar el orden establecido por Dios, según el cual las cosas divinas se comunican a los hombres por mediación de los ángeles.

b) Para que, *así como la perdición del género humano comenzó por la intervención del ángel malo* en forma de serpiente, comenzase la redención del mismo por el ministerio de un ángel bueno.

c) Por la virginidad y pureza inmaculada de la Madre de Cristo, ya que por ella se parece el hombre a los ángeles.

Corolario. Por la incomparable grandeza del misterio que anunció, es muy probable que el arcángel San Gabriel sea el mayor de todos los arcángeles. Su nombre corresponde a su misión, pues Gabriel significa «fortaleza de Dios», y venía a anunciar al Señor de los ejércitos, que acabaría con el poder de los demonios.

3ª Fue convenientísimo que el ángel se apareciera en forma corporal.

Como es sabido, los ángeles son espíritus puros sin forma material alguna. Pero convenía que el ángel de la anunciación apareciera en forma corporal por las siguientes razones:

a) Porque venía a anunciar la encarnación del Verbo, o sea, la aparición del Dios invisible en forma humana y corporal.

b) Para robustecer no sólo la mente de María con el anuncio del misterio, sino también sus ojos corporales con la visión angélica.

c) Para mayor solemnidad de la visión, dada la grandeza del misterio.

Santo Tomás advierte que *la visión intelectual hubiera sido más perfecta*; pero no permite el estado del hombre viador que vea al ángel en su esencia. Aparte de que la Bienaventurada Virgen no sólo percibió la visión corporal, sino que recibió también iluminación intelectual. De esta manera su aparición fue más perfecta.

4ª Fue convenientísimo que la anunciación se realizase del modo y orden con que se realizó.

***Tres eran*—dice Santo Tomás al explicar este punto, los *propósitos del ángel* acerca de la Virgen:**

a) Llamar su atención sobre un misterio tan grande. Esto lo hizo saludándola con una forma de salutación nueva y desacostumbrada: "*Ave, llena de gracia, el Señor es contigo*".

b) Instruirla sobre el misterio de la encarnación que en ella se debía cumplir. Y esto lo hizo

- **prediciendo la concepción y alumbramiento: *"He aquí que concebirás y darás a luz..."*;**
- **mostrando la dignidad de su hijo: "Será grande y llamado Hijo del Altísimo..."**;
- **y revelando el modo de la concepción: "Él Espíritu Santo descenderá sobre ti"**

b) **Inducir el ánimo de la Virgen al consentimiento. Y esto lo hizo poniéndole delante el ejemplo de Israel y recordándole la divina omnipotencia.**

ARTICULO II
LA CONCEPCIÓN DE CRISTO

Después del artículo dedicado a la Madre de Cristo, vamos a ver ahora de qué manera fue concebido el mismo Cristo en el seno virginal de María.

Cuatro son los puntos fundamentales que es preciso examinar:

- **la ascendencia y genealogía de Jesucristo,**
- **el papel de María en la concepción de su divino hijo,**
- **el papel del Espíritu Santo**
- **y el modo y orden de la concepción.**

1. Ascendencia y genealogía de Jesucristo

El evangelista San Juan, *simbolizado por un águila real que remonta siempre su vuelo a las grandes alturas*, comienza su evangelio presentando al Verbo divino tal como subsiste desde toda la eternidad en el seno del Padre y haciéndose hombre por el misterio inefable de la encarnación.

Los evangelistas sinópticos—sobre todo San Mateo y San Lucas, que nos dan la genealogía humana de Jesucristo—tienen particular empeño en presentar a Cristo como el Mesías anunciado por los profetas. En Él tuvieron pleno cumplimiento las promesas mesiánicas hechas por el mismo

Dios en el paraíso terrenal a nuestros primeros padres, Adán y Eva, y ratificadas después al patriarca Abraham y a su descendencia, que había de ser tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Veamos, pues, brevemente, la ascendencia y genealogía humana de Jesucristo:

Conclusión 1ª Jesucristo, en cuanto hombre, procede verdaderamente del linaje de Adán a través de Abraham, de Jacob y de David. Por eso en el Evangelio se le llama con frecuencia «hijo de David». (Doctrina cierta y común.)

Esta conclusión consta expresamente en numerosos textos de la Sagrada Escritura. Santo Tomás expone brevemente la razón en las siguientes palabras:

"*Cristo tomó la naturaleza humana para purificarla de la corrupción del pecado. Pero no necesitaba de esta purificación sino en cuanto estaba inficionada por el origen viciado que traía de Adán. Luego fue preciso que Cristo tomara su carne de una materia derivada de Adán, a fin de curar por este medio la naturaleza humana".*
"Cristo se dice especialmente hijo de dos de los antiguos patriarcas, Abraham y David, porque a ellos fue hecha especialmente la promesa del Mesías y porque Cristo había de ser sacerdote y profeta, como Abraham, y rey, como David".

A la dificultad de que, si la carne de Cristo procediera de Adán, se seguiría que también El estaría originalmente en Adán y habría contraído el pecado original,

responde Santo Tomás:

"El cuerpo de Cristo estuvo en Adán según su substancia corporal, puesto que la materia corporal del mismo provenía de Adán; pero no estuvo en Adán por razón del semen viril, que es el elemento transmisor del pecado original, puesto que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo sin intervención alguna de varón".

Y en otro lugar:
"Cristo no tomó la carne del género humano sujeta al pecado, sino limpia de toda infección de pecado. Y así nada manchado cayó en la sabiduría de Dios".

Conclusión 2ª San Mateo nos da la genealogía descendente de Jesús a partir del patriarca Abraham; San Lucas, la ascendente, que se remonta hasta Adán. Y una y otra coinciden en mostrar el cumplimiento de las promesas mesiánicas en la persona de Cristo. (Doctrina cierta y común.)

Como es sabido, la genealogía de Cristo expuesta por San *Mateo difiere en varios puntos de la que expone San Lucas*. Como no es posible admitir error alguno en ninguno de los dos—dada la absoluta inerrancia de la Sagrada Escritura, inspirada directamente por el Espíritu Santo—, se han esforzado los teólogos y exegetas en buscar una explicación satisfactoria para armonizarlas entre sí. Escuchemos a un especialista en la materia:

"A diferencia de la genealogía de San Mateo, que es descendente, la de San Lucas es ascendente, y asciende,

siguiendo la historia sagrada, hasta Adán y hasta Dios. Pero no es ésta la más notable diferencia entre ambos evangelistas. Esta se halla en que no concuerdan desde José hasta David, *no sólo en el número de personas*, lo que tendría poca o ninguna importancia (no es necesario enumerar exhaustivamente todas las generaciones), sino en tos nombres. Sólo cinco coinciden: Jesús, José, Salatiel, Zorobabel y David.

Desde antiguo se buscó la solución de esta dificultad. Vamos a estudiarla:

Ya en el siglo 111 Julio Africano propuso que la diferencia procedía del levirato.
Para procurar la conservación de las familias disponía el Deuteronomio que, cuando uno falleciese sin descendencia, un próximo pariente tomase la viuda por mujer, y el primer retoño que naciese sería considerado como hijo del difunto y continuador de su nombre.
En el libro de Rut tenemos la muestra de cómo se procedía en este caso . Según esta ley, José sería hijo natural de Jacob, legal de Helí. Uno y otro evangelista siguen luego la genealogía de cada uno de los dos personajes, cuya ascendencia se junta en Salatiel y Zorobabel, para volverse luego a separar hasta David.
Esta solución, sostenida por muchos y por Santo Tomás, es posible, pero, sin duda, muy complicada.

En el siglo xv, el Beato Santiago de Viterbo, O.S.A., propuso una nueva solución, según la cual San Mateo nos daba la genealogía de Jesús por San José, su padre legal, y San Lucas la del mismo por su Madre, María.

Y así, las palabras del evangelista: Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José, hijo de Leví, etc., deben leerse así: "Jesús, según se creía, era hijo de José, pero, en realidad, lo era (nieto) de Helí", etc.
Aparte de que ni entre los griegos ni entre los hebreos era costumbre redactar las genealogías por las mujeres, ***tendríamos que decir que San Lucas, a quien todos reconocen por buen escritor, en este pasaje no quiso o no supo expresarse como debía.***

Una tercera sentencia, al parecer más sencilla, consiste en que San Mateo, que en todo su evangelio procura mostrar cómo los vaticinios de los profetas se habían cumplido en Jesús, nos da la genealogía real, es decir, aquella que muestra la perpetuidad de la dinastía de David, terminada en Jesús.
El verbo engendró significaría en algunos casos la transmisión de los derechos reales de una persona a otra, una generación legal. Por esta línea se junta con David aquel que estaba destinado a recoger el cetro de Judá y a realizar las promesas hechas a David, según los profetas.

En cambio, San Lucas nos daría la genealogía natural de José, que también alcanza a David, aunque no sea por los reyes, sino por una línea colateral.

Notemos que, si ambos evangelistas nos hablan de la descendencia davídica de José, ninguno nos dice nada del linaje de la Virgen María. La sentencia común de su origen davídico pretende apoyarse también en la interpretación violenta de Le 1,27.
Nota: Dice así: (Fue enviado el ángel...) *"a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David». Parece más natural que la expresión «de la casa de David» se reñera a*

José; pero no es imposible que se refiera a María, en cuyo caso habría que leer asi: «a una virgen de la casa de David, desposada con un varón de nombre José". (Nota del Autor)

Pero el silencio de los evangelistas no implica la negación de una cosa que el Protoevangelio de Santiago nos da como cierta.

Nota: Como es sabido, el Protoevangelio de Santiago es uno de los muchos evangelios apócrifos. Lo cual no quiere decir que todo lo que se contiene en él sea falso, sino únicamente que no ha sido inspirado por el Espíritu Santo, aunque muchos de sus datos sean históricos. El pasaje en que se alude a la estirpe davídica de María es el siguiente: *"Entonces al sacerdote le vino a la memoria el recuerdo de María, aquella jovencita que, siendo de estirpe davídica, «e conservaba inmaculada a los ojos de Dios"* (cf. Los evangelios apócrifos [BAC, Madrid 1956] p.163.). (Nota del Autor)

En todo caso, por lo que toca a la veracidad de los evangelistas, conviene tener presente la sentencia de San Agustín en su obra De la concordia de los evangelistas: *"Aunque alguno llegase a demostrar que María no traía su origen de David por línea de consanguinidad, bastaba que José hubiera sido llamado padre de Jesús para que éste fuera tenido por hijo de David".*

Que la Virgen María concibió en sus virginales entrañas al Hijo de Dios y le dio a luz en Belén, consta expresamente en la Sagrada Escritura y es un dogma fundamental de nuestra fe.

Pero, como la concepción de Cristo fue del todo milagrosa y sobrenatural —por obra y gracia del Espíritu Santo—, preguntamos aquí qué papel correspondió a la Santísima Virgen en este inefable misterio. Expondremos la doctrina en dos conclusiones breves y sencillas.

Conclusión 1ª Fue convenientísimo que el Hijo de Dios viniera al mundo encarnándose en una mujer. (Doctrina cierta y común.)

El argumento bíblico para probarlo es muy sencillo: lo hizo Dios así, luego está muy bien hecho.

Y que lo hizo así lo dice expresamente San Pablo:
"Mas, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción".

Santo Tomás da tres razones al exponer el argumento de conveniencia

a) Para que así quedara ennoblecida la naturaleza humana en los dos sexos. El sexo masculino es más noble y perfecto que el femenino, y por eso Cristo tomó la naturaleza humana en el sexo masculino. Mas, para que no quedase sin honrar el sexo femenino, fue conveniente que tomase carne de mujer.

Por eso dice San Agustín:
"No os tengáis en poco los varones, pues el Hijo de Dios tomó la naturaleza del varón. Y vosotras, no os despreciéis, puesto que el Hijo de Dios nació de una mujer" .

b) Para confirmar la verdad en la encarnación, al tomar el Verbo divino carne humana en el seno de una mujer.

Para completar todos los modos posibles de generación humana.

- **Pues el primer hombre fue creado del barro de la tierra sin el concurso de hombre ni de mujer;**
- **Eva fue producida del varón sin el concurso de mujer;**
- **los demás hombres y mujeres son engendrados con el concurso de ambos.**
- **Un cuarto modo faltaba, que es el propio de Cristo, el cual fue nacido de mujer sin la cooperación del varón.**

Conclusión 2ª Cristo Jesús fue concebido por la bienaventurada Virgen María, suministrando ella la materia que es necesaria para que la generación humana se efectúe por parte de la madre. (Doctrina cierta y común.).

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina:

"En la concepción de Cristo, una cosa hubo conforme al orden natural, que fue el haber nacido de mujer, y otra sobre el orden natural, que fue el haber nacido de virgen. Según el orden natural, en la generación la mujer suministra la materia, y el varón el principio activo de la generación. La mujer que concibe de varón no es virgen, y así, en la generación de Cristo el modo sobrenatural estuvo en e¡ principio activo, que fue la virtud sobrenatural divina; pero el modo natural estuvo en que la materia de que fue concebido el cuerpo de Cristo fue la misma materia que suministran las demás mujeres para la concepción de la prole. Esta materia es la sangre de la mujer, pero no cualquier sangre, sino aquella que, por la virtud generativa de la madre, logra una transformación más perfecta que la vuelve apta para la concepción. Y de tal materia fue concebido el cuerpo de Cristo".

De suerte que en la concepción natural de Cristo faltó únicamente el concurso del varón, suplido milagrosamente por la virtud del Espíritu Santo. Pero, por parte de la Virgen María, todo se realizó como si se tratara de una concepción normal en otra mujer cualquiera.

3. Papel del Espíritu Santo en la concepción de Cristo

Precisado el papel de la Virgen María en la concepción de Cristo, veamos ahora el que correspondió al Espíritu Santo.

Conclusión 1ª La concepción de Cristo *es obra de toda la Trinidad*, pero se atribuye muy convenientemente al Espíritu Santo. (Doctrina católica.)

Como es sabido, las operaciones divinas hacia el exterior de la divinidad, o sea, las que se refieren, no a la vida íntima de Dios, sino a las criaturas (operaciones ad extra en lenguaje teológico), son comunes a las tres divinas personas.

Cuando Dios actúa hacia fuera, obra como uno, no como trino. Es doctrina completamente cierta en teología y enseñada expresamente por el magisterio de la Iglesia.

Nota: Cuando Santo Tomás habla en este pasaje a la luz de la embriología medieval, no podía menos de ser así. La ciencia moderna corrige en este punto a Santo Tomás, al enseñarnos que la madre no es principio puramente material o pasivo de la generación, sino también activo como el padre. Tampoco es propiamente la sangre el elemento que proporciona la mujer para la generación, sino el óvulo que ha de ser fecundado por el espermatozoo masculino. Pero esto en nada altera la conclusión fundamental a que llega el Angélico, o sea, al papel que María desempeñó en la concepción de su divino hijo, enteramente similar al de las demás madres. (N. del A.)

Con relación a la encarnación del Verbo lo declaró expresamente el concilio XI de Toledo (año 675) con las siguientes palabras:
***«Ha de creerse que la encarnación de este Hijo de Dios fue obra de toda la Trinidad, porque las obras de la Trinidad son inseparables»* (D 284).**

La Sagrada Escritura, la misma Iglesia y el lenguaje común de los fieles atribuyen muy convenientemente el misterio de la encarnación al Espíritu Santo. Escuchemos a Santo Tomás explicando la razón:

"La concepción de Cristo es obra de toda la Trinidad, pero se atribuye al Espíritu Santo por tres razones:

a) Porque concuerda admirablemente con la causa de la encarnación por parte de Dios, ya que el Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo; pero que el Hijo de Dios tomase carne en el seno virginal no tiene otra causa que el amor

inmenso de Dios, según las palabras de San Juan: *"De tal modo amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo".*

b) Porque si la naturaleza humana fue tomada por el Hijo de Dios en unidad de persona, *no viene de méritos que tenga, sino únicamente de la gracia de Dios*, la cual se atribuye al Espíritu Santo, conforme a las palabras de San Pablo: "*Hay muchas divisiones de gracia, pero el Espíritu es el mismo*".
c) Porque el término de la encarnación, o sea, el hombre que iba a ser concebido, había de ser santo e Hijo de Dios. Una y otra cosa se atribuye al Espíritu Santo, pues Él nos santifica y por Él somos hechos hijos de Dios, según aquello de San Pablo: *"Y porque somos hijos de Dios, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: Abba!, ¡Padre!".* Este mismo Espíritu es el "*Espíritu de santificación*", como dice también San Pablo".

En la respuesta a una dificultad añade Santo Tomás:
"La obra de la encarnación es común a toda la Trinidad, pero bajo diversos aspectos puede atribuirse a cada una de las personas. Se atribuye al Padre la autoridad sobre la persona del Hijo, que por la concepción tomó la humana naturaleza; se atribuye al Hijo el acto mismo de la encarnación y al Espíritu Santo la formación del cuerpo asumido por el Hijo".

Conclusión 2ª Cristo-hombre fue concebido en las entrañas virginales de María no por obra de varón, sino por la virtud del Espíritu Santo. (De fe divina, expresamente definida.)

Es uno de los <u>dogmas fundamentales</u> del cristianismo, *expresamente revelado por Dios* en la Sagrada Escritura y *solemnemente definido por la Iglesia*.

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Es una de las <u>verdades más clara y reiteradamente afirmadas</u> en la Sagrada Escritura. Citamos algunos textos:

"*La concepción de Jesucristo fue así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen se halló haber concebido María del Espíritu Santo*" (Mt 1,18)**.**

"*José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo *(Mt 1,20).*

***"Dijo María al ángel: ¿Cómo se realizará esto, pues yo no conozco varón? El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo y será llamado Hijo de Dios*"** (Le 1,34-35)**.**

<u>Es imposible hablar de manera más clara y terminante.</u>

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

<u>Desde los más remotos tiempos</u> fue incorporado este dogma al Símbolo de la fe:

***Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen*.**

El concilio de Letrán (a.649) fulminó anatema contra los que se atreviesen a negar el misterio:
***"Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según la verdad que el mismo Dios Verbo, uno de la santa, consubstancial y veneranda Trinidad, descendió del cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo y de María siempre virgen y se hizo hombre..., sea condenado»* (D 255).**

En todas las profesiones de fe propuestas por los concilios a los herejes para ser admitidos de nuevo al seno de la Iglesia consta expresamente este dogma fundamental del cristianismo.

La Santa Iglesia se complace en recordar en su liturgia este sublime misterio. Véase, por ejemplo, el hermoso verso del himno de vísperas de la fiesta de Navidad:

Non ex virili semine	***No por obra de varón,***
sed mystico spiramine	***mas por mística influencia***
Verbum Dei factum caro	***floreció el Verbo de Dios***
fructusque ventris floruit.	***hecho carne entre nosotros.***

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Como hemos advertido repetidas veces, la razón teológica no puede demostrar las verdades de la fe—*sería contradictorio: dejarían de ser fe*—, pero sí explicarlas, mostrando su belleza sublime y su perfecta armonía con las luces de la razón.

El dogma de la concepción virginal de Cristo por obra del Espíritu Santo no puede ser, en efecto, más hermoso y sublime. Lo reclaman así, conjuntamente, la dignidad del Verbo de Dios y la pureza inmaculada de María. Y la sana razón descubre sin esfuerzo su perfecta posibilidad, teniendo en cuenta que se trata de una concepción milagrosa, sobrenatural, y «*nada hay imposible para Dios*" como dijo el ángel de Nazaret a la propia Virgen María al anunciarle el misterio inefable que se iba a realizar en ella. Sería ridículo decir que Dios no puede suplir con su divina omnipotencia lo que un hombre cualquiera puede realizar con una simple acción natural.

Conclusión 3ª Sin embargo, el Espíritu Santo no puede llamarse en modo alguno «padre» de Jesús.
(Completamente cierta y común.)

Lo enseñó expresamente así el XI concilio de Toledo (cf. D 283).

Escuchemos a Santo Tomás exponiendo clarísimamente la razón:
"Aunque Cristo fue concebido por la Virgen María bajo la acción del Espíritu Santo, sin embargo, no puede llamarse ai Espíritu Santo padre de Cristo según la generación humana, como en verdad puede llamarse madre a María. Porque el Espíritu Santo no produjo de su substancia la naturaleza humana de Cristo—como la produjo María—, sino que intervino únicamente con su poder para producir el milagro de la concepción virginal. Luego es evidente que el Espíritu

Santo no puede llamarse padre de Cristo según la generación humana".

Nada se puede añadir a una doctrina tan clara y transparente.

4. Modo y orden de la concepción de Cristo

La cuarta y última cuestión que hemos de examinar en este artículo se refiere al modo y orden con que se verificó la concepción virginal de Cristo. Expondremos la doctrina católica en dos conclusiones.

Conclusión 1ª La concepción de Cristo como Verbo encarnado se realizó instantáneamente, de suerte que *no fue concebida primeramente una naturaleza humana* que después fuera asumida por el Verbo divino, sino que la concepción, animación y asunción por el Verbo de la naturaleza humana de Cristo se realizó en un solo y mismo instante. (De fe divina, implícitamente definida.)

Esta conclusión tiene gravísima importancia, porque, *aunque no ha sido definida expresamente por la Iglesia*, se relaciona tan íntimamente con otros dogmas expresamente definidos, que no se salvarían sin ella.

Hay que concluir, por consiguiente, que se trata de una *verdad de fe implícitamente contenida en otros dogmas expresamente definidos*.

He aquí las pruebas de la conclusión:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. No lo dice expresamente, pero lo insinúa con suficiente claridad al poner en boca del ángel de Nazaret estas palabras:
"*Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo"*.
El ángel anuncia a María no sólo que dará a luz, sino que concebirá al Hijo del Altísimo.

Ahora bien: *esto no sería verdadero si María hubiese concebido primeramente una naturaleza humana a la cual* un instante después *se hubiera unido hipostáticamente el Verbo*.

En este caso, María hubiera dado a luz al Verbo encarnado, pero no lo hubiera concebido, con lo cual no se la podría llamar verdaderamente Θεοτόκος (Dei genitrix, Madre de Dios), sino únicamente ΧΡιοτοτόκος (Christipara, la que dio a luz a Cristo), que es, cabalmente, la herejía de Nestorio, condenada por el concilio de Éfeso.

b) Los SANTOS PADRES. LOS Santos Padres, como no podía menos de ser así, afirman con fuerza esta verdad. Escuchemos algunos testimonios clarísimos:

SAN GREGORIO: "Al anunciarlo el ángel y venir el Espíritu Santo, inmediatamente "dentro del seno, y permaneciendo inconmutable su esencia, que es coeterna con el Padre y el Espíritu Santo, asumió la carne dentro de las virginales entrañas".

SAN JUAN DAMASCENO: "En el mismo instante fue carne, carne del Verbo de Dios y carne animada por un alma racional e intelectual".
SAN AGUSTÍN: "Ten como cosa segura, y en ninguna manera dudes, que la carne de Cristo no fue concebida en el seno de la Virgen antes de ser tomada por el Verbo".

a) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Ya hemos dicho que no lo ha definido expresamente, pero sí implícitamente al definir otros dogmas—principalmente la unión hipostática y la divina maternidad de María—, que no se salvarían si la concepción de Cristo, como Dios y hombre en una sola hipóstasis, no se hubiera verificado instantánea y simultáneamente.**

Se trata, pues, de una verdad que pertenece, sin duda alguna, a la fe católica.

d) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Oigamos a Santo Tomás exponiéndola con su lucidez habitual:

"Según explicábamos en su lugar, decimos con toda propiedad que "Dios se hizo hombre", pero no con la misma propiedad que "el hombre se hizo Dios", porque Dios asumió lo que es propio del hombre, sin que esto preexistiera con propia subsistencia antes de ser asumido por el Verbo.

"En efecto, si la carne de Cristo hubiera sido concebida antes de ser asumida por el Verbo, hubiera tenido alguna vez alguna hipóstasis distinta de la hipóstasis del Verbo de Dios. Pero esto es contrario al concepto de la encarnación,

según el cual afirmamos que el Verbo de Dios se unió a la naturaleza humana y a todas sus partes en unidad de hipóstasis o de persona; y no fue conveniente que una hipóstasis preexistente en la humana naturaleza o en conveniente de sus partes fuera destruida por el Verbo al tomar la humana naturaleza.
Resulta, pues, ser contrario a la fe el decir que la carne de Cristo fue primero concebida y luego tomada por el Verbo de Dios".

En la solución de las dificultades añade el Doctor Angélico algunas observaciones muy interesantes.

DIFICULTAD. Lo que todavía no existe no puede ser tomado.
Pero la carne de Cristo comenzó a existir al ser concebida. Luego parece que no fue tomada por el Verbo de Dios sino después de ser concebida.

RESPUESTA. El Verbo no tomó la carne de Cristo antes de existir o de ser concebida, sino en el instante mismo de ser concebida, de suerte que no existió ni un solo instante antes de ser asumida por el Verbo.

La concepción y la asunción fueron simultáneas. Por eso escribe San Agustín: "Decimos que el mismo Verbo de Dios fue concebido al unirse a la carne y que la misma carne fue concebida al encarnarse en ella el Verbo".

DIFICULTAD. La carne de Cristo fue tomada por el Verbo mediante el alma racional, que no se recibe en la carne hasta que está ya concebida. Luego fue primero concebida y luego tomada.

RESPUESTA. Ya hemos dicho que en Cristo fue simultánea la concepción de la carne, su animación por el alma racional y su asunción por el Verbo.

DIFICULTAD. En todo ser engendrado es primero lo imperfecto que lo perfecto, como enseña Aristóteles. Pero el cuerpo de Cristo es un ser engendrado. Luego no llegó a su última perfección, que consiste en la unión con el Verbo de Dios, en el primer instante de la concepción, sino después de ella.

RESPUESTA. El misterio de la encarnación no se considera a modo de ascensión, como si una criatura preexistente ascendiera a la dignidad de la unión hipostática, como afirmó el hereje Fotino, sino más bien a modo de descenso, en cuanto que *el Verbo perfecto de Dios tomó la imperfección de la naturaleza humana*, según lo que El mismo nos dice por San Juan (6,38)**: *"Yo he bajado del cielo".***

Conclusión 2ª La concepción de Cristo fue, propiamente hablando, sobrenatural y milagrosa. Pero en cierto sentido se puede llamar natural.

Escuchemos al Doctor Angélico:

"Dice San Ambrosio en el libro De la encarnación: "Muchas cosas encontrarás en este misterio conformes con la naturaleza y otras muchas que la superan". Si consideramos, en efecto, la materia de la concepción suministrada por la madre, todo es natural; pero, si atendemos al principio activo, todo es milagroso.

Pero, como se juzga de las cosas más por la forma que por la materia y más por el agente que por el paciente, hay que concluir que la concepción de Cristo debe decirse absolutamente milagrosa y sobrenatural, y, sólo bajo cierto aspecto, natural".

ARTICULO III
LA PERFECCIÓN DE CRISTO ANTES DE NACER

Después de examinar las cuestiones relativas a la *concepción del Verbo encarnado en las entrañas virginales de María por obra y gracia del Espíritu Santo*, el orden lógico nos lleva a considerar la perfección de la prole concebida.

Ya se comprende que, tratándose nada menos que de la encarnación del Verbo divino, la naturaleza humana por Él asumida debió estar adornada de excelsas prerrogativas desde el primer instante de su concepción.

1. Las principales prerrogativas y privilegios de que se vio inundada la humanidad de Cristo desde el primer instante de su existencia en el seno virginal de María son cuatro:

- **plenitud de gracia,**
- **libertad,**
- **mérito sobrenatural**
- **y bienaventuranza perfecta.**

Vamos a examinarlas una por una en forma de conclusiones.

1. Plenitud de gracia

Conclusión. Desde el primer instante de su concepción, Cristo-hombre poseyó la plenitud absoluta de la gracia. (Completamente cierta.)

Que Cristo fue concebido sin pecado original, es cosa clara y evidente por dos razones principales:

a) Por la absoluta impecabilidad del Verbo divino, que es el único principio personal de Cristo.

b) Porque no vino al mundo por generación natural, *que es el medio por donde se transmite a los hombres el pecado original.*

Pero, como ya dijimos al hablar de la concepción inmaculada de María, la exención del pecado original constituye únicamente el aspecto negativo de esta singular prerrogativa. Más importante todavía es el aspecto positivo, o sea, la plenitud de la gracia que lleva consigo, relativa en María y absoluta en Cristo.

Que el alma de Cristo poseyó la plenitud absoluta de la gracia, ya lo dejamos ampliamente expuesto en otro lugar. Que esa plenitud la poseyó desde el primer instante de su concepción, es cosa del todo clara e indiscutible. Escuchemos a Santo Tomás explicando la razón:

"Según ya vimos, la abundancia de la gracia que santifica el alma de Cristo procede de su unión con el Verbo, según las palabras de San Juan: "Vimos su gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad".
"Hemos visto también que, en el primer instante de su concepción, el cuerpo de Cristo fue animado y unido al Verbo de Dios. De donde se sigue que en el primer instante de su concepción *tuvo Cristo la plenitud absoluta de la gracia, que santificó su alma y su cuerpo*".

Esta plenitud de la gracia lleva consigo, como ya vimos,

- **la plenitud de las *virtudes infusas*,**
- ***dones del Espíritu Santo***
- **y *gracias carismáticas*.**

Un tesoro infinito que enriqueció el alma de Cristo desde el instante mismo de su creación.

2. Libertad perfecta

Conclusión. Desde el primer instante de su concepción, *Cristo-hombre* gozó de perfecto uso de razón y poseyó la plenitud del libre albedrío. (Completamente cierta.)

Esta nueva prerrogativa es otra exigencia natural y espontánea de la unión hipostática.

***No puede admitirse* en modo alguno que la *humanidad* asumida personalmente por el Verbo *careciera por un solo instante de las perfecciones que cualquier hombre puede alcanzar en un momento determinado de su vida*.**
La concepción de Cristo fue perfectísima en todos los órdenes, y, por lo mismo, es preciso atribuir a su sagrada humanidad, desde el primer instante de su ser, todo el cúmulo de perfecciones imaginables.

Ahora bien, la perfección no está en los hábitos o virtudes, que son simples potencias para obrar el bien, sino en la actuación de ellos, que *constituye la perfección última*. Luego hay que concluir que Cristo no tuvo solamente la capacidad o potencia radical de la razón y de la libertad—como cualquier otro hombre concebido—, sino incluso el acto o ejercicio pleno de las mismas desde el instante mismo de su concepción en el seno virginal de María.

Escuchemos a Santo Tomás exponiendo profundamente esta doctrina:

"La perfección espiritual de la naturaleza humana que Cristo tomó no la fue adquiriendo por grados, sino que la poseyó por entero desde el principio. Pero la última perfección no consiste en la mera potencia de obrar, sino en la operación o «acto segundo.

"Por lo mismo, hemos de decir que Cristo tuvo en el primer instante de su concepción aquella operación del alma que es posible tener en un instante. Y tal es la operación de la voluntad y del entendimiento, en que consiste el uso del libre albedrío.
"Súbitamente, en un instante, se completa la operación del entendimiento y de la voluntad mucho mejor que la visión corporal, por cuanto el entender, querer y sentir no es un movimiento de lo imperfecto a lo perfecto, sino que es un acto ya del todo perfecto. Hay que concluir, por tanto, que Cristo tuvo el uso del libre albedrío desde el primer instante de su concepción".

Como de costumbre, al resolver las dificultades completa y redondea la doctrina. Las recogemos a continuación.

DIFICULTAD. Primero es el ser que el obrar. Pero el uso del libre albedrío es una operación. Se comprende, por tanto, que Cristo tuviera el uso del libre albedrío en el segundo instante de su concepción, pero no en el primero.

RESPUESTA. El ser es anterior al obrar con anterioridad de naturaleza, pero no de tiempo. Ambas cosas pueden ser simultáneas en un agente perfecto, a semejanza del fuego, que comienza a quemar en el instante mismo en que comienza a existir. Tal es la operación del libre albedrío.

DIFICULTAD. El libre albedrío implica un acto de elección. Pero ésta supone deliberación sobre lo que convendrá escoger, y eso no puede ser instantáneo.

RESPUESTA. Esa deliberación es indispensable a los agentes imperfectos que no han llegado al conocimiento intuitivo de lo que es mejor. Pero Cristo, en virtud de la plenitud de su ciencia, poseía la certeza de todas las cosas, y por eso pudo elegir al instante.

DIFICULTAD. En el hombre, el acto del entendimiento presupone el de los sentidos, ya que no hay nada en nuestro entendimiento cuya noticia no haya entrado por los sentidos corporales. Pero en el primer instante de la concepción no funcionan todavía los órganos de los sentidos, como es evidente. Luego nadie puede tener el uso del libre albedrío en el primer instante de su concepción.
RESPUESTA. Eso es cierto y verdadero en un hombre corriente y normal, que no dispone de otra ciencia que la que va adquiriendo a través de los sentidos. Pero Cristo disponía de la ciencia infusa, en virtud de la cual pudo usar de su libre albedrío en el primer instante de su concepción.

3. Mérito sobrenatural

Conclusión. En el primer instante de su concepción, Cristo-hombre mereció sobrenaturalmente todo cuanto puede ser objeto de ese mérito.

Esta conclusión no es, en realidad, sino una simple consecuencia y corolario de las dos anteriores. El mérito sobrenatural exige y supone dos cosas fundamentales:

- **la gracia santificante**
- **y la libertad de la operación.**

Como Cristo gozó de ambas cosas en el primer instante de su concepción—como hemos visto en las conclusiones anteriores—, síguese que pudo merecer, y mereció de hecho en el primer instante, todo cuanto puede ser merecido sobrenaturalmente.

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina:

"Como ya vimos, Cristo fue santificado en el primer instante de su concepción en el seno de María. Ahora bien, la santificación es doble:
la de los adultos, que se santifican por sus propios actos,
y la de los niños, que no se santifican por un acto de fe realizado por ellos mismos, sino por la fe de los padres o de la Iglesia.
La primera santificación es más perfecta que la segunda, como el acto es más perfecto que el hábito, y lo que es por sí mismo es más perfecto que lo que es por otro. Ahora bien, como la santificación de Cristo fue perfectísima, puesto que fue santificado para que fuese santificador de los demás, síguese que se santificó por un movimiento de su libre albedrío hacia Dios. Este movimiento del libre albedrío es meritorio. De donde hay que concluir que Cristo mereció en el primer instante de su concepción".

Este mérito de Jesucristo en el primer instante de su concepción fue tan pleno y absoluto—en virtud de la plenitud de la gracia con que lo realizó—, que mereció con él absolutamente todo cuanto se puede llegar a merecer sobrenaturalmente.

Y aunque es cierto que Cristo siguió mereciendo durante toda su vida, ya no mereció más cosas, sino únicamente por nuevos títulos o motivos.

4. Bienaventuranza perfecta

Conclusión. Desde el primer instante de su concepción, Cristo fue plenamente bienaventurado, esto es, su alma santísima gozó plenamente de la visión beatífica.

Ya quedó demostrada esta conclusión cuando hablamos de la ciencia beatífica de Cristo.
Para mayor abundamiento, escuchemos el nuevo razonamiento de Santo Tomás:

"Como acabamos de ver, no hubiera sido conveniente que en el primer instante de su concepción recibiera Cristo la gracia habitual sin su acto correspondiente.
Pero, como dice San Juan, Cristo recibió la gracia con plenitud absoluta y sin medida alguna.

Ahora bien: la gracia del viador está lejos de la gracia del comprensor o bienaventurado y, por consiguiente, es menor que ella.

Luego es evidente que Cristo recibió en el primer instante de su concepción, no sólo tanta gracia como tienen los bienaventurados, sino mayor que todos ellos. Luego esta gracia alcanzó en Cristo su acto supremo—que es la visión intuitiva de Dios—desde el primer instante de su concepción y en grado muy superior al de los demás bienaventurados".

CAPITULO II
El Nacimiento de Cristo

El hecho histórico del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en el portal de Belén lo narra con encantadora sencillez el Evangelio. Nada ni nadie podrá suplir jamás la suavísima unción y sublime poesía del siguiente relato de San Lucas:

«Aconteció, pues, en aquellos días, que salió un edicto del César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Fue este empadronamiento primero que el de Cirino, gobernador de Liria. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón”.

La teología del nacimiento de Cristo no se limita, sin embargo, a recoger simplemente el hecho histórico, sino que lo examina y analiza para investigar sus causas y las consecuencias que de él se derivan para el Niño y su Madre Santísima.

Santo Tomás consagra a este asunto dos grandes cuestiones, dedicadas, respectivamente, al nacimiento mismo y a la manifestación de Cristo a los pastores y a los magos.

Vamos a recoger su doctrina en los dos artículos siguientes.

ARTICULO I
EL NACIMIENTO EN SÍ MISMO

Ocho son los artículos en que divide Santo Tomás esta primera cuestión. En los cinco primeros examina los *problemas que plantea la llamada comunicación de idiomas en la persona del recién nacido*.

***Los tres últimos se dedican a estudiar el modo, lugar y tiempo del nacimiento de Jesús*.**

Como de costumbre, procederemos por conclusiones. No
Conclusión 1ª El nacimiento de un ser humano conviene o afecta más a la persona que a la naturaleza.
Esta primera conclusión, de orden puramente filosófico, prepara el terreno para las que han de venir después, de gran importancia teológica.

Es evidente que al nacer una persona humana nace también una nueva naturaleza humana. Pero a nadie se le ocurre decir: "Ha nacido una naturaleza humana", sino más bien «una persona humana».

La razón es porque—como enseña la filosofía—las acciones o pasiones de una persona se atribuyen a la persona misma que las realiza o padece, *aunque las realice o padezca en su naturaleza corporal o en alguna de sus partes*. Y así se dice con toda propiedad que tal o cual *persona piensa, ama, habla, anda, ve, sufre, digiere* los alimentos, respira, posee bienes de fortuna, enferma, etc. Todas estas cosas se atribuyen a la persona que las realiza o padece, a pesar de que

algunas de ellas pertenecen a la parte espiritual *(pensar, amar, etc.),*
otras a la corporal sensitiva (*andar, ver, sufrir*, etc.),
otras a la puramente vegetativa (*respirar, digerir, etc.*)
y otras, finalmente, a las cosas exteriores (*riqueza, pobreza, etc.).*

De donde se sigue que el *nacimiento*—lo mismo que la *concepción*—se dice más bien de la persona *que de la naturaleza,* aunque de hecho afecte naturalmente a las dos.

Por eso dice profundamente Santo Tomás que, *"hablando con propiedad, la naturaleza no empieza a existir;*
es más bien la persona lo que existe en alguna naturaleza.
Porque

- ***la* naturaleza *se define aquello en lo que un ser existe*,**
- ***y la* persona *aquello que tiene ser subsistente".***

conocemos otro procedimiento mejor para decir las cosas con sencillez y claridad, sin rodeos ni vanas palabrerías.

Conclusión 2ª Hay que admitir en Cristo dos nacimientos: uno eterno, en el que nace del Padre; otro temporal, en el que nace de la Virgen María. (De fe divina, expresamente definida.)

Esta conclusión es de fe. He aquí la expresa declaración del concilio de Letrán (a.649) contra los monotelitas:

"Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según la verdad, dos nacimientos del mismo y

único Señor nuestro y Dios, Jesucristo, uno incorporal y sempiterno, antes de los siglos, del Dios Padre, y otro corporalmente en los últimos tiempos, de la santa siempre Virgen Madre de Dios María..., sea condenado" (D 257)**.**

Lo mismo se lee en el Símbolo de la fe de San León IX (D 344) y en otros muchos documentos eclesiásticos.

Santo Tomás expone la razón diciendo que el nacimiento es propio de la persona como sujeto y de la naturaleza como término. *Pero, como en Cristo hay dos naturalezas*, la divina, que recibió eternamente del Padre, y la humana, que recibió de la Madre en el tiempo, *hay que concluir que en El hay dos nacimientos*: uno eterno, del Padre, y otro temporal, de la Madre.

Dificultad: ¿Hay en Cristo una doble filiación?

Hay que distinguir: si atendemos únicamente al concepto de filiación, hay que poner *en Cristo dos filiaciones*, según los dos nacimientos;
pero si consideramos el sujeto de la filiación, como resulta que el sujeto en ambos nacimientos es únicamente la persona del Verbo, sigúese que no hay en Cristo más que una sola y eterna filiación: la divina del Verbo.
Sin embargo, Cristo se dice realmente hijo de María por la relación real de maternidad que tiene María con Cristo. *La filiación eterna no depende de la madre, que es temporal*; pero a *esa filiación eterna unimos cierta referencia temporal, que depende de la madre*, en virtud de la cual *Cristo se llama y es en realidad hijo de María*.

Conclusión 3ª La Santísima Virgen María debe llamarse y es real y verdaderamente Madre de Dios, pues concibió y dio a luz a Jesucristo, Verbo de Dios encarnado. (De fe divina, expresamente definida.)

Ya hemos aludido a esto al rechazar la herejía de Nestorio sobre la doble personalidad de Cristo. Pero, siendo tan dulce y sublime este asunto, vamos a insistir un poco más.

Que la Santísima Virgen María es la madre de Cristo, consta expresamente en el Evangelio (Mt 1,18) ***y no ha sido negado por nadie, ni siquiera por Nestorio*, que admitía de buena gana el título de Madre de Cristo. Pero, al proclamar Nestorio una doble personalidad en Cristo, se seguía lógicamente que la Virgen María quedaba reducida a ser Madre del hombre Cristo, pero de ninguna manera era ni se la podía llamar Madre de Dios.**

Fueron inútiles todos los esfuerzos de San Cirilo de Alejandría para convencerle de su impío error. Nestorio se obstinaba cada vez más en su punto de vista, que iba teniendo partidarios, y se hizo necesaria la convocación de un concilio, que se reunió en la ciudad de Éfeso para examinar aquella doctrina. El concilio condenó la doctrina de Nestorio y le depuso de su cargo de patriarca de Constantinopla el 22 de junio del año 431. El pueblo cristiano, que esperaba ante las puertas del templo el resultado de las deliberaciones de los obispos reunidos en sesión secreta, al enterarse de que se había condenado la doctrina de Nestorio y proclamado que la Santísima Virgen María es real y verdaderamente Madre de Dios por ser Madre

del Verbo de Dios encarnado, prorrumpió en grandes vítores y aclamaciones. Un entusiasmo indescriptible se apoderó de todos, encendieron hogueras por todo el pueblo en señal de júbilo y acompañaron a los obispos con antorchas encendidas por las calles de la ciudad hasta las casas donde se hospedaban. Fue un triunfo colosal de la Santísima Virgen María, cuya divina maternidad estaba firmemente asentada en el corazón del pueblo fiel aun antes de ser proclamada oficialmente por la Iglesia.

He aquí el primer anatematismo de San Cirilo contra Nestorio:

"Si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel, y que por eso la santa Virgen es Madre de Dios, pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne, sea anatema".

El concilio II de Constantinopla—quinto de los ecuménicos—hizo suya la doctrina de Éfeso, enseñándola y definiéndola por su cuenta.

También el concilio de Letrán (año 649) fulminó contra los monotelitas el siguiente canon:
"Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según verdad, por Madre de Dios a la santa y siempre virgen e inmaculada María, como quiera que concibió en los últimos tiempos sin concurso de varón por obra del Espíritu Santo propia y verdaderamente al mismo Verbo de Dios, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo

ella, aun después del parto, en su virginidad indisoluble, sea condenado”.

La explicación teológica de la divina maternidad de María no puede ser más sencilla si se tiene en cuenta que, como enseña la fe, *en Cristo hay dos naturalezas perfectamente distintas*, pero *no hay más que una sola persona*, que es la *persona divina del Verbo*. Y como las madres engendran verdaderamente y dan a luz una persona—*y no sólo una naturaleza*—, síguese que la Santísima Virgen engendró real y verdaderamente según la carne a la persona divina de Cristo, con lo cual vino a ser real y verdaderamente Madre de Dios.

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina:
María Madre de Dios

“Como la unión de la encarnación se hizo en la persona—como ya vimos—, es claro que este nombre Dios puede significar la hipóstasis o persona que posee la naturaleza humana y la divina. Por lo mismo, todo lo que es propio de la naturaleza divina y de la humana puede atribuirse a aquella persona, sea que por ella *se signifique la naturaleza divina, sea que se designe la naturaleza humana*.

“Ahora bien: el ser concebido y el nacer se atribuye a la hipóstasis o persona por razón de la naturaleza en que la persona o hipóstasis es concebida y nace. Y como resulta que en el primer instante de la concepción de Cristo la naturaleza humana fue asumida por la persona divina del Verbo, síguese que se puede decir con toda verdad que Dios

fue concebido y nació de la Virgen, ya que se dice que una mujer es madre de una persona porque ésta ha sido concebida y ha nacido de ella.
Luego se seguirá de aquí que *la bienaventurada Virgen pueda decirse verdadera Madre de Dios*.

"Sólo se podría negar que la bienaventurada Virgen sea Madre de Dios en alguna de estas dos hipótesis:

- **que la humanidad de Cristo hubiera sido concebida y nacida antes de que Cristo fuera Hijo de Dios, como afirmó el hereje Fotino,**
- **que la humanidad no hubiese sido asumida por el Verbo divino en unidad de persona o hipóstasis, como enseñó Nestorio.**

Pero una y otra cosa son heréticas. Luego es herético negar *que la bienaventurada Virgen María sea Madre de Dios*".

Al resolver las objeciones—tomadas de la doctrina herética de Nestorio—, Santo Tomás redondea, como siempre, la doctrina. Helas aquí:

DIFICULTAD. En la Sagrada Escritura no se lee que la Virgen María sea Madre de Dios. Luego no debemos darle nosotros ese nombre.
RESPUESTA. No se lee expresamente que sea Madre de Dios, pero se lee que es «Madre de Cristo» (Mt 1,18) **y que Cristo es «verdadero Dios»** (1 Juan 5,20). **Por tanto, se sigue necesariamente que la Virgen es Madre de Dios por el mero hecho de ser Madre de Cristo.**

DIFICULTAD. Cristo se llama Dios por razón de la naturaleza divina. *Pero la naturaleza divina no recibió la existencia de la Virgen*. Luego no se la debe llamar Madre de Dios.

RESPUESTA. La Santísima Virgen es Madre de Dios no porque sea madre de la divinidad tal como subsiste eternamente en Dios, sino porque es madre según la humanidad de una persona que tiene divinidad y humanidad. *Igual que la madre de una persona cualquiera es madre de esa persona —que consta de alma y cuerpo—aunque ella le haya proporcionado solamente el cuerpo, y no el alma, que viene directamente de Dios*.

DIFICULTAD. La palabra Dios es común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Luego no debe aplicarse a la Virgen el título de Madre de Dios, para que nadie crea que es Madre de las tres divinas personas.

RESPUESTA. Aunque la palabra Dios sea común a las tres divinas personas, a veces se usa para designar únicamente al Padre, o a! Hijo, o al Espíritu Santo. Ya se comprende que el título de Madre de Dios aplicado a la Virgen María designa únicamente su maternidad divina sobre la persona del Verbo de Dios encarnado.

Conclusión 4ª Cristo nació, sin dolor alguno, de la Santísima Virgen María.

Escuchemos a Santo Tomás exponiendo la conclusión:

"El dolor de la madre en el nacimiento de un hijo se debe a la apertura y desgarro de los conductos naturales por donde

sale la criatura. Pero, como ya dijimos al hablar de la virginidad de María, el nacimiento de Cristo se produjo milagrosamente, dejando intacta la virginidad de su Madre (como el rayo de sol atraviesa el cristal sin romperlo ni mancharlo).

"De donde se sigue que en el nacimiento de Jesús no hubo dolor alguno para María, sino, al contrario, el mayor gozo y alegría, puesto que venía al mundo el Hombre-Dios, según aquello de Isaías: "Florecerá como el lirio, florecerá y exultará con júbilo y cantos de triunfo"."

En la respuesta a una dificultad añade otra razón tomada de San Agustín:
"Porque concibió a Dios sin el placer y la impureza del pecado, dio a luz sin dolor y sin menoscabo de su integridad virginal".

Escuchemos ahora algunos fragmentos del piadosísimo Fr. Luis de Granada sobre el nacimiento de Cristo:

"Era la media noche, muy más clara que el mediodía, cuando todas las cosas estaban en silencio y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta, y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales a este nuevo mundo el Unigénito Hijo de Dios, como esposo que sale del tálamo virginal de su purísima madre... ¿Quién jamás vio juntarse en uno, por un cabo, tanta humildad y, por otro, tanta gloria? ¿Cómo dicen entre sí estar entre bestias y ser alabado de ángeles, morar en un establo y resplandecer en el cielo? ¿Quién es este tan alto y tan bajo, tan grande y tan pequeño? Pequeño en la carne, pequeño en el pesebre, pequeño en el establo; mas

grande en el cielo, a quien las estrellas servían; grande en los aires, donde los ángeles cantaban; grande en la tierra, donde Herodes y Jerusalén temían… Grande humildad es ser Dios concebido, más grande gloria es ser concebido del Espíritu Santo. Grande humildad es nacer de mujer, pero grande gloria es nacer de una virgen. Grande humildad es nacer en un establo, pero grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad es estar entre bestias, pero grande gloria es ser cantado y alabado de ángeles…"

Conclusión 5ª Fue muy conveniente que Cristo nuestro Señor naciera en Belén de Judá.
El hecho histórico de su nacimiento en Belén consta expresamente en el Evangelio: "Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá…" Así lo había profetizado Miqueas ocho siglos antes:
"Pero tú, Belén de Efrata, pequeña para ser contada entre las familias de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad" (Mich 5,2).

Es increíble la desfachatez y cinismo de Renán cuando escribe en su impía Vida de Jesús: "Jesús nació en Nazaret",

Santo Tomás señala dos razones de conveniencia:

a) Porque Belén era la ciudad de David, que recibió de Dios la especial promesa de Cristo. Esto viene a indicar el propio evangelista cuando escribe: *"Por cuanto era de la casa y familia de David".*

b) Porque, como dice San Gregorio, Belén quiere decir "casa de pan", y Cristo dijo de sí mismo: *"Yo soy el pan vivo bajado del cielo"*.

En la respuesta a los inconvenientes, Santo Tomás expone doctrina muy útil para la piedad cristiana. Hela aquí:

DIFICULTAD. Jerusalén era la ciudad real y sacerdotal del pueblo de Israel. Luego en ella hubiera sido conveniente que Cristo naciese.

RESPUESTA. David nació en Belén y eligió después Jerusalén para sede de su reino, y dispuso allí la edificación del templo, por lo cual Jerusalén vino a ser la ciudad real y a la vez sacerdotal. Ahora bien: el reino y el sacerdocio de Cristo se consumaron principalmente en su pasión. Y así, muy razonablemente escogió Belén para su nacimiento y Jerusalén para su pasión.
Con esto vino a confundir el orgullo de los hombres, que se glorían de traer su origen de ciudades nobles y en las cuales buscan también honores. Muy al revés hizo Cristo, que quiso nacer en lugar humilde y padecer oprobios en una ciudad ilustre.

DIFICULTAD. Isaías, hablando del tronco de Jesé, de donde había de venir el Mesías, dice: *"De su raíz nacerá una flor".*
Ahora bien: Nazaret significa precisamente "flor".
Luego en Nazaret, donde fue concebido y vivió, debía haber nacido Cristo.

RESPUESTA. Cristo quiso *florecer* en una vida virtuosa y no distinguirse por la nobleza de su pueblo. Y así quiso criarse en Nazaret y nacer en Belén como extranjero; porque, como dice San Gregorio, "por la humanidad que había tomado, nace como en casa ajena, no cual correspondía a su poder, sino según la naturaleza".

Y San Beda dice por su parte: *"Por carecer de lugar en el mesón, nos preparó muchas mansiones en la casa de su Padre".*

DIFICULTAD. En tiempo de Cristo, Roma era la capital del mundo. Luego allí debió haber nacido el que vino al mundo para iluminarle, según dijo de sí mismo: *"Yo soy la luz del mundo".*

RESPUESTA. Se lee en cierto sermón del concilio de Éfeso: *"Si hubiera elegido la ilustre ciudad de Roma, hubieran pensado que con el poder de sus ciudadanos había logrado cambiar la faz de la tierra. Si fuera hijo de un emperador, se hubieran atribuido sus triunfos al poder imperial. Para que reconociesen que sólo la Divinidad había reformado el orbe de la tierra, eligió una madre pobre y una patria más pobre». El mismo San Pablo dice que «eligió Dios lo flaco del mundo para confundir a lo fuerte»* . Por esto, para mostrar su poder con más fuerza, en Roma, cabeza del orbe, estableció el centro de su Iglesia en señal de perfecta victoria y a fin de que la fe se extendiese de allí a todo el universo, según las palabras de Isaías: "Humilló la ciudad soberbia; conculcarán los pies del pobre—esto es, de Cristo—y los pasos de los menesterosos", a saber, de los apóstoles Pedro y Pablo.

Conclusión 6ª <u>Cristo vino al mundo en el tiempo más conveniente.</u>

San Pablo dice expresamente:
"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido bajo la ley".

Santo Tomás lo razona de manera muy sencilla:
"Entre Cristo y los demás hombres existe la diferencia de que estos últimos no escogen el tiempo en que han de nacer, ya que esto no depende de su voluntad; pero Cristo, como Señor y Creador de todos los tiempos, escogió el tiempo en que había de nacer, así como escogió la madre y el lugar. Y como todo cuanto viene de Dios procede con orden y conveniente disposición, hay que concluir que Cristo nació en el tiempo más conveniente".

En la respuesta a una dificultad añade el Doctor Angélico:
"*Cristo escogió para nacer la crudeza del invierno, a fin de padecer desde entonces las aflicciones de la carne por amor nuestro".*

ARTICULO II

LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO A LOS PASTORES Y MAGOS

Después del nacimiento de Cristo vino la manifestación a los pastores y a los Magos.

Es lo que estudia teológicamente Santo Tomás en los ocho artículos de esta nueva cuestión de la Suma Teológica.

Pueden dividirse en tres grupos:

a) Conveniencias de la manifestación de Cristo.
b) La manifestación a los pastores.
c) La manifestación a los Magos.

Recogemos la doctrina en forma de breves conclusiones.

I. Conveniencias de la manifestación de Cristo

Conclusión 1ª Fue conveniente que el nacimiento de Cristo se manifestase a algunos, pero no a todos los hombres.

El Doctor Angélico expone tres razones por las que no era conveniente que se manifestase a todos los hombres en común:

a) Porque esto hubiera impedido la redención humana, que se debía consumar en la cruz; pues, como dice San Pablo, "*si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado* al Señor de la gloria".

a) Porque esto hubiera disminuido el mérito de la fe, por la que venía a justificar a los hombres. Si el nacimiento de Cristo hubiera sido conocido por todos con manifiestas señales de su divinidad, se quitaba la razón de fe, que es *"la convicción sobre cosas que no se ven".*

c) Porque era conveniente que antes de manifestarse a todo el pueblo pasase por las diferentes etapas de la vida humana. Porque, como dice San Agustín, *"si los*

años no hubieran convertido al niño en adolescente, si no tomase alimento alguno, si no tomase descanso, se hubiera podido creer que tampoco había tomado la verdadera naturaleza humana, y obrando en todo maravillosamente, ¿no hubiera comprometido la obra de su misericordia ?"

Sin embargo, era <u>conveniente</u> que se manifestase <u>a algunos (pastores y Magos)</u>, porque sería en perjuicio de la salud humana que el nacimiento de Dios fuese conocido de todos, pero también lo sería que no fuese conocido de algunos que pudieran comunicarlo a los demás.

De uno y otro modo se destruye la fe, tanto si una cosa es totalmente manifiesta como si no es conocida de nadie que pueda transmitirla a otros, porque la fe presupone la noticia: *"La fe es por la predicación"*, como dice San Pablo.
No bastaba para ello el testimonio de María y José. Era <u>natural que María y José fuesen informados del nacimiento de Cristo antes de nacer</u>, *porque a ellos tocaba el prestar reverencia al niño concebido en el seno materno y servirle cuando naciese.* Pero su testimonio, por ser de familia, podría resultar sospechoso en lo que toca a la grandeza de Cristo. Y así fue conveniente que se manifestase a otros extraños, cuyo testimonio estuviera fuera de toda sospecha.

Conclusión 2ª Fue <u>muy conveniente</u> que Cristo se <u>manifestase a quienes de hecho se manifestó</u>.

Aparte del argumento general de que *Dios todo lo hace bien*, explaya Santo Tomás el siguiente razonamiento:

"La salud que Cristo nos traía alcanzaba a todos los hombres, de cualquier condición que fuesen, pues, como dice el Apóstol, "en Cristo no hay gentil ni judío, siervo ni libre, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo". Y para que en el mismo nacimiento de Cristo se hallase figurado esto, se dio a conocer a toda clase de hombres. Pues los pastores eran israelitas; los Magos, gentiles; los primeros eran cercanos, los segundos vinieron de lejos; los pastores eran sencillos y de humilde condición, los Magos eran sabios y poderosos; finalmente, se manifestó a los hombres y también a las mujeres (en la profetisa Ana), para indicar por aquí que ninguna condición humana quedaba excluida de la salud de Cristo".

Conclusión 3ª No era conveniente que Jesucristo manifestase su divinidad por sí mismo, sino más bien por los ángeles y la estrella.

He aquí la razón de lo primero:
El nacimiento de Cristo se ordena a la salud de los hombres, que sólo se alcanza por la fe. Ahora bien: la fe, para que sea salvífica, es preciso que confiese la divinidad y la humanidad de Cristo. Luego era preciso que su nacimiento se manifestara de tal forma que la demostración demasiado esplendorosa de su divinidad no perjudicara a la fe en su humanidad.

Esto lo hizo Cristo mostrando en sí mismo la semejanza de la flaqueza humana, y dando a

conocer, sin embargo, por las criaturas el poder de su divinidad. Y así Cristo no manifestó por sí mismo su divinidad, sino por algunas otras criaturas". Entre estas criaturas que habían de manifestar a los hombres el nacimiento del Salvador del mundo, fue muy conveniente que figuraran los ángeles y la estrella.

Escuchemos de nuevo a Santo Tomás:
"Así como una demostración científica ha de partir de principios evidentes para aquel a quien se dirige la demostración, así la manifestación que se hace por señales debe hacerse por las que son familiares a aquellos a quienes se manifiesta. Ahora bien: es bien sabido que a los justos les es familiar y habitual el ser instruidos por el instinto interior del Espíritu Santo, a saber, por el espíritu de profecía, sin la intervención de signos sensibles. Otros, dados a las cosas corporales, son conducidos por estas realidades sensibles... Por esto a Simeón y Ana, como a justos, se les manifestó el nacimiento de Cristo por el instinto interior del Espíritu Santo, como dice expresamente el Evangelio. A los pastores y a los Magos, como a gente dada a las cosas corporales, se 'es manifiesta el nacimiento de Cristo por apariciones visibles. Y así, a los pastores, como judíos que eran, entre los cuales eran frecuentes las apariciones angélicas, se revela el

nacimiento de Cristo por medio de los ángeles; pero a los Magos, que eran astrólogos hechos a la contemplación del cielo, se les manifiesta por la señal de la estrella. Tal es la sentencia de San Crisóstomo: «El Señor, condescendiendo con ellos, los llama por las cosas a que estaban habituados”.

2. La manifestación a los pastores

Escuchemos el relato del Evangelio, lleno de suavidad y poesía:

"*Había en la región unos pastores que moraban en el campo y estaban velando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor. Les dijo el ángel: No temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Al*

instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado. Fueron con presteza y encontraron a María, a José y al Niño acostado en un pesebre, y, viéndole, hicieron saber lo que se les había dicho acerca del Niño. Cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores. María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho"

Santo Tomás dice que el nacimiento del Señor se manifestó en primer lugar a los pastores, el mismo día de su nacimiento, por su sencillez y humildad, y porque en ellos estaban significados los apóstoles y los otros creyentes judíos a quienes se les comunicó en primer lugar la fe de Cristo.

La manifestación de Cristo a los pastores es uno de los episodios más bellos y entrañables del nacimiento del Señor.

La vida pastoril suele presentarse en la Sagrada Escritura como la más apta para una vida inocente y pura. Lejos de los ruidos del mundo, en contacto directo con la naturaleza, salida de las manos de Dios; viviendo en perpetua soledad y teniendo por techo de su albergue el cielo coronado de estrellas, es fácil al espíritu remontarse sin esfuerzo hasta Dios, Aquel que tiene sus delicias entre los niños e inocentes, y que vino a enseñar al mundo la sencillez y humildad de corazón, *debió recibir con singular agrado y complacencia la visita de aquellos pobres pastores*, que venían a rendirle pleitesía y vasallaje como al Mesías Salvador anunciado por sus profetas.

3. La manifestación a los Magos

San Mateo es el único evangelista que recoge el episodio de la adoración de los Magos.

El P. Colunga escribe a propósito del episodio de los Magos:

"He aquí un extraño suceso. Los Magos constituían la clase sacerdotal en el imperio persa, y en Babilonia habían adquirido gran influencia. Se distinguían por su aplicación al

estudio de la <u>astronomía, o mejor, de la astrología</u>, basada en el principio de que la vida del hombre se desarrolla bajo la influencia de los astros, y así, conociendo la posición de éstos en el nacimiento de un niño, se podía conocer el destino del recién nacido…

La estrella, áster en griego, el astro que los Magos observan al oriente, <u>debe de ser un cometa</u>, signo de calamidades para los antiguos, pero también señal del nacimiento de grandes reyes.

De este principio se sirvió el Señor para llevar a estos Magos ante la cuna de su Hijo en Belén… Los Magos vienen en busca de un rey recién nacido, y encuentran un niño con su madre, sin ninguna señal de realeza. Mas en ellos tenía también valor lo que hemos dicho de los pastores. Sabían que grandes reyes habían tenido humildes principios, y ellos no dudaron en rendir homenaje a aquel niño, predestinado para venir a ser un gran monarca. Según el estilo oriental, se postraron de hinojos y le ofrecieron sus dones. El evangelista narra el suceso como historiador; pero no podemos olvidar que es Dios quien gobierna a estos Magos, y que iluminaría sus inteligencias para darles a conocer algo del misterio que en aquel niño se encerraba. Los Magos son las primicias de la gentilidad que creyó en Cristo, y no podrían serlo si no hubiera en ellos lumbre de fe. Qué grado alcanzaba, eso Dios lo sabe".

<u>Santo Tomás dedica dos artículos</u> a este episodio de los Magos.

El primero, para averiguar la naturaleza misteriosa de la estrella que les guio hasta Belén. Al Doctor Angélico le

parece evidente que esa estrella no fue una de las que brillan en el firmamento—da buenas razones para probarlo—, sino un poder invisible transformado en la apariencia de una estrella. Y al tratar de precisar su verdadera naturaleza, expone algunas opiniones que circulaban en su tiempo y nos da por fin la suya:

"Dicen algunos que, así como el Espíritu Santo descendió en figura de paloma sobre el Señor bautizado, así apareció a los Magos en figura de estrella. Otros dicen que el mismo ángel que a los pastores se les mostró en figura humana, se mostró a los Magos en figura de estrella. Más probable, sin embargo, parece que fue una estrella creada de nuevo, no en el cielo, sino en la atmósfera vecina a la tierra, y que se movía según la voluntad de Dios".

Sea cual fuese la naturaleza misteriosa de esa estrella, es indudable que, como advierte San León en un sermón de la Epifanía, "fuera de aquella especie que hería sus ojos corporales, un rayo de luz más brillante infundía en sus corazones la claridad de la fe".

En otro artículo expone Santo Tomás la conveniencia de que los Magos vinieran a adorar y venerar a Cristo:

"Son los Magos las primicias de los gentiles que creyeron en Cristo, en los cuales apareció, como un presagio, la fe y la devoción de las gentes que vienen a Cristo de remotos países. Por esto, como la devoción y la fe de los gentiles está exenta de error en virtud de la inspiración del Espíritu Santo, así hemos de creer que los Magos, inspirados por el Espíritu Santo, sabiamente mostraron reverencia a Cristo".

Citando a San Crisóstomo y a San Gregorio, recoge el Doctor Angélico el simbolismo de los dones ofrecidos a Cristo por los Magos:

"Dice San Crisóstomo: *"Si los Magos hubieran venido en busca de un rey terreno, hubieran quedado confundidos de haber emprendido sin razón tan largo y trabajoso camino"*, y ni le hubiesen adorado ni ofrecido dones. "*Pero, como buscaban un Rey celestial, aunque no vieron en Él nada de la majestad real, le adoraron, satisfechos con el testimonio de la estrella"*. Vieron un hombre, pero adoraron a Dios. Y le ofrecieron regalos conformes a la dignidad de Cristo: *"oro como a un gran Rey; incienso, que se usa en los sacrificios ofrecidos a Dios, como a Dios verdadero; y mirra, con la que se embalsaman los cuerpos de los muertos, indicando que El moriría por la salud de todos"*. Y, como dice San Gregorio, con esto se nos enseña "*a ofrecer al recién nacido Rey el oro, que significa la sabiduría, resplandeciendo en su presencia con la luz de la sabiduría; el incienso, que significa la devoción de la oración, exhalando ante Dios el aroma de nuestras oraciones; y la mirra, que significa la mortificación de la carne, mortificando por la abstinencia los vicios de la carne".*

CAPITULO III

Cristo y las observancias legales

Jesucristo no tenía obligación alguna de someterse a las observancias legales que la ley de Moisés y las costumbres del pueblo escogido imponían a todo israelita. Él estaba por encima de la Ley y era incluso señor del sábado.

Con todo, quiso voluntariamente someterse a aquellas observancias legales, no sin altísimo designio de su infinita sabiduría.

En torno al nacimiento de un niño, las principales observancias legales eran cuatro:

- **circuncisión,**
- **imposición del nombre**
- **presentación en el templo**
- **y purificación de la madre**

Son, cabalmente, las cuatro que Santo Tomás va a comentar a continuación:

1. La circuncisión

El hecho histórico de la circuncisión de Cristo consta expresamente en el Evangelio.

Al exponer las razones de conveniencia señala el Doctor Angélico las siete siguientes

1) Para demostrar la verdad de su carne, contra los que se atreverían a decir que tenía un cuerpo fantástico o aparente, como Maniqueo; contra Apolinar, que afirmó la consubstancialidad del cuerpo de Cristo con la divinidad; y contra Valentín, que sostenía que Cristo había traído su cuerpo del cielo.

2) Para aprobar la circuncisión, que en otro tiempo había sido instituida por Dios.

3) Para probar que era del linaje de Abrahán, el cual había recibido el precepto de la circuncisión como signo de su fe en Cristo.

4) Para quitar a los judíos el pretexto de rechazarle por incircunciso.

5) Para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia, por lo que fue circuncidado al octavo día, según el mandato de la ley.

6) Para que quien había venido "en carne semejante a la del pecado" (Rom 8,3) **no desechase el remedio con que la carne de pecado solía limpiarse.**

7) Para que, tomando sobre sí la carga de la ley, librase a los demás de semejante carga, según las palabras de San Pablo: "Dios envió a su Hijo, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley" (Gal 4,4-5)**.**

Dificultades.
Es interesante la respuesta a las dificultades.

DIFICULTAD. Al llegar la realidad debe cesar el simbolismo. La alianza de Dios con su pueblo, simbolizada por la circuncisión, quedó realizada con el nacimiento de Cristo. Luego a partir de ese instante debió cesar la circuncisión.

RESPUESTA. La circuncisión, que consiste en quitar el prepucio del miembro viril, significa "el despojo de la vieja

generación”, de la cual fuimos libertados por la pasión de Cristo. Por esto, la plena realización de ese simbolismo no se cumplió en el nacimiento de Cristo, sino en su pasión, antes de la cual conservaba la circuncisión su virtud y vigencia. De ahí la conveniencia de que Cristo, antes de su pasión, fuese circuncidado como hijo de Abraham.

DIFICULTAD. Todo cuanto hizo Cristo debemos imitarlo nosotros. Pero San Pablo nos advierte enérgicamente que no debemos circuncidarnos: “Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada” (Gal 5,2)**. Luego Cristo no debió ser circuncidado, para no inducirnos a nosotros a error.**

RESPUESTA. Cristo se sometió a la circuncisión en el tiempo en que estaba vigente, y así su obra se nos ofrece como ejemplo que imitar, observando las cosas que en nuestro tiempo estén preceptuadas. Muy bien dice el Eclesiastés: “Todo tiene su tiempo y su hora”.

DIFICULTAD. La circuncisión se ordenaba a quitar el pecado original. Pero, como Cristo no lo tuvo, no debió someterse a la circuncisión.

RESPUESTA. Como Cristo, sin tener ningún pecado, sufrió por propia voluntad la muerte, que es efecto del pecado, para librarnos a nosotros de ella y hacernos morir espiritualmente al pecado, así también quiso someterse a la circuncisión, remedio del pecado original, sin tener ese pecado, para librarnos del yugo de la ley y para producir en nosotros la circuncisión espiritual; es decir, para que, tomando el simbolismo, cumpliera la verdad.

El evangelio de San Lucas nos dice que,
"Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, *le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno*" (Lc 2,21)**.**

Etimológicamente, el nombre de Jesús significa "la salvación de Yavé", como insinuó el ángel al informar a San José del misterio realizado en su virginal esposa: *"Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt 1,21)**.**
En efecto: la palabra Ιησούς**, Jesús, es la forma griega del hebreo Ieshu'a, que, a su vez, es forma abreviada del nombre Iehoshu'a: Yavé salvará, o Yavé es salvación.**

Este nombre no es raro en el Antiguo Testamento, en el que adquiere diversas formas: Josué, Josías, Oseas, Isaías, etc., y aún hoy es bastante frecuente entre los orientales y en ciertos países cristianos (España entre ellos). En otros países cristianos se considera irreverente imponer este nombre a los niños (algo así como si se les llamara Cristo).

Santo Tomás razona la conveniencia del nombre de Jesús impuesto al Salvador del mundo en la siguiente forma:

"Los nombres deben responder a las propiedades de las cosas, expresando la definición y dándonos a conocer la naturaleza de las mismas.

"Los nombres de los individuos se toman de alguna propiedad de la persona a quien se impone. Ya sea del tiempo, como se imponen los nombres de los santos a aquellos que nacen en sus fiestas; ya del parentesco, como se impone al hijo el nombre de su padre o de algún pariente; ya de algún suceso, como José llamó a su primogénito Manases, diciendo: "Dios me ha hecho olvidar todas mis penas"; ya de

alguna cualidad de la persona a quien se impone el nombre, como se llamó Esaú (= rubio) al primer hijo de Jacob, que nació con el pelo de ese color.

"Ahora bien: los nombres impuestos por Dios a algunos siempre significan algún don gratuito que Dios les concede, como cuando cambió el nombre al patriarca Abraham diciéndole: "Ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos"; y a San Pedro: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro (= piedra), porque sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Pues como a Cristo-hombre le fue otorgada la gracia de ser el Salvador del mundo, con razón se le llamó Jesús, o sea Salvador. Y este nombre fue previamente comunicado por el ángel, no sólo a la Madre, sino también a San José, que había de ser su padre nutricio".

El nombre de Emmanuel anunciado por el profeta Isaías para el Mesías significa Dios con nosotros y está contenido implícitamente en el nombre de Jesús, puesto que aquél designa la causa de la salvación, que es la unión de la naturaleza divina con la humana en la persona de Jesús, por la cual *"Dios estuvo con nosotros".*

Hay que notar que Jesús es el nombre personal del hijo de María, y mueve al amor y la confianza; Cristo (— ungido) es su nombre mesiánico, e inspira respeto y veneración;

Jesucristo es una contracción de ambos nombres e infunde, a la vez, confianza y respeto; Señor, en fin, expresa la grandeza y majestad del Rey de la gloria como dueño y señor (Dominus) de cielos y tierra. Como es sabido, los Santos Padres, teólogos, doctores, poetas y oradores cristianos han rivalizado en alabanzas y bendiciones al nombre santísimo de Jesús. Fray Luis de León termina su obra inmortal sobre Los nombres de Cristo exponiendo

largamente el nombre de Jesús, que encierra y resume todos los demás que se le aplican. He aquí un breve fragmento de ese capítulo admirable:

"De arte que, diciendo que se llama Cristo Jesús, decimos que es Esposo y Rey y Príncipe de paz y Brazo y Monte y Padre y Camino y Pimpollo; y es llamarle, como también la Escritura le llama, Pastor y Oveja, Hostia y Sacerdote, León y Cordero, Vid, Puerta, Médico, Luz, Verdad y Sol de justicia, y otros nombres así.

Porque, si es verdaderamente Jesús nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos; y si le faltaran, no fuera Jesús entero ni salud cabal, así como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condición de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupción que había en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenía en nuestra alma el demonio, y las penas a la que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hacerse ni venir a colmo si Cristo no fuera Pastor que nos apacentara y guiara, y Oveja que nos alimentara y vistiera, y Hostia que se ofreciera por nuestras culpas, y Sacerdote que interviniera por nosotros y nos desenojara a su Padre, y León que despedazara al león enemigo, y Cordero que llevara sobre sí los pecados del mundo, y Vid que nos comunicara su jugo, y Puerta que nos metiera en el cielo, y Médico que curara mil llagas, y Verdad que nos sacara de error, y Luz que nos alumbrara los pies en la noche de esta vida oscurísima, y, finalmente, Sol de justicia que en nuestras almas, ya libres por Él, naciendo en el centro de

ellas, derramara por todas las partes de ellas sus lúcidos rayos para hacerlas claras y hermosas.

Y así, el nombre de Jesús está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay se endereza y encamina a que Cristo sea perfectamente Jesús".

San Bernardo

No por muy conocido deja de ser sublime el comentario que San Bernardo dedica al nombre de Jesús en sus Sermones sobre el Cantar de los Cantares, y que ha recogido, en parte, la santa Iglesia en el oficio litúrgico del Santo Nombre de Jesús. He aquí uno de sus más preciosos fragmentos:

"Hay, sin duda, semejanza entre el nombre del Esposo y el óleo, por donde no en vano el Espíritu Santo compara el uno al otro. No sé si a vosotros se os ocurrirá alguna razón más convincente; pero yo creo que es porque el óleo tiene tres cualidades, pues luce, alimenta y unge. Fomenta el fuego, nutre la carne, alivia el dolor. Es luz, comida, medicina.

Veamos cómo todo esto conviene cumplidamente al nombre del Esposo. Este dulcísimo nombre brilla predicado, alimenta rumiado, unge y mitiga los males invocado.

Y recorramos cada una de estas cosas. ¿De dónde pensáis salió tan grande y súbita LUZ de la fe a todo el orbe sino del nombre de Jesús predicado? ¿No fue con el resplandor de este nombre excelso con que Dios nos llamó a su admirable luz, a fin de que, estando así iluminados, viésemos por medio de esta luz otra luz, como habla el profeta, para que con toda razón pudiera decirnos Pablo: "Erais antaño

tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor?". Y cierto, éste es aquel nombre que se mandó a este mismo apóstol llevarlo ante los reyes, las naciones y los hijos de Israel; y Él lo llevaba como antorcha con que esclarecía a su patria, voceando por doquier: La noche precedió y acércase el día; rechacemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos las armas de la luz. Andemos honestamente, como de día.

Mostraba a todo el mundo la lámpara sobre el candelero, anunciando en todas partes a Jesús, y a este crucificado. ¡Cuán resplandeciente fue esta luz y cómo hirió los ojos de todos los que la miraban, pues vemos que, saliendo como relámpago de la boca de Pedro, consolidó piernas y pies de un cojo y dio vista a muchos espiritualmente ciegos! ¿No es verdad que lanzaba llamas de fuego cuando dijo: En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda?".

Pero el nombre de Jesús no es sólo luz, es COMIDA.

¿No te sientes fortalecido cuantas veces lo recuerdas? ¿Qué cosa hay que nutra tanto el espíritu del que lo medita? ¿Qué otra cosa repara tanto las fuerzas perdidas, hace las virtudes más varoniles, fomenta las buenas y loables costumbres y las inclinaciones castas y honestas? Todo alimento del alma carece de substancia si no va condimentado con este óleo; es insípido si no está sazonado con esta sal.
El leer me fastidia si no leo el nombre de Jesús. El hablar me disgusta si no se habla de Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón.

Pero es también MEDICINA.

¿Está triste alguno de vosotros? Pues venga Jesús a su corazón y de allí pase a la boca, y apenas es pronunciado este nombre adorable, produce una luz resplandeciente, que ahuyenta los disgustos y restablece la calma y la serenidad. ¿Cae alguno en pecado ? ¿Corre por esto desolado a la muerte por la senda de la desesperación? Pues invoque este nombre vital y al punto respirará de nuevo aires de vida. ¿Quién a la sola invocación de este saludable nombre no ha visto derretida la dureza de su corazón, sacudida su perezosa indolencia, apaciguada su ira y fortalecida su languidez? ¿Quién es aquel cuya fuente de lágrimas se haya secado y que, a la mera invocación de Jesús, no las haya sentido brotar al punto más copiosamente y correr con más suavidad? ¿Quién, aterrado con la opresión de algún inminente peligro, no se ha visto libre de todo temor, recobrando la más completa seguridad al invocar este nombre, que inspira fuerza y generosidad? ¿Quién es aquel cuyo espíritu fluctuante y congojoso no se haya afianzado y serenado al momento con sólo invocar este nombre, que alumbra y esclarece el corazón ? Y, en fin, ¿quién en la adversidad, desconfiado y aun a punto de sucumbir, no ha recobrado nuevo vigor con sólo sonar este nombre saludable? Tales son los achaques y enfermedades del alma, de que es infalible medicina.

San Lucas, el evangelista de la infancia de Jesús, dedica, como acabamos de ver, un solo versículo a la ceremonia legal de la circuncisión e imposición del nombre de Jesús. En cambio, describe largamente la presentación de Jesús en el templo y purificación de María. Y, en esta ceremonia, lo

más importante a los ojos del evangelista no es el cumplimiento de los ritos legales a que quisieron someterse Jesús y María, sino la llegada del anciano Simeón, traído por el Espíritu Santo, y la de Ana la profetisa, almas llenas de Dios a quienes es dado conocer al Niño. Fue esto una nueva epifanía en favor de estas almas, que vivían con la esperanza de la consolación de Jerusalén, es decir, con las esperanzas mesiánicas

Es evidente que a Jesús no le obligaba el precepto de la ley de Moisés mandando presentar al Señor todos los primogénitos, tanto de hombres como de animales, y ofrecer por su rescate un cordero o, al menos, dos tórtolas o pichones, si eran pobres.
Pero se sometió voluntariamente a ello porque, como dice San Pablo, Cristo quiso nacer "bajo la ley para redimir a los que estaban bajo ella" y "para que la justicia de la ley se cumpliera espiritualmente en sus miembros".

Además de esta razón fundamental, el Doctor Angélico expone algunas otras muy hermosas, vamos a asomarnos a tres de ellas:

a) Dice San Beda que así como el Hijo de Dios se hizo hombre y fue circuncidado en la carne, no por sí mismo, sino para hacernos a nosotros dioses *mediante la gracia* y para circuncidarnos espiritualmente, así también por nosotros es presentado al Señor, *para que nosotros aprendamos a*

***presentarnos a Dios*. Y esto lo hizo después de circuncidado, para mostrar que ninguno es digno de las miradas divinas si no está circuncidado de los vicios.**

b) Jesucristo quiso que se ofrecieran por Él las hostias legales, siendo Él la verdadera hostia, para juntar la figura con la verdad y aprobar con la verdad la figura, contra aquellos que niegan ser el Dios de la ley el predicado por Cristo en el Evangelio.

c) El Señor de la gloria, que, "siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza", quiso que se ofreciera por Él la hostia de los pobres (dos tórtolas o pichones), así como en su nacimiento *"fue envuelto en pañales y reclinado en un pesebre".*

> **Sin embargo, los Santos Padres han visto en estas aves ciertas figuras y símbolos, pues la tórtola, que es ave locuaz, significa bien la predicación y la confesión de la fe; y porque es animal casto, significa la castidad; y porque es animal solitario, significa la contemplación.**
>
> **La paloma, a su vez, es animal manso y sencillo, que significa la mansedumbre y la sencillez. Es animal que vive en bandadas, y con esto significa la vida activa.**
>
> **Con semejantes hostias se significa la perfección de Cristo y de sus miembros. Una y otra, por el hábito que tienen de arrullar, designan el llanto de los santos en la vida presente; pero la tórtola, que es solitaria, significa las lágrimas de la oración privada, mientras que la**

paloma, que vive en bandadas, significa las oraciones públicas de la Iglesia.

Y de uno y otro animal se ha de ofrecer una pareja, porque la santidad no está sólo en el alma, sino también en el cuerpo.

Tampoco a la Virgen María obligaba la ceremonia legal de la purificación prescrita en la ley de Moisés, pues siendo purísima e inmaculada y habiendo concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varón, no estaba manchada con ninguna impureza material ni legal.

Y, sin embargo, ahí está el hecho referido por San Lucas: *"Así que se cumplieron los días de la purificación (de María), según la ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor".*

La ley de Moisés, en efecto, declaraba impuro el acto de dar a luz un hijo, y *de ahí la necesidad de purificación para la madre:*
"Cuando dé a luz una mujer y tenga un hijo, será impura siete días, como en el tiempo de la menstruación. El octavo día será circuncidado el hijo, *pero ella quedará todavía en casa durante treinta y tres días en la sangre de su purificación.*
No tocará nada santo, ni irá al santuario hasta que se cumplan los días de su purificación... Entonces presentará al sacerdote, a la entrada del tabernáculo de la reunión, un cordero primal en holocausto y un pichón o una tórtola en sacrificio por el pecado...

Como advierte oportunamente Maldonado, la mujer que había dado a luz "era considerada como impura ante el Señor, no porque no fuese lícito y santo el matrimonio o fuese inmundo su uso, sino porque mediante la concepción se transmitía a la prole el pecado original, como dice David: Porque fui concebido en la maldad, y en el pecado me engendró mi madre.
Si no puede ofrecer un cordero, tomará dos tórtolas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio por el pecado; el sacerdote hará por ella la expiación y será pura".

Tal era el rito a que estaba sometida toda madre después de su alumbramiento, y esto fue lo que cumplió la Virgen, que a los ojos de todos no lo era más que todas las otras madres. Como pobre, presenta la ofrenda de los pobres; pero el Niño debió ser rescatado con cinco siclos de plata, cantidad respetable para una familia pobre.

¿Por qué quiso someterse la Virgen a una ceremonia tan humillante y que no le obligaba en modo alguno? He aquí el razonamiento teológico de Santo Tomás:
"Como la plenitud de la gracia se deriva del Hijo a la Madre, así también era razonable que la Madre se conformase con la humildad del Hijo, "pues Dios da su gracia a los humildes».

Por esto, así como Cristo, aunque no sujeto a la ley, quiso, sin embargo, someterse a la circuncisión y a las otras cargas de la ley, para darnos ejemplo de humildad y obediencia, para aprobar la ley y quitar a los judíos toda ocasión de calumnia, por las mismas razones quiso que su

Madre cumpliese las observancias de la ley, aunque no estaba obligada a ellas".

CAPITULO IV

La vida oculta de Jesús

Como advertíamos al comienzo de esta sección, Santo Tomás no dedica en la Suma Teológica ninguna cuestión especial a la vida oculta de Jesús en Nazaret, sin duda porque no plantea ningún problema teológico especial.

Con todo, vamos a dedicarle un breve capítulo para recoger algunas de sus enseñanzas más importantes en orden a la piedad cristiana.

Como es sabido, el Evangelio es extraordinariamente parco en noticias sobre la infancia de Jesús y su vida oculta en Nazaret. Tres hechos, sin embargo, nos han conservado San Mateo y San Lucas, llenos de preciosas enseñanzas para nosotros:

- **la huida a Egipto,**
- **la pérdida y hallazgo del Niño a los doce años**
- **y su vida escondida en el taller de Nazaret hasta los treinta años de edad.**

Vamos a exponerlas brevemente:

1. La huida a Egipto

Hemos recogido ya el episodio de la adoración de los Magos y la misteriosa advertencia que se les hizo en sueños de no volver a Jerusalén e informar a Herodes acerca del Niño. A renglón seguido refiere San Mateo el episodio de la huida a Egipto en la siguiente forma:

"Partido que hubieron (los Magos), el ángel del Señor se apareció en sue» ños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida. Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y partió para Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo». Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en sus términos, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los Magos".

Según los evangelios apócrifos, el viaje de la Sagrada Familia desde Belén a Egipto fue una serie ininterrumpida de maravillas: leones que les acompañan en el desierto enseñándoles el camino, palmeras que se inclinan para alimentarlos con sus dátiles, fuentes que brotan para apagar su sed, etc., etc.

Nada de esto puede creerse. Al contrario, el camino debió de ser penosísimo y lleno de privaciones, sobre todo por la falta de agua. Por el camino más corto tardarían en llegar a la primera ciudad de Egipto más de una semana.
Sólo Dios sabe *hasta dónde llegaron las angustias y sufrimientos de los fugitivos*, teniendo en cuenta que *Jesús no hizo nunca ningún milagro en beneficio propio o de los suyos.*

Sin gran esfuerzo pueden señalarse algunas razones por las que la divina Providencia ordenó la huida a Egipto de la Sagrada Familia:

a) Para salvar la vida del Niño por medios ordinarios y sin intervención milagrosa alguna. Enseñándonos con ello a hacer de nuestra parte todo cuanto podamos para huir de los peligros que acechan nuestra

alma y a no tentar a Dios esperando un milagro sin colaboración alguna por parte nuestra.

b) Para que se cumpliese la profecía de Oseas: "De Egipto llamé a mi hijo".
Esta profecía se refiere a Israel, pero el evangelista la cita en sentido típico, aplicándola al Mesías, Hijo de Dios.

c) Para que recibiesen los gentiles las primicias de la futura redención de Cristo, que había de extenderse al mundo entero.
A este propósito escribe San León en su segundo sermón de Epifanía:
"Fue llevado a Egipto el Salvador para que el pueblo, entregado a los errores antiguos, fuese señalado, por la oculta gracia, como destinado a la salud ya próxima; y el que no había echado todavía de su alma la superstición, recibiese como huésped la verdad".

c) **"Huye a Egipto para que los que sufren persecución por el nombre de Cristo, los que toleran persecuciones, los que aguantan injurias, permanezcan con fortaleza, luchen varonilmente, *no abandonen la Iglesia, sino que se acuerden siempre de que el Señor sufrió persecución de los pecadores"* (Orígenes).**

2. Pérdida y hallazgo del niño Jesús

No sabemos exactamente cuánto tiempo duró la estancia de la Sagrada Familia en Egipto; pero, a juzgar por la cronología del rey Herodes, muerto poco después de la matanza de los niños inocentes, quizá no se prolongó más de unas semanas o de unos pocos meses.

Como quiera que sea, el evangelista nos relata el regreso a la patria en la siguiente forma:
"Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a su madre y partió para la

tierra de Israel. Mas, habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profetas, que sería llamado Nazareno".

Tranquila y silenciosa discurría la vida de la Sagrada Familia en el humilde hogar de Nazaret. "El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El". Pero un suceso misterioso iba a turbar por un momento la paz y felicidad inefable de María y José. Escuchemos el emocionante relato de San Lucas:

"Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya Jesús de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtieran. Pensando que estaba en la caravana, anduvieron camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos, y, al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y El les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todo esto en su corazón".

Como notan los exégetas, la respuesta de Jesús a su madre <u>puede leerse de dos modos</u>:

a) *"¿No sabíais que debía estar en la casa de mi Padre, cerca de mi Padre ?"*

b) *"¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?"*

Desde el punto de vista filológico, <u>ambas versiones están justificadas</u>.

La versión bíblica Peshita, con un buen número de Santos Padres, dan la primera versión.

La Vulgata, con numerosos intérpretes, la segunda.

Entre los modernos exégetas, prefieren la primera versión Zahn, Lagrange, Prat, Plummer, Bover-Cantera, etcétera;
la segunda, Joüon, Dalman, Fillion, Nácar-Colunga, Hernández, etc.

Escuchemos a este último:
«Zahn explica largamente el sentido de la respuesta conforme a la primera interpretación: Jesús se maravilla de que le hayan estado buscando por las casas de la ciudad en vez de ir desde luego al templo, pues debían saber que lo que a Él más le importaba era la casa de su Padre.
Pero, con tal razonamiento, Jesús contestaba sólo a la segunda parte de lo que había dicho la Virgen ("te buscábamos afligidos"),
no a la primera («Hijo, ¿por qué obraste así con nosotros?»).
Ahora bien, esta última era, evidentemente, la principal, y encerraba una cierta amorosa reconvención, y fuera extraño que Jesús, al responder, no la tuviera para nada en cuenta.
Por el contrario, a ella responde plenamente si se admite la segunda interpretación. Como si dijera: No había motivo para tanta ansiedad y aflicción en el buscarme, pues bien podíais suponer dónde estaba. Cuanto al haberme separado de vosotros, lo hice por motivos superiores, para atender al servicio de mi Padre. Tal respuesta abarcaba los dos extremos y daba satisfacción cumplida a la queja de la madre».

Sea cual fuere el verdadero sentido de la respuesta de Jesús, no cabe duda que el episodio de su pérdida debió de constituir para María y José uno de los dolores más profundos y angustiosos de su vida. Sabían, sin duda alguna, que Jesús era el Hijo de Dios y el Mesías tan ardientemente esperado por el pueblo israelita; pero ignoraban los designios de la divina Providencia sobre el modo y las circunstancias de su manifestación al mundo para transmitirle el mensaje evangélico y redimirle de sus pecados.

Simeón había profetizado a María que una espada de dolor atravesaría su corazón; pero sin darle ningún detalle sobre su naturaleza y circunstancias.
El pensamiento de que quizá no volverían a ver a Jesús, debió de torturar horriblemente durante los tres días de su pérdida los corazones de María y de José.
La divina Providencia lo permitió así, quizá para recordarnos a todos que nada absolutamente debe anteponerse a la voluntad de Dios sobre nosotros y a su divino servicio, ni siquiera el amor y la obediencia tan legítimos que debemos a nuestros padres.

3. La vida en Nazaret

La alegría desbordante del hallazgo de Jesús debió de hacer olvidar muy pronto a María y José la angustia terrible de su pérdida. San Lucas termina el relato del misterioso episodio diciendo:

"Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todo esto en su corazón".

Y les estaba sujeto: et erat subditus illis. Con esa sencilla expresión resume el Evangelio toda la vida oculta de Jesús en Nazaret, que se prolongó hasta cerca de los treinta años de su edad .

Nada sabemos de toda esta larga época, que abarca la casi totalidad de la vida de Jesús sobre la tierra.
San Lucas añade únicamente que Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres.

¿Qué hizo Jesús durante los treinta años de su vida oculta en Nazaret? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuáles eran sus ocupaciones habituales? ¿Fue a la escuela? ¿Tuvo amigos? Estas mismas preguntas y cien más ha formulado siempre la piedad cristiana, sin haber obtenido jamás una respuesta enteramente cierta y segura. Todo se reduce a simples conjeturas, más o menos fundadas en las costumbres de la época y en el ambiente histórico en que se desenvolvió en Nazaret la vida humana del Hijo de Dios encarnado.

El eminente exégeta P. Lagrange nos da los siguientes interesantísimos datos:

“Hablaba la lengua del país, que es el arameo; pero, llegado el caso, se expresaba también en griego y en hebreo. Es verdad que ejerció un oficio manual: era carpintero, en el sentido más amplio de la palabra, y algunas veces trabajó en construcciones; esto mismo hicieron algunos rabinos célebres. Tenían a honra ganar su vida, para no verse obligados a pedir que les pagaran sus lecciones de ciencia divina.

En Nazaret vivía rodeado de gentes dedicadas al cultivo y a las viñas, y más tarde irá con ellos a la pesca en el lago, pero dejará la dirección a Pedro y a los otros discípulos, más acostumbrados que Él a estas faenas.
De todos tomará las costumbres e imágenes para sus parábolas, que nadie dirá como Él.

Si estuviese permitido afinar en el análisis de su desarrollo humano, se diría que hubo en Él, como en otros, algo de la influencia de su Madre: su gracia, su finura exquisita, su dulzura indulgente, le pertenecen. En eso precisamente es en lo que se distinguen aquellos que han sentido muchas veces su corazón como templado por la ternura maternal: en su espíritu aguzado por la conversación con la mujer venerada y tiernamente amada, que tanto se complacía en iniciarlo en los matices más delicados de la vida.

Si José enseñó a su hijo adoptivo el arte de acepillar tablas, ¿no se ofreció a Jesús como modelo acabado de obrero honrado y digno del más piadoso israelita? Oiremos aquí por última vez hablar de José en el Evangelio. No debía tomar parte en la predicación, siendo el gran silenciario y contemplativo del misterio. Había muerto cuando comenzó a anunciar el reino de Dios aquel a quien los de Nazaret llamaban el hijo de María”.

Un historiador moderno de Jesucristo escribe lo siguiente acerca del tenor de vida en el taller de Nazaret:

Verdaderamente era la casita de Nazaret casa de obediencia: Dios obedece al hombre, el Criador a la criatura, el Todo a la nada. ¡Qué papeles tan opuestos al juicio del mundo juegan las tres personas que constituyen la familia de Nazaret! Jesús, Señor de cielos y tierra, a cuyas órdenes están las jerarquías angélicas; que con sólo una palabra hizo surgir de la nada el universo entero, obedece a José y a María, y no manda a nadie.
María, llena de gracia, el alma más santa que salió de las manos de Dios, pero, al fin, pura criatura, manda a su Criador y obedece a José.
Y José, que, si bien santísimo, es, empero, muy inferior a su esposa, manda a Jesús y a María, y no obedece a ninguno de los dos.
"*Estábales sujeto. ¿Quién? ¿A quiénes? Dios a los hombres; y no sólo a María, sino también a José. ¡Estupor y cosa de milagro! Que Dios obedezca a una mujer, humildad sin ejemplo; que una mujer mande a Dios, sublimidad sin par*" (San Bernardo).

Y era también casa de trabajo. José tenía que sustentar la familia con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro. María prepararía la comida, molería el trigo con el pequeño molino a mano y cocería el pan, hilaría, cosería y lavaría la ropa; en una palabra, andaría todo el día ocupada en aquellos quehaceres propios de una madre de familia pobre. Y Jesús, cuando pequeñito, ayudaría a su madre a barrer la casa, encender la lumbre, moler el trigo, llevar recados, acompañar a María, con su cantarito, cuando iba por agua a

la fuente... Ni faltaría el estudio, pues como en todo quiso parecerse a nosotros, excepto el pecado, iría a la sinagoga, y escucharía al maestro, y aprendería y recitarla la lección como los demás niños de su edad. Y cuando ya mayorcito, se pondría a trabajar para ayudar él también al sustento de la familia... San José ejercía el oficio de artesano, y Jesús, como era natural, aprendió de su padre putativo el mismo oficio. El Verbo humanado, que había de ser en todo nuestro perfecto modelo, quiso darnos ejemplo de trabajo manual. Esta era ocupación, sin duda, modesta, pero en ninguna manera poco honrosa. Personas de buena posición no se desdeñaban de enseñar a sus hijos algún oficio de artesano. El rabino Gamaliel decía: *"¿A qué puede compararse el que ejercita un oficio manual? A una viña cercada de un muro y a un jardín protegido por un vallado".*

Algunos Santos Padres se complacen en decir que la principal ocupación de Jesús en Nazaret fue la dulce tarea de santificar cada vez más a su queridísima madre María y a su padre adoptivo San José. Nada más sublime, pero tampoco más lógico y natural.

CAPITULO V

El bautismo de Jesucristo

La última cuestión que examina el Doctor Angélico en esta primera sección de los misterios de la vida de Cristo es la referente al bautismo que quiso recibir el Salvador de manos de Juan el Bautista.

Con ello comenzó oficialmente, por así decirlo, la vida pública de Jesucristo.

Fue como una nueva epifanía o manifestación de Cristo, en la que, a diferencia de la primera, que alcanzó a contadas personas, la presencia de Cristo en el mundo fue pública y solemnemente anunciada por la voz augusta del Eterno Padre: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias".

Estudiaremos en primer lugar la naturaleza del bautismo que administraba Juan y después expondremos el bautismo de Jesucristo, administrado por el propio Precursor.

1. El bautismo de Juan

Los cuatro evangelistas describen minuciosamente la predicación de Juan el Bautista y el testimonio que dio de Jesucristo como Mesías anunciado por los profetas y como Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Recogemos a continuación el relato de San Mateo:

"En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca. Este es aquel de quien habló el profeta Isaías cuando dijo: "Voz del que clama en el desierto. Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas». Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Venían a él de Jerusalén y de toda Judea y de toda

la región del Jordán, y eran por él bautizados en el río Jordán y confesaban sus pecados. Como viera a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza? Haced frutos dignos de penitencia, y no os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos a Abrahán por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abrahán. Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo, cierto, os bautizo en agua para penitencia; pero detrás de mí viene otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de llevar las sandalias: él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene ya el bieldo en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible".

Estos son los hechos históricos. Vamos ahora a examinar a la luz de la teología la naturaleza del bautismo de Juan y los efectos que producía en el alma de los que lo recibían. Como siempre, procederemos por conclusiones.

Conclusión 1ª. "Fue muy conveniente que Juan bautizara preparando los caminos del Señor; su bautismo venía de Dios, pero no confería por sí mismo la gracia en los que le recibían, aunque les preparaba para ella, excitándoles al arrepentimiento de sus pecados.

La conveniencia de que Juan administrara un bautismo preparando los caminos del Señor, la prueba Santo Tomás por cuatro razones:
a) Porque convenía que Cristo fuera bautizado por Juan, "a fin de que consagrase el bautismo", como dice San Agustín.

b) Para manifestar más fácilmente a Cristo, pues concurriendo a Juan las muchedumbres para recibir el bautismo, les anunciaba a Cristo

más fácilmente que si hubiera tenido que hacerlo a cada uno en particular.

c) Para que con su bautismo acostumbrase a los hombres al bautismo de Cristo.

d) Para que, induciendo a los hombres a penitencia, les preparase a recibir dignamente el bautismo de Jesucristo.

Su bautismo venía de Dios. Jesucristo preguntó en cierta ocasión a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo si el bautismo de Juan era del cielo o de los hombres. No supieron contestarle. Pero evidentemente venía de Dios.

Lo dijo el mismo Juan Bautista:
"Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo".

Santo Tomás advierte que el bautismo de Juan venía de Dios por habérselo inspirado el Espíritu Santo; pero sus efectos eran puramente naturales o humanos, ya que no producían la gracia, aunque preparaban los corazones para recibirla. Escuchemos sus palabras:

"Toda la enseñanza y la obra de Juan eran preparatorias de la obra de Cristo, como la del aprendiz y del obrero inferior es preparar la materia para recibir la forma que ha de introducir el principal artífice. Ahora bien, la gracia debía ser conferida a los hombres por Cristo, según las palabras de San Juan: "La gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo". De manera que el bautismo de Juan no confería la gracia; lo que hacía era preparar para la gracia, y esto de tres maneras.

- ***La una, por la doctrina con que Juan inducía a los hombres a la fe de Cristo.***
- ***La otra, acostumbrándoles al rito del bautismo.***
- ***La tercera, preparándoles por la penitencia a recibir los efectos del bautismo de Cristo".***

Santo Tomás añade que el bautismo de Juan no era de suyo un sacramento; pero era un rito a modo de sacramental, que disponía para el bautismo de Cristo. Por esto pertenecía, en cierto modo, a la ley de Cristo, no a la ley de Moisés.

Conclusión 2ª Los bautizados con el bautismo de Juan debían ser de nuevo bautizados con el bautismo de Cristo.
La razón, sencillísima, es porque-—como acabamos de decir—el bautismo de Juan no confería la gracia ni imprimía en el alma el carácter sacramental. Era un bautismo de agua—y en esto coincide con el bautismo cristiano—, pero no comunicaba el Espíritu Santo; y el Señor afirmó expresamente en el Evangelio que, "si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios". Tal es, precisamente, el efecto del bautismo de Cristo, administrado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

2. Cristo, bautizado por San Juan

Recordemos en primer lugar la escena evangélica:
"Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Juan se oponía, diciendo: Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia. Entonces Juan condescendió. Bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que vio abrírsele los cielos y al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias".

Veamos ahora las derivaciones de orden teológico que se desprenden de este episodio de la vida de Jesucristo.

Conclusión 1ª <u>Fue muy conveniente</u> que Cristo fuera bautizado y recibiera el bautismo de Juan.

Santo Tomás da las siguientes razones para probar la conveniencia del bautismo de Jesús:

a) Para purificar las aguas, dejándolas limpias con el contacto de su carne y dándoles la virtud de santificar a los que luego se habían de bautizar.

b) Porque, aunque Él no era pecador, llevaba la semejanza de la carne de pecado y quiso sumergir en las aguas a todo el viejo Adán.

c) Para darnos ejemplo e impulsarnos a recibir el verdadero bautismo, que Él había de instituir más tarde.
Y fue conveniente que recibiera el bautismo de Juan-—no el bautismo cristiano—porque, estando lleno del Espíritu Santo desde el primer instante de su concepción, no necesitaba recibir el bautismo espiritual. De esta forma, además, autorizaba el bautismo de Juan como preparación para el verdadero bautismo y nos impulsaba con su ejemplo a recibir este último.

Con relación a los demás, hay que añadir lo siguiente:

1° Fue conveniente que, además de Cristo, recibieran el bautismo de Juan otros muchos, para que nadie pudiera decir que el bautismo de Juan, que recibió el mismo Cristo, era más digno que el bautismo cristiano con que eran bautizados los otros. Al contrario, los bautizados por Juan estaban obligados a recibir también el bautismo cristiano.

2° Fue también conveniente que, después de bautizar a Cristo, continuara Juan bautizando. Porque el bautismo de Juan era una preparación para que otros se llegasen al bautismo de Cristo, al cual eran remitidos por el Precursor.

Conclusión 2ª Todas las circunstancias que rodearon el bautismo de Jesús—edad, lugar, cielos abiertos, aparición del Espíritu Santo en forma de paloma y voz del Padre—fueron muy convenientes y oportunas.

Recorrámoslas brevemente una por una:

EDAD. Muy razonable fue que Cristo se bautizase a los treinta años, pues ésa es la edad que se considera perfecta, y en ella comenzó Cristo a predicar el Evangelio.

Sin embargo, el bautismo cristiano debe recibirse inmediatamente después del nacimiento, para no carecer de la gracia—que no confería el bautismo de Juan—y evitar el peligro de morir sin él.

LUGAR. Fue el río Jordán el que atravesaron los hijos de Israel para entrar en la tierra de promisión. Pero el bautismo de Cristo introduce al que lo recibe en la verdadera tierra de promisión, que es el reino de los cielos. Por esto fue conveniente, como simbolismo, que Cristo fuera bautizado en el río Jordán.

CIELOS ABIERTOS. Fue oportunísimo que, al ser bautizado Cristo, se abrieran los cielos sobre El, para significar que

por el bautismo cristiano se nos abre la entrada del reino celestial, cerrada al primer hombre por el pecado.

APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FORMA DE PALOMA. Fue convenentísimo que descendiera sobre el Señor el Espíritu Santo en forma de paloma, para significar que todo aquel que recibe el bautismo de Cristo se convierte en templo y sagrario del Espíritu Santo y ha de llevar una vida llena de sencillez y candor como la de la paloma.

La paloma que apareció sobre Cristo simbolizaba al Espíritu Santo; *pero de ninguna manera se ha de creer que era el propio Espíritu Santo apareciéndose en forma sensible, pues no la asumió personalmente como el Verbo asumió personalmente la naturaleza humana de Cristo*.

LA VOZ DEL PADRE. Fue convenientisimo, finalmente, que en el bautismo de Cristo se oyese la voz del Padre manifestando su complacencia sobre El, porque el bautismo cristiano se consagra por la invocación y la virtud de la Santísima Trinidad, y en el bautismo de Cristo se manifestó todo el misterio trinitario: la voz del Padre, la presencia del Hijo y el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma.

Nótese que el Padre se manifestó muy oportunamente en la voz; porque es propio del Padre engendrar al Verbo, que significa la Palabra. De ahí que la misma voz emitida por el Padre da testimonio de la filiación del Verbo.

SECCIÓN II

Los misterios de la vida de Cristo en su permanencia en el mundo

Como vimos en el cuadro sinóptico que se presentó al comienzo de esta obra, la segunda sección de los misterios de la vida de Cristo se refiere a los que tuvieron lugar durante su vida pública o apostólica.

La visión teológica de Santo Tomás de Aquino abarca cuatro puntos fundamentales: su modo de vida, la tentación en el desierto, su enseñanza y sus milagros. Vamos a examinarlos en otros tantos capítulos.

CAPITULO I
Modo de vida de Jesucristo

Este capítulo se ordena por entero a justificar teológicamente el modo de vida que escogió nuestro Señor Jesucristo para convivir en este mundo con los hombres.

Fue, sin duda alguna, el más apto y conveniente de todos. No sólo por el argumento definitivo de que Dios todo lo hace bien, sino incluso por razones evidentes que descubre sin esfuerzo la razón teológica.

Procederemos, como siempre, en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª Fue convenientisimo que Cristo conversara con los hombres, en vez de entregarse a una vida contemplativa y solitaria

Como es sabido, la vida contemplativa es más perfecta que la activa, y el trato con Dios, más perfecto que el trato con los hombres.

Ahora bien: Jesucristo es el modelo supremo de toda virtud y perfección. Luego parece que debió de haber llevado una vida contemplativa y solitaria, enteramente consagrado al trato con Dios en la oración.

Sin embargo, fue más conveniente que conversase con los hombres y se entregase con ardor a la vida apostólica.

Escuchemos a Santo Tomás:
Cristo debió llevar aquel género de vida que más conviniese al fin de la encarnación, por el cual había venido a este mundo. Ahora bien, Cristo vino al mundo con una triple finalidad:

a) **PARA MANIFESTARNOS LA VERDAD. Se lo dijo Él mismo a Pilato: *"Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad".* Por eso no debió ocultarse, llevando una vida solitaria, sino manifestarse en público y predicar públicamente. Y así, decía a los que pretendían retenerle en una misma ciudad: *"Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado".***

b) PARA LIBRAR A LOS HOMBRES DEL PECADO. Lo dice San Pablo: *"Vino Jesucristo a este mundo para salvar a los pecadores".*

Por eso dice San Crisóstomo: *"Aunque, morando siempre en el mismo lugar, pudiera Cristo atraer a sí a todos para que oyesen su predicación, no lo hizo así, para darnos ejemplo de que corramos en busca de las ovejas perdidas, como el pastor busca a la oveja extraviada o el médico se llega al enfermo".*

c) **PARA QUE POR EL TENGAMOS ACCESO A DIOS, como dice el mismo San Pablo. Y así, conversando familiarmente con los hombres, nos dio confianza y nos allegó a sí.**

En cuanto a que la vida contemplativa sea más perfecta que la activa, es cierto si se comparan esas dos vidas únicamente entre sí. Pero la vida activa, que se ocupa de predicar y enseñar a otros las verdades contempladas (vida mixta), es más perfecta que la que se dedica únicamente a contemplar, porque supone la abundancia de la contemplación.

Es más perfecto arder e iluminar que sólo arder. Y ésta fue la vida de Cristo. Sin embargo, para enseñar a los apóstoles Conclusión 2ª No hubiera sido conveniente que Cristo llevara una vida demasiado austera. Fue preferible que se acomodase sencillamente a los usos y costumbres de los que le rodeaban.

Algunos profetas y patriarcas del Antiguo Testamento (v.gr., Elias) llevaron una vida muy austera; y lo mismo Juan el Bautista, que vivía en el desierto, vestía una piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre. Pero, como

Cristo predicaba una perfección de vida muy superior a la de los antiguos profetas y a la del mismo Juan el Bautista, parece que debió llevar El mismo una vida mucho más austera que ellos. Pero no fue así.

Escuchemos la razón al Doctor Angélico:

"Como hemos dicho en el artículo anterior, convenía al fin de la encarnación que Cristo no llevase una vida solitaria, sino que viviese entre los hombres. Ahora bien: el que vive con otros tiene que acomodarse a su modo de vida, como San Pablo dice de sí mismo*: "Me hago todo para todos a fin de salvarlos a todos".* Por esto fue conveniente que en la comida, bebida, etc., se acomodase Cristo a los demás".

No vayamos a pensar, sin embargo, que la vida del Señor no fue dura y austera. Al contrario, estuvo llena de privaciones y sufrimientos: nació en el portal de Belén, tuvo que huir en seguida a un país extranjero, ejercitó durante treinta años un rudo trabajo manual, durante su vida apostólica vivía de limosna y no tenía dónde reclinar su cabeza, pasaba con frecuencia las noches en oración, ayunó durante cuarenta días seguidos, sufrió los terribles dolores de su pasión, murió desnudo y fue sepultado en un sepulcro prestado.

Con todo, por la razón apuntada más arriba, no tenía inconveniente en aceptar la invitación para un banquete de bodas, y hasta se invitó Él mismo a casa de Zaqueo con el fin de llevarle la salvación y la vida.

Por eso escribe Santo Tomás en este mismo artículo:

"Una y otra vida es lícita y laudable: que uno, guardando la abstinencia, se separe del común de los hombres, o que siga la vida común en medio de la sociedad humana. Y así quiso el Señor dar ejemplo de una y otra vida». «No sin razón se volvió Cristo a la vida ordinaria después del ayuno y la vida del desierto. Esto conviene a la vida de Aquél que ha de comunicar a los otros los frutos de su contemplación: que primero se dé a la vida contemplativa y luego salga en público y viva con los otros, como hizo Cristo".
público, el Señor se apartaba de la muchedumbre de cuando en cuando. Ya sea para descansar un poco, ya para entregarse más de lleno a la oración, ya para huir del aplauso y ostentación humana.

Conclusión 3ª Fue conveniente que Cristo llevara una vida pobre y desprendida de las cosas de la tierra (III 40, 3).

Escuchemos el precioso razonamiento del Angélico:

"Era muy conveniente que Cristo llevara en este mundo una vida pobre. Y esto por cuatro razones principales:

a) PORQUE ASÍ CONVENÍA A SU OFICIO DE PREDICADOR. *Conviene que los predicadores de la palabra de Dios puedan darse totalmente a la predicación y para ello estén del todo libres de los cuidados seculares*. Por eso el Señor dijo a sus apóstoles al enviarles a predicar: "No poseáis oro ni plata". Y los mismos apóstoles hicieron elegir a los fieles siete diáconos para que atendiesen a las cosas temporales, diciendo: "No es razonable que nosotros dejemos la predicación para servir a las mesas".

b) PARA ENRIQUECERNOS A NOSOTROS. Porque a la manera que aceptó la muerte corporal para darnos la vida espiritual, así soportó la pobreza corporal para llenarnos a nosotros de riquezas espirituales, según aquellas palabras de San Pablo: "Siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza".

c) PARA QUE NO SE ATRIBUYA su PREDICACIÓN A CODICIA DE LAS RIQUEZAS. Por lo cual dice San Jerónimo que, si los discípulos tuviesen riquezas, "parecería que no por la salvación de los hombres, sino por amor de la ganancia se daban a predicar".

d) PARA QUE BRILLARA TANTO MÁS EL PODER DE SU DIVINIDAD cuanto más abatido aparecería por la pobreza. Por esto se dice en un sermón del concilio Efesino: "Eligió cuanto había de pobre, de vil, de mediocre y, para la mayoría, de oscuro a fin de mejor declarar cómo la divinidad transformaba el orbe de la tierra. Y así escogió una madre pobre, la patria más pobre, y del todo careció de dinero. Esto te demuestra el pesebre".

Conclusión 4ª Cristo vivió convenientemente según la ley de Moisés.

Ciertamente que no le obligaba, pero quiso someterse a ella por cuatro razones principales:

- **para aprobarla,**
- **para ponerle término en su propia persona a la que estaba ordenada,**
- **para quitar a los judíos la ocasión de calumniarle**
- **y para librarnos a nosotros de la servidumbre de la ley.**

CAPITULO II
La tentación de Cristo por el diablo.

Uno de los episodios más misteriosos de la vida de Jesús es el de las tentaciones que sufrió en el desierto por parte de Satanás.

Precisamente por el problema teológico que plantean les dedica Santo Tomás una cuestión entera de la Suma Teológica, dividida en cuatro artículos.

Escuchemos en primer lugar el relato evangélico de San Mateo:

"Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Pero él respondió, diciendo: Escrito está: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Le llevó entonces el diablo a la ciudad santa, y poniéndole sobre el pináculo del templo, le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: «A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra». Díjole Jesús: También está escrito: "No tentarás al Señor tu Dios". De nuevo le llevó el diablo a un monte muy alto, y, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todo esto te daré si de hinojos me adorases. Díjole entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás y a El solo darás culto". Entonces el diablo le dejó, y llegaron ángeles y le servían"

(Mt 4,1-11).

Vamos a examinar ahora brevemente, a la luz de la teología católica, la naturaleza de esas tentaciones y las razones de alta conveniencia por las que Cristo quiso someterse a ellas.

Conclusión 1ª Fue muy conveniente que Cristo fuese tentado por satanás.

Tres son los principios de donde proceden las tentaciones que padecen los hombres: el mundo, el demonio y la propia carne o sensualidad, que constituyen, por eso mismo, los tres principales enemigos del alma.

Ahora bien: Cristo no podía sufrir los asaltos del tercero de esos enemigos, puesto que—como vimos en su lugar correspondiente— no existía en Él el fomes peccati ni la más ligera inclinación al pecado.

Tampoco podían afectarle para nada las pompas y vanidades del mundo, dada su clarividencia y serenidad de juicio.

Pero no hay inconveniente alguno en que se sometiera voluntariamente a la sugestión diabólica, ya que es algo puramente externo al que la padece, y no supone la menor imperfección en Él. Toda la malicia de esta tentación pertenece exclusivamente al tentador.

Esto supuesto, he aquí las principales razones por las que Cristo quiso someterse de hecho a las tentaciones de satanás:

a) Para merecernos el auxilio contra las tentaciones.

b) Para que nadie, por santo que sea, se tenga por seguro y exento de tentaciones.

c) Para enseñarnos la manera de vencerlas.

d) Para darnos confianza en su misericordia, según las palabras de San Pablo: "No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien, fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado".

Conclusión 2ª Fue también muy conveniente el orden y modo de la tentación.

Razonando esta conclusión, dice Santo Tomás que el demonio no suele tentar al hombre espiritual induciéndole en seguida a los pecados más graves, sino que suele empezar por los leves y poco a poco le va conduciendo a los más graves.

Esto se vio muy claro en la tentación con que sedujo a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal. Primero les tentó de gula (¿Por qué no coméis...?), luego de vanagloria (Se abrirán vuestros ojos...), que es más grave que la gula, y, finalmente, les llevó hasta el último grado de soberbia (Seréis como dioses...).

Este mismo orden guardó en la tentación de Cristo. Porque primero le tentó acerca del alimento corporal, diciéndole que convirtiera las piedras en pan; luego de vanagloria, diciéndole que se echara del pináculo del templo para ser liberado espectacularmente ante los hombres por los

ángeles de Dios; y, finalmente, de idolatría (pecado gravísimo) a cambio de todas las riquezas y gloria del mundo

Se explican también fácilmente las otras circunstancias de la tentación de Cristo. Fue tentado en el desierto, porque el diablo ataca con preferencia a los solitarios, que no tienen a su lado ningún amigo ni apoyo humano para vencer la tentación.
Y le tentó después de un largo ayuno y oración, porque Cristo quiso enseñarnos de qué modo hemos de prepararnos para resistir las tentaciones (por el ayuno y la oración) y *para que nadie presuma, por muy austero que sea, de estar exento de sufrir los asaltos de la tentación*.

CAPITULO III
La enseñanza de Jesucristo.

No trataremos de exponer la doctrina evangélica, sino de examinar algunos problemas teológicos que plantea el modo con que se produjo la enseñanza de Jesucristo. Concretamente interesa averiguar:

a) Por qué se limitó personalmente a evangelizar a los judíos y no a los gentiles.

b) Por qué fustigó tan duramente a los escribas y fariseos.

c) Por qué les hablaba a veces en parábolas.

d) Por qué se limitó a la enseñanza oral y no escribió nada.

Vamos a contestar a estas preguntas en otras tantas conclusiones.

Conclusión 1ª Fue muy razonable que Cristo, por sí y por los apóstoles, empezase predicando únicamente a los judíos.

Santo Tomás da las siguientes razones:

a) Para mostrar que con su venida se cumplían las promesas mesiánicas hechas a los judíos y no a los gentiles, aunque también éstos habían de participar más tarde de la salud mesiánica.

b) Para probar que su venida era de Dios, que todo lo hace con orden. El orden, en efecto, exigía que la enseñanza de Cristo se propusiese primero a los judíos, que estaban

más allegados a la divinidad por la fe y el culto del verdadero Dios, y que por ellos se transmitiese esta enseñanza a los gentiles.

c) Para quitar a los judíos todo pretexto de calumnia y la excusa de haber rechazado al Señor por haber enviado a sus apóstoles a los gentiles y samaritanos.

a) Porque fue en la cruz donde Cristo mereció propiamente el poder y el dominio sobre todas las gentes, y por eso no quiso antes de la pasión predicar a los gentiles su doctrina; pero, después de su resurrección, envió a sus apóstoles a predicar el Evangelio por todo el mundo y a toda criatura.

Cristo fue la luz y salvación de los gentiles a través de sus discípulos, que envió a predicar a los paganos. Ni arguye menor poder, antes lo supone mayor, hacer una cosa por otros que por sí mismo. El poder divino de Cristo se manifestó en alto grado dando a la predicación de sus apóstoles

una eficacia tan grande, que convirtiesen a la fe gentes que nunca habían oído hablar de Él.
Sin embargo, no rechazó del todo a los gentiles; algunos recibieron de Él la doctrina de la salvación—la samaritana, los griegos de que habla San Juan, etc.—y hasta grandes elogios por su fe y devoción, como la cananea y el centurión romano.

Conclusión 2ª Fue muy razonable que Cristo fustigara duramente la maldad de los escribas y fariseos, aunque fuera para ellos motivo de indignación y piedra de escándalo.
Escuchemos a Santo Tomás:

"La salud del pueblo se ha de preferir a la paz de cualquier particular. Y así, cuando algunos, con su maldad, son obstáculo a la salud de la multitud, no ha de temer el predicador o doctor enfrentarse con ellos, mirando a la salud de la muchedumbre.
"Ahora bien: los escribas, los fariseos y los príncipes de los judíos se oponían con su maldad a la salud del pueblo, ya porque combatían la doctrina de Cristo, únicamente de la cual podía venir la salud; ya porque con sus depravadas costumbres corrompían la vida del pueblo. Por lo cual el Señor, sin hacer caso de su escándalo, enseñaba públicamente la verdad, que aquéllos aborrecían, y reprendía sus vicios.

Y así se lee en San Mateo que cuando los discípulos dijeron al Señor: "¿No sabes que los judíos, al oírte, se escandalizaron?", les contestó: "Dejadlos, son ciegos y guías de ciego. Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya".
Esta doctrina interesantísima nunca perderá su actualidad.

En pleno siglo de oro escribía Santa Teresa:
"Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen *mucho seso* los que los predican".

En la respuesta a las dificultades hace Santo Tomás observaciones muy interesantes:

1ª Nunca debe el hombre ofender a nadie de suerte que con sus dichos o hechos le sea ocasión de ruina. Pero dice San Gregorio que, "si el escándalo nace de la verdad, antes se ha de sufrir el escándalo que hacer traición a la verdad".

2ª Con reprender públicamente a los escribas y fariseos, Cristo no impedía, antes promovía el efecto de su doctrina, porque cuanto más conocidos del pueblo eran sus vicios, tanto menos se apartaban de Cristo, despreciando las invectivas de los escribas y fariseos, que siempre se mostraban opuestos a la enseñanza de Cristo.

3ª El apóstol San Pablo manda respetar a los ancianos; pero esa sentencia se ha de entender de aquellos ancianos

que no lo son únicamente por la edad y la autoridad, sino también por la honestidad de sus costumbres. Pero, si convierten su autoridad en instrumento de malicia, pecando públicamente, se les ha de reprender con dureza, como hizo Daniel con los viejos calumniadores de Susana.

Conclusión 3ª Fue muy conveniente que Cristo expusiera a veces su doctrina en forma de parábolas.

Consta en el Evangelio que Cristo enseñó algunas cosas a sus apóstoles en privado, pero ordenándoles que lo predicaran después públicamente: *"Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz; y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados".*

Otras veces hablaba en forma de parábolas, que explicaba después a sus discípulos, pero cuyo sentido escapaba a la mayor parte de sus oyentes. Los propios apóstoles le preguntaron al Señor la razón de esta manera de predicar, y obtuvieron una respuesta cuya interpretación exacta es muy oscura y difícil: *"Acercándosele los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Y les respondió diciendo: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios de los cielos, pero a ésos no. Porque al que tiene, se le dará más y abundará, y al que no tiene, aun aquello que tiene le será quitado. Por esto les hablo en parábolas, porque, viendo, no ven, y oyendo, no oyen ni entienden. Y se cumple con ellos la profecía de Isaías, que dice: "Cierto oiréis, y no entenderéis; veréis, y no conoceréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y se han hecho duros de oídos, y han cerrado sus ojos, para no ver con sus ojos y*

no oír con sus oídos, y para no entender con su corazón y convertirse, que yo los curaría”.

Este es uno de los pasajes evangélicos que más han hecho sudar a los exegetas. Escuchemos la interpretación del Doctor Angélico: “Por tres motivos puede una doctrina permanecer oculta:

a) POR LA INTENCIÓN DEL QUE ENSEÑA, que no quiere comunicarla a muchos, sino más bien mantenerla oculta, ya sea por creerse superior a los demás (envidia o celos), ya por tratarse de una doctrina errónea o inmoral. Es evidente que no fue éste el caso de nuestro Señor.

b) PORQUE SE PREDICA A UNOS POCOS. Tampoco este modo afecta a Jesucristo, pues, como El mismo dijo a Pilato, *“Yo públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, adonde concurren todos los judíos; nada hablé en secreto”*. Las mismas instrucciones que daba en privado a sus apóstoles les ordenaba predicarlas después en público.

c) POR EL MODO DE PREDICARLA. De esta suerte, Cristo ocultaba algunas cosas a la muchedumbre cuando le exponía en parábolas los misterios que no eran capaces o dignos de recibir. Sin embargo, todavía les era mejor recibirlos así y bajo el velo de parábolas oír la doctrina espiritual que del todo quedar privados de ella. Y aun exponía luego la verdad clara y desnuda de las parábolas a los discípulos, por medio de los cuales había de llegar a otros que fuesen capaces de recibirlas”.

Cristo ocultaba algunas cosas a la muchedumbre cuando le exponía en parábolas los misterios que no eran capaces o dignos de recibir. Sin embargo, todavía les era mejor recibirlos así y bajo el velo de parábolas oír la doctrina espiritual que del todo quedar privados de ella. Y aun exponía luego la verdad clara y desnuda de las parábolas a los discípulos, por medio de los cuales había de llegar a otros que fuesen capaces de recibirlas".

Según esta interpretación del Doctor Angélico, la razón profunda de la predicación en parábolas hay que buscarla en una acción combinada de la misericordia y de la justicia de Dios*: "porque no eran capaces o dignos"* de recibir abiertamente la doctrina de Cristo.

a) **En primer lugar, no eran capaces de recibir abiertamente esa doctrina a causa de sus prejuicios mesiánicos, completamente opuestos a la realidad evangélica.**
   Ellos se imaginaban un Mesías en forma de rey temporal, fuerte y poderoso, que aplastaría a todos los enemigos de Israel y les llenaría de venturas y prosperidades temporales.
   Frente a esta concepción, arraigadísima en el pueblo, la doctrina evangélica, orientada por entero al reino de los cielos y al desprecio de las cosas de la tierra, era demasiado sublime y elevada para que pudieran captarla expuesta en toda su desnudez.
   Cristo les da el pan de la verdad en la forma que entonces podían comprenderla, dejando a sus

discípulos el cuidado de exponerla con toda claridad a medida que fueran capaces de asimilarla. Lo dice expresamente San Marcos: *"Y con mucha s parábolas como éstas les proponía la palabra según podían entender, y no les hablaba sin parábolas; pero a sus discípulos se las explicaba todas aparte"*.

a) En segundo lugar, no eran dignos de recibirla claramente, por su obstinada incredulidad.

Era un hecho, como lamentaba el mismo Cristo, que "viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden". Los milagros estupendos con que Cristo demostraba ante el pueblo su divina misión endurecían más y más los corazones obstinados, hasta el punto de achacar los milagros al poder de Beelcebul o de querer matar a Lázaro, porque, a causa de su resurrección, muchos creían en Jesús. Ante tanta obstinación y malicia, la justicia de Dios tenía forzosamente que castigarlos, y por eso les anuncia la verdad en forma velada y misteriosa, a fin de que los hombres de buena voluntad tuvieran las luces suficientes para abrazar la verdad evangélica, y los rebeldes y obstinados recibieran el justo castigo de su maldad.

Sin embargo, con relación a estos últimos brilla todavía de algún modo la misericordia de Dios; porque , como advierte Santo Tomás, "todavía les era mejor recibir la doctrina del reino de Dios bajo el velo de las parábolas que del todo quedar privados de ella". Esta interpretación explica el misterioso pasaje en forma discreta y razonable. Pero, en todo caso, sea de ello lo que fuere,

que está clara y expresamente revelada en la Sagrada Escritura. En ella se nos dice claramente

- **Que "Dios quiere que todos los hombre s se salven y vengan al conocimiento de la verdad";**
- **que "Dios n o quiere la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva";**
- **que Cristo "no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia";**
- **que Dios "prefiere la misericordia al sacrificio",**

y otras muchas cosas por el estilo.

Hay que interpretar los pasajes oscuros de la Sagrada Escritura a la luz de los pasajes por los claros, y no al revés. Es norma elemental de hermenéutica bíblica.

Conclusión 4ª Fue conveniente que Cristo no expusiera por escrito su doctrina, sino que se limitara a su predicación oral.

Además del argumento fundamental de que Cristo "todo lo hizo bien", el Doctor Angélico razona la conclusión del siguiente modo:

"Por diversas razones fue conveniente que Cristo no expusiera por escrito su doctrina:

a) Por su dignidad excelsa. A más alto doctor corresponde más alta manera de enseñar.

Pero Cristo es el más excelente de todos los maestros. Luego le correspondía el más alto modo de enseñar, que es imprimiendo la doctrina en el corazón de los oyentes.

b) Por la excelencia de su doctrina, que no puede encerrarse en un libro ni en todos los libros del mundo.
Si Cristo hubiera puesto por escrito su doctrina, los hombres hubieran podido pensar que toda ella se reducía a lo que había dejado escrito, sin elevarse más arriba.

c) Para que su doctrina llegase ordenadamente a nosotros por medio de sus apóstoles, según las propias palabras de Cristo: «Quien a vosotros oye, a mí me oye»".

CAPITULO IV
Los milagros de Jesucristo

La teología de los milagros de Jesucristo tiene un interés especial, dada la importancia trascendente que tiene el milagro como supremo motivo de credibilidad. Vamos a razonarlo brevemente.

El catecúmeno que para abrazar la fe cristiana exigiera previamente que se le demostraran las verdades de la fe, daría claramente a entender que no tiene la menor idea de lo que significa la fe.
Las verdades de la fe son, de suyo, absolutamente indemostrables. Fe y demostración son términos contradictorios, que se excluyen mutuamente. Lo que se demuestra, ya no se cree: se ve. Lo que se cree, es porque no se ve.

Sin embargo, el obsequio que hacemos a Dios de nuestra fe no puede ser más razonable. Porque, si es cierto que no vemos la verdad intrínseca de las verdades que creemos, vemos con toda claridad y certeza los motivos que las hacen perfectamente creíbles. Entre estos motivos—que, por eso mismo, reciben el nombre de motivos de credibilidad—ocupa el primer lugar el milagro seria y científicamente comprobado.

Y la razón es muy clara y sencilla. El milagro, por definición, es "un hecho producido por Dios fuera del orden de toda la naturaleza". Supone una alteración transitoria y circunstancial del orden natural, que rebasa, sin género alguno de duda, las fuerzas de toda naturaleza creada o creable.

Por encima de toda la naturaleza y de todo el orden natural está únicamente el poder de Dios. Cualquier poder creado es, forzosamente, un poder natural: imposible que rebase por sí mismo esa categoría meramente natural. Dios puede utilizar a un ser creado (*un ángel, un hombre, un animal*) como instrumento para realizar una obra milagrosa o sobrenatural; pero ni Dios mismo podría comunicarle un poder sobrenatural para que lo utilizara por sí mismo, o sea, independientemente de la acción de Dios como causa principal. Esto es absolutamente imposible y contradictorio: lo natural no puede ser por sí mismo sobrenatural sin incurrir en contradicción.

Por consiguiente, dondequiera que se realice un verdadero y auténtico milagro que altere el orden natural, hay que concluir inmediatamente que allí está Dios, ya sea actuando directamente por sí mismo o, al menos, utilizando instrumentalmente a un ser creado.

Bien puede ocurrir que los hombres tomen por milagro lo que en realidad no lo sea. Pero, dondequiera que se realice un verdadero y auténtico milagro que altere el orden natural, es metafísicamente imposible que no haya sido producido por Dios inmediata o mediatamente.

Ahora bien: Jesucristo realizó infinidad de verdaderos y auténticos milagros con el solo imperio de su voluntad. Algunos de ellos —como el de la resurrección de Lázaro, cadáver putrefacto de cuatro días—lo realizó precisamente para probar su divina misión. Si Cristo hubiera sido un impostor, es absolutamente imposible que Dios hubiera autorizado su impostura con milagros estupendos que sólo Dios, o alguien en su nombre y con el divino poder, puede realizar. Esta es la gran prueba de la divinidad de Jesucristo y el mayor de los motivos de credibilidad que tenemos para aceptar a ojos cerrados todo cuanto Él nos diga.

Importa muy poco que no podamos demostrar la verdad intrínseca de las verdades de la fe. Basta saber que tal o cual cosa la ha dicho Cristo para que inmediatamente la aceptemos por la fe con más firmeza y seguridad que si la pudiéramos demostrar como dos y dos son cuatro. Por eso es de capital importancia examinar teológicamente la naturaleza de los milagros de Jesucristo, *pues en ellos se funda el principal motivo de credibilidad de nuestra fe cristiana.*

Santo Tomás dedica a este asunto tres cuestiones.

- **En la primera estudia los milagros de Jesucristo en general;**

- **en la segunda examina sus diferentes especies,**
- **y en la tercera analiza minuciosamente uno de los hechos más sorprendentes del Evangelio: la transfiguración de Jesucristo.**

Vamos a estudiar estas tres cosas en otros tantos artículos

Cuatro son las cuestiones que examina bajo este epígrafe Santo Tomás:

1ª Si Cristo debió hacer milagros.
2ª Si los realizó con poder divino.
3ª Si comenzó a realizarlos en tiempo oportuno.
4ª Si demostró con ellos su propia divinidad.

La contestación a las cuatro cuestiones es, naturalmente, afirmativa. Vamos a exponer la doctrina en otras tantas conclusiones.

Conclusión 1ª Fue convenientísimo y hasta necesario que Jesucristo realizara grandes milagros para probar su divina misión.

Escuchemos el clarísimo razonamiento del Doctor Angélico:

Por dos motivos otorga Dios al hombre el poder de realizar milagros:

a) PRIMERO Y PRINCIPAL, PARA CONFIRMAR LA VERDAD QUE UNO ENSEÑA,
pues las cosas que exceden la capacidad humana no pueden ser probadas con razones humanas y necesitan

serlo con argumentos del poder divino, a fin de que, viendo que uno hace obras que sólo Dios puede hacer, crean que viene de Dios lo que enseña. Así, cuando uno ve una carta sellada con el sello del rey, cree que el contenido de la carta procede del rey mismo.

b) SEGUNDO, <u>PARA MOSTRAR LA PRESENCIA DE Dios EN EL HOMBRE</u> por la gracia del Espíritu Santo, para que, viendo que el hombre hace obras de Dios, se crea que Dios habita en él por la gracia.

Y así dice el Apóstol: *"El que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros".* Pues <u>una y otra cosa debía manifestarse de Cristo a los hombres</u>, a saber,

- **que Dios estaba en Él por la gracia, no de adopción, sino de unión hipostática,**
- **y que su doctrina sobrenatural provenía de Dios.**

<u>Y así fue convenientísimo que hiciera milagros</u>. Por lo cual Él mismo dice:

- ***<u>"Si no queréis creerme a mí, creed a mis obras".</u>***

Y en otra parte:

- ***<u>"Las obras que mi Padre me concedió hacer, ésas dan testimonio de mí".</u>***

Es muy interesante la respuesta de Santo Tomás a una dificultad. Hela aquí:

DIFICULTAD. <u>Cristo vino a salvar a los hombres por la fe</u>, según leemos en la epístola a los Hebreos. <u>Pero los milagros disminuyen el mérito de la fe</u>, conforme dice el

Señor en San Juan: "Si no veis señales y prodigios, n o creéis".
Luego parece que hubiera sido mejor que Cristo no realizara milagros.

RESPUESTA. En tanto disminuyen los milagros el mérito de la fe en cuanto que por ellos se pone de manifiesto la dureza de los que rehusan creer lo que en las divinas Escrituras se contiene si no es a fuerza de milagros. Y, sin embargo, mejor les es que, siquiera por los milagros, se conviertan y no permanezcan en la incredulidad.
Dice San Pablo a los Corintios: *"Las señales se dan no para los creyentes, sino para los incrédulos",* o sea, para que se conviertan a la fe.

Conclusión 2ª Cristo realizó sus milagros con el poder divino.

Esta conclusión no ofrece dificultad alguna sabiendo que, por definición, los milagros únicamente pueden ser realizados mediante el poder divino, porque sólo Dios puede alterar el orden natural, en que consiste el milagro.

En Cristo, como sabemos, existían las dos naturalezas, divina y humana, en la unidad de la persona del Verbo. Éste era quien realizaba los milagros con su poder divino, utilizando su naturaleza humana como instrumento unida a su divinidad.

En cuanto a la blasfemia de los fariseos de que Cristo realizaba sus milagros con el poder de Beelcebul, fue refutada enérgicamente por el mismo Cristo:

"Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo, y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. Se maravillaron todas las muchedumbres y decían: ¿No será éste el Hijo de David? Pero los fariseos, que esto oyeron, dijeron: Este no echa los demonios sino por el poder de Beelcebul, príncipe de los demonios. Penetrando El sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. Si Satanás arroja a Satanás, está dividido contra sí; ¿cómo, pues, subsistirá su reino? Y si yo arrojo a los demonios con el poder de Beelcebul, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Por eso serán ellos vuestros jueces. Mas, si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios. Pues ¿cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarle sus enseres si no logra primero sujetar al fuerte? Ya entonces podrá saquear su casa. El que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama. Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia les será perdonada a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero".

Como es sabido, la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en atribuir al demonio las obras de Dios. Es un pecado verdaderamente satánico, que supone en el que lo comete la repulsa voluntaria de la gracia de Dios. En estas condiciones, o sea, mientras permanezca en esta actitud, su pecado es irremediable, ya que rechaza

lo único que pudiera remediarlo, que es la gracia de Dios. Lo cual no quiere decir que, hablando en absoluto, *no pueda el pecador cambiar de actitud y arrepentirse de su horrendo pecado, obteniendo con ello el perdón de Dios*.

El mismo Cristo dijo en cierta ocasión (a propósito del camello que no puede pasar por el agujero de una aguja) que *"para los hombres esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles".*

Conclusión 3ª Cristo comenzó a hacer milagros en el tiempo más oportuno de su vida, o sea, al iniciar su ministerio público.

Esta conclusión tiene menos importancia. La pone Santo Tomás para refutar las fantásticas narraciones de los evangelios apócrifos, según los cuales el niño Jesús se pasaba la vida haciendo milagros ridículos.

El evangelista San Juan dice expresamente que la conversión del agua en vino en las bodas de Cana "fue el primer milagro que hizo Jesús, manifestando su gloria, y sus discípulos creyeron en El".

Santo Tomás lo razona del siguiente modo:
Conclusión 3. a Cristo comenzó a hacer milagros en el tiempo má s oportuno de su vida, o sea, al iniciar su ministerio público. 264. Esta conclusión tiene menos importancia. La pone Santo Tomá s para refutar

las fantásticas narraciones de los evangelios apócrifos, según los cuales el niño Jesús se pasaba la vida haciendo milagros ridículos. El evangelista San Juan dice expresamente que la conversión del agua en vino en las bodas de Cana «fue el primer milagro que hizo Jesús, manifestando su gloria, y sus discípulos creyeron en El» (lo 2,11). Santo Tomá s lo razona del siguiente modo 3: «Cristo hizo los milagros para confirmación de su doctrina y para manifestar el poder divino que en El había. Cuanto a lo primero, no convenía que hiciera milagros antes de empezar a predicar, y no debió empezar a enseñar antes de la edad perfecta, como ya dijimos al tratar de su bautismo. Cuanto a lo segundo, debió manifestar con los milagros su divinidad, pero de suerte que se creyese también en la realidad de su humanidad. Y asi dice San Crisóstomo: «Con razón no empezó a hacer milagros desde ¡a primera edad, pues hubieran creído que la encarnación era pura fantasía y antes del tiempo debido le hubieran puesto en la cruz». En cuanto a los milagros atribuidos por los evangelios apócrifos a Jesús niño, escribe el mismo San Crisóstomo: «Es evidente que esos milagros que dicen haber hecho Cristo en su niñez son puras mentiras y ficciones. Si en su primera edad hubiera Cristo hecho milagros, ni Juan lo hubiera ignorado ni la muchedumbre hubiera necesitado maestro que se lo manifestase»4 .

«Cristo hizo los milagros para confirmación de su doctrina y para manifestar el poder divino que en El había. Cuanto a lo primero, no convenía que hiciera milagros antes de empezar a predicar, y no debió empezar a enseñar antes de la edad perfecta, como ya dijimos al tratar de su bautismo. Cuanto a lo segundo, debió manifestar con los milagros su divinidad, pero de suerte que se creyese también en la realidad de su humanidad. Y asi dice San Crisóstomo: «Con razón no empezó a hacer milagros desde ¡a primera edad, pues hubieran creído que la encarnación era pura fantasía y antes del tiempo debido le hubieran puesto en la cruz». En cuanto a los milagros atribuidos por los evangelios apócrifos a Jesús niño, escribe el mismo San Crisóstomo: «Es evidente que esos milagros que dicen haber hecho Cristo en su niñez

son puras mentiras y ficciones. Si en su primera edad hubiera Cristo hecho milagros, ni Juan lo hubiera ignorado ni la muchedumbre hubiera necesitado maestro que se lo manifestase".

Conclusión 4a Los milagros realizados por Jesucristo fueron suficientes para manifestar su divinidad.

Esta conclusión es importantísima. Por eso vamos a probarla por los lugares teológicos fundamentales.

a) LA SAGRADA ESCRITURA. El mismo Cristo considera sus propios milagros como prueba concluyente de sus poderes divinos: *"Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me concedió hacer, esas obras que Yo hago, dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre que me ha enviado, ése da testimonio de Mí"*.

Y en otros lugares: *"Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero, si las hago, ya que no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre"*
"Yo y el Padre somos una sola cosa".
"Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora no sólo han visto, sino que me aborrecieron a mí y a mi Padre".

Y cuando Juan el Bautista le envía desde la cárcel unos emisarios para que le pregunten si Él es el Mesías que ha de venir, Jesús, antes de responderles, hizo delante de ellos

unos cuantos milagros y después **les dijo:** ***"Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; y bienaventurado es quien no se escandaliza de mí".***

b)EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia enseñó y definió expresamente en el concilio Vaticano que los milagros y las profecías son signos ciertísimos de la divina revelación, que demuestran el origen divino de la religión cristiana y, por tanto, la divinidad de Jesucristo.

He aquí los principales textos:

"Para que el obsequio de nuestra fe fuese conforme a la razón, quiso Dios que a los auxilios internos del Espíritu Santo se juntaran argumentos externos de su revelación, a saber: hechos divinos y, ante todo, los milagros y las profecías, que, mostrando de consuno luminosamente la omnipotencia y ciencia infinita de Dios, son signos ciertísimos y acomodados a la inteligencia de todos de la revelación divina. Por eso, tanto Moisés y los profetas como, sobre todo, el mismo Cristo Señor, hicieron y pronunciaron muchos y clarísimos milagros y profecías; y de los apóstoles leemos: «Y ellos marcharon y predicaron por todas partes, cooperando el Señor y confirmando su palabra con los signos que se seguían» **(D 1790).**

"Si alguno dijere que no puede darse ningún milagro y que, por tanto, todas las narraciones sobre ellos, aun las contenidas en la Sagrada Escritura, hay que relegarlas entre las fábulas o mitos, o que los milagros no pueden

nunca ser conocidos con certeza y que con ellos no se prueba legítimamente el origen divino de la religión cristiana, sea anatema" **(D 1813).**

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Nos la dará magistralmente, como siempre, Santo Tomás de Aquino:

"Los milagros de Cristo fueron suficientes para manifestar su divinidad bajo tres aspectos:

a) POR LA CALIDAD DE LAS OBRAS, que superan todo el poder de las criaturas y, por consiguiente, no pueden ser ejecutadas sino por el poder divino.

Así decía el ciego de nacimiento curado por Jesucristo: ***"Sabido es que Dios no oye a los pecadores; pero, si uno es piadoso y hace su voluntad, a ése le escucha. Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer nada"*** (Juan 9, 31-33).

b) POR EL MODO DE HACER LOS MILAGROS, porque los ejecutaba con su propia virtud, sin recurrir a la oración, como los otros taumaturgos.

Por lo cual dice San Lucas que salía de Él una virtud que sanaba a todos. Con esto se muestra, dice San Cirilo, que "no obraba con virtud prestada, sino que, siendo Dios por naturaleza, mostraba su poder sobre los enfermos, haciendo innumerables milagros".

Y sobre aquello de San Mateo: ***Arrojaba con una palabra los espíritus y curaba a todos los enfermos*****, dice San Juan Crisóstomo: "Advierte la multitud de los curados que**

notan de paso los evangelistas, sin detenerse en describir cada uno de los casos, sino refiriendo con una palabra un mar inmenso de milagros". De donde mostraba que tenía un poder igual al de Dios Padre, según aquello que leemos en San Juan: *"Todo lo que el Padre hace lo hace también el Hijo"*; y aquello otro: "Como el Padre resucita y da vida a los muertos, así el Hijo da vida a los que quiere".

c) POR LA MISMA DOCTRINA EN QUE SE DECLARABA DIOS, la cual, si no fuera verdadera, no podría ser confirmada con milagros hechos con poder divino.

Por lo cual leemos en San Marcos: *"¿Qué nueva doctrina es ésta? Porque con imperio manda a los espíritus inmundos y le obedecen"*.

Estas son las razones fundamentales que prueban la divinidad de Jesucristo a través de sus milagros.

Todavía aparecerá esto con más fuerza al refutar la principal dificultad que puede ponerse contra esta doctrina. Hela aquí con su respuesta:

DIFICULTAD. Los milagros que hizo Cristo fueron también realizados por otros, tales como los profetas y muchos santos. Luego parece que no fueron suficientes para mostrar su divinidad.

RESPUESTA. Responde San Agustín:

"También nosotros confesamos que los profetas hicieron cosas semejantes; pero el mismo Moisés y los demás

profetas profetizaron a Cristo y le tributaron grande gloria. El cual quiso hacer obras semejantes a las que ellos hicieron para que no resultara el absurdo de que lo que hizo por ellos no lo hiciera también por sí mismo.

Pero hay algo que Cristo hizo y no lo hicieron aquéllos, a saber: nacer de una madre virgen, resucitar de entre los muertos y subir al cielo por su propia virtud. Quien juzgue que esto es poco para Dios, no sé qué más exigirá. ¿Acaso, luego de haber encarnado, debió crear un nuevo mundo, para que por aquí creyésemos que era Él mismo que había creado el presente?"

Aparte de esto, hay que tener en cuenta que Cristo obraba sus milagros por su propia cuenta y virtud, sin recurrir a la oración, como hacían los profetas.
He aquí algunos textos: "Muchacho, Yo te lo mando, levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar". "¡Lázaro, sal fuera! Salió el muerto al instante...". "Quiero, sé limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra". "Tomó de la mano a la niña (muerta) y ésta se levantó". "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa".

Como se ve por estos y otros muchos textos, Cristo hacía los milagros por sí mismo, o sea, por su propia virtud y sin recurso a otro poder distinto del suyo. Los profetas y los santos, en cambio, hicieron siempre sus milagros invocando el poder de Dios, completamente persuadidos de que nada podían por sí mismos. Con razón escribe un eminente exégeta contemporáneo:
"Otros fuera de Cristo, a saber: los profetas y muchos santos, hicieron milagros, y, sin embargo, eran simplemente

hombres y nunca pensaron que eran algo más que hombres. ¿Por qué hemos de creer que Cristo es Dios por haber obrado milagros ? Hay que observar al punto cuidadosamente la diferencia entre aquellos hombres y Cristo. Aquéllos obraron sus milagros con el poder recibido de Dios, y a Dios atribuyeron sus prodigios del mismo modo que le habían pedido su auxilio. Cristo, en cambio, obró y multiplicó sus milagros por propia autoridad y en la forma que quiso: con una sola palabra, con el tacto de sus vestidos, obrándolos a distancia (como en el caso del siervo del centurión y del hijo del régulo), etc. Dijo de sí mismo que era el Hijo de Dios, igual al Padre en conocimiento y en poder, Dios como el Padre, y en confirmación de estas tremendas afirmaciones hacía sus milagros. Por lo cual, si no creyéramos que esos milagros fueron realizados por el mismo Cristo con su propia virtud, sino por Dios en atención a Cristo, habría que poner el siguiente dilema: o que las afirmaciones de Cristo sobre su divinidad son falsas, en cuyo caso es absolutamente inadmisible que Dios las autorizara con milagros, o que son verdaderas, en cuyo caso hemos de caer de rodillas ante la divinidad de Jesucristo".

ARTICULO II
LAS DIVERSAS ESPECIES DE LOS MILAGROS DE CRISTO

Después de haber estudiado los milagros de Cristo en general, veamos ahora sus diferentes especies.

Santo Tomás establece una división exhaustiva al catalogarlos en cuatro grupos:

- **sobre los espíritus,**
- **sobre los cuerpos celestes,**

- **sobre los hombres**
- **y sobre las criaturas irracionales.**

No es posible establecer una división más completa. Abarca, en su conjunto, todos los seres de la creación. Vamos a examinar por separado cada uno de esos cuatro grupos.

Sobre los espíritus.

El mundo de los espíritus se divide, como es sabido, en dos grandes reinos:

- **el de los ángeles buenos, llamados simplemente *ángeles*,**
- **y el de los ángeles malos, llamados más bien demonios.**

Unos y otros testimoniaron la divinidad de Jesucristo, aunque de modo muy diverso. Veámoslo:

El testimonio de los ángeles buenos se realizó de dos maneras:

a) APARECIÉNDOSE ANTE LOS HOMBRES AL SERVICIO DE CRISTO.

Tal ocurrió, por ejemplo, con el ángel de Nazaret, con los que anunciaron la natividad a los pastores de Belén, con los que avisaron a San José para salvar al niño, y los que intervinieron en la resurrección y ascensión del Señor.

b) SIRVIÉNDOLE A ÉL en sus NECESIDADES.

Por ejemplo, después de las tentaciones en el desierto, y en la agonía de Getsemaní.

<u>El testimonio de los demonios se produjo también de dos maneras:</u>

a) RECONOCIÉNDOLE, MUY A PESAR SUYO, COMO MESÍAS Y VERDADERO DIOS.

He aquí algunos textos del Evangelio en los que los demonios hablan por boca de los posesos:
"¿Qué hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno ? ¿Has venido a perdernos? Te conozco: tú eres el Santo de Dios". "¿Qué hay entre ti y nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a destiempo para atormentarnos? Había no lejos de allí una numerosa piara de cerdos paciendo, y ¡os demonios le rogaban diciendo: Si vas a echarnos, échanos a la piara de cerdos". "Los demonios salían también de muchos gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero El les reprendía y no les dejaba hablar, porque conocían que Él era el Mesías".

b) OBEDECIÉNDOLE CUANDO LES MANDABA CON IMPERIO SALIR DE LOS HOMBRES:

"Jesús le mandó: Cállate y sal de él. El espíritu inmundo, agitándole violentamente, dio un fuerte grito y salió de él" "Jesús les dijo (a los demonios): Id. Ellos salieron y se fueron a los cerdos, y toda la piara se lanzó por un precipicio al mar, muriendo en las aguas". "Le presentaron un hombre mudo endemoniado, y, arrojado el

demonio, habló el mudo, y se maravillaron las turbas, diciendo: Jamás se vio tal en Israel". "E increpó al demonio, que salió, quedando curado el niño desde aquella hora". "Ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus".

Estos son los hechos. Al explicar la conveniencia de los mismos, escribe Santo Tomás:
"Los milagros realizados por Cristo fueron prueba y argumento de la fe que enseñaba. Ahora bien: Cristo debía con la potencia de su divinidad librar del poder de los demonios a los hombres que creyesen en Él, según leemos en San Juan: *"Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera".* Por esto fue conveniente que entre los milagros de Cristo se contara la expulsión de los demonios".

Es interesante ver las soluciones del Angélico a algunas dificultades que complementan y redondean su doctrina.

DIFICULTAD. Cristo no permitía a los demonios publicar que El era el Cristo; luego hubiera sido mejor no hacer ningún milagro sobre ellos, para no darles ocasión de decirlo.

RESPUESTA. No hizo Cristo los milagros de expulsar a los demonios por el provecho de éstos, sino para utilidad de los hombres y a fin de que glorificaran a Dios.

Por esto prohibió a los demonios hablar de lo que redundaba en alabanza del mismo Cristo. Y esto por tres motivos:

a) Para enseñarnos a no dejarnos instruir por el demonio, aunque diga alguna vez la verdad, por el gran peligro

de que mezcle el error con la verdad, ya que, de suyo, el demonio "es mentiroso y padre de la mentira", como dijo el mismo Cristo.

Como dice San Atanasio, "no es lícito dejarnos instruir por el diablo teniendo a mano las divinas Escrituras".

b) Porque, como dice San Crisóstomo, "no era decente que el misterio de Cristo fuera pregonado por lengua fétida".

c) Porque no convenía que se publicara antes de hora el misterio de su divinidad. Por lo cual, los mismos apóstoles recibieron la orden de no decir a nadie que Él era el Mesías, no fuera que, pregonando su divinidad, se impidiera el misterio de la pasión. Porque, como dice San Pablo en su primera epístola a los Corintios, "si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria".

DIFICULTAD. Los milagros de Cristo se ordenaban al bien y provecho de los hombres. Pero algunos de los que hizo arrojando a los demonios perjudicaron a algunos hombres en su salud—como cuando el demonio dejó medio muerto a uno de los posesos liberados por Cristo, o en sus intereses materiales, como cuando se arrojaron al mar los dos mil cerdos de la piara. Luego parece que hubiera sido mejor no hacer milagros relacionados con los demonios.

RESPUESTA. Cristo había venido a enseñar y hacer milagros para provecho y utilidad de los hombres, pero buscando sobre todo la salud de las almas.

Y así permitió a los demonios expulsados causar a los hombres algún daño en el cuerpo o en la hacienda por el provecho del alma humana, a saber: para instrucción de los hombres. Por esto dice San Crisóstomo "Cristo permitió a los demonios entrar en los cerdos no a persuasión de los mismos demonios, sino, primero, para instruir a los hombres sobre la magnitud del daño que les infieren los demonios; segundo, para que aprendiesen que ni contra los cerdos se atreven a hacer cosa alguna si no les es concedido; y tercero, para que vieran los mismos endemoniados que mucho peor que a los cerdos los hubieran tratado a ellos los demonios de no haber gozado, aun dentro de su desgracia, de particular providencia de Dios. Porque *a nosotros nos aborrecen los demonios más que a los animales*, como a cualquiera se le alcanza». Por las mismas causas permitió que el otro poseso fuese maltratado por el demonio al salir de él, aunque al instante lo sacó también de aquella aflicción dejándole completamente curado.

2. Sobre los cuerpos celestes

En el Evangelio se narran algunos prodigios relacionados con Cristo que afectan a los cuerpos celestes.

Por ejemplo, la estrella que guió a los Magos hasta Belén para adorar al Niño;
los cielos abiertos durante su bautismo y la aparición del Espíritu Santo en forma de paloma
y las tinieblas que rodearon el Calvario durante las tres horas que estuvo Cristo pendiente de la cruz.

Santo Tomás explica la conveniencia de estos milagros en la siguiente forma:

SAN CRISÓSTOMO, "Los milagros de Cristo debían ser tales que bastaran para probar su divinidad. Esta no se prueba tan claramente por las transmutaciones de los cuerpos inferiores, que pueden ser movidos por otras causas, como por la transformación del curso de los cuerpos celestes, que sólo Dios ha ordenado de una manera inmutable.

Por esto dice Dionisio: "Es preciso reconocer que nunca puede cambiarse el movimiento y orden de los cielos, a no ser que el que hizo todas las cosas y las muda según su palabra tenga motivo para este cambio". Y por esto fue conveniente que Cristo hiciese también milagros cerca de los cuerpos celestes"

Nada nuevo hay que observar en torno a esta clase de milagros.

3. Sobre los hombres.

La mayor parte de sus milagros los hizo Cristo en la persona de los hombres, ya sea curándoles sus enfermedades, ya devolviendo la vida a los muertos.

He aquí la lista de los principales milagros pertenecientes a este grupo:

a) Resucitó tres muertos:
1. La hija de Jairo, recién muerta.
2. El hijo de la viuda de Naím cuando le llevaban a enterrar

3. Lázaro, cadáver putrefacto de cuatro días.

b) Sanó toda clase de enfermedades:
1. El leproso.
2. Diez leprosos.
3. La fiebre de la suegra de Pedro.
4. El paralítico de la piscina probática.
5. Otro paralítico a quien perdonó los pecados.
6. El hijo del régulo, a distancia del enfermo.
7. El siervo del centurión, también a distancia.
8. El hombre de la mano seca.
9. La hemorroísa.
10. La mujer encorvada.
11. El ciego de Betsaida.
12. El ciego de nacimiento.
13. Los dos ciegos de Jericó.
14. Otros dos ciegos.
15. El sordomudo.
16. El hidrópico.

Además de estos milagros, cuya descripción minuciosa nos ha conservado el Evangelio, hizo Jesucristo muchísimos otros, como dicen repetidas veces los evangelistas.

Y no sólo externos y comprobables por todos, sino también internos, cambiando las disposiciones íntimas de sus oyentes mal dispuestos, o dejándoles admirados y sin respuesta o incluso derribándolos por el suelo al conjuro taumatúrgico de su palabra.

Santo Tomás explica hermosamente la conveniencia de este tercer grupo de milagros realizados por Jesucristo en favor de los hombres:

"Lo que se ordena a un fin debe guardar proporción con ese fin. Ahora bien: Cristo para esto vino al mundo y para esto enseñaba, para salvar a los hombres, según leemos en San Juan: «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El". Por esto fue conveniente que, principalmente por la milagrosa curación de los hombres, se mostrase Salvador universal y espiritual de todos los hombres».

Muchos de estos milagros los hizo Cristo por modo imperativo, con una sola palabra (quiero; sé limpio; levántate); y, a veces, a distancia del beneficiado. Otras veces, en cambio, hacía alguna cosa más que la simple palabra (v.gr., tocarles, poner saliva, etc.) e incluso en alguna ocasión no curó a un ciego instantáneamente, sino por grados.

Explicando esta distinta manera de proceder, los Santos Padres han dicho cosas muy hermosas, a veces extrayendo con habilidad e ingenio enseñanzas místicas muy elevadas a propósito de cualquier detalle.

Santo Tomás opina que a los milagros corporales acompañaba siempre el perdón de los pecados a los beneficiados, aunque no siempre lo dijera externamente. Lo razona del siguiente modo

“Como hemos dicho, Cristo hacía los milagros con el poder divino, y “las obras de Dios son perfectas”, según leemos en el Deuteronomio, y nada hay perfecto si no consigue su fin. Ahora bien: el fin de la curación exterior, realizada por Cristo, es la curación del alma. Por esto no convenía que Cristo curase a nadie en el cuerpo sin que le curase también el alma.

Por lo cual, comentando San Agustín aquellas palabras de Cristo: “He curado del todo a un hombre en sábado”, dice: “Porque le curó para que fuese sano en el cuerpo, y creyó para que fuese sano en su alma”. Expresamente le dijo al paralitico: Tus pecados te son perdonados, porque, como dice San Jerónimo, “con esto se nos da a entender que los pecados son la causa de la mayor parte de las enfermedades, y tal vez por esto se perdonan primero los pecados, para que, quitada la causa de la enfermedad, fuese restituida la salud”. Por esto leemos en San Juan (a propósito del otro paralítico de la piscina): No vuelvas a pecar, no te suceda algo peor. Sobre lo cual dice San Crisóstomo: “Por aquí se ve que la enfermedad provenía del pecado”. Sin embargo, según observa el mismo San Crisóstomo, “tanto como el alma es de mayor valor que el cuerpo, tanto el perdonar los pecados es más que salvar el cuerpo; mas, porque aquello no aparece al exterior, hace lo que es menos, pero que es manifiesto, para demostrar lo más, que no es manifiesto”.

En cuanto a la aparente contradicción entre la prohibición que solía Cristo imponer a los favorecidos con sus milagros de no decir nada a nadie, y las palabra s que dijo al endemoniado de Gerasa cuando le curó: “Vete a tu casa, a los tuyos, y anúnciales cuanto el Señor ha hecho contigo y

cómo ha tenido misericordia de ti, la resuelve Santo Tomás con las siguientes palabras; "El mismo San Crisóstomo, exponiendo las palabras: Mirad que nadie lo sepa, dice: "No es contrario lo que aquí dice con lo que ordena al otro: Vete y anuncia la gloria de Dios; pues con esto nos enseña a *prohibir que nos alaben los que quieren alabarnos por nosotros mismos*; pero, si se refiere a la gloria de Dios, no debemos prohibirlo, sino más bien instarles a que lo hagan.

4. Sobre las criaturas irracionales

El Evangelio nos refiere otra serie de milagros realizados por Jesucristo sobre las criaturas irracionales e incluso inanimadas, aunque siempre al servicio o en provecho del hombre.

He aquí la lista de los principales:

1. La conversión del agua en vino en las bodas de Cana.

2. La pesca milagrosa.

3. Otra pesca milagrosa después de la resurrección

4. La tempestad calmada.

5. Cristo camina sobre el mar.

6. Pedro anda sobre el mar por mandato de Cristo.

7. Primera multiplicación de los panes y peces.

8. Segunda multiplicación.

9. La higuera seca.

10. La moneda en la boca del pez.

11. El velo del templo, rasgado.

12. El terremoto del Calvario.

La conveniencia de este cuarto grupo de milagros es manifiesta: con ello demostró Cristo una vez más que tenía pleno dominio sobre toda la creación, como dueño y señor de toda ella. Le obedecen las criaturas irracionales e inanimadas (peces, pan, vientos, agua, árboles, etc., en las que no cabe sugestión ni engaño alguno.

Santo Tomás advierte que la multiplicación de los panes y de los peces no se hizo por creación, sino por adición de una materia extraña convertida en pan.

ARTICULO III LA TRANSFIGURACIÓN DE JESUCRISTO.

Después de estudiar los milagros de Jesucristo en general y en sus diferentes grupos o especies, vamos a examinar en particular el milagro de la transfiguración del Señor, por su gran importancia doctrinal y porque fue el único milagro qu e Cristo realizó en su propia persona durante su vida mortal.

Recordemos, en primer lugar, la escena d e la transfiguración. Hablan de ella los tres evangelistas sinópticos. He aquí el relato de San Mateo:

"Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto, y se transfiguró ante ellos: brilló su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías. Aún estaba él hablando, cuando los cubrió una nube resplandeciente, y salió de la nube una voz que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle". Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor.

Jesús se acercó, y, tocándoles, dijo: Levantaos, no temáis. Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús.

Al bajar del monte les mandó Jesús, diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos".

Vamos a recoger ahora las principales enseñanzas teológicas. Expondremos la doctrina del Angélico Doctor en forma de breves conclusiones.

Conclusión 1ª Fue muy conveniente que Cristo se transfigurase ante algunos de sus discípulos.

La razón histórica inmediata fue, sin duda , para levantar el ánimo decaído de sus principales discípulos, a quienes acababa de anunciar su próxima pasión y muerte.

Acababa también de decirles: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame". Ante una perspectiva tan dura, es muy natural que experimentaran los discípulos cierto abatimiento y tristeza.

Para levantarles el ánimo, Cristo les mostró, en la escena de la transfiguración, la gloria inmensa que les aguardaba si le permanecían fieles hasta la muerte . Escuchemos a Santo Tomás:
"Cristo llegó con su pasión a conseguir la gloria, no sólo de su alma —que la tuvo desde el principio de su concepción—, sino también del cuerpo, según leemos en San Lucas: Era preciso que Cristo padeciese todo esto para entrar en su gloria.

A ésta conduce también a cuantos siguen los pasos de su pasión, según leemos en los Hechos de los Apóstoles: *Por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de los cielos.* Pues por esto fue conveniente que Cristo se transfigurase, mostrando a sus discípulos la gloria de su claridad, a la que configurará los suyos, como dice San formará el cuerpo de nuestra vileza, conformándolo a su cuerpo glorioso.
Y por esto dice San Beda: "Piadosamente proveyó que, *mediante la breve contemplación del gozo eterno, se animasen a tolerar las adversidades*".

Conclusión 2ª La claridad del cuerpo transfigurado de Cristo fue la claridad de la gloria en cuanto a su esencia, pero no en cuanto *al modo* de ser.

Como es sabido, el cuerpo glorioso de los bienaventurados estará adornado en el cielo con cuatro dotes o cualidades maravillosas:

claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

Preguntamos aquí si la claridad del cuerpo transfigurado de Cristo fue una de estas cuatro cualidades del cuerpo glorioso u otra distinta de ella.

Santo Tomás contesta con distinción.

He aquí sus palabras: "La claridad que Cristo tomó en su transfiguración fue la *claridad de la gloria en cuanto a su esencia*, pero no en cuanto al modo de ser. Porque *la claridad del cuerpo glorioso emana de la claridad del alma*, y, de igual modo, la claridad del cuerpo transfigurado de Cristo emanó de su divinidad y de la gloria de su alma.

Que la gloria del alma no redundase en el cuerpo ya desde el principio de la concepción de Cristo, tenía su razón en la economía divina, para que su cuerpo pasible realizase los misterios de la redención. Pero con esto no se quitó a Cristo el poder de derivar la gloria de su alma sobre su cuerpo. Y esto fue lo que hizo, cuanto a la claridad, en su transfiguración, aunque *de otro modo* que en el cuerpo glorificado. Porque *en el cuerpo glorificado redunda la claridad del alma como una cualidad permanente que afecta al cuerpo*. De donde se sigue que el resplandor corporal no

es milagroso en el cuerpo glorificado. Pero en la transfiguración redundó la claridad en el cuerpo de Cristo de su divinidad y de su alma, no como una cualidad inmanente y que afecta al mismo cuerpo, sino como una pasión transeúnte, a la manera que el aire es iluminado por el sol. Por lo cual, el resplandor que apareció en el cuerpo de Cristo fue milagroso, como el caminar sobre las olas del mar. De manera que no se ha de decir, como Hugo de San Víctor, que tomó Cristo las dotes gloriosas:

- ***la claridad, en la transfiguración*;**
- ***la agilidad, caminando sobre el mar;***
- ***la sutileza, saliendo del seno virginal*;**

porque la dote significa una cualidad inmanente en el cuerpo glorioso. Sino que se debe decir que poseyó entonces milagrosamente lo que es propio y normal en los cuerpos gloriosos"

Conclusión 4ª Fue convenientísimo que se oyera la voz del Padre proclamando la filiación natural de Cristo.

La voz del Padre proclamando la divinidad de Jesucristo y su infinita complacencia sobre Él se oyó—como refiere el Evangelio—en dos ocasiones:

en el bautismo de Jesús
y en su transfiguración.

He aquí cómo lo razona Santo Tomás:

"Nuestra filiación adoptiva, *por la que nos asemejamos a la filiación natural de Cristo*, se comienza en el bautismo y se consumará en la gloria.

Por eso fue conveniente que en el bautismo de Cristo y en su transfiguración—en la que se nos mostró anticipadamente la claridad de la gloria— se manifestara la filiación natural de Cristo por el testimonio del Padre, pues sólo el Padre es plenamente consciente de aquella perfecta generación, junto con el Hijo y el Espíritu Santo".

SECCIÓN III
Los misterios de la vida de Cristo en su salida al mundo

La tercera sección en que dividíamos los misterios de la vida de Cristo se refiere a los que tuvieron lugar en su salida del mundo , o sea, a los de su pasión y muert e en la cruz (cf. n.i). Abarca siete grandes cuestiones en la tercera parte de la Suma Teológica de Santo Tomás, subdivididas en cuarenta y ocho artículos. Nosotros vamos a recoger la doctrina fundamental en cuatro capítulos, dedicados, respectivamente, a la pasión, muerte, sepultura y descenso de Jesucristo a los infiernos.

CAPITULO I
La pasión de Jesucristo

Vamos a dividir este primer capítulo en cuatro artículos, dedicados a la pasión en sí misma, en sus autores, en sus diversas causalidades y en sus efectos.

ARTICULO I
LA PASIÓN DE CRISTO EN SÍ MISMA

El Doctor Angélico dedica a este asunto una larga cuestión dividida en doce artículos. La doctrina que expone en la mayor parte de ellos es impresionante y sobrecogedora. Nosotros, como de costumbre, la recogeremos en forma de conclusiones.

Conclusión 1ª Dada la actual economía de la divina gracia, fue necesario que Jesucristo padeciese para la liberación del género humano.
Esto consta expresa y reiteradamente en la Sagrada Escritura.

He aquí algunos textos:

"A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado (en la cruz) el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna".

"¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?"
"Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hij'o del hombre padeciese mucho... y que fuese muerto y resucitase después de tres días".

Para entender con qué clase de necesidad fue preciso que Cristo padeciese, hay que tener en cuenta que una cosa puede ser necesaria de varios modos:

1) Con necesidad intrínseca o por su propia naturaleza.

2) Con necesidad extrínseca. . . .

a) Por alguna *coacción violenta*.

b) Para *obtener algún fin*

1) Que no se obtendría de otro modo.

2) Que no se obtendría tan perfectamente.

Hay que decir lo siguiente:

1° Es evidente que, entendida del primer modo, o sea, *con necesidad intrínseca o según la naturaleza misma de las cosas*, no fue necesaria la pasión de Cristo, ni por parte de Dios—que hubiera podido perdonarnos gratuitamente— ni por parte de Cristo, cuyos actos eran todos de valor infinito y hubiera podido redimirnos con una simple sonrisa.

2° *Tampoco fue necesaria con necesidad de coacción extrínseca*: ni por parte de Dios, que decretó libremente la pasión de Cristo; ni por parte de Cristo, que voluntariamente la aceptó.

3^0 Pero fue necesaria por parte del fin, que con ningún otro medio se hubiera obtenido tan perfectamente. Y esto por un triple capítulo:

a) POR PARTE NUESTRA, que fuimos liberados por su pasión, según las citadas palabras de San Juan: *"Es preciso que sea levantado (en la cruz) el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna"*.

b) POR PARTE DE CRISTO, que por la humildad de la pasión mereció la gloria de la exaltación, según se lee en San Lucas: *"¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y así entrase en su gloria?"*.

c) POR PARTE DE DIOS, cuyas determinaciones sobre la pasión de Cristo fueron profetizadas en la Sagrada Escritura y prefiguradas en las observancias del antiguo Testamento, según las palabras del mismo Cristo:
"Era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos de mí... Porque estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos".

Hay que notar que, aunque Dios hubiera podido perdonar al hombre sin exigirle ninguna reparación de justicia, sino únicamente el arrepentimiento de su pecado, *la pasión de Cristo fue mucho más conveniente a su justicia e incluso a su misericordia.*

Escuchemos a Santo Tomás
"La liberación del hombre por la pasión de Cristo fue mucho más conveniente a la justicia y a la misericordia de Dios.

A la justicia, porque mediante la pasión satisfizo por el pecado del género humano, y así fue el hombre liberado por la justicia de Cristo.

Convenía también a la misericordia, porque, no pudiendo el hombre satisfacer por sí mismo el pecado de toda la naturaleza humana, le dio Dios a su propio Hijo para que satisficiese, según dice San Pablo: *"Todos son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre".*

Y ésta fue mayor misericordia que si hubiera perdonado los pecados sin satisfacción alguna. Por esto dice el mismo San Pablo: "Dios, que es rico en misericordia, por la excesiva caridad con que nos amó, estando muertos por los pecados, nos dio vida en Cristo".

Conclusión 2ª Aunque , hablando en absoluto, Dios hubiera podido liberar al hombre de cualquier otro modo , en el plan de la presente economía fue necesario que lo hiciera mediante la pasión de Cristo.

"De dos maneras —escribe Santo Tomás— puede decirse que una cosa es posible o imposible: en absoluto o hipotéticamente.

Hablando en absoluto, Dios pudo liberar al hombre de otro modo que por la pasión de Cristo, ya que "para Dios nada hay imposible", como leemos en San Lucas (Le 1,37).
Pero en la hipótesis de que Dios, con su presciencia y preordinación divinas, previera y decretara la pasión de Cristo —como efectivamente la previo y preordinó—, era imposible que dejara Cristo de padecer o que fuese liberado el hombre de otro modo, ya que la presciencia y preordinación de Dios son infalibles, y no puede engañarse la primera ni dejar de cumplirse la segunda".

Nótese que, si Dios hubiera querido perdonar al hombre por el simple arrepentimiento de su pecado sin exigirle reparación alguna, no hubiera cometido la menor injusticia. Escuchemos a Santo Tomás:

"No puede perdonar la culpa o la pena, sin faltar a la justicia, el juez que debe castigar la culpa cometida contra otro hombre, o contra el Estado, o contra cualquier superior. Pero Dios no tiene superior a Él y es el Bien común y supremo de todo el universo. Por eso, si perdona un pecado, cuya única razón de culpa es la ofensa cometida contra El, a nadie hace injuria; como el hombre que misericordiosamente perdona, sin exigir satisfacción, una ofensa cometida contra él, no comete injusticia.
Por eso David, pidiendo misericordia, dice en el Miserere: *"Contra ti solo pequé"*; como si dijera: *"Sin injusticia puedes perdonarme".*

Conclusión 3ª No hubo otro modo más conveniente de redimir al hombre caído en pecado que por la pasión de Cristo.

Santo Tomás lo prueba hermosamente en la siguiente forma:
"Un medio es tanto más conveniente para obtener un fin cuanto mayor número de ventajas concurran en él de acuerdo con ese fin.

Ahora bien: además de la liberación del pecado, que es el principal fin de la pasión de Cristo, concurren en ella otras muchas ventajas, a saber:

Por la pasión de Cristo conoce el hombre cuánto le ama Dios, y con esto se mueve a amarle, en lo cual consiste la perfección de la salud humana. Por esto dice San Pablo: *"Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros".*
Por ella nos dio Cristo ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y demás virtudes manifestadas en la pasión, que son necesarias para la salud humana. Por esto dice San Pedro: *«Cristo padeció por nosotros y nos dejó ejemplo para que sigamos sus pasos".*

Con su pasión, Cristo no sólo nos liberó del pecado, sino que nos mereció también la gracia justificante y la gloria de la bienaventuranza, como explicaremos a continuación.

Con la pasión de Cristo se impone al hombre mayor necesidad de conservarse inmune de pecado, según lo que

dice el Apóstol: *"Habéis sido comprados a gran precio; glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo".*
Con ella se realza más la dignidad del hombre; porque así como un hombre fue engañado y vencido por el diablo, convenía que fuese otro hombre quien venciera al diablo; y así como un hombre mereció la muerte, así otro hombre, muriendo, venciese y superase a la muerte. Por eso dice San Pablo: *"Gracias sean dadas a Dios, que nos dio la victoria por Cristo"*

En suma, fue más conveniente que fuésemos liberados por la pasión de Cristo que por la sola voluntad de Dios".

Conclusión 4ª Fue convenientísimo que Cristo padeciera precisamente muerte de cruz.

Por muchos motivos—escribe Santo Tomás fue convenientísimo que Cristo padeciera muerte de cruz:

1° Para darnos ejemplo de soberana fortaleza.
Como dice San Agustín, "hay hombres que, aunque no temen la muerte, se espantan ante ciertos géneros de muerte. Pues para que ningún género de muerte infundiera temor a los hombres que viven virtuosamente, se les pone delante el ejemplo de la cruz de Cristo, que era el más horrendo y execrable modo de morir".

2⁰ Porque era el modo más conveniente de reparar el pecado del primer hombre, que consistió en arrancar el fruto del árbol prohibido.

Por eso Cristo, fruto de vida, quiso que le clavaran a! árbol de la cruz, *como si restituyese lo que Adán había substraído*.

3^0 Para que así como Cristo había santificado la tierra caminando sobre ella, santificase también el aire al ser levantado sobre el árbol de la cruz (San Juan Crisóstomo).

4^0 Porque, subiendo a lo alto de la cruz, nos preparó la subida al cielo (San Juan Crisóstomo)**. Por eso dijo el mismo Cristo: "Si yo fuese levantado de la tierra, todo lo atraeré a mí".**
5^0 Porque la figura de la cruz, desde su centro único, irradia a los cuatro extremos, como para significar que el que moría en ella beneficiaba con su sangre al mundo entero (+San Gregorio Niseno)**.**

6.° Porque la cruz simboliza muchas y excelentes virtudes a lo largo, ancho, alto y profundo de la misma.

San Agustín ve simbolizada

- **En la latitud del travesaño superior las buenas obras, porque en él se extienden las manos;**
- **En la longitud inferior, que se prolonga hasta la tierra, la perseverancia y longanimidad;**
- **En la altura sobre la cabeza del crucificado, la esperanza que mira al cielo;**
- **Y en la parte inferior, que se hunde en la tierra, la profundidad de la gracia gratuita.**

Por eso dice el mismo San Agustín:
"El madero en que están fijos los miembros de Cristo paciente es también la cátedra del maestro que enseña".

Porque el madero de la cruz responde a muchas figuras bíblicas, tales como

- **el arca de Noé, hecha de madera, por la que se salvaron del diluvio los elegidos por Dios;**
- **la vara de Moisés, con la que dividió las aguas del mar Rojo para que pasaran los israelitas a pie enjuto, liberándoles del poder de Faraón;**
- **el leño que el mismo Moisés echó sobre las aguas amargas, volviéndolas dulces y sabrosas;**
- **la vara de madera con la que, golpeando la roca, hizo brotar el agua, que apaga la sed, *como del corazón traspasado de Cristo brotó el agua que salta hasta la vida eterna;***
- **la vara con la que Moisés, extendiendo los brazos sobre ella, obtuvo la victoria sobre Amalec, como Cristo venció al demonio extendiendo sus brazos sobre el madero de la cruz;**
- **y el arca de la alianza, hecha de madera, que contenía el maná y la ley de Dios.**

Por todas estas cosas se llegó, finalmente, al madero de la cruz, en el que está nuestra vida y resurrección.

Conclusión 5ª Cristo padeció en la cruz todo género de sufrimientos humanos.

Oigamos la impresionante descripción del Doctor Angélico:

“Los sufrimientos humanos pueden considerarse de dos maneras: específica y genéricamente.

Es evidente que Cristo no padeció todos los sufrimientos humanos específicamente considerados, puesto que algunos son incompatibles entre sí, como morir abrasado o ahogado.
Pero, si consideramos los diversos géneros de sufrimiento que pueden sobrevenirnos desde fuera —ya que los que provienen de un desorden interior, como la enfermedad, no podían afectar a Cristo, como ya vimos—, Cristo los padeció todos. Podemos verlo por un triple capítulo:

1° POR PARTE DE LOS HOMBRES QUE LE HICIERON PADECER, pues padeció de los gentiles y de los judíos; de los hombres y de las mujeres, como se ve en las criadas que acusaron a Pedro; de los príncipes, de sus ministros y de la plebe, e incluso de los familiares y amigos, pues padeció de Judas, que le traicionó, y de Pedro, que le negó.

2º POR PARTE DE AQUELLO EN QUE PADECIÓ, que fue en todo cuanto el hombre puede padecer. Pues padeció en sus amigos, que le abandonaron; en la fama, por las blasfemias proferidas contra Él; en el honor y la gloria, por las burlas e injurias que le hicieron; en los bienes, pues fue despojado hasta de los vestidos; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo, por las heridas y los azotes.

3º POR PARTE DE LOS MIEMBROS DE SU CUERPO SANTÍSIMO, ya que padeció en la cabeza, por la corona de punzantes espinas; en las manos y pies, por los clavos que los atravesaron; en el rostro, por las bofetadas y salivazos, y en todo el cuerpo, por los azotes.

Padeció también en todos los sentidos del cuerpo: en el tacto, por los azotes y la crucifixión; en el gusto, por la hiel y vinagre; en el olfato, por la fetidez de los cadáveres existentes en aquel lugar, llamado Calvario (lugar de las calaveras), donde fue crucificado;

en el oído, por las voces de los que le blasfemaban y escarnecían; en la vista, viendo cómo lloraba la Madre y el discípulo amado".

Conclusión 6ª Los dolores de Cristo en su pasión fueron los mayores que jamás ha sufrido nadie en esta vida.

Una insinuación de ello parece darla la misma Sagrada Escritura en aquellas palabras de Jeremías aplicables al futuro Mesías: *¡Oh nosotros los que por aquí pasáis.' Considerad y ved si hay dolor semejante a mi dolor*!

Escuchemos el impresionante razonamiento de Santo Tomás:
"Al tratar de los defectos de Cristo, dijimos que hubo en Él verdadero dolor en su doble aspecto: dolor sensible, causado por un agente corporal, y dolor interior, que proviene de la aprehensión de algo nocivo y se llama tristeza. Uno y otro fueron en Cristo los más grandes entre los dolores de la presente vida, y esto por cuatro capítulos:

1° POR LA MISMA CAUSA DE LOS DOLORES.
La causa del dolor sensible es la lesión corporal, que fue tremenda en Cristo, tanto por la amplitud de la pasión como por el género del suplicio. La muerte de los crucificados era acerbísima, pues eran clavados en los miembros más sensibles por la abundancia de ramificaciones nerviosas, como son los pies y manos; y el mismo peso del cuerpo pendiente aumentaba continuamente el dolor.

A esto hay que añadir la prolongación del tormento, pues el crucificado no acababa en un instante, como los que mueren degollados.

En cuanto al dolor interior, tuvo en Cristo una triple causa:

a) Todos los pecados del género humano, por cuya satisfacción padecía.

b) La caída y ruina de los judíos y de los otros que tomaron parte en su muerte, *principalmente de los discípulos, que sufrían el escándalo* en la pasión de Cristo.

c) La pérdida de la vida corporal, que naturalmente es horrible para la naturaleza humana.

2º POR LA CAPACIDAD SENSITIVA DEL PACIENTE.
Cristo estaba dotado de un cuerpo perfectísimamente complexionado, puesto que había sido formado milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y las cosas hechas por milagro son más perfectas que las demás, como dice San Crisóstomo a propósito del vino en que fue convertida el agua en las bodas de Cana. Por esto poseyó una sensibilidad exquisita en el tacto, de cuya percepción se sigue el dolor.

También su alma, con sus facultades interiores perfectísimas, percibió eficacísimamente todas las causas de tristeza.

3º POR LA PUREZA MISMA DEL DOLOR.

Porque en los otros pacientes se mitiga la tristeza interior, y también el dolor exterior, con alguna consideración de la mente, en virtud de cierta derivación o redundancia de las facultades superiores sobre las inferiores; cosa que no tuvo lugar en la pasión de Cristo, que "permitió a cada una de sus potencias lo que le es propio", como dice San Juan Damasceno.

4º POR LA VOLUNTARIEDAD CON QUE CRISTO PADECIÓ, mirando a liberar a los hombres del pecado. Por esto tomó tanta cantidad de dolor, que fuera proporcionada a la grandeza del fruto que de ahí se había de seguir.

Todas estas causas juntas prueban manifiestamente que el dolor de Cristo fue el mayor de todos los dolores que se pueden padecer en esta vida".

Es muy interesante la respuesta a una dificultad que se plantea
y resuelve Santo Tomás. Hela aquí

DIFICULTAD. La pérdida de un bien mayor causa un dolor mayor. Pero el pecador, al pecar, pierde un bien mayor que el que perdió Cristo en la pasión, pues éste perdió únicamente su vida natural, mientras que el pecador pierde la vida sobrenatural del alma, *que vale infinitamente más*. Además, Cristo perdió la vida sabiendo que iba a resucitar al tercer día; luego parece que padeció menos que los que la pierden para permanecer en la muerte.

RESPUESTA. Cristo no se dolió solamente de la pérdida de su propia vida corporal, sino también de los pecados de

todos los hombres; y este dolor excedió al que experimenta cualquiera de los contritos, porque procedía de mayor conocimiento y caridad—que aumentan el dolor de contrición—y porque se dolió de todos los pecados del mundo. Por eso dice Isaías: *"Verdaderamente llevó sobre sí todos nuestros dolores".*

Por otra parte, la vida corporal de Cristo fue de tanta dignidad, sobre todo por la divinidad, a la que estaba unida, que de su pérdida por una sola hora había motivo para dolerse más que de la pérdida de la vida de cualquier hombre para siempre. Sin embargo, Cristo expuso su vida, que le era sumamente amada, por el bien de la caridad.

Los dolores de Cristo fueron, por cualquier lado que se los mire, los mayores que jamás ha padecido nadie en esta vida. Con todo, no fueron mayores que los que padecen las almas del purgatorio y, sobre todo, los condenados del infierno. Lo dice expresamente Santo Tomás y da la razón de ello "El dolor del alma separada que padece pertenece al estado de la futura condenación, el cual excede todo el mal de la vida presente, así como la gloria de los santos supera todo el bien de la presente vida. De manera que, cuando decimos que el dolor de Cristo es el más grande, no lo comparamos con el del alma separada".

Este argumento tiene pleno valor con relación a las almas de los condenados del infierno. Con relación a *las almas del purgatorio* hay que decir que sus penas no pertenecen al orden y plano puramente natural, sino al sobrenatural de la gracia y de la gloria, ya que disponen al alma para la visión

beatífica, siendo como su condición previa y causando en el alma el grado de purificación indispensable para la misma.

No cabe duda, pues, que entre las penas del purgatorio y las de esta vida tiene que repercutir de alguna manera la distancia infinita que hay entre el orden puramente natural y el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria.

Conclusión 7ª Cristo padeció en toda la esencia del alma y en todas sus potencias: directamente en las potencias inferiores, e indirectamente en las superiores.

En el alma cabe distinguir dos cosas:

- **su esencia misma,**
- **y las potencias o facultades que de ella dimanan.**

Las potencias, a su vez, pueden padecer de dos maneras:

- **por la demasiada intensidad del objeto propio que las afecta (v.gr., el exceso de luz molesta a los ojos),**
- **por razón del sujeto en que se fundan, aunque no se trate de su objeto propio (como la vista sufre cuando el ojo es punzado o cuando se le quema, porque padece el sentido del tacto, sobre el que la vista se funda).**

Teniendo esto en cuenta, hay que decir que Cristo padeció en toda su alma en cuanto a su esencia, puesto que toda ella estaba en el cuerpo y en cada una de sus partes, y *padeciendo el cuerpo y a punto de separarse del alma, toda ella padecía*.
En cuanto a las potencias, Cristo padeció directamente en las potencias inferiores, porque, teniendo por objeto las

cosas temporales, existía en cada una de ellas algún motivo de dolor, como vimos en las conclusiones anteriores.

Las potencias superiores, *sobre todo la razón superior*, no podían sufrir por parte de su objeto propio, que es Dios, porque *no podía venir por aquí ningún dolor*, sino delectación y gozo.
Pero por parte del sujeto en que se fundan, que es la esencia del alma, Cristo padeció también indirectamente en ellas, porque como hemos dicho, el dolor, afecta a la esencia del alma a través del cuerpo que padece.

Conclusión 8ª El alma de Cristo, durante su misma pasión, gozó de la visión beatífica sin interrupción alguna.

La clave para vislumbrar un poco este misterio está en la distinción que acabamos de establecer en la conclusión anterior a base de la esencia del alma y sus potencias o facultades superiores e inferiores.

"El gozo de la fruición —escribe Santo Tomás a este propósito— no es directamente contrario al dolor de la pasión porque no se refiere a lo mismo, y nada impide que dos cosas contrarias se hallen en un mismo sujeto bajo distinta razón.

De esta suerte, el gozo de la fruición puede hallarse en la parte superior del alma por su acto propio, y el dolor de la pasión por razón del sujeto.
***El dolor de la pasión pertenece a la esencia del alma por parte del cuerpo, del que es forma*,**

y el gozo de la fruición por parte de la potencia, de la que es sujeto".

Conclusión 9ª Fueron muy oportunas las circunstancias de tiempo, edad, lugar y compañía con que Cristo sufrió su pasión.

Hay un argumento fundamental que engloba a todos los demás. La pasión de Cristo estaba sometida a su voluntad, y ésta se regía por la sabiduría divina, "que todo lo dispone convenientemente y con suavidad", como dice el libro de la Sabiduría.

Pero no es difícil tampoco señalar las conveniencias de cada una de esas circunstancias. Y así:

EL TIEMPO. Cristo padeció muy convenientemente la víspera de la Pascua judía, en la que se inmolaba el cordero pascual, símbolo del sacrificio redentor del Calvario. San Juan Bautista le había señalado como "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", y San Pablo dice que "Cristo es nuestra Pascua, que ha sido inmolada".

LA EDAD. Por tres razones -—dice 8anto Tomás— quiso padecer Cristo en la edad juvenil:
a) Para mostrarnos más su amor, pues entregaba la vida por nosotros cuando se hallaba en la flor de su edad.

b) Porque no convenía que en El apareciese decaimiento alguno de la naturaleza, como tampoco enfermedad alguna, según ya vimos.

c) Para que, muriendo y resucitando en la edad juvenil, manifestase en sí mismo la futura condición de los resucitados.

Por esto dice el Apóstol:
“Hasta que alcancemos todos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo”.

EL LUGAR. Fue muy conveniente que padeciese en Jerusalén:

a) Porque allí se habían ofrecido a Dios los sacrificios prefigurativos de la pasión de Cristo.

b) Porque geográficamente ocupaba un lugar céntrico en el mundo conocido en aquel momento, y la eficacia de la pasión de Cristo se había de extender a todo él.

c) Por la humildad de Cristo, que quiso nacer en el pequeño pueblo de Belén y padecer oprobios en la gran ciudad de Jerusalén.

d) Porque en ella residían los príncipes del pueblo, qu» fueron los principales responsables de su pasión y muerte.

ENTRE DOS LADRONES. Estaba profetizado que el Mesías “sería en la muerte igualado a los malhechores, a pesar de no haber en él maldad..., y contado entre los pecadores”. Según San Crisóstomo, esto lo hicieron los judíos “para hacerle participante de su infamia. Pero no lo

consiguieron, pues de los ladrones nadie se acuerda, y la cruz de Cristo en todas partes es honrada. Los reyes deponen su corona para tomar la cruz; en las púrpuras, en las diademas, en las armas, en la mesa sagrada, en toda la tierra, resplandece la cruz".

Según San León, "dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda, son crucificados para que en la misma forma del patíbulo se mostrara aquella distinción entre todos los hombres que en el juicio se había de realizar".

Y San Agustín dice: "La misma cruz, si bien se considera, fue el tribunal. Puesto en medio el juez, uno, que creyó, fue absuelto; otro, que insultó, fue condenado. Con esto significaba lo que ha de hacer de los vivos y de los muertos, colocando unos a la derecha y otros a la izquierda".

ARTICULO II

LOS AUTORES DE LA PASIÓN DE CRISTO

Vamos a examinar ahora las causas eficientes de la pasión de Cristo, o sea, quiénes fueron los autores de la misma.

Como veremos, fueron cuatro desde distintos puntos de vista:

- **El mismo Cristo,**
- **Su Padre celestial,**
- **Los judíos**
- **Y los gentiles.**

Conclusión 1a. Cristo sufrió su pasión y su muerte porque quiso voluntariamente sufrirlas.

"De dos maneras—escribe Santo Tomás— puede ser uno causa de algún efecto:

- ***produciéndolo* por sí mismo**
- ***no impidiendo que otros* lo produzcan pudiéndolo impedir.**

Del primer modo, es claro que dieron muerte a Cristo sus perseguidores, que fueron los que de hecho le mataron.

Pero del segundo modo fue el mismo Cristo la causa de su pasión y de su muerte, pues podía impedirlas y no lo hizo. Hubiera podido impedirlas haciendo que sus adversarios no quisiesen o no pudiesen matarlo, o también haciendo que su naturaleza humana no sufriera ningún daño, ya que, en virtud de la unión hipostática, tenía poder infinito para ello. Y porque no quiso impedir su muerte, pudiéndolo hacer, por eso se dice que entregó su alma o que murió voluntariamente".

A propósito de esta conclusión hay que notar lo siguiente:

1.° Las palabras de Cristo: "Nadie es capaz de arrebatarme mi Vida" se entienden "contra mi voluntad". Solamente se "arrebata" aquello que se quita a uno sin que éste pueda impedirlo.

2.° Para mostrar que la pasión inferida a Cristo por la violencia de los judíos no era capaz de quitarle la vida, quiso conservar en todo su vigor su naturaleza corporal hasta el

último momento. Por eso pronunció su última palabra: "Padre, en tus manos *encomiendo* mi espíritu", dando "una gran voz", que hizo exclamar al centurión romano: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios".

Y todavía hubo otra cosa admirable en la muerte de Cristo: el haber muerto más rápidamente que solían morir los crucificados, lo que admiró mucho a Pilato. Es porque murió cuando quiso, como dueño y señor de la vida y de la muerte.

3. ^{0} La muerte de Cristo fue, a la vez, violenta y voluntaria. Violenta, por parte de los judíos que le mataron; voluntaria, por parte de Él, que la aceptó porque quiso.

Conclusión 2ª Cristo murió por obediencia al mandato de su Padre celestial.

Ya hemos aludido a esta cuestión al hablar de la libertad de Jesucristo bajo el mandato del Padre. Aquí vamos a recoger las razones de conveniencia que expone Santo Tomás:
"Fue convenientísimo que Cristo padeciese por obediencia, y esto por tres razones principales:

a) Por contraste con la desobediencia de Adán.
A este propósito dice San Pablo: "Como por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos".

b) Porque "la obediencia es mejor que el sacrificio"

***Pero el sacrificio realizado por obediencia es el colmo de la perfección*.**

c) Para obtener la victoria sobre la muerte y sobre el autor de la muerte. No puede el soldado obtener la victoria sino obedeciendo a su capitán.
Cristo hombre alcanzó la victoria obedeciendo a Dios, según la sentencia divina: "El varón obediente cantará victorias".

En cuanto a la manera de compaginar el mandato del Padre con la libertad de Jesucristo, recuérdese el argumento fundamental que expusimos en aquel otro lugar: juntamente con el mandato le dio el Padre a Jesucristo la libre voluntad de padecer y morir.

Conclusión 3ª Dios Padre decretó la pasión de Cristo para salvarnos a nosotros y le entregó de hecho a sus enemigos.

Lo dice expresamente San Pablo en su epístola a los Roma - nos: *"El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?".*

Escuchemos el razonamiento teológico de Santo Tomás "Según queda dicho, Cristo padeció voluntariamente por obedecer al Padre.

De tres maneras le entregó su Padre a la pasión:

a) Decretando con su voluntad eterna la pasión de Cristo para la redención del género humano, según leemos en Isaías: *"Puso el Señor en Él las iniquidades de todos*

nosotros", y también: "Quiso el Señor quebrantarle con padecimientos".

b) Inspirándole la voluntad de padecer por nosotros e infundiéndole la caridad. Por eso añade Isaías a continuación: *"Se ofreció porque quiso"*

c) No protegiéndole contra la pasión y exponiéndole a los perseguidores. Por lo cual se lee en San Mateo que, pendiente de la cruz, dijo Cristo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", pues le entregó en manos de sus perseguidores, como expone San Agustín".

Al resolver las dificultades, el Doctor Angélico, como de costumbre , completa y redondea la doctrina. Las recogemos a continuación.

DIFICULTAD. Inicuo y cruel es entregar a la muerte a un inocente. Pero en Dios no cabe iniquidad ni crueldad alguna, como leemos en el Deuteronomio. Luego no se puede decir que el Padre entregó a Cristo a la muerte .

RESPUESTA. Entregar a un inocente a la pasión y a la muerte contra su voluntad es impío y cruel. Pero no fue así como obró Dios Padre, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros.
En esto se nos manifiesta, de una parte, la "severidad de Dios" (Romanos 11,22)**, que no quiso perdonar el pecado sin la conveniente satisfacción, como dice San Pablo cuando escribe: "A su mismo Hijo no perdonó";**
y, de otra parte, su inefable "bondad" en proporcionarle al hombre quien satisficiese por él, ya que *no podía hacerlo suficientemente por sí mismo, por grande que fuera la pena*

que padeciese. Por eso añade San Pablo: "Le entregó por todos nosotros".

DIFICULTAD. No parece posible que uno se entregue a sí mismo a la muerte y, además, sea entregado por otro. Pero Cristo "se entregó a Sí mismo por nosotros", como dice San Pablo. Luego no parece que le haya entregado Dios Padre.

RESPUESTA. Cristo, en cuanto Dios, se entregó a sí mismo a la muerte con la misma voluntad v acción con que el Padre le entregó; pero, en cuanto hombre, se entregó a sí mismo con la voluntad inspirada por el Padre.
De manera que no hay contrariedad en decir que el Padre entregó a Cristo y Cristo se entregó a sí mismo.

DIFICULTAD. La Sagrada Escritura vitupera a Judas por haber entregado a Cristo a los judíos, y también a éstos por haberle entregado a Pilato, y a Pilato por haberle entregado otra vez a los judíos para que lo crucificaran.
Luego no es posible que el Padre haya entregado a Cristo a la muerte, pues Dios no puede realizar ninguna acción vituperable.

RESPUESTA. La bondad o maldad de una acción puede ser juzgada de diverso modo, según las diversas ***causas*** de donde procede. Según esto, el Padre entregó al Hijo y el Hijo se entregó a sí mismo por caridad, y por eso son alabados. Judas, en cambio, lo entregó por codicia; los judíos, por envidia, y Pilato, por temor mundano de perder el favor del César; y por eso son justamente incriminados.

Conclusión 4ª Fue muy conveniente que Cristo padeciera de parte de los judíos y de los gentiles.

Lo anunció el mismo Cristo al acercarse con sus discípulos por última vez a Jerusalén:
"Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará".

Escuchemos al Doctor Angélico dando la razón de esto:

"En el mismo modo en que se realizó la pasión de Cristo estuvo figurado el efecto de la misma. Porque en primer lugar obtuvo su efecto salvador en los judíos, muchísimos de los cuales fueron bautizados, como consta por los Hechos de los Apóstoles. Y después, por la predicación de los judíos se extendió el efecto de la pasión de Cristo a los gentiles.

Por eso fue conveniente que Cristo comenzase a padecer de los judíos y que luego éstos le entregaran a los gentiles, para que por su manos consumaran la obra de la pasión".

Hay que notar, además, lo siguiente:

1° Para demostrar la infinita caridad con que padecía, Cristo, puesto en la cruz, pidió perdón para sus perseguidores.
Y por esto, para que el fruto de su petición alcanzase a los judíos y a los gentiles, quiso Cristo padecer de unos y de otros.

2º La pasión de Cristo fue la oblación a Dios de un sacrificio perfectísimo por parte de Cristo, que sufrió voluntariamente la muerte por caridad; pero por parte de los que le mataron no fue un sacrificio, sino un gravísimo pecado.

Conclusión 5ª Los que crucificaron a Cristo procedieron con cierta ignorancia; pero no les excusaba de su crimen, por ser una ignorancia culpable.

Que procedieron con cierta ignorancia, lo dice expresamente la Sagrada Escritura en varios lugares.
Dice San Pablo:
"Si la hubieran conocido (la sabiduría de Dios), nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria".
Y San Pedro, hablando de los judíos:
"Ya sé que por ignorancia habéis hecho esto, como también vuestros príncipes".
Y el mismo Cristo, pendiente de la cruz, exclamó:
"Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen".

Sin embargo, esta ignorancia no excusaba a los culpables de su crimen, pues era una ignorancia afectada.

Lo expresa Santo Tomás:

"Hay que distinguir en los judíos los mayores y los menores.

Los mayores son los que se decían sus "príncipes", y éstos conocieron que Jesús era el Mesías anunciado por los profetas, puesto que todas las predicciones se cumplían en él; pero ignoraron el misterio de su divinidad, pues si lo

hubieran conocido, «nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria", como dice San Pablo.

Sin embargo, esta ignorancia no los excusaba de su crimen, pues era una ignorancia afectada. Veían las señales evidentes de su divinidad, mas, por odio o por envidia de Cristo, las pervertían y rehusaban dar fe a las palabras con que se declaraba Hijo de Dios. Por esto, el mismo Señor dice de ellos: *"Si no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su Pecado"*
Y luego añade: *"Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado".*

De los mayores, bien se pueden considerar como dichas en la persona de ellos mismos las palabras de Job:
"*Dijeron a Dios: Apártate lejos de nosotros, no queremos saber de tus caminos".*

En cuanto a los menores, es decir, el pueblo, que ignoraba los misterios de la Sagrada Escritura, no alcanzaron un pleno conocimiento de que Cristo fuera el Mesías ni el Hijo de Dios, y aunque algunos de ellos creyeron en Cristo, la masa del pueblo no creyó. Y si alguna vez llegaron a sospechar que Él era el Mesías por la multitud de milagros y por la eficacia de su doctrina, como consta por San Juan, luego fueron engañados por sus príncipes para que no creyeran ser, Él, el Mesías y el Hijo de Dios. Por esto, San Pedro les dijo: *"Ya sé que por ignorancia habéis hecho esto, como también vuestros príncipes",* porque habían sido engañados por éstos".

En la respuesta a una dificultad, advierte el Angélico que "la ignorancia afectada (simulada) no excusa de pecado, antes más bien parece agravarlo, pues demuestra que el hombre se halla tan decidido a pecar, que no quiere salir de su ignorancia para no verse obligado a renunciar al pecado. Por eso pecaron los judíos, no sólo como autores de la crucifixión del Mesías-hombre, sino también de Dios".

Conclusión 6ª El pecado de los que crucificaron a Cristo fue objetivamente el más horrendo que se ha cometido jamás; pero en la masa del pueblo estuvo disminuido por su ignorancia.

Oigamos de nuevo al Doctor Angélico

"Según queda dicho, los príncipes de los judíos conocieron que Jesús era el Mesías, y, si alguna ignorancia hubo en ellos, fue ignorancia aparente, que no les podía excusar de pecado. De manera que su pecado fue gravísimo, tanto por el género del pecado como por la malicia de la voluntad.

Cuanto a la masa del pueblo judío, cometió un gravísimo pecado, si se considera el género de pecado; pero estuvo disminuido por su ignorancia. Mucho más excusable todavía fue el pecado de los gentiles que le crucificaron, pues no tenían la ciencia de la Ley".
El hecho de que Cristo se entregara voluntariamente a la muerte, no disminuye en nada el pecado de los que le crucificaron. Porque Cristo quiso su pasión, como la quiso el Padre; *pero no quiso la acción inicua de los judíos.*

ARTICULO III

LAS DIVERSAS VÍAS O CAUSALIDADES DE LA PASIÓN DE CRISTO

Este artículo es importantísimo en la teología cristológica.

Vamos a estudiar en él las diversas causalidades de la pasión de Cristo, o sea, los distintos modos con que alcanza o consigue el fin a que se ordena.

Los principales son cinco:

- **el mérito**
- **la satisfacción**
- **el sacrificio**
- **la redención**
- **y la eficiencia.**

O en otros términos:
Cristo fue nuestro Salvador por vía de mérito, de satisfacción, de sacrificio, de redención y de eficiencia.

O todavía de otra forma:
Jesucristo, por su pasión y muerte, es la causa meritoria, satisfactoria, sacrificial, redentora y eficiente de nuestra salvación.

Vamos a examinar por separado cada una de estas causalidades
de la pasión de Cristo.

1. Por vía de mérito

Ante todo, vamos a dar unas nociones sobre el mérito sobrenatural y *sus diferentes clases y divisiones.*

1. En general, se da el nombre de mérito al valor de una obra que la hace digna de recompensa.

Es el derecho que una persona adquiere a que *otra persona le premie o recompense* el trabajo o servicio que le prestó.
El mendigo pide humildemente la limosna a su generoso bienhechor sin derecho estricto a recibirla;
el obrero, en cambio, tiene derecho a recibir el justo salario que ha merecido con su trabajo.
2. El mérito es una propiedad del acto humano deliberado y libre.

3. En el mérito entran siempre dos personas: el merecedor y el premiador. Y dos cosas: la obra meritoria y la recompensa a ella debida.

4. Hay dos clases de mérito:

El mérito de el de condigno, que se funda en razones de justicia.

Y el mérito de congruo, que no se funda en razones de justicia ni tampoco en pura gratuidad, sino en cierta conveniencia por parte de la obra y en cierta liberalidad por parte del que recompensa.

Y así, v.gr., *el obrero tiene estricto derecho (de condigno) al jornal que ha merecido con su trabajo,*

y la persona que nos ha hecho un favor se hace acreedora (de congruo) a nuestra recompensa agradecida.

a) El mérito de condigno se subdivide en

- **mérito de estricta justicia («ex toto rigore iustitiae»)**
- **y de justicia proporcional («ex condignitate»).**

El primero (de estricta justicia) requiere una igualdad perfecta y absoluta entre el acto meritorio y la recompensa; por eso en el orden sobrenatural este mérito es propio y exclusivo de Jesucristo, ya que *solamente en El se salva la distancia infinita entre Dios y el hombre.*

El segundo (de justicia proporcional) supone tan sólo igualdad de proporción entre el acto bueno y la recompensa; pero habiendo Dios prometido recompensar esos actos meritorios, esa recompensa es debida en justicia, no porque Dios pueda contraer obligaciones para con el hombre,

***sino porque Dios se debe a sí mismo el cumplimiento de su palabra*.**

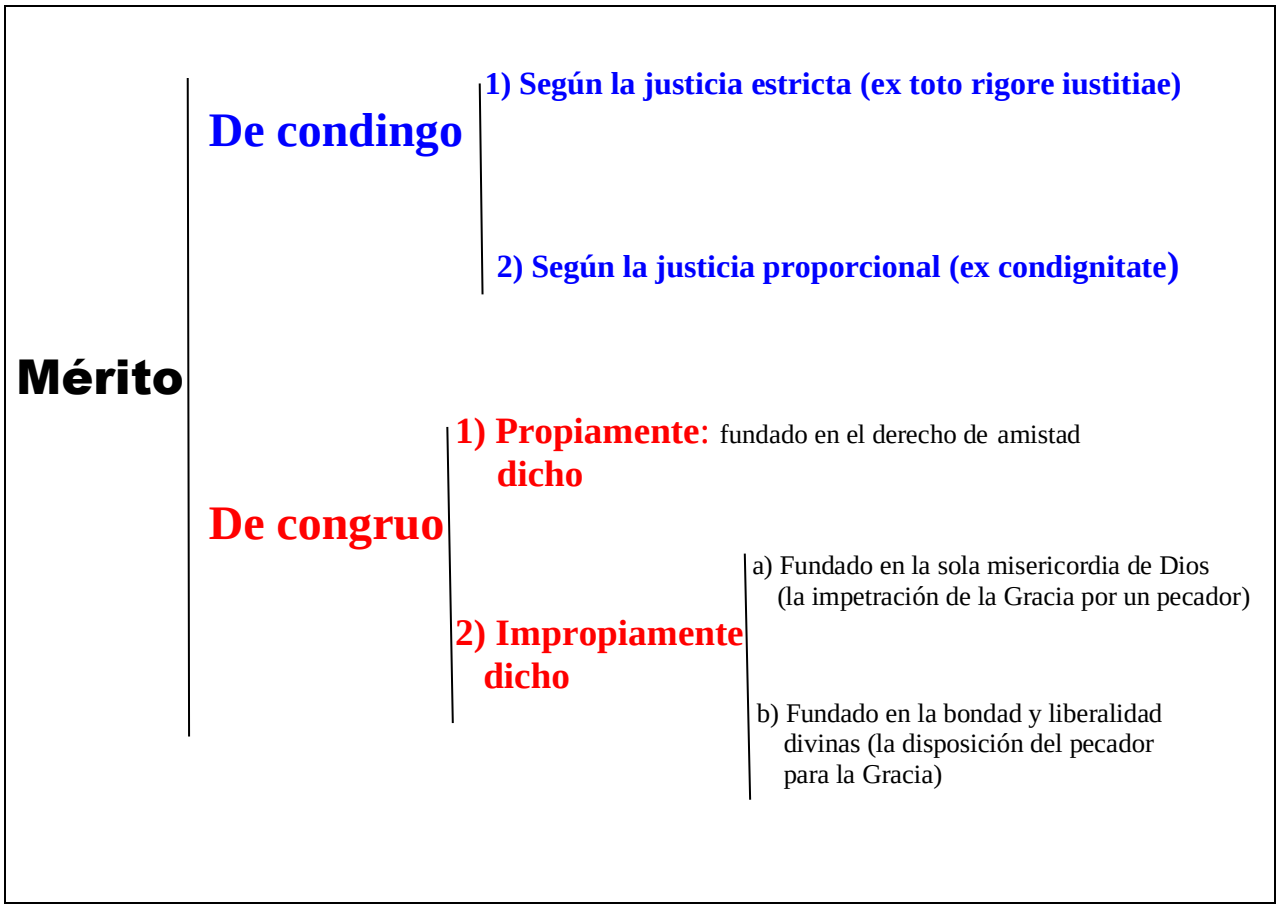
c) A su vez, el mérito de congruo se subdivide en

de congruo propiamente dicho, que se funda en razones de amistad (v.gr., el derecho que da la amistad para obtener un favor de un amigo),

y de congruo impropiamente dicho, que se funda únicamente en la misericordia de Dios (v.gr., una gracia impetrada por un pecador) o en su bondad y liberalidad divinas (v.gr., la disposición del pecador para recibir la gracia del arrepentimiento).

En el *mérito de congruo impropiamente dicho* no se salva, en realidad, la razón de mérito verdadero,
y en el de congruo propiamente dicho se salva tan sólo de manera remota e imperfecta.

Para que aparezcan con mayor claridad estas divisiones y subdivisiones vamos a recogerlas en el siguiente cuadro esquemático:



5. **El mérito sobrenatural requiere ciertas condiciones.**
   Unas son exigidas por la acción misma que se dice meritoria;
   otras, por la persona que merece;
   otras, por la cosa merecida;
   y otras, finalmente, por parte del remunerador.

   Helas aquí.

Por parte de la Obra

a) Acto positivo (no basta la simple omisión de un acto malo, a no ser por un acto positivo de repulsa).

b) Honesto (o sea, moralmente bueno).

c) Libre (*sin la libertad falta el acto humano y voluntario*).

d) Sobrenatural (procedente de la gracia y de la caridad).

Por parte del que merece

a) Que sea viador, o sea, que viva todavía en este mundo (en el otro ya no se puede merecer).

b) Que esté en gracia de Dios (*el pecado mortal destruye la raíz del mérito sobrenatural*).

c) Que realice su acto en obsequio o servicio de Dios, pues de lo contrario nada podría esperar de Él en recompensa.

Por parte de la cosa merecida

a) Que sea algo conducente a la vida eterna, pues en orden a ésta se da el mérito.

b) Que tenga razón de término o de efecto con respecto al acto meritorio, no de principio del mismo.

Por parte de Dios remunerador

Aceptación de la obra en orden al premio, por divina ordenación y promesa.

Estas condiciones se requieren para que haya *verdadero mérito de condigno*.

Para el mérito de congruo propiamente dicho *no se requiere la promesa u ordenación* al premio por parte de Dios remunerador,
y para el de congruo impropiamente dicho *no es necesario el estado de gracia* por parte del que merece.

Teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho, vamos a explicar ahora la existencia, objeto y naturaleza del mérito de Jesucristo con relación a nosotros.

a) Existencia del mérito de Jesucristo.

La existencia del mérito de Jesucristo es una verdad de fe expresamente definida por la Iglesia y cuya razón teológica es muy fácil y sencilla. Veámoslo brevemente:

a) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. El concilio de Trento definió contra los protestantes que Jesucristo nos mereció la justificación, de cuyo mérito
es *Él mismo la causa eficiente principal*
y *el sacramento del bautismo la causa instrumental* que nos aplica los frutos de su redención.
Se trata, pues, de una verdad de fe.

b) En Jesucristo-hombre se dieron todas las condiciones que requiere el mérito sobrenatural en su grado más perfecto, o

sea, según todo el rigor de la justicia (de condigno ex tote rigore iustitiae):

- **estado de viador,**
- **gracia perfectísima,**
- **libertad omnímoda**
- **y ordenación divina de su mérito a todos nosotros,**

puesto que el fin próximo de la encarnación del Verbo es la redención del hombre.

Luego Jesucristo pudo merecer y mereció de hecho sobrenaturalmente para sí y para nosotros.

b) Objeto del mérito de Jesucristo

Como acabamos de decir, Cristo mereció sobrenaturalmente para sí y para nosotros.
Vamos a precisar el objeto de ambos méritos en otras tantas conclusiones.

Conclusión 1ª Cristo-hombre
no mereció para sí mismo

- **la gracia,**
- **ni la ciencia,**
- **ni la visión beatífica,**
- **ni su propia divinidad;**

pero sí……

- **su gloriosa resurrección,**
- **su admirable ascensión a los cielos,**
- **la gloria del cuerpo,**
- **estar a la diestra del Padre,**

- **la exaltación de su nombre**
- **y el título de Rey universal y Juez supremo de vivos y muertos.**

(Doctrina cierta y común.)

La razón de no haber merecido la gracia, ni la ciencia, ni la visión beatífica es la excelencia soberana de Cristo-hombre *en virtud de la unión hipostática con el Verbo de Dios.*

En virtud de ella, Cristo gozó de todas esas cosas desde el primer instante de su concepción en el seno de María, o sea, antes de haber realizado ningún acto por el cual pudiera merecerlas.

Es mejor y más perfecto tener todas esas cosas naturalmente desde el principio que irlas adquiriendo después por vía de mérito.

En cuanto a la divinidad, ya se comprende que está fuera en absoluto del alcance del mérito, incluso poseyendo la gracia santificante en toda su plenitud, como la poseía Cristo.

En cambio, la resurrección, la ascensión, la gloria del cuerpo, etc., que habían de venir al fin de la vida de Cristo, es más perfecto y glorioso alcanzarlas por vía de mérito que recibirlas por puro regalo gratuito. Por eso Cristo mereció propiamente todas esas cosas y no las anteriores.

He aquí los principales textos de la Sagrada Escritura que prueban el mérito de Jesucristo con relación a su suprema exaltación:

"Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre".
"Y Él les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y así entrase en su gloria?"
"Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición".

Conclusión 2ª Cristo-hombre mereció para todos los hombres procedentes de Adán absolutamente todas las gracias que han recibido o recibirán de Dios, sin excepción alguna. (Doctrina católica.)

He aquí las pruebas:

a) **L A SAGRADA ESCRITURA. Citamos tan sólo algunos textos:**

"Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos, por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad" (Eph 1,3-5)**.**

"Como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida" (Rom 5,18)**.**

"En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos" (Act 4,12)**.**

"Sin mí no podéis hacer nada" (Juan 15,5)**.**

Los textos podrían multiplicarse en abundancia

b) E L MAGISTERIO DE LA IGLESIA. El concilio de Trento definió el siguiente canon: "Si alguno afirma que este pecado de Adán... se quita por otro remedio que por el mérito del único mediador, Nuestro Señor Jesucristo, el cual, hecho para nosotros justicia, santificación y redención, nos reconcilió con el Padre en su sangre..., sea anatema".

Y, hablando de las diferentes causas de la justificación, enseña el mismo concilio de Trento:
"Las causas de esta justificación son:
latría

- **la gloria de Dios y de Cristo**
- **y la vida eterna;**

la eficiente
Dios misericordioso, que gratuitamente "lava y santifica"...;

la meritoria

su Unigénito muy amado, Nuestro Señor Jesucristo, el cual... nos mereció la justificación por su pasión santísima en el leño de la cruz y satisfizo por nosotros a Dios Padre".

Ahora bien: el misterio de nuestra redención en Cristo incluye absolutamente todas las gracias sin excepción alguna:

- **las dispositivas para la justificación,**
- **la justificación misma,**
- **todas las gracias habituales y actuales,**
- **la perseverancia final**
- **y la gloria eterna.**

Todo absolutamente nos lo mereció Cristo, sin que sea posible recibir alguna gracia de Dios independientemente de sus méritos.

c) L A RAZÓN TEOLÓGICA. He aquí el sencillo razonamiento de Santo Tomás:

"Como ya dijimos, Cristo poseyó la gracia no sólo como hombre particular, sino también *como cabeza de toda la Iglesia*, de suerte que todos están unidos a Él como los miembros con su cabeza y forman junto *con Él una sola persona mística*.

A causa de esto, los méritos de Cristo se extienden a todos los demás hombres en cuanto que son miembros suyos, de igual suerte que en cualquier hombre la acción de la cabeza pertenece en cierto modo a

todos sus miembros, pues todos participan de su actividad sensible».

Como se ve, la razón del mérito de Cristo con relación a nosotros reside en su gracia capital (aquella que le pertenece como cabeza de la Iglesia), que es su cuerpo místico que, como ya dijimos, está ordenada intrínsecamente a la santificación de todos los miembros de su Cuerpo místico, actuales o en potencia; esto es, a todos los hombres del mundo sin excepción, ya que todos fueron redimidos por la pasión de Cristo.

Claro que así como *el pecado de Adán* no se *transmite* a los demás sino por vía de *generación carnal,* de igual forma los méritos de Cristo no se comunican a los demás hombres más que por vía de generación espiritual, que tiene lugar en el bautismo, por el cual nos incorporamos a Cristo, según las palabras de San Pablo: "Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo".

Y esta misma generación en Cristo es una gracia otorgada al hombre ; y, de esta suerte, debe concluirse que la salvación del hombre es obra de la gracia de Cristo.

c) Naturaleza del mérito de Jesucristo

No ha habido ningún teólogo que se haya atrevido a decir que el mérito de Jesucristo con relación a Él y a nosotros se dé fuera de mera congruidad (ver notas, abajo)**.**

Todos afirman que se trata de un mérito de justicia (de condigno).

Pero algunos, tales como Molina, Vázquez, Lugo y Billot, sostienen que no se trata de un mérito de rigurosa o estricta justicia (ex toto rigor e iustitiae), por *faltarle la perfecta alteridad entre el que merece y el premiador*, ya que Jesucristo es, a la vez, Dios y hombre verdadero.
Por eso niegan también que se trate de verdadera justicia conmutativa (ver notas)**.**

En contra de ellos, Santo Tomás, San Buenaventura, Suárez, Valencia y la gran mayoría de los teólogos de todas las escuelas
afirman que se trata de un mérito de rigurosa y. estricta justicia (ex toto rigore iustitiae) y, por lo mismo, de rigurosa y estricta justicia conmutativa.

a) Naturaleza del mérito de Jesucristo

En Jesucristo se encuentran todas las condiciones esenciales para el mérito de rigurosa justicia.

Porque :

a) Hay no sólo igualdad, sino superabundancia entre lo que da (su sangre divina) y lo que merece: su propia exaltación y la redención del mundo.

b) Merece por sus actos propios, puesto que la gracia le pertenecía propiamente en cuanto Dios y sus acciones todas eran propias del Verbo, única persona que hay en Cristo.

c) El hecho de la distinción de las dos naturalezas en Cristo en la persona única del Verbo establece la suficiente alteridad entre el que merece (Cristo en cuanto hombre) y el que da la recompensa (Dios, o el mismo Cristo en cuanto Dios).

Recuérdese que, como dice Santo Tomás, aunque la persona de Jesucristo es formalmente simple en sí misma, de algún modo es compuesta, después de la encarnación, en la misma razón de persona, por cuanto subsiste en dos naturalezas distintas, por razón diversa en cada una de ellas. Esto basta para establecer una alteridad suficiente para el mérito de justicia estricta, sin que sea preciso la alteridad perfecta que existe entre dos personas distintas. Se trata de una alteridad analógica, no unívoca.

d) Se da, finalmente, la aceptación u ordenación divina de los actos de Jesucristo al premio, no sólo en el orden individual, sino también en el social, o sea, en orden al mundo entero, en virtud de su gracia capital, cuyos efectos se extienden y alcanzan a todos los hombre s del mundo sin excepción, ya que todos ellos han sido redimidos por Cristo.

Precisamente la razón por la que nosotros no podemos merecer para los demás con mérito de justicia es porque no poseemos otra gracia que la puramente individual (que se ordena a nuestra propia santificación), a diferencia de Jesucristo, que, además de su gracia individual, poseía la gracia capital, ordenada a toda la humanidad.

El mérito de Jesucristo fue de rigurosa y estricta justicia, no sólo con relación a lo que mereció para Sí mismo con su gracia individual, sino también a lo que mereció para todos nosotros con su gracia capital.

Las principales cualidades o características del mérito de Jesucristo son, pues, las siguientes:

a) UNIVERSAL: *"Él es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo".*

b) SOBREABUNDANTE: *"Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia".*

c) INFINITO: En virtud de la unión hipostática, que confería a todos los actos de Cristo un valor infinito.

d) DE RIGUROSA Y ESTRICTA JUSTICIA, por las razones que hemos expuesto.

Advertencias.

1ª Nótese que Dios no puede contraer obligaciones para con nadie, y de hecho no las contrae con nosotros ni con Cristo al premiar nuestros merecimientos o los suyos; pero se debe a sí mismo el cumplimiento de su propia palabra, en virtud de la cual ha prometido el premio y ha ordenado nuestras buenas obras a la consecución del mismo

2ª Cristo nos mereció la salud eterna desde el principio de su concepción y con cualquier acto de su vida santísima, ya

que todos tenían un valor absolutamente infinito. Pero por especial disposición divina no surtió sus efectos sobre nosotros hasta que de hecho murió por nosotros en la cruz.

Recuérdense las razones que se han expuesto anteriormente al estudiar de qué manera la pasión de Cristo fue el medio más conveniente de realizar la redención del mundo.

a) Naturaleza del mérito de Jesucristo

2. Por vía de satisfacción

Para entender el sentido profundo de esta nueva causalidad o modalidad de la pasión de Cristo sobre nuestros pecados es conveniente tener en cuenta algunos prenotandos.

1° LA CULPA Y LA PENA DEL PECADO.

En el pecado hay que considerar dos cosas:

- **la culpa u ofensa que se comete contra Dios**
- **y el reato de pena que lleva siempre consigo aquella ofensa.**

Con el pecado el hombre ultraja el honor de Dios, apartándose de Él para seguir sus gustos y caprichos.
En el derecho humano , al que quebranta la ley se le impone una pena: de muerte, de cárcel, de trabajos forzados, una multa, etc., para restablecer el orden conculcado.
La justicia divina exige también una, satisfacción para perdonarnos el pecado.

2^0 CONCEPTO DE SATISFACCIÓN.

Santo Tomás la define: La compensación de una injuria inferida según igualdad de justicia.

3^{0} ELEMENTOS QUE LA INTEGRAN.

Son dos:

- **uno material, que es cualquier obra penosa sufrida como pena del pecado,**
- **y otro formal, que consiste en la aceptación voluntaria y por caridad de esa obra penosa con la intención de satisfacer la ofensa inferida a Dios.**

CLASES DE SATISFACCIÓN.

a) Por razón de la forma la satisfacción es triple:

- **reconciliativa,**
- **expiativa**
- **y formal.**

La reconciliativa tiene por objeto reparar solamente la culpa u ofensa *del pecado*,

la expiativa se refiere solamente a la satisfacción de la pena debida *por la culpa*,

y la formal incluye ambas reparaciones: de la *culpa y de la pena*.

Interesa esta distinción porque , según los protestantes, *nuestra satisfacción tiene un sentido puramente expiativo de la pena, sin reparar o extirpar la culpa.*

En sentido católico, en cambio, la expiación es formal, o sea, expía y repara la culpa y la pena.

b) Por razón de la persona que la ofrece la satisfacción se divide en

- **personal**
- **y vicaria,**

según la ofrezca la misma persona que infirió la ofensa u otra persona en representación de aquélla.

4 . Teniendo en cuenta todo esto, podemos establecer la siguiente

Conclusión. La pasión de Cristo es causa satisfactoria, en sentido formal y vicario, *de los pecados de todos los hombres*;
sea, ofreció al Padre una reparación universal, sobreabundante, intrínseca y de rigurosa justicia por los pecados de todos los hombres. (Doctrina católica.)

Expliquemos ante todo los términos de la conclusión:

a) Es CAUSA *SATISFACTORIA EN SENTIDO FORMAL,*
o sea, que reparó la culpa y satisfizo la pena del pecado, *las dos cosas*.

b) *VICARIA*,
o sea, ofreciendo su vida, no por las propias culpas, que no tenía, sino por las de todos nosotros.

c) UNIVERSAL,
o sea, ofreciéndola por todos los hombres del mundo sin excepción, ya que todos ellos fueron redimidos por Cristo.

d) SOBREABUNDANTE, en virtud de la dignidad infinita de la persona de Cristo, que rebasó con mucho la magnitud de la ofensa hecha a Dios por todo el género humano.

a) INTRÍNSECA,
o sea, por su propio valor objetivo, y no por una simple aceptación extrínseca por parte de Dios.

b) DE RIGUROSA JUSTICIA,
como hemos explicado en la cuestión anterior relativa al mérito de Jesucristo.

1ª. DIFICULTAD. Es el pecador quien debe satisfacer, pues es él quien cometió la ofensa, y es él quien debe arrepentirse y confesarse, no otro en su lugar.

RESPUESTA. La cabeza y los miembros constituyen como una sola persona mística, y por eso la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles como miembros suyos. Cuando dos hombres están unidos por la caridad, y por ésta vienen a ser uno, pueden satisfacer el uno por el otro.
La satisfacción es un acto exterior, para cuya ejecución se puede uno valer de instrumentos, entre los cuales se cuentan los amigos.

No ocurre lo mismo con el arrepentimiento y la confesión, que *tienen que ser actos personales del propio penitente*.

2ª. DIFICULTAD. A nadie se le puede ofrecer satisfacción infiriéndole una ofensa mayor. Pero la mayor ofensa que jamás se haya hecho a Dios fue, precisamente, la crucifixión de su Divino Hijo. Luego parece que con ello no quedó satisfecha la deuda de nuestros pecados, sino que se aumentó muchísimo más aún.

RESPUESTA. Fue mucho mayor la caridad de Cristo paciente que la malicia de los que le crucificaron, y, por lo mismo, satisfizo Cristo a Dios mucho más con su pasión que le ofendieron con su muerte los que le crucificaron. La pasión de Cristo fue suficiente y sobreabundante satisfacción por el pecado que cometieron los mismos que le crucificaron.

3ª. DIFICULTAD. El alma, en la que está propiamente el pecado, es superior a la carne. Pero Cristo padeció "en la

carne", como dice San Pedro. Luego no parece que pudiera satisfacer con ello nuestros pecados.

RESPUESTA. La dignidad de la carne de Cristo no se ha de medir por su propia naturaleza corporal, sino por la dignidad de la persona que la asumió, el Verbo divino, en virtud del cual pasó a ser carne de Dios y, por lo mismo, alcanzó una dignidad infinita.

3. Por vía de sacrificio

La pasión de Cristo realizó la redención del mundo por vía de sacrificio.

Vamos a precisar la noción y división del sacrificio antes de pasar a su demostración.

IMPORTANTE:

> **No se confunda la satisfacción de la pena,**
> que puede ser ***ofrecida por otra persona,***
> **con el mérito de las buenas obras,**
> que es ***personal e intransferible***.

Sólo Cristo, y *María como corredentora*, pudieron merecer para los demás por la ordenación social de la gracia capital de Cristo y maternal de María a todos los redimidos.

En sentido estricto, el sacrificio consiste en la oblación externa de una cosa sensible, con cierta ***inmutación o destrucción de la misma***, realizada por el sacerdote en honor de Dios para testimoniar ***su supremo dominio*** y ***nuestra completa sujeción a Él.***

Esta definición recoge las cuatro causas del sacrificio:

a) Material: *la cosa sensible que se destruye* (v.gr., un cordero).

b) Formal: su *inmolación o destrucción* en honor de Dios.

c) Eficiente: el *sacerdote o legítimo ministro*.

d) Final: reconocimiento del *supremo dominio de Dios* y nuestra *total sujeción a Él.*

2. DIVISIÓN DEL SACRIFICIO.

He aquí, en cuadro sinóptico, las principales especies de sacrificio:

a) Por razón del fin

- **Latréutico, o de *simple adoración* a Dios.**
- **Impetratorio, para *pedirle beneficios*.**
- **Satisfactorio, en *reparación* de los pecados.**

- **Eucarístico, en *acción de gracias* por los beneficios.**

b) Por razón del modo

Cruento, con *efusión de sangre* (los del Antiguo Testamento y el del Calvario).
Incruento, *sin derramamiento* de sangre (la santa misa).

c) Por razón de la eficacia

Finita por parte *del agente y de la obra*: los del Antiguo Testamento.
Infinita por *parte de ambos*: el sacrificio del Calvario.
Infinita por *parte de la obra* y finito por parte del agente: la Santa Misa.

Esto supuesto, vamos a exponer la doctrina católica en forma de conclusión.

Conclusión. La pasión y muerte de Jesucristo en la cruz tienen razón de verdadero sacrificio en sentido estricto. (Doctrina católica.)

Lo negaron los socinianos, protestantes liberales y los racionalistas y modernistas en general, tales como Renán, Sabatier, Schmith, Harnack, Loisy, etc.

Contra ellos, he aquí las pruebas de la doctrina católica:

a) L A SAGRADA ESCRITURA. Ya en el Antiguo Testamento el profeta Isaías vaticinó el sacrificio de la cruz: "Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores... Quiso quebrantarlo Yahvé con padecimientos. Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá prosperidad y vivirá largos días...".

San Pablo insiste repetidas veces en la oblación sacrificial de Cristo: "Y ahora todos son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha enseñado siempre y en todas partes, con su magisterio universal ordinario que *La pasión y muerte de Jesucristo en la cruz tienen razón de verdadero sacrificio en sentido estricto*

Y aunque no la ha definido expresa y directamente —por ser una verdad tan clara y fundamental—, la da por supuesta y *la define indirectamente al definir otras cosas afines*.

Véanse, por ejemplo, los siguientes cánones del concilio de Trento relativos al Santo Sacrificio de la Misa:

- **«Si alguno dijere que en el sacrificio de la misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio..., sea anatema» (**D 948**).**
- **"Si alguno dijere que el Sacrificio de la Misa sólo es de alabanza y de acción de gracias, o mera conmemoración del sacrificio cumplido en la cruz..., sea anatema»** (D 950)**.**
- **"Si alguno dijere que por el Sacrificio de la Misa se infiere una blasfemia al Santísimo Sacrificio de Cristo cumplido en la cruz, o que éste sufre menoscabo por aquél, sea anatema"** (D 951)**.**

d) LA RAZÓN TEOLÓGICA.

En la pasión y muerte de Cristo se dieron en grado excelentísimo todas las condiciones que se requieren para un verdadero sacrificio en sentido estricto, a saber:

a) MATERIA DEL SACRIFICIO: el cuerpo santísimo de Cristo inmolado en el madero de la cruz.

b) OBJETO FORMAL: la inmolación o destrucción del cuerpo de Cristo, voluntariamente aceptada por Él a impulsos de su infinita caridad.

c) SACERDOTE OFERENTE: el mismo Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, ofreciéndose a la vez como Víctima.

e) FINALIDAD: devolverle a Dios el honor conculcado por el pecado, reconociendo su supremo dominio y nuestra completa sujeción a él.

Se cumplen, pues, en la pasión de Cristo todas las condiciones del verdadero sacrificio en grado superlativo.

4. Por vía de redención.

Otro matiz importantísimo de la salvación que Cristo nos trajo con su pasión y muerte fue haberla producido por vía de redención. Vamos a dar, antes de demostrarlo, unas nociones previas.

1. CONCEPTO DE REDENCIÓN. En sentido etimológico, la palabra redimir (del latín re y emo = comprar) significa volver a comprar una cosa que habíamos perdido, pagando el precio correspondiente a la nueva compra. Aplicada a la redención del mundo , significa, propia y formalmente, la recuperación del hombre al estado de justicia y de salvación, sacándole del estado de injusticia y de condenación en que se había sumergido por el pecado mediante el pago del precio del rescate.

2. LAS SERVIDUMBRES DEL HOMBRE PECADOR. Por el pecado el hombre había quedado sometido a una serie de esclavitudes o servidumbres:
a) a la esclavitud del pecado;
b) a la pena del mismo;
b) a la muerte;
c) a la potestad del diablo,

y d) a la ley mosaica.

Jesucristo nos liberó de todas ellas produciendo nuestra salud por vía de redención. Esto supuesto, vamos a exponer la doctrina católica en dos conclusiones.

.

. **Conclusión 1ª Jesucristo con su pasión y muerte causó nuestra salud por vía de redención. (Doctrina católica.)**

Esta es la vía o modalidad más clara y terminantemente expuesta en la Sagrada Escritura y en el magisterio de la Iglesia.

a) **L A SAGRADA ESCRITURA. Hay textos abundantes para probar la redención en general y de cada una de las esclavitudes en particular.**
   De la redención en general: *"El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos"*
   "Se entregó a sí mismo para redención de todos".
   "Habéis sido comprados a precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo"

b) **EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. La Iglesia ha enseñado siempre y constantemente esta verdad fundamental de nuestra fe.**
   Concilio de Trento: *"El Padre celestial, cuando llegó la plenitud dichosa de los tiempos, envió a! mundo a su Hijo, Cristo Jesús..., tanto para redimir a los judíos, que estaban bajo la Ley, como para que las naciones que no seguían la justicia aprendieran la justicia y recibieran todos la adopción de hijos de Dios".*

c) L A RAZÓN TEOLÓGICA. Escuchemos a Santo Tomás

"De dos maneras estaba el hombre sometido a servidumbre:

a) Por la esclavitud del pecado, pues, como dice Cristo por San Juan, "quien comete el pecado es esclavo del pecado"

Y San Pedro dice: "Cada uno es siervo de aquel que le venció". **Pues, como el diablo venció al hombre induciéndole a pecar, quedó el hombre sometido a la servidumbre del diablo.**

c) Por el reato de la pena con que el hombre queda obligado ante la divina justicia.

d)

e) Conclusión 2ª La redención del hombre fue realizada inmediatamente por Jesucristo, y en este sentido se dice que es propia de Él. Pero remotamente y como a causa primera, pertenece a toda la Trinidad Beatísima.

f)

g) Escuchemos a Santo Tomás exponiendo esta doctrina

h)

i) 1°: "Dos cosas se requieren para la redención:

. el acto de pagar el rescate

j) . y el precio pagado por el mismo.

k)

l) Si uno entrega un precio que no es suyo, sino de otro,

m) no puede llamarse redentor principal; este nombre corresponde más bien al verdadero dueño del precio.

n)

o) **Ahora bien, el precio de nuestra redención es la sangre de Cristo, es decir, su vida, que Él mismo voluntariamente entregó por nosotros. Una y otra cosa pertenecen inmediatamente a Cristo en cuanto hombre;**

pero pertenecen también a toda la Trinidad como a causa primera y remota, porque *de la Trinidad dependía la vida de Cristo—como primer autor de la misma—y porque ella fue quien inspiró a Cristo el deseo de padecer y morir por nosotros".*

Nota sobre la corredención mariana.

Las cuestiones mariológicas de mayor actualidad son, sin duda alguna, las relativas a la corredención y mediación universal.

EN SU SALIDA AL MUNDO de María. Hemos indicado ya los principios fundamentales de la mediación universal de María.

En cuanto a la corredención, se apoya principalmente en tres principios mariológicos fundamentales:

su maternidad divina,
su asociación a Cristo Redentor
y su gracia maternal ordenada a todos nosotros.

***Combinando esos principios, aparece clara la intervención de María en el misterio de la redención, compadeciendo y conmereciendo con Cristo nuestro rescate con verdadero mérito de condigno*, aunque no según todo el rigor de la justicia (que corresponde exclusivamente a Cristo), sino con mérito de cierta proporción (ex condignitate).**

La corredención mañana—lo mismo que su mediación universal—no han sido definidas todavía por la Iglesia. Pero son verdades completamente ciertas en teología,

implícitamente contenidas en la divina revelación y, por lo mismo, definibles por la Iglesia cuando lo estime oportuno y conveniente.

Ya hemos visto que la pasión de Cristo fue causa de nuestra salud por vía de mérito, de satisfacción, de sacrificio y de redención.

Cabe todavía preguntar *si todo eso lo realizó Jesucristo por medio de su Humanidad Santísima* y *nos lo aplica a nosotros*

- **por vía de causalidad eficiente**
- **tan sólo por vía de causalidad moral.**

Vamos a estudiarlo sentando, en primer lugar, algunas nociones previas.

NOCIÓN Y DIVISIÓN DE CAUSA. En general, se entiende por causa aquello con cuya virtud se produce alguna cosa.
Se distinguen cuatro causas principales:

- **material,**
- **formal,**
- **eficiente**
- **y final.**

Nos interesa recordar aquí las principales divisiones de la causa eficiente.
Puede ser física y moral

Física: según produzca su efecto de una manera física (como el fuego quema físicamente)
Moral, (como la recomendación obtiene la gracia para el recomendado).

La física se subdivide en principal e instrumental,
según produzca *el efecto como agente principal* o *tan sólo como instrumento* (v.gr., el escritor es la causa principal de la carta que escribe instrumentalmente la pluma).

A su vez, el instrumento puede ser
***unido* (v.gr., la mano del escritor)**
***o separado* (v.gr., la pluma con que escribe).**

REDENCIÓN OBJETIVA Y SUBJETIVA.

Recibe el nombre de REDENCIÓN OBJETIVA el hecho mismo de la redención realizada por Cristo, o sea, su pasión y muerte en la cruz.

REDENCIÓN SUBJETIVA es la aplicación a nosotros de los frutos del sacrificio de la cruz.

LA HUMANIDAD DE CRISTO ES EL INSTRUMENTO UNIDO A SU DIVINIDAD.

***Las acciones todas de Cristo se atribuyen al Verbo de Dios*, única persona que hay en Él.**

***Pero el Verbo—causa principal—utilizaba a su humanidad santísima como instrumento unido* para realizar las operaciones teándricas(1), como hemos explicado antes. Esta doctrina es importantísima en Cristología.**

(1) Teándrico: lo que es a un tiempo humano y divino

ARTICULO IV
EFECTOS DE LA PASIÓN DE CRISTO

Estudiadas las diversas causalidades de la pasión de Cristo, vamos a examinar ahora sus principales efectos.

Como se ve, esta cuestión está íntimamente relacionada con la anterior. Santo Tomás expone seis efectos de la pasión de Cristo. Los cinco primeros afectan a los redimidos, y el último al mismo Cristo. Son los siguientes:

1. **Liberación del pecado.**
2. **Del poder del diablo.**
3. **De la pena del pecado.**
4. **Reconciliación con Dios.**
5. **Apertura de las puertas del cielo.**

6. Exaltación del propio Cristo.

Vamos a estudiar los efectos de la Pasión separadamente uno por uno.

1. Liberación del pecado.

Leemos en el Apocalipsis de San Juan: *"Nos amó y nos limpió de los pecados con su sangre".*

Como explica Santo Tomás, la pasión de Cristo es la causa propia de la remisión de los pecados por tres capítulos:

a) PORQUE EXCITA EN NOSOTROS LA CARIDAD PARA CON DIOS al contemplar el amor inmenso con que Cristo nos amó, pues quiso morir por nosotros precisamente cuando éramos aún enemigos suyos. Pero la caridad propia, de cada uno, nos obtiene el perdón de los pecados, según leemos en San Lucas: "Le son perdonados sus muchos pecados porque amó mucho".

b) POR VÍA DE REDENCIÓN. Siendo Él nuestra cabeza, con la pasión sufrida por caridad y obediencia nos libró, como miembros suyos, de los pecados pagando el precio de nuestro rescate; como si un hombre, mediante una obra meritoria realizada con las manos, se redimiese de un pecado que había cometido con los pies. Porque así como el cuerpo natural es uno, no obstante constar de diversidad de miembros, así toda la Iglesia, que es el

Cuerpo místico de Cristo, se considera como una sola persona con su divina Cabeza.

c) POR VÍA DE EFICIENCIA, en cuanto la carne de Cristo, en la que sufrió su pasión, es instrumento de la divinidad; de donde proviene que los padecimientos y las acciones de Cristo producen por la virtud divina la expulsión del pecado.

A esta doctrina pueden oponerse algunas dificultades, que vamos a ver y cuya solución la confirmará todavía más.

DIFICULTAD. Nadie puede limpiar de un pecado aún no cometido. Pero después de la pasión de Cristo se siguen cometiendo muchísimos pecados. Luego *parece claro que no nos ha liberado de todos los pecados.*

RESPUESTA. Con su pasión nos liberó Cristo de nuestros pecados *causalmente*, o sea, instituyendo la causa de nuestra liberación en virtud de la cual pudieran ser perdonados los pecados en cualquier tiempo pasado, presente o futuro que sean cometidos; como si un médico preparara una medicina con la cual pudiera curarse cualquier enfermedad, aun en el futuro.

DIFICULTAD. Puesta la causa suficiente, *ninguna otra cosa se requiere* para que se produzca un efecto. Mas para la remisión de los pecados se requieren otras cosas, tales como el *bautismo o la penitencia*. Luego parece que la

pasión de Cristo no es causa suficiente para la remisión de los pecados.

RESPUESTA. La pasión de Cristo fue la causa universal de la remisión de los pecados de todo el mundo; pero su *aplicación particular* a cada pecador se hace por el bautismo, la penitencia y los otros sacramentos, que tienen el poder de santificarnos en virtud de la pasión de Cristo.

1. Liberación del poder del diablo

Al acercarse su pasión dijo el Señor a sus discípulos: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuese levantado de la tierra, todo lo atraeré a mí".

Escuchemos la hermosa exposición de Santo Tomás: "Acerca del poder que el diablo ejercía sobre los hombres antes de la pasión de Cristo hay que considerar tres cosas:

a) Por parte del hombre, que con su pecado mereció ser entregado en poder del diablo, que con la tentación le había superado. Y en este sentido la pasión de Cristo liberó al hombre del poder del diablo causando la remisión de su pecado.

b) Por parte de Dios, a quien ofendió el hombre pecando, y que, *en justicia, fue abandonado por Dios al poder del diablo*. La pasión de Cristo nos liberó de esta esclavitud reconciliándonos con Dios, como veremos más adelante.

c) Por parte del diablo, que *con su perversísima voluntad impedía al hombre la consecución de su salud*. Y en este sentido nos liberó Cristo del demonio triunfando de él con su pasión. Como dice San Agustín, era justo que quedaran libres los deudores que el demonio retenía, en virtud de la fe en Aquél a quien, sin ninguna deuda, había dado muerte maquinando contra Él".

Para completar la doctrina hay que añadir las siguientes observaciones:

1ª. El demonio no tenía antes de la pasión de Cristo poder alguno para dañar a los hombres sin la permisión divina, como aparece claro en el libro de Job. *Pero Dios se lo permitía con justicia* en castigo de haberle prestado asentimiento a la tentación con que les incitó al pecado.
2ª. También ahora puede el diablo, permitiéndolo Dios, tentar a los hombres en el alma y vejarlos en el cuerpo;
pero tienen preparado el remedio en la pasión de Cristo, con la cual se pueden defender de las impugnaciones del diablo para no ser arrastrados al abismo de la condenación eterna. *Los que antes de la pasión resistían al diablo por la fe en esta futura pasión* podían también obtener la victoria sobre él; *pero no podían evitar el descenso provisional a los infiernos*, de lo que nos liberó Cristo con su pasión.

3ª. Permite Dios al diablo engañar a los hombres en ciertas personas, lugares y tiempos, *según las razones ocultas de los juicios divinos*. Pero siempre tienen los hombres preparado por la pasión de Cristo el remedio con que se defiendan de la maldad del diablo aun en la época del

anticristo. Si algunos descuidan valerse de este remedio, esto no dice nada contra la eficacia de la pasión de Cristo.

3. Liberación de la pena del pecado

El profeta Isaías había anunciado de Cristo: ***"Él fue, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores"*** con el fin de liberarnos de la pena de nuestros pecados.

"De dos maneras —escribe Santo Tomás— fuimos liberados por la pasión de Cristo del reato de la pena:

- directamente, en cuanto que fue suficiente y sobreabundante satisfacción por los pecados del mundo entero, y, ofrecida la satisfacción, desaparece la pena;
- e indirectamente, en cuanto que la pasión de Cristo es causa de la remisión del pecado, en el que se funda el reato de la pena".

Nótese lo siguiente:

1.° *La pasión de Cristo produce su efecto satisfactorio* de la pena del pecado en aquellos a quienes se aplica por la fe, la caridad y los sacramentos. Por eso los condenados del infierno, que no se unen a la pasión de Cristo por ninguno de esos capítulos, no perciben el fruto de la misma.

3. Liberación de la pena del pecado

2.º Para conseguir el efecto de la pasión de Cristo es preciso que nos configuremos con Él.

Esto se logra sacramentalmente por el bautismo, según las palabras de San Pablo: "Con El hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte". Por la satisfacción de Cristo quedan totalmente liberados.

Más porque "Cristo murió una sola vez por nuestros pecados" como dice San Pedro, por eso no puede el hombre configurarse segunda vez con la muerte de Cristo recibiendo de nuevo el bautismo. Esta es la razón por la cual los que después del bautismo se hacen reos de nuevos pecados necesitan configurarse con Cristo paciente mediante alguna penalidad o pasión que deben soportar.

3.º La pasión de Cristo no nos liberó de la muerte corporal —que es pena del pecado—. Nosotros, que somos sus miembros, hemos de configurarnos primeramente con los padecimientos y la muerte de Cristo, como dice San Pablo, a fin de alcanzar con Él la gloria de la resurrección.

4. Reconciliación con Dios.

El apóstol San Pablo dice que "fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo".

"De dos maneras —dice Santo Tomás— la pasión de Cristo fue causa de nuestra reconciliación con Dios:

- **destruyendo el pecado, que nos enemistaba con Él,**
- **y ofreciendo un sacrificio extremadamente aceptable a Dios con la inmolación de sí mismo.**

Así como el hombre ofendido se aplaca fácilmente en atención a un obsequio grato que le hace el ofensor, así el padecimiento voluntario de Cristo fue un obsequio tan grato a Dios que, en atención a este bien que Dios halló en una naturaleza humana, se aplacó de todas las ofensas del género humano por lo que respecta a aquellos que del modo que hemos dicho se unen a Cristo paciente.

No importa que fueran también hombres los causantes de la pasión de Cristo, cometiendo con ello un gravísimo pecado y excitando la indignación divina. Porque la caridad de Cristo paciente fue mucho mayor que la iniquidad de los que le dieron muerte, y así *la pasión de Cristo tuvo más poder para reconciliar con Dios a todo el género humano que la maldad de los judíos para provocar su ira*".

5. Apertura de las puertas del cielo

San Pablo escribe en su epístola a los Hebreos: *"En virtud de la sangre de Cristo tenemos firme confianza de entrar en el santuario que Él nos abrió"*, esto es, en el cielo, cuyas puertas estaban cerradas por el pecado de origen y por los pecados personales de cada uno.

Cristo, en virtud de su pasión, nos liberó no sólo del pecado común a toda la naturaleza humana , sino también de nuestros pecados personales, con tal que nos incorporemos a Él por el bautismo o la penitencia

Los patriarcas y los justos del Antiguo Testamento, viviendo santamente, merecieron la entrada en el cielo por la fe en la futura pasión de Cristo, por la cual cada uno se purificó del

pecado en lo que tocaba a la propia persona. Pero ni la fe ni la justicia de ninguno era suficiente para remover el obstáculo proveniente del reato de toda la naturaleza humana caída por el pecado de Adán. *Este obstáculo fue quitado únicamente por la pasión de Cristo al precio de su sangre.*

Por eso, antes de la pasión de Cristo, nadie podía entrar en el cielo y alcanzar la bienaventuranza eterna, que consiste en la plena fruición de Dios.

6. EXALTACIÓN DEL PROPIO CRISTO

En su maravillosa epístola a los Filipenses escribe el apóstol San Pablo hablando de Cristo:

"Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre".

Escuchemos la bellísima explicación de Santo Tomás*: "El mérito supone cierta igualdad de justicia entre lo que se hace y la recompensa que se recibe".*

Ahora bien: cuando alguno, por su injusta voluntad, se atribuye más de lo que se le debe, es justo que se le quite algo de lo que le es debido, como *"el ladrón que roba una oveja debe devolver cuatro"*, como se preceptuaba en la Ley

de Dios. Y esto se llama "merecer", en cuanto que con ello se castiga su mala voluntad.

Pues de la misma manera*, cuando alguno, por su voluntad justa, se quita lo que tenía derecho a poseer, merece que se le añada algo en recompensa de su justa voluntad*; por eso dice San Lucas: *"El que se humilla será ensalzado"*.

3.Si por la muerte de Cristo se separó del alma la divinidad.

Esta cuestión está resuelta con sólo plantearla, presupuesta la cuestión anterior. Porque si la muerte no tuvo fuerza para separar la divinidad del cuerpo difunto de Cristo, mucho menos la tuvo para separarla del alma, ya que el alma de Cristo se unió al Verbo de Dios con mayor inmediatez y primero que el cuerpo, puesto que *éste —como hemos dicho— se unió al Verbo de Dios mediante el alma*.

Por eso, así como se dice del Hijo de Dios en el Símbolo de la fe lo que es propio del cuerpo separado del alma, a saber: que fue sepultado, asimismo se dice de lo que es propio del alma, a saber: que descendió a los infiernos, porque *fue su alma, separada del cuerpo, la que descendió a los infiernos unida a la divinidad .*

4. Si Cristo fue hombre durante los tres días de su muerte

Hay que contestar negativamente. La razón es porque el hombre resulta de la unión substancial entre el alma y el cuerpo. *Cuando la muerte rompe esta unión, desaparece el hombre .*
El alma separada del cuerpo no es el hombre, y, mucho menos aún, el cuerpo separado del alma.
La separación deja intacta la naturaleza del alma—que es forma espiritual, subsistente por sí misma—, pero altera o cambia substancialmente al cuerpo: *antes de morir era un*

cuerpo humano (por su unión con el alma humana, que le comunicaba precisamente el ser humano),
pero después de la muerte es un cuerpo puramente animal, informado por una forma cadavérica.

Esto que ocurre en la muerte de cualquier hombre, *ocurrió también en la de Cristo, pero con esta diferencia fundamental: que la muerte no destruyó la personalidad de Cristo (que era la del Verbo de Dios, absolutamente indestructible)* ni la unión hipostática del cuerpo o del alma con el Verbo divino (que permaneció inalterable), sino únicamente el compuesto humano (el ser hombre) formado por la unión del alma y del cuerpo.
Escuchemos al Doctor Angélico explicando esta doctrina:

"Que Cristo de verdad murió es un artículo de fe. De manera que asegurar algo que destruya la verdad de la muerte de Cristo es un error contrario a la fe. Por esto se dice en la epístola sinodal de San Cirilo: "Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios padeció en la carne y fue crucificado en la carne y sufrió la muerte en la carne..., sea anatema".

Ahora bien: *la verdadera muerte del hombre o del animal lleva consigo el que deje de ser hombre o animal, pues la muerte del hombre y del animal proviene de la separación del alma, que completa la noción de animal o de hombre*. Por esto, decir que Cristo en los tres días de su muerte fue hombre, de suyo y absolutamente hablando, es un error. Puede, sin embargo, decirse que en esos tres días Cristo fue hombre muerto".

5. Si el cuerpo de Cristo fue numéricamente el mismo, muerto y vivo

Hay que distinguir:
fue el mismo numéricamente por razón de la unión hipostática con el Verbo, que no se rompió con la muerte, como ya hemos visto;
pero no permaneció numéricamente el mismo por razón de su unión con el alma (que le comunicaba la vida), puesto que el cuerpo muerto es esencialmente distinto del cuerpo vivo, ya que *la vida es un predicado esencial y no accidental del cuerpo viviente.*

Nótese la diferencia fundamental que existe entre el cuerpo muerto de cualquier hombre y el de Cristo durante los tres días que permaneció muerto. El cuerpo muerto de cualquier *hombre no permanece unido a una hipóstasis permanente*, como el cuerpo muerto de Cristo. Por esto el cuerpo muerto de cualquier hombre no es el mismo absolutamente que su cuerpo vivo, *sino sólo en cierto aspecto parcial*, o sea, por razón de la materia, no de la forma.
En cambio, *el cuerpo de Cristo permaneció absolutamente el mismo por razón de la unión hipostática con el Verbo, que permaneció inalterable*, si bien experimentó la inmutación específica procedente de la separación del alma, como hemos dicho. *Esta inmutación o diversidad específica* que experimentó el cuerpo de *Cristo al separarse de su alma humana* no compromete la identidad numérica por razón de su unión con el Verbo.
Porque, como explica Santo Tomás, se dice *uno mismo numéricamente* el que lo es por razón del supuesto o hipóstasis,

y se llama uno mismo específicamente **el que lo es por razón de la forma.**
Cuando el *supuesto o hipóstasis subsiste en una sola naturaleza* (como ocurre en un hombre cualquiera), *suprimida por la muerte la unidad de la especie, queda también suprimida la unidad numérica*; por eso el cadáver de un hombre cualquiera es específica y numéricamente distinto del cuerpo vivo de ese hombre.
Pero la hipóstasis del Verbo subsiste en dos naturalezas, y por eso, aunque en Cristo muerto no permanezca el cuerpo idéntico por razón de la especie humana , queda el mismo numéricamente por razón del supuesto o hipóstasis del Verbo divino.

1. Si la muerte de Cristo fue saludable o provechosa para nosotros

En el capítulo anterior vimos los frutos inmensos que produjo en nosotros la pasión de Cristo, el mayor de los cuales fue la redención de todo el género humano. Ahora preguntamos si la muerte misma de Cristo, o sea, el hecho de separarse su alma del cuerpo fue también fructuosa para nosotros.

Hay que contestar con distinción. Escuchemos al Doctor Angélico:

"De dos maneras podemos hablar de la muerte de Cristo. Una, considerándola *in fieri*, esto es, mientras se está produciendo;
otra, *in facto esse*, es decir, cuando ya se ha producido.

En el primer sentido coincide con los dolores de su pasión y, así considerada, *fue causa de nuestra salud* en la forma que explicábamos en el capítulo anterior.

Del segundo modo, la muerte de Cristo no puede ser causa de nuestra salud por vía de mérito *(ya que el mérito procede del alma, no del cuerpo, y el alma se había separado del cadáver)*, sino sólo por vía de eficiencia, en cuanto que por la muerte *la divinidad no se separó de la carne de Cristo* y, por esto, todo cuanto se realizó en ella, aun separada del alma, nos fue provechoso en virtud de la divinidad que le estaba unida.
En este último sentido, la muerte de Cristo destruyó nuestra doble muerte: la del alma, al destruir el pecado, y la del cuerpo, al vencerla por la resurrección.

CAPITULO III

La sepultura de Cristo

Cuatro son los puntos que vamos a examinar brevemente en torno a la sepultura de Cristo, siguiendo las huellas del Angélico Doctor:

1. Si fue conveniente que Cristo fuese sepultado.
2. Si lo fue el modo con que fue sepultado.
3. Si su cuerpo sufrió alguna descomposición.
4. Si estuvo en el sepulcro sólo un día y dos noches.

1. Si fue conveniente que Cristo fuese sepultado.

La contestación es afirmativa, y esto por tres razones:
a) Para demostrar la realidad de su muerte, pues no se deposita a uno en el sepulcro sino cuando consta con certeza que está verdaderamente muerto. Por esto leemos en San Marcos que Pilato, antes de conceder el cadáver de Cristo a José de Arimatea, se informó cuidadosamente si en verdad estaba ya muerto.

b) Para que, resucitando del sepulcro, nos diera la esperanza de nuestra futura resurrección de entre los muertos, según lo que se lee en San Juan: «Todos los que están en los monumentos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán».

d) Para ejemplo de los que, muriendo al pecado, se hallan espiritual mente sepultados y llevan una vida «escondida con Cristo en Dios».

Como detalles complementarios deben notarse los siguientes:

1.° Cristo sepultado continuó siendo perfectamente libre, pues el encierro del sepulcro no fue obstáculo alguno para su resurrección.

2.° La sepultura de Cristo fue provechosa para nosotros a manera de causa eficiente, como hemos dicho hablando de su muerte.

3.0 Nada de cuanto Cristo hizo para salvar al hombre es injurioso para Él, sino todo lo contrario. Por eso no fue injurioso para Cristo el ser encerrado en un

sepulcro, sino más bien puso de manifiesto su piedad y clemencia hacia nosotros.

2. Si fue conveniente el modo con que fue sepultado Cristo.

La contestación afirmativa se pone de manifiesto examinando los principales detalles del entierro y sepultura de Cristo. Y así:

a) El honor debido a Cristo se verificó por la presencia de José de Arimatea y de Nicodemo, personajes principales entre los judíos, y el empleo de las cien libras (33 kilos) de mirra y áloe para embalsamarle.

b) El sepulcro ajeno nos recuerda la extrema pobreza de aquel que, "siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, a fin de enriquecernos con su pobreza".

c) La sábana con que fue envuelto nos recuerda el respeto con que debemos tratar a los muertos y la sencillez que debe presidir su entierro.

e) La guardia que pusieron los judíos y el sello del sepulcro hicieron más patente su gloriosa resurrección.

3. Si el cuerpo de Cristo sufrió alguna descomposición en el sepulcro

La contestación es negativa. La razón es porque Cristo,

no estando sujeto al pecado, tampoco lo estaba a la muerte ni a la descomposición; pero voluntariamente se sometió a la muerte para salvarnos a nosotros.

La corrupción del cuerpo, en cambio, no era necesaria para nuestra salud y hubiera sido injuriosa para el cuerpo santísimo de Cristo. Por eso, por la virtud divina, se conservó absolutamente incorrupto durante el tiempo que permaneció en el sepulcro.

CAPITULO IV

El descenso a los Infiernos

Se citan otros lugares de la Sagrada Escritura, pero su testimonio se presta a diversas interpretaciones.
Los protestantes, después de asegurar que Jesucristo había sufrido hasta las penas del infierno por nosotros —¡cosa que jamás ha dicho la Iglesia católica¡—, acabaron por renunciar totalmente a este dogma.

Para un católico no puede caber la menor duda, pues consta expresamente en la fórmula misma del Símbolo de la fe.
El Catecismo romano del concilio de Trento lo expone del siguiente modo:

"Hemos de creer que, muerto Jesucristo, descendió su alma a los infiernos y allí permaneció todo el tiempo que el cuerpo estuvo en el sepulcro. Con ello afirmamos también que *la misma persona de Cristo* estuvo presente a la vez en el infierno y en el sepulcro.

Ni debe extrañarse nadie de esta afirmación, pues, como tantas veces hemos repetido, *aunque el alma se separó del cuerpo, nunca se separó la divinidad ni del alma ni del cuerpo…*

Por la palabra infierno se significa aquí aquella morada donde estaban retenidas las almas de quienes, muertos antes de la venida de Cristo, no habían conseguido aún la bienaventuranza celestial”.

Santo Tomás dedica a este asunto toda una cuestión dividida en ocho artículos. Resumimos brevemente a continuación sus principales conclusiones:

1. Fue conveniente que Cristo descendiera a los infiernos por tres razones principales:

a) Para librarnos a nosotros de tener que bajar a ellos.

b) Para arrebatarle al diablo las almas de los justos que retenía en los infiernos a causa del pecado original de la naturaleza humana.

c) Para triunfar sobre el infierno visitándolo e iluminándolo, a fin de que al nombre de Jesús *“dóblese toda rodilla, no sólo en el cielo, sino también en el infierno”.*

2. Si atendemos a los efectos que produjo, Cristo bajó a todos los infiernos que se conocen, pero con diferente finalidad a cada uno.

- **Y así, bajó al infierno de los condenados para convencerles de su incredulidad y malicia;**
- **al purgatorio, para darles la esperanza de alcanzar la gloria,**
- **y al limbo de los patriarcas, para infundir la luz de la gloria eterna a los justos que estaban retenidos allí por sólo el pecado original de la naturaleza humana.**

***Pero por su propia presencia real descendió únicamente al limbo de los patriarcas* para visitar en su morada con el alma a los que por la gracia había visitado interiormente con su divinidad.**
Y desde allí extendió a los demás infiernos su influencia en la forma que hemos dicho, de modo semejante a como, *padeciendo en sólo un lugar de la tierra*, liberó con su pasión al mundo entero.

3. Aunque el cuerpo de Cristo no descendió a los infiernos, sino únicamente su alma, en virtud de *la unión hipostática, que la hacía inseparable del Verbo*, puede decirse que Cristo entero descendió a los infiernos, como Cristo entero estaba en el sepulcro y en cualquier parte del mundo en virtud de su divinidad.

1. **Debe creerse que el alma de Cristo permaneció en el infierno todo el tiempo que permaneció su cuerpo en el sepulcro, *para que salieran los dos a la vez de sus respectivos lugares*.**

   Las palabras que Cristo dirigió desde la cruz al buen ladrón: "*Hoy estarás conmigo en el paraíso*", se han de entender no del paraíso corpóreo terrestre, sino del

paraíso espiritual en que se hallan los que gozan de la gloria divina. De manera que el ladrón descendió con Cristo al lugar del infierno para que, estando con Cristo, se cumpliesen las palabras "hoy estarás conmigo" y, a la vez, su alma estaba "en el paraíso", pues gozaba allí de la divinidad de Cristo como los otros santos.

5. En el momento mismo de morir Cristo, su alma bajó a los infiernos y mostró el fruto de su pasión a los justos que allí moraban, comunicándoles la bienaventuranza gloriosa; pero no salieron de allí mientras Cristo moró en aquel lugar, pues la misma presencia de Cristo pertenecía al colmo de su gloria.

6. Con su descenso a los infiernos, Cristo no liberó a ninguno de los condenados a la pena eterna en el infierno de los condenados, puesto que en él sólo moran los réprobos, definitivamente separados de Dios por su obstinación en el pecado.

7. Tampoco liberó a los niños del limbo, por el obstáculo del pecado original y la privación de la gracia santificante. Los justos del limbo de los patriarcas estaban retenidos allí únicamente por el obstáculo del pecado original propio de la naturaleza humana; pero personalmente estaban en gracia de Dios, cosa que no tienen los niños del limbo, muertos sin bautismo.

8. Cristo en su descenso a los infiernos visitó y consoló a las almas del purgatorio. Pero no las sacó de allí a todas, sino única mente a las que estaban ya suficientemente purificadas.

Es distinto el caso de los justos del limbo que estaban ya del todo purificados y eran *retenidos allí únicamente por el obstáculo del pecado original.*
Por eso, al destruir Cristo este obstáculo con su pasión y muerte, liberó a todos los justos del limbo; *pero no a todas las almas del purgatorio, sino únicamente a las que estaban ya del todo purificadas* o aquéllas que durante su vida mortal merecieron por su fe y devoción que Cristo las liberase al bajar a los infiernos.

SECCIÓN IV

Los misterios de la vida de Cristo en su resurrección y exaltación gloriosa.

La última sección que Santo Tomás dedica a los misterios de la vida de Cristo está dedicada a su resurrección, ascensión y exaltación gloriosa en el cielo.

Comprende cuatro cuestiones fundamentales:

- **Resurrección**
- **Ascensión**
- **Cristo a la diestra del Padre**
- **Potestad judicial sobre vivos y muertos.**

A ellas añadiremos el estudio de la realeza de Cristo, de la que habla Santo Tomás incidentalmente, y que ha adquirido en nuestros tiempos palpitante actualidad con motivo de la institución de la fiesta de Cristo Rey.

CAPITULO I
La resurrección de Cristo

Dentro de esta sección de los misterios de la vida de Cristo, su gloriosa resurrección es la cuestión más importante y la más fecunda en derivaciones teológicas.

Vamos, pues, a estudiarla con la máxima extensión que nos permite el marco general de nuestro estudio.

Dividiremos la materia en cuatro artículos:
1° La resurrección en sí misma.
2º Cualidades de Cristo resucitado.
3º Manifestaciones de Cristo resucitado.
4º Causalidad de la resurrección de Cristo.

ARTÍCULO I

LA RESURRECCIÓN EN SÍ MISMA

En este primer capítulo estudiaremos cuatro cosas:
1) La necesidad de la resurrección de Cristo
2)el tiempo, 3)orden y 4)causa eficiente de la misma

1. Necesidad de la resurrección de Cristo.

El hecho de la resurrección de Cristo consta expresamente en la Sagrada Escritura y ha sido recogido por la Iglesia en todos los Símbolos como dogma fundamental de nuestra fe. Nos parece ocioso citar aquí los textos abundantísimos.

Vamos a examinar únicamente las principales razones que la hicieron necesaria. Según el Doctor Angélico son las siguientes:

1ª Para manifestación de la divina justicia, a la que pertenece ensalzar a los que se han humillado voluntariamente por Dios.
Cristo, por caridad y obediencia a Dios, sufrió la muerte humillante de cruz. Era, pues, preciso que Dios le exaltara con una gloriosa y triunfante resurrección.
2ª Para confirmar nuestra fe en la divinidad de Jesucristo ante el milagro estupendo de su propia resurrección. Por eso dice San Pablo: *"Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe".*

3ª Para levantar nuestra esperanza, pues viendo a Cristo resucitado, que es nuestra cabeza, esperamos resucitar también nosotros.

4ª Para ejemplo de nuestra resurrección espiritual a la vida de la gracia, a fin de que, muertos al pecado, resucitemos con Cristo a una vida nueva, como dice San Pablo.

5ª Para completar el misterio de nuestra redención, promoviéndonos al bien con su resurrección después de habernos liberado del mal con su pasión.

2. Tiempo de la resurrección de Cristo

Jesucristo resucitó al tercer día, según las Escrituras. Lo anunció el mismo Cristo repetidas veces a sus apóstoles: "Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que

le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará".
El cumplimiento de esta divina profecía consta expresamente en el Evangelio y en todos los símbolos de la fe católica.

Santo Tomás razona la conveniencia de que Cristo resucitara a los tres días, o sea, después de permanecer en el sepulcro un plazo prudencial, no demasiado corto ni demasiado largo. Porque
si hubiera resucitado en seguida después de morir, hubieran creído algunos que no había muerto verdaderamente;
y si su resurrección se hubiera diferido por mucho tiempo, no aparecería tan radiante su triunfo sobre la muerte.
Fue convenientísimo, por tanto, que Cristo permaneciera en el sepulcro el tiempo necesario para evitar ambos inconvenientes, o sea, unos tres días, como leemos en el Evangelio.

3. Orden de la resurrección de Cristo

El apóstol San Pablo escribe en su primera epístola a los Corintios: *"Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren"*. Y en su carta a los Colosenses añade: "Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la primacía".

Estos textos *parecen* indicar que Cristo fue el primero en resucitar de entre los muertos. Pero, por otra parte, consta en la misma Sagrada Escritura que los profetas Elías y Elíseo resucitaron algunos muertos; y Cristo resucitó otros

tres antes de su pasión. Y a la muerte del mismo Cristo dice el Evangelio que "se abrieron los monumentos y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron".

¿Cómo se compaginan estos hechos con las afirmaciones de San Pablo? La explicación que da Santo Tomás es muy sencilla y razonable. *La resurrección de los que resucitaron antes de Cristo no fue definitiva, sino provisional*; *todos ellos volvieron a morir y no volverán a resucitar hasta que se produzca la resurrección universal al fin del mundo*.
Cristo, en cambio, resucitó definitivamente y para siempre, según las palabras de San Pablo: *"Cristo, resucitado de entre los muertos ya no muere,* la muerte no tiene ya dominio sobre Él. Porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios". En este sentido dice San Pablo que Cristo es el primero en resucitar de entre los muertos, esto es, *el primero en resucitar definitivamente y para siempre*, ya que ésta es la verdadera y perfecta resurrección.

4. Causa eficiente de la resurrección de Cristo.

Tratamos de averiguar aquí la causa eficiente de la resurrección de Cristo, o sea, quién fue el autor de la misma.

En la Sagrada Escritura encontramos, respecto a esto, afirmaciones que parecen contradictorias, pero cuya concordancia es muy fácil a base de unas sencillas distinciones.
En efecto, Cristo dice expresamente en el Evangelio: *"Nadie me quita la vida; soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volverla a tomar"*. Según esto,

el autor de la resurrección de Cristo es el propio Cristo, que tiene poder para dar su vida y recuperarla cuando le plazca.

Pero los apóstoles, hablando de la resurrección de Cristo, suelen decir que *"Le resucitó Dios"* (cf. Act 2,24; 3,15; 4,10; Rom 8,11; etcétera)**. ¿Cómo se compagina la afirmación de los apóstoles con la del propio Cristo?**

Con una sencilla distinción: Cristo en cuanto Dios se resucitó a sí mismo en cuanto hombre. Y como el poder de Cristo en cuanto Dios coincide exactamente con el poder del Padre y el del Espíritu Santo—puesto que el poder divino es común a las tres divinas personas—, por eso los apóstoles atribuyen a Dios, o al Espíritu (Rom 8,11)**, la resurrección de Cristo.**

Era más sencillo decir esto ante el pueblo judío, acostumbrado a atribuirlo todo a Yahvé, que hablar de la *autorresurrección* de Cristo, que hubiera chocado con la mentalidad de aquella gente.

Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina:

Como ya dijimos, por la muerte no se separó la divinidad ni del alma ni del cuerpo de Cristo.

"En virtud de la divinidad, a la que estaban unidos, el cuerpo de Cristo volvió a tomar el alma, de la que se había separado por la muerte, y el alma volvió a tomar el cuerpo que había dejado.

Y esto es lo que dice San Pablo: *"Aunque fue crucificado en su debilidad, vive por el poder de Dios"-*

Mas si consideramos el cuerpo y el alma de Cristo muerto atendiendo únicamente al poder de la naturaleza creada, es claro que no pudieron volverse a reunir por sí mismos; en este sentido era necesario que Cristo fuese resucitado por Dios".

En la respuesta a una dificultad, advierte Santo Tomás que "una misma es la virtud divina y la operación del Padre y del Hijo. De donde se sigue que *Cristo resucitó por el poder del Padre y por el suyo propio*".

ARTICULO II
CUALIDADES DE CRISTO RESUCITADO

Según los relatos evangélicos, el cuerpo de Cristo resucitado presentaba cualidades muy distintas *a las que tenía antes de su pasión y muerte:*

- **aparecía y desaparecía de repente**
- **entraba en una habitación cerrada sin abrir la puerta**
- **cambiaba la figura de su rostro (Emaús), etc.**

Todo ello plantea la necesidad de estudiar teológicamente las cualidades del cuerpo de Cristo resucitado.
El Doctor Angélico examina las cuatro más importantes:

- **si era verdadero cuerpo**
- **si era un cuerpo glorioso**
- **si resucitó íntegramente**
- **y si conservó las cicatrices de su pasión**

Vamos a recoger brevemente su doctrina.

1. Si el cuerpo de Cristo resucitado era verdadero cuerpo

Resumimos en su propia estructura el magnífico artículo que dedica Santo Tomás a esta cuestión.

DIFICULTADES. Parece que después de la resurrección no tuvo Cristo cuerpo verdadero, por las siguientes razones:

1ª El cuerpo verdadero no puede atravesar una puerta, porque un cuerpo no puede coexistir con otro en el mismo lugar. Pero Cristo resucitado entró en la habitación donde estaban los apóstoles cerradas las puertas. Luego parece que su cuerpo resucitado no era verdadero cuerpo.
2ª El cuerpo verdadero no puede desvanecerse o desaparecer de la vista de los que le miran, a menos que se corrompa. Pero Cristo resucitado "desapareció" de la vista de los discípulos de Emaús cuando lo estaban mirando. Luego…

3ª Cualquier cuerpo verdadero tiene una figura determinada. Pero Cristo resucitado se apareció algunas veces "en otra figura", como leemos en San Marcos. Luego…

Pero, por otra parte, leemos en San Lucas:
"Mientras esto hablaban (los apóstoles), se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con vosotros. Aterrados y llenos de miedo, creían ver un fantasma. Él les dijo: ¿Por

***qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos? Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Diciendo esto, les mostró las manos y los pies. No creyendo aún ellos, en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Le dieron un trozo de pez asado y, tomándolo, comió delante de ellos”*.**
Luego el cuerpo de Cristo resucitado no era un cuerpo fantástico, sino real y verdadero.

Vamos a resolver estas dificultades.

SOLUCIÓN. Únicamente se puede decir que ha resucitado el que recupera la vida después de haber muerto.

Cristo murió verdaderamente en la cruz *al separarse del cuerpo su alma, que era la forma del mismo*. De donde se sigue que, para que la resurrección fuese verdadera, fue preciso que el mismo cuerpo se uniese otra vez a la misma alma.
Y como la verdadera naturaleza de un cuerpo proviene de la forma (el alma), se sigue que el cuerpo de Cristo, después de la resurrección, era cuerpo verdadero y de la misma naturaleza que lo había sido antes. Si su cuerpo hubiera sido fantástico, la resurrección no sería verdadera, sino aparente.

Teniendo esto presente, es fácil la solución de las dificultades:

A la 1ª Un cuerpo no puede coexistir con otro en el mismo lugar naturalmente, pero sí milagrosamente. Es lo que

ocurrió con la entrada de Cristo a puertas cerradas o con su nacimiento corporal sin quebrantar la virginidad de su Madre.

A la 2ª El cuerpo glorificado tiene la potestad de ser visto o de ocultarse a las miradas ajenas, según le plazca. Y esta potestad la tuvo *Cristo resucitado, no sólo por la condición gloriosa de su cuerpo, sino también por su virtud divina*.
A la 3ª Del mismo modo que Cristo resucitado tenía la potestad de dejarse ver o no, podía también imprimir en los ojos de los que le miraban diferentes formas o figuras de su cuerpo glorioso.

2. Si el cuerpo de Cristo resucitó glorioso

La contestación es afirmativa. Para probarlo invoca el Angélico tres razones principales:

a) Porque la resurrección de Cristo fue ejemplar y causa de nuestra futura resurrección, según leemos en San Pablo. Ahora bien: los santos tendrán en la resurrección los cuerpos gloriosos, como enseña el mismo apóstol San Pablo: "El cuerpo... se siembra en ignominia y se levantará en gloria".
Y siendo más poderosa la causa que lo causado y el ejemplar que lo ejemplado, mucho más glorioso hubo de ser el cuerpo de Cristo resucitado.

b) Porque con los abatimientos de su pasión mereció cumplidamente la resurrección gloriosa.

c) Porque el alma de Cristo fue gloriosa desde el primer instante de su ser por la visión y el gozo beatíficos. Pero por divina disposición, como también vimos, esta gloria del alma no redundaba sobre el cuerpo, *a fin de que éste pudiera sufrir los dolores de la pasión* que habían de redimir al mundo. Y por eso, cumplida ya esta finalidad con la muerte en la cruz, luego que volvió a unirse el alma al cuerpo le comunicó ipso facto su gloria, y así el cuerpo de Cristo se volvió glorioso por el hecho mismo de su resurrección.

El resplandor o la claridad del cuerpo glorioso será conforme al color propio del cuerpo humano, como ocurre con los vidrios de color que reciben la luz del sol según los colores del vidrio. Sin embargo, el cuerpo glorioso puede dejarse ver de otros sin resplandor alguno, del mismo modo que está en su potestad el dejarse ver o no.
En cuanto a que Cristo resucitado comiera con los apóstoles, según nos refiere el Evangelio, nada significa contra la gloria de su cuerpo resucitado, pues no comió para alimentarse, sino para demostrarles a los apóstoles la realidad de su resurrección.

3. Si el cuerpo de Cristo resucitó íntegro

Hay que contestar afirmativamente.
Escuchemos el razonamiento de Santo Tomás>

"Todo cuanto pertenece a la naturaleza del cuerpo humano se encontró en el cuerpo de Cristo resucitado.

Es cosa evidente que a la naturaleza del cuerpo humano pertenecen las carnes, huesos, sangre y otras cosas semejantes, y, por tanto, todas esas cosas existieron en el cuerpo de Cristo resucitado. Y existieron íntegramente, sin ninguna disminución; de otro modo no sería perfecta la resurrección si no hubiera sido reintegrado todo cuanto por la muerte había caído.
Por eso el mismo Cristo dijo a sus discípulos: ***"Todos vuestros cabellos están contados"*****; y también:** ***"Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá".***

En la respuesta a una dificultad añade Santo Tomás:
"Toda la sangre que fluyó del cuerpo de Cristo, como cosa perteneciente a la realidad de la naturaleza humana, resucitó en el cuerpo de Cristo. La misma razón corre para todas las otras partes pertenecientes a la realidad e integridad de la naturaleza humana. Esa sangre que se conserva en algunas iglesias como reliquia, no fluyó del costado de Cristo; más bien se dice haber brotado milagrosamente de alguna imagen de Cristo herido".

4. Si el cuerpo de Cristo debió resucitar con las cicatrices de su pasión

Que Cristo conservó en su cuerpo resucitado las cicatrices de su pasión, consta expresamente en el Evangelio cuando le dijo al apóstol Tomás: *"Alarga acá tu dedo, y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel".*

***El Doctor Angélico señala hermosamente las razones* de conveniencia:**
"*Fue conveniente* que en la resurrección el alma de Cristo tomase el cuerpo con las cicatrices de la pasión, *por cinco razones principales:*

1ª Para gloria del mismo Cristo. Dice, en efecto, San Beda que no por la impotencia de curarlas conservó las cicatrices, *sino para llevar siempre consigo las señales de su triunfo.*
Por esto mismo, dice San Agustín que "tal vez en aquel reino veremos en los cuerpos de los mártires las cicatrices de las heridas que por el nombre de Cristo recibieron; ni será en ellos deformidad, sino dignidad, y brillará en su cuerpo cierta belleza, no del cuerpo, sino de la virtud".

2ª Para confirmar los corazones de sus discípulos en la fe en su resurrección (como ocurrió con el apóstol Tomás), mostrando que su cuerpo resucitado era numéricamente el mismo que había padecido y muerto en la cruz.

3ª Para mostrar siempre al Padre, en sus ruegos por nosotros, qué género de muerte sufrió *por el hombre*.

4 ª Para recordar a los que redimió con su muerte cuán misericordiosamente fueron socorridos, poniéndoles delante las señales de la misma muerte.

5 ª Para demostrar en el juicio final cuan justamente serán condenados los que lo sean. A este propósito escribe San Agustín: "Sabía Cristo por qué guardaba las cicatrices en su cuerpo. Como las mostró a Tomás, que no quería creer a menos de tocar y ver, así también mostrará a los enemigos sus heridas, para que la Verdad les convenza y diga: He aquí el hombre a quien habéis crucificado. Veis las heridas que le habéis hecho, reconocéis el costado que habéis atravesado. Porque por vosotros y para vosotros fue abierto, aunque no habéis querido entrar".

En virtud, principalmente, de la primera de estas razones—la gloria del mismo Cristo—es de creer que incluso después de la resurrección universal conservará eternamente en el cielo las cicatrices de su pasión.

ARTICULO III
MANIFESTACIONES DE CRISTO RESUCITADO

El Evangelio nos cuenta multitud de apariciones de Cristo resucitado: a María Magdalena, a las otras mujeres, a los apóstoles, a los discípulos de Emaús, a más de quinientos discípulos etc., etc. Pero no quiso presentarse públicamente en Jerusalén ni ante los escribas y fariseos, principales responsables de su pasión y muerte.

Santo Tomás investiga los motivos que impulsaron a Cristo a obrar así en esta cuestión dividida en seis artículos. Los más importantes son los tres siguientes:

1. Si Cristo resucitado *debió manifestarse públicamente* a todos.

2. Si *debió demostrar con argumentos* su resurrección.

3. Si estos argumentos *fueron suficientes*.

Vamos a examinarlos uno por uno.

1. Si Cristo resucitado debió manifestarse públicamente a todos los hombres o sólo a algunos especiales

Cuando se trata de examinar los hechos tal como fueron realizados por Dios, el argumento fundamental será siempre éste: Dios lo hizo así, bien hecho está.

Con todo, *no se prohíbe al teólogo tratar de averiguar los motivos que tuvo Dios* para obrar de esa determinada manera. Esto es lo que hace respetuosamente Santo Tomás en esta misteriosa cuestión.

Por de pronto, en los Hechos de los Apóstoles leemos el siguiente testimonio de San Pedro:
"Nosotros somos testigos de todo lo que (Cristo) hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén y de cómo le dieron muerte suspendiéndole de un madero. Dios le resucito al tercer día y le dio manifestarse, no a todo el pueblo, sino a

los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con Él después de resucitado de entre los muertos” (Act 10, 39-41)-

Entraba en los designios de Dios que Cristo resucitado no se manifestase públicamente a todos los hombres, sino sólo a los que Dios tenía predestinados para ello.

Santo Tomás lo razona del siguiente modo:
“Las cosas que conocemos son de dos clases: unas, que podemos alcanzar por nosotros mismos según las leyes puramente naturales; otras, que sólo podemos conocer por un don especial de la gracia, como las verdades reveladas por Dios. En estas últimas, es ley establecida por el mismo Dios no revelarlas públicamente a todos, sino a algunos espíritus superiores (profetas, apóstoles, etc.), para que, mediante ellos, vengan en conocimiento de los demás.

Ahora bien: lo que toca a la gloria futura excede el conocimiento común de los hombres, según las palabras de San Pablo: “Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman”. Por eso las cosas de la gloria no pueden ser conocidas por el hombre si Dios no se las revela, como dice a continuación el propio Apóstol: “A nosotros nos las ha revelado Dios por su Espíritu, que todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios”. Esta es la razón de que, habiendo resucitado Cristo con una resurrección gloriosa, no se manifestó ésta a todo el pueblo, sino sólo a algunos, por cuyo testimonio viniese a conocimiento de los demás”.

A esta razón del Angélico Doctor puede añadirse que, para no destruir por completo el mérito de la fe, fue conveniente que Cristo resucitado no se apareciera públicamente ante la faz del pueblo entero, sino que diese tales pruebas de su resurrección que fuesen del todo suficientes para que nadie pudiera rechazarlas razonablemente . De este modo el *obsequio de nuestra fe es del todo razonable sin que pierda el brillo de su mérito sobrenatural.*

Al explicar por qué Cristo resucitado se apareció a las mujeres antes que a los mismos apóstoles, escribe hermosamente Santo Tomás:

"Con esto se muestra que, en lo tocante al estado de la gloria, no sufre detrimento el sexo femenino, antes gozarán de mayor gloria en la visión divina si amaron a Dios con más ardiente caridad.

Por eso *aquellas piadosas mujeres que más ardientemente amaron al Señor y que no abandonaron el sepulcro* cuando los discípulos se apartaron, fueron las *primeras en ver al Señor* gloriosamente resucitado".

En otros tres artículos de menor importancia expone Santo Tomás las razones por las que fue conveniente que los discípulos no presenciaran la resurrección de Jesucristo en el momento mismo de producirse, o que no estuviera continuamente con ellos después

de su resurrección, o que se apareciera, a veces, con rasgos fisonómicos distintos.

Nota sobre la aparición de Cristo resucitado a su Madre Santísima

Nada nos dice el Evangelio sobre si Cristo resucitado se apareció a su Madre Santísima, pero la tradición cristiana está unánime en decir que fue ella la primera en contemplar a su Hijo resucitado.

Quizá el Evangelio no dice nada porque *es algo tan claro y evidente que se cae de su propio peso*. Escuchemos al eminente exegeta P. José María Lagrange:

"La piedad de los hijos de la Iglesia tiene por seguro que Cristo resucitado se apareció primero a su Santísima Madre. Ella lo habla criado a sus pechos, lo había guardado en su infancia, lo había como presentado al mundo en las bodas de Cana, para no volver a aparecer sino al pie de la cruz. Jesús, que había consagrado a ella y a San José treinta años de vida oculta, ¿cómo no le dedicaría el primer instante de su vida oculta en Dios?

Esto no interesaba a la promulgación del Evangelio; María pertenece a un orden trascendente, en que está asociada como Madre a la paternidad del Padre de Jesús. Resignémonos a la disposición querida por el Espíritu Santo, dejando esta primera aparición de Jesús a las almas contemplativas"

Las almas contemplativas han sido, en efecto, quienes han saboreado en la dulce intimidad del Señor esta primera aparición de Cristo resucitado. Nuestra incomparable Santa *Teresa de Jesús refiere que el Señor le confirmó expresamente esta primera aparición a su Madre Santísima en la mañana de la resurrección.*

He aquí el texto teresiano:
«Un día, después de comulgar, me pareció clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme a consolar con grandes regalos... Díjome que, en resucitando, había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo..., y que había estado mucho con ella, porque había sido menester hasta consolarla».

2. Si Cristo debió demostrar con argumentos su resurrección

Debe contestarse afirmativamente.

Tenemos, en primer lugar, el texto de los Hechos de los Apóstoles:
"Después de su pasión, Cristo se presentó vivo a los discípulos por espacio de cuarenta días con muchas pruebas y hablándoles del reino de Dios"

Santo Tomás lo razona diciendo que hay dos clases de argumentos: unos que proceden por razones y otros por señales sensibles que muestran la verdad de una cosa.

En el primer sentido, o sea, a base de razonamientos, es claro que Cristo no probó ni podía probar su propia resurrección, puesto que toda demostración razonada tiene

que partir forzosamente de principios conocidos para llegar a conclusiones desconocidas.

Ahora bien: *si los principios de que Cristo partiera* para demostrar su propia resurrección *fueran desconocidos por sus discípulos, nada se podría probar con ellos*, pues de lo desconocido no se puede llegar a lo conocido;
***y si esos principios fueran de antemano conocidos* por los apóstoles, no sobrepasarían la razón humana —puesto que los principios son siempre del mismo género que la conclusión— y no serían eficaces para engendrar la fe en la resurrección, que es un hecho sobrenatural que sobrepasa con mucho las fuerzas de la simple razón natural.**
Sin embargo, *aun en este primer sentido, probó Cristo su propia resurrección por el testimonio infalible de la Sagrada Escritura*, que es el fundamento de la fe, cuando dijo a los discípulos de Emaús:
"¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era, acaso, preciso que el Mesías padeciese todo esto y entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a Él se refería en todas las Escrituras"

En el segundo sentido, o sea, a base de señales sensibles que prueban la verdad de una cosa, Cristo demostró con argumentos ciertísimos su propia resurrección, en cuanto que dio a sus discípulos señales evidentísimas de la misma con *tantas y tan variadas apariciones*.

A la objeción de que es más meritoria la fe del que cree sin exigir argumentos demostrativos, y, por lo mismo, parece que hubiera sido preferible que Cristo no demostrara con

señales evidentes su propia resurrección, contesta el Doctor Angélico:

"*El mérito de la bienaventuranza, causado por la fe, no queda totalmente excluido, a no ser que el hombre exija ver lo mismo que se le propone para creer*.

Pero si alguno presta fe a cosas que no ve por algunas señales que ha visto, *no anula totalmente la fe ni el mérito de la misma.*

Así ocurrió con el apóstol Tomás, a quien le dijo Cristo: "Porque me has visto, has creído», porque una cosa fue la que vio y otra la que creyó: vio las heridas y creyó la divinidad de Cristo.

Sin embargo, es más perfecta, sin duda alguna, la fe del que no exige semejantes ayudas para creer*. Por eso reprendió el Señor en algunos esa falta de fe diciéndoles: *"Si no veis señales y prodigios, no creéis".

Y de aquí se puede entender que los que se hallan prontos a creer lo que Dios diga sin ver estas señales sensibles son más bienaventurados que los que no creen sino después de haberlas visto".

1. Si fueron suficientes los argumentos que Cristo dio de su propia resurrección

Hay que contestar afirmativamente.

Escuchemos el razonamiento del Doctor Angélico para probarlo:

“De dos maneras manifestó Cristo su resurrección: con testimonios y con argumentos o señales sensibles. Y ambos modos fueron suficientes en su género.

CUANTO A LOS TESTIMONIOS, Cristo empleó dos, ninguno de los cuales puede ser rechazado.

El primero fue el testimonio de los ángeles, que anunciaron la resurrección a las mujeres, como consta por los cuatro evangelistas.

El segundo, más importante todavía, fue el testimonio de la Sagrada Escritura, en la que estaba vaticinada su pasión, muerte y resurrección gloriosa

CUANTO A LOS ARGUMENTOS O SEÑALES SENSIBLES, fueron también suficientes para manifestar la resurrección verdadera y gloriosa.

a) Que fuera verdadera lo probó primeramente por parte del cuerpo. Acerca del cual mostró tres cosas:

***Primera*, que era cuerpo verdadero y sólido, no fantástico o vaporoso, como el aire. Y esto lo probó dejándose tocar y diciendo: *“Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos,* como veis que yo tengo”.**

***Segunda*, que el cuerpo era humano, *dejándose ver en su propia figura*, que contemplaban con sus ojos.**

Tercera, mostrándoles que era numéricamente el mismo cuerpo que antes había tenido, haciéndoles ver las cicatrices de las heridas. Por esto les dijo*: "Ved mis manos y mis pies*, que soy yo".

2. Si fueron suficientes los argumentos que Cristo dio de su propia resurrección

Lo probó también por parte del alma, unida de nuevo al cuerpo.

a) Y esto lo demostró realizando obras pertenecientes a las tres vidas:

***nutritiva*, comiendo y bebiendo con los apóstoles;**
***sensitiva*, saludando a los discípulos y respondiendo a sus preguntas, con lo cual mostraba que veía y oía;**
***intelectiva*, hablando con ellos y discurriendo sobre las Sagradas Escrituras.**

Probó, finalmente, la verdad de la resurrección, por parte de su divina naturaleza, por el milagro de la pesca en el lago de Tiberíades y por su gloriosa ascensión a los cielos a la vista de todos

b) Que fuera gloriosa su resurrección lo probó entrando en el cenáculo: "estando las puertas cerradas" y apareciendo y desapareciendo de repente, lo que pertenece a la condición de los cuerpos gloriosos, como dijimos antes.

ARTICULO IV
CAUSALIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

La última cuestión que hemos de examinar en torno a la resurrección de Cristo es su causalidad, o sea, qué clase de beneficios causó o produjo en nosotros.

Los principales son dos:
nuestra futura resurrección corporal
y nuestra justificación o resurrección espiritual.

Vamos a exponerlo con toda claridad y precisión en tres conclusiones.

Conclusión 1ª
La causa eficiente principal de nuestra resurrección será la omnipotencia misma de Dios.

La razón es muy sencilla. *La resurrección de los muertos es un verdadero milagro*, que trasciende en absoluto las fuerzas de toda naturaleza creada o creable. Luego sólo puede hacerlo —como causa primera y principal—el mismo Dios.

Así como *de la muerte espiritual*, que es el pecado, *no podemos resurgir sino por la gracia de Dios*, tampoco podríamos resurgir de la muerte corporal sin la virtud misma de Dios.

Por eso dice San Pablo:

"El que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que habita en vosotros".

Puede, sin embargo, decirse que Cristo resucitado es la causa principal de nuestra resurrección considerado en cuanto Dios, o sea, en su naturaleza divina, que le es común con el Padre y el Espíritu Santo.

Conclusión 2ª La resurrección de Cristo será la causa

- **eficiente instrumental**
- **y la causa ejemplar**

de nuestra futura resurrección, del mismo modo que su muerte en la cruz fue la causa meritoria de la misma.

Para probarlo podemos apoyarnos inmediatamente en los datos de la divina revelación. San Pablo escribe a los Corintios:
"Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren. Porque, como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos".

Y el mismo Cristo dice en el Evangelio:
"No os maravilléis de esto, porque llegará la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre, y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio".

Esta causalidad de la resurrección de Cristo sobre la nuestra es doble:

- **eficiente instrumental**
- **y ejemplar.**

a) EFICIENTE INSTRUMENTAL. Santo Tomás establece la prueba de razón en la siguiente forma:

El orden natural de las cosas, instituido por el mismo Dios, pide que cualquier causa obre primeramente en lo que le está más próximo
y mediante ello actúe también en lo que está más remoto.

Por eso suele decirse en filosofía que el primero en cualquier género es causa de todos los demás que vienen después en aquel género (*v.gr., Adán,* primer hombre, es causa de todos los demás hombres por vía de generación natural).

Pero el primero en resucitar *definitivamente* de entre los muertos fue Cristo; luego la resurrección de Cristo —o, si se quiere, y acaso mejor, Cristo resucitado— será la causa eficiente de nuestra futura resurrección.

No la causa principal -—que corresponde a la divinidad,
como hemos visto en la conclusión anterior—,
***pero sí la causa eficiente instrumental*, en cuanto que la *humanidad de Cristo es el instrumento* unido a la virtud vivificante del Verbo de Dios.**

Ni puede oponerse que la resurrección de Cristo no puede ser la causa eficiente instrumental de la nuestra, porque no tendrá ningún contacto corporal con los muertos que resuciten, por la distancia del tiempo y del lugar; ni tampoco

el contacto espiritual procedente de la fe y la caridad, ya que han de resucitar también los infieles y pecadores. No importa.

Porque la resurrección de Cristo es causa de la nuestra por la virtud divina del Verbo, que está presente a todos los lugares y épocas; y ese contacto virtual basta para la razón de esta eficiencia instrumental, que se extiende no solamente a los buenos, sino también a los malos, *puesto que todos han de comparecer ante el tribunal de Cristo*.

Aunque la resurrección de Cristo es un hecho histórico que ya pasó, la virtud de ese misterio perdura eternamente en la persona de Cristo.

b) EJEMPLAR. Lo dice el apóstol San Pablo:
"Cristo reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas".

Santo Tomás lo razona diciendo *que lo que es perfectísimo en cualquier orden de cosas es el prototipo y ejemplar, que imitan a su modo los menos perfectos.*

Pero la resurrección de Cristo, así como fue la primera en el tiempo—en el sentido que hemos explicado—, fue también la primera en dignidad y perfección, *por razón de la persona del Verbo, a la cual está unido hipostáticamente su cuerpo*. Luego la resurrección de Cristo es el modelo, prototipo o causa ejemplar de nuestra propia resurrección.

Nótese, sin embargo, que, a diferencia de la causa eficiente, que afectaba a los buenos y a los malos, la causalidad ejemplar, propiamente hablando sólo afecta a los buenos, que han sido conformados a la divina filiación de Cristo, como dice San Pablo.

Esta ejemplaridad de la resurrección de Cristo producirá su efecto en nosotros en el momento y hora libremente dispuestos por la voluntad de Dios. Antes es preciso que nos configuremos con Cristo, padeciendo y muriendo con Él en esta vida pasible y mortal. A su hora llegará la participación gloriosa en su resurrección

La resurrección de Cristo no fue causa meritoria de la nuestra, *porque Cristo resucitado estaba ya fuera del estado de viador,* que es el único en que se puede merecer. Como ya vimos, la causa meritoria de nuestra resurrección fue la pasión de Cristo. Por ella mereció Cristo su propia exaltación y nos mereció también la nuestra.

ARTICULO IV
CAUSALIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Conclusión 3." La resurrección de Cristo es causa eficiente y ejemplar de la resurrección espiritual de las almas.

La resurrección corporal, con ser admirable, es un incidente sin importancia *comparada con la resurrección espiritual de las almas a la vida de la gracia.*

Se comprende sin esfuerzo que, si la resurrección de Cristo es la causa de nuestra resurrección corporal, *mucho más*

todavía habrá de causar la resurrección espiritual de nuestras almas.

Así es, en efecto. San Pablo dice expresamente que Cristo "fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación". Ahora bien: *la justificación no es otra cosa que la resurrección de las almas muertas espiritualmente por el pecado a la vida sobrenatural de la gracia.*

Santo Tomás explica la doble causalidad—-eficiente y ejemplar— de la resurrección de Cristo sobre nuestras almas :
"Ya hemos dicho que la resurrección de Cristo obra en virtud de la divinidad, virtud que se extiende no sólo a la resurrección de los cuerpos, sino también a la resurrección de las almas, pues de Dios recibe *el alma vivir por la gracia, y el cuerpo vivir por el alma.*

Por esto tiene la resurrección de Cristo la virtud instrumental eficiente, no sólo sobre los cuerpos, sino también *sobre* las almas.

Tiene igualmente razón de ejemplaridad en la resurrección de las almas, porque nosotros tenemos que conformarnos espiritualmente con Cristo resucitado, "para que, así como Cristo resucitó para gloria del Padre, así nosotros vivamos una vida nueva"; y así como Él, "resucitado de entre los muertos, ya no muere..., así nosotros nos estimemos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús".

¿Cómo se relacionan la pasión y la resurrección de Cristo en

orden a nuestra justificación?

Santo Tomás responde de la siguiente manera:

"Dos cosas entran en la justificación de las almas:

- ***la remisión de la culpa***
- ***y la vida nueva por la gracia.***

Si consideramos la eficiencia que viene del poder divino, tanto la pasión de Cristo como su resurrección son causa de la justificación bajo los dos aspectos.

Pero si miramos a la ejemplaridad, la pasión y muerte de Cristo es propiamente causa de la remisión de la culpa, por la que morimos al pecado; y *la resurrección es causa de la vida nueva,* que nos viene por la gracia o la justicia.

Por esto dice San Pablo:
"Fue entregado por nuestros pecados", esto es, para destruirlos, "y resucitó para nuestra justificación".

La pasión de Cristo es, además, causa meritoria, como ya vimos.

****

CAPITULO II
La ascensión de Cristo al cielo

Otro dogma de nuestra fe católica, expresamente contenido en la Sagrada Escritura y en todos los Símbolos, es la admirable ascensión de Cristo Señor al cielo.

He aquí el relato de San Lucas en los Hechos de los Apóstoles:
"Diciendo esto, y viéndolo ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos. Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante, y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo. Entonces se volvieron del monte llamado Olívete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado"

Expondremos en forma de conclusiones la doctrina teológica en torno a la ascensión del Señor.

Conclusión 1ª. Fue muy conveniente que Cristo ascendiera a los cielos, tanto con relación a Él, como con relación a nosotros.

Vamos a exponer por separado las dos partes de la conclusión.

Conclusión 1ª. CON RELACIÓN A CRISTO. Lo dijo el mismo Cristo a sus
apóstoles en su sermón de la cena: *"Si me amarais, os alegraríais, pues me voy al Padre".*

Santo Tomás lo explica del siguiente modo:
"El lugar debe ser proporcionado al que lo ocupa. Cristo comenzó con su resurrección una vida inmortal e incorruptible. Ahora bien, esta tierra que habitamos está sometida a la generación y corrupción, mientras que el cielo está exento en absoluto de la corrupción.
Este es el motivo por el que no convenía que Cristo resucitado permaneciese en la tierra, sino que ascendiera al cielo".

Es cierto que con su ascensión al cielo no recibió Cristo ningún acrecentamiento en lo que constituye la gloria esencial del cuerpo o del alma; pero recibió un acrecentamiento accidental por razón del lugar, que contribuye al bienestar de la gloria.

CON RELACIÓN A NOSOTROS. Lo dijo también el mismo Cristo en el sermón de la cena: "Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, os lo enviaré".

Sabido es que el Paráclito de que habla Cristo no es otro que el Espíritu Santo.
Por tres razones principales fue beneficiosa para nosotros la ascensión del Señor a los cielos -:

a) PARA AUMENTAR NUESTRA FE, que trata de cosas invisibles. Por eso dijo Cristo al apóstol Tomás: "Porque me has visto, has creído; dichosos los que no ven y creen".

b) PARA LEVANTAR NUESTRA ESPERANZA hacia las cosas del cielo, que es la patria de las almas. Por eso dijo también Cristo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Voy a prepararos el lugar... De nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros".

Por eso también dice San Pablo: "Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra".

c) PARA EXCITAR NUESTRA CARIDAD con el fuego del Espíritu Santo, que nos envió después de su ascensión. Por eso dijo el mismo Cristo: "Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros".

Conclusión 2ª. Bajo diversos aspectos, Cristo subió al cielo sólo en cuanto hombre o sólo en cuanto Dios.

He aquí la explicación del Doctor Angélico 3;
"La expresión en cuanto puede significar dos cosas:

- **LA NATURALEZA DEL ASCENDENTE**
- **Y LA CAUSA DE LA ASCENSIÓN.**

***En el primer sentido, Cristo ascendió al cielo únicamente en cuanto hombre*, ya que la ascensión no puede convenir a su naturaleza divina, porque nada hay más alto que la divinidad a donde pudiera subir, y porque la ascensión significa un movimiento local, incompatible con la naturaleza divina, que es inmóvil y no ocupa lugar aunque está presente en todas partes.**

De esta manera, la ascensión compete a Cristo únicamente según su naturaleza humana, que ocupa lugar y está sujeta al movimiento.

En el segundo sentido, o sea, si la expresión en cuanto *significa la causa de la ascensión*, hay que decir que *Cristo subió al cielo no en cuanto hombre, sino en cuanto Dios*; porque subió al cielo por la virtud de la divinidad y no por la virtud o fuerza de la naturaleza humana".

Conclusión 3ª Cristo subió al cielo por la virtud de su naturaleza divina y por la virtud propia de su cuerpo glorificado.

La primera parte de esta conclusión coincide con el segundo aspecto de la conclusión anterior. Hay que añadir aquí que no solamente por la virtud divina, sino también por la virtud propia de su cuerpo glorificado pudo Cristo subir al cielo.

Porque, como es sabido, una de las cualidades del cuerpo glorioso es la agilidad, en virtud de la cual puede trasladarse localmente y con movimiento rapidísimo adondequiera que desee el alma, en virtud del perfecto y absoluto dominio que el alma bienaventurada ejerce sobre su propio cuerpo resucitado.

Será tanta la obediencia del cuerpo glorioso al alma bienaventurada que, como dice San Agustín, "dondequiera el espíritu, allí estará el cuerpo al instante, *ni querrá nada que no convenga al espíritu o al cuerpo".*

Ahora bien, al cuerpo glorioso e inmortal le conviene estar en el cielo, como ya dijimos, y por eso, con la virtud del alma que lo quería, subió al cielo el cuerpo de Cristo.

Conclusión 4ª La ascensión de Cristo es causa eficiente de nuestra salud y de nuestra futura ascensión a los cielos.

Vamos a verlo en sus dos partes:
1. CAUSA EFICIENTE DE NUESTRA SALUD
y esto de dos maneras:

a) *Por parte nuestra*, en cuanto que, como vimos en la primera conclusión, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad, además de nuestra reverencia hacia Él, que reina glorioso en el cielo.

b) *Por parte de Cristo*, en cuanto que subió "para prepararnos el lugar", para "interceder continuamente por nosotros ante el Padre" y para enviarnos desde allí sus divinos dones, "dando cumplimiento a todas las cosas".

2. CAUSA DE NUESTRA FUTURA ASCENSIÓN, por cuanto la *inaugura en nuestra cabeza—que es Cristo—*, a la que deben juntarse los miembros.

Otro artículo del Símbolo de la fe nos dice que Cristo está en el cielo "sentado a la diestra del Padre". *Vamos a explicar teológicamente el sentido* de esa expresión, que, tal como suena, es evidentemente metafórica.

Conclusión 1a Cristo está sentado en el cielo a la diestra del Padre (De fe).

En el sentido metafórico que explicaremos, esta conclusión es de fe. He aquí las pruebas:

a) L A SAGRADA ESCRITURA. Lo dice expresamente en multitud de textos:
"El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue levantado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios".
"Siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas".
"Tenemos un Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad de los cielos".
"Habiendo ofrecido un sacrificio por los pecados, para siempre se sentó a la diestra de Dios".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Consta expresamente en todos los Símbolos de la fe.

a) **LA RAZÓN TEOLÓGICA. Santo Tomás explica que <u>por la expresión "estar sentado" podemos entender dos cosas:</u>**

la quietud o reposo **del que vive habitualmente en una ciudad, y en este sentido *“estar sentado” significa sencillamente «habitar”* junto al Padre, compartiendo su bienaventuranza;**

o también la potestad regia y judicial, y en este sentido Cristo está sentado a la diestra del Padre en cuanto reina junto con el Padre y de El recibe el poder judicial sobre vivos y muertos *.

Según San Juan Damasceno, se entiende por diestra del Padre “la gloria y el honor de la divinidad”.

Conclusión 2ª Estar sentado a la diestra del Padre pertenece a Jesucristo no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre

He aquí las pruebas:

E N CUANTO DIOS . Como hemos dicho, la expresión “diestra” puede tener tres sentidos, a saber:

- **la gloria de la divinidad,**
- **la bienaventuranza del Padre**
- **y el poder judicial.**

Y “estar sentado” significa

- **el habitar,**
- **la dignidad regia**

- **y el poder judicial.**

De donde “estar sentado a la diestra del Padre” no es otra cosa que
poseer con el Padre la gloria de la divinidad,
la bienaventuranza perfecta
y la dignidad judicial,
y esto de una manera inamovible y regia.

Ahora bien: todo esto pertenece al Hijo por razón de su divinidad. Y así es evidente que Cristo, en cuanto Dios, está sentado a la diestra del Padre.

Ya se comprende que esta manera de hablar es por una muy conveniente apropiación a la persona del Padre, símbolo de la majestad divina. Pero en realidad la expresión “diestra del Padre”, según las tres significaciones dichas, es cosa común a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad

EN CUANTO HOMBRE. Si con la expresión “en cuanto hombre” queremos designar su naturaleza humana, Cristo está sentado a la diestra del Padre en cuanto que goza de la más alta bienaventuranza creada, y posee el poder regio y judicial sobre vivos y muertos.

Pero si con esa expresión aludimos a la unidad del supuesto o persona, Cristo en cuanto hombre es al mismo tiempo Dios, y, en este sentido, comparte con el Padre la misma dignidad y honor,
puesto que con el mismo honor que al Padre veneramos al Hijo de Dios encarnado en la naturaleza humana que asumió.

Conclusión 3ª Sentarse a la diestra del Padre es propio y exclusivo de Jesucristo.

Queriendo probar San Pablo la superioridad de Cristo sobre los ángeles, escribe en su carta a los Hebreos: *"¿A cuál de los ángeles dijo el Padre alguna vez: Siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies?".* Pero los ángeles son las criaturas superiores; luego mucho menos convendrá a ninguna otra criatura sentarse con Cristo a la diestra del Padre.

***El argumento de razón* es muy sencillo. Se dice que Cristo está sentado a la diestra del Padre, en cuanto que por la naturaleza divina es igual al Padre,**
y por la naturaleza humana goza de la posesión de los bienes divinos por encima de las demás criaturas, en virtud de la unión hipostática y de la plenitud absoluta de la gracia.

Ahora bien: estas cosas son propias y exclusivas de Cristo.
Luego a ningún hombre ni ángel pertenece sentarse a la diestra del Padre, sino solamente a Cristo.

Conclusión 3ª Sentarse a la diestra del Padre es propio y exclusivo de Jesucristo. *(Continuación)*

En un sentido amplio, o sea, en cuanto significa la posesión de la eterna bienaventuranza, sentarse a la diestra del Padre pertenece de algún modo a todos los bienaventurados.

En primer lugar, a María, Reina y Señora de todo lo creado; y en mayor o menor grado, a todos los demás, según aquellas palabras de Cristo en el Apocalipsis: *"Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono",*
y aquellas otras de San Pablo a los Efesios: *"Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús".*

CAPITULO IV
La realeza de Cristo

Santo Tomás no dedica en la Suma Teológica una cuestión especial a la realeza, de Cristo, pero alude expresamente a ella en la cuestión de la exaltación a la diestra del Padre --que acabamos de examinar— y en la siguiente, que trata de la potestad judicial de Cristo, que es una consecuencia y derivación de su potestad regia, como dice el propio Santo Tomás. Vamos a Recoger, en primer lugar, los textos a que acabamos de aludir, y a continuación haremos un breve estudio sistemático de la realeza de Cristo, que ha adquirido palpitante actualidad con motivo de la institución de la fiesta litúrgica de Cristo Rey.

“Se dice que Cristo está sentado a la diestra del Padre, en cuanto reina junto con el Padre y de Él tiene el poder judicial; como el ministro que se sienta a la derecha del rey le asiste en el reinar y en el juzgar”.

“El poder judicial es consiguiente a la dignidad regia, según leemos en los Proverbios: “El rey, sentado en el tribunal, con su mirar disipa el mal”

Cristo obtuvo la dignidad regia sin merecimientos, pues le compete en cuanto es el Unigénito: *"dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin»"*

Ya hemos dicho que el poder de juzgar es consiguiente a la dignidad real. Pero, aunque Cristo fue constituido rey por Dios, no quiso, sin embargo, mientras vivió en la tierra, administrar temporalmente un reino terreno. Por eso dijo: "Mi reino no es de este mundo".

E igualmente no quiso ejercer su poder de juez sobre las cosas temporales ya que vino al mundo a elevar los hombres a las cosas divinas.

Vamos a ofrecer ahora una breve síntesis de la doctrina teológica sobre la realeza de Cristo, siguiendo las directrices de la magnífica encíclica de Pío XI Quas primas, dedicada a ella.

Conclusión 1ª Cristo-hombre es Rey de la humanidad no sólo en sentido metafórico, sino también en sentido estricto, literal y propio.

He aquí las pruebas de la conclusión en sus dos partes:

1° EN SENTIDO METAFÓRICO. Escuchemos a Pío XI: ***"Ha sido costumbre muy generalizada ya desde antiguo llamar Rey a Jesucristo en sentido metafórico, por el supremo grado de excelencia que posee, y que le levanta sobre toda la creación".***

Nos referimos siempre a la encíclica Quas primas. En este sentido se dice que Cristo reina:
a) Sobre las inteligencias de los hombres, en cuanto que Él es la suprema Verdad, de la que *se derivan todas las demás verdades.*

b) Sobre las voluntades, en cuanto que enciende en ellas los más altos propósitos.

c) Sobre los corazones, arrastrándolos a su amor con su inefable caridad y misericordia.

2° EN SENTIDO ESTRICTO, LITERAL Y PROPIO.

Sin embargo, es evidente que también en sentido propio hay que atribuir a Jesucristo-hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo como hombre se puede afirmar de Cristo que recibió del Padre la potestad, el poder y el reino, ya que como Verbo de

<u>Dios, identificado substancialmente con el Padre, posee necesariamente en común con el Padre todas las cosas</u> y, por tanto, también el mismo poder supremo y absoluto sobre toda la creación.

Consta, en efecto, en multitud de textos de la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Citamos tan sólo unos pocos:

"Vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos años y fue presentado a éste. Le fue dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno, que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá".

"Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin".

"Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú lo has dicho".

"Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes y Señor de los que dominan".

Los Santos Padres tienen textos hermosísimos sobre la realeza de Cristo y la santa Iglesia veneró siempre a su divino Fundador como Rey supremo de cielos y tierra, y ha instituido en nuestro días la fiesta litúrgica de Cristo Rey, que se celebra anualmente el último domingo de octubre.

Conclusión 2ª El fundamento de la realeza de Cristo-hombre es la unión hipostática de su naturaleza humana con la persona del Verbo divino.
Es evidente que Cristo, en cuanto Verbo de Dios, es el Creador y Conservador de todo cuanto existe, y tiene, por lo mismo, pleno y absoluto dominio sobre toda la creación universal. Y en cuanto hombre participa plenamente de esta potestad natural del Hijo de Dios en virtud de la unión hipostática de su naturaleza humana con la persona misma del Verbo.

Lo afirma expresamente Pío XI:
"La autoridad de Cristo se funda en la admirable unión hipostática. De donde se sigue que Cristo no sólo debe ser adorado como Dios por los ángeles y por los hombres, sino que, además, los ángeles y los hombres deben sumisión y obediencia a Cristo en cuanto hombre; en una palabra, por el solo hecho de la unión hipostática, Cristo tiene potestad sobre la creación universal".

Conclusión 3ª Cristo-hombre es Rey del universo también por derecho de conquista.

Aunque Cristo-hombre no poseyera la potestad regia universal por su unión personal con el Verbo, tendría derecho a ella por derecho de conquista, esto es, por haber redimido al mundo con su pasión y muerte en la cruz.

Escuchemos a Pío XI:
"Por otra parte, ¿hay realidad más dulce y consoladora para el hombre que el pensamiento de que Cristo reina sobre nosotros, no sólo por un derecho de naturaleza, sino además por un derecho de conquista adquirido; esto es, el derecho de la redención? Ojalá los hombres olvidadizos recordasen el gran precio con que nos ha rescatado nuestro Salvador: *Habéis sido rescatados..., no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancha*.
No somos ya nuestros, porque Cristo nos ha comprado a precio grande.
***Nuestros mismos cuerpos son miembros de Cristo*."**

Conclusión 4ª Cristo es rey asimismo por ser cabeza de la Iglesia, por la plenitud de su gracia y por derecho de herencia.

A estas razones que Pío XI recoge en su encíclica —unión hipostática y redención— <u>Santo Tomás añade otras dos</u>:
por ser cabeza de todos los hombres y por la plenitud de su gracia,
a las que puede añadirse todavía el derecho de herencia.
He aquí los textos:

a) POR SER CABEZA DE LA IGLESIA.
"Ya queda dicho que Cristo, aun en la naturaleza humana, es cabeza de toda la Iglesia y que "Dios puso todas las cosas bajo sus pies". Por tanto, a Él pertenece, aun en cuanto hombre, tener poder judicial".

Ahor a bien: *el poder judicial es una consecuencia o propiedad del poder real*, como dice el propio Santo Tomás y es cosa evidente. Luego la realeza de Cristo sobre los hombres es una consecuencia de su gracia capital, o sea, del hecho de ser cabeza de la Iglesia.

b) POR LA PLENITUD DE SU GRACIA.
"La potestad judicial—y, por lo mismo, la potestad regia—compete a Cristo hombre:
a) por razón de su persona divina;
b) por la dignidad de cabeza;
y c) por la plenitud de su gracia.

También la obtuvo por sus propios merecimientos", o sea, por derecho de conquista o de redención.

c) POR DERECHO DE HERENCIA. Puede invocarse también el derecho de herencia como título de Cristo-hombre para la potestad real.
Dice San Pablo que *Dios "nos habló en estos últimos tiempos por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas".*
Ahora bien: el heredero goza de todos los derechos y prerrogativas que poseía el Padre; luego Cristo-hombre ha heredado del Padre su potestad real.

Conclusión 5. *La potestad real* de Cristo abarca el triple poder legislativo, judicial y ejecutivo.

“Para declarar brevemente la eficacia y la naturaleza de esta autoridad regia, es casi innecesario afirmar que abraza el triple poder que es esencial a toda verdadera autoridad.
Los testimonios citados de la Sagrada Escritura sobre la universalidad del reino de nuestro Redentor constituyen una prueba más que suficiente de esta afirmación”.
Cristo ejercitó de hecho y seguirá ejercitando esta triple potestad de muchas maneras:

a) POTESTAD LEGISLATIVA. Cristo, en cuanto Dios, impuso sus leyes a la creación entera. Y en cuanto Redentor promulgó la ley evangélica, que alcanza su máximo exponente en el gran mandamiento del amor:
“*Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado*. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros”.

b) POTESTAD JUDICIAL. La tiene Cristo plenamente, como veremos en el capítulo siguiente. Cristo la ejercita en la tierra por sus ministros (sacramento de la penitencia) y *personalmente en el juicio particular y universal.*

c) POTESTAD EJECUTIVA. Él rige los destinos de la historia del mundo, sirviéndose a veces de sus mismos enemigos (guerras, persecuciones, martirios…) para sacar adelante los planes de su reinado de amor sobre el mundo entero.

Conclusión 6ª El reino de Cristo no es un reino temporal y terreno, sino más bien *un reino eterno y universal; reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.*

Vamos a recorrer una por una las características del reino de Cristo que acabamos de señalar, y que están tomadas del maravilloso prefacio de la Misa de Cristo Rey.

1. No es un reino temporal y terreno

La liturgia de la Iglesia ha recogido en una estrofa maravillosa de la fiesta de la Epifanía del Señor la espiritualidad y eternidad del reino de Cristo, que no viene a arrebatar el cetro temporal a ningún rey de la tierra, sino a darnos a todos el reino eterno de la gloria:

Crudelis Herodes, **Deum Regem venire quid times?** **Non eripit mortalia**	**Oh, cruel Herodes,** **¿Qué mal temes del Dios Rey?** **No arrebata los reinos**

Qui regna dat caelestia.	**temporales** **El que a todos da los celestiales.**

El mismo Cristo proclamó abiertamente ante Pilato: *Mi reino no es de este mundo*. Lo cual no quiere decir *que no tenga absoluto y pleno dominio real* sobre todos los reinos de la tierra y sobre todas las cosas creadas, sino únicamente que su reino es de naturaleza espiritual y extra temporal.

2. Es un reino eterno y universal

a) ETERNO. Es una verdad del todo cierta y evidente en los dos aspectos o sentidos que presenta la "eternidad" contemplada desde el tiempo: en cuanto que, como Verbo divino, viene reinando con el Padre desde toda la eternidad, antes de que el mundo fuese hecho; y en cuanto que, como hombre, su reino no tendrá fin, o sea, perdurará para siempre jamás.

b) UNIVERSAL, por los derechos omnímodos de Cristo sobre toda la creación, en cuanto Dios; y porque, en cuanto hombre, le ha sido dada por el Padre toda potestad en el cielo y en la tierra.

3. Reino de verdad y de vida

a) **DE VERDAD, en cuanto que Cristo es la Verdad por esencia, de la que son meras derivaciones y resonancias todas las verdades que iluminan la inteligencia de los hombres. El mismo Cristo dijo a Pilato: *"He venido al mundo para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz".***

b) **DE VIDA, porque Cristo es también la Vida, y *vino al mundo para que "todos tengan vida, y la tengan en abundancia".***

4. Reino de santidad y de gracia

a) **DE SANTIDAD, porque Jesucristo, en cuanto Dios, es la santidad infinita y substancial; y, en cuanto hombre, es también infinitamente santo por la unión hipostática *y por la plenitud absoluta de su gracia.***

Es un reino de santidad interior, opuesto al reino de Satanás.

b) DE GRACIA, porque Jesucristo está "lleno de gracia y de verdad" y "de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia".

5. Reino de justicia, de amor y de paz

a) **DE JUSTICIA, porque vino a establecerla en el mundo y juzgará a todos los hombres "según sus obras" *con toda equidad y justicia.***

b) DE AMOR, porque es el reino de la caridad, y la *caridad es la virtud eterna que no pasará jamás*.

c) DE PAZ, porque la paz es "obra de la justicia" y Jesucristo es el "Príncipe de la paz".

CAPITULO V
La potestad judicial de Cristo

El Símbolo de la fe, después de decirnos que Cristo "está sentado a la diestra del Padre", añade inmediatamente: "Desde allí ha de venir a juzgar a

los vivos y a los muertos". Es la última cláusula relativa a Jesucristo que recoge el código fundamental de nuestra fe.

Santo Tomás dedica a este asunto la última cuestión de su maravilloso tratado del Verbo encarnado, que hemos venido exponiendo a todo lo largo de esta primera parte de nuestra obra.

Examina en
otros tantos artículos los seis puntos siguientes:

1. Si Cristo posee el poder judicial.
2. Si le corresponde a Cristo en cuanto hombre.
3. Si lo obtuvo por sus merecimientos.
4. Si es universal y alcanza a todos los hombres.
5. Si además del juicio particular habrá al final de los tiempos otro juicio universal.
6. Si la potestad judicial de Cristo se extiende también a los ángeles.

Vamos a recoger en forma de conclusiones toda esta interesantísima doctrina.

Conclusión 1ª Jesucristo ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos. (De fe.)

Esta conclusión es de fe. Consta expresamente en la

Sagrada Escritura y en los Símbolos de la fe. He aquí los textos:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Lo dice repetidas veces: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar".

"Y nos ordenó—dice el apóstol San Pedro—predicar al pueblo y atestiguar que ha sido instituido por Dios juez de vivos y muertos".

"Dios tiene fijado el día en que juzgará a la tierra con justicia por medio de un hombre a quien ha constituido juez, acreditándole ante todos por su resurrección de entre los muertos".

"Os insultan, pero tendrán que dar cuenta al que está pronto para juzgar a vivos y muertos".

En la conclusión 5ª recogeremos los textos alusivos al juicio final.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Consta expresamente *en todos los Símbolos de la fe* que Jesucristo "vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos".

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. Santo Tomás lo razona diciendo que para ejercer el juicio se requieren tres cosas:

- **poder coercitivo sobre los súbditos,**
- **rectitud para no juzgar por odio o envidia, sino sólo por amor a la justicia,**
- **y sabiduría para juzgar con prudencia.**

En esta tercera condición está lo formal del juicio; las dos primeras son condiciones previas.

Ahora bien: *Cristo es el Hijo de Dios, esto es, la Sabiduría eterna y la Verdad*, que procede del Padre, a quien representa perfectamente. Por eso se atribuye a Él por apropiación el poder judicial, aunque propiamente es común a toda la Trinidad.

Conclusión 2ª El poder judicial corresponde a Cristo en cuanto hombre.

Lo dice expresamente el mismo Cristo en el evangelio de San Juan: *"Le dio el poder de juzgar, por cuanto Él es el Hijo del hombre".*

Santo Tomás dice que *compete a Cristo en cuanto hombre el poder judicial por tres razones*:

a) POR su PARENTESCO Y AFINIDAD CON LOS HOMBRES. Porque como Dios obra por las causas segundas como más próximas a los efectos, así juzga a los hombres por Cristo hombre, para que el *juicio sea más llevadero a los hombres.*

Por esto dice San Pablo:
"Nuestro Pontífice no es tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de su gracia, a fin de recibir misericordia".

b) POR SU GRACIA CAPITAL, que le hace, en cuanto hombre, cabeza de todos los demás hombres.

c) PORQUE DIOS PUSO TODAS LAS COSAS BAJO SUS PIES, como se anuncia en el Salmo. Por tanto, a Él pertenece, aun en cuanto hombre, tener poder judicial.

Contestando a una objeción, advierte el Doctor Angélico que *conocer los secretos de los corazones y juzgarlos por sí mismo pertenece exclusivamente a Dios*; pero, por la redundancia de la divinidad en el alma de Cristo, le conviene también en cuanto hombre conocer y juzgar los secretos de los

corazones, como ya dijimos al hablar de la ciencia beatífica de Cristo. Por eso dice San Pablo: "En aquel día Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo".

Conclusión 3ª Cristo obtuvo por sus merecimientos el poder judicial que le corresponde también por otros títulos.

Nada se opone—dice Santo Tomás— a que una misma cosa le sea debida a uno por diversos motivos, como *la gloria del cuerpo resucitado le fue debida a Cristo, no sólo por su divinidad y por la gloria del alma, sino también por haberla merecido con los abatimientos de su pasión*.

Igualmente, se debe decir que el poder judicial compete a Cristo por razón de su persona divina, por su dignidad de cabeza, por la plenitud de su gracia y por haberla obtenido por sus propios méritos; de suerte que, según la justicia de Dios, fuese declarado juez el que luchó y venció por la justicia de Dios y el que injustamente fue juzgado.

Por esto leemos en el Apocalipsis: *"Yo vencí y me senté con mi Padre en su trono"*, entendiendo por "trono! el poder judicial, según las palabras del

Salmo: *"Se sienta sobre el trono y administra justicia".*

Conclusión 4ª El poder judicial de Cristo es absolutamente universal, o sea, *se extiende a todos los hombre s y a todas las cosas humanas*.

Aparte del texto evangélico en el que se nos dice que *"el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar"*, es fácil ponerlo de manifiesto por tres razones principales

a) PO R LA RELACIÓN ÍNTIMA QUE EXISTE ENTRE EL ALMA DE CRISTO Y EL VERBO DE DIOS . Si es verdad, como dice San Pablo, que "el espiritual juzga de todas las cosas", por cuanto su mente está unida al Verbo de Dios, mucho más el alma de Cristo, llena de la verdad del Verbo de Dios, podrá juzgar todas las cosas.

b) POR LOS MERECIMIENTOS DE SU PASIÓN Y MUERTE, pues, como dice San Pablo, "*por esto murió Cristo y resucitó, para dominar sobre vivos y muertos*". Por eso tiene sobre todos ellos el poder de juzgar, y por eso añade el Apóstol: "Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo".

c) POR EL FIN DE LAS COSAS HUMANAS. *A quien se le encomienda lo más, se le encomienda también lo menos*. Pero todas las cosas humanas se ordenan al fin de la bienaventuranza, que es la salvación eterna, a la cual son admitidos o rechazados los hombres por el juicio de Jesucristo, según consta en el Evangelio.

Y así es evidente que el poder judicial de Cristo se extiende a todas las cosas humanas.

Antes de la encarnación ejercía Cristo estos juicios como Verbo de Dios, de *cuyo poder vino a participar por la encarnación el alma que le estaba personalmente unida.*

Conclusión 5ª Además del juicio particular para cada uno de los hombres, habrá al final de los tiempos un juicio universal para toda la humanidad. (De fe.)

La existencia del juicio particular es una verdad teológicamente cierta. La del juicio universal es de fe, por el *testimonio expreso de la Sagrada Escritura y el magisterio* de la Iglesia. He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Es una de las verdades escatológicas más claramente consignadas en el Evangelio y con más prodigalidad de detalles:

"Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre..., etc., etc.".

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Consta expresamente en todos los Símbolos de la fe: "*Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*".

a) LA RAZÓN TEOLÓGICA.

Es admirable el razonamiento de Santo Tomás

"No es posible dar un fallo definitivo sobre una cosa mudable antes de su consumación. Así, el juicio sobre una acción cualquiera no puede darse antes que se haya consumado perfectamente en sí misma y en sus efectos, pues muchas acciones parecen a primera vista útiles, que luego, por sus efectos, se ve que son nocivas. E igualmente, de un hombre no puede formarse un juicio acabado

antes de que se termine su vida, ya que puede mudarse de bueno en malo, o al contrario, o de bueno en mejor, o de malo en peor. Por esto dice el Apóstol: "Está decretado por Dios que los hombres mueran una vez y que después sean juzgados" (Hebr 9,27).

Sin embargo, importa saber que, si bien con la muerte se acaba la vida temporal del hombre en sí mismo, queda algo todavía que depende del futuro, y esto por varios capítulos:

a) PORQUE VIVE AÚN EN LA MEMORIA DE LOS HOMBRES, en los cuales perdura, a veces contra la verdad, la buena o la mala fama.

b) PERDURA EN LOS HIJOS, que son algo del padre. Así, dice el Eclesiástico: "Murió su padre, pero como si no hubiera muerto, porque dejó un hijo semejante a él". Y, sin embargo, los hijos de muchos
hombres buenos son malos, y viceversa.

c) PERDURAN SUS OBRAS, como por el engaño de Arrio y de muchos se ductores se propaga la herejía hasta el fin del mundo, y lo mismo se propaga
la fe por la predicación de los apóstoles.

d) POR RAZÓN DEL CUERPO, que a veces es sepultado con grande honor, y a veces queda sin sepultura, y otras veces desaparece reducido a cenizas.

e) POR RAZÓN DE LAS COSAS TEMPORALES, en las que el hombre tenía puesto su afecto, de las cuales unas acaban más pronto y otras perduran más.

Ahora bien: todas estas cosas están sometidas a la apreciación del juicio divino, y de ellas no puede manifestarse un juicio perfecto mientras dura el curso del tiempo presente.

Por eso es preciso que haya un juicio final en el último día, en el que *se dé fallo pleno y manifiesto de todo cuanto de alguna manera afecta al hombre*.

En la respuesta a algunas dificultades añade el Doctor Angélico que, en lo que toca al alma, el hombre alcanza con la muerte un estado inmutable, y, por tanto, se le da inmediatamente el premio o castigo merecido. *Pero el cuerpo permanece sometido a la mutabilidad hasta el fin de los tiempos*, y por eso conviene que entonces reciba su premio o su castigo en el juicio final.

Conclusión 6ª El poder judicial de Cristo se extiende también a los ángeles.

Esta conclusión tiene su fundamento en la Sagrada Escritura. San Pablo escribe a los fieles de Corintio:

"¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?... ¿No sabéis que hemos de juzgar incluso a los ángeles?"

Pero los santos no juzgarán sino con la autoridad de Cristo. Luego con mucho mayor motivo tiene Cristo potestad judicial sobre los ángeles.

Santo Tomás dice que los ángeles están sometidos al poder judicial de Cristo, no sólo por razón de su naturaleza divina como Verbo de Dios, sino también por razón de su naturaleza humana.

Y esto es evidente por tres razones:
a) POR LA PROXIMIDAD A DIOS DE SU NATURALEZA HUMANA.
En virtud de la unión hipostática, el alma de Cristo está más llena de la verdad del Verbo de Dios que ninguno de los ángeles, de suerte que puede iluminarlos y, por tanto, puede juzgarlos.

b) POR LA HUMILDAD DE SU PASIÓN, en virtud de la cual la humanidad de Cristo mereció ser exaltada sobre los ángeles y que *"doblen la rodilla ante ella el cielo, la tierra y los infiernos"*.

Así que Cristo tiene potestad judicial sobre los ángeles buenos y malos.

c) POR RAZÓN DEL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES SOBRE LOS HOMBRES, de los cuales es Cristo la cabeza de modo especial. Por eso dice San Pablo hablando de los ángeles: "¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?

Hay que notar, sin embargo, que *los ángeles están sometidos al juicio de Cristo-hombre únicamente por razón del ministerio que ejercen sobre los hombres y con relación a los premios o castigos accidentales que reciben por ello los ángeles o los demonios*.
Pero el premio o castigo esencial (bienaventuranza o condenación eternas) depende de Cristo únicamente como Verbo de Dios y lo realizó *desde el principio del mundo.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE DEL LIBRO

SEGUNDA PARTE
La vida cristiana

INTRODUCCIÓN

De acuerdo con el plan de conjunto que expusimos al principio de nuestra obra, hemos abordado en la primera parte la teología del Verbo encarnado en su *doble aspecto o consideración*:

- ***la encarnación en sí misma y en sus consecuencias,***
- ***y los misterios de la vida de Cristo.***

Todo ello responde a la primera palabra del título de nuestra obra: Jesucristo.

Ahora vamos a contemplar el vasto panorama que abre ante nuestros ojos la segunda parte del título general: la vida cristiana.

Ambas partes forman un todo único e indisoluble, de suerte que, como veremos, la vida cristiana no es ni puede ser otra cosa que una consecuencia, una derivación, una resonancia analógica en nosotros de la vida mismísima de Cristo.

***El cristiano es —tiene que ser— otro Cristo*,**
se ha repetido muchas veces. Nada más verdadero y exacto, pero, con frecuencia, nada menos comprendido en su verdadero alcance y enorme profundidad.

He aquí nuestro plan.

Después de exponer en un capítulo preliminar las líneas fundamentales de nuestra predestinación a la filiación adoptiva en Jesucristo y por Él, seguiremos paso a paso las grandes líneas del tratado del Verbo encarnado tal como las hemos expuesto en la primera parte de esta obra, aplicándolas en sentido análogo —esto es, mostrando las semejanzas y diferencias— al cristiano incorporado a Cristo por la gracia.

De esta manera aparecerá con toda claridad y con toda su eficacia santificadora la afirmación que constituye la quintaesencia de la vida cristiana:

el cristiano es otro Cristo,
o, si se prefiere, Cristo otra vez,
es decir, una especie de humanidad sobreañadida,
en la que Cristo renueve otra vez
todo su misterio redentor.

No conocemos, y nos parece que no es posible encontrar, un enfoque más alto ni más auténtico de la vida cristiana, puesto que tiene su raíz y fundamento en lo más hondo y entrañable de la divina revelación a través, principalmente, del Evangelio y del apóstol San Pablo.

Ofrecemos a continuación en forma esquemática el camino que vamos a recorrer en esta segunda parte de nuestra obra:

CAPÍTULO PRELIMINAR: *Plan divino de nuestra predestinación en Jesucristo*.

LIBRO I: La encarnación de lo divino en el cristiano.

1. La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma justa.
2. La gracia santificante y la filiación adoptiva del cristiano.
3. La vida sobrenatural del cristiano.

LIBRO II: *Los misterios de Cristo, reproducidos en el cristiano.*

Visión de conjunto: Cómo vivir el misterio de Cristo.

Sección 1ª: Nacimiento e infancia.

1) **El Bautismo, nacimiento del cristiano.**
2) **Hijos de María.**
3) **La infancia espiritual del cristiano.**

Sección 2ª: El crecimiento espiritual.

1) **Crecimiento en sabiduría.**
2) **Crecimiento en edad.**

3) Crecimiento en gracia.

Sección 3ª: La vida oculta del cristiano.

1) Vida de pobreza y sencillez.
2) Vida de trabajo.
3) Vida de piedad.
4) Unión de los corazones.

Sección 4ª: La vida pública del cristiano.

1) Apostolado en el propio ambiente.
2) La caridad para con el prójimo.

Sección 5ª: El sacrificio corredentor del cristiano.

1) Sacerdotes con Cristo.
2) Corredentores con Cristo.
3) Nuestra muerte con Cristo.

Sección 6ª: La exaltación gloriosa del cristiano.

1) Nuestra resurrección en Cristo.
2) La ascensión del cristiano.
3) Coherederos con Cristo.

CAPITULO PRELIMINAR

Plan divino de nuestra predestinación en Jesucristo

Es imposible, no ya de comprender, pero ni siquiera vislumbrar, en qué consiste la verdadera esencia de

la vida cristiana y cuál sea el constitutivo íntimo de nuestra propia perfección y santidad sin tener en cuenta, como fundamento de todo ello, el maravilloso plan divino de nuestra predestinación adoptiva en Jesucristo.

I. El texto de San Pablo

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que
en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El por la caridad, y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo y en Él, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo gratos en su Amado.

En el cual tenemos la redención por la virtud de su sangre,
la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia,
que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por éstas nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la

plenitud de los tiempos, recapitulando en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra.

En Él, en quien fuimos, además, constituidos herederos por la predestinación, según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad,a fin de que los que ya antes habíamos esperado en Cristo seamos para alabanza de su gloria.
En El también vosotros, que escuchasteis la palabra de la
verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, que es prenda de nuestra herencia, en vistas a la plena recuperación de los rescatados para alabanza de su gloria».

Este es el texto fundamental del que hay que partir imprescindiblemente para exponer el plan divino de nuestra predestinación en Cristo. Dad a su importancia excepcional, antes de desentrañar la inmensa riqueza teológica que encierra, haremos una breve exposición exegética del mismo con el fin de precisar su verdadero sentido literal.

2. Exposición exegética

En esta primera sección de su sublime epístola a los

Efesios, San Pablo nos da una visión de conjunto del plan divino de nuestra predestinación en Cristo. Muestra a Dios Padre trazando desde toda la eternidad en los cielos su designio redentor, y realizándolo en la plenitud de los tiempos por Jesucristo, su Hijo muy amado, que se convierte, por la virtud de su sangre derramada sobre nosotros, en el reconciliador y pacificador universal, centro de todas las cosas y autor de la herencia celestial no sólo para los judíos, sino también para los gentiles, que han recibido ya las arras del Espíritu Santo; y todo ello para alabanza eterna de la gloria de Dios.

San Pablo entona ya el cántico de alabanza en este himno maravilloso que se desbordó de su corazón inundado de gratitud, a la manera del Benedictas o del Magníficat.

En la exposición paulina de este plan cabe distinguir dos momentos:

1° Desde toda la eternidad, Dios nos eligió para la santidad y filiación adoptiva en Jesucristo y por Él.

2^0 En el tiempo se realiza ese eterno decreto por Jesucristo, en quien tenemos la redención por su sangre y la remisión de los pecados.

El desarrollo de este plan lo expone San Pablo de tal modo que aparece con toda claridad la acción apropiada a cada una de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad:

a) *El Padre establece el plan desde toda la eternidad*.

b) *El Hijo lo realiza con la efusión de su sangre*.

c) *El Espíritu Santo lo aplica a los creyentes, judíos o gentiles.*

Las tres secciones terminan con el estribillo común: "para alabanza de la gloria de Dios".

El desarrollo de este plan lo expone San Pablo de tal modo que aparece con toda claridad la acción apropiada a cada una de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad:

a) *El Padre establece el plan desde toda la eternidad*.

b) *El Hijo lo realiza con la efusión de su sangre*.

c) *El Espíritu Santo lo aplica a los creyentes, judíos o gentiles.*

Examinemos ahora brevemente cada uno de sus versículos por separado:

3. **Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos.**

San Jerónimo y San Juan Crisóstomo refieren la palabra Padre al Verbo increado, y la palabra Dios a la humanidad de Cristo.
La relación de paternidad se extiende por la encarnación a la humanidad de Cristo. El mismo Cristo dice en el Evangelio: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20,17).

En cuanto a las bendiciones con que Dios nos bendijo, señala San Pablo sus tres principales características:

a) NATURALEZA: "con toda bendición espiritual".
Se trata de bendiciones espirituales, sobrenaturales, inmensamente superiores a las de orden puramente corporal y natural. Y son variadísimas: elección, predestinación, vocación, justificación, glorificación...

b) ORIGEN: "en los cielos".
Las bendiciones divinas tienen en el cielo su origen, su esfera natural y su término final.

c) EN CRISTO: es la causa o el motivo de esas bendiciones divinas.
Gozamos de esas bendiciones por nuestra unión con Cristo, que es nuestro camino para ir al Padre, nuestra verdad y nuestra vida.
Nos unimos a Dios en Cristo; así, unidos, vivimos en los cielos; y así, viviendo, se nos llena de toda clase de bendiciones espirituales.

4. **Por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuéramos santos e inmaculados ante ÉL por la caridad.**

Las bendiciones que Dios ha derramado abundantemente sobre nosotros, *realizadas en el tiempo*, responden a un plan concebido por Él desde toda la eternidad, y que comprende dos elementos: la elección y la predestinación.

En este versículo examina San Pablo la primera condición de las gracias divinas—la elección en Cristo—, que es eterna y tiene por fin nuestra santificación.

- ***Nos ELIGIÓ*. Dios nos ha bendecido, en primer lugar, porque nos ha elegido. Esta elección implica tres ideas fundamentales:**
  - **una predilección por parte de Dios,**

- **un beneficio que se concede al elegido**
- **y una preferencia con relación a los que no han sido objeto de la misma elección.**

En el contexto de la frase de San Pablo se llama la atención sobre la grandeza del don que nos ha sido concedido. Todos los cristianos, en el pensamiento de San Pablo, son elegidos, y si todos los hombres fuesen cristianos, merecerían todos el nombre de elegidos, porque cada uno de ellos es amado como si fuese el preferido y aun el único.

c) EN CRISTO.

- **Dios nos ha visto desde toda la eternidad en Cristo;**
- **nos ama en Cristo**
- ***y es a Cristo a quien ama en nosotros*:**

esto es lo que le permite llenarnos de bendiciones. La primera y la condición de todas las demás es nuestra unión con Cristo. Por consiguiente *la elección no es "ni lógicamente anterior al decreto de la encarnación ni independiente de este decreto*". Los elegidos, por tanto, han de ser considerados como uno en Cristo.
Los elegidos (o cristianos) sin Cristo—lo mismo que la Iglesia, esto es, el cuerpo, sin la cabeza—no pueden concebirse ni en el decreto eterno de Dios ni

en el tiempo. Todo movimiento, toda vida espiritual procede de Cristo, como el movimiento de todo el cuerpo y de todos sus miembros procede de la cabeza.

c) ANTES DE LA CONSTITUCIÓN DEL MUNDO, o sea, desde toda la eternidad.
Antes de la creación del mundo existía únicamente
Dios en su eternidad.

d) PARA QUE FUÉSEMOS SANTOS E INMACULADOS. La elección, en San Pablo, no tiene por término directo e inmediato la gloria del cielo, aunque sea ésta la finalidad última. En otros pasajes la elección divina tiene por objeto la vocación a la fe. Aquí se refiere a nuestra santificación.

Santos, esto es, separados del mundo y consagrados al servicio de Dios. Y, por lo mismo, inmaculados, esto es, sin mácula ni tacha.

Santo Tomás interpreta: santos por las virtudes, e inmaculados por la abstención de los vicios.

e) ANTE ÉL.
Se trata de una santidad perfecta, interior y exterior, de pensamientos y de actos, única que puede complacer a Aquél que sondea los corazones.

f) POR LA CARIDAD.
Esta caridad puede referirse a la elección ("nos eligió en caridad"), o a la santidad (expresando la causa formal que nos santifica), o a la predestinación del versículo siguiente, como
prefieren otros exegetas ("nos predestinó en caridad").
En cualquiera de estos sentidos tiene un profundo significado. Santo Tomás recoge los dos primeros aspectos cuando escribe: "Y esto lo hizo, no por nuestros méritos, sino por la caridad suya, o por la nuestra, que nos santifica formalmente".

5. **Y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo y en Él, conforme al beneplácito de su voluntad.**

El segundo elemento del plan de Dios sobre nosotros es la *predestinación* después de habernos elegido.

La predestinación, dice Santo Tomás, "presupone la elección, y ésta la dilección" o el amor.

a) **Nos PREDESTINÓ. Predestinar significa literalmente definir, fijar por adelantado.**

San Pablo le da siempre una significación teológica, refiriéndola a los beneficios de la gracia y de la gloria que Dios ha preparado desde toda la eternidad a los que Él ama.
Esta predestinación es completamente gratuita y no supone mérito alguno por nuestra parte.

Santo Tomás escribe textualmente comentando este pasaje: "*Es evidente, por tanto, que no hay otra causa de la predestinación divina, ni la puede haber, que la simple voluntad de Dios*. De donde es manifiesto también que no hay otra razón de la divina voluntad predestinante que comunicar a los

eligió y predestinó Dios porque nos amó libremente. Por parte nuestra no había absolutamente nada que le obligara o impulsara a ello, a excepción del pecado, que Cristo había de extirpar.

a) **A LA ADOPCIÓN DE HIJOS SUYOS, esto es, para hacernos hijos adoptivos de Dios por la gracia santificante.**

No se trata de una mera ficción jurídica, como en las adopciones humanas, sino de una verdadera filiación intrínseca que pone en nuestras almas una divina realidad—la gracia—que nos hace auténticamente hijos de Dios *y nos hace entrar, por decirlo así, en la familia misma de Dios.*

Esta adopción, comenzada por la gracia, se consuma en la gloria, que es la herencia de los hijos de Dios. La predestinación de que habla aquí San Pablo se refiere inmediatamente a la primera la Jesucristo; pero bien entendido que, en la intención de Dios, esta adopción se nos da en vistas a la gloria eterna, que se nos dará a su debido tiempo *si no queda frustrada por el pecado voluntario*.

Este es el supremo misterio del amor de Dios hacia los hombres. Los cristianos, elevados sobre el orden natural, son hijos de Dios, hermanos y coherederos del Verbo encarnado.

Verdaderamente "el Hijo de Dios se hizo hombre para hacer a los hombres hijos de Dios" (San Agustín). O como dice el evangelista San Juan: "Ved qué amor nos han mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos de verdad".

c) POR JESUCRISTO Y EN ÉL . Cristo es la causa de nuestra predestinación en todos sus aspectos: eficiente, ejemplar, meritoria y final

Santo Tomás escribe a este propósito: "Así como todo lo que se ha de poner incandescente se pone por el fuego que se le aplica —porque *nada hay que pueda participar de algo sino en virtud del que posee ese algo por sí mismo*—, la adopción de los hijos de Dios era preciso que se hiciera por el Hijo natural del mismo Dios".

d) CONFORME AL BENEPLÁCITO DE SU VOLUNTAD. San Pablo acumula las expresiones que establecen la libertad absoluta de Dios y el *carácter completamente*

gratuito de la divina predestinación. Proviene únicamente del libre beneplácito de Dios. Los esfuerzos y los méritos del hombre no cuentan absolutamente para nada en el orden de la eterna predestinación.

6 Nos predestinó para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo gratos en su Amado.

a) PARA ALABANZA DE LA GLORIA DE SU GRACIA. Aquí expresa San Pablo la causa final suprema de nuestra predestinación en Cristo: la gloria de Dios.

Literalmente: "para alabanza de la gloria de su gracia", esto es, para que la gracia divina brille en todo su esplendor, causando la admiración y la alabanza de los hombres y de los ángeles.
Este versículo, vivido intensamente en plan contemplativo, convirtió en una gran santa: a sor Isabel de la Trinidad.

b) CON LA CUAL NOS HIZO GRATOS EN SU AMADO.
Es el perpetuo estribillo de este himno grandioso: Todo en Jesús, todo por Jesús. Pero el estribillo cobra esta vez un acento más vivo y más tierno: "en su Amado". La Vulgata traduce: "en su Hijo muy amado". Ya se comprende que ese Amado no puede

ser otro que aquel Hijo en el que tiene puestas el Padre todas sus complacencias.

En Cristo tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia.

Comienza San Pablo a exponer la realización temporal del plan eterno de Dios. Ya desde las últimas palabras del versículo anterior habíamos descendido de las preparaciones eternas a las realizaciones temporales.

El gran Apóstol va a darnos ahora la prueba más impresionante del amor de Dios hacia nosotros: la redención por la sangre de Cristo, de la que describe en seguida el alcance universal, exponiendo el misterio de la reconciliación de todas las cosas en Cristo.

a) **En el cual tenemos la redención por la virtud de su sangre.**

San Pablo expresa aquí la naturaleza de la redención (rescate) y su causa (la sangre de Cristo). La palabra redención (ónroaútpcocns) significa etimológicamente "liberación de u n cautivo mediante su rescate". La noción de rescate se esfuma algunas veces y aparece únicamente la idea de liberación. Pero el sentido pleno de la palabra es exigido aquí por la mención de la sangre del Salvador presentada como precio del rescate. Y como la sangre—en la cual «está la vida»—tiene en el uso litúrgico la función de expiar, la fórmula paulina enseña que el Salvador ha ofrecido su sangre en sacrificio de expiación por los pecados del mundo.

b) Hemos sido redimidos del pecado y de todos sus efectos, esto es, de la esclavitud del demonio y de la indignación de Dios. Y el precio de nuestra redención ha sido la sangre preciosísima de

Cristo: "Habéis sido comprados a gran precio".

La sangre de Cristo derramada por nuestros pecados es la medida sin medida de la magnificencia de Dios hacia nosotros. Es *infinito el tesoro de sus misericordias, e infinito el precio con que fuimos redimidos*. Comentando este versículo, escribe el gran teólogo Cayetano: "*Verdaderamente sería magna gracia la simple remisión de los pecados; mayor todavía perdonarlos redimiendo, esto es, pagando el debido precio, porque equivale a regalarnos ambas cosas. Pero la máxima gracia posible es ofrecer la propia sangre, dar la propia vida para obtener semejante remisión*".

Por esto no dice San Pablo *"según su gracia", sino "según las riquezas de su gracia"*», para que nos diéramos cuenta de la múltiple y exuberante gracia que ello supone".

d) EN PERFECTA SABIDURÍA Y PRUDENCIA. La sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas, y la prudencia su aplicación práctica. San Pablo indica con estas palabras de qué modo *aquella superabundante gracia de Dios se*

manifestó en nosotros: por el conocimiento sobrenatural de las cosas divinas y humanas.

Por éstas Dios nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos.

a) POR ÉSTAS. Se refiere a la "sabiduría" y "prudencia" del versículo anterior.

b) NOS DIO A CONOCER EL MISTERIO DE SU VOLUNTAD. No hay que extrañarse de la importancia que concede San Pablo a esta revelación: es el coronamiento de todo el misterio. La redención no nos salvaría si no nos fuera anunciada; sólo en la medida en que la conozcamos podremos apreciarla y aprovecharnos de sus beneficios.

c) CONFORME A SU BENEPLÁCITO. Una vez más recalca San Pablo la absoluta gratuidad de este misterio, que obedece únicamente al libre beneplácito de Dios.

d) QUÉ SE PROPUSO REALIZAR EN CRISTO.

El gran Apóstol presenta siempre a Cristo como centro de los pensamientos divinos, fuera del cual *no habría para el Padre beneplácito, ni voluntad, ni designio de ninguna clase*.

e) EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS. Los tiempos anteriores a Cristo son considerados por San Pablo como tiempos de ignorancia o de infancia, y la misma *Ley Antigua es calificada de "sombra de lo futuro".*

Los siglos se sucedían unos a otros hasta el momento en que *la era mesiánica, última edad del mundo, vino a completar el número fijado de antemano por Dios y a cerrar la historia de la humanidad.* Esta expresión da a entender también que el pasado estaba orientado hacia el porvenir. Todo preparaba, anunciaba y esperaba al Mesías, que es el coronamiento y la explicación de todo. *Dios trazó su plan para realizarlo en la plenitud de los tiempos*.

Recapitulando en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra.

San Pablo llega con estas palabras a la definición del misterio: se trata de recapitular en Cristo toda la creación.

La expresión instaurare (= instaurar), que emplea la Vulgata, no recoge con exactitud el pensamiento de San Pablo. La expresión griega del Apóstol significa exactamente recapitular, o sea, reunir en uno, volver a juntar en uno los elementos dispersos de una unidad que se disgregó.

Así como, aplicada esa expresión al mandamiento del amor, le designa en el orden lógico como *centro y resumen de todos los mandamientos y de la ley entera;* así, aplicada a Cristo, la designa, en el orden cósmico y soteriológico, como *centro y ligadura viviente del universo, como principio de armonía y de unidad.* Todo lo que estaba separado y disperso por el pecado, ha decidido Dios reunirlo y reatarlo a Él por Cristo. Esto no significa únicamente que Cristo reúne en sí mismo en el grado más eminente, las diversas perfecciones distribuidas en el universo sensible o en el mundo de los espíritus, sino, además, que Cristo ejerce una acción en virtud de la cual atrae todas las cosas a sí para entregarlas todas a Dios.
Como es Él, por la creación, principio de existencia para todas las cosas, así también es Él, por la redención, principio de reconciliación y de unión para todas las criaturas.

En Él, **en quien fuimos, además, constituidos herederos por la predestinación, según el propósito de Aquél que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad.**

a) *EN ÉL*. San Pablo no se cansa de repetir que todas estas maravillas las ha hecho el Padre en Cristo y por Cristo:
1. Nos eligió en Cristo.
2. Nos hizo hijos adoptivos por Cristo
3. Nos redimió de los pecados por la sangre de Cristo
4. Nos dio la sabiduría revelándonos el misterio de Cristo.
5. Recapituló todas las cosas en Cristo.

El gran Apóstol tenía a Cristo tan metido en su corazón y en sus entrañas, que pudo llegar a escribir: "Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí".

b) EN QUIEN FUIMOS, ADEMÁS, CONSTITUIDOS HEREDEROS POR LA PREDESTINACIÓN. Se refiere San Pablo en este versículo a la especial predestinación del pueblo judío a recibir las promesas mesiánicas (*en seguida se dirigirá también a los gentiles*).

Israel era la "heredad" y la posesión del Señor. Y el pueblo israelita, por su parte, tenía al Señor y a sus divinas bendiciones por «herencia» propia.

El versículo de San Pablo podría traducirse así: "*Nosotros, los judíos, fuimos constituidos, además, patrimonio o heredad de Dios por especial predestinación*".

c) SEGÚN EL PROPÓSITO DE AQUEL QUE HACE TODAS LAS COSAS CONFORME AL CONSEJO DE SU VOLUNTAD. Una vez más, y con mayor firmeza si cabe, proclama San Pablo la libertad omnímoda de Dios al prepararnos tales bienes desde toda la eternidad.
A fin de que los que ya antes habíamos esperado en Cristo seamos para alabanza de su gloria.

a) A FIN DE QUE LOS QUE YA ANTES HABÍAMOS ESPERADO EN CRISTO. San Pablo se refiere a los judíos convertidos, que abrazaron la fe antes que los paganos, o más bien en tanto que pertenecían por su nacimiento al pueblo de Israel, que tenía por prerrogativa y, en cierto sentido, por razón de ser la espera y esperanza del Mesías.

Algunos autores entienden este pasaje de todos los cristianos en general, que han puesto su esperanza

en Cristo antes de haber gustado la plena realización de sus promesas en el cielo. Pero la doble oposición entre el "nosotros" de este versículo y el "vosotros" del versículo siguiente, y entre "los que antes esperábamos" y "los que escuchasteis", no se comprende sino a base de la distinción entre judíos y gentiles.

b) SEAMOS PARA ALABANZA DE SU GLORIA. Segunda vez expresa San Pablo la finalidad última y suprema de toda la obra de Dios y del misterio de Cristo: la alabanza de su gloria. *La predestinación así concebida es, en la doctrina del Apóstol*, la verdad más consoladora, la más apta para excitar nuestra gratitud hacia Dios, a cuya sola bondad preveniente, y no a nuestros esfuerzos personales, debemos los inmensos beneficios que ya hemos recibido y los que esperamos recibir aún acá en la tierra y por toda la eternidad en el cielo.

En Él también vosotros, que escuchasteis la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído.

San Pablo se dirige ahora a todos los *cristianos convertidos* del paganismo, o sea, a los que escucharon la palabra de la verdad brotada de los labios de Cristo y predicada a los gentiles por los

apóstoles, esto es, el Evangelio de nuestra salvación, y lo aceptaron por la fe.

Fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, que es prenda de nuestra herencia.

Entre los beneficios concedidos a los gentiles, San Pablo señala en primer lugar el don del Espíritu Santo. En efecto, la efusión del Espíritu Santo sobre los paganos es la prueba de su vocación divina; éste es el argumento al que recurre San Pedro para introducir a los gentiles en la Iglesia (y el que esgrime San Pablo contra los gálatas, aferrados a las tradiciones mosaicas. Es el Espíritu prometido por los profetas como prerrogativa de los tiempos mesiánicos y que el mismo Cristo prometió enviar en su sermón de la cena.

El Espíritu Santo es como un sello impreso en nuestras almas. El sello sirve para testificar el derecho de propiedad, para autenticar la naturaleza de un objeto o el valor de un acto. Así el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones y manifestándose al exterior por la actividad maravillosa de sus múltiples dones, testifica que somos verdaderos hijos de Dios y que Dios nos reconoce por suyos: *"Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios.*

No se trata únicamente de las manifestaciones extraordinarias y transitorias del Espíritu Santo (gracias gratis dadas), sino de su presencia y acción permanentes, de las que experimenta el cristiano su fuerza íntima

El Espíritu Santo es considerado también como prenda o arras de nuestra herencia eterna, porque *la vida espiritual del cristiano, por el Espíritu Santo que habita en nuestros corazones, constituye una participación y un pregusto de la vida bienaventurada del cielo*, sobre todo cuando la acción del divino Espíritu se hace sentir fuertemente a través de sus preciosísimos dones, que introducen al alma en las embriagueces del estado místico. Entonces es cuando el alma experimenta aquella «mano blanda» y "toque delicado" de que habla San Juan de la Cruz y que "a vida eterna sabe".

Esta imagen—el Espíritu Santo, prenda de nuestra herencia— encierra muchas y grandes lecciones. He aquí las principales:

a) Identidad profunda de naturaleza entre la caridad que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones acá en la tierra y la del cielo.

b) <u>Sublimidad de los bienes futuros</u>, ya que los dones actuales del Espíritu no son más que un anticipo y pregusto de aquéllos. *"Si la prenda es tan grande, ¡cuál será la posesión!"* (San Jerónimo).

c) <u>Certeza de esta posesión futura</u>, que el Espíritu Santo se compromete a darnos si nosotros no nos hacemos voluntariamente indignos.

d) Invitación implícita a <u>observar fielmente por nuestra parte las condiciones del contrato.</u>

El plan divino se desarrolla en vistas a la plena recuperación de los rescatados, para alabanza de su gloria.

a) EN VISTAS A LA PLENA RECUPERACIÓN DE LOS RESCATADOS. Algunos exegetas traducen: "Rescatando la posesión que Él se adquirió" (Nácar-Colunga).

El sentido es el mismo. Se trata del rescate o recuperación por parte de Dios de la creación entera a través de Cristo. La consecución de nuestra herencia eterna lleva a <u>la adquisición por Dios de todo lo rescatado por Cristo</u> y al triunfo pleno y consumado del mismo Cristo en el cielo.

b) PARA ALABANZA DE SU GLORIA. Por tercera vez, este estribillo triunfal evoca la finalidad última y suprema de la redención, a la cual han concurrido, cada una a su manera, las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad:

- **el Padre predestinándola,**
- **el Hijo realizándola**
- **y el Espíritu Santo aplicándola a judíos y gentiles.**

Todo se refunde, finalmente, en el esplendor de la gloria de Dios:

"Todo es vuestro: ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios". "

Ya no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos".

"Cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas".

Esta será, en definitiva, la alabanza de gloria, que constituirá eternamente en el cielo la vida de los bienaventurados.

3. Exposición teológica

El texto de San Pablo cuyo comentario exegético acabamos de hacer contiene las líneas fundamentales de nuestra predestinación adoptiva en Jesucristo directamente reveladas por Dios.

Para mayor abundamiento vamos a exponer ahora, en plan estrictamente teológico, esas mismas directrices del plan de Dios sobre nosotros *en Jesucristo y por Jesucristo*.

La vida íntima de Dios. La divina revelación nos dio a conocer lo que jamás la simple razón humana hubiera podido sospechar: *el misterio de la vida íntima de Dios.*

Dios no es "el gran solitario" que proclamaron los filósofos. A pesar de la unidad simplicísima de su esencia, hay en El tres personas perfectamente distintas entre sí.

***El Padre engendra eternamente a su Hijo, el Verbo de Dios, y de la corriente afectiva de ambos procede ese torrente de llamas conocido con el nombre de Espíritu Santo*.**

La procesión eterna de las divinas personas y la infinita complacencia que experimentan entre sí constituye el misterio de la vida íntima de Dios.

La creación. Infinitamente feliz en sí mismo, Dios no necesitaba para nada a las criaturas.

Nada absolutamente podrían añadir a su inefable y soberana felicidad. ***Pero Dios es amor, y el amor es esencialmente comunicativo, tiende a derramarse sobre los demás*****. Y al conjuro taumatúrgico de la palabra de Dios** ***brotó, del no ser,*** **la creación universal con toda su magnificencia regia y con todo su mágico esplendor.**

La vida natural. Todo el ser de las criaturas es una participación analógica del ser infinito de Dios.

Pero esta participación admite grados muy diferentes. Y así:
a) Las criaturas inanimadas (minerales) participan del ser en su última resonancia analógica, pero carecen en absoluto de vida. No hay en ellas sino un rastro, un vestigio o huella de Dios, como la huella de un caminante sobre la nieve.

b) Los vegetales participan ya de la vida, pero en forma muy precaria e imperfecta: vida vegetativa.

c) Los animales están dotados de vida sensitiva, muy superior a la de las plantas.

d) Las criaturas racionales (el hombre y el ángel), en cuanto dotadas de inteligencia, imitan y representan las perfecciones de Dios en grado muy superior a las demás criaturas. Constituyen una imagen natural de Dios y ocupan el puesto más elevado en la creación universal.

La vida sobrenatural. ***Libérrimamente*****, sin que hubiese en sus criaturas más perfectas el más insignificante título de exigencia, determinó Dios comunicar a los ángeles y a los hombres la vida sobrenatural, esto es,** ***una participación física y formal de su propia naturaleza divina*****.**

Es la gracia santificante que establece entre Dios y la criatura que la recibe una verdadera relación de paternidad y filiación, no natural —como es obvio—, pero sí muy real y verdadera en el orden adoptivo. El ángel y el hombre se convirtieron por la gracia en hijos de Dios y en imágenes sobrenaturales del mismo.

La prueba y la caída. Para otorgarles, por decirlo así, en propiedad perpetua e inamisible el tesoro de la

gracia santificante con todo cuanto ella supone, lleva consigo y exige—incluso la gloria eterna—, Dios sometió a una prueba, tanto a los ángeles como a los hombres. No sabemos en qué consistió la prueba de los ángeles, pero sí que muchos de ellos la superaron felizmente, permaneciendo fieles a Dios, y al instante fueron confirmados en gracia y admitidos para siempre a la visión beatífica. Son, sencillamente, los ángeles, uno de los cuales permanece continuamente a nuestro lado como custodio de nuestra alma.

Otros muchos se rebelaron contra Dios, y al instante fueron convertidos en demonios y arrojados al infierno para siempre, sin esperanza de redención.

**La prueba a que fue sometido el hombre consta con todo detalle en las primeras páginas de la Biblia. El primer hombre, complaciendo a la primera mujer, que había sido previamente seducida por el enemigo infernal, quebrantó el precepto de Dios y perdió instantáneamente, para sí y para todos sus descendientes, el estado de justicia original con todos los privilegios preternaturales—integridad, impasibilidad e inmortalidad—
y todos los dones sobrenaturales, infinitamente superiores: la gracia santificante, las virtudes y dones del Espíritu Santo y la inhabitación amorosa**

de la Santísima Trinidad en lo más íntimo de su alma.

Magnitud de la catástrofe. ***La inteligencia humana apenas puede vislumbrar la magnitud inconmensurable de la catástrofe que para todo el género humano representó el pecado original de nuestros primeros padres,***
Su aspecto más terrible, con relación a nosotros, es el de su absoluta irreparabilidad.

Si Dios exigía una reparación proporcionada a la culpa, el género humano estaba irremisiblemente perdido para siempre, debido a la distancia infinita que hay de nosotros a Dios.

El abate Grimaud expresa con una parábola sugestiva esta *irremediabilidad* de la culpa original : *"Supongamos—dice—que una familia posee un magnífico jarrón de porcelana de Sévres, verdadera maravilla de la mejor época, cuyo valor es inestimable. Este objeto precioso ocupa un lugar de preferencia en el salón principal y constituye la admiración de todos. El padre de familia, prudentemente, prohíbe a su hijo tocar este jarrón, fortuna de la casa. Y hasta le hace saber que, si desobedece, será gravemente castigada su curiosidad. El aturdido joven desoye las órdenes de*

su padre. Queriendo contemplar de cerca esta obra maestra y hacerla admirar por sus amigos, la toma, la mira, le da vuelta entre sus manos, hasta que, ¡oh desgracia!, hace un movimiento en falso y la deja caer. Choca bruscamente el jarrón contra el suelo y se quiebra en mil pedazos. Corre el padre al oír el ruido. Contempla, aterrado, este irreparable desastre. Pues, si bien la rotura fue rápida y fácil, es imposible la compostura. ¿Quién podría, en efecto, unir estos informes restos y volver el jarrón a su esplendor? El airado padre reprende a su hijo. Y le castiga. Pero su justa cólera no suelda los pedazos. Y como conclusión dice a sus servidores: "Barred esos restos y echadlos a la basura…"

El lector habrá adivinado sin esfuerzo la escena trágica del paraíso. La catástrofe del pecado original no tenía remedio posible por parte del hombre que la había ocasionado.

<u>Plan divino de la restauración</u>. Pero *"lo que es imposible a los hombres, es posible para Dios"*

Escuchemos de nuevo al abate Grimaud explicando bellísimamente cómo restauró Dios el jarrón roto:

"Era la humanidad ese precioso jarrón confiado a Adán, quien, como nos enseña la Escritura, era el responsable.

Nosotros, que somos muy cortos de entendederas, consideramos a una familia como constituyendo un solo bloque: si el padre queda deshonrado, la esposa y los hijos lo son igualmente con él. Dios, que ve el conjunto, miraba al género humano como un ser único, cuyo jefe, Adán, disponía de su suerte. Nuestro primer padre, por su desobediencia, deja caer su maravilloso depósito, el cual se quiebra.

"La naturaleza única **—dice San Máximo, confesor—** ***fue rota en mil pedazos*****".**
Y San Pablo: ***"Por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores»".***

En lo sucesivo, todo hombre que venga a este mundo, sólo será un pedazo roto. ¿Qué podía hacer Dios ante esta catástrofe? A semejanza del padre de familia, habría podido decir*: "Barred y echad a la basura"*. Era la perdición eterna. Dios no habló de esta manera. Él, el artista infinito, que podía restaurar la obra de arte, de lo cual era incapaz el padre de familia, dijo por el contrario: ***"Yo volveré a juntar los pedazos rotos"*****. Y agrega:** ***"Volveré a hacer un jarrón más bello que el primero, una humanidad***

no menos perfecta que la del paraíso terrenal, pues estos pedazos informes los uniré a mi Hijo, el Verbo, el cual, haciéndose carne, será el jefe de la humanidad. Se incorporarán a Él y formarán en El un conjunto. **Nos parece que la frase estaría mejor construida en la siguiente forma: *"A pesar de que nosotros somos muy cortos de entendimiento...». Un jarrón espléndido, una obra de arte divina*".**

Así es, nos dice San Pablo, *"que por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos".* El Cuerpo místico estaba decretado. Adorable proyecto que quedó hasta la venida de Cristo, el secreto de Dios".

El porqué de la cruz. La encarnación del Verbo, sin más, hubiera sido remedio suficiente y sobreabundante para la redención del género humano . Una sola palabra de Cristo, una simple sonrisa de sus labios divinos era suficiente para redimir millones de mundos, en razón del valor infinito de cualquiera de los actos del hombre-Dios. Y, sin embargo, de hecho no fue así.

***No sin altísimo designio de su infinita sabiduría, decretó Dios que la redención del género humano se realizara precisamente en la cruz y no sin ella*. Lo dice expresamente San Pablo bajo la directa**

inspiración del Espíritu Santo: *“Plugo al Padre que en Cristo habitase toda la plenitud y reconciliar por Él todas las cosas consigo, así las de la tierra como las del cielo, restableciendo la paz por medio de la sangre que derramó en la cruz”.*

La razón humana queda aturdida ante semejante designio de Dios. Imposible dar una explicación satisfactoria de lo que trasciende infinitamente la pobre inteligencia del hombre . Sin embargo, los teólogos se han esforzado en señalar algunas razones, aunque reconociendo, por otra parte, la profundidad insondable del misterio. Escuchemos de nuevo al abate Grimaud} :

“He aquí, pues, el tenor del maravilloso designio de amor concebido en un eterno entendimiento entre el Hijo y el Padre. El Verbo se hará hombre y le dirá Dios: “A fin de que Yo recoja en Ti los despojos de la humanidad y que por ti los restaure, yo quiero que sufras las penas y las humillaciones de la naturaleza humana, y que me pidas el perdón de tus miembros expiando por ellos sobre la cruz. Entonces firmaré la paz”.

Se puede uno admirar de que Dios se haya decidido a un plan tan riguroso. ¿Por qué esos sufrimientos, esa sangre, esa muerte?

Al pedir a su Hijo encarnado ese sacrificio, Dios tenía a la vista, en primer lugar, su propia glorificación ante el mundo creado. Cristo era la **criatura más perfecta posible, y, como jefe de la humanidad, nos contenía a todos en Él, siendo con sus miembros el Hombre único, la total naturaleza humana. Al anonadarse en presencia de la divinidad demostraba que Dios es el único ser capaz de subsistir, que toda otra existencia debe inclinarse ante la suya, que nadie puede compararse a Él, que en definitiva no hay otro Dios.** ***Quería Dios obtener luego del mundo culpable una expiación justa y completa. Se requería que el pecado fuera castigado en la humanidad*****: en primer término en su cabeza, inocente por cierto, pero solidaria del error de sus miembros, de la misma manera que el cráneo puede resultar quebrantado a consecuencia de la torpeza del pie; luego, en sus miembros, los cuales, por sus sufrimientos, continuarán hasta el fin del mundo la pasión de Cristo.** ***Dios quería, finalmente, que esta sangre de la cruz fuera una perpetua y evidente, algo que impresionara fuertemente los ojos, la imagi nación, los corazones y principalmente la voluntad, en perpetua memoria*****, ya que Dios conocía la ligereza de la cabeza humana, olvidadiza en extremo.**

Tales son los motivos que nosotros podemos percibir de la voluntad del Padre sobre su Hijo. *Existen muchos otros, que escapan a nuestra capacidad* de pequeños seres limitados, pues son insondables los designios de Dios e incomprensibles sus caminos".

Cristo y el cristiano, una sola cosa. Todavía hay que avanzar un paso más para acabar de perfilar, en sus líneas generales, el maravilloso plan divino de nuestra predestinación en Cristo.

***¿Cómo es posible, en efecto, que Dios amara tanto al mundo* que, para salvarle, no vacilara en entregar a la muerte al Hijo muy amado, en el que tenía puestas todas sus complacencias?**

¿No parece que hay aquí una incomprensible y hasta monstruosa inversión de los términos, *entregando al inocente por el culpable, al Hijo natural por el esclavo rebelde y obstinado*?

"¿Cómo pensar—escribe todavía el abate Grimaud—que este Hijo muy querido, objeto de tal amor, pudo ser dado al mundo, es decir, entregado a una humanidad rota y sólo merecedora de ser barrida y arrojada a la basura?

Ante esta dificultad, aparentemente insuperable, Dios se sirvió darle una solución que sólo El podía inventar: *la humanidad y el Hijo serían una sola cosa* en el Cuerpo místico, del cual Cristo sería Jefe y Cabeza, y nosotros miembros. Habría ante Él, participando de su vida divina, un solo viviente, su Hijo Jesucristo, Cristo total, naturaleza humana regenerada.

A la humanidad, incorporada a Cristo, el Padre entregaba, de repente, el mismo amor que a su Hijo, pues los padres aman de igual manera en sus hijos su cabeza y sus miembros.

He aquí cómo el Padre ha podido dar al mundo su Hijo unigénito. *Dios ya no amaría de un lado a los hombres y del otro a su Hijo, sino que abrazaría en un único amor a la Cabeza y a los miembros*:

Habiéndonos —dice San Pablo— predestinado para ser hijos suyos adoptivos,.., nos hizo gratos en su querido Hijo. *El incomparable amor que Dios Padre ha manifestado al mundo caído no tiene, por consiguiente, otra explicación que el Cuerpo místico.*

Dios tiene un solo objeto de su amor, su Hijo. No puede tener a ningún otro, pues nada, fuera de su Hijo eterno igual a El, es capaz de atraer sus miradas

y su terneza. Por eso jamás amará a otro personaje que no sea "su Hijo muy querido", ese Hijo al cual la voz del Padre da este testimonio en el instante en que es bautizado por San Juan en el río Jordán: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta mi complacencia. Ahora bien: este Hijo somos nosotros con Él y Él con nosotros. "Habiéndonos Dios predestinado para ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo", hemos llegado a ser sus miembros, sus verdaderos miembros. Somos, con Él, el objeto de las complacencias del Padre celestial, quien, por este esfuerzo divino de nuestra incorporación a Cristo, "nos hizo gratos a su vista en su querido Hijo". A tal punto agradables, que nuestro Señor dice esta frase sorprendente, tan dulce a nuestros oídos: "Padre, los has amado a ellos como me amaste a mí El Padre ya no hace distinción, en su amor, de los miembros, de la cabeza, de las partes agregadas, de la persona. Como dice San Agustín: "Hemos llegado a ser Cristo".

La esencia de la vida cristiana. Ahora se comprende ya sin esfuerzo en qué consistirá la esencia misma de la vida cristiana.

El cristiano, fuera de Cristo, es un ser irreal, un ser "inexistente", valga la paradoja. *Todo cuanto pueda hacer o intentar desligado de Cristo no tiene valor*

***alguno ante Dios*. Sus prácticas de piedad, su oración, sus sacrificios y sufrimientos, etc., etc., tendrán valor santificador en la medida de su incorporación a Cristo y no más.**

Su misma vida trinitaria—punto de vista culminante, superior en teoría a todos los demás —no tendría valor alguno sin Cristo, puesto que es Él el único camino para ir al Padre, y el Padre nos ama únicamente "porque amamos a Cristo y hemos creído que ha salido de Dios", absolutamente por nada más.
***A Dios no le interesan nuestros servicios sino a través de Cristo, ni acepta nuestras peticiones si no las formulamos en su nombre*.**

Sin Cristo estamos completamente muertos, como el sarmiento separado de la vid. En una palabra: sin Cristo no somos nada ni podemos hacer absolutamente nada: "Sin mí no podéis hacer nada".

- Pues si esto es así—como nos lo garantiza infaliblemente la divina revelación—, la esencia de la vida cristiana consistirá en nuestra incorporación a Cristo; y el progreso y desarrollo de la misma, o sea, el proceso de nuestra santificación, consistirá esencialmente en ir incrementando sin cesar esta

incorporación a Cristo hasta poder decir con el Apóstol:
"Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí".

Este es el punto central, el fundamento básico,
la clave auténtica,
la quintaesencia misma de la vida cristiana.

Son legión, por desgracia, las almas buenas y piadosas que no lo han comprendido así. Se dispersan y distraen en multitud de pequeños detalles que les hacen perder de vista el grandioso plan de Dios sobre nosotros, sus pobres criaturas.

San Pablo se desvivía por anunciar a todos el gran *"misterio de Cristo"*, las "insondables riquezas de Cristo", "en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia , que superabundantemente derramó sobre nosotros".
Lloraba el Apóstol al ver la desorientación de los hombres, *"enemigos de la cruz de Cristo",* y buscando apagar su sed "en cisternas rotas, que no pueden contener las aguas", sin caer en la cuenta de que *"Cristo lo es todo en todos"* y de que en Él se sentirían del todo llenos y saciados *«con la plenitud misma de Dios".*

Si quisiéramos ahora plasmar en *fórmulas breves y estereotipadas* lo que constituye la esencia misma de la vida cristiana, propondríamos estas tres, que expresan en forma distinta una sola y misma realidad:

a) Ser otro Cristo o, si se quiere, Cristo otra vez.

b) Ser por gracia lo que Cristo es por naturaleza.

c)Ser para Cristo "una nueva humanidad sobreañadida en la cual renueve todo su misterio" (Sor Isabel de la Trinidad).

Con esto terminamos esta primera fase,
y entramos en una nueva etapa que titularemos:

LA ENCARNACIÓN DE LO DIVINO EN EL CRISTIANO

Vamos, en los siguientes artículos —como advertíamos en la introducción a esta segunda parte de nuestra obra—, a recorrer por segunda vez las grandes líneas teológicas del tratado del Verbo encarnado para aplicarlas analógicamente al cristiano, que tiene que reproducir a Cristo en su ser y en su obrar, o sea, en el hecho mismo de la

encarnación y en los misterios de la vida del hombre-Dios sobre la tierra

LIBRO I
La encarnación de lo divino en el cristiano

Al comenzar la exposición del tratado teológico del Verbo encarnado estudiábamos en primer lugar, según el orden lógico de las ideas, la encarnación en sí misma y en sus principales consecuencias.

Otro tanto hemos de hacer en esta segunda parte de nuestra obra con relación al cristiano si queremos establecer el paralelismo analógico entre él y su divino Jefe.

Pero inmediatamente surge la pregunta inevitable: ¿Es posible hablar de una encarnación de Dios en el cristiano?
¿No es, acaso, una verdad de fe que la unión hipostática de la naturaleza humana con la divina es propia y exclusiva de Jesucristo?
¿No rebasaremos al emplear este lenguaje, no ya sólo los límites de la exactitud y de la verdad, sino incluso los de la misma ortodoxia cristiana?

Nos preguntábamos: **"¿Es posible hablar de una encarnación de Dios en el cristiano?"**

Si habláramos de una encarnación en sentido unívoco e hipostático, claro está que sí: sería una verdadera herejía. Pero si empleamos esa expresión en sentido puramente análogo, estableciendo las diferencias inmensas que separan la unión hipostática natural de la unión adoptiva establecida en el cristiano por la gracia, todo vuelve a sus legítimos cauces y nada absolutamente se dice contra la ortodoxia y la verdad.

Esta manera de hablar tiene, por otra parte, la ventaja de permitirnos expresar del modo menos imperfecto posible las realidades inefables de la vida cristiana. ***El mismo San Pablo tropezó con la incapacidad radical del lenguaje humano para expresar adecuadamente las maravillas de nuestra incorporación a Cristo por la gracia.***

Trasladamos aquí lo que hemos escrito en otra parte: ***San Pablo no hallaba en el lenguaje humano palabras justas para expresar esta realidad inefable de la incorporación del cristiano a su divina Vid.***

La vida, la muerte, la resurrección del cristiano: todo ha de estar unido íntimamente a Cristo. Y, ante la

imposibilidad de expresar estas realidades con las palabras humanas en uso, *creó esas expresiones enteramente nuevas, desconocidas hasta él, que no debían tampoco acabarle de llenar*: "Hemos muerto juntamente con Cristo": commortui, y con Él hemos sido sepultados: consepulti, y con Él hemos resucitado: conresuscitati, y hemos sido vivificados y plantados en El: convivificavit nos in Christo, et complantati, para que vivamos con El: et convivemus, a fin de reinar juntamente con El eternamente: et consedere fecit in caelestibus in Christo Iesu

Nota: En gracia a los no iniciados en filosofía, vamos a explicar el concepto de unívoco y de análogo.

UNÍVOCO *Cuando una realidad cualquiera es participada por muchos individuos del mismo e idéntico modo*, *tenemos una participación unívoca (v.gr., la humanidad se dice o predica de todos los hombres del mundo en el mismo e idéntico sentido: todos son igualmente hombres).*

ANÁLOGO *Si, por el contrario, **aquella realidad se predica de varios sujetos de modo diferente o proporcional,** tenemos una participación análoga (v.gr., el ser se predica de Dios, del ángel, del hombre, de los animales, plantas y piedras—todos son seres—, pero de modo muy diferente y en grados muy diversos).*

Las diferencias que separan a los seres análogos son más grandes que las coincidencias que los unen. Es lo que expresa la fórmula técnica: son simpliciter distintos, y sólo secundum quid idénticos.

Si esto le ocurrió a San Pablo, que tenía su alma iluminada por los resplandores de la divina inspiración, nada tiene de extraño que lo hayan experimentado también, con mayor angustia todavía, los grandes místicos experimentales que han acertado a vivir con intensidad el gran misterio de Cristo en nuestras almas.

Véase, por ejemplo, el esfuerzo sobrehumano de sor Isabel de la Trinidad para expresar en su sublime plegaria estas realidades inefables: *"¡Oh, mi Cristo amado, crucificado por amor! Quisiera ser una esposa para vuestro corazón, quisiera cubriros de gloria, quisiera amaros hasta morir de amor. Pero siento mi impotencia y os pido que me revistáis de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, que me sumerjáis, que me invadáis, que os substituyáis en mí para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra vida...»*

Y un poco más abajo, dirigiéndose al Espíritu Santo, añade todavía en un rasgo de increíble audacia: *"¡Oh, Fuego consumidor, Espíritu de amor! Venid a mí, a fin*

de que se haga en mi alma como una encarnación del Verbo; que yo sea para Él una humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio".

Es preciso reconocer la impotencia del lenguaje humano para expresar estas realidades divinas y hemos de resignarnos, por tanto, a explicarlas del modo menos imperfecto que tengamos a nuestro alcance, a sabiendas de quedar muy por debajo de la divina e inefable realidad.

Dividiremos este primer libro, que hemos titulado La encarnación de lo divino en el cristiano, en los siguientes capítulos:

1º. La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma justa.

2º. La gracia santificante y la filiación adoptiva del cristiano.

3º. La vida divina del cristiano.

CAPITULO I

La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma justa

El primero y más elevado aspecto de esa especie de encarnación o inserción de lo divino en el alma justificada lo constituye, sin duda alguna, el hecho inefable de la inhabitación de la Santísima Trinidad en lo más íntimo y profundo de la misma.

Vamos a exponer su existencia, naturaleza, finalidad y modo de vivir este inefable misterio en vistas a nuestra propia santificación.

1 Existencia.

El hecho de la divina inhabitación es una verdad de fe. Consta clara, expresa y repetidamente en la Sagrada Escritura. He aquí los principales textos:

"Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos nuestra morada"
"¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros".
"¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?".

“Pues vosotros sois templos de Dios vivo”.
“Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo, que mora en nosotros”.
“Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios, y Dios en él”.

No cabe, pues, la menor duda acerca de la existencia de la inhabitación trinitaria en el alma justificada. En los textos de San Pablo se atribuye esa inhabitación al Espíritu Santo, *no porque en realidad exista una presencia especial del Espíritu Santo que no sea común al Padre y al Hijo*, sino por una muy conveniente apropiación, ya que la inhabitación trinitaria es la gran obra del amor de Dios al hombre y es el Espíritu Santo el Amor personal en el seno de la Trinidad Santísima.

Vamos a prescindir en absoluto de las diversas teorías que han formulado los teólogos para explicar la naturaleza íntima de la inhabitación trinitaria, o sea, el modo misterioso con que se realiza en nuestras almas.

Nos limitamos a señalar en qué se distingue la presencia de inhabitación de las otras presencias de Dios que señala la teología.

Pueden distinguirse, en efecto, hasta cinco presencias de Dios completamente distintas:

1. **PRESENCIA PERSONAL E HIPOSTÁTICA.**

   Es la propia y exclusiva de Jesucristo-Hombre. En Él la persona divina del Verbo no reside como en un templo, sino que constituye su propia personalidad aun en cuanto hombre . En virtud de la unión hipostática, *Cristo-Hombre es una persona divina, de ningún modo una persona humana.*

2. **PRESENCIA EUCARÍSTICA. En la Eucaristía está presente Dios de una manera especial que solamente se da en ella. Es el ubi eucarístico, que, aunque de una manera directa e inmediata afecta únicamente al cuerpo de Cristo, afecta también indirectamente a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad:**
   al Verbo, por su unión personal con la humanidad de Cristo,
   y al Padre y al Espíritu Santo, por la presencia mutua de las tres divinas personas entre sí, que las hace absolutamente inseparables.

3. **PRESENCIA DE VISIÓN. Dios está presente en todas partes —como veremos en seguida—, pero no en todas se deja ver. La visión beatífica en el cielo puede considerarse como una presencia especial de Dios distinta de las demás. En el cielo está Dios dejándose ver.**

4. PRESENCIA DE INMENSIDAD. Uno de los atributos de Dios es su inmensidad, en virtud de la cual Dios está realmente presente en todas partes, sin que pueda existir criatura o lugar alguno donde no se encuentre Dios. Y esto por tres capítulos:

a) POR ESENCIA, en cuanto que Dios está dando el ser a todo cuanto existe sin descansar un instante, de manera parecida a como la fábrica de electricidad está enviando sin cesar el fluido eléctrico que mantiene encendida la bombilla. Si Dios suspendiera un solo instante su acción conserva dora sobre cualquier ser, desaparecería ipso fado ese ser en la nada, como la lámpara eléctrica se apaga instantáneamente cuando le cortamos la corriente. En este sentido, Dios está presente incluso en un alma en pecado mortal y en el mismísimo demonio, que no podrían existir sin esa presencia divina.

b) POR PRESENCIA, en cuanto que Dios tiene continuamente ante sus todos los seres creados, sin que ninguno de ellos pueda substraerse un solo instante a su mirada divina.

c) POR POTENCIA, en cuanto que Dios tiene sometidas a su poder todas las criaturas. Con una sola palabra las creó y con una sola podría aniquilarlas.

5. PRESENCIA DE INHABITACIÓN. Es la presencia especial que establece Dios, uno y trino, en el alma justificada por la gracia.

¿En qué se distingue esta presencia de inhabitación de la presencia general de inmensidad? **Ante todo hay que decir que la presencia especial de inhabitación supone y pre-exige la presencia general de inmensidad, sin la cual no sería posible. Pero añade a esta presencia general dos cosas fundamentales, a saber: la paternidad y la amistad divinas, *la primera fundada en la gracia santificante, y la segunda en la caridad*.**

Vamos a explicar un poco estas realidades inefables:

a) LA PATERNIDAD. Propiamente hablando, no puede decirse que Dios sea Padre de las criaturas en el orden puramente natural.

Es verdad que todas han salido de sus manos creadoras, pero este hecho constituye a Dios Autor o Creador de todas ellas, pero de ningún modo le hace Padre de éstas. El artista que esculpe una estatua en un trozo de madera o de mármol es el autor de la estatua, pero de ningún modo su padre. Para ser padre es preciso transmitir la propia vida, esto es, *la propia naturaleza específica*, a otro ser viviente de la

misma especie. Por eso, si Dios quería ser nuestro Padre, además de nuestro Creador, era preciso que nos transmitiese su propia naturaleza divina en toda su plenitud—y *éste es el caso de Jesucristo, Hijo de Dios por naturaleza*—o, al menos, una participación real y verdadera de la misma, y éste es el caso del alma justificada. En virtud de la gracia santificante, que nos da una participación misteriosa, pero muy real y verdadera, de la misma naturaleza divina (cf. 2 Petr 1,4), el alma justificada se hace verdaderamente hija de Dios por una adopción intrínseca muy superior a las adopciones humanas, puramente jurídicas y extrínsecas. Y desde ese momento, Dios, que ya residía en el alma por su presencia general de inmensidad, comienza a estar en ella como Padre y a mirarla como verdadera hija suya. *Este es el primer aspecto de la presencia de inhabitación, incomparablemente superior, como se ve, a la simple presencia de inmensidad*.

La presencia de inmensidad es común a todo cuanto existe (incluso a las piedras y a los mismos demonios). La de inhabitación, en cambio, es propia y exclusiva de los hijos de Dios. Supone siempre la gracia santificante y, por lo mismo, no podría darse sin ella.

*b)***LA AMISTAD. Pero la gracia santificante no va nunca sola. Lleva consigo el maravilloso cortejo de las virtudes infusas, entre las que destaca, como la más importante y principal, la caridad sobrenatural. Como explicaremos en su lugar, la caridad establece una verdadera y mutua amistad entre Dios y los hombres: es su esencia misma. Por eso al infundirse en el alma, juntamente con la gracia santificante, la caridad sobrenatural, Dios comienza a estar en ella de una manera enteramente nueva: ya no está simplemente como autor, sino también como verdadero amigo. He ahí el segundo entrañable aspecto de la divina inhabitación. *Presencia íntima de Dios, uno y trino, como Padre y como Amigo.* Este es el hecho colosal, que constituye la esencia misma de *la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma justificada por la gracia y la caridad.***

3. Finalidad.

La inhabitación trinitaria en nuestras almas tiene una finalidad altísima, como no podía menos de ser así.

Es el gran don de Dios, el primero y el mayor de todos los dones posibles, puesto que nos da la

posesión real y verdadera del mismo Ser infinito de Dios.
La misma gracia santificante, con ser un don de valor inapreciable, vale infinitamente menos que la divina inhabitación. Esta última recibe en teología el nombre de gracia increada, a diferencia de la gracia habitual o santificante, que se designa con el de gracia creada. Hay un abismo entre una criatura—por muy perfecta que sea—y el mismo Creador. La inhabitación equivale en el cristiano a la unión hipostática en la persona de Cristo, aunque no sea ella, sino la gracia habitual, la que nos constituye formalmente hijos adoptivos de Dios.
La gracia santificante penetra y empapa formalmente nuestra alma divinizándola.
Pero la divina inhabitación es como la encarnación o inserción en nuestras almas de lo absolutamente divino: del mismo ser de Dios, tal como es en sí mismo, uno en esencia y trino en personas.

Dos son las principales finalidades de la divina inhabitación en nuestras almas. Vamos a exponerlas en otras tantas conclusiones.

Conclusión 1a **La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas para hacernos participantes de su vida íntima divina y transformarnos en Dios.**

La vida íntima de Dios consiste, como ya dijimos, en la procesión de las divinas personas —el Verbo, del Padre por vía de generación intelectual; y el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo por vía de procedencia afectiva— y en la infinita complacencia que en ello experimentan las divinas personas entre sí. Ahora bien: por increíble que parezca esta afirmación, la inhabitación trinitaria en nuestras almas tiende, como meta suprema, a hacernos participantes del misterio de la vida íntima divina, asociándonos a él y transformándonos en Dios, en la medida en que es posible a una simple criatura.

Escuchemos a San Juan de la Cruz —Doctor de la Iglesia universal—explicando esta increíble mara – villa:

"Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que le dará allí en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo, que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo.

***Porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado*.**

Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que *Dios la transforma en Sí*, le es a ella de tan subido y delicado y profundo deleite, que no hay que

decirlo por lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello… Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, *que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado*. Porque dado que *Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación*, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella *como la misma Trinidad*? Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma; porque *esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios*, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza…

"¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos". San Juan de la Cruz.

Realmente el apóstrofe final del sublime místico fontivereño está plenamente justificado. Ante la perspectiva soberana de nuestra total transformación en Dios, el cristiano debería despreciar radicalmente todas las miserias de la tierra y dedicarse con ardor incontenible a intensificar cada vez más su vida trinitaria hasta remontarse poco a poco a las más altas cumbre s de la unión mística con Dios. Es lo que sor Isabel de la Trinidad pedía sin cesar a sus divinos huéspedes: *"Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Vos, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de vuestro misterio"*.

No se vaya a pensar, sin embargo, que esa total transformación en Dios de que hablan los místicos experimentales como coronamiento supremo de la inhabitación trinitaria tiene un sentido panteísta de absorción de la propia personalidad en el torrente de la vida divina. Nada más lejos de esto. La unión panteísta no es propiamente unión, sino negación absoluta de la unión, puesto que un o de los dos términos —la criatura— desaparece al ser absorbido por Dios.

La unión mística no es esto. El alma transformada en Dios no pierde jamás su propia personalidad creada.

Santo Tomás pone el ejemplo, extraordinariamente gráfico y expresivo, del hierro candente, que, sin perder su propia naturaleza de hierro, adquiere las propiedades del fuego y se hace fuego por participación.

Comentando esta divina transformación a base de la imagen del hierro candente, escribe con acierto el Padre Ramiére:

"Es verdad que en el hierro abrasado está la semejanza del fuego, mas no es tal que el más hábil pintor pueda reproducirla sirviéndose de los más vivos colores; ella no puede resultar sino de la presencia y acción del mismo fuego. La presencia del fuego y la combustión del hierro son dos cosas distintas; pues ésta es una manera de ser del hierro, y aquélla una relación de éste con una substancia extraña. Pero las dos cosas, por distintas que sean, son inseparables una de otra; el fuego no puede estar unido al hierro sin abrasarle, y la combustión del hierro no puede resultar sino de su unión con el fuego.

Así el alma justa posee en sí misma una santidad distinta del Espíritu Santo; mas ella es inseparable de la presencia del Espíritu Santo en esa alma, y, por tanto, es infinitamente superior a la más elevada santidad que pudiera alcanzar un alma en la que no

morase el Espíritu Santo. Esta última alma no podría ser divinizada sino moralmente, por la semejanza de sus disposiciones con las de Dios; el cristiano, por el contrario, es divinizado físicamente, y, en cierto sentido, substancialmente, puesto que, sin convertirse en una misma substancia y en una misma persona con Dios, posee en sí la substancia de Dios y recibe la comunicación de su vida".

Conclusión 2ª La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas

para darnos la plena posesión de Dios

y el goce fruitivo de las divinas personas.

Dos cosas se contienen en esta conclusión, que vamos a examinar por separado:

a) PARA DARNOS LA PLENA POSESIÓN DE DIOS . Decíamos al hablar de la presencia divina de inmensidad que, en virtud de ésta, Dios estaba íntimamente presente en todas las cosas —incluso en los mismos demonios del infierno— *por esencia, presencia y potencia.*

Y, sin embargo, *un ser que no tenga con Dios otro contacto que el que proviene únicamente de esta presencia de inmensidad*, propiamente hablando

no posee a Dios, **puesto que este tesoro infinito no le pertenece en modo alguno.**

Escuchemos de nuevo al P. Ramiére:

"Podemos imaginarnos a un hombre pobrísimo junto a un inmenso tesoro, sin que por estar próximo a él se haga rico, pues lo que hace la riqueza no es la proximidad, sino la posesión del oro. Tal es la diferencia entre el alma justa y el alma del pecador.

El pecador, el condenado mismo, tienen a su lado y en sí mismos el bien infinito, y, sin embargo, permanecen en su indigencia, porque este tesoro no les pertenece; al paso que el cristiano en estado de gracia tiene en sí el Espíritu Santo, y con Él la plenitud de las gracias celestiales como un tesoro que le pertenece en propiedad *y del cual puede usar cuando y como le pareciere.*

¡Qué grande es la felicidad del cristiano! ¡Qué verdad, bien entendida por nuestro entendimiento, para ensanchar nuestro corazón! ¡Qué influjo en nuestra vida entera si la tuviéramos constantemente ante los ojos! La persuasión que tenemos de la presencia real del cuerpo de Jesucristo en el copón nos inspira el más profundo horror a la profanación de ese vaso de metal. ¡Qué horror tendríamos

también a la menor profanación de nuestro cuerpo si no perdiéramos de vista este dogma de fe, tan cierto como el primero, a saber, la presencia real en nosotros del Espíritu de Jesucristo! ¿Es, por ventura, el divino Espíritu menos santo que la carne sagrada del Hombre-Dios*? ¿O pensamos que da Él a la santidad de esos vasos de oro y templos materiales más importancia que a la de sus templos vivos y tabernáculos espirituales?*".

Nada, en efecto, debería llenar de tanto horror al cristiano como la posibilidad de perder este tesoro divino por el pecado mortal.

***Las mayores calamidades y desgracias que podamos imaginar en el plano puramente human o/y temporal*—enfermedades, calumnias, pérdida de todos los bienes materiales, muerte de los seres queridos, etc., etc. —son cosa de juguete y de risa comparadas con la terrible catástrofe que representa para el alma un solo pecado mortal. Aquí la pérdida es absoluta y rigurosamente infinita.**

b) PARA DARNOS EL GOCE FRUITIVO DE LAS DIVINAS PERSONAS.

Por más que asombre leerlo, es ésta una de las finalidades más entrañables de la divina inhabitación

en nuestras almas. El príncipe de la teología católica, Santo Tomás de Aquino, escribió en su Suma Teológica estas sorprendentes palabras:

"No se dice que poseamos sino aquello de que libremente podemos usar y disfrutar. Ahora bien, sólo por la gracia santificante tenemos la potestad de *disfrutar de la persona divina* («potestatém fruendi divina persona»)».

"Por el don de la gracia santificante es perfeccionada la criatura racional, no sólo para usar libremente de aquel don creado, *sino para gozar de la misma persona divina* («ut ipsa persona divina fruatun)."

Los místicos experimentales han comprobado en la práctica la profunda realidad de estas palabras. *Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, sor Isabel de la Trinidad* y otros muchos hablan de experiencias trinitarias inefables. Sus descripciones desconciertan, a veces, a los teólogos especulativos, demasiado aficionados, quizá, a medir las grandezas de Dios con la cortedad de la pobre razón humana, aun iluminada por la fe.

Escuchemos algunos testimonios explícitos de los místicos experimentales:

SANTA TERESA: "*Quiere ya nuestro buen Dios quitarle las escamas de los ojos y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña; y metida en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una substancia y un poder y un saber y un solo Dios.*

De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendrían Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

¡Oh, válgame Dios! ¡Cuan diferente cosa es oír estas palabras y creerlas a entender por esta manera cuan verdaderas son! Y cada día se espanta más esta

alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy muy interior, en una cosa muy honda-—que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras—siente en sí esta divina compañía.”

SAN JUAN DE LA CRUZ:
Ya hemos citado en la conclusión anterior un texto extraordinariamente expresivo de este santo. Oigámosle ponderar el deleite inefable que el alma experimenta en su sublime experiencia trinitaria:
“De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse; ni yo querría hablar de ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene…, y así sólo se puede decir, y con verdad, que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, a vida eterna sabe”.

En realidad, las discrepancias entre teólogos y místicos son más aparentes que reales. La experiencia mística, por su propia inefabilidad, no es apta para ser expresada con los pobres conceptos

humanos. De ahí que los místicos se vean constreñidos a emplear un lenguaje inadecuado que, a la luz de la simple razón natural, parece excesivo e inexacto, cuando, en realidad, se queda todavía muy por debajo de la experiencia inefable que trata de expresar.

SOR ISABEL DE LA TRINIDAD:
«He aquí cómo yo entiendo ser la "casa de Dios: viviendo en el seno de la tranquila Trinidad, en mi abismo interior, en esta fortaleza inexpugnable del santo recogimiento de que habla San Juan de la Cruz. David cantaba: "Anhela mi alma y desfallece en los atrios del Señor".
"Me parece que ésta debe ser la actitud de toda alma que se recoge en sus atrios interiores para contemplar allí a su Dios y ponerse en contacto estrechísimo con El. Se siente desfallecer en un divino desvanecimiento ante la presencia de este Amor todopoderoso, de esta majestad infinita que mora en ella. No es la vida quien la abandona, es ella quien desprecia esta vida natural y quien se retira, porque siente que no es digna de su esencia tan rica y que se va a morir y a desaparecer en su Dios."

Esta es, en toda su sublime grandeza, una de las finalidades más entrañables de la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestras almas: darnos una

experiencia inefable del gran misterio trinitario, a manera de pregusto y anticipo de la bienaventuranza eterna.

Las Personas divinas se entregan al alma para que gocemos de ellas, según la asombrosa terminología del Doctor Angélico, plenamente comprobada en la práctica por los místicos experimentales. Y aunque esta inefable experiencia constituye, sin duda alguna, el grado más elevado y sublime de la unión mística con Dios, no representa, sin embargo, un favor de tipo «extraordinario» a la manera de las gracias "gratis dadas"; entra, por el contrario, en el desarrollo normal de la gracia santificante, y todos los cristianos están llamados a estas alturas, y a ellas llegarían, efectivamente, *si fueran perfectamente fieles a la gracia y no paralizaran con sus continuas resistencias* la acción santificadora progresiva del Espíritu Santo.

Escuchemos a Santa Teresa proclamando abiertamente esta doctrina:
"Mirad que convida el Señor a todos; pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos, y aunque nos llamara, no dijera: "Yo os daré de beber" Pudiera decir: Venid todos, que, en fin, no perderéis nada; y a los que a mí me pareciere, yo los daré de

beber. Mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto que a todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará este agua viva".

Vale la pena, pues, hacer de nuestra parte todo cuanto podamos para disponernos con la gracia de Dios a gozar, aun en este mundo , de esta inefable experiencia trinitaria. Vamos a recordar los principales medios para ello.

4. Modo de vivir el misterio de la divina inhabitación

Exponiendo la espiritualidad eminentemente trinitaria de sor Isabel de la Trinidad, señala con mucho acierto el P. Philipon la manera con que vivía este misterio la célebre carmelita de Dijon.

Sus rasgos esenciales pueden reducirse a estos cuatro:
a) fe viva,
b) caridad ardiente,
c) recogimiento profundo
d) y actos fervientes de adoración.

Vamos a examinarlos brevemente uno por uno.

a) Fe viva

Escuchemos al P. Philipon:

“Para avanzar con seguridad en “esta ruta magnífica de la presencia de Dios”, la fe es el acto esencial, el único que nos da acceso al Dios vivo, pero oculto.

“Para acercarse a Dios es preciso creer”; es San Pablo quien habla así. Y añade todavía: “La fe es la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos”. Es decir que la fe nos hace de tal manera ciertos y presentes los bienes futuros que por ella cobran realidad en nuestra alma y subsisten en ella antes de que los gocemos. San Juan de la Cruz dice que ella “nos sirve de pie para ir a Dios” y que es “la posesión en estado obscuro”. Únicamente ella puede darnos luces verdaderas sobre Aquél a quien amamos, y nuestra alma debe escogerla como medio para llegar a la unión bienaventurada. Ella es ía que vierte a raudales en nuestro interior todos los bienes espirituales».

Esta fe viva nos ha de empujar incesantemente a recordar el gran misterio permanente en nuestras almas. El ejercicio de la presencia de Dios —cuya gran eficacia santificadora nos parece ocioso ponderar— cobra aquí toda su fuerza y su razón de ser.

Es preciso recordar, con la mayor frecuencia que la debilidad humana nos permita, **que "somos templos de Dios" y que "el Espíritu de Dios habita dentro de nosotros mismos". EN REALIDAD, ÉSTE DEBERÍA SER EL PENSAMIENTO ÚNICO, LA IDEA FIJA Y OBSESIONANTE DE TODA ALMA QUE ASPIRE DE VERDAD A SANTIFICARSE. ESTE ES EL PUNTO DE VISTA VERDADERAMENTE BÁSICO Y ESENCIAL. Todo lo que nos distraiga o aparte de este ejercicio fundamental representa para nosotros la disipación y el extravío de la ruta directa que conduce a Dios.**

No es preciso, para ello, sentir a Dios. La fe es enteramente suprasensible e incluso suprarracional.

En el mejor de los casos nos deja entrever a Dios en un misterioso claroscuro y, con frecuencia, no es otra cosa que un cara a cara en las tinieblas.

El alma que quiera santificarse de veras ha de prescindir en absoluto de sus sensibilidades y caminar hacia Dios, valiente y esforzada, en medio de todas las soledades y tinieblas. Así lo practicaba la carmelita de Dijon, Sor Isabel de la Trinidad,: "Soy la pequeña reclusa de Dios; y cuando entro en mi

querida celda para continuar con Él, el coloquio comenzado, una alegría divina se apodera de mí. ¡Amo tanto la soledad con sólo El! Llevo una pequeña vida de ermitaña verdaderamente deliciosa. Estoy muy lejos de sentirme exenta de impotencias; también yo tengo necesidad de buscar a mi Maestro, que se oculta muy bien. Pero entonces despierto mi fe y estoy muy contenta de no gozar de su presencia, para hacerle gozar a Él de mi amor".

Este espíritu de fe viva es el mejor procedimiento y el camino más rápido y seguro para llevarnos a una vida de ardiente amor a Dios, que vale todavía mucho más.

b Caridad Ardiente

La caridad, en efecto, es mejor y vale más que la fe.

<u>En absoluto es posible tener fe sin caridad, aunque se trataría de una fe informe, sin valor santificante alguno.</u>

La caridad, en cambio, es la reina de todas las virtudes y va unida siempre, inseparablemente, a la divina gracia y a la presencia inhabitante de Dios. La caridad nos une más íntimamente a Dios que ninguna otra virtud. Es ella *la única que tiene por*

objeto directo e inmediato al mismo Dios como fin último sobrenatural. **Y como Dios es la santidad por esencia y no hay ni puede haber otra santidad posible que la que de Él recibamos, síguese que el alma será tanto más santa cuanto más de cerca se allegue a Dios por el impulso de su caridad.**

La fórmula tan conocida: la santidad es amor, expresa una auténtica y profunda realidad. Por eso el primero y el más grande de los preceptos de Dios tenía que ser forzosamente este: *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas".*

La Sagrada Escritura y la tradición cristiana universal a través de los Padres de la Iglesia, los doctores y los santos están de acuerdo unánimemente en conceder a la caridad la primacía sobre todas las virtudes.

Ella es "la plenitud de la ley" **en frase lapidaria de San Pablo.**
San Agustín pudo escribir, sin que nadie le desmintiera, aquella frase simplificadora: *"Ama y haz lo que quieras"*.
San Bernardo decía que *"la medida del amor a Dios es amarle sin medida"*.

Y el gran teólogo de la Iglesia Santo Tomás de Aquino escribió rotundamente: *“El amor es formalmente la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo”*.

San Juan de la Cruz expresó en un pensamiento sublime la primacía del amor: *“A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar a Dios como Dios quiere ser amado y deja tu condición”.*

He aquí una breve exegesis del espléndido pensamiento:
a) A LA TARDE, esto es, al declinar el día de nuestra vida mortal.

b) TE EXAMINARÁN EN EL AMOR: la caridad constituirá la asignatura única —o, al menos, la más importante— de la que habremos de responder ante el supremo examinador

c) APRENDE A AMAR A Dios COMO DIOS QUIERE SER AMADO, esto es, *“con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”*.

d) Y DEJA TU CONDICIÓN: Deja ya tu condición humana, tus miras egoístas, tu manera de conducirte puramente natural. Deja ya tu vida de hijo de los

hombres, para empezar a vivir de veras tu vida de hijo de Dios.

El dejar la vida de hijo de los hombres, para empezar a vivir de veras tu vida de hijo de Dios no quiere decir que para santificarse deba el cristiano ingresar en una orden religiosa de vida contemplativa para vivir lejos de las cosas de la tierra. Sería un gran error. La santidad es para todos, y en todos los estados y modos de vida se puede de hecho alcanzar. La clave del secreto está en hacer todas las cosas por amor —"*ora comáis, ora bebáis...*", decía San Pablo—, aunque se trate de un vivir sin brillo y sin apariencia humana alguna. Este fue el último pensamiento que sor Isabel de la Trinidad ofreció a sus hermanas, que recitaban junto a ella las oraciones de los agonizantes: *"A la tarde de la vida todo pasa; sólo permanece el amor. Es preciso hacerlo todo por amor".* Y Santa Teresita de Lisieux, la víspera de su muerte dijo a su hermana Celina, que le pedía una palabra de adiós: *Ya lo he dicho todo: lo único que vale es el amor.*

"*Aquí comienza* —escribe a este propósito el P. Philipon— *la diferencia entre los santos y nosotros. En sus acciones los santos buscan la gloria de su Dios, "ya sea que coman, ya que beban", mientras que muchas almas cristianas no saben encontrar a*

Dios ni siquiera en la oración, porque se imaginan que la vida espiritual es cierta cosa inaccesible, reservada a un pequeño número de almas privilegiadas, llamadas «místicas», y lo complican todo. La verdadera mística es la del bautismo, en vistas a la Trinidad y bajo el sello del Crucificado, esto es, en la trivialidad de todos los renunciamientos cotidianos».

c) Recogimiento profundo

Es preciso, sin embargo, evitar la disipación del alma y el derramarse al exterior inútilmente.

En cualquier género de vida en que la divina Providencia haya querido colocarnos, se impone siempre la *necesidad de recogerse al interior de nuestra alma para entrar en contacto y conversación íntima con nuestros divinos huéspedes.*

Es inútil tratar de santificarse en medio del bullicio del mundo, sin renunciar a la mayor parte de sus placeres y diversiones, por muy honestos e inocentes que sean. Ni la espiritualidad monástica ni la llamada «espiritualidad seglar» podrán conducir jamás a nadie a la cima de la perfección cristiana si el

alma no renuncia, al precio que sea, a todo lo que pueda disiparla o derramarla al exterior.

Sin recogimiento, sin vida de oración, sin trato íntimo con la Santísima Trinidad presente en el fondo de nuestras almas, nadie se santificará jamás ni en el claustro ni en el mundo.

Deberían tener presente este principio indiscutible los que propugnan con tanto entusiasmo una espiritualidad perfectamente compatible con todas las *disipaciones* de la vida mundana so pretexto de que "hay que santificarlo *todo*" y de que el seglar *"no puede santificarse a la manera de los monjes"* y de que "*no puede ni debe renunciar a nada* de lo que lleva consigo la vida ordinaria en el mundo", a excepción, naturalmente, del pecado. Los que así piensan pueden tener la seguridad de que no llegarán jamás a la cumbre de la perfección cristiana. Cristo se dirigió a todos los cristianos, y no solamente a los monjes, cuando pronunció aquellas palabras que no perderán jamás su actualidad: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame"*.

El recogimiento hacia el interior de nuestra alma ha de impulsarnos a practicar con

frecuencia fervientes actos de adoración a nuestros divinos huéspedes.

Como es sabido, el mérito sobrenatural no consiste en la mera posesión de los hábitos infusos, sino en su ejercicio o actualización. Y cada nuevo aumento de gracia santificante lleva consigo una nueva presencia de la Santísima Trinidad, o sea, una radicación más profunda en lo más hondo de nuestras almas. Para ello, practiquemos con ferviente espíritu, llenándolas de sentido, nuestras DEVOCIONES TRINITARIAS:

a) EL "GLORIA PATRI ET FILIO…", que tantas veces recitamos distraídos, es un excelente acto de adoración y de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima.

Dom Columba Marmión tenía adquirida la costumbre de asociar a cada Gloria Patri del final de los salmos la petición de sentirse y *vivir cada vez más intensamente su filiación* adoptiva. Es una excelente práctica, altamente santificadora.

b) EL "GLORIA IN EXCELSIS DEO" de la Misa es una magnífica plegaria trinitaria, impregnada de

alabanza y de amor. Muchas almas interiores hacen consistir su oración mental en irlo recorriendo lentamente, empapando su alma de los sublimes pensamientos que encierra y dejando arder suavemente su corazón en el fuego del amor.

c) EL «SANCTUS, SANCTUS, SANCTUS», que oyeron cantar en el cielo a los bienaventurados el profeta Isaías y el vidente del Apocalipsis, debería constituir para el cristiano, ya desde esta vida, su himno predilecto de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima.

d) El símbolo «QUICUMQJUE» es otro motivo bellísimo de santa y fecunda meditación del misterio trinitario.

d) LA MISA VOTIVA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD era celebrada con frecuencia por San Juan de la Cruz, *"porque estoy firmemente persuadido* —decía con gracia— *que la Santísima Trinidad es el santo más grande del cielo"*.

En fin: hay otros muchos medios de fomentar en nosotros los actos de adoración a la Trinidad Beatísima. A muchas almas les va muy bien la meditación sosegada y afectiva de la sublime

"elevación" de sor Isabel de la Trinidad: *"¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro! ..."* Otras se preocupan de multiplicar los actos de adoración, reparación, petición y acción de gracias, que son los propios y específicos del sacrificio como supremo acto de culto y veneración a Dios.

Otras siguen otros procedimientos y emplean otros métodos que el Espíritu Santo les sugiere. Lo importante es intensificar, como quiera que sea, nuestro contacto íntimo con las divinas Personas, que están inhabitando con entrañas de amor en lo más hondo de nuestras almas.

CAPITULO II

La gracia santificante y la filiación adoptiva del cristiano

La inhabitación de las divinas personas en el alma justificada recibe en teología—como ya dijimos—el nombre de gracia increada.

Es evidente, en efecto, que esa inhabitación es una realidad infinita e increada, puesto que es el mismo Dios; y no es menos claro y evidente que esa divina

inhabitación se nos concede de una manera enteramente gratuita, es decir, sin que la reclame mérito alguno por nuestra parte: es una gracia insigne de Dios. Luego se trata, evidentemente, de una gracia increada.

Ahora bien: esa gracia increada supone necesariamente la presencia en el alma de otra gracia creada, hasta el punto de que aquélla no sería posible sin ésta.

Escuchemos al Doctor Angélico explicando profundísimamente esta doctrina: *"El tránsito de la no posesión del Espíritu Santo a la posesión del mismo no se explica sin un cambio y mutación real que se obre, o en el don mismo, o en el donatario. Pero como el Espíritu Santo—que es el Don que la criatura recibe—es por su naturaleza absolutamente inmutable, forsozo es que el donatario, o sea, la criatura a quien se da el Espíritu Santo, experimente un cambio o mutación interior que la perfeccione y capacite para recibir y posesionarse del divino Espíritu. Ese cambio o mutación interior lo experimenta el alma por una cualidad creada, de orden sobrenatural, que recibe el nombre de gracia santificante, sin la cual el don del Espíritu Santo sería imposible para ella".*

Esta gracia creada —que en adelante llamaremos gracia habitual o santificante, como se la designa comúnmente— es la que formalmente nos santifica —por eso se llama santificante— y nos hace hijos de Dios por adopción.
En este sentido es para nosotros *de mayor precio y valor que la misma inhabitación trinitaria*, ya que ésta, aunque de suyo vale infinitamente más por tratarse de una realidad increada —que no es otra cosa que el mismo Dios Uno y Trino—, con todo, no nos santifica formalmente —o sea, *por información* ya que Dios no puede ser forma de ningún ser creado, toda vez que *la forma constituye una parte de la esencia de ese ser y Dios no puede ser en modo alguno parte de ningún ser creado*.

La misma unión hipostática en Cristo no se verificó por información de la naturaleza divina en la naturaleza humana de Cristo, *sino por asunción o elevación de la naturaleza humana a la unión personal con el Verbo*, como explicamos en su lugar correspondiente.

La gracia santificante es —como veremos— la que nos hace formalmente hijos adoptivos de Dios. Y como decíamos más arriba que *"el cristiano ha de ser por gracia lo que Cristo es por naturaleza"*, vamos a estudiar cuidadosamente la naturaleza y efectos de la gracia, con el fin de ir descubriendo poco a poco los rasgos fundamentales de nuestra plena configuración con Jesucristo.

I. La gracia santificante

Recogemos a continuación la encantadora y clarísima exposición de la naturaleza de la gracia hecha por el P. Ramiére en su preciosa obrita ya citada. Para mayor claridad introducimos los titulares en ladillos:

La vida en general.

***La vida*, dice un antiguo adagio, *consiste en el movimiento: vita in motu*.**
En efecto, no hay vida donde no hay movimiento actual ni potencia de moverse; mas no todo movimiento constituye la vida. El agua del rio se mueve, y, sin embargo, no vive; la piedra puede moverse sin ser viviente; es que esos seres y todos los otros que se llaman inanimados reciben sus movimientos de fuera.

El ser vivo, por el contrario, es aquel que se mueve en sí mismo y que posee en sí mismo el principio y término de sus movimientos.

—La vida vegetativa

Contemplad ese humilde grano que el viento lleva acá y allá y acaba por arrojar a la tierra. Hasta entonces no manifestaba más vida que un grano de arena. Ningún movimiento propio tenía, y se dejaba sin resistencia a merced de todos los impulsos externos. Mas, pocos días después de estar en la tierra, sus fuerzas vitales, hasta entonces dormidas, se despiertan. El germen, en un principio imperceptible, que contenía, se desenvuelve; echa raíces, que absorben los jugos de la tierra; un tallo cada vez más vigoroso taladra el suelo. Aparece a la luz, se cubre de hojas, por medio de las cuales aspira la humedad del aire. Desde entonces se establece un cambio no interrumpido de servicios entre todas las

partes de la planta. Cada órgano contribuye a la conservación y crecimiento del cuerpo entero. La savia sube, baja, se extiende por todas las ramas y les comunica la vida del tronco. Muy pronto se mostrará esta vida en toda su magnificencia y fecundidad: las ramas que coronan el tallo se cubrirán de flores; a las flores sucederán los frutos, y en cada fruto se encerrarán numerosas semillas, cada una de las cuales podrá producir una planta semejante a la que le dio el ser.

Esta es la vida en su más ínfimo grado, la llamada vegetativa, que coloca, en la escala de los seres, a la más pequeña planta por encima del más precioso diamante. ¿Por qué? Porque aun cuando el diamante sea, por su brillo, superior a la mata de hierba, no tiene, sin embargo, en sí mismo, como ella, el poder de moverse, alimentarse, crecer y reproducirse: causa por la cual *él es inanimado, y la mata de hierba ser viviente*.

La vida es, pues, el estado de un ser que posee en sí mismo el poder de moverse; ella es, por consiguiente, tanto más perfecta cuanto ese poder es más íntimo, y los

movimientos que produce son más poderosos, variados y perfectos.

La vida animal.

Por eso la vida animal es mucho más perfecta que la vegetativa. Ved, en efecto, cómo sus movimientos son más variados. El animal, en vez de estar atado al suelo como la planta, y de esperar, como ella, su alimento del aire y tierra que le rodean va a buscar lejos el alimento necesario para su conservación. Huye del peligro, se defiende de sus enemigos, ve, oye, huele, palpa; con frecuencia lleva a cabo maravillosos trabajos, y, con una organización casi tan perfecta como la del hombre, posee instintos que la ciencia del hombre se ha de contentar tan sólo con admirar.

La vida racional

Sin embargo, la vida del alma humana es incomparablemente más perfecta aún, porque sus movimientos son de orden, sin comparación, más elevado.

Al paso que el animal es guiado, en sus obras más maravillosas, por un instinto ciego, el hombre se da cuenta de sus actos: aprende, entiende, inventa, conoce la razón de las cosas y adivina su finalidad, tiende a un fin lejano, ve la verdad invisible y se eleva hasta lo infinito.

Su voluntad no es menos poderosa que su inteligencia: por ella puede dominar el atractivo de los bienes sensibles, amar el dolor, sacrificarse por el bien de sus hermanos, trabajar por la eternidad.

¡Qué vida esta! *¿Puede haber algo superior a ella? En el mundo creado, tal vez nada.* Porque si los espíritus puros —los ángeles— poseen, en un grado de perfección superior al nuestro, la vida racional, están, sin embargo, en el mismo orden que nosotros, y no tenemos ningún motivo para pensar que Dios pueda crear un orden superior a aquél.

La vida sobrenatural

Y, sin embargo, como cristianos, estamos en un orden muy superior. El niñito que acaba de ser bautizado vive una vida que está por

encima de la racional, mucho más que lo está ésta de la animal.

La perfección natural de los espíritus puros no puede compararse con la perfección sobrenatural con que él acaba de ser enriquecido. Y Dios, que a cada instante de la perdurable eternidad puede crear seres unos más excelentes que otros, no puede hallar nada en los inmensos tesoros de su omnipotencia que no sea inferior a la dignidad de ese niño.

Pero ¿*en qué consiste esta vida divina? En la capacidad de producir movimientos y actos divinos...*

Por perfecta que sea una criatura, es siempre limitada, y, por consiguiente, a una distancia infinita de la esencia divina, que es infinita.

Al crearla, púsola Dios fuera de Sí mismo y la excluyó de la comunicación inefable que tienen entre sí las tres divinas Personas, cuyas relaciones constituyen su vida íntima. Estas relaciones nadie las conoce naturalmente, exceptuadas las mismas divinas Personas. Nadie puede penetrar en el interior

de Dios, si Dios mismo no le abre la puerta: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.

Pues bien: el niño cristiano recibe en el bautismo el poder de conocer estas ocultas verdades, estos secretos de Dios, que el ángel mismo no puede adivinar. A su razón natural se le ha añadido una inteligencia sobrenatural. *Se le ha dado la luz de Dios, por la cual verá el interior mismo de Dios.*

***Podrá conocerle en la Trinidad de Personas*; acá abajo, con la luz de la fe, y más tarde, con toda la magnificencia de la clara visión...**

A cada ser debe la divina sabiduría destinarle a una felicidad proporcionada a su capacidad; y como ningún ser tiene naturalmente una capacidad divina, Dios no debe a ninguna de sus criaturas su propia felicidad. Pero lo que Dios no debe a nadie, lo destina y promete por pura liberalidad al cristiano, y le da al mismo tiempo la capacidad de recibir esa felicidad *y el poder de merecerla.*

¿Qué más se necesita para que el cristiano tenga una vida verdaderamente divina? ¿No basta que tenga en su interior el poder de adquirir conocimientos divinos, de concebir un amor, una esperanza y deseos divinos, de merecer y poseer la felicidad misma de Dios?

Naturaleza de la Gracia santificante

Si estos dones nos han sido realmente distribuidos u otorgados —como no podemos dudar de ello—, ¿no puede decir San Pedro con toda razón, con toda verdad y en un sentido que nada tiene de metafórico, que hemos sido hechos partícipes de la divina naturaleza?

Sí, estas palabras son de una exactitud rigurosa, porque la naturaleza es "el ser en cuanto principio de sus operaciones", y el ser divino nos ha sido dado precisamente en este aspecto.

Este mismo ser infinito ha sido comunicado de una manera muy diferente a la naturaleza humana de Nuestro Señor Jesucristo. La humanidad del divino Salvador ha sido hecha participante de la persona del Verbo de Dios; subsiste también en Él y no hace con El más que una misma persona.

Pero cada uno de nosotros tiene su propia personalidad, por lo cual no somos dioses como Jesucristo lo es. En nosotros lo divino no es la substancia, son las operaciones. *Somos partícipes no de la personalidad divina, sino de la divina naturaleza*; no somos hombres-dioses, sino hombres divinizados…

La divinidad del cristiano es, pues, muy diferente de la de Jesucristo, pero su divinización no deja de ser muy real.

No somos dioses en el riguroso sentido de la palabra, pero sí realmente deificados. La palabra deificación sale continuamente de la pluma de los santos doctores, y es la única que expresa claramente el estado del cristiano adornado de la gracia de Jesucristo.

***La palabra sobrenatural, más comúnmente empleada, no tiene la misma claridad*, porque puede referirse a los dones o a las operaciones que exceden las fuerzas y exigencias de la naturaleza humana, sin que necesariamente diga relación a la elevación de ésta al estado divino. La resurrección de un muerto es una obra sobrenatural, y, no obstante, el muerto resucitado no es**

necesariamente enriquecido de los dones de la gracia.

El conocimiento de cosas lejanas, que sería para el hombre una facultad sobrenatural, no lo sería para el ángel. Al contrario, la fe, la esperanza, la caridad, la felicidad del cielo son cosas igualmente inaccesibles a las fuerzas de todas las criaturas, aun las más perfectas. Porque son dones verdaderamente divinos y no pueden, por consiguiente, pertenecer a una criatura sino en el grado de su deificación.

Santo Tomás explica esto mismo a base del símil del hierro puesto incandescente por el fuego: "El don de la gracia —escribe— excede toda la potencia de la naturaleza creada, porque no es otra cosa que una participación de la naturaleza divina, que es superior a toda otra naturaleza. Es, por consiguiente, *absolutamente imposible que una criatura produzca la gracia*. El hierro no puede recibir las propiedades del fuego si no se mete en él y en la medida en que se una a él; por semejante manera, *sólo Dios puede divinizar una criatura admitiéndola a la participación de su divina naturaleza*".

Por aquí podemos entrever la sublime altura a que nos eleva la gracia santificante. *Está mil veces por*

encima de la naturaleza angélica, ya que se trata de una verdadera y real participación de la naturaleza misma de Dios **en lo que tiene formalmente de divina, o sea, en aquello que la coloca a distancia infinita de toda otra naturaleza creada o creable.** ***Dios mismo, con todo su poder infinito, no podría crear una realidad superior a la gracia santificante, ya que es imposible que pueda comunicar a un ser creado alguna perfección superior a su propia naturaleza divina*****.**

Es cierto que puede elevar una naturaleza humana o angélica a la unión hipostática o personal con alguna de las divinas personas—es el caso de Jesucristo—, o con dos, o con las tres. Pero en el plano de la naturaleza no cabe ninguna perfección superior a la de la gracia santificante. Ta n grande es, que Santo Tomás no vacila en escribir que ***"el bien sobrenatural de un solo individuo está por encima y vale más que el bien natural de todo el Universo"***

La filiación adoptiva

> ***Siendo la gracia una participación formal de la naturaleza misma de Dios*****, se comprende sin esfuerzo que nos comunique una muy verdadera y real filiación divina.**

Precisamente en esto *consiste toda filiación: en recibir la naturaleza específica de un ser viviente,* que, al comunicarla a otro, se convierte automáticamente en padre suyo.

Es cierto que la gracia no nos hace hijos de Dios por naturaleza en el sentido en que lo es Jesucristo en virtud de la unión hipostática; la nuestra es una gracia de adopción. Pero también lo es que nuestra filiación adoptiva por la gracia está mil veces por encima de las adopciones humanas —que se fundan únicamente en un título jurídico, puramente extrínseco, que no pone nada real en el adoptado—, puesto que *nos comunica intrínsecamente una verdadera realidad divina*.

Por eso dice, asombrado, el evangelista San Juan: Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos en verdad - Si se nos permitiera el símil, diríamos que la gracia es como una inyección de sangre divina que comienza a circular realmente por las venas de nuestra alma, haciéndonos ingresar, por así decirlo, en la familia misma de Dios.

Jesucristo-hombre posee por naturaleza la plenitud absoluta de esa sangre divina; nosotros la poseemos sólo en parte y por divina infusión. Pero *la gracia que santifica nuestra alma es de la misma especie que la del alma santísima de Jesucristo*, si bien Él tiene, además, la gracia de unión, que le hace personalmente *Hijo de Dios por naturaleza*.

Esta participación de la naturaleza divina es, pues, la razón formal de que *el cristiano sea por gracia* lo que Cristo es por naturaleza: *hijo de Dios*. Por ella adquiere el cristiano, en el plano de la adopción, el máximo parecido con Jesucristo. *El hijo de adopción se hace verdaderamente hermano del Hijo natural* y, por lo mismo, coheredero con Él.
Este es el sentido profundo de aquellas frases sublimes de San Pablo, directamente inspiradas por el Espíritu Santo: "Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29)**.**

"El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos: herederos de Dios y

coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados” (Rom 8,16-17)**. Y el mismo Cristo se proclamó abiertamente hermano nuestro en aquellas frases que pronunció después de su gloriosa resurrección: “Díjoles entonces Jesús: No temáis; id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea y que allí me verán”. “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”.**

<u>Los Santos Padres</u> han celebrado y expuesto ampliamente este misterio inefable de nuestra filiación adoptiva por la gracia y nuestra hermandad con Jesucristo. Ofrecemos al lector a continuación algunos de esos testimonios hermosísimos:

SAN AGUSTÍN: “Vemos que muchos hombres adoptan a otros por hijos. El motivo que les impulsa a ello es la necesidad de suplir, por una libre elección, el defecto de la naturaleza que les había privado de hijos. Si por ventura tienen un solo hijo, guárdanse de

buscarle compañeros, que, partiendo con él la herencia, le empobrecerían… Así obran los hombres, pero no ha obrado así nuestro Dios. El Hijo Unigénito que Él engendra desde toda la eternidad, el Hijo Único por medio del cual ha producido todas las criaturas, envíalo a este mundo, queriendo que no fuese solo, sino que tuviese muchos hermanos por adopción".

SAN IRENEO: "Si el Verbo se hizo carne y el Hijo Eterno del Dios vivo se hizo Hijo del hombre, fue para que el hombre, formando sociedad con el Verbo y recibiendo la adopción, fuese hecho hijo de Dios".

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA: ***"El Hijo de Dios vino para otorgar a los hombres la facultad de ser por gracia lo que Él es por naturaleza, y para comunicar a todos lo que le es propio; tanta es su bondad para con los hombres, tanta su caridad para con el mundo.***

No podríamos, en manera alguna, los que llevamos la imagen del hombre terrenal escapar de la corrupción si la imagen del hombre celestial no se imprimiese en nuestras almas, que es como decir si no fuéramos llamados a la adopción de hijos de Dios".

Esta prerrogativa de la filiación divina adoptiva eleva al cristiano a una dignidad casi infinita, y la gracia en que se funda es la raíz de nuestra santidad, como la unión hipostática fue causa para Cristo de todas sus gracias y carismas.

Nuestra vida espiritual no consiste en otra cosa que en desenvolver progresivamente ese germen de vida divina —a base de sus principios operativos y bajo la moción del Espíritu Santo— hasta alcanzar su pleno desarrollo *"cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo*".

Vamos a ver en el capítulo siguiente cuáles son y cómo funcionan esos principios operativos de nuestra vida sobrenatural que emanan y tienen su raíz en la misma gracia santificante.

CAPITULO III

La vida sobrenatural del cristiano.

La gracia santificante, como hemos visto en el capítulo anterior, nos eleva al plano de lo divino, dándonos una participación física y formal de la naturaleza misma de Dios.

Ella es el principio de nuestra vida sobrenatural y la que nos hace verdaderamente hijos de Dios por adopción. Pero hay que advertir que la gracia santificante no es inmediatamente operativa. Se nos da en el orden del ser, no en el de la operación. Diviniza la esencia misma de nuestra alma, como el fuego transforma en sí el hierro incandescente, pero se limita únicamente a esto. La gracia no obra, no hace nada por sí misma.

***Se trata*, en lenguaje técnico, *de un hábito entitativo, no operativo*. Nos da la vida sobrenatural, pero no la operación**

Dios lo ha previsto todo y ha dotado al alma en gracia de todos los elementos necesarios para que pueda realizar actos sobrenaturales

correspondientes a la vida sobrenatural, cuyo *principio básico y estático es la misma gracia santificante.*

Juntamente con ella, infunde siempre en el alma una serie de energías sobrenaturales — hábitos operativos—capaces de producir los actos sobrenaturales correspondientes a esa vida divina.
Tales son las *virtudes infusas*
y los *dones del Espíritu Santo*,
a los que hay que añadir
el *influjo de la gracia actual*,
que los pone sobrenaturalmente en movimiento.

Estas son las nuevas realidades divinas que vamos a estudiar en este capítulo, con el que terminaremos la visión de conjunto de lo que hemos convenido en llamar la encarnación o inserción de lo divino en el cristiano.

ARTICULO I
LAS VIRTUDES INFUSAS

Para formarnos un concepto cabal de lo que son y representan en la vida cristiana las

virtudes sobrenaturales o infusas —llamadas así porque Dios las infunde, juntamente con la gracia santificante, en el momento mismo de la justificación del alma por el bautismo o la penitencia— es preciso compararlas y distinguirlas de las virtudes naturales o adquiridas.

Es el tema que vamos a desarrollar en este capítulo

a) Las virtudes naturales o adquiridas.

Es un hecho perfectamente comprobable en la práctica que, repitiendo una serie de actos correspondientes a una determinada actividad, se va adquiriendo poco a poco el hábito de realizarlos cada vez con mayor facilidad. Si esos actos son malos, se adquiere un hábito malo, que recibe en teología moral el nombre de vicio (v.gr., una serie de actos repetidos de embriaguez acaban por engendrar el hábito o vicio del mismo nombre). Si los actos que se van repitiendo son buenos, se adquiere poco a poco el hábito bueno correspondiente, que recibe el nombre de virtud natural o adquirida. Tales son, por ejemplo, la prudencia, la justicia, la lealtad, la sinceridad, la honradez

natural, etc., adquiridas naturalmente a fuerza de repetir sus actos correspondientes.

Estas virtudes naturales o adquiridas embellecen la vida humana en el orden intelectual o moral, y no hay inconveniente en admitir que pueden llegar a practicarse en grado heroico, como consta por innumerables ejemplos de la historia de la humanidad.

Pero ese heroísmo de las virtudes adquiridas se mantendrá siempre en el plano puramente natural, sin que puedan por sí mismas escalar jamás el orden sobrenatural ni siquiera en su manifestación más ínfima o rudimentaria. El orden sobrenatural está infinitamente por encima del orden natural, y éste jamás podrá alcanzarle por mucho que se intensifique y desarrolle. Son dos mundos distintos, situados en planos totalmente diferentes: *"son de otro metal"*, en frase gráfica de Santa Teresa. Es doctrina de la Iglesia, expresamente definida contra pelagianos y semipelagianos

Por lo mismo, las virtudes naturales o adquiridas, aunque muy estimables en su

orden y plano correspondiente, son del todo desproporcionadas e ineptas para la vida sobrenatural que ha de vivir el cristiano elevado por la gracia a ese plano inmensamente superior.

Y como la gracia santificante—como ya hemos dicho—es una realidad puramente estática, no operativa, que tiene por objeto darnos la vida sobrenatural, pero no su operación correspondiente, se sigue que el alma necesita unos principios sobrenaturales de operación para realizar los actos correspondientes a la vida sobrenatural de la gracia. Es evidente que estos principios operativos sobrenaturales no puede adquirirlos el hombre a base de repetir actos naturales—sería absurdo y contradictorio—; luego tiene que recibirlos por divina infusión juntamente con la gracia santificante. He ahí las virtudes infusas, cuya definición esencial hemos dado en la fórmula que acabamos de subrayar.

Como acabamos de decir, las virtudes sobrenaturales o infusas son unos hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma para disponerlas a obrar

sobrenaturalmente según el dictamen de la razón iluminada por la fe.

Conviene que expliquemos un poco los términos de la definición para que nos demos perfecta cuenta de la naturaleza de estas virtudes infusas.

HÁBITOS OPERATIVOS. Es el elemento genérico de la definición, *común a todas las virtudes naturales y sobrenaturales*.
INFUNDIDOS POR DIOS. Aquí tenemos una de las diferencias más radicales con las virtudes naturales o adquiridas. *Estas últimas las va adquiriendo el hombre a fuerza de repetir actos.* Las sobrenaturales sólo pueden adquirirse por divina infusión; de ahí su nombre de virtudes infusas.

EN LAS POTENCIAS DEL ALMA. Las virtudes sobrenaturales son infundidas por Dios en las potencias del alma (entendimiento, voluntad y sensibilidad controlada por el alma), a diferencia de la gracia santificante, que reside en la esencia misma del alma, a la que transforma y *diviniza*.

Precisamente las virtudes infusas tienen por misión perfeccionar las potencias del alma, elevándolas al plano sobrenatural y *capacitándolas, por lo mismo, para producir actos sobrenaturales*.
El acto virtuoso sobrenatural brota de la unión conjunta de la potencia natural y de la virtud infusa que viene a perfeccionarla. *En cuanto acto vital, tiene su potencia radical en la facultad natural, que la virtud infusa viene a completar esencialmente dándole la potencia próxima para el acto sobrenatural*.
De donde todo el acto sobrenatural brota de la potencia natural en cuanto informada por las virtudes infusas, o sea, de la potencia natural elevada al orden sobrenatural.

***La potencia radical es el entendimiento o la voluntad*, y el principio formal próximo—todo él— es la virtud infusa correspondiente.**

PARA DISPONERLAS A OBRAR SOBRENATURALMENTE. Esta es la principal diferencia específica con las virtudes naturales o adquiridas: su objeto formal.
***Las virtudes adquiridas obran siempre naturalmente*;**

las infusas, sobrenaturalmente.

Las primeras siguen el dictamen de la simple razón natural; *las infusas, el de la razón iluminada por la fe*. Hay un abismo entre ambas. Por eso pueden poseerse las virtudes infusas sin tener las correspondientes adquiridas (v.gr., en un niño recién bautizado o en un inveterado pecador que acaba de arrepentirse); y, al revés, pueden poseerse algunas virtudes naturales (v.gr., la honradez, la justicia, etc.) sin tener ninguna de las infusas por estar en pecado mortal.

SEGÚN EL DICTAMEN DE LA RAZÓN ILUMINADA POR LA FE. En esto se distinguen de las virtudes adquiridas—como acabamos de decir—, y también de los dones del Espíritu Santo, que no se rigen por el dictamen de la razón iluminada por la fe, sino por la moción y regla directa del mismo Espíritu Santo, como veremos en su lugar.

Las virtudes infusas son muchas—más de cincuenta estudia Santo Tomás en la Suma Teológica—, pero pueden catalogarse en dos grupos fundamentales: teologales y morales. Las teologales son únicamente tres: fe,

esperanza y caridad.
Las morales se subdividen en cardinales y derivadas, *en perfecta analogía y paralelismo con sus correspondientes adquiridas.*

Las teologales son estrictamente sobrenaturales o divinas y *no tienen, por lo mismo, virtudes correspondientes en el orden natural o adquirido*.

Al estudiar el modo con que ha de crecer y desarrollarse en nosotros la gracia santificante recibida en el bautismo, precisaremos el mecanismo y funcionamiento de las virtudes infusas bajo el influjo de la gracia actual. Por ahora bastan las ligeras nociones que acabamos de dar.

ARTICULO II

Los DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Las virtudes infusas, a pesar de ser estrictamente sobrenaturales, no bastan para hacernos vivir en toda su perfección y grandeza la vida divina propia del cristiano en gracia.

Precisamente por tratarse de una vida verdaderamente divina —-infinitamente superior, por tanto, a la vida puramente natural o humana—, cualquier elemento humano que se le mezcle empaña de alguna manera su brillo y esplendor.

Sin duda alguna, las virtudes infusas pueden actuar y actúan sobrenaturalmente, haciéndonos vivir la vida divina propia de la gracia, *pero no en toda su fuerza y perfección*. Para esto necesitan la ayuda y el concurso de los dones del Espíritu Santo, por la razón que vamos a explicar inmediatamente.

Las virtudes infusas, en efecto, se mueven y gobiernan por el dictamen de la razón iluminada por la fe, como hemos explicado ya.

En cuanto iluminada por la fe, la razón natural está mil veces por encima de sí misma abandonada a sus propias luces naturales. El lector que quiera una mayor información sobre la naturaleza, división, propiedades, etc., de las virtudes infusas, la encontrará abundante en nuestras obras Teología de la perfección cristiana y Teología moral para Y, en este sentido, las virtudes infusas están muy

por encima de las naturales, o adquiridas, que son *gobernadas por las luces de la propia razón humana abandonada a sí misma*, o sea, *sin las luces sobrenaturales de la fe*. Por eso las virtudes infusas son mucho más finas y exigentes que las adquiridas—"hilan más delgado", como diría Santa Teresa—, porque la fe muestra al alma exquisiteces que rebasan, con mucho, las luces de la simple razón natural. Así, por ejemplo, el amor natural al prójimo no va tan lejos como para dar nuestra propia vida por él, como exige a veces la caridad sobrenatural, a imitación de Jesucristo; la virtud natural de la templanza evita todo lo que puede perjudicar la salud del cuerpo o el buen nombre ante los demás, pero nada sabe de mortificaciones e inmolaciones voluntarias por el bien espiritual propio o ajeno, a imitación del divino crucificado, etc., etc. *Las virtudes infusas son, evidentemente, mucho más perfectas que sus correspondientes virtudes adquiridas*. Con todo, en su mecanismo y funcionamiento se mezcla inevitablemente un elemento humano: la propia razón natural, aunque sea iluminada por la fe. Es ella, la razón natural, quien rige y gobierna las virtudes infusas y, por lo mismo, *las imprime forzosa e inevitablemente una*

***modalidad humana, puesto que esa modalidad es la propia y característica de la razón natural aunque esté iluminada por la fe*: no tiene otra.**

Ahora bien: esa atmósfera o modalidad humana procedente de la razón natural es un elemento extraño y enormemente desproporcionado a la naturaleza divina de las virtudes infusas. Éstas reclaman, por su misma naturaleza, una atmósfera o modalidad divina para desplegar en todo su esplendor sus maravillosas virtualidades divinas. Por eso, mientras estén sometidas al régimen de la razón natural, que les proporciona forzosamente aire o modalidad humana, las virtudes infusas no respiran a pleno pulmón, por así decirlo, y es imposible que en esas condiciones alcancen su pleno y perfecto desarrollo. Podrán crecer y desarrollarse hasta cierto punto, pero siempre de una manera precaria, incompleta e imperfecta; imposible llegar a la cumbre de su desarrollo y perfección *mientras una atmósfera o modalidad divina no venga a darles el oxígeno puro* que reclaman y exigen por su propia naturaleza de virtudes sobrenaturales o divinas.

Este es el papel y la razón de ser de los dones del Espíritu Santo. También ellos son hábitos sobrenaturales o infusos, y en este sentido coinciden genéricamente con las virtudes infusas a las que siempre acompañan, pero su mecanismo y funcionamiento es completamente distinto. No es la razón humana iluminada por la fe quien les gobierna y regula, sino el propio Espíritu Santo, utilizándolos como instrumentos suyos directos e inmediatos.

Y como la razón humana no interviene absolutamente para nada, sino que toda la moción y regulación de los dones procede directa e inmediatamente (Siempre, claro está, bajo la influencia de una gracia actual, sin la cual la razón humana, aun informada por la fe, no podría hacer absolutamente nada en el orden sobrenatural) del propio Espíritu Santo, éste imprime al acto de los dones una modalidad divina, no humana, porque la modalidad propia y específica del Espíritu Santo es divina y no humana, como es del todo claro y evidente.
Y así, el acto sobrenatural procedente de los dones del Espíritu Santo no solamente es

sobrenatural en cuanto a la substancia —también lo es el de las virtudes infusas—, sino también en cuanto al modo, y en este sentido supera inmensamente en calidad y perfección al acto de las virtudes infusas gobernadas por la simple razón humana iluminada por la fe.

Podríamos comparar las virtudes infusas a un arpa sobrenatural, con más de cincuenta cuerdas, que Dios entrega al alma en gracia para que la pulse y saque de ella divinas armonías (los actos sobrenaturales); pero como el artista que la maneja —*la propia razón natural*— es muy torpe y miope aun bajo las luces de la fe, *resulta una melodía desafinada e imperfecta* (se practica la virtud "hasta cierto punto", "con tal que no me exijan demasiado", etc., etc.). Hasta que llega un momento en que el propio Espíritu Santo pulsa el arpa de las virtudes infusas a través de los dones del mismo Espíritu Santo y sale del alma una melodía bellísima, absolutamente divina, que no es otra cosa que los actos de virtud perfecta y heroica de los verdaderos santos.

Entonces es cuando el cristiano comienza a vivir en toda su plenitud su filiación divina

***adoptiva*, como dice expresamente San Pablo en su carta a los Romanos: *"Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios (qui Spiritu Dei aguntur), ésos son hijos de Dios"*.**

Dada la importancia extraordinaria de los dones en orden a nuestra plena configuración con Cristo y a las exigencias de nuestra filiación adoptiva, vamos a precisar con exactitud su naturaleza íntima, finalidad, necesidad, función específica de cada uno y modo de fomentarlos en nuestras almas.

I Naturaleza

Según las explicaciones que acabamos de dar, los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del propio Espíritu Santo al modo divino o sobrehumano.

Una explicación detallada de la definición nos acabará de dar el conocimiento perfecto y cabal de estas divinas energías infundidas por Dios en nuestras almas.

HÁBITOS SOBRENATURALES. Es el elemento genérico, común con las virtudes infusas. INFUNDIDOS POR DIOS EN LAS POTENCIAS DEL ALMA.

También en esto coinciden con las virtudes infusas. Se infunden juntamente con la gracia santificante (en el bautismo o la penitencia), de la que son inseparables. Todos los justos los poseen, aunque no siempre actúan en todos, como veremos en seguida.

En primer lugar se ordenan a recibir la moción divina, y en este sentido pueden ser considerados como hábitos receptivos o pasivos. Pero, al recibir la divina moción, el alma reacciona vitalmente y la secunda con facilidad y sin esfuerzo gracias al mismo don del Espíritu Santo, que actúa en este segundo aspecto como hábito operativo.
Son, pues, hábitos pasivo-activos desde distintos puntos de vista.

LAS MOCIONES DEL PROPIO ESPÍRITU SANTO AL MODO DIVINO o SOBREHUMANO. Este es el elemento principal que distingue específicamente a los dones de las virtudes infusas.

Éstas, como ya vimos, se ajustan a la regla de la razón iluminada por la fe bajo la moción de una simple gracia actual.
Los dones, en cambio, se ajustan a la regla divina bajo la moción inmediata del propio Espíritu Santo.
Por eso las virtudes infusas producen actos sobrenaturales al modo humano, que es el de la simple razón natural iluminada por la fe, y los dones los producen al modo divino, que es el propio del mismo Espíritu Santo.

2 Finalidad

Los dones del Espíritu Santo tienen por objeto acudir en ayuda de las virtudes infusas en casos imprevistos y graves, en que el alma no podría echar mano del discurso lento y pesado de la razón (*v.gr., ante una tentación repentina y violentísima, en la que el pecado o la victoria es cuestión de un segundo*), y, sobre todo, para perfeccionar los actos de las virtudes, dándoles la modalidad divina propia de los dones, inmensamente superior a la atmósfera o modo humano a que tienen que someterse cuando los controla y regula la simple razón natural iluminada por la fe

3. Necesidad

En el primero de los dos aspectos que acabamos de recordar (tentaciones violentas y repentinas), los dones son necesarios para la misma salvación del alma, y actúan sin falta en todos los cristianos en gracia si el alma no se hace indigna de ellos, ya que Dios no falta nunca en los medios necesarios para la salvación.

En el segundo aspecto (perfección de las virtudes) son absolutamente indispensables para alcanzar la perfección cristiana. Es imposible que las virtudes infusas alcancen su plena perfección y desarrollo mientras se vean obligadas a respirar el aire humano que les imprime forzosamente la razón natural iluminada por la fe, que las maneja y gobierna torpemente; necesitan el aire o modalidad divina de los dones, que es el único que se adapta perfectamente a su propia naturaleza sobrenatural y divina. En este sentido, las virtudes teologales son las que más necesitan la ayuda de los dones, precisamente por su propia elevación y grandeza.

El régimen de *las virtudes infusas al modo humano constituye la etapa ascética* de la vida cristiana; y *el de los dones al modo divino, la etapa mística*. No son dos caminos paralelos, sino dos etapas de un solo camino de perfección que han de recorrer todas las almas para alcanzar la perfección cristiana*. La mística no es un estado extraordinario y anormal* reservado para unos pocos aristócratas del espíritu, *sino el camino ordinario y normal* que han de recorrer todas las almas para lograr la completa expansión y desarrollo de la gracia santificante, recibida en forma de semilla o germen en el sacramento del bautismo.

4. Función específica de cada don del Espíritu Santo.

Santo Tomás ha precisado admirablemente la función específica que corresponde a cada uno de los dones del Espíritu Santo.

Cada uno de ellos tiene por misión directa e inmediata la perfección de alguna de las siete virtudes fundamentales (teologales y cardinales), *aunque indirecta y mediatamente repercute sobre todas las virtudes derivadas y sobre el conjunto total de la vida cristiana*.

Pasemos ahora, brevísimamente expuestas, a asomarnos a la misión especial y características fundamentales de cada uno de los dones por orden descendente de excelencia y perfección:

a) El don de sabiduría perfecciona maravillosamente la virtud de la caridad, dándole a respirar el aire o modalidad divina que reclama y exige por su propia condición de virtud teologal perfectísima.

A su divino influjo, las almas aman a Dios con amor intensísimo, por cierta connaturalidad con las cosas divinas, que les hunde, por decirlo así, en las profundidades insondables del misterio trinitario. *Todo lo ven a través de Dios y todo lo juzgan por razones divinas, con sentido de eternidad,* como si hubieran ya traspasado las fronteras del más allá. Han perdido por completo el instinto de lo humano y se mueven únicamente por cierto instinto sobrenatural y divino. Nada puede perturbar la paz inefable de que gozan en lo íntimo de su alma: las desgracias, enfermedades, persecuciones y calumnias, etc., las dejan por completo "inmóviles y tranquilas, como si

estuvieran ya en la eternidad”! (sor Isabel de la Trinidad). No les importa ni afecta nada de cuanto ocurre en este mundo: han comenzado ya su vida de eternidad. Algo de esto quería decir San Pablo cuando escribió a los Filipenses: Porque somos ciudadanos del cielo….

b) El don de entendimiento perfecciona la virtud de la fe, dándole una penetración profundísima de los grandes misterios sobrenaturales: *la inhabitación trinitaria*, el *misterio redentor*, *nuestra incorporación a Cristo*, *la santidad de María*, *el valor infinito de la santa Misa* y otros misterios semejantes adquieren, bajo la iluminación del don del entendimiento, una fuerza y eficacia santificadora verdaderamente extraordinaria.

Estas almas viven obsesionadas por las cosas de Dios, que sienten y viven con la máxima intensidad que puede dar de sí un alma peregrina todavía sobre la tierra.

c) El don de ciencia perfecciona en otro aspecto la misma virtud de la fe, enseñándole a juzgar rectamente de las cosas creadas, viendo en todas ellas la huella o vestigio de

Dios, que pregona su hermosura y su bondad inefables.
El alma de San Francisco de Asís, iluminada por las claridades divinas de este don, veía en todas las criaturas a hermanos suyos en Cristo incluso en los seres irracionales o inanimados: el hermano lobo, la hermana flor, la hermana fuente...

***El mundo tiene por insensatez y locura lo que es sublime sabiduría ante Dios*. Es la "ciencia de los santos", que será siempre estulta ante la increíble estulticia del mundo.**

d) El don de consejo. Presta magníficos servicios a la virtud de la prudencia, no sólo en las grandes determinaciones que marcan la orientación de toda una vida (vocación), sino hasta en los más pequeños detalles de una vida en apariencia monótona y sin trascendencia alguna. Son corazonadas, golpes de vista intuitivos, cuyo acierto y oportunidad se encargan más tarde de descubrir los acontecimientos. Para el gobierno de nuestros propios actos y el recto desempeño de cargos directivos y de responsabilidad, el don de consejo es de un precio y valor inestimables.

e) El don de piedad perfecciona *la virtud de la justicia*, una de cuyas virtudes derivadas es precisamente *la piedad*.

Tiene por objeto excitar en la voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios considerado como Padre y un sentimiento de fraternidad universal para con todos los hombres en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre, que está en los cielos.

Las almas dominadas por el don de piedad experimentan una ternura inmensa al sentirse hijos de Dios, y la plegaria favorita que se les escapa del alma es el Padre nuestro, que estás en los cielos. Viven enteramente abandonadas a su amor y sienten también una *ternura especial hacia la Virgen María, su dulce madre; hacia el papa, "el dulce Cristo de la tierra"*, y hacia todas las personas en las que brilla un destello de la paternidad divina: el superior, el sacerdote…

f) El don de fortaleza refuerza increíblemente la virtud del mismo nombre, haciéndola llegar al heroísmo

más perfecto en sus dos aspectos fundamentales: resistencia y aguante frente a toda clase de ataques y peligros y acometida viril del cumplimiento del deber a pesar de todas las dificultades.

El don de fortaleza *brilla en la frente de los mártires, de los grandes héroes cristianos,* y en la práctica callada y heroica de las virtudes de la vida cristiana ordinaria, que constituyen el "heroísmo de lo pequeño" y una especie de "martirio o alfilerazos», con frecuencia más difíciles y penosos que el heroísmo de lo grande y el martirio entre los dientes de las fieras.

g) El don de temor, en fin, perfecciona dos virtudes: primariamente *la virtud de la esperanza*, en cuanto que nos arranca de raíz el pecado de presunción, que se opone directamente a ella por exceso, y nos hace apoyar únicamente en el auxilio omnipotente de Dios, *que es el motivo formal de la esperanza*.

Secundariamente perfecciona también la virtud cardinal de la templanza, ya que nada hay tan eficaz para frenar el apetito desordenado de placeres como el temor de los divinos castigos. Los santos temblaban ante la posibilidad del menor pecado, porque el don de temor les hacía ver con claridad la grandeza y majestad de Dios, por un lado, y la vileza y degradación de la culpa, por otro.

5. Los frutos y las bienaventuranzas

Cuando el alma corresponde fielmente a la moción divina de los dones, produce actos de virtud sobrenatural tan sazonados y perfectos, que se llaman frutos del Espíritu Santo.

Los más sublimes y exquisitos corresponden a las bienaventuranzas evangélicas, que señalan el punto culminante y el coronamiento definitivo acá en la tierra de toda la vida cristiana y

son ya como el preludio y comienzo d e la bienaventuranza eterna.

San Pablo enumera algunos de los principales frutos del Espíritu Santo cuando escribe a los Gálatas: *"Los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra éstos no hay ley".*

Pero sin duda alguna no tuvo intención de enumerarlos todos. Son, repetimos, los actos procedentes de los dones del Espíritu Santo que tengan carácter de especial exquisitez y perfección.

Dígase lo mismo de las bienaventuranzas evangélicas. En el sermón de la montaña, Cristo las reduce a *ocho*: *pobreza de espíritu, mansedumbre, lágrimas, hambre y sed de justicia, misericordia, pureza de corazón, paz y persecución por causa de la justicia.*

Pero también podemos decir que se trata de un número simbólico que no reconoce límites. Son las obras heroicas de los santos, que les hacen prelibar un gusto y anticipo de la felicidad eterna.

6. Modo de fomentarlos

Aunque, como ya hemos dicho, la actuación de los dones del Espíritu Santo no está en nuestras manos—*como lo está la de las virtudes infusas*—, podemos hacer mucho, sin embargo, disponiéndonos, con ayuda de la gracia, para que el Espíritu Santo los actúe. He aquí los principales medios a nuestro alcance:

a) RECOGIMIENTO INTERIOR. El Espíritu Santo es amigo del recogimiento y de la soledad. Sólo allí habla en silencio a las almas: La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón. El alma amiga de la disipación y del bullicio no percibirá jamás la voz de Dios en su interior. Es preciso hacer el vacío a todas las cosas creadas, retirarse a la celda del corazón para *vivir allí con el divino huésped, hasta conseguir gradualmente no perder nunca*

***la presencia de Dios*, *aun en medio de los quehaceres más absorbentes*. Cuando el alma, con ayuda de la gracia ordinaria, haya hecho de su parte todo cuanto pueda por recogerse y aislarse, el Espíritu Santo hará sin falta todo lo demás.**

b) FIDELIDAD A LA GRACIA. El alma ha de estar siempre atenta a no negar al Espíritu Santo cualquier sacrificio que le pida.
No solamente ha de evitar cualquier falta voluntaria, que, por pequeña que sea, "contristaría al Espíritu Santo", según la misteriosa expresión de San Pablo, sino que ha de secundar positivamente todas sus divinas mociones hasta poder decir con Cristo: *"Yo hago siempre lo que es de su agrado".*

No importa que a veces los sacrificios que nos pida parezcan superar nuestras fuerzas. En realidad no es así, pues Dios nunca manda a nadie lo imposible. *Con la gracia de Dios, todo se puede* , y siempre nos queda el recurso a la oración para pedirle al Señor por adelantado eso mismo que quiere que le demos: "Dadme, Señor, lo que mandáis y mandad lo que queráis" (San Agustín).

Todo ello, sin embargo, sin inquietudes ni zozobras, con la paz y serenidad propia de los hijos de Dios en el trato con el mejor de los padres.

c) GRAN ESPÍRITU DE FE PARA VIVIR EN UNA ATMÓSFERA SOBRENATURAL. La mayor parte de las almas en gracia viven de ordinario una vida casi enteramente humana y natural. Todo lo ven y lo enjuician desde el punto de vista puramente humano, cuando no del todo mundano. *Su cortedad de vista y miopía espiritual es tan grande que casi nunca aciertan a remontar sus miradas por encima de las causas puramente humanas para ver los designios de Dios en todo cuanto ocurre en torno suyo.* Si se les molesta—aunque sea inadvertidamente—, se enfadan y lo llevan muy a mal. Si un superior les corrige algún defecto, le tachan de exigente, tirano y cruel. Si se les humilla, ponen el grito en el cielo. A su lado hay que proceder en todo con la misma cautela y precaución que si se tratara de una persona mundana, enteramente desprovista de espíritu sobrenatural.
No es posible que en tales almas actúen jamás los dones del Espíritu Santo. Ese espíritu tan

imperfecto y humano tiene completamente asfixiado el hábito de los dones. Hasta que no se esfuercen un poco en levantar sus miradas al cielo y, prescindiendo definitivamente de sus miras egoístas y humanas, no se dejen guiar por las luces de la fe para empezar a vivir una vida auténticamente sobrenatural, seguirán arrastrando por el suelo su pobre y penosa vida espiritual sin emprender el vuelo hacia las alturas. Para aprender a volar hay que batir muchas veces las alas hacia lo alto, al precio que sea y cueste lo que cueste.

d) PROFUNDA HUMILDAD DE CORAZÓN. Es un hecho que *"Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes".*
Hemos de humillarnos de todo corazón ante Dios y ante los hombres, reconociendo nuestra nada y nuestra total impotencia para el bien si Dios no nos previene y acompaña con su gracia.

Hemos de pensar que cualquiera de nuestros hermanos, por imperfecto que parezca, correspondería mucho mejor que nosotros *si Dios le diese las mismas gracias que a nosotros*, y, por tanto, hemos de tenernos por indignos de recibir cualquier gracia especial de Dios.

Cuanto más nos humillemos de verdad y de todo corazón, tanto más nos exaltará el Señor, porque *"el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado".*

e) INVOCAR CON FRECUENCIA AL ESPÍRITU SANTO.

Pero ninguno de estos medios los podremos practicar sin la ayuda y gracia preveniente del mismo Espíritu Santo. Por eso hemos de invocarle con frecuencia y con el máximo fervor posible, recordándole al Señor su promesa de enviárnoslo.

La secuencia de Pentecostés (Veni Sancte Spiritus), el magnífico himno de tercia (Veni Creator Spiritus) y la oración litúrgica de la misma fiesta (Deus qui corda fidelium...) deberían ser, después del Padrenuestro, nuestras oraciones predilectas. Repitámoslas muchas veces hasta obtener aquel *recta sapere* que nos ha de dar el Espíritu Santo.

Y, a imitación de los apóstoles cuando se retiraron al cenáculo para esperar la venida del Paráclito, asociemos a nuestras súplicas las del Corazón Inmaculado de María ("Cum

Maria Matre Iesu", la Virgen fidelísima y celestial Esposa del Espíritu Santo. La preciosa invocación de la letanía de la Virgen: Virgo fidelis, ora pro nobis, debería ser una de nuestras jaculatorias predilectas; porque el Espíritu Santo se nos comunicará en la medida de nuestra fidelidad a la gracia, y esta fidelidad hemos de obtenerla por María, Mediadora universal de todas las gracias.

ARTICULO III
LA GRACIA ACTUAL

Inhabitación trinitaria,
gracia santificante,
virtudes infusas,
dones del Espíritu Santo:
tal es la pingüe herencia del alma justificada.

Todo ello constituye un tesoro rigurosamente infinito, y, sin embargo, si no tuviéramos más que eso, no podríamos dar un solo paso en la vida espiritual en marcha hacia la perfección cristiana.

Porque *la inhabitación trinitaria y la gracia santificante son elementos estáticos*, no

dinámicos; se ordenan al ser, no a la operación.

Y en cuanto a las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, son elementos dinámicos ciertamente, *pero no pueden dar un solo paso sin el previo empuje de la gracia actual*. He aquí el nuevo elemento divino que es menester examinar para terminar nuestra visión de conjunto de lo divino encarnado en el cristiano.

Vamos a exponer brevemente su naturaleza, necesidad, división y oficios y funciones.

Las *gracias actuales* son absolutamente necesarias en el orden sobrenatural dinámico.

Es *imposible que el esfuerzo puramente natural del alma pueda poner en ejercicio los hábitos infusos operativos*—virtudes y dones—, ya que el orden natural no puede determinar las operaciones del sobrenatural.

***Ni es posible tampoco que esos hábitos infusos puedan actuarse por sí mismos*, porque un hábito cualquiera nunca puede actuarse sino en virtud y por acción del agente que lo**

causó; luego, tratándose de hábitos infusos, sólo Dios, que los produjo o infundió, puede ponerlos en movimiento.

Se impone, pues, la acción de Dios **con la misma necesidad absoluta *con que se exige en metafísica la influencia de un ser en acto para que una potencia cualquiera pueda producir el suyo.***

En absoluto, *Dios podría desarrollar y perfeccionar la gracia santificante, infundida en la esencia misma de nuestra alma*, a base únicamente de gracias actuales, sin infundir en las potencias ningún hábito sobrenatural operativo

Pero, en cambio, no podría desarrollarla sin las gracias actuales aun dotándonos de toda, clase de hábitos operativos infusos, ya que esos hábitos no podrían jamás pasar al acto sin la previa moción divina mediante una gracia actual.

Es inútil tener pulmones si nos falta el aire para respirar. La gracia actual es para los hábitos infusos lo que el aire para nuestros pulmones.

Todo acto de una virtud infusa cualquiera y toda actuación de los dones del Espíritu Santo supone, por consiguiente, una previa gracia actual que ha puesto en movimiento esa virtud o ese don.
Precisamente la gracia actual no es otra cosa que el influjo divino que ha movido ese hábito infuso a la operación.

3. División

Aunque las gracias actuales, como hemos dicho, son innumerables, pueden catalogarse en unos cuantos grupos fundamentales. Los principales son los siguientes:

a) GRACIA OPERANTE Y COOPERANTE.

La Operante *es aquella en que el movimiento se atribuye a sólo Dios*: nuestra alma es movida, pero no mueve.

La cooperante *es aquella en que el alma es movida y mueve a la vez*

2 Notas del Editor:

- Esto, sin embargo, resultaría antinatural y violento. Hablamos ahora únicamente de la

potencia absoluta de Dios, no de lo que de hecho ha realizado en nuestras almas.

- Escuchemos a Santo Tomás: "La operación de un efecto no se atribuye al móvil, sino al motor. Por consiguiente, en aquellos efectos en que nuestra mente es movida y no motor, sino que es Dios solo el motor, la operación se atribuye a Dios, y en este sentido se llama gracia operante; mas en aquel efecto en el cual nuestra mente mueve y es movida, la operación no sólo se atribuye a Dios, sino también al alma, y en este sentido se llama gracia cooperante»

Esta división de la gracia actual , que es la fundamental, tiene gran importancia en la vida espiritual. La gracia cooperante es la propia de las virtudes infusas; por eso el alma tiene conciencia de que se mueve a si misma, ayudándola Dios, a esos actos de virtud. En cambio, bajo la gracia operante, que es la propia de los dones del Espíritu Santo y contiene eminentemente las gracias cooperantes, el alma se siente movida por Dios, limitándose ella a dejarse conducir por El con suavidad y sin ofrecerle resistencia. «Los que así son movidos por el Espíritu de Dios son los verdaderos hijos de Dios», en frase lapidaria de San Pablo (Rom 8,14).

Además de las Gracias Operante y Cooperante que vimos ayer, hoy examinaremos las siguientes:

b) GRACIA EXCITANTE Y ADYUVANTE.
La primera nos impulsa a obrar estando distraídos o inactivos.
La segunda nos ayuda a obrar estando ya decididos a ello.

c) GRACIA PREVENIENTE, CONCOMITANTE Y SUBSIGUIENTE.
La primera *precede* al acto del hombre, moviendo o disponiendo la voluntad para que quiera.
La segunda *acompaña* al acto del hombre, concurriendo con él a la producción del mismo efecto.
La tercera, en fin, se dice por relación a otra gracia concedida anteriormente, a la que viene a completar y perfeccionar (v.gr., haciéndonos cumplir un buen propósito).

d) GRACIA INTERNA Y EXTERNA.
La primera es la que afecta intrínsecamente al alma o a sus potencias (v.gr., una inspiración de Dios).

La segunda influye tan sólo exteriormente (v.gr., un buen ejemplo, la audición de un sermón, etc.).

e) GRACIA SUFICIENTE Y EFICAZ.
La primera es aquella que bastaría de suyo para obrar sobrenaturalmente si el alma no resistiera a esa divina moción (v.gr., todas las gracias externas y muchas inspiraciones internas).
La segunda es la que nos mueve internamente, de tal modo que produce infaliblemente lo que Dios intenta, sin comprometer, no obstante, la libertad del alma, que se adhiere a ella y la secunda de una manera libérrima e infalible al mismo tiempo.
***Sin la primera no podemos obrar*;**
***con la segunda obramos infaliblemente*.**
***La primera nos deja sin excusa ante Dios*;**
la segunda es un efecto gratuito de su infinita misericordia.

4. Oficios y funciones

Tres son las funciones u oficios de las gracias actuales:

- **disponer al alma para recibir la gracia santificante y los hábitos infusos operativos,**
- **actuarlos**
- **e impedir su desaparición.**

a) En primer lugar disponen al alma para recibir los hábitos infusos cuando carece de ellos por no haberlos tenido nunca o por haberlos perdido culpablemente.
La gracia actual lleva consigo, en este caso,

- **el arrepentimiento de las propias culpas,**
- **el temor al castigo,**
- **la confianza en la misericordia de Dios, etc.**

b) En segundo lugar, sirven para actuarlos cuando ya se poseen *en unión con la gracia habitual o sin ella* (fe y esperanza informes).

Esta actuación, supuesta la unión con la gracia habitual, lleva consigo el perfeccionamiento de los hábitos infusos, y, por consiguiente, el crecimiento y desarrollo de toda la vida sobrenatural si han actuado los hábitos con la intensidad requerida para ello.

c) Finalmente, la tercera función de la gracia actual es la de evitar que los hábitos infusos desaparezcan del alma por el pecado mortal.

Implica

- **el fortalecimiento contra las tentaciones,**
- **la indicación de los peligros,**
- **el amortiguamiento de las pasiones,**
- **la inspiración de buenos pensamientos, etc.**

Como se ve, la gracia actual es de un precio inestimable. *Es ella, en rigor, la que da eficacia a la habitual, a las virtudes y a los dones.*

***Es el impulso de Dios, que pone en marcha el organismo de nuestra vida divina desde las profundidades más recónditas de nuestra alma, templo vivo de la Santísima Trinidad*.**

La fidelidad a la gracia, o sea, la docilidad en seguir las mociones del Espíritu Santo a través de la gracia actual constituye uno de los aspectos más importantes y decisivos del crecimiento espiritual de nuestras almas en marcha hacia la perfección cristiana

LIBRO II
Los misterios de Cristo, reproducidos en el cristiano

Como indicábamos en la pequeña introducción a esta segunda parte de nuestra obra, el cristiano ha de vivir, reproduciéndolos en sí mismo, los grandes misterios de la vida de Cristo para convertirse auténticamente en otro Cristo, o, si se quiere, en una nueva humanidad sobreañadida en la cual renueve Él todos sus misterios.
Antes de estudiar en particular los principales misterios de Cristo que el cristiano ha de procurar reproducir, vamos a exponer brevemente, en un capítulo preliminar, el modo de vivir el misterio de Cristo considerado en general. Será una sintética visión de conjunto, que bastaría por sí sola si acertáramos a vivirla plenamente.

Capítulo Preliminar

Cómo vivir el misterio de Cristo

Hay una fórmula sublime que resume admirablemente todo lo que deberíamos hacer para escalar las más altas cumbres de la perfección cristiana. La emplea la Iglesia en el Santo Sacrificio de la Misa y constituye por sí sola uno de sus ritos más augustos. El sacerdote, inmediatamente antes de pronunciar la incomparable oración dominical, el Padre Nuestro, hace una genuflexión ante el Santísimo Sacramento depositado sobre los corporales y, cogiendo después reverentemente la Sagrada Hostia, traza con ella cinco cruces, tres sobre el cáliz y las otras dos fuera de él, al mismo tiempo que pronuncia estas sublimes palabras: *Per ipsum, et cum ipso, it in ipso, est tibi Deo Patri omnípotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria.*

Vamos a comentar esta breve fórmula, y veremos cómo efectivamente está contenida en ella la quintaesencia de la vida cristiana y el camino único para llegar a la santidad

«Per ipsum»

***Cristo es el único Camino. Nadie puede ir al Padre sino por Él, ya que sólo Él conoce al Padre y aquél a quien El quisiere revelárselo*.**

Según esto, la preocupación fundamental, y casi podríamos decir la única, del cristiano que quiere santificarse no ha de ser otra que la de incorporarse cada vez más intensamente a Cristo para hacerlo todo por Él. Es preciso que desaparezcamos nosotros, o, mejor dicho —para quitar a la frase todo resabio panteísta—, es preciso incorporar de tal manera a Cristo todas nuestras buenas obras, que no nos atrevamos a presentar ante el Padre una sola de ellas sino por Cristo, a través de Cristo, por medio de Cristo. *Esto complacerá al Eterno Padre y le dará una glorificación inmensa.*

No olvidemos que *el Eterno Padre, en realidad, no tiene más que un solo amor y una sola obsesión eterna—si es lícito hablar así—: su Verbo.* Nada le interesa fuera de Él; *y si nos ama infinitamente a nosotros, es "porque nosotros amamos a Cristo y hemos creído que*

***<u>ha salido de Dios”; absolutamente por nada más</u>*: lo ha dicho expresamente el mismo Cristo:**
“El mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que Yo he salido de Dios” (Juan 16,27)**.**

***¡Sublime misterio, que debería convertir nuestro amor a Cristo en una especie de obsesión, la única de nuestra vida, como constituye la única de su Padre celestial* y constituyó y constituirá siempre la única de todos los santos! ¿Qué otra cosa hace la Iglesia y qué nos enseña en su divina liturgia sino únicamente esto ? A pesar de ser la esposa inmaculada de Cristo, en la que no hay la menor mancha ni arruga (Eph 5,27), la santa Iglesia no se atreve a pedirle nada al Eterno Padre en nombre propio, sino única y exclusivamente en el de su divino Esposo: *per Dominum Nostrum Iesum Christum Filium tuum*...**
Por Cristo: he ahí la primera gran preocupación que debe tener el cristiano en la realización de todas sus buenas obras. Sin eso andará fuera de camino, no dará un solo paso hacia adelante, no llegará jamás a la cumbre

de la santidad. ¡Qué desorientación, pues, la de los que ponen la «devoción a Nuestro Señor», como uno de tantos medios de santificación, al lado del examen de conciencia o de la lectura espiritual!

«Et cum ipso»
"Y con Él"

Pero hacer todas las cosas por Cristo a través de Cristo, es poco todavía. *Hay que hacerlas con Él, en unión íntima con Él.*

La divinidad de Cristo, el Verbo de Dios, está presente de manera permanente y habitual en toda alma en gracia. Y el Verbo puede utilizar continuamente *la virtud instrumental de su Humanidad Santísima* —a la que está unido hipostáticamente— para inundarnos de vida sobrenatural. No olvidemos que Cristo, Hombre-Dios, es la fuente y manantial único de la gracia y que *la gracia de Cristo que nos santifica a nosotros no es su gracia de unión* —que es propia y exclusiva de Él—, sino su gracia capital, esto es, la gracia habitual,

de que está llena su alma santísima, y que ***se desborda de Él sobre nosotros como de la cabeza refluye la vida a todos los miembros de un organismo vivo.***

De manera que no es una sublime ilusión, tan bella como irrealizable, eso de hacer todas las cosas con Cristo; es una realidad profundamente teológica. Mientras permanezcamos en gracia, Cristo está con nosotros, está dentro de nosotros —físicamente con su divinidad, virtualmente con su humanidad santísima—, y nada se opone a que lo hagamos todo con Él, juntamente con Él, íntimamente unidos a Él.

¡Qué valor y precio adquieren nuestras obras ante el Eterno Padre cuando se las presentamos de esta manera, incorporados a Cristo y en unión íntima con El! Sin esta unión no valdrían absolutamente nada: nihil, dice expresamente el mismo Cristo (Io 15,5). Con El, en cambio, adquieren un valor absolutamente incomparable. Es la gotita de agua, que no vale nada por sí misma, pero que, arrojada al cáliz y mezclada con el vino del sacrificio, se convierte en la sangre

de Jesús, con todo su valor redentor y santificador rigurosamente infinito..

Esta idea, complementaria de la anterior y preparatoria de la siguiente, constituía la tortura obsesionante de San Pablo.

Aquel hombre extraordinario que recibió como ninguno luces vivísimas de Dios para asomarse un poco al abismo insondable del "misterio de Cristo", no sabía cómo explicarle al mundo las incomprensibles riquezas encerradas en Él: "investigabiles divitias Christi", y de qué manera el Eterno Padre nos ha enriquecido con ellas: "Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza", hasta llenarnos en Cristo de la plenitud misma de Dios: "y estáis llenos de Él para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios".

Todos los esfuerzos del cristiano han de encaminarse a aumentar e intensificar cada vez más esta unión con Cristo. Ha de hacer todas sus cosas con Jesús, en entrañable unión con Él. Oración, trabajo, recreo, comida, descanso..., todo ha de unirlo a Cristo para realizarlo juntamente con Él.

***Un solo acto de Jesús glorifica más a Dios que le glorificarán, por toda la eternidad, todos los actos de todos los ángeles y bienaventurados juntos, incluyendo a la misma inmaculada Madre de Dios*.**

¡Qué riquezas tan insondables tenemos en Cristo y cuánta pobreza y miseria fuera de El! Aun cuando nos despedazáramos con disciplinas sangrientas, si no incorporáramos esos dolores a los de Cristo, no tendrían valor ninguno. Nuestra sangre es impura, y solamente mezclándose con la de Jesús puede tener algún valor ante Dios.

Los santos se aprovechaban sin cesar de estas inefables riquezas que el Eterno Padre ha puesto a nuestra disposición, y, a través de ellas, miraban con confiado optimismo el porvenir, sin que les asustase su pobreza. *"No te llames pobre teniéndome a mí"*, dijo el mismo Cristo a un alma que se lamentaba ante Él de su miseria.

"Et in ipso"
"Y con Él"

Sublime es todo lo que acabamos de recordar, pero hay algo mucho más alto todavía. *Hacer todas las cosas por Cristo y con Él es de un precio y valor incalculable.* Pero hacerlas en Él, dentro de "Él", identificados con Él, eleva hasta el máximo esta sublimidad y grandeza.

Las dos primeras modalidades *(por, con) son algo extrínseco a nosotros y a nuestras obras*; esta tercera nos mete dentro de Cristo, identificándonos de alguna manera con Él y nuestras obras con las suyas.

Tema sublime, que es menester tratar con toda serenidad y exactitud para no deformarlo, rebajándole de nivel, o no desbordarlo, cayendo en lamentables extravíos.

"Et in ipso"
"Y con Él"

Para vislumbrar un poco, siquiera sea desde muy lejos, este misterio inefable es preciso recordar las líneas generales de nuestra incorporación a Cristo como cabeza del cuerpo místico. En virtud de esta incorporación a Cristo —de la que no nos es licito abrigar la menor duda, puesto que consta expresamente

en las fuentes mismas de la revelación—, el cristiano forma parte de Cristo. El Cristo total de que habla San Agustín es Cristo más nosotros.

El cristiano en gracia forma como una misma cosa con Jesús. Sarmiento de Cristo, vive de su misma vida, circula por sus venas la misma savia vivificadora de su divina Vid. Jesucristo no está completo sin nosotros. No alcanza su plenitud de Cristo total si no somos uno con Èl. Incorporados a Él, somos partes integrantes de su unidad total.

“Se dice: Christianus alter Christus: el cristiano es otro Cristo, y nada más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. Otro no significa aquí diferente. No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe: Christus facti sumus, según dice San Agustín. No hemos de hacernos una cosa distinta de Él; hemos de convertirnos en Él”

Teniendo en cuenta esta divina realidad, se comprenden menos mal aquellas misteriosas expresiones de San Pablo y del Evangelio: nuestros sufrimientos completan lo que falta a su pasión (Col 1,24); Él es el que combate en

nosotros (Col 1,29) y el que triunfa. Cuando se nos persigue a nosotros, se le persigue a Él (Act 9,5); el menor servicio que se nos preste, lo acepta y recompensa como si se lo hubieran hecho a Él mismo (Mt 10, 42; 25,34-46). El último y supremo anhelo de Cristo en la noche de la cena es que seamos uno con Él (Io 17,21) de una manera cada vez más perfecta, hasta que lleguemos a ser «consumados en la unidad» en el seno del Padre (Io 17,23).

De manera que está fuera de toda duda que Cristo nos ha incorporado a Sí, nos ha hecho miembros suyos. Nos hemos convertido en algo suyo, somos realmente su cuerpo. Dependemos enteramente de Cristo, Christi sumus; mejor aún, Christus sumus; no sólo de Cristo, sino Cristo. San Agustín no vacila en afirmarlo: "Nos hizo concorporales y miembros suyos para que juntamente con Él fuésemos Cristo... Y todos somos en Él de Cristo y Cristo, porque en cierto modo la cabeza y el cuerpo forman el Cristo total".

Pues si esto es así, ya se comprende que el cristiano debe realizar todas sus obras de tal, no solamente por Cristo y con Cristo, sino en Él, identificado con Él. Ha de revestirse de tal

manera de Jesucristo, que el Eterno Padre, al mirarle, le encuentre siempre, por así decirlo, revestido de Jesús. Era la suprema ilusión de sor Isabel de la Trinidad: "Noveáis en mí más que al Hijo muy amado, en el que tenéis puestas todas vuestras complacencias". Y para llegar a este sublime resultado le había pedido a Cristo que "la substituyera"; y al Espíritu Santo, que realizara en su alma "como una nueva encarnación del Verbo", a fin de convertirse para Él en "una nueva humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio".

No es, pues, una aspiración ilusa y extraviada la de querer hacer todas nuestras obras en Cristo, identificadas con las suyas.
Es, por el contrario, una divina realidad, cuya actualización, cada vez más intensa y frecuente, elevará al cristiano hasta la cumbre de la santidad; hasta sentirse de tal manera dominado y poseído por Cristo, que se vea impulsado a exclamar como San Pablo:
"Mihi vivere Christus est": mi vida es Cristo, porque ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí: "vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus".

El cristiano ha alcanzado entonces su plenitud en Cristo ha llegado a su completa y total cristificación, está en la cumbre misma de la perfección y de la santidad.

Echemos ahora una breve ojeada al resto de la fórmula que estamos examinando.

"Tibi Deo Patri omnípotenti"

Todo se ordena, finalmente, al Padre. La gloria de Su Padre celestial tenía obsesionado a Cristo. No quiere que se cumpla su propia voluntad si se ha de oponer en lo más mínimo a la de su Padre (Mt 26,39); trabaja únicamente por agradarle (Io 8,29); vive únicamente por Él y para Él (Io 6,58); y si, llegado el momento, pide a su Padre que le glorifique, es únicamente para que Él pueda glorificar también al Padre (Io 17,1).

La primera palabra que de Jesús niño recoge el Evangelio es ésta: *"¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?"* (Le 2,49); y la última que pronunciaron sus labios moribundos en lo alto de la cruz fue esta otra: *«Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Le 23,46).

Jesucristo vivió y murió pensando en su Padre celestial. El cristiano ha de parecerse a su divino Modelo en todo, pero principalmente en esta aspiración continua a su Padre celestial. San Pablo nos lo recordó al decirnos—estableciendo con ello la jerarquía de valores en todo cuanto existe*—: "Todas las cosas son vuestras; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios" (1 Cor 3,22-23).*

Y un poco más adelante, en la misma epístola, completa su pensamiento cuando escribe: *"Es preciso que El (Cristo) reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies..."; pero "cuando le queden "sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas"* (ibid., 15,25-28).

La gloria de Dios es el fin último, absoluto, de toda la obra divina de la creación del mundo, redención y glorificación del género humano. En el cielo es donde se cumplirá en toda su perfección e integridad aquello de San Juan de la Cruz: *"Sólo mora en este monte la honra y gloria de Dios".*

“In unitate Spiritus Sancti”

Esta gloria de Dios, como es obvio, no pertenece exclusivamente a la persona del Padre. Es la gloria de la divinidad, del Dios uno y trino de la revelación. Por consiguiente, esa gloria que recibe el Padre por Cristo, con Él y en Él, pertenece también al Espíritu Santo, *lazo divino que une al Padre y al Hijo en un inefable vínculo de amor que los consume a los tres en la unidad de una misma esencia.*

«Omnis honor et gloria»

Omnis, todo honor y gloria. Es porque, ya lo hemos dicho, en el plan actual de la economía de la gracia, toda la gloria que ha de recibir la Trinidad Beatísima de los hijos de los hombres ha de subir hasta ella por Cristo, con Él y en Él.

No cabe la menor duda. En el per ipsum de la santa Misa tenemos una fórmula sublime de santificación. El cristiano que se dedique a vivirla encontrará en ella un programa acabadísimo de perfección y un maná escondido que- alimentará su vida espiritual y la irá incrementando hasta llevarla a su plena

expansión y desarrollo en la cumbre de la santidad.

SECCIÓN I
Nacimiento e infancia del cristiano

En esta primera sección vamos a establecer el paralelismo entre el nacimiento e infancia de Cristo y el nacimiento e infancia espiritual del cristiano.

Dividiremos la materia en tres capítulos:
1) El bautismo, sacramento de la regeneración.
2) Hijos de María.
3) La infancia espiritual del cristiano.

CAPITULO I
El bautismo, nacimiento del cristiano

El nacimiento espiritual del cristiano a la vida de la gracia se verifica por el sacramento del bautismo, que por eso recibe en teología el nombre de sacramento de la regeneración.

También se le llama, con mucha propiedad, sacramento de la adopción, porque nos

infunde la gracia santificante, que nos hace hijos adoptivos de Dios, y sacramento de la iniciación cristiana, porque en él comienza el proceso de nuestra vida cristiana, que ha de desarrollarse progresivamente hasta llegar a la edad perfecta según la medida de nuestra particular predestinación en Cristo.

Expondremos

- **la naturaleza del bautismo,**
- **sus efectos**
- **y las exigencias que lleva consigo.**

1- Naturaleza del Bautismo

Es de fe que Cristo instituyó por sí mismo el sacramento del bautismo, lo mismo que los otros seis (D 844).

Nominalmente, la palabra bautismo viene del griego y significa volver a sumergir.
Es aptísima para expresar la forma en que se administra el sacramento (por inmersión o ablución con agua) y el *efecto principal que produce en el alma: lavarla o purificarla de sus pecados infundiéndole la gracia.*

En su significación real, el bautismo puede definirse:

Sacramento de la regeneración espiritual
mediante la ablución con agua
y la invocación expresa
de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad.

En esa definición están recogidos todos los elementos esenciales del Bautismo:

a) SACRAMENTO.
Es el género próximo de la definición, común a todos los demás sacramentos. El género remoto de todos ellos es el ser signos de la gracia que confieren.

b) DE LA ESPIRITUAL REGENERACIÓN.
Es la diferencia especifica que distingue el bautismo de todos los demás sacramentos.
Esa espiritual regeneración lleva consigo muchas cosas, como veremos en seguida al hablar de los efectos del bautismo.

c) MEDIANTE LA ABLUCIÓN CON AGUA.
Es la materia propia del bautismo en cuanto sacramento.
Sin ella pueden darse los llamados bautismos

- **de sangre (el martirio sufrido por Cristo)**

- **y de deseo (la caridad o contrición perfecta en un pecador no bautizado),**

que, aunque confieren también la gracia y son suficientes para la salvación, no son sacramentos ni confieren, por lo mismo, el carácter sacramental.

d) Y LA INVOCACIÓN EXPRESA DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Es la forma propia del sacramento del bautismo, indispensable para la validez.

La invocación de las divinas personas ha de ser expresa *("Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"),* sin que sea suficiente bautizar "en el nombre de la Santísima Trinidad" y, menos aún, «en el nombre de Cristo".

El sacramento del bautismo produce en el bautizado una serie de divinas maravillas.

Las principales son:

a) Infunde la gracia regenerativa.

b) Convierte al bautizado en templo vivo de la Santísima Trinidad.

c) Le hace miembro vivo de Jesucristo.

d) Imprime el carácter cristiano.

e) Borra el pecado original y los actuales, si los hay.
f) Remite toda la pena debida por los pecados.

Vamos a examinar uno por uno todos estos admirables efectos.

a) Infunde la gracia regenerativa

El sacramento del bautismo produce todos sus efectos simultáneamente, pero hay entre ellos cierto orden de naturaleza y de excelencia. El más importante y base de todos los demás es la infusión de la gracia regenerativa.

El menor átomo de gracia nos eleva infinitamente por encima de todo el universo. Si los serafines no estuvieran divinizados también, envidiarían al alma revestida de esta naturaleza divina. Poned en el platillo de una balanza a uno de esos niños harapientos que pululan en nuestras grandes ciudades: si ese niño está bautizado y revestido de la gracia divina, para contrapesar su grandeza sobrenatural sería menester echar sobre el otro platillo de la balanza toda la sangre de Cristo derramada por él, el Hijo mismo de Dios.

Esta es la primera de las grandes maravillas que obra en nosotros el bautismo: reengendrarnos a la vida sobrenatural, comunicándonos la gracia de adopción, que nos hace entrar en la familia misma de Dios y nos constituye herederos de sus riquezas infinitas.
Pero, con todo, hay una realidad mucho más sublime todavía. Las riquezas de Dios no son el mismo Dios, y la gracia bautismal nos entrega en posesión al mismo Dios uno y trino, que se ha dignado manifestarse a nosotros por la divina revelación.

b) Convierte al bautizado en templo vivo de la Santísima Trinidad

Como hemos explicado, la inhabitación trinitaria es inseparable de la gracia santificante.
La gracia es como el trono donde toma su asiento la Trinidad Beatísima en el más profundo centro de nuestra alma.

Escuchemos al P. Philipon explicando admirablemente esta asombrosa maravilla:

"La gracia introduce al alma en el orden mismo de la vida trinitaria, permitiéndole, con toda verdad, participar en las operaciones más íntimas de la Santísima Trinidad.

- **La fe, el lumen gloriae sobre todo, es una participación del Verbo;**
- **la caridad, una participación del Espíritu Santo,**
- **y el Padre nos comunica esta gracia de adopción, que nos establece en la dignidad suprema de hijos de Dios.**

En su Cántico espiritual, San Juan de la Cruz nos hace entrever la sublimidad de una vida así divinizada en el alma llegada a las cumbres de la unión transformante, que constituye la plena expresión de la gracia del bautismo acá en la tierra. La describe participando en cierto modo en el acto mismo de la generación del Verbo por el Padre y en el acto beatífico que les une al uno y al otro en un abrazo indisoluble en la espiración de un mismo Amor...

C) Le hace miembro vivo de Cristo

La gracia santificante, al comunicarnos

la vida divina, nos hace templos vivos de la Santísima Trinidad y miembros vivos de Jesucristo. El bautismo es quien establece por primera vez nuestra incorporación a Cristo como miembros suyos.
Escuchemos de nuevo al P. Philipon:

"Si elementos puramente materiales, como el agua del bautismo, son capaces, en manos de Dios, de convertirse en instrumentos de la gracia y fuentes de vida, cuánto más la humanidad del Salvador, unida personalmente al Verbo de Dios, puede divinizar nuestras almas por su contacto redentor.

El bautismo tiene precisamente por misión establecer este primer contacto del Salvador con nosotros. Importa mucho repetirlo: es Cristo quien bautiza personalmente, es Él quien viene a traernos la vida de la Trinidad. Nuestra fe ha de descubrir, a través del ministro visible, el Cristo invisible que obra en nosotros. En el instante mismo en que Cristo se inclina desde lo alto del cielo sobre un alma para bautizarla, Dios comunica a esta humanidad del Salvador una virtud que la sobreeleva y le hace participar de su acción divinizadora sobre las almas. Dios no nos diviniza sino por Cristo.

Toda nuestra vida espiritual queda profundamente modificada. Cuando Dios escoge sus instrumentos de acción, es siempre en vistas a un fin particular. No sin un designio misterioso la humanidad de Cristo es instrumento de la Trinidad. Dios marca en nuestras almas la imagen de Cristo. Nos hace hijos de adopción, pero "a imagen de su Hijo único". Cristo se hizo hombre para que el hombre se hiciera Cristo.

Es fácil darse cuenta de las consecuencias incalculables de esta verdad en toda la economía de nuestra elevación al orden sobrenatural. Nuestra vida espiritual es una vida divina en Cristo. Exegetas y teólogos han puesto de relieve, sobre todo a la luz de San Pablo, este carácter inseparable de unión a Cristo que cobra la vida, la muerte y la gloria del cristiano. Ser bautizado es "morir al pecado" con Cristo, "ser sepultado con Él" para "resucitar a la vida de Dios en este Cristo que ya no muere más" y "sentarse con Él en lo más alto de los cielos". Es lo que San Pablo llama "revestirse de Cristo por el bautismo".

Sabemos hasta dónde conduce esto: el

cristiano es “clavado en la cruz con Cristo”. Participa de los mismos sentimientos de Cristo. Para el cristiano, “morir es dormirse en Cristo”, dice todavía San Pablo magníficamente.
En fin: después de veinte siglos, los doctores y los santos repiten a porfía la célebre fórmula que expresa con sublime concisión todo el ideal cristiano: Mi vida es Cristo.
No se puede ir más lejos en el misterio de nuestra identificación con Cristo.

d) Imprime el carácter cristiano

Como es sabido, tres de los sacramentos instituidos por Cristo—el bautismo, la confirmación y el orden sacerdotal—imprimen en el alma una huella imborrable, que recibe el nombre de carácter (del griego Kapaicníp, sello, marca, señal que distingue una cosa de otra).

Esa marca impresa en el alma es de tal manera indestructible, que permanecerá eternamente en el bienaventurado o condenado como signo distintivo de haber recibido el bautismo de Cristo.

d) Imprime el carácter cristiano

El carácter sacramental nos configura con Cristo Sacerdote, dándonos una participación física y formal de su propio sacerdocio eterno.

Esta participación en el sacerdocio de Cristo se inicia con el simple carácter bautismal, se amplía o perfecciona con el de la confirmación y llega a su plena perfección con el del orden sagrado.

De este hecho se sigue que los fieles cristianos, aun los laicos o seglares, están adornados con cierta misteriosa dignidad sacerdotal, si bien en grado muy inferior e imperfecto con relación a los que han recibido el sacramento del orden.

Los simples fieles no pueden realizar las funciones propiamente sacerdotales, principalmente las relativas al sacrificio eucarístico y al perdón de los pecados; pero les alcanza cierto resplandor del sacerdocio de Cristo, no metafóricamente, sino en sentido propio y real. Volveremos más ampliamente sobre esto en otro lugar.

e) Borra el pecado original y los actuales si los hay.

Lo definió expresamente el concilio de Trento contra los protestantes. Es una consecuencia necesaria de la infusión de la gracia, incompatible con el pecado.

Cuando se trata de un niño no llegado todavía al uso de razón, el bautismo le quita tan sólo el pecado original, que es el único que tiene. Pero si se trata de un adulto con uso de razón, además del pecado original, el bautismo le quita o borra totalmente todos los demás pecados que pueda tener, con tal que al recibirlo *tenga atrición sobrenatural de todos* ellos. Y los borra y extingue de tal modo, que el bautizado no tiene obligación de confesarse de ellos, como si nunca los hubiera cometido.

Es que *la sangre de Cristo se derrama sobre él con tal plenitud, que le hace morir totalmente al pecado y le resucita* a la vida de la gracia por una verdadera y auténtica regeneración espiritual.

f) Remite toda la pena debida por los pecados, tanto la eterna como la temporal

Lo enseña expresamente la Iglesia en el concilio de Florencia:
"El efecto de este sacramento es la remisión de toda culpa original y actual, y también de toda la pena que por la culpa misma se debe. Por eso no ha de imponerse a los bautizados satisfacción alguna por los pecados pasados, sino que, si mueren antes de cometer alguna culpa, llegan inmediatamente al reino de los cielos y a la visión de Dios" (D 696)**.**

Pasaremos a reflexionar en la razón fundamental de estos efectos tan maravillosos que da Santo Tomás. Estas son sus palabras:

"La virtud o mérito de la pasión de Cristo obra en el bautismo a modo de cierta generación, que requiere indispensablemente la muerte total a la vida pecaminosa anterior, con el fin de recibir la nueva vida; y por eso quita el bautismo todo el reato de pena que pertenece a la vieja vida anterior.
En los demás sacramentos, en cambio, la virtud de la pasión de Cristo obra a modo de sanación, como en la penitencia. Ahora bien, la sanación no requiere que se quiten al punto todas las reliquias de la enfermedad".

Tales son los principales maravillosos efectos que produce en nuestras almas el sacramento del bautismo. Por eso sin duda alguna, el día más grande de la vida del cristiano es el día de su bautismo. Todos los dones y gracias sobrenaturales que vengan después de él no serán sino complementos de la vida cristiana engendrada o nacida bajo las aguas del bautismo. La misma ordenación sacerdotal, el mismo supremo pontificado, son inferiores al bautismo: el Papa es mucho más grande por cristiano que por Papa.

San Vicente Ferrer celebraba siempre con gran solemnidad el aniversario de su bautismo. Cantaba la misa en acción de gracias y, si se encontraba en Valencia, iba a la iglesia donde fue bautizado y besaba reverentemente la pila bautismal donde había recibido la regeneración en Cristo. Y San Luis Rey de Francia firmaba los documentos reales con la fórmula "Luis de Poissy", para recordar el lugar de su bautismo, que le había constituido no rey de Francia, sino príncipe heredero de la gloria.

Ya se comprende que una realidad tan divina como la del bautismo llevará consigo exigencias inmensas en orden a la correspondencia por parte nuestra.
Las principales son dos, una negativa y otra positiva: morir definitivamente al pecado y comenzar una nueva vida toda entera para Dios en Cristo Jesús.

Vamos a examinar por separado cada uno de estos dos aspectos.

a) Morir definitivamente al pecado
La primera y más elemental exigencia del bautismo es la muerte definitiva al pecado.

En un cristiano consciente de su excelsa dignidad de hijo de Dios, el pecado debería ser materialmente imposible. Nadie daría su vida temporal a cambio de una baratija de diez céntimos. No hay comparación posible entre la vida sobrenatural y todo lo que, a cambio de ella, nos pueden ofrecer el mundo , el demonio o la carne.

Escuchemos al abate Grimau explicando de manera gráfica e impresionante la catástrofe

del pecado, que nos arranca violentamente del cuerpo místico de Cristo.

“A fin de comprender bien los males que se derivan de la ruptura con Cristo, es menester tomar como término de comparación lo que sucedería con un miembro al que un accidente hubiera separado de nuestro cuerpo; por ejemplo, con nuestra mano inmediatamente después de ser triturada la muñeca. Mi muñeca constituía una robusta unión entre mi mano y mi brazo.
Del mismo modo, en el cuerpo místico, el miembro está sólidamente unido con el Jefe— dice San Pablo—, al cual está ligado por medio de los nervios y junturas (Col 2,19)**. Las junturas principales, o sea aquellas que aseguran la solidez de la unión espiritual entre el miembro y la cabeza, en el cuerpo místico son la fe, la esperanza y la caridad.**

Al renacer del agua y del Espíritu Santo, el alma ha sido creada nuevamente. Recibió, agregándose a su ser natural, potencias sobrenaturales, que la tornan capaz de llegar hasta Cristo y de agregarse a Él. Estas nuevas facultades, maravillosos órganos del alma transformada que le permiten, si así

puede expresarse, asir a Dios, son: la fe, que le permite tomar a Cristo, Verdad eterna, y a la Santísima Trinidad; la esperanza, que da al alma el poder de ligarse al Bien supremo que poseerá; la caridad, que provee al alma de la posibilidad de alimentarse del Amor. Por estos tres lazos, el miembro sólidamente ligado al Jefe no se hace sino uno solo con Él, de la misma manera que mi mano, fuertemente unida a mí por la muñeca, no constituía, antes de la accidental ruptura, más que una sola cosa conmigo".

CAPITULO II
Hijos de María

El cristiano—decíamos—ha de ser por gracia lo que Cristo es por naturaleza. Ahora bien: Cristo es, por naturaleza, Hijo de Dios e hijo de María. De donde hay que concluir que nuestra filiación adoptiva por la gracia no nos configuraría del todo con Jesucristo si, además de hacernos hijos de Dios, no nos hiciera también hijos de María.

Este es el tema dulcísimo que hemos de examinar en este capítulo.

Expondremos el fundamento teológico de nuestra filiación mariana y el modo de vivir nuestra vida de hijos de María mediante la piedad filial mariana.

i. Fundamento teológico de nuestra filiación mariana

Dos son los principios teológicos fundamentales que sirven de base a la maternidad espiritual de María **sobre todos nosotros: su maternidad divina y su condición de Corredentora.**

Vamos a exponerlos con claridad y brevedad.

a) La maternidad divina

Que María es real y verdaderamente Madre de Dios, es una verdad de fe expresamente definida por la Iglesia en el concilio de Éfeso. Es una consecuencia inevitable del hecho de ser madre de la persona divina de Cristo.

Pero Cristo no es solamente Él, sino también nosotros. Hemos visto largamente en su lugar correspondiente que Cristo es la cabeza de un cuerpo místico cuyos miembros somos todos nosotros.

Ese cuerpo místico no es físico, sino espiritual, pero muy real y verdadero en el orden de la gracia. Tan real y verdadero que forma, en unión con su divina cabeza, el Cristo total, el único Cristo que existe. Es imposible separar los miembros de su cabeza sin que dejen ipso facto de existir en cuanto tales. Los miembros del cuerpo místico existen en unión con su divina cabeza o dejan de existir en cuanto miembros.

> **La consecuencia mariológica no puede ser más clara y evidente. Si María es madre física de la cabeza—y es de fe que lo es—, tiene que ser forzosamente madre espiritual de los miembros espirituales de esa cabeza. Es imposible ser madre de la cabeza sin serlo también de los miembros, si —como ocurre en el orden físico y en el cuerpo místico— los miembros están realmente unidos a la cabeza, formando con ella un solo organismo físico o místico. María es tan realmente madre de Cristo-cabeza en el orden físico o natural, como madre nuestra en el orden místico o de la gracia. Salvando esta diferencia de órdenes impuesta por la**

naturaleza misma de las cosas, la maternidad espiritual de María sobre nosotros es tan real y verdadera como su maternidad física sobre Cristo; y, por lo mismo, en el orden espiritual y místico, *el cristiano tiene tanto derecho a llamar a María madre suya como Cristo en el orden físico o natural.*

Este es el argumento básico y la raíz más profunda de la maternidad espiritual de María sobre nosotros, pero no es el único. Aunque María no fuera madre nuestra por ser la madre de Cristo, lo sería por habernos merecido y alcanzado la gracia—que es la vida del alma—en su calidad de corredentora. Veámoslo brevemente.

b) La corredención

La tradición cristiana y el magisterio de la Iglesia, apoyándose en los datos de la Sagrada Escritura, afirman con toda claridad y firmeza que la Santísima Virgen María fue asociada por Cristo al misterio inefable de la redención del mundo.

No fue mera casualidad, sino designio especialísimo de Dios el que María estuviera al pie de la cruz de Jesús cuando éste consumaba su sacrificio redentor.

Escuchemos a Benedicto XV enseñando claramente esta doctrina:
"Los doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, estuvo presente, sin embargo, a su lado cuando fue a la muerte y fue clavado en la cruz, y estuvo allí por divina disposición. En efecto, en comunión con su Hijo doliente y agonizante, soportó el dolor y casi la muerte; abdicó los derechos de madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres; y, para apaciguar la justicia divina, en cuanto dependía de Ella, inmoló a su Hijo, de suerte que se puede afirmar, con razón, que redimió al linaje humano con Cristo".

Ahora bien: si María es nuestra Corredentora, o sea, si nos mereció y alcanzó en unión con Cristo la vida del alma juntamente con el perdón de los pecados, es claro y evidente que es nuestra madre espiritual por este nuevo título de Corredentora. En esto

consiste precisamente la maternidad: en comunicar al hijo la vida, ya sea la vida natural en el orden físico, o la vida sobrenatural en el orden de la gracia.

Escuchemos a Pío XII en un texto hermosísimo: "Ella fue la que, libre de toda mancha personal y original, *unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció, como nueva Eva, al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán*, manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la que era madre corporal de nuestra Cabeza, fuera, por un nuevo título de dolor y de gloria, madre espiritual de todos sus miembros".

De suerte que, cuando Cristo agonizante en la cruz dirigió al discípulo amado aquellas emocionantes palabras: "Hijo, ahí tienes a tu madre", no hizo sino promulgar solemnemente, a la faz del mundo entero, la maternidad espiritual de María sobre todos nosotros. *Sabido es, en efecto, que, según el testimonio unánime de la tradición cristiana, confirmado por la autoridad de la Iglesia*, el discípulo amado representaba en aquel momento a toda la humanidad redimida.

Consecuencias prácticas

Estos son los dos argumentos teológicos fundamentales que prueban la maternidad espiritual de la Virgen María sobre todos nosotros. Claro que, siendo nuestra incorporación a Cristo, como miembros suyos, la raíz y fundamento principal de nuestra filiación mariana, hay que concluir lógicamente:

1.° Que seremos tanto más perfectamente hijos de María cuanto más íntima y entrañable sea nuestra unión con Cristo.

2.° Que la filiación divina por la gracia y la filiación mariana del cristiano se perfeccionan y crecen simultáneamente y en el mismo grado, ya que la primera es el fundamento de la segunda.

3.º Que el cristiano que se desvincula de Cristo por el pecado mortal deja ipso Jacto de ser hijo de María, aunque continúa siéndolo en potencia, y debe recurrir a Ella implorando la gracia del arrepentimiento y del perdón como Abogada y Refugio de pecadores y Mediadora universal de todas las gracias.

2. La piedad filial mariana

La manera más perfecta y el modo más acabado de vivir nuestra filiación mariana a imitación de Cristo es practicando con la máxima intensidad posible la llamada piedad filial mariana, de la que ofrecemos un breve resumen.

Para evitar el pecado, la táctica infalible es lanzarse a la lucha con Maria Duce, con María por Capitana. Ella aplastó la cabeza de la serpiente infernal y comunica esta victoria a todos los hijos que la invocan.

b) LUCHA CONTRA LA TENTACIÓN. La tentación es la antesala del pecado. Es una incitación al mal. Las hay extremadamente peligrosas.

Pero con María la victoria es infalible. Escribe San Alfonso de Ligorio:
"Si todos los hombres amasen a esta benignísima y amabilísima Señora y recurriesen siempre y prontamente a ella en las tentaciones, ¿quién sucumbiría o quién se perdería? Cae y se pierde quien no recurre a María".
.
Su intervención es más patente en los combates de la pureza.

Su dulce nombre exhala aromas de inocencia; su sola invocación, siempre que sea confiada, pone en fuga al enemigo. *"¿Invocaste a María?", solía preguntar San Alfonso de Ligorio a los que dudaban si habían consentido o no en las sugestiones del enemigo. La con testación afirmativa era para el santo indicio seguro de no haber sucumbido.*

c) Aspecto positivo

La vida cristiana exige continuo desarrollo y crecimiento.

No basta evitar el pecado: es preciso llegar a "varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo". María ha de tener parte especialísima en nuestro proceso de cristificación.

Para ello es preciso: conocer a María, amarla, confiar en ella, imitarla y vivir en íntima unión con ella.

a) CONOCER A MARÍA. Nadie puede amar lo que no conoce, y poco se ama cuando se conoce poco. Es preciso estudiar a María lo más a fondo posible y en todos sus aspectos: su vida, sus virtudes admirables, sus

títulos y grandezas, el papel que desempeña en nuestra salvación y santificación, etc., etc.

Pero ha de ser un estudio orientado a la práctica, lleno de piedad y de amor.

b) AMARLA con el más tierno y filial de los amores.

Es nuestra Madre extremadamente amable: Mater amabilis, y quiere que le consagremos por entero nuestro pobre corazón. A imitación del amor con que la ama Jesús, nuestro amor a María no ha de ser utilitarista, sino desinteresado y generoso,
Para conseguir este exquisito amor filial compuso San Anselmo esta hermosa oración indulgenciada por la Iglesia:

"Ruégote, buen Jesús, por el amor que tienes a tu Madre, me concedas amarla de veras, como de veras la amas tú y quieres que sea amada".

Este amor a María ha de manifestarse en la práctica de las devociones marianas que nos inspiren mayor devoción, se acomoden mejor a las obligaciones de nuestro estado y exciten más nuestra piedad filial hacia ella. Las principales son:

1) EL SANTÍSIMO ROSARIO, devoción mariana por excelencia, la preferida por su Corazón inmaculado, como ha manifestado ella misma repetidas veces, sobre todo en Lourdes y Fátima. Ni un solo día de nuestra vida hemos de omitir la recitación del santo rosario, al menos de una de sus tres partes. Es una de las señales más grandes de predestinación que puede presentar un alma.
atento únicamente a complacerla aunque sea a costa de nuestro bienestar personal.

Ha de manifestarse en la contemplación de las grandezas y glorias de María y en el deseo ferviente de que sea conocida y amada de todos, procurándolo por la oración y el celo marianos.

2) Los CINCO PRIMEROS SÁBADOS, a cuya piadosa práctica tiene vinculada la Virgen de Fátima la promesa de asistirnos a la hora de la muerte con las gracias necesarias para la salvación.

3) LAS TRES AVEMARÍAS, de eficacia tantas veces comprobada. Usualmente se rezan a la hora de dormir.

4) EL ÁNGELUS, la Salve Regina, el Sub tuum praesidium, el O Domina mea, el Acordaos, de San

Bernardo, y, sobre todo, el Magníficat, con que alabó al Señor la misma Inmaculada Virgen.

5) EL OFICIO PARVO de la Virgen, verdadero breviario mariano de sublime belleza.

6) ESCAPULARIOS Y MEDALLAS, sobre todo los más venerables y extendidos por el mundo entero, o sea, el Escapulario del Carmen y la Medalla Milagrosa.

a) **CONFIANZA FILIAL. Nunca será demasiada nuestra confianza filial en María. Hemos de acudir a ella en todas las necesidades de alma y cuerpo, con la más firme esperanza de ser oídos si conviene para la gloria de Dios y bien nuestro.**

He aquí las principales razones en que hemos de apoyar nuestra confianza omnímoda en María, su extensión universal y características fundamentales:

1. Porque es nuestra Madre dulcísima, que *conoce, puede y quiere remediar nuestras necesidades:*

a) Las conoce, viéndolas reflejadas en la esencia divina, que contempla sin cesar.

b) Puede remediarlas, puesto que tiene a su disposición la omnipotencia misma de Dios.

c) Quiere remediarlas, porque es Reina de Amor y Madre de Misericordia.

2. Nuestra confianza debe extenderse al pasado, al presente y al futuro.

a) Al pasado: mal cometido, bien descuidado, etc. Si estamos de verdad arrepentidos, ella encontrará la manera de saldar nuestras deudas.

b) Al presente: tentaciones, dificultades, peligros... Ella nos defenderá.

c) Al futuro: principalmente nuestra santificación y la perseverancia final.

3. Nuestra confianza ha de ser plena, inquebrantable, continua y filial:

a) Plena: esperándolo todo de María, sean cuales fueren las circunstancias.

b) Inquebrantable: esperando en ella contra toda esperanza.

c) Continua: porque continuas son también nuestras necesidades.

d) Filial: el niño acude instintivamente a refugiarse en el regazo de su madre.

IMITARLA.
El fin primordial del culto mariano es agradar a la Santísima Virgen semejándose a ella.

Hemos de imitarla lo más perfectamente posible en sus virtudes y en su vida:

a) En las virtudes, principalmente en su fe vivísima, en su esperanza sin límites, en su caridad ardiente.
María es la única criatura humana que ha cumplido plenamente el gran precepto de amar a Dios "con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas".

b) En su vida, procurando tener sus mismos sentimientos en el trabajo de cada día, en la vida oscura y retirada, en la total conformidad con la voluntad de Dios.
En la práctica, podemos preguntarnos antes de realizar cualquier acción: ¿Cómo hizo esto la Virgen María? ¿Cómo lo haría ahora en mi lugar ?

e) VIVIR EN ÍNTIMA UNIÓN CON ELLA.

La imitación de María admite grados. La cumbre de todos ellos es la unión intima con María hasta llegar de algún modo a identificarse con ella y poder exclamar a semejanza de San Pablo: "Ya no soy yo quien vivo, sino María en mí".

Este es, por otra parte, el camino más corto y seguro para lograr la plena y total identificación con Jesucristo, en la que consiste la santidad.

Hemos de aspirar a una triple unión con María:

a) De espíritu: haciendo que el pensamiento de María penetre en toda nuestra vida: oración, actividades, descanso, etc.

b) De corazón: haciéndolo todo por amor a María con el fin de amar mejor a Jesús. Es la práctica del amor afectivo.

c) De voluntad: no teniendo otro querer ni no querer que los de Ma ría, para gloria de Cristo. Es el amor efectivo.

En la práctica hemos de acudir a ella antes, durante y después de nuestras acciones:

a) Antes, para preguntarle qué debe hacerse o cómo debemos con ducirnos.

b) Durante la obra, para hacerla, en unión con María, para gloria de
Dios.

c) Después, para depositar lo realizado en sus manos maternales:

Todas estas prácticas, que a primera vista parecen complicadas y artificiosas, resultan en la práctica

extraordinariamente fáciles y sencillas cuando se ama de veras a María.

Son exigencias naturales y espontáneas del corazón filialmente enamorado de María, que brotan del alma con exquisita suavidad y dulzura, dejándola llena de paz, de ventura y felicidad.

Apéndice: El amor al patriarca San José

Por su especial afinidad con la Santísima Virgen María, y, a través de ella, con Jesucristo, Hijo de Dios, vamos a decir aquí unas palabras sobre el amor al patriarca San José.

Toda la teología de San José puede resumirse en estos dos principios fundamentales:
a) San José es el esposo de María.
b) San José es el padre nutricio de Jesús.

- **Estas dos verdades augustas elevan a San José a una altura y dignidad sublimes. Muchos y graves teólogos no vacilan en decir que San José pertenece de algún modo al orden hipostático, en cuanto que su persona era necesaria—en el plan de la presente economía de la encarnación—para salvaguardar el honor de María y la seguridad del divino Niño de Belén.**

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que San José ocupa un lugar aparte y por encima de todos los demás santos del cielo. Todos los teólogos están de acuerdo en que debe tributársele un culto especial, llamado de protodulía, o sea, *el primero de todos entre el culto debido a los santos*.

> **Es imposible separar el amor a María del amor a San José. Aquí podría invocarse muy bien, en su sentido literal, aquella frase del Señor en el Evangelio: "Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre".**
>
> **Y remontándonos más arriba, en la sublime dignidad de San José como padre nutricio de Jesús podemos ver reflejada la majestad y el amor infinito del Eterno Padre, que ha querido comunicar a San José, en cierto sentido, un resplandor de su propia paternidad divina.**
>
> ***San José fue ante los ojos de Jesús el representante en la tierra, el lugarteniente de Dios Padre: representaba su autoridad y majestad, su santidad, su providencia y sabiduría, su poder y su vida y, sobre todo, su amor.***

Y Jesús, viendo y amando a su Eterno Padre en San José, es el primer modelo y la fuente de nuestra devoción a este gran santo.

Como es sabido, Santa Teresa de Jesús profesaba una tierna y ardiente devoción al patriarca San José:
"No me acuerdo hasta ahora—escribe en su Vida—haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas".

Si amamos a Jesús y a María, es preciso que amemos también tiernamente a San José: que pensemos en él, le invoquemos con fervor, le imitemos en el amor a Jesús y a María. Jesús, María y José forman como la trinidad de la tierra, son el centro de todas las cosas a los ojos de la Trinidad del cielo, y deben ser también para nosotros el centro de nuestra admiración y de nuestro amor.

CAPITULO III

La infancia espiritual del cristiano

Sin duda alguna, el misterio más profundo e incomprensible del amor de Dios a los hombres fue enviar al mundo al Unigénito del Padre para redimirnos del pecado y darnos la vida eterna:
"Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna".

Todos los misterios de la vida de Cristo son para nosotros fuente de vida y de santidad.

En un sentido mucho más real y verdadero de lo que a primera vista pudiera parecer, sus misterios son también nuestros misterios, nos pertenecen plenamente, y ello por tres razones principales:
a) Porque Cristo los vivió para nosotros: "Nos amó y se entregó por nosotros".
b) Porque en todos ellos se muestra Cristo nuestro modelo: "Aprended de mí…";

“Ejemplo os he dado para que hagáis lo que yo he hecho”.
c) Porque Cristo en sus misterios se hace uno con nosotros en su condición de cabeza de la Iglesia: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Cualquiera de los misterios de la vida de Cristo tiene eficacia sobreabundante para santificar al mundo entero. Hemos de aprovecharnos de todos ellos, sin excluir ninguno; pero cada alma ha de esforzarse en reproducir con la mayor perfección que pudiere el que más le impresione o mejor se adapte a las condiciones en que se desenvuelve su propia vida.

Uno de los más fáciles, sencillos y encantadores, que tiene, además, la ventaja de estar al alcance de todo el mundo, incluso de las almas más débiles e impotentes, es, sin duda alguna, el de la infancia espiritual, que tiene por objeto y finalidad imitar a Jesús Niño haciéndose pequeñuelo como Él para atraerse la mirada amorosa y complacida del Padre.

Este camino de la infancia espiritual, de corte netamente evangélico, lo ha recordado Dios al

mundo en nuestra época moderna a través principalmente de Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz.

Expondremos brevemente el fundamento evangélico del camino de la infancia espiritual y los rasgos fundamentales del mismo tal como los entendió y practicó la gran santa de Lisieux.

Fundamento evangélico

Hay en el santo Evangelio un pasaje clarísimo en el que el mismo Cristo propone a todos sus discípulos el espíritu de infancia como condición indispensable para entrar en el reino de los cielos:

"En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os mudáis haciéndoos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos".

A pesar de la divina transparencia de este pasaje evangélico, son poquísimas las almas que aciertan a comprenderlo en toda su grandeza y profundidad. Hace falta una particular gracia de Dios para caer en la cuenta de que ese pasaje simplificador encierra el secreto de la más alta y sublime santidad evangélica.

***Sobre Santa Teresita del Niño Jesús parece haber recaído una particularísima predestinación* para comprender ese secreto y revelarlo al mundo en la hora escogida por Dios desde toda la eternidad.**
Recogemos a continuación los rasgos fundamentales del caminito de la infancia espiritual tal como los vivió y enseñó la angelical carmelita de Lisieux.

2. Rasgos fundamentales del camino de infancia espiritual

En realidad se reducen a uno solo: hacerse enteramente niño ante Dios y ante los hombres. No por un espíritu aniñado y enfermizo, sino por el amor, la humildad, la sencillez, el candor y la ausencia absoluta de toda clase de complicaciones en la vida espiritual.

Estudiando los escritos encantadores de Santa Teresa de Lisieux y la interpretación de sus mejores comentaristas, nos parece que los rasgos fundamentales de su famoso caminito de infancia espiritual pueden dividirse en dos grupos, que se complementan mutuamente: uno negativo y otro positivo.

El siguiente esquema muestra con toda claridad unos y otros:

Rasgos negativos.

1) Ausencia de mortificaciones extraordinarias.
2) Ausencia de carismas sobrenaturales.
3) Ausencia de métodos de oración.
4) Ausencia de obras múltiples.

Rasgos positivos.

1) Primacía del amor.
2) Confianza y filial abandono.
3) Humildad y sencillez.
4) Fidelidad a lo pequeño.

Vamos a exponer brevemente cada uno de esos rasgos en particular.

Como acabamos de ver en el cuadro esquemático, los principales son los siguientes:

I. Un rasgo negativo, erróneo, es el creer en la ausencia de mortificaciones extraordinarias para ser santo.
Todavía hoy—después del mensaje de la gran santa de Lisieux— está arraigadísima entre el pueblo sencillo, y aun entre muchas personas consagradas a su santificación personal, la idea, enteramente equivocada, de que para llegar a la cumbre de la santidad es menester entregarse a las grandes penitencias y maceraciones que leemos en las vidas de muchos santos.

"La antigua hagiografía —escribe a este propósito el P. Philipon— se había complacido

muchas veces en descubrirnos las escalofriantes mortificaciones de los santos, y el bueno del pueblo cristiano todavía identifica fácilmente la santidad heroica con las austeridades sangrientas. Un santo es un ser que no come, ni bebe, ni duerme; que se agota en vigilias y en flagelaciones de todas clases; que mata su cuerpo o lo reduce a servidumbre, en beneficio tan sólo de la vida del alma. Ningún error es más funesto. Muchos cristianos, que no pueden ayunar, ni prescindir del sueño, ni andar revestidos de cilicios, se creen dispensados de tender hacia la santidad".
Nada más alejado de la verdad.

Santa Teresa del Niño Jesús, a su entrada en el Carmelo, experimentó también el atractivo de las grandes penitencias.

No contenta con las grandes austeridades y las disciplinas de la regla, que tomaba hasta derramar sangre, quiso llevar sobre su pecho una cruz armada de puntas de hierro. No pudo resistirla, y cayó muy pronto enferma. Entonces comprendió que las grandes

penitencias corporales no eran para ella ni para las almas débiles como la suya.

Pero guardémonos mucho de pensar que la mortificación no es necesaria para los que caminen por la vía de la infancia espiritual hacia la santidad. Al contrario, la perfecta abnegación de sí mismo hasta en los menores detalles—que es el substitutivo de aquellas grandes penitencias—es absolutamente indispensable para todos.

Los que no tengan ánimo para crucificarse con gruesos clavos a la cruz de Cristo tendrán que sufrir *"un martirio a alfilerazos"*—según la afortunada expresión de la propia Santa Teresita—, so pena de incapacitarse en absoluto para la perfecta unión con Dios. Sin el vencimiento propio y la perfecta abnegación de sí mismo, nadie se ha santificado ni se santificará jamás, cualquiera que sea el método o sistema de santificación que haya emprendido.

2. Ausencia de cansinas sobrenaturales

Está fuera de toda duda que Santa Teresa de Lisieux fue un alma eminentemente mística en toda la

extensión de la palabra, puesto que su alma estuvo enteramente gobernada por el Espíritu Santo a través de sus preciosísimos dones, cuya actuación frecuente e intensa introduce al alma en el estado místico.

Pero una cosa es la mística y otra muy distinta los fenómenos carismáticos que a veces la acompañan, tales como visiones, revelaciones, estigmas, intervenciones milagrosas, etc. Estos fenómenos se reducen al género de las gracias gratis dadas, que no se ordenan de suyo a la propia santificación del que las recibe —al menos necesariamente—, sino más bien al provecho de los demás. En absoluto no requieren ni siquiera el estado de gracia santificante, y, por lo mismo, podría recibirlas u n alma en pecado mortal.

Otras veces, sin embargo, prestan al alma que las recibe un gran servicio en orden a su propia santificación. Todo depende del libre beneplácito del Espíritu Santo, que reparte sus gracias a quien quiere y como quiere.

> **En el caminito de la infancia espiritual, tal como lo vivió la santa de Lisieux, apenas hubo manifestación alguna de estos fenómenos extraordinarios.**

Nota: Hay que considerar como tales su visión de la Santísima Virgen cuando la curó repentinamente de su enfermedad, la visión profética de la enfermedad de su anciano padre, la transverberación en el coro del Carmelo cuando practicaba el ejercicio del Via-Crucis y el éxtasis de que gozó momentos antes de su muerte (declaración de su hermana sor Inés de Jesús en el proceso apostólico, n-2332).

En Santa Teresita todo fue sencillo y normal, hasta el punto de que su heroica santidad pasó casi del todo inadvertida para las mismas religiosas que convivieron con ella. El Espíritu Santo es muy libre de conceder alguno de estos favores a un alma que ande por el camino de la infancia espiritual; pero no es necesario para vivirlo en toda su plenitud y alcanzar por él la cumbre de la perfección cristiana.

3. Ausencia de métodos de oración

Nada más ajeno al espíritu de infancia que la excesiva sistematización y metodología en cualquier aspecto de la vida espiritual.

Principalmente la oración h a de ser como una respiración de amor, algo que brote del alma con toda naturalidad y sencillez.

Santa Teresa de Lisieux decía que la oración ha de ser un vuelo del corazón, "una simple mirada al cielo, un grito de gratitud y de amor, así en medio de la prueba como en el seno del gozo.
Es una cosa elevada, sobrenatural, que dilata el alma y la une con Dios".

Y añade todavía: "Hago como los niños que no saben leer:
digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, y siempre me entiende".

Es, sencillamente, el trato natural y espontáneo de un hijo con el mejor de los padres.

B. RASGOS POSITIVOS

Más importancia que los negativos tienen, sin duda alguna, los rasgos positivos del camino de la infancia espiritual.

Los principales son los siguientes:

1. Primacía del amor

La caridad es la reina de todas las virtudes, la más excelente, la forma de todas ellas. Todas las demás—incluso la fe y la esperanza-—están al servicio de ella y tienen por misión defenderla y robustecerla. Pero, por eso mismo, la caridad no puede prescindir de ninguna de sus auxiliares.

Primacía no quiere decir exclusivismo. Sería vana ilusión dedicarse únicamente a amar, descuidando la práctica de las demás virtudes en el desarrollo monótono y prosaico de las actividades de la vida diaria. Hay que ser prudente, practicar la justicia hasta en los menores detalles, cumplir el deber con fortaleza, ser sobrio y moderado en la satisfacción inevitable de nuestras necesidades corporales.

La humildad, la abnegación de sí mismo, la mortificación de nuestros gustos y caprichos, la perfecta obediencia, etc., etc., son requisitos y condiciones indispensables para que la caridad crezca más y más en nuestros corazones hasta alcanzar su pleno desarrollo y perfección en Cristo.

La mística supone necesariamente la ascética. Pero siempre será verdad que la caridad —principalmente con relación a Dios— es el alma de todas las virtudes y la virtud santificadora por excelencia.

San Juan de la Cruz no incurre en la menor exageración en el texto que hemos citado más arriba sobre la supremacía o importancia capital de la oración, que en su mentalidad no es otra cosa que el ejercicio del El amor es la mayor palanca de la vida espiritual, el procedimiento más rápido para llegar al heroísmo en todas las virtudes.

Una religiosa dijo un día a San Francisco de Sales: —Quiero alcanzar el amor por la humildad.— *"Pues yo—repuso el santo—quiero alcanzar la humildad por el amor".*

Santa Teresa de Lisieux escogió este último procedimiento. Su hermana Celina declaró en el proceso diocesano (n.1731):
"Al contrario de otros místicos, que se ejercitan en la perfección para alcanzar el amor, sor Teresa del Niño Jesús tomó como camino de la perfección el amor mismo".

Y la propia santa escribió a su prima María Guerin:
"Me pides un medio para llegar a la perfección: no conozco más que uno, el amor".
Y en carta a su hermana sor Inés de Jesús escribía estas frases encendidas:
"¡Qué importan las obras! El amor puede suplir una larga vida. Jesús no mira al tiempo, porque es eterno. Sólo mira el amor. [Jesús! ¡Quisiera amarle tanto! Amarle como jamás ha sido amado. A cualquier precio quiero alcanzar la palma de Inés: si no es por el martirio de sangre, ha de ser por el del amor".
amor o caridad para con Dios.

Explicando esta primera característica positiva del camino de la infancia espiritual, escribe con acierto el P. Philipon:

“Según estas perspectivas, el amor se convierte en el centro de un alma. Nada, en su vida interior o en su actividad exterior, escapa a este impulso motor y universal del amor. *La vida espiritual no es una búsqueda de la propia perfección, sino el deseo de una total transformación en Dios* «en alabanza de su gloria». El alma, magníficamente fiel y excediéndose a sí misma, atiende menos a la práctica minuciosa de cada virtud que a dejarse «consumar en la unidad» con Dios por el amor».

El amor adquiere en el camino de la infancia espiritual unas características especiales, que permiten distinguirlo del ejercicio de la caridad desde otros ángulos o puntos de vista.

Sus rasgos más representativos y esenciales son los siguientes:

a) Su CARÁCTER ENTERAMENTE FILIAL E INFANTIL.

Más que a una unión transformativa comparable a un desposorio espiritual con Dios, más que al título de esposa de Cristo, el alma aspira a dormirse en los brazos de Dios como un niño pequeño en el regazo de su madre. Y ello no por un egoísmo indolente y perezoso, sino por estar firmemente persuadida de que esta actitud llena de gozo y complacencia el corazón de Dios.

b) COMPLACER A JESÚS. Tal es, en efecto, su anhelo dominante y fundamental, que llega con el tiempo a ser su preocupación exclusiva: dar gusto a Jesús, complacerle en todas sus acciones.
"Los grandes santos **—escribe la santa carmelita—** ***han trabajado por la gloria de Dios; mas yo, que soy un alma «pequeñita», trabajo únicamente por complacerle, y sería feliz en soportar los mayores sufrimientos, aunque esto fuese para hacerle sonreír una sola vez".***

Es el amor de complacencia, el puro amor de Dios en su forma más impresionante e infalsificabie.

a)PERFECTO DESINTERÉS.
Amar es olvidarse enteramente de sí mismo, complacer al amado únicamente por darle gusto, sin poner jamás la mira en la recompensa o ventajas que con ello podamos obtener.

No es que el alma prescinda de la esperanza cristiana; al contrario, desea ardientemente ser desatada de los lazos de la carne para volar al cielo. Pero lo que la atrae hacia la patria bienaventurada no es la felicidad embriagante que en ella experimentará, sino la dicha inefable de poder amar a Dios "con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas", sin descansar o interrumpir un solo instante este ejercicio del amor.

Veamos algunos textos en los que la gran santa de Lisieux expresa de manera de mano maestra estos íntimos y sublimes sentimientos:

"Jesús no me dice nada, y yo tampoco le digo nada a Él, sino que le amo más que a mí misma; y siento que es así, porque soy más

suya que mía. Tendría vergüenza de que mi amor se pareciese al de las desposadas de la tierra, que siempre miran las manos de sus prometidos para ver si les traen algún presente, o bien su rostro para sorprender en él una sonrisa de amor que las encante".

"Si, por un imposible, Dios no viese mis buenas acciones, no me apenaría por ello. Le amo tanto, que quisiera poderle agradar con mi amor y pequeños sacrificios y darle contento sin que supiera que le viene de mí. Sabiéndolo y viéndolo, está como obligado de algún modo a corresponder... y quisiera evitarle esa molestia".

«Una noche, no sabiendo cómo testificar a Jesús que le amaba y cuan vivos eran mis deseos de que fuera servido y glorificado por doquier, me sobrecogió el pensamiento triste de que nunca jamás, desde el abismo del infierno, le llegaría un solo acto de amor. Entonces le dije que con gusto consentiría verme abismada en aquel lugar de tormentos y de blasfemias para que también allí fuera amado eternamente. No podía glorificarle así, ya que Él no desea sino nuestra

bienaventuranza; pero cuando se ama, se ve uno forzado a decir mil locuras".

d) INQUIETUD APOSTÓLICA.

Un poderoso espíritu misionero anima la senda luminosa de la infancia espiritual. Se ha hecho célebre en el mundo entero este párrafo sublime de la Patrona de las misiones:

"Quisiera iluminar a las almas como los profetas y los doctores. Quisiera, ¡oh Amado mío!, recorrer la tierra, predicar vuestro nombre y sembrar sobre el suelo infiel vuestra cruz gloriosa. Pero una sola misión no me bastaría; desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en todas las partes del mundo y en las islas más remotas. Quisiera ser misionera no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos".

Estas ansias incontenibles de hacer amar al Amor quedaron plenamente saciadas en Santa Teresa de Lisieux cuando descubrió que el amor encierra todas las vocaciones, que el

amor lo es todo, puesto que es eterno y abarca todos los tiempos y lugares:

"Entonces, en el exceso de mi gozo delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío!, mi vocación... al fin la he encontrado: mi vocación es el amor. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y sois Vos, Dios mío, quien me lo habéis dado; en el corazón de la Iglesia, mi madre, seré el amor..., y así lo seré todo".

2. Confianza y filial abandono

La confianza omnímoda en el amor misericordioso de Dios y el abandono tranquilo y filial en sus manos providentes como un niño en el regazo de su madre es otro de los rasgos más característicos del camino de la infancia espiritual. Esa confianza a toda prueba es el acto supremo de la virtud de la esperanza bajo el impulso de la caridad. Es, pues, eminentemente teologal.

Santa Teresa de Lisieux practicó esta confianza en grado heroico:

«Encargada de la formación de las novicias —escribe el F. Philipon —, la joven maestra tuvo

el máximo interés por desenvolver en torno suyo una confianza sin límites en la misericordia divina. *"Me parece que es imposible,* decía una de ellas, *llevar más lejos la confianza en Dios".*

Gustaba de repetirnos esta máxima de San Juan de la Cruz: *"Se obtiene de Dios todo cuanto de Él se espera".* Me decía sor Teresa que sentía en sí deseos infinitos de amar a Dios, de glorificarle, de hacerle amar, y que esperaba firmemente verlos realizados y superados; que era desconocer la bondad infinita de Dios restringir estos deseos y estas esperanzas.

En los escritos de Santa Teresita se encuentran a cada paso expresiones admirables que reflejan este espíritu de confianza y de filial abandono:

"Dios todo lo ve. Me abandono a Él".

"Una sola cosa deseo: la voluntad de Dios"

“Con tal que El esté contento, me siento en el colmo de la felicidad”.

“Quiero todo lo que Dios me da”.

“No quiero entrar en el cielo un minuto antes por propia voluntad”.

“No prefiero una cosa a otra. Lo que Dios prefiere y escoge por mí, eso es lo que más me gusta”.
“Me gusta tanto la noche como el día”.

Uno de los rasgos más característicos de este espíritu de confianza y de filial abandono es la santificación del momento presente, sin pensar para nada en el pasado ni en el porvenir. El primero no está ya en nuestras manos y el segundo está en las manos de Dios.
¿A qué preocuparse por uno y otro?
***“Bástale a cada día su propio Afán”*, nos dice el Señor en el Evangelio.**

Toda la vida del cristiano que aspire a la perfección ha de ser un continuo identificarse con la voluntad de Dios, un sí pronto y alegre a todo cuanto Él disponga, un vivir su vida minuto por minuto en actitud de fíat permanente. Ahí está el secreto de la más encumbrada santidad y la norma simplificadora por excelencia.

Escuchemos a la gran maestra de Lisieux viviendo y enseñando estos principios:
"No sufro sino de instante en instante. Es porque se piensa en el pasado y en el porvenir por lo que uno se desalienta y desespera".

"Padezco de minuto en minuto".

"Él me da en cada momento lo que puedo soportar, y no más".

"Dios me da valor en proporción de mis sufrimientos. Siento que de momento no podría soportar más; pero no tengo

miedo, puesto que, si los sufrimientos aumentan, Dios aumentará al mismo tiempo mi valor".

3. Humildad y sencillez

Según el Doctor Angélico, la humildad constituye el fundamento negativo —eliminando los obstáculos— de todo el edificio sobrenatural. Sin ella todas las demás virtudes carecen de base y fundamento, y es imposible agradar a Dios.

Juntamente con la sencillez —de la que es prima hermana— constituye uno de los rasgos más característicos del camino de la infancia espiritual.

La humildad consiste en reconocer la propia nada ante Dios y ante los hombres, en *regocijarse de verse pequeño e impotente*, para que brille únicamente en nosotros la misericordia de Dios, en *apasionarse por el silencio y el olvido,* en *llevar una vida escondida con Cristo en Dios*, sin tener para nada en cuenta la opinión de las criaturas.

Sencillez, modestia, alegría, naturalidad en el trato con los demás, pero no para hacernos simpáticos, sino únicamente para agradar a Dios.

La humildad y sencillez de Santa Teresita fue tan grande, que su heroica virtud —"la santa más grande de los tiempos modernos", en frase de San Pío X— pasó enteramente inadvertida a las mismas religiosas que convivían con ella.

A todas sorprendió el *"huracán de gloria"* que envolvió la figura de la santa apenas vieron la luz pública sus escritos celestiales.

La única ambición del que quiere caminar con paso firme y seguro por la senda de la infancia espiritual ha de ser la de aquella humilde violeta que pedía "un poquito de hierba que me oculte".

4. Fidelidad a las cosas pequeñas

El Señor nos dice en el Evangelio: "El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el

que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho".

La fidelidad a las cosas pequeñas por amor es uno de los rasgos más característicos del espíritu de infancia espiritual y, a la vez, señal distintiva de un espíritu gigante. *"Lo que es pequeño es pequeño* —decía San Agustín—; *pero ser fiel a lo pequeño es una cosa muy grande".*

En Santa Teresita llegaba este aspecto a detalles de filigrana, como en aquella ocasión en que depositó por la noche a la puerta de su celda un cortaplumas, por ser objeto que no se permite tener en la celda y no poder devolverlo a su sitio en aquella hora de silencio profundo.

Al sonar la campana interrumpía instantáneamente lo que estaba haciendo, dejando sin terminar la letra ya empezada si estaba escribiendo en aquel momento.

El heroísmo de la pequeñez es tan sublime ante Dios como el heroísmo de la grandeza. Pero es el amor lo único que da valor y excelencia soberana a estos actos insignificantes. "*Un alfiler recogido del suelo*

***por amor puede convertir un alma*”, escribió la propia Santa Teresa de Lisieux.**

La caridad es el alma de toda la vida sobrenatural y la que convierte en oro de ley los más insignificantes actos de virtud.

SECCIÓN II

El crecimiento espiritual

Después de describir con toda clase de detalles el episodio de la pérdida del Niño Jesús en Jerusalén por tres días y el regreso con sus padres a la casita de Nazaret, el evangelista San Lucas escribe estas misteriosas palabras, que, en lo relativo a Cristo, ya comentamos en su lugar correspondiente: *Y Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres*.

El cristiano, miembro de Cristo, ha de crecer también, *a imitación de su divina cabeza*, con ese triple crecimiento.

Es lo que vamos a estudiar a continuación en otros tantos capítulos.

CAPITULO I
El crecimiento en sabiduría

Para alcanzar la suprema sabiduría según Dios, no se requiere estar en posesión de la ciencia y la sabiduría humana.
Uno de los mayores genios que ha conocido la humanidad, San Agustín, se lamentaba, hablando de San Antonio Abad, de que los indoctos se levantan y arrebatan el cielo, mientras que muchos pretendidos sabios, llenos de autosuficiencia y de soberbia, serán arrojados fuera.

Ya San Pablo había escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo: *"Nadie se engañe; si alguno entre vosotros cree que es sabio según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios".*
Y no es que la ciencia y la sabiduría puramente natural representen por sí mismas un obstáculo para la perfecta unión con Dios. Al contrario, nadie debería acercarse más a él, Verdad por esencia, que el verdadero sabio, que ha llegado a comprender por experiencia

aquello de Sócrates: "Sólo sé que nada sé". Pero con frecuencia, por desgracia, «*la ciencia hincha»*, y no hay ninguna actitud más repulsiva y que más aleje a un alma de Dios que la autosuficiencia y el orgullo. "Dios resiste a los soberbios y da su gracia únicamente a los humildes".

Vamos a estudiar en este capítulo los grados del conocimiento humano, desde el ínfimo de orden natural hasta el supremo de orden sobrenatural que puede alcanzarse en esta vida.

En un segundo artículo, expondremos el modo de crecer en esta sabiduría sobrenatural o cristiana.

ARTICULO I
LOS GRADOS DEL CONOCIMIENTO HUMANO

Recogiendo en forma sintética la escala ascendente de conocimiento humano, podríamos establecer el siguiente esquema que debe leerse de abajo hacia arriba:

CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

- **Por la clara visión: Conocimiento beatífico.**

- **Por la fe.**
    - **Ilustrada por los dones del Espíritu Santo:**
        - **Conocimiento místico.**
    - **Razonada:**
        - **Conocimiento teológico.**
    - **Simplemente aprehendida:**
        - **Fe del carbonero.**

<u>CONOCIMIENTO NATURAL</u>

- **Por la razón.**
    - **Por sus últimas causas:**
        - **Conocimiento sapiencia/.**
    - **Por sus causas próximas:**
        - **Conocimiento científico.**
    - **Desconociendo las causas:**
        - **Conocimiento vulgar**
- **Por los sentidos corporales:**
    - **Conocimiento sensitivo.**

Vamos a exponer brevemente cada uno de estos grados del conocimiento humano, deteniéndonos algo más en los de tipo sobrenatural a través de la fe, cuyo aumento y desarrollo representa para el cristiano el crecimiento en sabiduría.

Por su enorme desproporción con el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria, el conocimiento puramente natural, en cualquiera de sus grados, no puede ser medio próximo y proporcionado para la unión santificadora con Dios.

San Juan de la Cruz ha expuesto maravillosamente esta radical incapacidad del conocimiento natural en sus dos obras de tipo negativo: *Subida del Monte Carmelo y Noche oscura*. Imposible recoger aquí su doctrina sublime, que hay que leer y meditar en su fuente original.
Sin embargo, como decíamos, el conocimiento natural puede servirnos —si sabemos usarlo rectamente y con profunda humildad— de medio y preparación remota para acercarnos a Dios.

Se ha dicho con razón que *"poca ciencia aparta de Dios y mucha ciencia lleva a Dios",* con tal de poseerla con humildad y sencillez de corazón.

He aquí —de acuerdo con el esquema que acabamos de proponer —la escala ascendente del conocimiento puramente natural. Al

describir sus grados indicaremos brevemente la manera de santificarlos.

a) Conocimiento sensitivo

Es el que se adquiere a través de los sentidos corporales externos: vista, oído, olfato, gusto y tacto, y de los internos: sentido común, imaginación, memoria sensitiva y facultad estimativa.

Este conocimiento se refiere siempre a las cosas particulares y concretas, sin remontarse jamás a las universales y abstractas.
Es, por tanto, un conocimiento imperfectísimo, que nos es común con los animales y es enteramente desconocido por los ángeles.

Son legión, por desgracia, los hombres que viven casi exclusivamente del conocimiento puramente sensitivo. Para ellos no hay mayor placer que un partido de fútbol, una película de cine, una representación teatral, un espectáculo deslumbrante para los sentidos.

Ávidos de emociones, apenas gustan de otra cosa que de lo que pueda excitar su sensibilidad, y se cansan y aburren de todo cuanto se relaciona con la vida del espíritu.

Son «almas tullidas —decía Santa Teresa—, que, si no viene el mismo Señor a mandarlas se levanten, como el que hacía treinta años que estaba en la piscina, tienen harta mala ventura y gran peligro»

Y, sin embargo, a pesar de su radical imperfección, el conocimiento adquirido por los sentidos, completado por las luces de la fe, podría ayudarnos eficazmente a remontarnos hasta Dios.

La contemplación de las bellezas de la naturaleza: una cadena de montañas, la inmensidad del mar, el cielo azul o el firmamento tachonado de estrellas, un río o una fuente, un bosque, una cascada; las creaciones del arte humano , etc., etc., deberían elevarnos inmediatamente a Dios, artista supremo y creador de tales maravillas.

San Francisco de Asís veía la huella de Dios en todas las criaturas, que, por lo mismo, eran

sus hermanas: la hermana flor, el hermano sol, el hermano lobo, la hermana muerte…; todo le llevaba inmediatamente a Dios.

Y San Juan de la Cruz se extasiaba ante una fuentecilla o una puesta de sol, y la contemplación de la naturaleza arrancó a su lira de altísimo poeta las mejores estrofas de la lengua castellana:
Mi amado las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos, el silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora.

Claro que para lograr esta sublime elevación del conocimiento adquirido por los sentidos hay que purificarlo de todas sus desviaciones malsanas y hacer que recaigan sobre él las luces de fe y el conocimiento experimental que proporcionan al alma los dones del Espíritu Santo.

Sin esta influencia sobrenatural, el conocimiento sensitivo no solamente no sirve para nada en orden a nuestra santificación, sino que se convierte en uno de los más

formidables obstáculos: “El hombre animal —o sea, el que vive inmerso en la vida de los sentidos— no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente”.

b) Conocimiento racional vulgar

Mil veces por encima del conocimiento sensitivo está el conocimiento racional. Es *propio del hombre y del ángel,* siendo enteramente inaccesible a los simples animales.

Se refiere, no a las cosas particulares y concretas aprehendidas por los sentidos, sino únicamente a las universales y abstractas, que sólo percibe la inteligencia.
Pero dentro del conocimiento racional caben muchos grados.
El más imperfecto es el llamado conocimiento vulgar, que desconoce las causas de las cosas. Se limita a contemplar un fenómeno y a discurrir sobre él, pero sin averiguar las causas próximas ni remotas que lo han producido. El labrador que contempla estupefacto un eclipse de sol y no sabe

explicar aquel fenómeno, tiene un conocimiento vulgar de lo que el astrónomo conoce con conocimiento científico.

Este conocimiento vulgar es, quizá, menos apto todavía que el conocimiento meramente sensitivo para acercarnos a Dios.

Las personas de entendimiento rudo, incapaces de percibir una verdad abstracta, encuentran más fácilmente a Dios por vía de los sentidos (v.gr., contemplando una imagen de Cristo o de María) ***que por el discurso de la razón, a base de argumentos que son incapaces de comprender.***

No están, sin embargo, del todo incapacitadas para la santidad. Pueden y deben ir a Dios por vía predominantemente afectiva, insistiendo mucho en la práctica de la caridad para con Dios y para con el prójimo. Si aciertan a amar a Dios con toda su alma y con todas sus fuerzas y al prójimo por Dios, pueden dejar muy atrás en el camino de la santidad a los sabios y maestros de Israel.

En definitiva, la santidad es amor, y, como enseña Santo Tomás, el amor puede ser muy

superior al conocimiento, porque puede amarse perfectamente lo que se conoce imperfectamente.

El que ame con toda su alma a Dios y acierte a cumplir en todo su divina voluntad, será gran santo aunque carezca en absoluto de toda ciencia humana y sea, incluso, un analfabeto ante los ojos del mundo.

c) Conocimiento científico

Es clásica la definición de la ciencia según Aristóteles:
Es el conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas. **Solamente cuando conocemos la naturaleza de una cosa por sus causas tenemos un conocimiento científico de la misma.**

El razonamiento científico parte de principios ciertos y *de éstos saca conclusiones lógicas* que, utilizadas a su vez como nuevos puntos de partida, dan origen a nuevas conclusiones que van ensanchando el campo de la ciencia humana.

Este conocimiento, como se ve, es *incomparablemente superior al conocimiento vulgar, que ignora las causas de las cosas.* Pero pertenece todavía al plano puramente natural y no puede, por consiguiente, servir de medio próximo y proporcionado para la unión de nuestra inteligencia con Dios en el plano sobrenatural.

Hay un abismo entre el conocimiento natural, por muy científico que sea, y el conocimiento sobrenatural que nos proporciona la fe. *Un niño pequeño que se sepa de memoria el catecismo sabe incomparablemente más de Dios que los mayores sabios y filósofos que ha conocido la humanidad a través de los siglos en el orden y plano puramente natural.*
Sin embargo, no hay por qué despreciar la ciencia humana. Al contrario, hay que tenerla en gran estima. Puesta al servicio de la fe con humildad y sencillez de corazón, puede prestarnos grandes servicios.

La teología, como veremos, no es otra cosa que el resultado del esfuerzo de la razón escrutando las verdades de la fe que Dios se ha dignado revelarnos.

d) Conocimiento sapiencial

Por encima del conocimiento científico cabe distinguir todavía el conocimiento sapiencial sin salir del plano y orden pura mente natural. Es aquel que nos señala las causas últimas y supremas de las cosas tal como las descubre la razón, a diferencia del *conocimiento científico que se limitaba únicamente a señalar sus causas próximas e inmediatas*.

En el orden puramente natural, el conocimiento sapiencial es el propio de la metafísica, que es la ciencia suprema del ser considerado en general.

Sus funciones propias son:
a) Con relación a sí misma: defender sus propios principios contra los impugnadores, demostrando la inanidad de los argumentos contrarios.

b) Con relación a las demás ciencias: probar sus principios reduciéndolos a los principios supremos del ser; *juzgar de ellas desde su plano superior, y utilizarlas como siervas y auxiliares.*

El conocimiento sapiencial, propio de la metafísica, constituye el grado supremo del conocimiento natural y humano, o sea, el máximo que el hombre puede adquirir con las solas luces de su simple razón natural. Pero mil veces por encima de ellas están las luces de la fe, que nos traen el conocimiento de verdades sobrenaturales que jamás hubiera podido alcanzar, ni siquiera sospechar, la simple razón natural abandonada a sus propias fuerzas.

2. Conocimiento sobrenatural

Existe un perfecto paralelismo entre los grados del conocimiento natural y los del sobrenatural.

Al conocimiento racional vulgar corresponde en el orden sobrenatural el simple conocimiento que proporciona la fe a una persona ignorante (fe del carbonero).

Al conocimiento científico corresponde el conocimiento teológico, o sea, el de la fe explicada y razonada.

Y, finalmente, al conocimiento sapiencial humano corresponde el conocimiento sapiencial sobrenatural que proporcionan los dones del Espíritu: conocimiento místico, por experiencia o connaturalidad con lo divino.

***Por encima de él sólo cabe el conocimiento beatifico*, que es el propio de los *bienaventurados en el cielo*.**

El conocimiento divino, propio del mismo Dios, es inaccesible a las criaturas.

Vamos a examinar brevemente cada uno de estos grados en particular.

a) La fe simplemente aprehendida

El más insignificante conocimiento que nos proporciona la fe sobrenatural es inmensamente superior a todo el conjunto de los conocimientos humanos puramente naturales.

Los sabios del mundo entero, investigando durante millones de años la esencia de

las cosas creadas, ***no acertarían jamás a darnos la menor noticia del mundo sobrenatural*. Está situado en otro plano, pertenece a un orden absolutamente inaccesible a la simple razón natural.**
No la contradice—al contrario, se armoniza maravillosamente con ella—, pero la supera inmensamente.

La fe nos trae noticias del cielo, inaccesibles a todos los medios naturales de que dispone el hombre para ensanchar los dominios de su ciencia humana.

"Hace años **—escribe a este propósito el P. Garrigou-Lagrange—** ***quien no hubiera conocido aún la telegrafía sin hilos hubiera quedado no poco sorprendido al escuchar que un día se podría oír en Roma una sinfonía ejecutada en Viena. Mediante la fe infusa oímos una sinfonía espiritual que tiene su origen en el cielo. Los perfectos acordes de tal sinfonía se llaman los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la Misa, de la vida eterna.***

Por esta audición superior es conducido el hombre hacia la eternidad, y deber suyo es aspirar con más calma cada día hacia las alturas de donde procede esta armonía”.

La fe nos da la posibilidad de conocer esas verdades sobrenaturales, inaccesibles a nuestra simple razón natural. Y nos las da a conocer con absoluta certeza, puesto qu e es el mismo Dios quien las revela, que no puede engañarse ni engañarnos. Y con suma facilidad, sin esfuerzo ni trabajo alguno por nuestra parte: basta oírlas con un corazón dócil: Fides ex auditu (Rom 10,17).

La fe sobrenatural es u n gran don de Dios enteramente gratuito.
No solamente escapa a todo mérito por parte nuestra, sino que se da con frecuencia el caso de que no la pueden alcanzar en mucho tiempo almas que sinceramente la buscan y la desean. **Dios lo permite así para que aparezca con toda evidencia la absoluta gratuidad de ese inmenso don de su infinita misericordia.**

Oigamos al P. Lacordaire explicando magistralmente este fenómeno:

«Ved a ese sabio que estudia la doctrina *católica, que la rechaza con amargura e incluso exclama sin cesar: «Felices vosotros los que tenéis fe; yo quisiera tenerla como vosotros, pero no puedo». Y dice una gran verdad; quiere y no puede, porque el estudio y la buena fe no siempre llegan a la conquista de la verdad, para que se vea claro que la certeza racional no es la certeza fundamental sobre la que se apoya la doctrina católica. Ese sabio conoce esta doctrina, admite sus hechos, percibe su fuerza; está cierto de que existió un hombre que se llamaba Jesucristo, que vivió y murió de una manera prodigiosa; se emociona con la sangre de los mártires y con la constitución de la Iglesia; dirá sin inconveniente que es el mayor prodigio y el fenómeno más grande que jamás se haya realizado en el mundo; casi se declarará convencido. Y, sin embargo, no acaba de confesarlo; se siente aplastado por la verdad, pero como sucede en un sueño, que vemos sin ver.*

Pero un día, ese sabio se postra de rodillas, siente la miseria del hombre, levanta sus ojos

al cielo y dice: "A vos, Dios mío, clamo desde el abismo de mi miseria". Al punto, algo extraño pasa en él; caen las escamas de sus ojos, se verifica un gran misterio: ahí le tenéis cambiado. Es, desde ahora, un hombre manso y humilde de corazón; ya puede morir: ha conquistado la verdad".

La fe es un gran don de Dios enteramente gratuito. San Pablo advierte expresamente: *"De gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios; no viene de las obras, para que nadie se gloríe".*

***Ni siquiera el comienzo o primer movimiento hacia la fe viene del hombre*, sino de la gracia preveniente de Dios, como ha declarado expresamente la Iglesia contra los semipelagianos (D 178). Quien esté desprovisto de ella, es inútil que trate de adquirirla con el estudio y el razonamiento — aunque pueden serle útiles como preparación remota para la misma-— o con cualquier otro procedimiento puramente natural. No le queda otro camino que el de la oración y la humildad.**

A veces no la obtendrá en seguida a pesar de todo; pero, si persevera incansablemente en la oración humilde y confiada, acabará por obtenerla de la misericordia infinita de Dios. Nos consta con certeza por aquellas palabras de Cristo en el Evangelio: *"Todo lo que el Padre me da viene a mí, y el que viene a mí yo no lo echaré fuera".*

Podemos ver con cuánto cuidado y solicitud hemos de guardar el tesoro de la fe para no exponernos a perderlo. No hay riqueza ni fortuna comparable a ella y no hay caja de caudales que deba guardarse y protegerse tanto como la que encierra el tesoro de nuestra fe. Una vez en posesión de ella, Dios no se volverá jamás atrás: *"Los dones y la vocación de Dios son irrevocables"*, nos dice el apóstol San Pablo; y el concilio de Trento nos asegura terminantemente que *"Dios no abandona a nadie si no le abandonamos antes a Él".*

Pero al que por propia culpa pierda el tesoro de la fe le será muy difícil recuperarla. Sin la gracia preveniente de Dios —de la que se ha hecho indigno por su temeraria imprudencia— no podrá recuperarla jamás.

La fe simplemente aprehendida (fe del carbonero) es un tesoro de valor inapreciable. *Constituye el primer grado del conocimiento* sobrenatural, cuyo desenvolvimiento y desarrollo da origen a los grados siguientes.

b) La fe razonada (conocimiento teológico)

El segundo grado del conocimiento sobrenatural es el de la fe razonada, que es el propio de la ciencia teológica. En cierto sentido, como vamos a ver, ensancha el campo de los conocimientos sobrenaturales sin salir en absoluto de la esfera de la fe.

La teología, en efecto, no es otra cosa que el resultado del *discurso de la razón examinando y desentrañando las virtualidades contenidas en los datos de la fe*. El teólogo puede compararse, no al astrónomo que investiga con el telescopio otros mundos extraterrenos, sino al analista que trata de descubrir con el microscopio de la razón natural las virtualidades encerradas en las verdades de la fe sin salir del campo de ésta.

Se trata, no de un tránsito de lo revelado a lo no revelado, sino de lo revelado explícita y

formalmente a lo revelado implícita y virtualmente.

En este sentido la teología, o sea, la fe razonada, desarrollada, explicada —explicatio fidei, pudo definirla el P. Marín Sola—, aumenta considerablemente nuestros conocimientos sobrenaturales sin salir del campo revelado, o sea, sin salir del campo estricto de la fe.

Toda verdadera conclusión teológica ha de ser una mera explicación, explicitación de una verdad contenida implícita o virtualmente en una verdad de fe.

Toda verdadera conclusión teológica ha de ser una mera explicación, explicitación de una verdad contenida implícita o virtualmente en una verdad de fe.

Todo lo que el teólogo afirma fuera de este revelado virtual podrá dar origen a una opinión teológica más o menos probable, pero no será una auténtica y verdadera conclusión teológica. Las conclusiones teológicas verdaderamente tales han de estar virtualmente reveladas, y han de ser, por lo mismo, perfectamente definibles por la Iglesia,

si así lo estima ella conveniente.

La teología añade a la fe simplemente aprehendida (fe del carbonero) un conocimiento más a fondo y penetrante de los datos revelados y un considerable aumento de conocimientos sobrenaturales que sólo virtual o implícitamente estaban contenidos en los datos primitivos de la fe. Escuchemos a un teólogo contemporáneo exponiendo estas ideas:

"No sólo el teólogo, sino también el simple fiel, conoce a Dios por revelación divina como Él se conoce a sí mismo. ¿En qué está la diferencia entre uno y otro conocimiento ? La fe divina es un simple asentimiento a una verdad porque Dios la ha revelado. No es razonamiento, no es discurso; es un simple asentimiento en virtud de la autoridad de Dios, que así lo afirma.

En cambio, la teología supone esfuerzo humano y estudio e incluye razonamiento y discurso. Luego el asentimiento teológico no se produce solamente en virtud de la autoridad de Dios revelador (sería un asentimiento de pura fe) o en virtud del solo humano discurso (sería un asentimiento puramente natural,

como el que puede formular un filósofo en teodicea), sino en virtud, a un mismo tiempo, de la revelación y del discurso natural.

Teología sagrada es el conocimiento de una verdad inferida por discurso natural (elemento humano) de una verdad tenida por revelación divina (elemento divino).

Es decir, que en el campo de la divina revelación es preciso distinguir dos grandes grupos de verdades: verdades en sí mismas, formal y explícitamente reveladas, y verdades reveladas en otras, o sea, reveladas virtual o implícitamente. La fe divina versa sobre verdades divinamente reveladas, pero reveladas en sí mismas de modo formal y explícito.

***El único motivo de asentir a ellas es porque Dios así lo ha revelado*: *fe divina*.**
***La sagrada teología versa también sobre verdades divinamente reveladas, pero no en sí mismas, sino en otras*; por eso se dice que están virtual o implícitamente reveladas en otras verdades que lo están de modo formal y explícito. Para asentir a estas verdades no basta la divina revelación: hace falta, además,**

el discurso natural, que haga ver contenida una verdad en otra, formal y explícitamente revelada.

Por eso la fe es un conocimiento divino de las cosas divinas, participado en el hombre. La teología, empero, es un conocimiento divino-humano de las cosas divinas".

Como se ve, la teología amplía considerablemente nuestros conocimientos divinos sin salirnos del campo propiamente revelado por Dios.

Pero cabe preguntar, en plan de dificultad, si el hecho de razonar la fe no le hará perder una buena parte de su brillo y de su mérito ante Dios. Parece, en efecto, que una fe apoyada únicamente en la autoridad de Dios que revela, sin ningún razonamiento humano que venga a reforzarla, es una fe más pura y más gloriosa para Dios: *nos fiamos totalmente de su divina palabra, sin exigir nada más.*

Esta dificultad se resuelve fácilmente a base de unas sencillas distinciones, relativas unas a los preámbulos de la fe, y otras a la fe ya poseída por el creyente.

a) SOBRE LOS PREÁMBULOS DE LA FE.

Cuando se predica la fe cristiana a uno que no la posee todavía, es muy natural y lógico que, antes de creer, exija pruebas de que se trata de verdades reveladas efectivamente por Dios. Tal es el papel de la Apologética, que tiene por objeto exponer los motivos de credibilidad, o sea, las razones que tenemos para creer que Dios ha revelado aquellas verdades, y que, por lo mismo , es obligatorio creerlas.

La Apologética no nos da ni puede darnos una demostración intrínseca de las verdades de la fe —*sería absurdo y contradictorio; dejarían de ser de fe*, ya que lo que se demuestra no se cree: se ve—, pero sí los motivos que tenemos para asegurar que esas verdades han sido realmente reveladas por Dios.

Las líneas generales de la demostración apologética son éstas:
a) Dios existe (pruebas de razón).
b) Dios ha hablado (divinidad de la Sagrada Escritura).

c) Dios ha venido al mundo (divinidad de Jesucristo).
d) Jesucristo predicó esta doctrina (autenticidad del Evangelio).
e) Jesucristo fundó una Iglesia infalible (pruebas).
/) La Iglesia católica es la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo (pruebas).
g) Luego es obligatorio creer todo lo que nos enseñó Jesucristo y nos propone infaliblemente la Iglesia católica.

Todo esto lo demuestra la Apologética con pruebas absolutamente irrefragables. Quien las rechace caprichosamente se hace reo ante Dios del gravísimo pecado de incredulidad *plenamente culpable* y se pone en trance de eterna condenación si la muerte le sorprende en tan lamentable estado.

Si el que ha aceptado y abrazado ya la fe exigiera nuevas pruebas y argumentos de razón para reforzarla, mostraría con ello que su fe es muy imperfecta y vacilante todavía.

No cabe duda de que es más pura, perfecta y meritoria una fe simple y sencilla que se apoye

únicamente en la autoridad de Dios revelador, sin exigir absolutamente nada más.
Pero si no se trata de buscar más pruebas, sino únicamente de ensanchar el campo de nuestros conocimientos sobrenaturales a base de desentrañar las virtualidades contenidas en los datos de la fe—y esto es teología—, nada pierde la misma fe de su brillo y perfección, sino al contrario, lo conserva íntegramente y hasta lo aumenta al resplandecer las verdades de la fe con nuevos brillos procedentes de sus propias virtualidades que desconocíamos antes de descubrirlas con el razonamiento teológico.

***La teología, por consiguiente, en nada disminuye el mérito y la pureza de la fe, antes al contrario, los aumenta y robustece*.**

Sin embargo, cabe todavía en este mundo una fe más ilustrada y profunda todavía que la que nos proporciona la teología. Es la fe ilustrada por los dones del Espíritu Santo, como vamos a ver a continuación.

Como dijimos más arriba, los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales infundidos en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del propio Espíritu Santo.

Tienen por misión —como ya dijimos— perfeccionar las virtudes infusas, dándoles la modalidad divina que reclaman por su propia naturaleza sobrenatural, y de la que se ven privadas mientras permanecen sometidas al régimen de la simple razón natural iluminada por la fe, que les imprime forzosamente su propia modalidad humana.

Al recaer sobre la fe, imprimiéndole su modalidad divina, los dones proporcionan al alma creyente un conocimiento sobrenatural por cierta experiencia y connaturalidad con lo divino—experiencia o conocimiento místico—, con el que la misma fe queda enormemente fortalecida y confirmada.

Escuchemos a Jacques Maritain explicando con claridad y precisión esta doble función de los dones intelectivos del Espíritu Santo, iluminando y esclareciendo la fe por el modo sobrehumano y la connaturalidad con lo divino

La gracia santificante y la inhabitación de Dios en el alma en estado de gracia: he ahí los fundamentos ontológicos, los primeros principios de la experiencia mística.
¿Cuáles son sus principios próximos, o sea, cómo se realiza ella misma?
Para establecer este análisis teológico debemos ante todo tener presentes dos

características de esta experiencia: se trata de un *conocimiento al modo divino o sobrehumano* y de un conocimiento por *connaturalidad*.

a) ES UN CONOCIMIENTO AL MODO DIVINO O SOBREHUMANO.

El modo humano y natural de conocer (natural mutatis mutandis al mismo ángel) consiste en conocer por ideas o conceptos, y, por tanto, en lo que atañe o se refiere a las cosas divinas, por analogía con las realidades creadas, sobre las cuales se funda la significación de nuestros conceptos. Esta es la razón por la cual la fe, aunque alcanza al mismo Dios según su propia interioridad y su vida propia (secundum suam propriam quidditatem), no le alcanza sino a distancia y continúa siendo un conocimiento mediato, enigmático, como dice San Pablo, en el sentido de que usa para ello de medios formalmente proporcionados a nuestro modo natural de conocer, o sea, de conceptos y fórmulas conceptuales, nociones analógicas o más bien sobreanalógicas.

d) Visión beatífica

El conocimiento sapiencial de lo divino que proporcionan al alma los dones intelectivos del Espíritu Santo actuando intensamente en ella, es el conocimiento más alto que puede alcanzarse de Dios en esta vida. Esta es la verdadera sabiduría cristiana, increíblemente superior a la más alta sabiduría humana que hayan podido alcanzar los mayores sabios del mundo; por encima de ella sólo caben, en el entendimiento creado, los resplandores infinitos de la visión beatífica.

En ella el entendimiento de la criatura se pone en contacto directo e inmediato con la misma esencia divina, sin intervención de ninguna especie inteligible, como sucede en todo conocimiento inferior al de la visión beatífica. Dios no es contemplado en un espejo, sino cara a cara, tal como es, y esta visión proporciona al bienaventurado un conocimiento altísimo de Dios, una felicidad inefable y un deleite imposible de describir.

ARTICULO II

MODO DE CRECER EN SABIDURÍA CRISTIANA

Todo movimiento supone necesariamente dos cosas: alejamiento del punto de partida y acercamiento al término o punto de llegada.

Para crecer, por consiguiente, en sabiduría cristiana hay que alejarse progresivamente de los criterios del mundo (punto de partida) y acercarse cada vez más a los criterios o punto de vista de Dios.

Vamos a examinar brevemente cada uno de esos dos aspectos.

1- Despreciar los criterios del mundo

Con relación al orden sobrenatural, el mundo tiene el triste privilegio de ver todas las cosas precisamente al revés de lo que son. Llama bienes a lo que en realidad son verdaderos males; y llama males a lo que en realidad son bienes o pueden convertirse fácilmente en verdaderos bienes.

El mundo cifra su dicha suprema en los placeres, riquezas, honores, comodidades, espectáculos, diversiones, en gozar de buena salud, en no estar nunca enfermo, en vivir muchos años, etc., etc.

El mundo no comprenderá jamás el sermón de la Montaña. Eso de que son bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los que padecen hambre y sed, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos y los que padecen persecución..., rompe en absoluto el molde de sus categorías intelectuales. La cruz de Cristo no le cabe al mundo en la cabeza y la califica de necedad y locura.

Pero Dios piensa de otra manera. La sabiduría de Dios está condensada, con relación a nosotros, en esas divinas paradojas del sermón de la Montaña.

El apóstol San Pablo, fiel intérprete del pensamiento divino a través de la inspiración profética, escribió estas terminantes palabras:

"La doctrina de la cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan. Según que está escrito: «Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes».
¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el disputador sobre las cosas de este mundo? ¿No ha hecho Dios necedad la

sabiduría de este mundo? Pues por no haber conocido el mundo a Dios, en la sabiduría de Dios, por la humana sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres *(1 Cor 1, 18-25)****"|.***

El que quiera, pues, hacerse sabio según Dios es preciso que se haga necio según el mundo. Lo dice expresamente el mismo apóstol

+San Pablo: "Nadie se engañe; si alguno entre nosotros cree que es sabio según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios" (1 Cor 3,18-19)**.**

Como primer paso para adquirir la sabiduría de Dios, hay que ponerse en guardia contra los principios y máximas del mundo.

Algunos de ellos parecen tan razonables y están tan arraigados incluso en muchas personas que se tienen por auténtica y verdaderamente cristianas, que es preciso andar muy alerta para no dejarse sorprender:
"Lo principal es la salud; que Dios nos conceda largos años de vida; que nuestros hijos obtengan un brillante porvenir;
que los negocios anden bien; que seáis muy felices; que..."

Estas y semejantes expresiones se oyen continuamente en el mundo, incluso de labios de personas muy cristianas, sin que a nadie se le ocurra poner en duda su perfecta legitimidad.

Y, sin embargo, muchas de esas expresiones —con no ser, ni con mucho, las más desorientadas de las que el mundo propugna— no resisten un examen a fondo del espíritu auténticamente evangélico.

Es preciso que caigamos definitivamente en la cuenta de que "lo principal" no es la salud del cuerpo, sino la del alma; no la vida larga, sino la vida santa; no el porvenir humano de los

hijos, sino su porvenir eterno; no que los negocios temporales anden bien, sino el gran negocio de nuestra santificación; no que seamos felices en la tierra durante los setenta u ochenta años de esta pobre vida, sino por toda la eternidad en el cielo. Y como *para lograr todos estos grandes y verdaderos bienes son mucho más útiles la pobreza, la enfermedad, el dolor, la humillación,* etc., etc., mantendremos con firmeza y energía, contra el parecer del mundo entero, que son mejores todas esas cosas, que el mundo tanto aborrece, que las riquezas, placeres, comodidades, grandezas, etc., etc., que el mundo tanto ama.

Renuncia total y definitiva a los falsos criterios del mundo : he ahí el primer paso que es preciso dar con toda decisión si queremos adquirir la verdadera sabiduría cristiana.

a. Fomentar el espíritu de fe

La fe, decíamos, nos da el punto de vista de Dios.

Es como una radio sobrenatural que trae a nuestros oídos las melodías del cielo.

Pero no basta tener fe. Hay mucha gente que la tiene, y, sin embargo, su inteligencia está completamente dominada por los criterios del mundo . No basta asentir a las verdades reveladas por Dios: es preciso vivir de acuerdo con ellas.

En la Sagrada Escritura se nos dice repetidas veces que "el justo vive de fe".
No dice simplemente que tiene fe, sino que vive de fe.
Para vivir de fe es preciso fomentar por todos los medios a nuestro alcance el espíritu de fe.
Ese espíritu que nos hace ver y juzgar todas las cosas, no como las ve y juzga el mundo, sino como las ve y juzga el mismo Dios.

El espíritu de fe consiste en una tendencia del alma a guiarse constantemente por las enseñanzas de la fe. El espíritu de fe añade a la simple práctica de esta virtud cierto predominio general sobre la inteligencia y la vida toda: es un creer de verdad y por encima de todo. La luz de la fe llega a regir efectivamente en todas las circunstancias de la vida; se aceptan todas sus consecuencias, aun aquellas que van más en contra de nuestro sentir puramente humano.

El espíritu de fe es la estrella rutilante que alumbra al peregrino para seguir la senda de su destino. No es sólo la fe habitual, la virtud infusa que puede estar latente, inactiva e insensible en el alma; no es un acto, ni una repetición de actos, sino una tendencia, un predominio, efecto de una práctica constante y de una decisión firme.

Este espíritu de fe, a medida que se va perfeccionando, da origen al llamado sentido cristiano, que nos hace juzgar de todas las cosas según las normas de la fe, no ya por un razonamiento intelectual, sino por una especie de instinto que procede, sin duda alguna, de la inspiración del Espíritu Santo.

Escuchemos a un piadoso autor describiendo admirablemente los rasgos inconfundibles del sentido cristiano:
"El sentido cristiano no es una fe cualquiera, sino una fe viva, una fe actual, por decirlo así, y despierta sin cesar en todos los casos de la vida, y atenta y atinada en todas las acciones humanas.

Y por eso se llama sentido cristiano y no fe cristiana. Porque así como el sentido es rápido en su percepción, distingue con más facilidad y precisión sus objetos, y sin necesidad de argumentaciones ni esfuerzos propios del entendimiento y sin evoluciones de discurso, discierne intuitivamente sus cosas, y sin la obscuridad e indecisión propias del raciocinio percibe con claridad palpable los objetos, así el sentido de la fe es rápido en sus juicios, fácil en sus percepciones, claro en sus afirmaciones, recto en sus resoluciones.

El sentido de la fe es una especie de instinto cristiano, en virtud del cual, así como con cualquier instinto, sin pensar, siempre, fácil y espontáneamente obramos con seguridad y resolución en las acciones naturales, así también procedemos en las espirituales.

Los que tienen este sentido cristiano en su vida, sean rudos o sean sabios, así obren repentinamente o de pensado, en propio provecho o contra su interés y gusto, siempre lo miran y resuelven todo conforme a las normas de la fe y doctrina. Y esto de repente, con seguridad, con certeza, sin vacilación; no como quien reflexiona, sino como quien ve; no como quien escucha, sino como quien oye; no como quien recibe una noticia de fuera,

sino como a quien le nace de dentro.

¿No habéis visto esos hombres que en todas sus cosas piensan con idea cristiana y proceden con espíritu de fe, y de tal modo que parece que ésta es su natural manera de pensar y de sentir, y aun sin haber estudiado muchas veces, y aun en casos acaso difíciles al mismo teólogo, fallan y resuelven con admirable presteza y aplomo, sin vacilar ni equivocarse, dónde está Cristo y dónde falta el espíritu de Cristo?

CAPITULO II

El crecimiento en EDAD

Al hablar del crecimiento del cristiano en edad es evidente que no nos referimos a los años de su vida física a partir de su nacimiento corporal. Se trata de la vida del espíritu.

> **La vida sobrenatural de la gracia tiene también sus edades o etapas, que recuerdan las de la vida natural del hombre. Las principales son tres:**
> **la infancia,**
> **la juventud**
> **y la virilidad o plena madurez.**

Corresponden exactamente a los tres grados de la caridad:
incipiente,
proficiente
y perfecta,

que, a su vez, son correlativos de las tres vías en que dividieron los antiguos la vida espiritual:
purgativa,
iluminativa
y unitiva.

Estas tres etapas de la vida espiritual, purgativa, iluminativa y unitiva. constituyen un solo camino de perfección que, con variantes accidentales según el estado de vida y circunstancias especiales de cada alma, han de recorrer todos los que aspiren a santificarse.

***El paso de una a otra de esas etapas se verifica mediante una crisis especial*, que produce lo que se ha convenido en llamar una nueva conversión del alma a una vida mucho más perfecta que la anterior.**

De ahí que algunos maestros de la vida espiritual hayan designado sus tres etapas con el nombre de las tres conversiones de la vida espiritual.

Vamos a exponer a continuación las características fundamenta les de cada una de esas tres etapas de la vida espiritual.

I. Vía purgativa: caridad incipiente

Cuando el alma mundana y distraída comienza a desear con toda sinceridad vivir cristianamente, entra en la vía purgativa o primer grado de caridad.

Sus disposiciones fundamentales las describe Santo Tomás con las siguientes palabras: *"En el primer grado, la preocupación fundamental del hombre es la de apartarse del pecado y resistir a sus concupiscencias, que se mueven en contra de la caridad. Y esto pertenece a los incipientes, en los que la caridad ha de ser alimentada y fomentada para que no se corrompa".*

Escuchemos al P. Garrigou-Lagrange explicando magistralmente las disposiciones de los principiantes en la vida espiritual.

«La primera conversión es el tránsito del estado de pecado al de gracia, ya sea mediante el bautismo, ya por la contrición y absolución cuando no se ha conservado la inocencia bautismal…
Con frecuencia esta primera conversión se efectúa después de una crisis más o menos dolorosa en la cual el alma se separa progresivamente del espíritu del mundo, como el hijo pródigo, para volverse a Dios.

El primer paso lo da el Señor hacia nosotros, como enseña la Iglesia contra el semipelagianismo. Es Él quién nos inspira el buen movimiento, la buena voluntad inicial, que es el principio de la salvación. Con su gracia actual y con la prueba, trabaja en cierto modo nuestra alma antes de depositar en ella la divina simiente. Cava por primera vez el suelo sobre el que, más tarde, volverá en el mismo sentido y mucho más profundamente para extirpar las malas raíces que han sobrevivido, de manera semejante a como el viñador arranca las malas hierbas que crecen junto a la viña, impidiéndola crecer y desarrollarse plenamente…

La mentalidad o estado de ánimo del principiante se puede describir destacando lo que hay en él de principal en el orden del bien:

el conocimiento de Dios y de sí mismo y el amor de Dios.

Indudablemente existen algunos principiantes especialmente favorecidos —como los grandes santos en sus comienzos— que tienen un grado de gracia más elevado que no pocos proficientes, como existen pequeños prodigios en el orden puramente natural; pero, en conclusión, son todavía niños.

Comienzan a conocerse a sÍ mismos, a ver su miseria e indigencia, y deben examinar cuidadosamente su conciencia todos los días para corregirse de sus defectos. Comienzan también a conocer a Dios en el espejo de las cosas sensibles, de la naturaleza, o de las parábolas, tales como las del hijo pródigo, la oveja perdida, el Buen Pastor.

Es el movimiento ascensional hacia Dios, que recuerda el de la alondra, que se levanta de la tierra hacia el cielo lanzando un grito.

Tras la primera edad o período de la vida espiritual, caben infinidad de matices particulares. Dentro de esta primera etapa pueden distinguirse los tres primeros grados de la vida espiritual, que corresponden a las tres primeras moradas del famoso "Castillo interior" de Santa Teresa.

Sus principales características son:

Primeras moradas:

En las almas creyentes

PECADO MORTAL. Débilmente combatido, pero sincero arrepentimiento y verdaderas confesiones. Con frecuencia, ocasiones peligrosas voluntariamente buscadas.

PECADO VENIAL. Ningún esfuerzo para evitarlo. Se le concede muy poca importancia.

PRÁCTICAS DE PIEDAD. Las preceptuadas por la Iglesia. Algunas omisiones. A veces, algunas prácticas de supererogación.

ORACIÓN. Puramente vocal, pocas veces y con mucha s distracciones. Peticiones humanas, de intereses temporales, rara vez de tipo espiritual.

Segundas moradas: las almas buenas

PECADO MORTAL. Sinceramente combatido. A veces, sin embargo, ocasiones peligrosas, seguidas de alguna caída. Sincero arrepentimiento y pronta confesión.

PECADO VENIAL. A veces, plenamente deliberado. Lucha débil, arrepentimiento superficial, recaídas constantes en la murmuración, etc.

PRÁCTICAS DE PIEDAD. Frecuencia de sacramentos (primeros viernes, fiestas principales, etc.)- A veces, misa diaria, pero con poca preparación. Rosario familiar, omitido con facilidad.

ORACIÓN. Por lo general, oraciones vocales. A veces, algún rato de meditación, pero con poca fidelidad y muchas distracciones voluntarias.

Terceras moradas: las almas piadosas

PECADO MORTAL. Rarísima vez. Vivo arrepentimiento, confesión inmediata, precauciones para evitar las recaídas.

PECADO VENIAL. Sinceramente combatido. Examen particular, pero con poca constancia y escaso fruto.

PRÁCTICAS DE PIEDAD. Misa y comunión diarias, pero con cierto espíritu de rutina. Confesión semanal, con escasa enmienda de los defectos. Rosario en familia. Visita al Santísimo. Vía crucis semanal, etc.

ORACIÓN. Meditación diaria, pero sin gran empeño en hacerla bien. Muchas distracciones. Omisión fácil, sobre todo cuando surgen sequedades u ocupaciones que se hubieran podido evitar sin faltar a los deberes del propio estado. Con frecuencia, oración afectiva, que tiende a simplificarse cada vez más. Comienza la noche del sentido, como tránsito a la vía iluminativa.

2. Vía iluminativa : caridad proficiente

Cuartas moradas: las almas fervientes

PECADO MORTAL. Nunca . A lo sumo algunas sorpresas violentas e imprevistas. En estos casos, pecado mortal dudoso, seguido de un vivísimo arrepentimiento, confesión inmediata y penitencias reparadoras.

PECADO VENIAL. Seria vigilancia para evitarlo. Rara vez deliberado. Examen particular dirigido seriamente para combatirlo.

IMPERFECCIONES. El alma evita examinarse demasiado sobre esto para no verse obligada a combatirlas. Ama la abnegación y la renuncia de sí mismo, pero hasta cierto punto y sin grandes esfuerzos.

PRÁCTICAS DE PIEDAD. Misa y comunión diarias con fervorosa preparación y acción de gracias. Confesión semanal diligentemente practicada. Dirección espiritual encaminada a adelantar en la virtud. Tierna devoción a María.

ORACIÓN. Fidelidad a ella a pesar de las arideces y sequedades de la noche del sentido. Oración de simple mirada amorosa, como transición a las oraciones contemplativas. En momentos de particular intensidad, oración de recogimiento infuso y de quietud.

1. Vía iluminativa : caridad proficiente

Quintas moradas:
las almas relativamente perfectas

PECADO VENIAL. Deliberadamente, nunca. Alguna vez por sorpresa o con poca advertencia. Vivamente llorado y seriamente reparado.

IMPERFECCIONES. Reprobadas seriamente, combatidas de corazón para agradar a Dios. Alguna vez deliberadas, pero rápidamente deploradas. Actos frecuentes de abnegación y de renuncia.
Examen particular encaminado al perfeccionamiento de una determinada virtud.

PRÁCTICAS DE PIEDAD. Cada vez más simples y menos numerosas, pero practicadas con ardiente amor. La caridad va teniendo una influencia cada vez más intensa y actual en todo lo que hace. Amor a la soledad, espíritu de desasimiento, ansias de amor a Dios, deseo del cielo, amor a la cruz, celo desinteresado, hambre y sed de la comunión.

ORACIÓN. Vida habitual de oración, que viene a constituir como la respiración del alma. Oración contemplativa de unión. Con frecuencia, purificaciones pasivas y epifenómenos místicos.

CAPITULO III
El crecimiento en gracia

El evangelista San Lucas nos dice que Jesús niño *"crecía en gracia delante de Dios y de los hombres"*.

No se trataba de un verdadero crecimiento en la gracia santificante, ya que la tuvo en toda su plenitud infinita desde el instante mismo de su concepción en el seno virginal de María y no pudo, por consiguiente, experimentar jamás en ella el menor crecimiento. Se trataba únicamente de las manifestaciones externas de la gracia, que aparecían cada vez con mayor esplendor e intensidad.

El cristiano, en cambio, puede y debe crecer continuamente en gracia a todo lo largo de su vida sobre la tierra. Recibida en el bautismo en forma de germen o semilla, la gracia ha de ir creciendo y desarrollándose hasta alcanzar la plenitud que le corresponda según el grado de su predestinación en Cristo.

Esta es la finalidad primaria y fundamental de la vida del cristiano sobre la tierra: para eso precisamente se nos da la vida. Todas las demás actividades de la vida no tienen sentido ni razón de ser sino en función de esta finalidad suprema. La vida del hombre sobre la

tierra no es otra cosa que un noviciado de eternidad.

Tres son los medios o procedimientos sobrenaturales que podemos usar para el crecimiento y desarrollo de la gracia santificante en nuestras almas:

a) Los sacramentos.
b) La práctica de las virtudes.
c) La oración.

Los sacramentos la producen o aumentan en nosotros por su propia virtud intrínseca (ex opere operato, dicen los teólogos).

La práctica de las virtudes la acrecienta en nuestras almas por vía de mérito sobrenatural.

La oración, en fin, la atrae sobre nosotros por su eficacia impetratoria ante la misericordia y la bondad de Dios.

Vamos a examinar cada uno de estos tres medios o procedimientos en otros tantos artículos.

ARTICULO I

EL CRECIMIENTO DE LA GRACIA POR LOS SACRAMENTOS

Después de unas breves indicaciones sobre los sacramentos en general, expondremos en particular las disposiciones fundamentales para obtener la máxima eficacia santificadora en la recepción de la penitencia y eucaristía.

1. Los sacramentos en general

Como es sabido, los sacramentos son unos signos sensibles instituidos por nuestro Señor Jesucristo para significar y producir la gracia santificante en el que los recibe dignamente.

Esta gracia la confieren por su propia virtud intrínseca («ex opere operato») a todos los que los reciben dignamente, o sea, sin ponerles un óbice u obstáculo voluntario. Lo definió expresamente el concilio de Trento contra los protestantes.

Dos sacramentos—el bautismo y la penitencia—reciben el nombre de sacramentos de muertos porque se supone que el alma que ha de recibirlos está muerta por el pecado (original o actual).

Los otros cinco—confirmación, eucaristía, extremaunción, orden y matrimonio—se llaman sacramentos de vivos porque el alma que los recibe ha de estar ya en posesión de la gracia santificante, que es la vida del alma.

Por eso se dice que los sacramentos de muertos producen la primera gracia (infundiéndola en quien no la tiene todavía); y los de vivos, la segunda gracia (aumentándola en quien ya la posee). Pero puede ocurrir que alguno reciba los sacramentos de muertos estando ya en posesión de la gracia santificante (v.gr., el adulto que se bautiza después de haberse arrepentido de sus pecados con

un acto de perfecta contrición o el que se confiesa únicamente de pecados veniales). En este caso, el sacramento, que debía infundirle la primera gracia, le infunde la segunda, o sea, le aumenta la que ya tenía. Y viceversa, el pecador que reciba un sacramento de vivos de buena fe (v.gr., sin acordarse de que está en pecado mortal) y sin poner obstáculo a la gracia (o sea, teniendo, al menos, atrición sobrenatural de sus pecados), recibiría la primera gracia, actuando en este caso el sacramento de vivos como si fuera un sacramento de muertos.

***La cantidad de gracia que los sacramentos confieren absolutamente, sólo Dios lo sabe*; pero *la cantidad relativa se puede establecer de algún modo comparando unos sacramentos con otros y examinando las disposiciones del que los recibe*. Vamos a precisarlo en dos conclusiones.**

Conclusión 1. En igualdad de disposiciones subjetivas por parte de los que los reciben, los sacramentos más excelentes confieren mayor gracia que los menos excelentes.
(Completamente cierta en teología.)

Para comprender el alcance y la verdad de esta conclusión basta simplemente con explicar los términos de la misma.

a) EN IGUALDAD DE DISPOSICIONES SUBJETIVAS POR PARTE DE LOS QUE LOS RECIBEN, o sea, recibiendo con igual fervor o devoción un sacramento más excelente (v.gr., la eucaristía), se recibe mayor cantidad de gracia que al recibir otro sacramento menos excelente (v.gr., el matrimonio).

Claro está que, si las disposiciones del que recibe el sacramento menos excelente fueran más perfectas que las del que recibe el sacramento más excelente, podría recibir el primero mayor cantidad de gracia que el segundo. La superioridad de los más excelentes requiere, al menos, igualdad de disposiciones para producir una gracia mayor.

Propiamente hablando, *la gracia no tiene ni admite cantidad alguna, por ser una cualidad espiritual irreductible a la materia cuantitativa: pero puede hablarse, en cierto modo, de los distintos grados de intensidad* que alcanza la gracia en un alma, y a esto nos referimos aquí.

b) Los SACRAMENTOS MÁS EXCELENTES.

Que unos sacramentos sean más excelentes que otros, lo definió expresamente el concilio de Trento :
***"Si alguno dijere que estos siete sacramentos de tal modo son entre si iguales que por ninguna razón es uno más digno que otro, sea anatema".* (D 846).**

***El orden de dignidad o perfección de los sacramentos* es el siguiente:**

1° Eucaristía, que contiene al mismo Cristo y es el fin de todos los demás sacramentos.

2^0 Orden sacerdotal, por ser el más próximo a la eucaristía y ordenar se al bien común espiritual, que prevalece sobre el bien particular.

3º Confirmación, que supera en dignidad al bautismo, en cuanto que es su complemento y perfección.

4º Bautismo, que da la gracia de suyo y no accidentalmente, como la penitencia y extremaunción.

5º Extremaunción, que perfecciona la gracia recibida por la penitencia, borrando los rastros y reliquias del pecado.

6º Penitencia, que es más espiritual que el matrimonio.

7º Matrimonio, que es el menos espiritual de todos los sacramentos.

Este es el orden por razón de la dignidad o perfección. Pero *por razón de la necesidad para la salvación,* los tres primeros son los siguientes:

Iº Bautismo (necesario para todos, al menos en el deseo implícito).

2^0 Penitencia (necesario para el que pecó gravemente).

3^0 Orden sacerdotal (necesario para perpetuar en la Iglesia los sacramentos).

c) CONFIEREN MAYOR GRACIA QUE LOS MENOS EXCELENTES. La razón es muy sencilla: cuanto más noble y excelente es una causa, tanto más nobles y excelentes efectos produce.

Conclusión 2ª Un mismo sacramento confiere «ex opere operato» la misma cantidad de gracia a todos los que lo reciben con idénticas disposiciones, pero produce mayor gracia el que lo recibe con disposiciones más perfectas. (Completamente cierta en teología.)

El concilio de Trento, hablando de la justificación, enseña que *"recibimos en nosotros cada uno su propia justicia según la medida en que el Espíritu Santo la reparte a cada uno según quiere y según la propia disposición y cooperación de cada uno"* (D 799).

Esta misma doctrina vale también para el grado de intensidad de la gracia sacramental, por la ley universal de la causalidad.
Cuanto mayor es la disposición del sujeto, tanto más intenso es el efecto de la causa; por ejemplo, cuanto más blanda es la cera, tanto más profunda es la impresión del sello; cuanto más seco está el leño, tanto más rápida y eficazmente prende en él el fuego; cuanto mayor es el tamaño del vaso, mayor cantidad de agua recoge.

2. El sacramento de la penitencia

Para obtener de él el máximo rendimiento en orden a nuestro crecimiento en la gracia santificante hay que insistir, principalmente, en las disposiciones siguientes:

a) La contrición de corazón
Es la disposición fundamental, junto con el propósito de enmienda, para sacar el mayor fruto posible de la recepción del sacramento.

Su falta absoluta haría sacrílega la confesión **—si fuera con advertencia—** ***o inválida la***

absolución **—por falta de materia próxima— aun recibida de buena fe.**

La intensidad del arrepentimiento nacido sobre todo de los motivos de perfecta contrición estará en razón directa del grado de gracia que el alma recibirá con la absolución sacramental. Con una contrición intensísima podría obtener el alma no solamente la remisión total de sus culpas y de la pena temporal que había de pagar por ellas en esta vida o en el purgatorio, sino también un aumento considerable de gracia santificante, que la haría avanzar a grandes pasos por los caminos de la perfección.

Nada ha de procurar con tanto empeño el alma que quiera santificarse como la intensidad de contrición nacida

- **del amor de Dios,**
- **de la consideración de su infinita bondad y misericordia,**
- **del amor y sufrimientos de Cristo,**
- **de la monstruosa ingratitud del pecador para con un Padre tan bueno, que nos ha colmado de incomprensibles beneficios.**

Pero, bien persuadida de que *esta gracia de la perfecta e intensa contrición es un don de Dios que sólo puede impetrarse por vía de oración*, se humillará profundamente ante la divina Majestad, implorándola con insistencia por intercesión de María, Mediadora de todas las gracias.

b) El propósito firme

Por falta de un firme propósito de le enmienda resultan inválidas—cuando menos—gran número de confesiones, sobre todo entre gente devota y rutinaria.

Hay que poner suma diligencia en este importante punto. Para ello no nos contentemos con un propósito general de no volver a pecar, demasiado inconcreto para que resulte eficaz.

Sin excluir ese propósito general, tomemos, además, *una resolución clara, concreta, enérgica, de poner los medios para evitar tal o cual falta o adelantar en la práctica de una determinada virtud*. Hagamos recaer sobre esa resolución una mirada especial en el examen

diario de conciencia y démosle cuenta al confesor, en la próxima confesión, de nuestra fidelidad o flaqueza.

¡Cuántas confesiones de gente piadosa resultan inválidas o poco menos que inútiles por no tener en cuenta estas cosas tan elementales!

Y lo mismo hay que decir de las virtudes que dependen y siguen a la gracia.

c) Profunda humildad

El penitente ha de reconocer rendidamente sus miserias, y ha de empezar a repararlas aceptando voluntariamente la propia abyección ante los ojos del confesor.

De ahí que cometen una gran torpeza y equivocación las personas que, al caer en una falta humillante, buscan otro confesor para que el propio y ordinario no sospeche nada ni pierdan prestigio ante él. Es imposible que con este proceder tan humano e imperfecto reporten el debido fruto de la absolución sacramental.

Jamás darán un paso en la perfección almas que *conservan todavía tan arraigado el amor propio y andan tan lejos de la verdadera humildad de corazón*. Muy al contrario obran los que desean santificarse de veras.

Sin faltar a la verdad exagerando voluntariamente la calidad o el número de sus pecados—lo que sería una verdadera profanación del sacramento—, procuran acusarse de ellos de la manera más vergonzosa y humillante posible. No solamente no los van "coloreando porque no parezcan tan malos, lo cual más es *irse a excusar que a acusar"* —como lamenta San Juan de la Cruz en ciertos principiantes—, sino "más gana tienen de decir sus faltas y pecados, o que los entiendan, que no sus virtudes; y así se inclinan más a tratar su alma con quien en menos tiene sus cosas y su espíritu". Sin estos sentimientos de profunda y sincera humildad, apenas se puede conseguir verdadero fruto de la confesión sacramental en orden a la perfección cristiana.

3. El sacramento de la eucaristía

La eucaristía no sólo es el más excelente de todos los sacramentos, sino el fin y consumación de todos ellos; de suerte que sin el deseo de la eucaristía (al menos implícito por la recepción del bautismo, que se ordena a ella) nadie puede ni siquiera salvarse.

Su eficacia santificadora es enorme, puesto que no solamente confiere la gracia en cantidad muy superior a la de cualquier otro sacramento, sino que nos da y une íntimamente a la persona adorable de Cristo, manantial y fuente de la misma gracia.

Una sola comunión bien hecha bastaría, sin duda alguna, para elevar un alma a la más encumbrada santidad.
Pero para obtener de ella el máximo rendimiento santificador es preciso recibir la eucaristía con disposiciones muy perfectas. Las más importantes corresponden a las tres virtudes teologales y a la humildad de corazón. He aquí una breve exposición de las mismas:

3. El sacramento de la eucaristía

a) Fe viva

Cristo la exigía siempre como condición indispensable antes de conceder una gracia aun de tipo material (milagro).

La eucaristía es por antonomasia el mysterium fidei, ya que en ella nada de Cristo perciben la razón natural ni los sentidos. Santo Tomás recuerda que en la cruz se ocultó solamente la divinidad, pero en el altar desaparece incluso la humanidad santísima: Latet simul et humanitas.
Esto exige de nosotros una fe viva, transida de adoración.

Pero no sólo en este sentido—asentimiento vivo al misterio eucarístico —la fe es absolutamente indispensable, sino también en orden a la virtud vivificante del contacto de Jesús. Hemos de considerar en nuestras almas la lepra del pecado y repetir con la fe vivísima del leproso del Evangelio: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme; o como la del ciego de Jericó—menos infortunado con la privación de la luz material que nosotros con la ceguera de nuestra alma—: Señor, haced que vea.

b) Humildad profunda

Jesucristo lavó los pies de sus apóstoles antes de instituir la Eucaristía para darles ejemplo. Si la Santísima Virgen se preparó a recibir en sus virginales entrañas al Verbo de Dios con aquella profundísima humildad que la hizo exclamar: "He aquí la esclava del Señor", ¿qué deberemos hacer nosotros en semejante coyuntura?

No importa que nos hayamos arrepentido perfectamente de nuestros pecados y nos encontremos actualmente en estado de gracia. La culpa fue perdonada, el reato de pena acaso también (si hemos hecho la debida penitencia), pero el hecho histórico de haber cometido aquel pecado no desaparecerá jamás.

No olvidemos, cualquiera que sea el grado de santidad que actualmente poseamos, que hemos sido rescatados del infierno, que somos ex presidiarios de Satanás.

El cristiano que haya tenido la desgracia de cometer alguna vez en su vida un solo pecado

mortal debería estar siempre anonadado de humildad. Por lo menos, al acercarse a comulgar, repitamos por tres veces con sentimientos de profundísima humildad y vivísimo arrepentimiento la fórmula sublime del centurión: Domine, non sum dignus... "Señor no soy digno..."

c)Confianza ilimitada

Es preciso que el recuerdo de nuestros pecados nos lleve a la humildad, pero no al abatimiento, que sería una forma disfrazada del orgullo. Jesucristo es el gran perdonador, que acogió con infinita ternura a todos los pecadores que se le acercaron en demanda de perdón. No ha cambiado de condición; es el mismo del Evangelio. Acerquémonos a Él con humildad y reverencia, pero también con inmensa confianza en su bondad y misericordia.

Es el Padre, el Pastor, el Médico, el Amigo divino, que quiere estrecharnos contra su Corazón, palpitante de amor. La confianza le

rinde y le vence: no puede resistir a ella, le roba el Corazón…

d) Hambre y sed de comulgar

Es ésta la disposición que más directamente afecta a la eficacia santificadora de la sagrada comunión. Esta hambre y sed de recibir a Jesús sacramentado, que *procede del amor y casi se identifica con él*, ensancha la capacidad del alma y la dispone a recibir la gracia sacramental en proporciones grandísimas.

La cantidad de agua que se coge de la fuente depende en cada caso del tamaño del vaso que se lleva. Si nos preocupáramos de pedirle ardientemente al Señor esta hambre y sed de la eucaristía y procuráramos fomentarla con todos los medios a nuestro alcance, muy pronto seríamos santos.

Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Jesús, Santa Micaela del Santísimo Sacramento y otras muchas almas santas tenían un hambre y sed de comulgar tan devoradoras que se hubieran expuesto a los

mayores sufrimientos y peligros a trueque de no perder un solo día el divino alimento que las sostenía. Hemos de ver precisamente en estas disposiciones no solamente un efecto, sino también una de las más eficaces causas de su excelsa santidad. La eucaristía recibida con tan ardientes deseos aumentaba la gracia en sus almas en grado incalculable, haciéndolas avanzar a grandes pasos por los caminos de la santidad.

CAPITULO III
El crecimiento en gracia

ARTICULO II
EL CRECIMIENTO DE LA GRACIA

EL CRECIMIENTO DE LA GRACIA POR LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES

El segundo medio o procedimiento de que disponemos para el crecimiento y desarrollo de la gracia en nuestras almas consiste en la práctica cada vez más intensa de las virtudes cristianas.

En esto, como en todo lo demás, es Cristo nuestro ejemplar y modelo supremo.

Dividiremos el artículo en dos apartados:
a) Modo de practicar las virtudes.
b) Cristo, modelo supremo.

Para obtener de las virtudes infusas su máximo rendimiento santificador hay que practicarlas:

- **por un motivo estrictamente sobre natural**
- **y con la mayor intensidad posible.**

***Motivo e intensidad*: he ahí *la clave fundamental para elevar al máximo nivel* la práctica o ejercicio de las virtudes cristianas.**

Vamos a examinar cuidadosamente cada uno de estos dos aspectos.

a) El motivo sobrenatural

Existe una doble serie de virtudes:
las naturales o adquiridas
y las sobrenaturales o infusas.

Unas y otras tienen el mismo objeto material, esto es, recaen sobre idéntica materia.

Y así, por ejemplo, la virtud de la paciencia, tanto adquirida como infusa, tiene por objeto *soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales*;
la virtud de la justicia, tanto natural como sobrenatural, tiene por objeto *dar a cada uno lo que es suyo*;
la virtud de la templanza, en cualquiera de los dos órdenes, tiene por objeto *moderar la inclinación a los placeres sensibles*, etc., etc.

Por parte del objeto material no hay diferencia alguna entre las virtudes naturales y las sobrenaturales.

El campo material de las virtudes infusas se extiende o va más lejos que el de las virtudes adquiridas.
Las adquiridas se contentan con seguir los dictámenes de la simple razón natural (v.gr., la sobriedad natural se limita a evitar todo

aquello que puede perjudicar la salud corporal o el buen nombre del que la practica), mientras que las virtudes infusas siguen el dictamen de la razón natural iluminada por la fe, que tiene exigencias más finas (v.gr., la sobriedad sobrenatural abarca todo el campo de la sobriedad natural y se extiende, además, a la abstinencia o mortificación de muchas cosas lícitas, para imitar a Jesucristo.

Ahora bien: teniendo las virtudes adquiridas y las infusas el mismo objeto material, ¿en qué se distinguen sus actos? ¿Cuál es el criterio para saber cuándo actúa la virtud adquirida y cuándo la infusa del mismo nombre? O en otros términos: ¿cómo podremos averiguar si obramos natural o sobrenaturalmente ?

A nadie puede ocultársele la importancia de esta cuestión con relación al mérito sobrenatural de nuestros actos y, por lo mismo, a la eficacia santificadora del ejercicio de las virtudes. *Es de fe que los actos puramente naturales no merecen* absolutamente nada en el orden sobrenatural. Decir lo contrario sería la herejía semi pelagiana, expresamente condenada por la Iglesia.

Lo sobrenatural—como expresa muy bien la propia palabra—está mil veces por encima de lo natural. *Es tan absurdo e imposible que un acto puramente natural produzca un efecto sobrenatural* como que una estatua de mármol rompa a hablar o se eche de pronto a andar.

¿Es preciso proponerse en cada caso un motivo sobrenatural al realizar cualquier acto de virtud para que éste sea sobrenatural y meritorio ante Dios?

Eso sería lo ideal, y así lo hacían los santos con la mayor espontaneidad y sencillez, como por instinto sobrenatural procedente de la inspiración del Espíritu Santo a través de sus preciosísimos dones; pero esta manera tan perfecta de obrar no está al alcance inmediato de todas las almas en gracia.

Antes de remontarse a estas sublimes alturas de la vida mística, que elevan a un grado increíble de intensidad el mérito

sobrenatural de las obras buenas, puede darse, y se da de hecho, el mérito sobrenatural, aunque en grado menor de perfección e intensidad.

La intención de la voluntad puede recaer sobre un acto de tres maneras: actual, virtual y habitualmente.

a) LA INTENCIÓN ACTUAL es aquella que recae sobre el acto en el momento mismo en que se está realizando. Es la intención más perfecta, sin duda alguna, pero no siempre está en nuestra mano mantenerla, teniendo en cuenta la flaqueza y debilidad humana, sujeta a mil distracciones y olvidos, muchas veces inevitables.

b) LA INTENCIÓN VIRTUAL es la que se puso antes de realizar el acto (aunque sea mucho antes y ya no nos acordemos de ella) y sigue influyendo mientras se realiza el acto (v.gr., el que emprende

un trabajo por un determinado motivo y lo lleva a cabo sin haber vuelto a pensar en el motivo que le impulsó a comenzarlo).

Esta intención virtual es menos perfecta que la actual, pero es suficiente para el valor sobrenatural y meritorio de un trabajo emprendido por un motivo sobrenatural mientras este motivo siga influyendo en él, o sea, mientras no se retracte la intención que se tuvo al comenzarlo.

c) LA INTENCIÓN HABITUAL es la que se tuvo alguna vez y no se ha retractado nunca expresamente, pero no influye ya directamente en el acto que se está realizando.
Por ejemplo, el cristiano que forme la *intención de obrar siempre sobrenaturalmente y no ha retractado* nunca esa intención, pero que *en un momento dado practica un acto de virtud* por un motivo puramente natural (v.gr.,

dando una limosna *por simple compasión natural*).

Esta intención habitual, aunque sea sobrenatural, no basta para el valor y el mérito sobrenatural de los actos puramente naturales, o sea, de los practicados por un motivo puramente natural o humano.

b) La intensidad de los actos

Decíamos al comenzar este artículo que el valor meritorio en el ejercicio de las virtudes infusas dependía *del motivo y de la intensidad de los actos.*

Vamos a examinar ahora este segundo aspecto.

La clave teológica para resolver con acierto este problema nos la da el hecho de que los hábitos infusos no pueden crecer por adición, sino únicamente por una mayor radicación en el sujeto.

Vamos a explicarlo con toda claridad y precisión.

Las cosas materiales o cuantitativas se aumentan por adición de unas a otras. Por ejemplo, un montón de trigo se aumenta añadiéndole nuevos granos de trigo, aunque sea uno solo; una cantidad de dinero se aumenta añadiéndole nuevas monedas, aunque sea una sola, etc.

Este crecimiento o aumento por adición no puede afectar en modo alguno a los hábitos infusos. Sencillamente porque no son realidades cuantitativas, sino cualitativas, cuya esencia misma consiste en modificar accidentalmente el sujeto en que radican, dándole la capacidad para obrar sobrenaturalmente, y *dándosela en grado*

Como es sabido, el mérito, tanto natural como sobrenatural, está en los actos, no

en los hábitos; en lo actual, no en lo habitual.

2ª No pudiendo permanecer continuamente con el alma en su máxima tensión, hay que consagrar, al menos, algunos momentos durante el día para realizar algunos actos intensos de virtud, sobre todo de caridad para con Dios, mediante fervientes actos de amor. En esos breves instantes de intensidad mereceremos más que en todo el resto de nuestra jornada diaria.

3ª Como un solo acto más intenso hace subir la escala de nuestro mérito ante Dios, síguese que cada uno de esos actos más intensos vale más que cualquiera de los realizados durante nuestra vida anterior. Por eso los santos, en la última época de su vida, aumentan en grandes proporciones su mérito sobrenatural ante Dios

4ª No hay peligro de que estos actos más fervientes resulten cada vez más difíciles para el alma, porque cada vez exigirán un esfuerzo mayor que el anterior.

Nada de eso. Ocurre precisamente todo lo contrario. A medida que se van arraigando más y más en el alma los hábitos infusos a base de actos más fervientes, va aumentando progresivamente la capacidad para actos más intensos, que se producen cada vez con mayor prontitud y facilidad. *Los santos practican actos intensísimos de virtud con la mayor naturalidad y casi sin esfuerzo alguno*. No se trata de esfuerzos corporales —que forzosamente encontrarían un límite infranqueable para las débiles fuerzas humanas—, sino de disposiciones espirituales, tanto más fáciles cuanto más intensas.

5ª Como es imposible realizar un acto más ferviente sin el previo empuje de una gracia actual más intensa también (proporcionada a la intensidad del acto que se va a realizar), y esa gracia actual no depende de nosotros, sino de Dios, hay que pedírsela a Él con humildad y perseverancia.

Sin la gracia preveniente de Dios no podemos hacer absolutamente nada, **y, en este sentido, puede decirse que todo el proceso de nuestra santificación se reduce, por parte nuestra, a la oración y a la humildad: la oración, para pedir a Dios esas gracias prevenientes eficaces, y la humildad, para atraerlas de hecho sobre nosotros.**

2. Cristo, modelo supremo de todas las virtudes

En las letanías del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia ha incluido esta impresionante invocación: *"Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes, ten piedad de nosotros".*

Así es en efecto. En Él alcanzaron todas las virtudes infusas la máxima elevación a que pueden remontarse, un nivel absolutamente divino imposible de superar. Y esto no a costa de largos y

<u>continuos esfuerzos, sino desde el instante mismo de su concepción</u>
en el seno virginal de María. Es una *consecuencia necesaria de la plenitud absoluta* de gracia que llenó su alma santísima desde aquel primer instante.

No podemos detenernos aquí en una exposición detallada de cada una de las virtudes para contemplar a Jesús como modelo supremo en su práctica y ejercicio. Vamos a recoger únicamente algunos rasgos fundamentales en torno a las virtudes más importantes, teologales y morales.

Las virtudes teologales son únicamente tres: fe, esperanza y caridad.

1. FE.
Jesucristo, desde el primer instante de su concepción, gozó de la visión beatífica en su más alto grado de perfección.

Ahora bien: *la visión beatífica es incompatible con la fe*: *lo que se ve no se cree.* Jesucristo, por consiguiente, no tuvo fe ni podía tenerla.

Pero, a pesar de ello, se le puede presentar como modelo incomparable en lo que pudiéramos llamar el espíritu de fe, que consiste en la plena aceptación de las verdades reveladas por Dios y en el criterio sobrenatural para ver y juzgar todas las cosas desde el punto de vista de Dios.

Sería interminable ponerse a citar textos evangélicos para de mostrarlo. Todo el Evangelio es un testimonio impresionante de este espíritu de fe en que se desenvolvió la vida de Jesús. Todo lo veía desde arriba, desde el punto de vista de Dios. Ni siquiera la ternura verdaderamente filial que sentía por su madre María y por su padre adoptivo San José podían detenerle un instante

cuando se trataba de las cosas de su Padre celestial. Jesucristo pasó su vida terrena *sublevatis oculis in caelum*: con los ojos fijos en el cielo.

2. ESPERANZA. Tampoco tuvo Jesucristo la virtud teologal de la esperanza en cuanto a su objeto primario (la posesión eterna de Dios), porque su alma santísima gozó de la plena fruición de Dios desde el primer instante de su ser; aunque pudo tenerla, y la tuvo de hecho, con relación a uno de sus objetos secundarios: la glorificación de su cuerpo.

Pero Cristo es el modelo supremo en cuanto a las manifestaciones fundamentales de la esperanza cristiana:

a) La omnímoda confianza en Dios: *"Ved los lirios del campo..., ved las aves del cielo..., ¿cuánto más vosotros, hombres de poca fe?". "Confiad: soy yo".*

b) El esperarlo todo de Dios: *"Ya sabe vuestro Padre celestial las cosas que necesitáis antes de que se las pidáis". "Padre..., yo sé que siempre me escuchas".*

c) El anteponer a los bienes caducos y perecederos de la tierra los celestiales y eternos: *"¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?". "Necio, esta misma noche morirás; lo que has almacenado, ¿para quién será?".*

d)* Deseo del cielo: *"Me voy y volveré a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, pues voy al Padre".

2. CARIDAD.

Jesucristo poseyó y practicó la virtud de la caridad en el grado más sublime que jamás ha practicado nadie en su doble aspecto:

<u>amor de Dios y del prójimo por Dios.</u>

a) El amor a su Padre celestial constituyó en Jesucristo-hombre una verdadera obsesión. Bajó del cielo no para hacer su voluntad, sino la del Padre;

Desde niño tiene que ocuparse en las cosas de su Padre celestial; hizo siempre lo que es de su agrado; su comida es cumplir la voluntad del Padre.
No buscaba su propia voluntad, sino la del Padre, que le envió; ni quiere que se cumpla la suya, sino la de Él; su gloria la recibe de su Padre.

Forma una sola cosa con Él; el Padre está en Él y Él en el Padre; por eso le conoce perfectamente y le ama, cumpliendo el mandato que recibió de Él.

El que cumple la voluntad de su Padre es su hermano y su hermana y su madre.

En resumen:

Cristo vino a la tierra por mandato de su Padre, vivió para su Padre y murió entregando su espíritu a su Padre.

b) Cristo practicó el amor al prójimo en el más alto grado en que es posible practicarlo: hasta dar la propia vida por todos nosotros.

El Evangelio nos dice que "se compadecía entrañablemente de las gentes", que "los curaba a todos", se adelantaba a las súplicas, que trataba a los pecadores y publicanos con inefable mansedumbre y dulzura: Zaqueo, Mateo, la Magdalena, la adúltera, el buen ladrón, etc.; amaba a los niños, compartió la angustia del corazón de un padre, de una madre desolada, de unas hermanas afligidas por la muerte de su hermano.

El apóstol San Pedro resumió en una fórmula emocionante la vida en

tera de Jesús: Pertransiit benefaciendo et sanando omnes: "Pasó por el mundo haciendo bien y sanando a todos".

b) Las virtudes morales

Las virtudes morales se dividen en cardinales y derivadas.

He aquí las primeras y algunas de las segundas.

1. PRUDENCIA. La recomendó repetidas veces: *"Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas". "Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra"*

Esto mismo nos enseñó con su ejemplo, huyendo a Egipto de la persecución de Herodes y apartándose de la muchedumbre cuando quisieron hacerle rey, lo que hubiera perturbado sus planes mesiánicos.

Su admirable sabiduría y prudencia brilló ya en el templo cuando tenía solamente doce años; en la solución del problema sobre el tributo al César; en sus conversaciones y polémicas con los escribas y fariseos; y en las respuestas al procurador romano Poncio Pilatos.

2. JUSTICIA. En cuanto Dios que era, Jesucristo no tenía ninguna obligación de justicia absolutamente para con nadie. Sin embargo, quiso darnos ejemplo de justicia legal pagando el tributo al templo;
de justicia conmutativa, pagando el precio de los alimentos que tomaba en compañía de sus discípulos,
y de justicia distributiva, prometiendo a sus apóstoles, que lo habían dejado todo por Él, sentarse sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Entre las virtudes derivadas de la justicia, como partes potencia

les de la misma, *destacan la religión, la piedad y la obediencia*. De las tres es Cristo modelo acabadísimo:

a) RELIGIÓN. Practicó incluso los ritos religiosos que no le obligaban: la circuncisión, la presentación en el templo, el rescate como primogénito, el tributo al templo. Subía a Jerusalén por la fiesta de la Pascua desde los doce años, celebraba la Pascua judía comiendo el cordero pascual, figura del gran sacrificio redentor que había de consumarse en el Calvario.
Pasaba con frecuencia las noches en oración, y adoraba continuamente al Padre "en espíritu y en verdad".

b) PIEDAD. Amó con verdadera ternura filial a María y José, les obedecía y estaba sujeto en todo, hizo a petición de su Madre su primer milagro, y a la hora de su muerte la dejó encomendada a su discípulo predilecto.

Amó también entrañablemente a su patria terrena, derramando lágrimas al anunciar el negro porvenir que le esperaba en castigo de su obstinación en rechazar la salud mesiánica.

c) OBEDIENCIA. San Pablo expone en un texto emocionante el heroísmo de Cristo, «hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre.

Puede decirse que la vida de Cristo sobre la tierra fue un acto continuo de obediencia a la voluntad de su Padre celestial y a la de María y José durante los años de Nazaret.

3. FORTALEZA

Cristo la practicó en grado heroico desde los días de su infancia, soportando las molestias y trabajos de Belén, Egipto, Nazaret, vida apostólica, etc., y llevándola hasta su máximo exponente con los tormentos de su

pasión y con el martirio de su muerte en la cruz. Como es sabido, el martirio es el acto principal de la fortaleza.

Entre las virtudes derivadas de la fortaleza destacan
***la paciencia*, practicada heroicamente por Jesucristo en el trato con los escribas y fariseos, con las muchedumbres que le apretujaban, con sus apóstoles, tan apegados a las cosas de la tierra; en medio de las burlas e injurias durante su pasión, etc., etc.,**
***y la perseverancia*, de la que dio muestras admirables en multitud de ocasiones, sobre todo prolongando su oración en medio de la agonía de Getsemaní: "Lleno de angustia oraba con más instancia".**

3. TEMPLANZA.

Jesucristo es el gran modelo de moderación y templanza en todas las manifestaciones de la vida. Su maravilloso equilibrio psicológico, su sobriedad, la suavidad de su trato, su

mansedumbre y humildad—tan grandes y evidentes que El mismo se pone por modelo de ellas:
su pureza inefable, su modestia en el hablar y en su modo de vida, etc., etc., son otras tantas manifestaciones de su templanza divina y de las virtudes que de ella se derivan.

Podría escribirse un libro, de gran interés práctico, bajo el título "Jesucristo, modelo supremo de todas las virtudes".
La Iglesia nos lo enseña al incluir en las letanías del Sagrado Corazón la invocación a que hemos aludido más arriba: "Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes".

ARTICULO III

EL CRECIMIENTO DE LA GRACIA POR VÍA DE ORACIÓN

El tercer procedimiento sobrenatural de que disponemos para aumentar en nuestras almas la gracia santificante, y con ella la expansión cada vez más perfecta de la vida cristiana en nosotros, consiste en el valor impetratorio de la oración.
Por vía de oración podemos obtener de Dios gratuitamente, en plan de limosna, muchas cosas que no podemos o no acertamos a merecer por vía de justicia o de estricta retribución.

Vamos a recordar aquí las nociones fundamentales en torno al valor impetratorio de la oración.

Santo Tomás asigna a la oración cuatro valores: satisfactorio, meritorio, impetratorio y el de producir una cierta refección espiritual.

Aquí nos interesa destacar, ante todo, su valor o eficacia impetratoria; pero antes digamos una palabra sobre los otros tres.

1) VALOR SATISFACTORIO DE LA ORACIÓN.

Que la oración tenga un valor satisfactorio es evidente con sólo tener en cuenta que supone siempre un acto de humildad y de acatamiento a Dios, a quien hemos ofendido con nuestros pecados, que tienen su raíz en el orgullo.

Brota, además, de la caridad, fuente de toda satisfacción.

Y, finalmente, la oración bien hecha es de suyo una cosa penosa al menos para las almas imperfectas, por el esfuerzo de atención y la tensión de la voluntad que supone.

Es, pues, claramente satisfactoria. El concilio de Trento habló expresamente del valor satisfactorio de la oración.

2) VALOR MERITORIO.

Como cualquier otro acto de virtud sobrenatural, la oración recibe su valor meritorio de la caridad, de donde brota radicalmente por medio de la virtud de la religión, de la que es acto propio.

Como acto meritorio, la oración está sometida a las condiciones de las demás obras virtuosas y se rige por sus mismas leyes. Puede en este sentido merecer de condigno todo cuanto puede merecerse con esa clase de mérito, supuestas las debidas condiciones.

1) REFECCIÓN ESPIRITUAL.

El tercer efecto de la oración dice Santo Tomás, es una cierta refección espiritual del alma.

Este efecto lo produce la oración por su sola presencia: *praesentialiter efficit*. Pero para que de hecho se produzca es absolutamente necesaria la atención; ese deleite espiritual es

incompatible con la divagación voluntaria de la mente. Por eso, la oración extática—en la que la atención del alma es máxima por la concentración de todas sus energías psicológicas en el objeto contemplado—lleva consigo la máxima delectación que se puede alcanzar en esta vida.

Y es natural que así suceda. La oración nutre nuestra inteligencia, excita santamente nuestra sensibilidad, estimula y fortifica nuestra voluntad. Es una verdadera refección espiritual, que por su misma naturaleza está llamada a llenar el alma de suavidad y de dulzura-

SECCIÓN III

LA VIDA OCULTA DEL CRISTIANO

La vida del cristiano ha de ser una reproducción de la vida de Cristo adecuada a su propio ambiente

Jesucristo, nuestro divino modelo, prolongó su vida oculta durante treinta años, dedicando únicamente dos o tres a su vida pública o apostólica. Este hecho es, por sí solo, altamente significativo.

La desproporción enorme entre la vida de recogimiento en Nazaret y la actividad desbordante de su vida pública encierra para nosotros una gran lección. No trabaja más por la gloria de Dios y su propia santificación el que más se mueve, sino el que se une más íntimamente a Dios. La contemplación es más perfecta y meritoria que la acción. Tampoco la acción debe representar jamás una disminución a la vida de oración, sino más bien una suma, algo que se deriva naturalmente de nuestra vida de unión con Cristo, sin sacrificarla en lo más mínimo.

SECCIÓN III

LA VIDA OCULTA DEL CRISTIANO

La acción apostólica no será jamás fecunda si es cualquier otra cosa que un - desbordamiento hacia fuera de la plenitud de nuestra contemplación.

Cuatro son las principales características de la vida de Jesús, María y José en la casita de Nazaret: pobreza, trabajo, piedad y unión entrañable de los corazones. 1. Vida de pobreza y sencillez

No está en mano de ningún hombre escoger la casa y el lugar de su propio nacimiento. Unos nacen de padres ricos en un espléndido palacio; otros, de padres pobres en una mísera vivienda o al aire libre. Son designios inescrutables de la divina Providencia que no nos es lícito investigar.

Una cosa es del todo clara y cierta: Dios prefiere la pobreza a las riquezas; la humildad, al fausto y la ostentación; el silencio y la oscuridad, al ruido y al brillo falaz ante el mundo. Está demasiado claro el Evangelio para que abriguemos sobre ello la menor duda.

"No os inquietéis por vuestra vida, sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, sobre qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?
Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo?
Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como

uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?”.

2. Vida de trabajo

La segunda característica de la vida oculta de Jesús en Nazaret es, decíamos, su vida de intenso trabajo manual.

El trabajo es ley de la vida. Aunque el hombre no hubiera pecado hubiera tenido que trabajar. Lo dice expresamente la Sa grada Escritura:
“Tomó, pues, Yavé Dios al hombre y le puso en el jardín del Edén para
que lo cultivase y guardase”.
Este trabajo, en el primitivo plan de Dios, no hubiera resultado penoso para el hombre; al contrario, hubiera constituido para él un motivo de placer y de sana distracción, como ocurre aún ahora con un potentado que dedica algunos ratos al cultivo de su jardín en plan de solaz y de recreo.

Pero al sobrevenir la catástrofe del pecado original, Dios impuso al hombre el trabajo en plan de castigo:
"Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer...
Por ti será maldita la tierra;
Con tu trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida;
Te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo.
Con el sudor de tu rostro comerás el pan".
El trabajo-placer se convirtió desde entonces en trabajo-dolor.

Desde el Génesis todo ha vuelto a cambiar para el hombre. El trabajo no ha dejado de ser penoso—subsisten razones de altísima sabiduría para no hacerle perder este carácter—, pero ha dejado de ser estigma infamante del esclavo para convertirse en medio eficacísimo de mostrar el Hijo a su Padre la ternura y delicadeza de su amor.

Desde Nazaret, el trabajo-castigo se ha convertido para siempre en instrumento eficaz de santificación.
Todo el secreto consiste en saberlo santificar de hecho. No todos los hombres aciertan, ni siquiera entre los cristianos. Muchos de ellos consideran el trabajo como la cosa más odiosa del mundo, como algo que es preciso tolerar porque lo imponen con necesidad inexorable las circunstancias en que se desenvuelve la propia vida, pero cuyo yugo se desea ardientemente sacudir. No advierten que con esta actitud de sorda rebeldía contra los planes misericordiosos de Dios, lejos de aligerar la carga, la aumentan y agravan mucho más.

El odio y la rebeldía conducen a una desesperación estéril: sólo el amor y la sumisión aligeran la cruz y la convierten en fecundo instrumento de santidad.

No podemos detenernos en una exposición amplia de este aspecto interesantísimo del trabajo cristiano. Pero vamos a recordar,

con brevedad extrema, las ideas fundamentales de la llamada mística de la profesión, o sea, del aspecto sobrenatural y santificante del trabajo cristiano.

a) El trabajo cristiano es un culto incesante a Dios

Rectamente entendido y realizado con espíritu sobrenatural, no cabe duda de que el trabajo es un verdadero culto a Dios.

"El cristiano—dice a este propósito el P. Sertillanges—debe considerar igual estar en su banco, en su oficina, en su fábrica, en su finca o en el cielo, pues en todas partes encuentra a Dios. El trabajador cristiano es un adorador...; yo diría, un sacerdote. Una mujer que cose con espíritu elev.
ado me sugiere la imagen del destino uniendo las fracciones de la eternidad; y sus tijeras, cayendo en el silencio suplicante, despiertan en mí el recuerdo del toque emocionante de

las horas en una iglesia durante una ceremonia.

Establecida la armonía entre el alma y aquello que permanece, no hay más que vivir plenamente y poner todo nuestro ser en nuestra obra, para de este modo formar parte de lo eterno…

b) El trabajo cristiano es una oración

Teniendo en cuenta lo anterior, no hay inconveniente en admitir esta nueva proposición. Escuchemos al P. Sertillanges:

"El cristiano que lleva adelante sin desmayo y lo mejor que puede esta vida que Dios le otorgó; que cumple su deber en el hogar, en el astillero, en su estudio o en su despacho de negocios, en el cuartel, en la redacción, en la sociedad y aun en el estadio y en el mismo juego, y que lo hace todo con verdadero espíritu religioso, es decir, con el fin de dar gloria a su Creador y de acercarse más y más a Él con los suyos y con todos a través de la

existencia, este hombre, este cristiano, no cesa de orar. Para él se dijo: El que trabaja, ora; si bien debe también recordar a su debido tiempo que este proverbio tiene su correspondencia: El que ora, trabaja".

c) El trabajo cristiano expía nuestros pecados

Es ley inexorable de la divina justicia el castigo del culpable, y esto no puede hacerse sin dolor: lo exige así la naturaleza misma de las cosas.

En efecto: el orden establecido por Dios en el mundo puede compararse a una balanza perfectamente nivelada y descansando en su fiel. El pecador, empero, se encarga de desnivelarla poniendo en uno de sus platillos el peso de un placer (todo pecado lo lleva consigo, razón por la cual lo comete el pecador).
El equilibrio no puede restablecerse sino colocando en el otro platillo de la balanza

el peso de un dolor, ***o sea, lo contrario del placer que motivó el desequilibrio.*** Esta es la razón profunda de la necesidad del dolor para expiar el pecado, hasta el punto de que ***San Pablo pudo escribir que no hay remisión sin efusión de sangre*** (Hebreos 9,22).

Ahora bien: el trabajo —de cualquier naturaleza que sea, intelectual o corporal—es, de suyo, una cosa penosa, que supone esfuerzo y dolor***. Sufrido en gracia de Dios y con sentido de reparación de nuestras culpas, tiene una fuerza expiatoria extraordinaria***, que aventaja con mucho a las purificaciones ultraterrenas. El fuego del purgatorio limpia y purifica las almas, pero no les aumenta en lo más mínimo el grado de sus merecimientos; mientras que el dolor, soportado ristianamente en esta vida, aumenta en gran escala nuestros méritos, al mismo tiempo que pule y abrillanta nuestras almas en el crisol de su propia expiación.

El trabajo cristiano hace que nuestra voluntad se conforme con la de Dios, y en esto **precisamente** ***consiste la perfección cristiana.***

Claro que para alcanzar este magnífico resultado es indispensable saber santificar el trabajo.

Lo que primeramente es necesario para que se establezca y se haga más íntimo nuestro contacto con Dios en el trabajo, es que sintamos la presencia de Dios. Presencia significa aquí pensamiento. Si no pienso en Dios, lo alejo; y aunque Él siempre esté conmigo, yo no estaré con Él.

Es preciso, además, que nuestra voluntad se adhiera a la suya, y esto de dos modos:
a) Negativamente, no admitiendo nada que sea malo.
b) Positivamente, aceptando nuestro destino, nuestro obrar presente y nuestro porvenir, que señalará nuestra fidelidad y nuestra confianza.

El trabajo exige de nosotros:

— un acto de fe,
— un acto de sumisión filial,
— un acto de adoración,
— un acto de amor.

Tarea pequeña—puesto que siempre lo es—, pero sublimada por un gran corazón. Tarea insignificante, pero ejecutada con el sentimiento de que, para nosotros, nada en el mundo la iguala. Tal es el deber de estado, ya que por él se cumple el deseo que Cristo nos convida a expresar con Él: *Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Bien examinadas las cosas, sólo una situación me conviene: la mía.

Y, después de ponderadas todas las circunstancias a la luz de la eternidad, comprendo que, en este momento, solamente una acción coopera a mi salvación y a la gloria de Dios en su universo: la que yo realizo. Si así

no fuera, ni sería posible realizarla. Pero, desde el momento en que se la hace con recta intención o como necesaria, es buena. Su valor viene a ser, en cierto modo, infinito, puesto que en ese instante en que se hace representa al «querer» infinito.

Decíamos que solamente una acción coopera a mi salvación y a la gloria de Dios en su universo: la que yo realizo. Todo aquello que intentase usurpar el lugar de este querer infinito sería un enemigo, constituiría una interposición entre Dios y yo, y no tengo por qué lamentarme de que sea un enemigo, aunque éste sea lo que sea: una hazaña moral, una conquista del apostolado, un heroísmo o un martirio, teniendo con ello siempre la seguridad de haber hecho o de hacer aun así lo que era preciso.

¡Oh qué bueno es sentirse de esta manera en la mano de Dios, unido a su corazón y colaborando en su obra inmensa y oculta! Es más: la pequeñez de la tarea engendra una dulzura especial.

La grandeza está hecha con orden. El verdadero precio del universo es caminar a la perfección.

¡Gloria al trabajo, por el cual Dios está con nosotros, y nosotros con Dios!

Nuestra vida tiene un fin. Pero también cada uno de sus actos tiene el suyo: unirnos a Aquél que está ya presente en el tiempo con toda la magnitud y alegría de su eternidad, unirnos al Dios que ya es nuestro.

3. Vida de piedad

La tercera característica de la vida de Jesús en el hogar de Nazaret fue la de una piedad ardiente, una profunda religiosidad cara a cara de su Padre celestial en compañía de María y de José.

“¡Qué bien debían de orar San José y María! ¡Y nuestro Señor!

A la oración consagró la mayor parte de su estancia entre nosotros. Tres años de ministerio activo. Treinta años de oración. ¡Los diez onzavos de su vida!

Nazaret fue el noviciado voluntario de Jesús. El Maestro nos enseñó la fecundidad de las preparaciones lentas, la necesidad de la unión con Dios antes de la acción.

El cáliz que se llena es la oración. El cáliz que se desborda es el apostolado.
Hablar de Dios es el celo.
Hablar con Dios es el recogimiento.

En el recogimiento es donde se saca el amor de Dios y de las almas, que es el apostolado en potencia; como el apostolado efectivo no será otra cosa que la oración comunicada

Al despertarse por la mañana, sin duda alguna el primer pensamiento y la

primera mirada de Jesús serían para su Padre celestial.
La oración brotaría espontáneamente de su corazón y afloraría a sus labios en forma de ferviente plegaria para santificar el nuevo día.

Al tomar el frugal desayuno, al comenzar su rudo trabajo de carpintero, frecuentemente durante él, en las horas de descanso y de silencio, al entregarse al descanso por la noche..., ¡cómo elevaría Jesús su corazón al Padre para manifestarle su ardiente piedad filial!

El hogar de Nazaret era el templo más santo que ha conocido jamás la humanidad.

El hogar cristiano ha de ser una reproducción en pequeño del supremo modelo de Nazaret. La oración ha de embalsamar el ambiente de perfume sobrenatural.

4. Unión de los corazones en el hogar de Nazaret

La cuarta característica del hogar de Nazaret fue la unión entrañable de los corazones de Jesús, María y José.

Imposible describir este aspecto con nuestro torpe lenguaje humano. Hay cosas que sólo pueden vislumbrarse a través del silencio y del recogimiento de la oración. Apenas podemos imaginar el abismo de amor, de abnegación, de ternura, de entrega mutua que albergaban entre sí los corazones de Jesús, María y José.

Jamás la más ligera nube vino a empañar un solo instante la serenidad de aquel cielo azul que envolvía de continuo el humilde hogar del carpintero de Nazaret. Jamás una palabra más alta que otra, un gesto de impaciencia, un rasgo de mal humor, una expresión menos amable. Allí todo era paz, serenidad, ternura, cariño,

abnegación, entrega mutua de corazones. Jamás había contemplado la humanidad, ni volverá a contemplarlo, una tan entrañable y profunda felicidad en medio de tanta sencillez, humildad y pobreza.

4. Unión de los corazones en el hogar de Nazaret

El P. Mauricio Meschler ha descrito de manera encantadora *"Un día en Nazaret"*, esto es, los diferentes incidentes de la jornada diaria en la casita de Nazaret en los días de trabajo y en los días festivos. Recogemos a continuación los párrafos más importantes de su simpática descripción:

Un día ordinario en Nazaret

Todavía el sol no ha aparecido sobre las colinas de Nazaret.
Duerme el Salvador en su habitación, cavada en la roca. ¡Qué bello y qué

modesto en su tranquilidad! ¡Parece un ángel! Descansa sobre una estera bajo un cobertor y tiene la cabeza apoyada en una mano; la otra sobre el pecho. Se despierta y en seguida se levanta. Dirige a su Padre celestial el primer pensamiento de su corazón y la primera mirada de sus ojos: "Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo": "Dios mío, velo hacia ti desde la salida del sol".

Daría gracias a Dios por el reposo de la noche y le ofrecería el trabajo del día que había comenzado. Lo hace todo con presteza, pero con silencio y paz y sin turbar a nadie. Hace su oración y la meditación de la mañana con piedad extraordinaria en su actitud y en su corazón, y podemos asegurar que su oración sería bastante más larga que la nuestra: tal vez el motivo de su meditación era el padrenuestro, porque ésta es la oración del Salvador y,

siempre y por encima de todas las cosas, la oración del Dios-hombre, oración verdaderamente católica y universal.

Después de la oración, quizá iría a la cocina a fin de preparar todo lo que pudiera necesitar su Madre durante el día. Tal vez barría las humildes habitaciones, porque la más rigurosa limpieza reinaba en aquella morada. En seguida saludaba a su Madre y a San José con profundo respeto y cada día con más reconocido amor. Les preguntaba si tenían algo que mandarle o si en alguna cosa les podía ayudar. Y se dirigiría algunas veces a la fuente para que no faltase el agua a su Madre.

Más tarde, el Salvador iba con San José a trabajar en el taller. El mismo llevaría los instrumentos necesarios y cedería a San José la derecha. En su infancia querría aprender a trabajar, y San José le enseñaría a coger las herramientas, poniendo su ancha mano de hombre

sobre la pequeña manita del Niño para dirigirla.

El alma de San José se inundaba con esto en sentimientos de adoración y de amor; pero para nada interrumpía su enseñanza: comprendía perfectamente que ésta era su obligación. Todos los días el Salvador se hacía indicar lo que tenía que hacer; y con ardor, pero con paz y perseverancia, se daba a ello, aunque el sol ardiente hiciera brotar el sudor de su rostro, coronando, como de perlas, su hermosa frente, y aunque su pecho se levantara anhelante para respirar. No sale del taller ni pierde un momento en detenciones y conversaciones inútiles, sino que siempre responde con atención, deferencia y amabilidad a todas las preguntas y vuelve el saludo a todos los que pasan o se detienen.

Realiza su trabajo con herramientas pobres y de la manera común entonces para el trabajo.

El Niño deja para San José el trabajo más fácil y toma para sí el más incómodo, de tal manera que, poco a poco, sus manos delicadas llegaron a encallecer.

Hacia el mediodía volvía con San José a su casa, que, durante la mañana, había guardado María. Porque a la dueña de la casa era a quien correspondía moler el grano, preparar los alimentos, hilar la lana, hacer los vestidos, traer el agua e ir al mercado a comprar lo necesario. Tal vez el Salvador pondría la mesa y ayudaría a su Madre en los trabajos del interior.

Y tal vez en casa de la Sagrada Familia se haría entonces un pequeño ejercicio espiritual semejante a nuestro examen de conciencia. Luego, lavadas ya las manos, se sentaban a la mesa. San José

decía la fórmula de la bendición y el Salvador se unía a esta oración con piedad y recogimiento. Escogía para sí el último puesto. Las viandas se las servía San José, y nunca llamó su atención ni se quejó: todo lo que su Madre había preparado le parecía excelente.

Estos alimentos serían, según costumbre del país, poco más o menos los siguientes: carne de animales puros asada o cocida, aves, peces, leche fresca o agria o cuajada, manteca, queso y miel, lentejas, habas, melones, cebollas, higos, dátiles, granadas, manzanas, nueces, almendras, galletas y dulces. Los pobres se contentaban con pan, vinagre, leche y asado. Tomábanse los alimentos con la mano del plato en que habían sido servidos. El pan se cortaba en trozos, se partía la carne, y, después de haberla mojado en la salsa o vinagre, se la llevaba a la boca sobre un pequeño trozo de pan.

Durante la comida, antes de empezar a tomar los manjares y después, se presentaba un vaso de agua o de vino. María, José y el Salvador se entretendrían amable y piadosamente y cuidarían de guardar un santo recogimiento. Acabada la comida, tomarían algún reposo y volvería después cada uno a sus ocupaciones. Durante el trabajo se hablaba poco.

Tal vez la Madre de Dios venía algunas veces al taller con su quehacer para edificarse con la presencia del Salvador. A la tarde el Señor ponía en orden todo el taller: martillos, escoplos y las demás herramientas, y volvía a su casa con San José. Después de un ligero refrigerio se recrearían con la frescura de la tarde y tal vez Jesús leería y explicaría después algún paso de la Sagrada Escritura. Por último, de pie y con los brazos cruzados, bajo una luz de varias mechas, hacían oración y se iban a descansar.

Los sábados y días festivos la Sagrada Familia no trabajaba y se entregaba enteramente a la piedad y buenas obras. Vestiría el Salvador sus mejores vestiduras e iría a la Sinagoga, que estaba en la plaza del mercado; allí rezaría en alta voz y cantaría los salmos con los demás y escucharía la explicación de la Ley y los Profetas. Mejor que nadie podía El explicar la Escritura, pero no lo hacía, ni dejaba escapar ningún signo de desaprobación en caso de que la interpretación dada fuera inexacta o insuficiente.

En tales días la Sagrada Familia haría o recibiría algunas visitas, sin duda de sus parientes o amigos; y el Salvador jugaría y se entretendría con niños o jóvenes de su edad, aprovechando esta ocasión para instruirles y hacerles bien. También visitaba, en compañía de su Madre, a los pobres y enfermos, llevándoles alguna limosna o presente, al par que sus consuelos.

Los sábados y días de fiesta pasearía por el gracioso valle y a las orillas del riachuelo, o bien por las alturas, de las que se disfrutaba espléndido paisaje. ¿Cuáles serían los pensamientos y sentimientos del Salvador al ver el mar, que, por mandato suyo, los Apóstoles habrían de atravesar un día; al ver el Hermón, a cuyo pie había de prometer a San Pedro la primacía; al ver el Tabor, Naín y los campos donde se encuentran el lago de Tiberíades, Cafarnaúm, Magdala y Betsaida? Quizá pasó al pie de la abrupta cresta de cuya altura un día se le querrá despeñar.

A su alrededor todo le recuerda los grandes beneficios de Dios, todo le presagia las cosas que ha de hacer Él mismo, y esto le alegra; piensa en sus Apóstoles, en sus discípulos que aquí y allá vivían y crecían para esperarle; piensa en tantas almas a las que un día ha de hacer inmenso bien.

Ta! era la vida del Salvador en Nazaret, llena de santidad y del más dulce encanto. Dios y los hombres ponían en El todas sus complacencias.

El Salvador, cuando niño, cuando joven y cuando hombre, era de carácter tranquilo, amable, inteligente y servicial, y de Él irradiaban la edificación, la gracia y la alegría. Todos le miraban con respeto y amor, todos tenían grande gozo en encontrarle y poderle dirigir la palabra. Respondía Él con una mirada o con una simple palabra, y todos se sentían felices. Las mujeres, con la herrada de agua a la cabeza, se volvían al verlo pasar y le miraban con santa envidia de la Madre a quien tal Hijo cupo en suerte, y con indecible tristeza si tenían algún hijo depravado.

Con esto los rudos habitantes de Nazaret hacíanse más apacibles; su corazón, frío y duro, se enternecería cuando los

miraba Jesús. Ya es Rey de los corazones; pero, ¡ay!, que el día que reivindique su reino como Mesías, pretenderán quitarle la corona…”

La vida pública del cristiano

SECCIÓN IV
La vida pública del cristiano

La vida pública de Jesucristo puede resumirse en este versículo del evangelio de San Mateo:
“Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia”.

El apóstol San Pedro expresó esta misma realidad en una fórmula sublime:
“Pertransiit benefaciendo et sanando omnes…: Pasó por el mundo haciendo bien y sanando a todos”.

Predicar y hacer el bien: eso es todo lo que hizo Jesucristo durante su vida pública y eso es lo que, a imitación de su divino Maestro, ha de realizar el cristiano en la medida de sus posibilidades.

Vamos a estudiar en dos capítulos el deber del apostolado en el propio ambiente y la práctica de la caridad para con el prójimo.

Vamos a estudiar este punto interesantísimo con la máxima extensión que nos permite el marco de nuestra obra.

Expondremos el concepto del apostolado en general y en el propio ambiente, su necesidad, obligatoriedad, objetivos, medios y táctica o procedimientos a emplear.

1. Concepto de apostolado

Nominalmente, la palabra apóstol viene del griego, y significa enviado, mensajero, embajador.

En el sentido religioso que aquí nos interesa, apóstol es un enviado de Dios para predicar el Evangelio a los hombres. Lo dice expresamente San Pablo y es doctrina común en toda la tradición cristiana.

Según esto, la expresión apostolado no significa otra cosa que la obra y actividad del apóstol.
El apostolado cristiano admite muchos grados. El apóstol supremo es Cristo Salvador, *del que reciben su mandato apostólico* los doce apóstoles del Evangelio, el Romano Pontífice, los obispos y los sacerdotes. De ellos se deriva a los simples fieles.

En sentido amplio *puede llamarse y es verdaderamente apóstol* todo aquel que realiza alguna acción de apostolado

(catequesis, buenos consejos, buen ejemplo, etc.), aunque sea por su propia cuenta y razón y sin misión oficial alguna.

2. El apostolado en el propio ambiente

El apostolado en el propio ambiente se refiere directamente al que podemos ejercer de una manera inmediata sobre las personas que habitualmente nos rodean: la propia familia, los amigos, los compañeros de profesión, etc.

Todos estamos persuadidos del deber de todo cristiano de ser apóstol en la familia. Este apostolado cerca de los que llevan nuestra sangre en las venas lo sentimos y lo ejercemos como un deber estricto de caridad.

El apostolado en el ambiente no es más que una extensión del apostolado en la familia. Todo hombre vive en contacto cotidiano no sólo con los miembros de su familia, mas también con un círculo de

otras personas de su vida social: compañeros de trabajo o de estudio, amigos, vecinos de su casa, etc. Personas con las cuales estrecha relaciones, no ya de simple conocimiento, sino de intimidad. Personas con las que se tiene comunidad de intereses y de profesión, o de consonancia de sentimientos. Sobre el ánimo de estas personas se puede influir profundamente para su bien o para mal.

El apostolado en el ambiente consiste en *hacer bien* a aquellas personas que frecuentamos habitualmente.

3. Necesidad de este apostolado

En estos tiempos se impone con imperiosa necesidad el apostolado de los seglares en su propio ambiente.

Por una parte, el paganismo, cada vez más descarado y *desenfrenado, que se

va apoderando de todas las esferas sociales de la humanidad; por otra parte, la escasez cada vez mayor de vocaciones sacerdotales, han agudizado en términos angustiosos el problema, ya difícil de suyo, de la evangelización del mundo, redimido con la sangre preciosa de Cristo.

Tanta desviación dentro de la misma Iglesia, tanta herejía, tanta confusión, tanta oscuridad lanzada al mundo por los que debían ser luz y guía.

Se impone con extremada urgencia la intervención en masa de los simples cristianos en las tareas del apostolado religioso.

Examinemos despacio las principales razones que exigen esta movilización del apostolado seglar.

a) La sociedad paganizada

Asusta contemplar el panorama que ofrece el mundo actual.
La vieja Europa, que conservó con más o menos pureza el tesoro de la fe cristiana a todo lo largo de la Edad Media, empezó a desviarse de ella con el Renacimiento y la reforma protestante, y hoy día la mayor parte de las naciones que la integran se han convertido en auténticos países de misión.

Ofrecen unas estadísticas aterradoras en torno al cumplimiento de los más elementales deberes religiosos: misa dominical, comunión pascual, últimos sacramentos, etc. Si a esto añadimos la ola de materialismo y de inmoralidad desenfrenada que lo invade todo, el panorama que ofrece el viejo continente no puede ser más negro y desolador. No cabe la menor duda: Europa ha pecado contra la luz y se está paganizando con rapidez vertiginosa.

El panorama que ofrece el resto del mundo es todavía más angustioso.

Es insensato cerrar los ojos a estas terribles realidades so pretexto de que el pesimismo enerva los ánimos y paraliza los esfuerzos de los que tratan de poner remedio a tantos males.
No es desconociendo la realidad cómo se le llevará el oportuno remedio, sino confiando en Dios y empleando a fondo todas las fuerzas disponibles para contrarrestar y superar la ola de paganismo que amenaza sumergirnos a todos.

Hoy la sociedad está vacía de Cristo, por decirlo con la enérgica expresión de San Pablo. Esto es, está vacía de espíritu cristiano; hasta en ciertas zonas donde Cristo recibe todavía culto.

Abramos bien los ojos y penetremos con nuestra mirada en el fondo de la realidad, y veremos que la concepción de la vida

que hoy domina, aun en ambientes cristianos, no es ya cristiana; es pagana.

Es una concepción absolutamente hedonística. Se concibe la vida como un placer, no como un deber; como un solaz perenne, no como un sacrificio cotidiano; como un fin de sí misma, no como un medio y como un preludio de otra vida, en que la felicidad será perfecta e imperecedera.

Por consiguiente, la inmoralidad se difunde cada día más, como un río que ha roto los diques, mientras la lluvia sigue siendo torrencial. Y Dios, echando una mirada al mundo entero, podría muy bien repetir la frase dicha un día a Noé: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carnal".

Conviene entenderlo bien. La inmoralidad no es triste herencia de nuestra edad solamente. Es la herencia de Adán, y

toda edad ha sido y será infectada por ella.
Pero hoy la inmoralidad presenta caracteres especiales, que la distinguen de la de otros tiempos cristianos y ante todo cabe lamentar su extensión.
los miasmas suben de las llanuras a las montañas.
Hoy penetra todos los estratos sociales. Las clases tienden cada día más a nivelarse... en la inmoralidad. Pero lo que más preocupa es la insensibilidad moral. En otros tiempos había cristianos de corazón corrompido, pero de conciencia sana. Por eso el pecado iba a menudo acompañado del remordimiento y seguido de la penitencia.
Hoy en muchas almas se ha extinguido el sentido moral. Almas que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte, sin esperanza de resurrección. Almas que están enfermas y no lo saben, y que, por ende, no recurren ni a los médicos ni a las medicinas.

En conclusión, podemos decir que en nuestros tiempos hay corrupción sin corrección, inmoralidad agravada por la amoralidad. Hay, en una palabra, un paganismo redivivo.

b) Escasez de clero

Al paganismo creciente hay que unir la escasez cada vez mayor de verdaderas vocaciones sacerdotales, que viene a agravar terriblemente el problema.

En América es frecuente el caso de un solo sacerdote para treinta o cuarenta mil personas, y a veces más. En los países de misión se necesitan alrededor de un millón de sacerdotes—así y todo, cada uno de ellos habría de convertir y atender a dos mil paganos, puesto que son dos mil millones en total—y actualmente los misioneros del mundo entero ¡no llegan a treinta mil! Para cristianizar por entero el mundo pagano,

cada uno de los misioneros actuales tendría que convertir y bautizar a unos setenta mil infieles.

Las causas de esta escasez de sacerdotes en el mundo entero son muy varias. La juventud, entregada desenfrenadamente a los placeres y diversiones mundanas; la descristianización de la familia, la inmoralidad que reina por doquier, la persecución religiosa en los países sojuzgados por el comunismo, la despreocupación de muchos que se llaman católicos y no ayudan a los seminarios y casas religiosas de formación, que se ven obligados a rechazar vocaciones por falta de recursos materiales, etc., etc.

Estos son los hechos. Ante ellos aparece con toda evidencia la urgente necesidad de que los seglares católicos se entreguen decididamente a una intensa labor apostólica para suplir, al menos en parte, esta agobiante escasez de sacerdotes y ministros del Señor.

4. Obligatoriedad del apostolado de los seglares

La necesidad imperiosa del apostolado seglar constituye la base de su estricta obligatoriedad. El apostolado no obliga únicamente al sacerdote. En la medida de las propias posibilidades y reducido, al menos, al del propio ambiente, constituye un verdadero deber, una grave obligación de conciencia para todo cristiano, cuya infracción voluntaria y culpable podría gravar su conciencia con un verdadero pecado.

He aquí las principales razones o fundamentos teológicos de la obligatoriedad universal del apostolado seglar:

1.° Es una exigencia de la caridad para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

a) **PARA CON DIOS. Es imposible amar a Dios sin querer y procurar que todas las criaturas le amen y glorifiquen.**

El amor egoísta y sensual es exclusivista: no quiere que nadie participe de su gozo, quiere saborearlo a solas. Se explica muy bien por la pequeñez y limitación de la criatura sobre la que recae. Pero el amor de Dios, al caer sobre un objeto infinito e inagotable, lejos de disminuir, crece y se agiganta a medida que se comunica a los demás.

Por eso es imposible amar de veras a Dios sin sentir en el alma la inquietud y el anhelo de hacerlo amar a los demás. Un amor de Dios que permaneciera indiferente a las inquietudes apostólicas sería completamente falso e ilusorio.

b) **PARA CON EL PRÓJIMO.**

La caridad para con el prójimo nos

obliga a desearle y procurarle toda clase de bienes en la medida de nuestras posibilidades, sobre todo los de orden espiritual, que se ordenan a la felicidad eterna.

Imposible, pues, amar al prójimo con verdadero amor de caridad sin la práctica afectiva y efectiva del apostolado, al menos en la medida y grado compatibles con nuestro estado de vida y con los medios y procedimientos a nuestro alcance.

c) PARA CON NOSOTROS MISMOS.

Se ha dicho, con razón, que
la limosna material beneficia mucho más a quien la da que a quien la recibe,
porque a cambio de una cosa material y temporal se adquiere el derecho a una recompensa espiritual y eterna.
Esto mismo hay que aplicarlo, con mayor razón aún, a la gran limosna espiritual del apostolado.

Es cierto que el que la recibe se beneficia también en el orden espiritual y trascendente; pero ello sin perjuicio alguno, antes con gran ventaja de su mismo bienhechor. Al entregarnos a las fatigas apostólicas en bien de nuestros hermanos, *acrecentamos en gran escala nuestro caudal de méritos ante Dios*. De esta manera el apostolado no solamente es una exigencia, sino una práctica excelente y simultánea del amor a Dios, al prójimo nosotros mismos.

2. Es una exigencia del dogma del Cuerpo místico de Cristo.

No se concibe que los miembros —actuales o en potencia— de un mismo y único organismo sobrenatural permanezcan indiferentes ante la salud y bienestar del alma de los demás.

a) EL BAUTISMO, al incorporarnos a ese Cuerpo Místico, nos vinculó de tal

manera a su divina cabeza y a cada uno de sus miembros entre sí, que nadie puede desentenderse de los demás sin cometer un atentado, un verdadero crimen contra todo el Cuerpo místico.

Aquellas palabras de Cristo en el juicio definitivo: *"A Mí me lo hicisteis"*, tienen su aplicación perfecta tanto en la línea del bien como en la del mal.

En realidad se reducen a uno solo: dilatar por todo el mundo el reinado de Jesucristo sobre las almas, ya sea arrancando del dominio de Satanás a las oprimidas por la esclavitud del pecado, ya empujando a los buenos hacia la perfección de la vida cristiana.

Vamos a indicar brevemente las principales categorías.

a) Los incrédulos

Son los más necesitados de nuestro apostolado, pues están constituidos en extrema necesidad espiritual. Extinguida por completo en sus almas la luz de la fe, yacen y viven tranquilos en las tinieblas y sombras de la muerte.

Sobre todo si perdieron la fe cristiana después de haberla profesado en otra época de su vida, su situación ante Dios es en extremo peligrosa, ya que nadie pierde la fe sino por propia culpa.

La divina revelación nos asegura, en efecto, que Dios no retira jamás sus dones sino al que se hace culpablemente indigno de ellos: «Los dones y la vocación de Dios son irrevocables".

El apostolado ejercido con esta clase de almas está erizado de dificultades. Como en la mayoría de los casos falta en absoluto la buena fe, es muy difícil entablar diálogo o emprender una acción

apostólica inmediata con garantías de acierto. Hay que abrumar al incrédulo con una caridad inagotable, con un ejemplo jamás desmentido de virtud, y hay que emprender una labor apostólica a largo plazo, sin prisas ni apremios, que podrían echarlo todo a perder.

A veces habrá que renunciar en absoluto al apostolado de la palabra, que, lejos de producir algún bien a esos pobres extraviados, empeoraría, por el contrario, la situación y resultaría del todo contraproducente. En estos casos hay que recurrir a la oración ferviente, a la confianza en Dios y a la poderosa intercesión de María, Mediadora universal de todas las gracias.

La oración nunca es estéril, y obtiene de Dios todo cuanto de Él espera confiadamente.

Es impresionante el caso del criminal Prancini, salvado por la oración ardiente

de Santa Teresita del Niño Jesús siendo todavía una niña de pocos años.
No todos los incrédulos ofrecen, sin embargo, las mismas dificultades para ejercer sobre ellos el apostolado. La incredulidad no tiene raíces igualmente profundas en todas las almas:
En realidad, muchas veces es un velo frágil lo que separa a un alma de Cristo, impidiéndole conocerlo. Tal vez es la ignorancia, o un prejuicio, o la mala educación, o la sugestión del ambiente...
Basta que una mano piadosa abata el obstáculo, y la figura de Cristo aparece radiante al alma que le estaba ya próxima, pero que no podía verlo.

b) Los indiferentes

Constituyen la inmensa mayoría de los hombres de hoy.
Preocupados únicamente de las cosas de la tierra, rara vez levantan sus ojos al cielo. Su vida se reduce a las ocupaciones de su trabajo profesional, al

descanso y a la diversión en la mayor medida posible.

La religión no les preocupa. Acaso estén bautizados y no sientan animadversión alguna hacia la Iglesia, pero... les da todo igual. No practican la religión, aunque tampoco la persiguen. Simplemente se encogen de hombros ante ella.

Su situación es en extremo peligrosa. En cierto sentido son más culpables ante Dios que los propios incrédulos, que carecen en absoluto de las luces de la fe.

A menos que una ignorancia casi completa —que rara vez dejará de ser del todo inculpable— atenúe su responsabilidad, su situación ante Dios es muy comprometida. Si la muerte les sorprende en ese estado, su destino eterno será deplorable.

Hay que ejercer ante estos infelices el apostolado en sus más variadas formas.

Si su indiferencia procede de la ignorancia religiosa, habrá que contrarrestarla con un apostolado de tipo doctrinal y catequístico. Si tiene sus raíces en un corazón dominado por las pasiones, será inútil todo cuanto se intente en el orden doctrinal antes de conseguir que rompan con sus ataduras afectivas.

El apóstol ejercitará su celo removiendo los obstáculos que apartan de Dios a estos infelices con ese arte exquisito cuyo secreto poseen únicamente la caridad y la prudencia sobrenatural.

c) Los pecadores

Entendemos aquí por tales a los cristianos que conservan la fe, a diferencia de los incrédulos, y que se preocupan de las cosas de su alma, a diferencia de los indiferentes; pero no aciertan a superar el ímpetu de sus pasiones y se entregan al pecado, aunque con pena y dolor de su propia fragilidad e inconsecuencia.

El apostolado sobre estas almas consistirá principalmente en apartarlas con dulzura y suavidad de las ocasiones peligrosas, proporcionándoles diversiones sanas y honestas; hacerles frecuentar los sacramentos, practicar alguna tanda de ejercicios espirituales internos que tantas conversiones han logrado.

Hay que extremar la suavidad y dulzura, haciéndoles ver lo peligroso de su situación y la belleza de la verdadera vida cristiana, pero extremando el cuidado para no exacerbar su abatimiento moral con reprensiones demasiado duras o alguna falta de comprensión, especialmente sobre todo si se trata de la débil e inexperta juventud.

d) Los buenos cristianos

El apostolado no reconoce límites ni fronteras. Ha de recaer también sobre los buenos cristianos, con el fin de

empujarles hacia las cumbres de la perfección cristiana.

No hay nadie tan bueno que no pueda serlo más: “El justo justifiqúese más y el santo santifíquese más”. Trabajar en la conversión de un pecador es empresa gratísima a Dios y obtendrá de El una espléndida recompensa; pero, sin duda alguna, es más importante todavía trabajar en la santificación perfecta de las almas, ya que un verdadero santo glorifica mucho más a Dios que mil justos imperfectos y arrastra consigo, por el peso de su propia santidad, un gran número de almas por los caminos de la eterna salvación.

Gran apostolado el que se ejerce sobre las almas escogidas, empujándolas más y más hacia las cumbres de la unión con Dios, aunque sea sin brillo alguno ante los hombres. Dios sabe valorar muy bien las cosas, y en el cielo un humilde capellán de monjas que se esforzó toda

su vida en empujarlas hacia la santidad ocupará, quizá, un puesto más relevante y brillará con mayor fulgor que el gran predicador de campanillas que, con menos rectitud de intención, cosechó gloria y aplausos en sus incesantes correrías apostólicas.

e) Los propios familiares

Constituyen, quizá, el objetivo primordial del apostolado en el propio ambiente.

Obligados a convivir continuamente, unidos por los dulces lazos del amor más puro y entrañable, circulando por las venas de todos la misma sangre, el apostolado entre los mismos familiares es uno de los más profundos y eficaces.

Claro que hay que saber ejercitarlo, adaptándose a la gran variedad de temperamentos, gustos, aficiones, tendencias afectivas, grados de cultura,

etc., que con frecuencia diversifican enormemente a los miembros de una misma familia. Habrá que tener en cuenta todos estos elementos si se quiere trabajar con garantías de éxito, y habrá que extremar, en todo caso, el apostolado del buen ejemplo, que es el más eficaz de todos, como veremos en seguida.

f) Los amigos y compañeros de profesión

Después de nuestros propios familiares, los seres más próximos a nosotros son nuestros amigos y compañeros de profesión.

También con ellos hemos de convivir largas horas del día—a veces más que con los propios familiares—y se nos presentarán, por lo mismo, continuas ocasiones de ejercitar el apostolado en sus más variadas formas.

Pasaremos ahora a hablar de la táctica del apostolado y expondremos los principales procedimientos para obtener el máximo rendimiento de nuestros esfuerzos apostólicos.

6. Medios principales de apostolado

Muchas almas se desaniman y acobardan al contemplar el inmenso panorama apostólico que se abre ante sus ojos y la escasez angustiosa de medios con que cuentan para abordar tamaña empresa.

Pero hay que recordarles cuidadosamente que Dios no exige a todos lo mismo y que, en última instancia, no se nos pedirá cuenta del éxito obtenido—que depende mucho más de la gracia de Dios que de nuestros propios esfuerzos—, sino únicamente del interés y rectitud de intención con que hayamos ejercitado nuestro celo apostólico.

Cinco son los principales medios que puede utilizar el apóstol en el ejercicio de su altísima misión: la oración, el ejemplo, el sacrificio, la caridad y la palabra. Todos ellos están al alcance de todos y no hay nadie que no pueda ejercitarlos en mayor o menor escala.

No se requiere haber recibido el sacramento del orden para ninguno de ellos, a no ser para anunciar oficialmente desde el pulpito la palabra de Dios en nombre y por encargo de la Iglesia.

Vamos a exponer brevemente cada uno de esos medios.

a) La oración

El apostolado de la oración es el más importante y el más fecundo de todos.

Escuchemos a Mons. Civardi exponiendo admirablemente esta doctrina:

“La oración es el arma más poderosa, y es indispensable para toda victoria. Todas las demás armas hallan su solidez y su vigor en la oración.

“Se ha dicho que el apóstol de Cristo vence sus batallas también de rodillas. Nosotros diremos: especialmente de rodillas.
Nuestro Señor, antes de resucitar a Lázaro, levanta los ojos al cielo y ruega al Padre. La resurrección de un alma es empresa más difícil que la resurrección de un cuerpo. ¿Cómo podremos cumplirla sin el auxilio de Dios? Y ¿cómo pretender este auxilio, si no lo pedimos?
Y es también Jesús quien nos enseña:
“Nadie puede venir a mí si el Padre, que me envió, no lo atrae.”

La conversión de las almas es, pues, obra de la gracia. El apóstol no es más que un instrumento del cual se sirve la

mano del Artífice divino. ¿Qué puede hacer una sierra suspendida en la pared si el carpintero no la maneja?"

El apóstol es como el agricultor que abre el surco y siembra la semilla.
Esto es mucho, pero no basta. Para que la simiente se abra, germine y fructifique, es necesario que con el sudor caído de la frente del labrador se mezcle la lluvia que viene del cielo.
Por esto, al emprender tú esta empresa ardua de la conversión de un alma, el primer medio a que recurrirás es precisamente éste: la oración, que te obtendrá la alianza del cielo. Antes de hablar de Dios a un alma, hablarás del alma a Dios.

La oración es un arma poderosa, mejor, omnipotente. ¿Acaso la oración no llama la omnipotencia de Dios en auxilio del apóstol? Este puede repetir muy bien con San Pablo: "*Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*"

Santa Teresa de Jesús, jugando con su nombre, decía: *"Teresa sin Jesús no es nada; con Jesús lo es todo".* Solamente en el cielo nos será dado contar las almas salvadas por la oración. Hay razón para creer que la conversión de Saulo fue impetrada por las plegarias de San Esteban agonizante, como las oraciones y las lágrimas de Mónica dieron a la Iglesia un Agustín. Este último hecho es testificado por el mismo Agustín en sus Confesiones. *"¡Oh, Señor!* —exclama—, *las lágrimas de mi madre, con las que no te pedía ni oro ni plata, ni nada mudable o caduco, sino el alma de tu hijo; Tú, que la habías hecho tan amante, ¿cómo podías despreciarlas y rechazarlas sin socorro?"*

b) El ejemplo

"No todos los apostolados son para todos **—ha dicho Pío XI—, *y donde falta la***

posibilidad, cesa el deber. Mas todos pueden orar”

Y tras la oración, el ejemplo. Después de la oración no hay instrumento de apostolado más eficaz que el del buen ejemplo, o sea, el espectáculo de una conducta intachable jamás desmentida.

Hoy día está muy desacreditado el mero apostolado de la palabra. Hablar es fácil. Practicar en serio lo que se dice o se cree, es, sin duda alguna, mucho más impresionante. En ciertos ambientes ya no se acepta otro mensaje que el del propio testimonio (le témoignage, que dicen los franceses). Fue esto, precisamente, lo que movió a un sector del clero francés —dirigido por la jerarquía— a ensayar, tiempos atrás, el duro apostolado de los sacerdotes obreros, que, sin embargo, la misma jerarquía eclesiástica juzgó prudente suspender en vista de los grandes inconvenientes que presentó en la

práctica aquella arriesgada modalidad apostólica.

En la Sagrada Escritura se nos inculca insistentemente el apostolado del buen ejemplo:
“Brille vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos”.
“Trabajemos por la paz y por nuestra mutua edificación”.
“Sirve de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad”.
“Muéstrate en todo ejemplo de buenas obras, de integridad en la doctrina, de gravedad, de palabra sana e irreprensible, para que los adversarios se confundan no teniendo nada malo que decir de nosotros”.

El ejemplo convence mucho más que los largos discursos. Las palabras pueden mover, pero sólo los ejemplos arrastran.

Así como el escándalo o mal ejemplo representa la fuerza destructora más temible que pueden utilizar los agentes de Satanás, nada hay en la línea del bien que pueda compararse a la eficacia constructiva de un buen ejemplo.

"Es inútil que tratéis de apartarme de la Iglesia—decía un obrero católico a sus compañeros de trabajo que trataban de pervertirle—; para creer en la verdad de la religión católica me basta ver celebrar la santa misa a monseñor de Segur". ¡Tan grande es la eficacia de un buen ejemplo!

c) El sacrificio

Otro medio importantísimo de ejercitar el apostolado consiste en ofrecer a Dios, con esta finalidad, los dolores que nos salgan al paso sin buscarlos enfermedades, frío, calor, incomodidades, etcétera) y los sacrificios que voluntariamente nos impongamos.

El P. Didón escribió: *“la mayor de las fuerzas es un corazón inmolado que ama y sufre ante Dios”*. La fortaleza infinita de Dios es débil e impotente ante el sufrimiento ofrecido por amor. Dios no resiste el dolor, sobre todo cuando éste llega a la generosidad del heroísmo.

Un caso impresionante:
“Por la cruz nos salvó Jesús; únicamente sufriendo llegaremos nosotros a ser salvadores. Sufrir por alguien es rescatarle, es salvarle. El dolor hace brotar, instintivamente, la plegaria de su alma y las lágrimas de sus ojos. Las lágrimas son la sangre del corazón, sangre que también es redentora.

La razón de la eficacia soberana del sacrificio como instrumento de apostolado está en la compensación que con él se ofrece a la justicia divina por el desorden del pecado propio o ajeno.

En efecto: es un hecho que todo pecado lleva consigo un placer desordenado, un gusto o satisfacción que el pecador se toma contra la ley de Dios. Si el pecado produjera un dolor en vez de proporcionar un placer, nadie pecaría.

Es muy justo, pues, que el desequilibrio establecido entre el pecador y Dios por el placer del pecado tenga que volver a su posición normal por el peso de un dolor depositado en el otro platillo de la balanza. Y cuando no se trata de expiar los propios pecados, sino de convertir a un pecador, la solidaridad en Cristo de todos los hombres redimidos con su preciosa sangre hace que uno de sus miembros en potencia se beneficie del dolor de otro de los miembros en acto, y el milagro de la conversión se realiza de manera tan admirable como ordinaria y normal dentro de los planes de la providencia amorosísima de Dios. Cuando ha fracasado todo, todavía queda el recurso definitivo a la oración y al dolor en la empresa sublime de la conversión de los pecadores.

d) La caridad

Otro de los más eficaces medios de apostolado es el ejercicio entrañable de

la caridad fraterna. Hay espíritus protervos que se niegan obstinadamente a rendirse ante la Verdad aunque ésta aparezca radiante ante sus ojos; pero esos mismos obstinados se doblegan fácilmente ante el amor. La caridad, cuando es entrañable y auténtica, tiene una fuerza irresistible.

El divino Maestro conocía muy bien la eficacia soberana de la caridad en el ejercicio del apostolado. Instruyendo a sus discípulos sobre la manera de ejercerlo, les decía: "*En cualquier ciudad donde entrareis..., curad a los enfermos que en ella hubiere y decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros*". Primero curar (caridad corporal) y luego predicar el Evangelio (caridad espiritual).

Conquistado el corazón por el ejercicio de la caridad, es tarea fácil conquistar la inteligencia con los resplandores de la verdad.

Con frecuencia —en efecto— el obstáculo insuperable para la aceptación de la verdad no

está en la inteligencia, sino en las malas disposiciones del corazón. Hay que *conquistar previamente éste si queremos influir decisivamente en aquélla*.

Pero no basta dar. Es preciso *darse,* a ejemplo del divino Maestro.

***Cristo nos amó*—escribe San Pablo—y *se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave* (Eph 5,2). Ningún cristiano ha llegado a la perfección en la práctica del apostolado si no está dispuesto —al menos en la preparación sincera de su alma— a dar la vida por la salvación de sus hermanos.**

Esto, con ser heroico, no sería otra cosa, en fin de cuentas, que una pobre imitación de la conducta de su Maestro, el Buen Pastor que sacrificó su vida por sus ovejas.

Hoy, más que nunca, se impone la práctica entrañable de la caridad en el ejercicio del apostolado. El mundo, engañado y

escarmentado de tantos sistemas políticos y falsos redentores que le prometían un paraíso de felicidad que nunca acaba de llegar, ha perdido la fe en las palabras. Exige *hechos* para dejarse convencer.
"El mundo moderno **—escribe a este propósito Civardi—, escéptic*o y lleno de aberraciones, no comprende ya, o no quiere oír ya más, el lenguaje de la teología y de la filosofía cristianas; pero, por fortuna nuestra, todavía escucha gustoso y entiende la palabra de la caridad, Hablémosle, pues, este dulce e insinuante lenguaje, que sabían hablar tan bien los primeros cristianos, todavía bajo el encanto del ejemplo de Cristo. Pongamos la fe bajo el escudo de la caridad. Acreditemos esta fe con el ejercicio de la caridad, que es como el sello de la mano de Dios".***

e) La palabra hablada y escrita

Aunque su eficacia sea menor que la de algún otro medio de apostolado, no podemos prescindir del apostolado de la palabra, al

menos como elemento *complementario* de los procedimientos que acabamos de recordar.

Jesucristo predicó con la palabra y el ejemplo: *Hizo y enseñó*, y envió a sus discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo.

Ni se requieren para ello condiciones excepcionales de orador, ni misión oficial alguna. No todos los fieles pueden ocupar el pulpito o la tribuna para anunciar oficialmente el Evangelio del Señor.
Todos pueden ejercer de mil variadas formas el apostolado de la palabra en el propio ambiente. Una palabrita amable, un buen consejo acompañado de un pequeño servicio, un cariñoso reproche, una exhortación llena de naturalidad y sencillez, una larga conversación sobre temas que no nos interesen a nosotros, pero que afectan profundamente a nuestro interlocutor, etc., etc., pueden representar, y representan con frecuencia, un espléndido apostolado sobre las almas de nuestros semejantes.

También la palabra escrita es excelente medio de apostolado.
Una carta cariñosa y oportuna, un buen libro que se presta, un periódico católico, una hoja volandera, *etc., etc.,* pueden llevar un mensaje de luz y de amor a un alma extraviada o a punto de extraviarse por los caminos del mal.

El celo apostólico es muy ingenioso para encontrar en cada caso lo más eficaz y oportuno que debe proporcionarse a un alma para llevarla a Dios.

7- Táctica o estrategia del apóstol

En el arte militar, el éxito o fracaso de una batalla depende en parte decisiva de la *táctica* o estrategia desplegada por el que dirige la contienda. El apostolado es una batalla a lo divino, que exige también una táctica y estrategia divinas si queremos coronarnos con el laurel de la victoria.

Resumiremos los puntos fundamentales de esa táctica divina:

a) Convencer

Ante todo es preciso caer en la cuenta de que nuestro apostolado ha de ejercitarse o recaer sobre seres racionales. Ello quiere decir que hemos de dirigirnos, ante todo, a su inteligencia por vía de persuasión o de convencimiento. Se puede doblegar por la fuerza el cuerpo de un hombre, pero jamás conseguiremos doblegar su alma sino a base de procedimientos racionales.

Hay que evitar a todo trance todo cuanto pueda representar una coacción no sólo de orden físico, como es evidente, sino incluso de tipo moral: amenaza de un castigo, promesa de un premio, favor o ventaja, etc. "Ni atemorizar ni seducir, sino persuadir, convencer. Esta es la primera ley del apostolado" (Civardi).

Para el logro de este convencimiento emplearemos todos los procedimientos lícitos que estén a nuestro alcance, pero jamás recurriremos al engaño o la calumnia contra nuestros adversarios. La verdad se defiende por sí misma y acaba siempre por imponerse, a la corta o a la larga, sin descender a procedimientos innobles.

No se puede hacer un mal para que sobrevenga un bien, cualquiera que sea la magnitud e importancia de ese bien. Dios respeta nuestra libertad, y solamente acepta los homenajes que queramos tributarle *espontánea y voluntariamente,* no los que podría arrancarnos la coacción puramente externa de una ley cuyo cumplimiento no brotara de lo más hondo de nuestro corazón.

Convencer a base de la exposición honrada y sincera de la verdad. Esa ha de ser la primera preocupación del apóstol en el ejercicio de su altísima misión. Para ello le serán útilísimos los restantes consejos que vamos a darle a continuación.

b) Escoger el momento oportuno

Hay momentos en la vida del hombre en que, por tener el espíritu inquieto y perturbado por recuerdos ingratos o el corazón violentamente agitado por la rebeldía de las pasiones, no son aptos para recibir la influencia bienhechora de un apóstol.
Su actuación en estas circunstancias sería del todo contraproducente y podría empeorar en gran escala la situación.

Hay que saber esperar. Es preciso que el ánimo de aquel a quien queremos hacer bien esté del todo tranquilo y sosegado. Más aún: hay que saber escoger el momento más oportuno, dentro de esa etapa de serenidad, para obtener de nuestra acción apostólica el máximo rendimiento en beneficio del prójimo.

La prudencia sobrenatural, aliada con la caridad más exquisita, nos dictará en cada caso lo que conviene hacer.
Cada alma tiene sus *momentos,* que es menester aprovechar.

De los momentos oportunos se aprovechan los malvados, para arrancar tal vez concesiones inicuas. ¿Por qué no los aprovecharemos también nosotros para obtener de un alma, de manera respetuosa, una resolución saludable?

Hace años moría en Turín un óptimo joven, miembro de la Juventud de Acción Católica, el cual había rogado y hecho mucho por la conversión de su padre, de religión hebrea. Su gran deseo no había sido realizado todavía cuando estaba a punto de dejar la tierra. Se volvió entonces hacia su padre, que, con lágrimas en los ojos, estaba junto a él, y con un hilo de voz le susurró: "Papá, prométeme que te convertirás, que te harás católico. Si no, no nos veremos más, ni siquiera en el Paraíso..." El padre abraza al hijo, le besa y sollozando dice: "Sí, te lo prometo aquí delante del sacerdote: seré yo también un buen católico". La promesa fue cumplida.

Pocos momentos son tan favorables como éste, en que un hijo agonizante pide a su padre, como gracia suprema, la conversión. Sin embargo, no escaparán al ojo experto y al corazón abierto del apóstol otras horas propicias para triunfar de una voluntad recalcitrante.

c) Crear la ocasión

A veces, sin embargo, será preciso ingeniarse para *crear la ocasión* de poder ejercitar el apostolado. Hay almas tan cerradas que nunca se abren por sí mismas.

En estas ocasiones el apóstol no tiene otro recurso que el de crear una ocasión para insinuarse con discreción y prudencia en aquel coto cerrado, con el fin de ejercer sobre él una influencia bienhechora.

Es admirable, a este propósito, el diálogo del Salvador del mundo con la mujer samaritana. Empieza con una petición indiferente -*Dame de beber*. Luego le habla de un agua *que salta hasta la vida eterna* para excitar en ella la sed de beberla.
A continuación le revela los secretos de su alma y, finalmente, le revela su condición de Mesías. Acaba convirtiéndola en apóstol del Evangelio.

Quizás ciertas derrotas del apostolado individual son debidas cabalmente a falta de tacto, a un celo indiscreto o imprudente que no sabe preparar hábilmente el terreno para recoger la buena simiente.

Si tú, por ejemplo, en medio de una conversación sobre un tema profano (pongamos por caso un partido de fútbol) diriges bruscamente al interlocutor estas palabras: "Amigo mío, es tiempo de que pongas en regla tu alma", muy probablemente oirás esta respuesta: "Yo soy el único responsable de mi alma, y te ruego que no te encargues de ella".
En realidad has seguido una táctica equivocada. No puede hablarse así a un alma de sus intereses más delicados, de sopetón, de improviso, en un ataque de frente. Es necesario que el discurso se deslice naturalmente, sin violencias, por la lógica de ideas y de hechos.

Y para disponerlo de tal manera, poco a poco, será tal vez oportuno variar la posición, adoptando una hábil táctica envolvente.
Es necesario —escribe el P. Plus— "saber hablar un momento de cosas aparentemente indiferentes para obligar a decir, en el momento oportuno, aquello que el interlocutor necesitaba decir y no sabía cómo".

La ocasión puede ser creada no sólo con las palabras, sino también con las cosas, con los hechos.

Un estudiante universitario, miembro de una asociación católica, va a encontrar a un compañero de estudios, católico no practicante. Entrado en salón, deja un libro sobre la mesa como para librar las manos de un estorbo.
El compañero, instintivamente, toma el libro, lee el titulo: *Pier Giorgio Frassati.* Pide explicaciones, que le son dadas de buena gana.
Más todavía: para satisfacer plenamente la curiosidad del interlocutor, el libro le es ofrecido como regalo (era la primera etapa a que se quería llegar).

La lectura de aquellas páginas biográficas brinda más adelante la ocasión de otros encuentros, de nuevos cambios de ideas, de discusiones, que llevan a la conquista del compañero. ¿Una emboscada? Sea. Mas es uno de aquellos piadosos lazos de la caridad tendidos no para coger, sino para ofrecer; no para arruinar, sino para salvar.

d) Dar en el punto débil

Todos los hombres tienen su flaco, su *punto débil,* o sea, un determinado aspecto de su psicología fácilmente vulnerable por cualquier agente que sepa abordarlo con habilidad.

En unos ese punto débil es la ambición —lo sacrifican todo a ella—, en otros el amor a la familia (madre, esposa, hijos) o a la ciencia, al negocio, a la fama, etc., etc.

No hay ninguna pasión humana que, rectamente encauzada, no pueda ponerse al servicio del bien.

Francisco Javier, estudiante en París, estaba dominado por la ambición y el deseo de honores. Ignacio de Loyola supo encauzar aquella corriente impetuosa hacia la más noble de las ambiciones y al mayor de los honores: conquistar el mundo para Cristo y la santidad para sí.

En ciertos pueblos de Andalucía se desencadena, a veces, una batalla campal entre algunos vecinos. Es inútil tratar de poner paz con razonamientos o a base del poder coercitivo de la autoridad: nadie hace caso. Pero hay un procedimiento infalible para que termine instantáneamente la contienda: "¡Por la Virgen del Rocío o el Cristo del Gran Poder!" En el acto se abrazan todos con lágrimas en los ojos.

Todo hombre tiene su punto débil, su Virgen del Rocío o su Cristo del Gran Poder. En muchos, por desgracia, su punto vulnerable nada tiene de sobrenatural, pero tampoco de pecaminoso: la promesa que le hicieron a su madre moribunda, el porvenir de una hijita, la

salud de un ser querido... Hay que saber explotar estos nobles sentimientos, aunque sean de orden puramente natural, para llevar al buen camino a un extraviado.

“A este propósito —escribe Civardi— he conocido a un señor que se declaraba incrédulo y, sin embargo, asistía regularmente a misa todas las fiestas. ¿De dónde tal incoherencia? De su profundo amor filial. La piadosa madre, en el lecho de muerte, le había suplicado que volviera a las prácticas religiosas de su juventud, por lo menos a la misa festiva. Y él lo había prometido.

Por esto, y sólo por esto, iba a la iglesia todas las fiestas. Cuando recordaba la súplica materna, sus ojos se llenaban de lágrimas y se lamentaba de haber perdido la fe de su madre amada. Mas este su culto materno fue el hilo providencial con que una piadosa persona pudo un día retornarlo enteramente a Dios”.

d) Nada de sermones

Nada hay que repela tanto como el aire magistral del que trata de enseñarnos algo sin el título y la categoría de maestro.
A nadie le gusta sentirse humillado por cualquiera que se presente ante él con aire de pretendida superioridad sin título alguno para ello.
Con tal procedimiento no solamente se hace antipática la persona, sino también la doctrina que trata de inculcar.

Tal vez será, empero, necesario enseñar algunas verdades, desarraigar ciertos errores, vencer ciertos prejuicios; y entonces no bastarán pocas palabras dichas ocasionalmente. Mas en estos casos se procurará dar a las propias palabras el tono de la conversación fraterna, del coloquio amistoso, del debate cordial, sin afectaciones, sin rebajar al interlocutor al puesto de un discípulo.
Sermones, lecciones, ¡nunca!

f) Saber esperar

Una de las tentaciones que asaltan con mayor frecuencia al apóstol es *la tentación de la prisa.* Cuanto más ardiente y encendido sea su celo apostólico, tanto más acuciante se torna esta tentación.

Quisiera convertir al mundo en ocho días y volver al buen camino a un alma extraviada a la primera conversación. No advierte en su buena fe que así como la naturaleza procede gradualmente —*natura non facit saltus*—, así la sublime empresa de la conversión o mejoría de un alma requiere largos esfuerzos y una constancia y tenacidad a prueba de todos los obstáculos y contratiempos. Las conversiones instantáneas o muy rápidas constituyen una rara excepción en las tareas apostólicas, ya que, en realidad, equivalen a verdaderos milagros.

Hay que saber esperar, como espera el campesino largos meses antes de recoger el fruto de la semilla que arroja confiadamente

en el surco. Dios puede hacer un milagro instantáneamente; pero, por lo regular, se vale del proceso lento de las causas segundas y sólo al cabo de mucho tiempo se logra el fruto apetecido.

Hay que tener en cuenta también el grado de vida espiritual en que se encuentra un alma en un momento determinado.
Santa Teresa de Jesús renunció en su juventud a la dirección espiritual de Gaspar Daza porque este santo clérigo quería hacerla caminar demasiado aprisa por las vías del espíritu.
San Pablo escribe a los fieles de Corintio: *Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no os di comida sólida porque aún no la admitíais*.
El mismo Cristo nuestro Señor les dijo a sus apóstoles en la noche de la cena: *Muchas cosas tengo aún que deciros, mas por ahora no podéis comprenderlas; cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa*.

El apóstol de Cristo ha de saber conjugar el celo más ardiente con la calma y serenidad más absoluta. Trabaje sin descanso, pero no se precipite. Ya llegará la hora de Dios.

g) Saber comprender

Son muy pocas las personas que en el trato con sus semejantes saben *comprender* a los demás.

Con frecuencia juzgamos al prójimo según nuestras propias luces o personales disposiciones, lo cual no deja de ser una injusticia. No todas las almas poseen la misma luz y aciertan a calibrar del mismo modo la moralidad de sus propias acciones. El Señor nos dice en el Evangelio que se le pedirá mucho a quien mucho se le dio, pero no tanto al que recibió menos. No se puede medir a todos con el mismo rasero.

¡Cuántas veces ignoramos por completo el verdadero móvil de las acciones de nuestros prójimos! Obras hechas con la mejor intención las interpretamos mal por simples apariencias externas. Nos duelen mucho estas falsas interpretaciones cuando nos afectan a nosotros y, con frecuencia, no tenemos reparo alguno en atribuirle al prójimo esas torcidas intenciones.

El Señor era sumamente dulce y comprensivo. Se adaptaba maravillosamente a la rudeza de sus apóstoles, a la incultura de las turbas que le seguían, al respeto humano de Nicodemo, a las exigencias de quienes solicitaban sus milagros...

"Dios es infinito en su *compasión*, porque es también infinito en su *comprensión.*"
¡Cuántas veces, penetrando con su mirada en las profundidades misteriosas de un alma, Él ve debilidades allá donde nosotros, parándonos en la superficie, no vemos sino culpas!

Hay que saber comprender. Y para ello hay un procedimiento infalible: compadecerse y amar.

h) Perseverar

Hemos aludido a esta condición al decir que es preciso saber esperar. Pero en la espera puede asaltarnos la tentación del desaliento ante lo infructuoso de nuestros esfuerzos.
Es preciso perseverar a toda costa.

La empresa suprema que ha de proponerse todo apóstol —procurar la gloria de Dios mediante la conversión de las almas— no puede fracasar. Hay que volver a la carga una y otra vez, sin desanimarnos jamás, ocurra lo que ocurriere.

<u>Nuestros esfuerzos darán su fruto en la hora prevista por Dios.</u>
Tal vez esta hora suena demasiado tarde para nuestro celo impaciente. Quizá, ¿quién lo sabe?, sonará después de nuestra muerte. La simiente depositada en el surco de aquella

alma tan amada, nosotros no tendremos la consolación de verla en flor; pero florecerá, fructificará.
Tal vez el fruto madurará en el lecho de la última enfermedad, cuando el alma se hallará en el umbral de la eternidad. Y otros gozarán de su conversión, que parecerá, pero no será, improvisa. Y se verificará literalmente la palabra de Cristo: "Uno es el que siembra y otro es el que siega".

Por tanto, continúa sembrando tu semilla, aunque no veas el fruto. No te preocupes de la cosecha. Dios no te pide el éxito, sino el trabajo.
Recuerda cómo surgían nuestras gloriosas catedrales en los tiempos pasados: trabajaban en ellas diversas generaciones: un arquitecto hacía el proyecto, ponía los fundamentos, y otros le sucedían para terminar la empresa.
Un alma en gracia es el templo vivo del Espíritu Santo. No te lamentes si tú no ves su pináculo. Conténtate con haber puesto los fundamentos. *Otro completará la obra*

***comenzada por ti en la humildad y en el sacrificio*.**

i) Confiar

El descorazonamiento ante el fracaso aparente de las tareas apostólicas supone siempre una gran falta de confianza en Dios.

Si buscáramos de verdad únicamente su gloria, no perderíamos jamás la paz del alma ni la serenidad de la conciencia. Ninguna criatura será capaz de arrebatarle a Dios su gloria. El que renuncie a glorificar la misericordia de Dios en el cielo, glorificará, mal que le pese, su justicia vindicativa en el infierno. El dilema es inexorable y se mueve, en cualquiera de sus dos aspectos, dentro del ámbito de la gloria de Dios.

Ni debe desanimarnos la pequeñez de nuestras fuerzas y la magnitud de las dificultades. El Señor se complace en escoger para sus planes lo más pobre y despreciable de este mundo a

fin de confundir a lo que el mismo mundo estima como rico y apreciable, *para que nadie se gloríe ante Dios*.

Nada podemos sin Cristo, pero todo lo podemos con Él. Cuando Santa Margarita María de Alacoque, humilde religiosa de clausura, recibió de Cristo el encargo de difundir la devoción a su Sacratísimo Corazón por toda la Iglesia universal se echó materialmente a temblar. Mas Jesús le dijo: "No te faltarán dificultades, pero debes saber que *es omnipotente el que desconfía de sí mismo para confiar únicamente en mí".*
El apóstol de Cristo ha de tener siempre presentes estas divinas palabras y obrar en consecuencia.

1.

j) Mansedumbre, dulzura y humildad

He aquí tres virtudes excelsas que nunca cultivará demasiado el apóstol de Cristo. Sin ellas fracasará irremediablemente en sus

intentos apostólicos; con ellas conquistará los corazones y se atraerá las almas con extraordinaria facilidad.

La *mansedumbre* y la *dulzura* tienen una fuerza irresistible. Es muy exacta la conocida frase de San Francisco de Sales: "Se cogen más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel".

Las olas encrespadas del mar levantan una montaña de espuma al chocar contra los acantilados de la costa, pero se deshacen mansamente al tropezar con las suaves arenas de la playa.
Cristo es el supremo modelo de estas grandes virtudes apostólicas.

CAPITULO II
La caridad para con el prójimo

Como decíamos al principio de esta sección, toda la vida pública de Cristo se puede resumir en dos palabras: predicar y hacer el bien.

El cristiano que quiera imitar a su divino Maestro en su vida pública ha de realizar también esas dos grandes funciones, practicando *el apostolado en el propio ambiente* —del que acabamos de hablar —y haciendo a sus semejantes todo el bien que pueda mediante el ejercicio de los múltiples aspectos de *la caridad para con el prójimo.* Este es el nuevo capítulo que vamos a desarrollar a continuación.

Expondremos brevemente el *precepto* del amor al prójimo, su *extensión,* sus *motivos, caracteres generales y obras de caridad en general.*

El precepto del amor al prójimo

No hay en toda la Sagrada Escritura ningún otro precepto tan inculcado como el del amor al prójimo.

Ya en el Antiguo Testamento

se encuentran centenares de textos alusivos a él. Y aunque en muchos de esos textos se entiende por *prójimo* el compatriota o el amigo, en otros muchos se habla claramente de la necesidad de amar incluso al *enemigo y* al extranjero, dando con ello al concepto de *prójimo* toda su magnitud y extensión universal.

He aquí algunos textos emocionantes de la Antigua Ley:

"Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber".

"Si encuentras el buey o el asno de tu enemigo perdidos, llévaselos. Si encuentras el asno de tu enemigo caído bajo la carga, no pases de largo, ayúdale a levantarlo".

"Cuando hagáis la recolección de vuestra tierra, no segarás hasta el límite extremo de tu campo, ni recogerás las espigas caldas, ni harás el rebusco de tus viñas y olivares, ni recogerás la fruta caída de los frutales;

lo dejarás para el pobre y el extranjero. Yo, Yahvé, tu Dios”.

“¿Sabéis qué ayuno quiero yo?, dice el Señor, Yahvé: Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir el pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver el rostro ante el hermano. Entonces brillará tu luz como la autora, y se dejará ver pronto tu salud, e irá delante de ti la justicia, y detrás de ti la gloria de Yahvé. Entonces llamarás, y Yahvé te oirá; le invocarás, y Él dirá: Heme aquí”.

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas”.

“Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”.

“Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado”.

Si quisiéramos recoger todos los textos neotestamentarios relativos al amor del prójimo, habíamos de reproducirlo casi por entero. No hay otro precepto —repetimos— que se intime con tanta urgencia y tanta variedad de matices.

Es la señal distintiva del cristiano —*En esto conocerán que sois mis discípulos*— y la señal inequívoca e infalsificabie del verdadero amor a Dios: *Si alguno dijere: “Amo a Dios”, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve.*

2. Extensión del precepto del amor al prójimo

El precepto de la caridad para con el prójimo tiene una extensión absolutamente *universal.* Abarca a todos los hombres del mundo sin excepción: buenos y malos, amigos y

enemigos, cristianos y paganos. No se puede excluir absolutamente a nadie sin destruir la misma caridad en cuanto virtud sobrenatural.

Si alguno extendiese su caridad a todos los hombres del mundo excepto a uno solo, al que excluyera positivamente, cometería un pecado mortal, que destruiría automáticamente la virtud de la caridad en su misma raíz.

La razón es porque el *motivo formal* de la caridad—como virtud *teologal* que es—es la bondad infinita de Dios en sí misma considerada (= amor de Dios) o en cuanto participada o participable sobrenaturalmente por el hombre mediante la gracia divina y la gloria futura (= amor del prójimo).

***Y como no hay ni puede haber un solo hombre, mientras viva todavía en este mundo, que no participe actualmente o en potencia de la bondad infinita de Dios* mediante la gracia y la futura gloria —ya que Dios no excluye absolutamente a nadie de alcanzarlas**

mediante el divino auxilio—, síguese que el hombre no puede excluir en su amor de caridad absolutamente a ningún hombre que viva todavía en este mundo, por muy perverso y desalmado que sea.

Solamente están excluidos de la caridad sobrenatural los demonios y condenados del infierno, que han perdido para siempre, por su propia culpa, la esperanza de alcanzar algún día la gracia de Dios y la bienaventuranza eterna.

Lo cual no quiere decir que tengamos obligación de amar a todos y a cada uno de los hombres del mundo *en particular* —sería materialmente imposible—, sino de amarlos a todos *en general* y no excluir en particular absolutamente a nadie, aunque se trate del mayor de nuestros enemigos.

Más brevemente: hay que amar a todos en general y no odiar a nadie en particular.

Por esta misma razón hay que amar también con amor de caridad a los ángeles y bienaventurados del cielo—que ya gozan de la gloria eterna—y a las benditas almas del purgatorio, que la alcanzarán infaliblemente al término de su purificación. La caridad es el hilo telefónico de oro que pone en comunicación entrañable los tres estadios de la Iglesia única de Cristo: la *militante, purgante* y *triunfante, o* sea, la tierra, el purgatorio y el cielo.

Motivos del amor al prójimo

Dejando a un lado el amor *natural* que se debe a todo hombre por el mero hecho de compartir la misma *naturaleza* y de formar parte de la misma *sociedad humana,* que tantos beneficios nos reporta a todos, vamos a fijarnos únicamente en los motivos que nos impulsan a amar al prójimo con amor *sobrenatural* de caridad.

Los principales son los siguientes:

a) **EL PRECEPTO DE DIOS. El primer motivo que debe impulsarnos a amar al prójimo con amor de caridad es el expreso y formal mandato de Dios en la forma que hemos recordado más arriba.**

b) **LA DIVINA BONDAD, REFLEJADA EN EL PRÓJIMO. Es ésta, como ya dijimos, la razón o motivo formal de la caridad para con el prójimo; de suerte que, cuando amamos al prójimo por cualquier otro motivo o razón formal (v.gr., por ser un familiar o compatriota nuestro), no le amamos con amor de *caridad,* ya que falta el motivo *teologal,* que constituye su misma esencia. La caridad es una virtud sobrenatural en especie átoma o indivisible; porque, aunque recae *materialmente* sobre tres objetos muy distintos entre sí (Dios, el prójimo y nosotros mismos), la razón o motivo formal de la misma es único e indivisible: la *divina bondad* en sí misma o reflejada en el prójimo y en nosotros mismos. En este sentido no hay hombre tan malo y perverso en el que no se refleje de alguna manera la divina bondad. En todo malhechor**

hay un santo en potencia, y mientras viva en este mundo no es del todo imposible que llegue a serlo. Hay que amar en el prójimo al Dios que ya posee o al que puede llegar a poseer.

***c)* LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL PRÓJIMO.**

En el prójimo, sea quien fuere, hemos de ver *al mismo Cristo,* en acto o en potencia.

Los mismos herejes y paganos son miembros de Cristo *en potencia* y, por lo mismo, se hacen perfectamente acreedores a nuestro amor de caridad. Más aún: <u>únicamente si en la persona del prójimo vemos a Cristo estaremos dentro del campo y zona de la caridad evangélica</u>: "A *Mí* me lo hicisteis".

a) NUESTRA COMÚN FILIACIÓN ADOPTIVA.

La gracia santificante, es un don divino que nos hace *hijos de Dios* y herederos de la gloria.

Ello quiere decir que la gracia convierte a todos los que la poseen en *verdaderos hermanos,* hijos de un mismo Padre, que está en los cielos.

La unidad de naturaleza, que nos hacía ya hermanos en Dios Creador, queda elevada a una altura sublime por la gracia santificante, que nos hace verdaderos hermanos en Cristo. Y aunque es cierto que muchos hombres no poseen actualmente la gracia, pueden llegar a alcanzarla, y son, por consiguiente, hermanos nuestros en *potencia* aun en el den sobrenatural. De donde se sigue que *el mayor acto de caridad que podemos realizar en favor del prójimo es ayudarle a alcanzar la gracia de Dios* (v.gr., excitándole al arrepentimiento de sus pecados) cuando tiene la inmensa desgracia de estar privado de ella.

e) NUESTRO COMÚN DESTINO FINAL.

El fundamento de la caridad sobrenatural, como hemos visto, es la comunicación de la eterna bienaventuranza, a la cual está llamado todo el género humano, elevado al orden de la gracia y de la gloria y redimido con la sangre preciosa de Jesucristo.

No hay ningún hombre que esté excluido de este sublime destino mientras viva en este mundo, y, por lo mismo, a todos ellos sin excepción ha de extenderse de hecho nuestra caridad sobrenatural.

3. Motivos del amor al prójimo

4. Caracteres generales del amor al prójimo

San Pablo enumera espléndidamente las principales características que ha de revestir el amor al prójimo en un texto insustituible de su primera epístola a los fieles de Corintio:

“La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera”.

Un comentario detallado de esta sublime página paulina rebasaría el marco de nuestras posibilidades de espacio en esta obra. Hemos de limitarnos a una breve síntesis teológica que recoja los caracteres fundamentales.

***a)* SOBRENATURAL. La caridad para con el prójimo no destruye, sino supera inmensamente al amor puramente *natural* que podamos sentir hacia él por nuestra común naturaleza, por los lazos de la sangre o por razones de humanidad o patriotismo. El amor de caridad ha de ser estrictamente *sobrenatural* por cinco capítulos:**

***a)* Por su *origen:* brota de una virtud infusa estrictamente sobrenatural.**

b) **Por su *objeto:* amamos en él, ante todo, su alma, divinizada por la gracia.**

c) **Por su *motivo:* la bondad divina, reflejada en el prójimo.**

d) **Por su *ejercicio:* requiere siempre la previa moción de la gracia actual.**

e) **Por su *fin:* la eterna bienaventuranza, a la que nos encaminamos todos.**

b) **DESINTERESADA. Es una de las características señaladas expresamente por San Pablo: *La caridad no es interesada.***

Es porque el amor de caridad es un amor de *amistad*, y la verdadera amistad se complace en el bien de la persona amada, con absoluto desinterés personal. No aspira a otro premio ni busca otro galardón que la dulce correspondencia del amigo.

c) **SINCERA. La caridad ha de ser *sincera* o *interior,* es decir, no puede limitarse a fórmulas vagas o simples exterioridades amables y simpáticas, sino que ha de proceder del corazón. Ha de amar al prójimo, lo mismo que a Dios *en espíritu y en verdad*.**
En el texto de San Pablo a los Corintios se nos dice que la caridad se *complace en la verdad*.

d) **EFECTIVA. La verdadera caridad ha de ser *efectiva,* es decir, ha de traducirse en obras.**

No basta amar de palabra, aunque con ella expresemos sinceramente los verdaderos sentimientos de nuestro corazón. Siempre será verdad que *"obras son amores, y no buenas razones"*.

San Juan expresó admirablemente esta condición esencial de la caridad al escribir en la primera de sus epístolas:
El que tuviere bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de

Dios? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.

e) POSITIVA. No basta practicar los deberes negativos que nos impone la caridad para con el prójimo (*no hacerle daño, no escandalizarle, no perjudicarle en sus intereses, etc*.), sino que es menester practicar también los positivos, que son todavía más importantes:

atenderle en sus necesidades, prestarle de buen grado los servicios que necesite de nosotros, rezar por su alma, darle muestras de nuestra benevolencia y sincero afecto, alegrarnos con él, compartir sus penas con el fin de aliviárselas en lo que dependa de nosotros, etc., etc.

Son legión los cristianos que creen haber cumplido sus deberes de caridad para con el prójimo con los simplemente negativos y cierta compasión tan romántica como estéril de sus males e infortunios. *No basta esto*. Se puede pecar, incluso gravemente, por la simple omisión de los deberes positivos, aunque no

nos remuerda la conciencia de haber quebrantado ninguno de los negativos.

f) UNIVERSAL. Hemos hablado ya, en su lugar correspondiente, de la universalidad de la caridad. Ha de extenderse a todos los hombres del mundo, amigos y enemigos, buenos y malos, sin que pueda establecerse entre ellos una sola excepción.

g) ORDENADA. A pesar y sin menoscabo de su universalidad, la caridad ha de ser ordenada, esto es, ha de seguir el orden que impone la naturaleza misma de esa virtud:

- **Dios,**
- **nosotros mismos**
- **y el prójimo por Dios.**

Hay que atender también al *orden jerárquico entre nuestros distintos prójimos*, que se mide

- **por su excelencia propia,**
- **por el grado de proximidad a nosotros**
- **y por la mayor o menor necesidad en que se encuentre constituido en un determinado momento.**

5. Las obras de caridad en general

Vamos a examinar ahora, muy brevemente, las principales obras de caridad que podemos ejercer en beneficio de los demás.

Todas ellas suponen en nuestro prójimo una necesidad, y en nosotros el deseo de remediarla a impulsos de la misericordia. O sea, que la misericordia, acto interior de la caridad, nos impulsa a ejercer la beneficencia, que es su acto exterior más típico y característico.

La beneficencia se manifiesta principalmente por la limosna en lo relativo a las cosas corporales, y por la corrección fraterna, en lo relativo a las espirituales.

Un resumen bastante detallado de las principales obras de caridad que podemos ejercitar para con el prójimo se contiene en las llamadas obras de misericordia, que, aunque son infinitas, los catecismos católicos suelen condensar en las catorce más

importantes: siete de orden corporal y otras siete de orden espiritual.
Hagamos una brevísima exposición de cada una de ellas:

a) Obras corporales de misericordia

1. VISITAR A LOS ENFERMOS. Es una espléndida obra de caridad, sobre todo cuando se trata de una enfermedad larga y penosa y de un enfermo que yace en la cama de un hospital o sanatorio, y que ve transcurrir los días, las semanas y los meses sin recibir la visita de un amigo o una muestra de atención que sirva de consuelo y lenitivo a su amargura...

En la sentencia definitiva que pronunciará Nuestro Señor en el juicio final para dar a los escogidos la vida eterna, figura expresamente esta gran obra de misericordia: Estuve enfermo, y me visitasteis.

Tratándose de un enfermo pobre —suprema representación de Cristo doliente—, el consuelo de la visita adquiere ante Dios quilates de oro cuando va acompañado del socorro material: la medicina que necesita, una golosina, un regalo cualquiera, etc., pero realizado todo ello con finura y discreción, sin humillar al paciente, con exquisita delicadeza y disimulo.

La mayor obra de caridad que puede realizarse con un enfermo grave sin esperanzas de curación consiste, sin duda alguna, en prepararle para morir cristianamente. La salvación del alma vale infinitamente más que todos los tesoros de la tierra habidos y por haber. Con razón dice el apóstol Santiago que quien salva un alma tiene salvada la suya.

2. DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.

¡Cuántos hermanos nuestros pasan hoy en el mundo verdadera hambre material! Asusta leer las estadísticas de la F. A. O. sobre este tremendo problema social. Se puede afirmar hoy científicamente que unos 1.500 millones de seres humanos (o sea, más de la mitad del conjunto total de la humanidad) no disponen de los alimentos necesarios para vivir.

En nuestros días, mueren cada año de hambre, de una manera o de otra, de 30 a 40 millones de personas.
Y lo grave del caso, desde el punto de vista social, es que la tierra produce más que suficiente para abastecer con abundancia a todo el género humano.

3. DAR DE BEBER AL SEDIENTO.

Es más fácil socorrer esta necesidad que la anterior, pero no deja de tener su

mérito cuando se practica por verdadera caridad. Dos veces, por lo menos, se alude en el Evangelio a esta obra de caridad: *Pues el que os diere un vaso de agua en razón de discípulos de Cristo, os digo en verdad que no perderá su recomp*ensa;
Venid, benditos de mi Padre…,
***porque tuve sed, y me disteis de beber* .**

Claro que para que esta buena acción tenga mérito ante Dios hay que practicarla por amor a Él, es decir, por el motivo formal de la virtud de la caridad.

4. VESTIR AL DESNUDO. ¡Cuánta pobre gente se ve todavía por esos mundos de Dios cubierta apenas con unos miserables harapos, del todo insuficientes para defenderse de las inclemencias del tiempo, del frío y de la lluvia!

Y en contraste con este triste espectáculo, el lujo insaciable, los

caprichos de la moda, la continua renovación de trajes, zapatos, joyas, etc., de tantos hombres y mujeres que se dicen muy católicos
Con la mitad de lo que derrochan podrían vestirse decentemente varias familias pobres. ¡Ojalá que no tengan que oír en el juicio final el terrible anatema de Jesucristo: *Apartaos de mi, malditos..., porque estuve desnudo, y no me vestísteis!*

Es preciso revisar a fondo nuestro catolicismo si queremos evitarnos tristes sorpresas a la hora de la cuenta definitiva.

5. DAR POSADA AL PEREGRINO.

El problema de la vivienda es otro de los más agudos y angustiosos del mundo de hoy.
La solución del problema es muy compleja. Tiene que ser el resultado de una acción conjunta, intensa y

organizada, del Estado y de las empresas privadas.
A la caridad privada le quedará siempre un amplio margen para mejorar, en la medida de su alcance, las condiciones de vida de muchos de sus hermanos en Cristo: *Huésped fui, y me recibisteis*.

6. REDIMIR AL CAUTIVO. En la Edad Media esta obra de misericordia era una de las más emocionantes al rescatar de la esclavitud a los infelices cristianos que caían cautivos de los piratas o musulmanes.

Aunque hoy las cosas hayan cambiado, la caridad encuentra amplio campo para ejercitarse visitando y consolando a los presos en las cárceles y establecimientos penales: Estuve preso, y me visitasteis.
Visitándoles y hablándoles con cariño, se les puede redimir el alma—que vale infinitamente más que el cuerpo—y rehabilitarles, de tal suerte que vuelvan a

la sociedad como miembros útiles y sanos de la misma.

Otra gran obra de caridad es tener misericordia con los que están esclavizados por las garras de la usura, que es uno de los mayores pecados que se pueden cometer y de los que claman al cielo. Pio XII tuvo palabras extraordinariamente enérgicas contra este crimen y el de los que, por torpe lucro, encarecen los alimentos y artículos de primera necesidad-

7. ENTERRAR A LOS MUERTOS. El cadáver de un cristiano es una reliquia sagrada. Durante su vida fue templo del Espíritu Santo y un día resucitará glorioso para ser eternamente bienaventurado.

Pero de momento su aspecto causa horror, y es una obra de misericordia retirarlo de la vista de los hombres y darle cristiana sepultura.

Para ejercitar esta obra de caridad no es necesario enterrar por sí mismo a los muertos: para eso están los sepultureros profesionales. Pero, tratándose de un pobre declarado o vergonzante, se puede ayudar a la familia costeando en todo o en parte los gastos del entierro, luto, funerales, etc. Las muestras de afecto y de compasión ante el cadáver caliente de un ser querido llegan a lo más hondo del alma y su recuerdo no se borrará jamás del corazón agradecido.

b) Obras espirituales de misericordia

Más importantes que las corporales —con serlo tanto éstas— son las obras espirituales de misericordia.

Al igual que ocurría con el grupo corporal, en realidad son muchísimas —todo cuanto se haga a impulsos de la caridad en beneficio espiritual del prójimo—, pero entre ellas destacan las siete que suelen recoger los catecismos, expresamente recomendadas en

multitud de pasajes de la Sagrada Escritura. Vamos a examinarlas brevemente.

i. ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

Es una espléndida obra de caridad, que Dios recompensará con largueza.

Puede ejercitarse por amor de Dios aun en lo relativo a la cultura humana; pero, sobre todo, en el orden sobrenatural, enseñando el camino del cielo a tantos desgraciados que lo ignoran.

Las formas de ejercitarla son variadísimas: actuando de catequista en los catecismos parroquiales; publicando o propagando libros, folletos, revistas, periódicos y hojas de propaganda religiosa; esforzándose en elevar el nivel cultural y moralizador del cine, teatro, radio, televisión, etc.

Es inmensa la influencia de estos medios modernos de propaganda.

La inmensa mayoría de los hombres no saben discurrir por cuenta propia acerca de los grandes problemas de la vida: piensan, sienten y hablan de ellos a través del periódico, de la novela, de la revista, del aparato de radio o la televisión. Utilizar estos medios modernos para la propaganda y difusión de la verdad es uno de los más excelentes y eficaces actos de caridad cristiana que podemos realizar en beneficio del prójimo.

2. DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO NECESITA.

¡Cuánta gente atolondrada e irreflexiva nos encontramos a cada paso! No han caído en la cuenta de la trascendencia temporal y eterna de ciertos actos que realizan con la mayor naturalidad del mundo, como si se tratara de una cosa

baladí. Una palabrita amable, un buen consejo dado a tiempo y con oportunidad, puede detener a un alma al borde de un abismo en el que iba a arrojarse, o puede abrir horizontes desconocidos a la generosidad latente en una inteligencia y en un corazón desorientados. La santa Iglesia invoca a la Virgen María en la letanía lauretana bajo este dulce título: Madre del Buen Consejo, ruega por nosotros.

3. CORREGIR AL QUE YERRA.

La corrección fraterna, o sea, la advertencia cariñosa y privada hecha al prójimo culpable para apartarle de su mal camino, es una de las más grandes obras de misericordia que se pueden practicar en su favor.

No tenemos espacio para tratar aquí con la extensión que se merece esta importantísima cuestión.

Advertimos únicamente:

a) Que la corrección fraterna es obligatoria por derecho natural y por derecho divino positivo (cf. Mt 18,15-17).
b) Que su materia son los pecados o yerros ya cometidos, o los futuros que con ella se pudieran evitar.
c) Que debe hacerse por cualquiera que pueda influir eficazmente sobre el prójimo culpable, ya sea superior, inferior o de igual condición social.
d) Que para que sea conveniente y obligatoria ha de ser necesaria (o útil), posible y oportuna. A veces puede resultar inoportuna y contraproducente en un momento dado, en cuyo caso habrá que esperar a que se produzcan circunstancias más favorables.
e) Hay que hacerla en forma muy caritativa, paciente, humilde, prudente, discreta y delicada. No se trata de humillar al corregido, sino de

ayudarle a salir de su mal estado o estimularle a ser mejor.

4 PERDONAR LAS INJURIAS.

Es otra de las más grandes obras de misericordia para con el prójimo y quizá la más necesaria e indispensable de todas para el que la ejercita.

El mismo Cristo —en efecto— nos advierte claramente en el Evangelio que seremos medidos por Dios con la misma medida que empleemos nosotros para con el prójimo. El que no perdona a su prójimo puede acarrearse a sí mismo el daño terrible de la eterna condenación.

Cristo nos dio ejemplo sublime de esta su divina doctrina.

Todo el Evangelio es una historia ininterrumpida del generoso perdón que otorgaba a toda clase de pecadores: la samaritana, la adúltera, Zaqueo, Mateo el publicano, María Magdalena, Pedro, el buen ladrón y tantos otros pecadores como fueron perdonados por Jesús podrían hablarnos largamente de su infinita compasión y misericordia. Llegó a ofrecer su perdón al propio Judas, y no se lee un solo caso de haber rechazado a un pecador *arrepentido*, habiendo prometido expresamente que jamás lo rechazará: *"Al que viene a mí, yo no lo echaré fuera"*.

Esta conducta emocionante de nuestro Señor Jesucristo ha de impulsarnos a nosotros a otorgar nuestro perdón, pleno, total y

absoluto, a cualquiera que nos haya ofendido y cualquiera que sea la ofensa que hayamos recibido de él.

Los santos gozaban inmensamente perdonando a sus enemigos. Santa Teresa se frotaba las manos de gusto cuando se enteraba de que alguien la perseguía o calumniaba. Santa Juana de Chantal perdonó de tal manera al que mató a su esposo, que llegó a ser madrina de bautizo de uno de sus hijos. El Santo Cura de Ars respondió inmediatamente a un desalmado que acababa de darle una bofetada: *"Amigo, la otra mejilla tendrá celos"*. Y nosotros mismos tuvimos ocasión de asistir a un moribundo que nos dijo estas impresionantes palabras: "Quisiera

tener en el mundo muchos enemigos, para tener ahora el placer y la dicha de perdonarles".

Así hablan y obran los verdaderos cristianos. En todo caso, no olvidemos que *el Señor condiciona el perdón de nuestros propios pecados al perdón generoso y total que otorguemos nosotros al prójimo*.

5. CONSOLAR AL TRISTE.

¿Quién no lo está alguna vez?

La tristeza es una pasión que se experimenta en el apetito concupiscible ante la presencia de un mal que ha caído sobre nosotros.
Y aunque por la naturaleza misma de muchos de los males que nos afligen (v.gr., una enfermedad dolorosa e incurable) el prójimo está

imposibilitado de poner el remedio oportuno y eficaz, representa siempre un consuelo para el que sufre ver que alguien se interesa por él y le compadece y acompaña en su dolor.

Cada vez hay más tristeza en el mundo, porque cada vez hay más miserias y menos amor para aliviarlas. Son legión las almas que han perdido la ilusión de vivir y yacen sepultadas en una tristeza y abatimiento mortal. Unas palabras cariñosas y amables brotadas de lo íntimo del corazón pueden devolver la paz y la alegría de la vida a muchas de estas almas destrozadas, sobre todo si el consolador se inspira en motivos sobrenaturales.

No hay ni puede haber consuelo más radical y profundo que el que brota de las verdades de la fe y tiene por fundamento las perspectivas deslumbradoras de la esperanza cristiana en la eternidad bienaventurada.

6. SUFRIR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DE NUESTROS PRÓJIMOS.

La paciencia es una virtud indispensable para la pacífica convivencia humana.

Todos tenemos multitud de defectos que molestan a nuestros prójimos, y es preciso que sepamos tolerarlos mutuamente si no queremos convertir la vida social en una continua ocasión de amarguras y disgustos.

San Pablo insiste en la necesidad de soportarnos los unos a los otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vinculo de la paz.

7. ROGAR A DIOS POR LOS VIVOS Y DIFUNTOS.

Al hablar de la extensión de la caridad hemos dicho que debe ser universal, esto es, ha de extenderse a todos aquellos que sean capaces de la

eterna bienaventuranza.

Pero es evidente que, con relación a la inmensa mayoría de los hombres que viven todavía acá en la tierra y con relación a las almas del purgatorio, no podemos ejercer nuestra caridad más que por vía de oración.

Luego el orar por los vivos y difuntos no sólo es una excelente obra de misericordia, sino también una exigencia indeclinable de la caridad cristiana.
Con relación a los vivos hemos de rogar especialmente por los más necesitados (los paganos, herejes y pecadores, los moribundos, etc.) y los más próximos a nosotros (parientes, amigos, compatriotas).
Hemos de orar también por nuestros bienhechores, e incluso por nuestros mismos enemigos, para ejercer con ellos la sublime venganza del cristiano: devolver bien por mal.

Con relación a las almas del purgatorio, hemos de ofrecer nuestras oraciones y sufragios por todas en general, pero de una manera especial por nuestros familiares y amigos y *por aquellos que quizá estén allí por los malos ejemplos que de nosotros recibieron*.

Glosario *(términos a añadir)*

Acto y Potencia.

Acto, por acto, en general, entendemos alguna *realidad* que completa y *perfecciona* alguna cosa que es o era *capaz* de esta *perfección.* De aquí es que todo *acto*, en cuanto acto, envuelve la idea de *perfección,* y, al contrario, la *potencia,* como tal, lleva consigo el concepto de *imperfección.*

La potencia puede definirse en general: *la aptitud o capacidad para recibir o tener alguna realidad.* La capacidad de perder o ser privada de algún acto o realidad actual, se llama potencia impropiamente.

Alteridad viene del latín *alter* que significa "otro", y por tanto se puede traducir de un modo menos opaco como **otredad**. Considerado desde la posición del "uno" (es decir, del yo) es el principio filosófico de "alternar" o cambiar la propia perspectiva por la del "otro", considerando y teniendo en cuenta el punto de vista de quien opina.

Apologética, es la ciencia que tiene por objeto la exposición de los llamados *motivos de credibilidad,* o sea, las razones y argumentos que demuestran ser plenamente *razonable y obligatorio* creer en la divinidad de Jesucristo y, por consiguiente, en el cristianismo como única religión verdadera.

Causa, se entiende por causa aquello con cuya virtud se produce alguna cosa.

Comunicación de idiomas en la teología cristológica.

La palabra idioma procede de la voz griega ιδιωμα, que significa la propiedad o propia naturaleza de una cosa. De donde "comunicación de idiomas" es lo mismo que "comunicación de propiedades". Aplicada a Cristo, significa la mutua y recíproca predicación de las propiedades de la naturaleza divina y humana en la persona única de Cristo. Es, en otras palabras, aquella propiedad que sigue a la unión hipostática, en virtud de la cual las cosas que pertenecen al Hijo de Dios se predican también del Hijo del hombre y viceversa.

Y así, por ejemplo, se dice correctamente que, en la persona de Cristo, Dios es hombre y el hombre es Dios. Sin embargo, esta mutua correspondencia de lenguaje, hablando de las dos naturalezas de Cristo en su persona única, está sujeta a ciertas leyes y limitaciones.

Como vamos a ver inmediatamente, no todo lo que se dice de una naturaleza se puede decir en el mismo sentido de la otra. Hay ciertas expresiones que, si no se explican convenientemente, serían verdaderas herejías. Por ejemplo, la expresión Cristo es una criatura es verdadera (aunque inconveniente) si la entendemos únicamente según su humanidad; pero significaría la herejía arriana si la quisiéramos extender a su personalidad, que no es humana, sino divina y, por lo tanto, increada.

Congrua. Sustantivo femenino. Esta palabra se refiere (en derecho) a un **beneficio** o rédito de un oficio de tipo eclesiástico o civil, o de una capellanía, para poder sostener dignamente a su titular; también alude a un desempeño y **oficio** que se hace de este beneficio. Este término, en su etimología, viene como forma femenina de "congruo", y con ella del latín "congrŭus" con el mismo significado.

Congruidad. De congruo: que tiene ilación y cohesión *juicio congruo*

Ente significa *lo que tiene o puede tener ser.* Y de aquí se infiere: 1º que la denominación de *ente* se toma del ser o existir, *esse*, y que, por consiguiente, según los modos y significados del *ser* deben ser los modos y significaciones del ente: 2º que el ente, tomado según toda la universalidad y abstracción con que nuestro entendimiento puede concebirlo, abraza o incluye, tanto al ser actual como al posible, sin excluir ni significar determinadamente ninguno de los dos.

Esencia es «aquello mediante lo cual, o por razón de lo cual, una cosa es o se constituye tal ser y no otro». Como la humanidad o la esencia humana es aquello por medio de lo cual se constituye el hombre, como ser determinado y distinto de los otros seres: o, en otros términos, es la razón interna, primitiva y necesaria del ser y realidad que posee el hombre, distinguiéndole y separándole de todos los otros seres.

Por parte de su relación con la existencia, la esencia puede definirse: «aquella cosa cuyo acto es el ser o existir»: y también aquello con que respondemos a la cuestión, ¿qué es tal o tal cosa? «Aquello que es y se concibe como lo primario en la cosa y como raíz o razón suficiente de los demás predicados.

Existencia. La existencia presupone y actúa la esencia.

La existencia tiene razón de forma, y la esencia actuada o actuable con esta existencia, tiene razón de sujeto. Significamos la esencia como acompañada de la existencia actual, o sea como ejerciendo la existencia.

Gracia es el *favor*, el *auxilio gratuito* que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios, hijos adoptivos, partícipes de la naturaleza divina, de la vida eterna. La gracia es una *participación en la vida de Dios*. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria.

Gracia de Unión, *significa la unión substancial, enteramente gratuita, de la naturaleza humana con la divina en la persona del Verbo.*

Gracia Habitual, *designa la gracia santificante, poseída por el alma de Cristo en toda su plenitud.*

Gracia Capital, *expresa la gracia de Cristo como cabeza del cuerpo místico redundando sobre todos sus miembros.*

Gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor. Se debe distinguir entre la ***gracia habitual***, disposición permanente para vivir y obrar según la vocación divina, y las ***gracias actuales***, que designan las intervenciones divinas que están en el origen de la conversión o en el curso de la obra de la santificación.

Justicia legal, distributiva, y conmutativa

Justicia legal.

Qua partes communitatis perfectae ordinantur ad iustum boni communis. Se llama legal, **no precisamente por proceder conforme a las leyes**, pues esto es común a toda justicia, **sino porque su principal objetivo es atender a la observancia de ellas**, y por esta causa se llama entre los religiosos *observancia regular*. También se nomina esta justicia *general*, por **ordenarse al bien común o general**. Es especial virtud, diversa de todas las demás.

Justicia distributiva

Qua bona communia distribuuntur inter partes communitatis secundum proportionem meritorum. Su **acto interior** es la voluntad recta de querer **distribuir los bienes comunes con esta proporción,** y el **externo** es **distribuirlos según ella**. En esta justicia el *medium rei* **no es la igualdad aritmética, sino la geométrica**: v. g. si el premio que se ha de distribuir es como seis, y uno tiene mérito como doce, y otro como ocho, se den cuatro al primero, y dos al segundo.

Justicia conmutativa

Qua redditur unicuique res propia secundum aequalitatem rei redditae ad rem debitam in commutationibus. Esta justicia **siempre versa entre diversas partes**. Sus actos son, acerca de los de la justicia distributiva. Su materia remota son las cosas que se conmutan o venden, y la próxima las mismas conmutaciones. **El medio *rei* es la igualdad aritmética** *rei ad rem;* esto es: **que el que debe diez, pague diez**.

Justicia vindicativa

Virtus, qua superior subditos condigna pena pro delictis punit. Es indistinta de la conmutativa; porque **mediante ella se impone al súbdito una pena igual a su delito**, **y se restituye a la república el honor** de que por él se le privó; actos propios de la justicia conmutativa.

Naturaleza (lat. natura): Aristóteles señala que "*se llama naturaleza, en un sentido, la generación de las cosas que crecen, […] en otro sentido, aquello primero e inmanente a partir de lo cual crece lo que crece*." "*La naturaleza primera y propiamente dicha es la substancia de las cosas que tienen el principio del movimiento en sí mismas*". Naturaleza es un término cuya intelección está vinculada al principio del ser viviente, de lo que tiene vida. Luego, se dice natural, primero y fundamentalmente, a algo que es capaz de crecer, de moverse a sí mismo.

Santo Tomás hace suyo el concepto aristotélico precisando que "*la naturaleza de una cosa es su substancia, en tanto forma de las cosas que tienen en sí mismas el principio de su movimiento específico*". E*l término naturaleza designa la esencia en cuanto ordenada a la operación propia de cada cosa*". El concepto de la naturaleza se distingue perfectamente de quidditas, de esencia y de substancia..

Naturaleza *(ver Persona) se define aquello en lo que un ser existe,*
y la persona *aquello que tiene ser subsistente".*
Es evidente que al nacer una persona humana nace también una nueva naturaleza humana. Pero a nadie se le ocurre decir: "Ha nacido una naturaleza humana", sino más bien «una persona humana».
De donde se sigue que el *nacimiento*—lo mismo que la *concepción*—se dice más bien de la persona *que de la naturaleza,* aunque de hecho afecte naturalmente a las dos.

Por eso dice profundamente Santo Tomás que, *"hablando con propiedad, la naturaleza no empieza a existir; es más bien la persona lo que existe en alguna naturaleza. Porque la* naturaleza *se define aquello en lo que un ser existe, y la* persona *aquello que tiene ser subsistente".*

Pasiones

Breves nociones sobre el concepto, división y moralidad de las pasiones humanas.

NOCIÓN. En filosofía aristotélico-tomista se entiende por *pasión el movimiento del apetito sensitivo nacido de la aprehensión del bien o del mal sensible*, con cierta "conmoción refleja" más o menos intensa en el organismo.
Los psicólogos modernos suelen reservar la palabra *pasión* para designar *los movimientos pasionales más vehementes e intensos*. Los de intensidad más suave reciben el nombre de emociones.

DIVISIÓN. Es clásica la división de las pasiones en dos grandes grupos: las del *apetito concupiscible* y las del *irascible*. El primero tiene por objeto *el bien deleitable* y de fácil consecución; el segundo se refiere *al bien arduo y difícil de alcanzar*. Al primero le corresponden seis movimientos pasionales; al segundo, cinco.

El siguiente cuadro esquemático muestra el conjunto del panorama pasional con sus correspondientes actos:

En el apetito concupiscible:

El bien simplemente aprehendido engendra, AMOR
El mal, opuesto al bien, ODIO
El bien futuro, DESEO
El mal futuro, FUGA
El bien presente, GOZO
El mal presente, TRISTEZA

En el apetito irascible:

El bien arduo ausente:
- Si es posible, ESPERANZA
- Si es imposible, DESESPERACIÓN

El bien arduo ausente:

- Si es superable, AUDACIA
- Si es insuperable, TEMOR

El mal arduo presente, IRA

Estas son las pasiones pertenecientes al apetito sensitivo.

Desde otro punto de vista, puede establecerse otra triple división de las pasiones en *corporales, sensitivas y espirituales*.
Así:

d) CORPORALES son las pasiones que afectan el organismo produciéndole una lesión o dolor (heridas, azotes, etc.).

e) SENSITIVAS son las que, sin producir lesión o dolor sensible, causan alguna transmutación corporal (las once que acabamos de describir).

f) ESPIRITUALES son las que afectan únicamente al entendimiento y la voluntad racional (v.gr., el conocimiento y el amor espiritual).

PERSONA. L*a persona* (irpóacoTrov) designa al sujeto (subiectum *quod* de los escolásticos) que realiza operaciones mediante su naturaleza racional (subiectum quo). Es clásica la definición de Boecio: *Substancia individual de naturaleza racional*, que conviene explicar un poco:

***Substancia*,** o sea, un ser subsistente por sí mismo, a diferencia de los accidentes (color, tamaño, figura, etc.), que necesitan apoyarse en una substancia, a la que modifican accidentalmente (dándole tal color, figura, tamaño, etc.).

Individual, o sea, completa en sí misma e *incomunicable* a los demás. Todos los individuos de una misma especie comunican en una misma naturaleza común (v.gr., todos los hombres del mundo son *hombres,* tienen la naturaleza *humana)*; pero una *persona individual* es *única* en el mundo, no puede multiplicarse la propia personalidad (no puede haber dos personas que tengan el mismo *yo*, que sean la *misma persona*). La persona es siempre *única e incomunicable* a cualquier otra.

De naturaleza racional. La persona no puede darse más que en una naturaleza *racional, intelectual*. Sólo Dios, los ángeles o los hombres son personas; no los seres irracionales o inanimados (animales o cosas).

Persona *(ver Naturaleza) La Naturaleza se define aquello en lo que un ser existe, y la* persona *aquello que tiene ser subsistente".*
Es evidente que al nacer una persona humana nace también una nueva naturaleza humana. Pero a nadie se le ocurre decir: "Ha nacido una naturaleza humana", sino más bien «una persona humana».
De donde se sigue que el *nacimiento*—lo mismo que la *concepción*—se dice más bien de la persona *que de la naturaleza,* aunque de hecho afecte naturalmente a las dos.

Por eso dice profundamente Santo Tomás que, *"hablando con propiedad, la naturaleza no empieza a existir; es más bien la persona lo que existe en alguna naturaleza. Porque la* naturaleza *se define aquello en lo que un ser existe, y la* persona *aquello que tiene ser subsistente*

Prenotando: m. FILOSOFÍA. Término propio de la escolástica para denotar un preliminar a la tesis que va a defenderse, en forma de nociones previas.

Redención: La palabra redención (ónroaútpcocns) significa etimológicamente "liberación de un cautivo mediante su rescate"

Ser. Modos del Ser:

***Soteriología**: Parte de la Teología Sistemática que trata de la salvación.*

La soteriología, la doctrina de la salvación, es el tema mayor en las Escrituras.
El término proviene del griego soterios (salvación) y logos (tratado o discusión).
Abarca todas las edades como también la eternidad y se centra en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Desde la perspectiva de Dios, la salvación incluye la obra completa de Dios en traer a las personas de la condenación a la justificación, de la muerte a la vida eterna.

Subsistencia La subsistencia es *un modo o actualidad sustancial que perfecciona y completa la sustancia, haciendo que exista y pueda obrar sin dependencia ni comunicación con otro ser.* Así como la existencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto *entes* o en la línea de *ser*, así la subsistencia actúa, perfecciona y determina las cosas en cuanto sustancias, y en el orden sustancial.

Substancia La substancia designa al sujeto de los accidentes que especifican al ente. ***Esencia*** en sentido estricto se llama a aquello por lo cual una cosa es lo que es porque "*por ella y en ella la cosa tiene el ser*". **La *quidditas*** es lo que se expresa en la definición de una cosa según el conocimiento que de la esencia de la cosa tenemos en proporción a nuestra inteligencia. Y ***la naturaleza*** de una cosa es su esencia considerada desde la perspectiva del movimiento específico del cual un ente es capaz por ser lo que es. El principio intrínseco por el cual una cosa tiende a realizarse según lo que esencialmente es. Es decir, naturaleza es el término que utilizamos para designar la esencia de un ente en tanto principio de su propia acción específica.

Por naturaleza (en griego q>úcns y también oúo-ía) se entiende en filosofía la esencia de una cosa en cuanto sujeto de las operaciones que le son propias. Responde a la pregunta ¿qué cosa es esto?, a la que se contesta: una piedra, un animal, un hombre. La respuesta indica la naturaleza de la cosa en cuestión, que la constituye en una determinada especie distinta de todas las demás.

No hay que confundir el concepto de naturaleza con el de persona; son dos cosas completamente distintas. La naturaleza, como acabamos de ver, responde a la pregunta ¿qué cosa es esto?, señalando la esencia de esa cosa, que la constituye en una determinada especie. La persona, en cambio, responde a la pregunta ¿quién es éste?, y señala el sujeto (Juan, Pedro, Pablo) que realiza operaciones mediante su naturaleza racional (su humanidad). La persona se refiere siempre a una naturaleza intelectual o racional (Dios, el hombre o el ángel), de la que señala el sujeto concreto (Dios Padre, Juan, Pedro, Gabriel, Rafael). La simple naturaleza, en cambio, puede referirse a seres intelectuales o racionales (Dios, un hombre, un ángel) o irracionales (un caballo, un perro) o incluso (una piedra). La naturaleza designa a la cosa; la persona designa al yo.

Sustancia es el término acuñado por Aristóteles para referirse al sustrato básico en donde se asientan los accidentes, a aquello cuya esencia le compete ser (existir) en tanto que es algo (cosa). Descartes denominó **sustancia** a todo aquello que no necesita de ninguna otra cosa para existir.

Teándrico: lo que es a un tiempo humano y divino

Terminativo. En filosofía escolástica, relativo al término u objeto de una acción.

Unión hipostática. Literalmente, ***unión según la hipóstasis/persona***. Es la expresión teológica y magisterial, surgida en la época patrística, con la que se indica **la unión profunda de la realidad divina y de la realidad humana en la persona/sujeto del Hijo/Verbo** eterno de Dios en Jesucristo.

UNÍVOCO ***Cuando una realidad cualquiera es participada por muchos individuos del mismo e idéntico modo****, tenemos una participación unívoca (v.gr., la humanidad se dice o predica de todos los hombres del mundo en el mismo e idéntico sentido: todos son igualmente hombres).*

ANÁLOGO *Si, por el contrario,* ***aquella realidad se predica de varios sujetos de modo diferente o proporcional,*** *tenemos una participación análoga (v.gr., el ser se predica de Dios, del ángel, del hombre, de los animales, plantas y piedras—todos son seres—, pero de modo muy diferente y en grados muy diversos).*

A α	alfa	alpha	alfa	[a] [aː]	[a]	1	ʾalp (□) /ʔ/
B β	beta	bēta	vita	[b]	[v]	2	bet (□) /b/
Γ γ	gamma	gamma	ghama	[g]	[ɣ] [ɟ]	3	gaml (□) /g/
Δ δ	delta	delta	dhelta	[d]	[ð]	4	delt (□) /d/
E ε	épsilon	épsilon	épsilon	[e]	[e]	5	he (□) /h/
Z ζ	dseta	dzēta	zita	[zd] o [dz] o [z]	[z]	7	zai (□) /z/
H η	eta	ēta	ita	[ɛː]	[i]	8	het (□) /ḥ/
Θ θ	theta	thēta	thita	[tʰ]	[θ]	9	tet (□) /ṭ/
I ι	iota	iota	iota	[i] [iː]	[i]	10	yod (□) /j/
K κ	kappa	kappa	kapa	[k]	[k] [c]	20	kap (□) /k/
Λ λ	lambda	lambda	lamda	[l]	[l]	30	lamd (□) /l/
M μ	mi	my	mi	[m]	[m]	40	mem (□) /m/
N ν	ni	ny	ni	[n]	[n]	50	nun (□) /n/
Ξ ξ	xi	xi	xi	[ks]	[ks]	60	semk (□) /s/
O ο	ómicron	ómicron	ómicron	[o]	[o]	70	ʿain (□) /ʕ/
Π π	pi	pi	pi	[p]	[p]	80	pe (□) /p/
P ρ	rho	rho	ro	[ɾ] [r]; [rʰ], [rʰ]	[ɾ] [r]	100	roš (□) /r/
Σ σ ς	sigma	sigma	sigma	[s]	[s]	200	šin (□) /ʃ/

T τ	tau	tau	taf	[t]	[t]	300	tau (□) /t/
Y υ	ípsilon	ýpsilon	ípsilon	[u] [uː] > [y] [yː]	[i]	400	wau (□), /w/
Φ φ	fi	phi	fi	[pʰ]	[f]	500	incierto
X χ	ji	chi	ji	[kʰ]	[x] [ç]	600	incierto
Ψ ψ	psi	psi	psi	[ps]	[ps]	700	incierto
Ω ω	omega	ōmega	omega	[ɔː]	[o]	800	ʿain (□) /ʕ/

Vocales

1. Ser real y de razón

Son innumerables los seres o entes que hay en el mundo, pero los podemos agrupar en varios tipos. Hay entes reales y de razón, materiales y espirituales, necesarios y contingentes.

Ser real es el que existe fuera de la mente y ser de razón el que está forjado en la mente y no tiene existencia fuera de ella. Ejemplos: son seres reales: el bolígrafo, el ordenador, la mesa. Son seres de razón: la sirena, el triángulo, la honradez. la sabiduría.

El ser de razón puede ser: negativo, ideal o ficticio.

Los seres de razón negativos son los forjados por la razón y sin que corresponda ningún ser en el exterior. Ejemplos: no-blanco, no-mesa y la nada. Son seres de razón negativos, pues en realidad no hay tales objetos, no existen, pues son negaciones del ser. Lo que realmente existe es blanco, mesa y el ser, pero no sus negaciones.

Las ideas abstractas son entes de razón ideales, pero no existen en la realidad. Por ejemplo: puede haber mesas de tablero triangular, cuadrado o circular, pero el triángulo, el cuadrado y el círculo no existen en ningún lugar.

El ser de razón ficticio es el que nuestra imaginación (combinando lo real) construye o finge seres que no existen. Ejemplos: el dragón, la sirena, el hada, la bruja, son seres de razón ficticios.

2. Seres materiales y espirituales

El ser material ocupa un lugar, todo el mundo lo puede ver y tiene propiedades físicas como el peso, la densidad, el color, etc. Pero también hay seres espirituales, aunque no se vean ni se puedan tocar. Ejemplos: son seres materiales la mesa, el reloj, el teléfono. Son seres espirituales la justicia, la honradez y la sabiduría. No se pueden ver pero tienen realidad.

En el hombre hay cosas materiales como el corazón, el estómago y los brazos, pero también algo espiritual (psíquico) como el conocimiento y el sentimiento.

El corazón y el pulmón se pueden ver con rayos X y otros aparatos médicos, pero los conocimientos y sentimientos no se pueden ver con ningún aparato.

Hay bienes materiales, como una finca y un coche y bienes espirituales como la honra, la dignidad y la sabiduría.

Podemos distinguir el ser necesario del ser contingente. Es necesario el que es y no puede dejar de ser. Y es contingente el que es y puede dejar de ser. Todos los seres del mundo son contingentes, porque ahora son y dentro de un tiempo pueden dejar de ser. Únicamente Dios es ser necesario, siempre es.

3. Ser, existir y estar

Hay que distinguir el ser y el existir. Todo lo que existe es, pero no todo lo es, existe. Los seres espirituales son seres reales que existen. La honradez y la sabiduría son seres y existen. Otros ejemplos: este ordenador es y existe, la nada es u ser de razón pero la nada no existe. Tampoco existen los seres de razón ideales, ni los seres de razón ficticios. No existe, pero son.

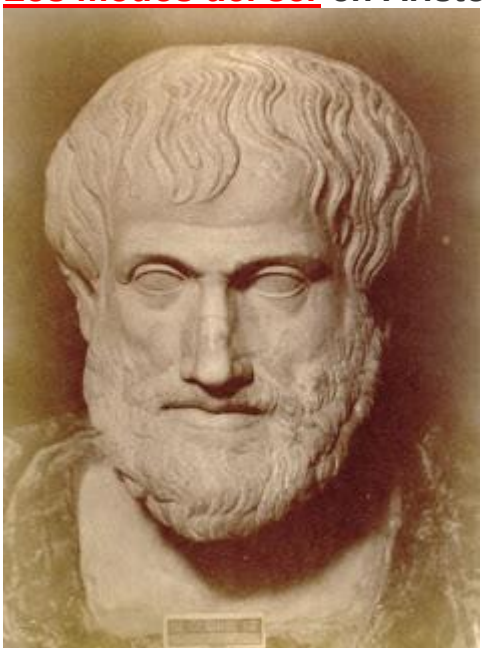
El término ser es amplísimo, más que el término existir. La nada, el triángulo y el dragón son seres de razón, pero no existen.

No es igual ser que estar. El estar indica hallarse en algún lugar. Los seres materiales están en un sitio y ocupan un espacio. Los seres

espirituales son y existen pero no están ocupando un espacio, es decir, no están.

Ejemplos: el señor González **es** madrileño y **está** ahora enfermo en el hospital. El cerebro **está** en la cabeza y el corazón en el tórax; pero ¿dónde están los pensamientos y sentimientos? Estos son seres espirituales que son pero **no están** en un lugar determinado.

Los modos del ser en Aristóteles



Aristóteles plantea **cuatro modos** de explicar el ser:
Por sí mismo - Por accidente.

Según categorías.
Verdadero - Falso.
Potencia - Acto.

Cuando nos referimos a los entes podemos observar que
algunos aspectos del ser definen su esencia,

otros, por el contrario, **aportan elementos que pueden estar en otros entes**.

Puedo hablar del ser de un cedro,
y como todo árbol **tiene atributos de color, tamaño**, etc., que si bien lo diferencian, se **encuentran en otras especies**, y ***no hacen a la esencia del cedro como árbol***.

Expliquemos los dos primeros modos que puntualiza el filósofo:

- **el ser en si (Per se)**
- **y el ser por accidente (Per accidens),**

y en segundo lugar el ser por categorías.

Entre estas dos formas de explicar el ser existen relaciones que trataremos de exponer a continuación.

Retomando la idea con la que comenzamos, decimos que para Aristóteles el ente puede ser explicado de diferentes maneras. **Cuando nos referimos a los entes lo hacemos desde diversos aspectos.**
Yo puedo decir: *"esto es un libro"*,
que **no es lo mismo que** decir: *"este libro **es blanco**"*, o que decir: *"es un libro **pequeño**".*
modo
En los tres ejemplos hablamos de libros, pero todas **las referencias son diferentes**. Para aclarar esto, Aristóteles diferenció entre **el "ser en sí"** y **el "ser en otro".**

El "ser en si", o en griego el ser **"Per se"**, es el ser en sí mismo, lo que lo hace particular.

El ser por accidente hace referencia a todos **aquellos atributos que podrían estar o no,** pero que **no hacen a lo esencial del ser**.
Que una persona sea un *atleta*, *comerciante* o *tenga una familia* **no hace a su esencia**, **son atributos accidentales**.

El ser en si de la persona es su capacidad para razonar o para expresar sentimientos.
esto **lo define esencialmente como ser humano**.

+
Relacionemos ahora el primer **modo de ser** con el segundo:

El "ser en si" es lo que Aristóteles define como "ousía", "sustancia". ***El resto de los aspectos del ser son accidentes.*** Estos aspectos son denominados también ***" ser en otro",*** porque **son modos** del ser que ***se distinguen en el ente pero que no existen por sí mismo***. **No existe un ente blanco, o un ser pequeño** sino que **existen en relación a una sustancia**.

Todos **los atributos que no constituyen lo sustancial del ser** y que son **definidos como "ser en otro"** ***(in alio)*** **o ser accidental**, son denominadas **CATEGORÍAS del ser**,
que sin incluir a la sustancia son nueve:
cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, posición , posesión, acción , pasión.

Para explicar las categorías tomemos como ejemplo el ser Sócrates:
El filósofo *mide un metro* setenta (**cantidad**), es *calvo* **(cualidad)**, es *esposo* de Jantipo (**relación**), se encuentra *en una plaza* (**lugar)**, *por la mañana* (**tiempo**), está *de pie* (**posición**), está *vestido* (**posesión**), *come* (**acción**), y *es interrogado* por sus alumnos (**pasión**).

Todas **las categorías se refieren al ser** pero **no distinguen los fundamental** del ente, que se **encuentra en la sustancia**.
La ousía o sustancia constituye el ente individual y concreto, a diferencia de Parménides y Platón que veían al ente como intangible, y que en el caso de este último eran abstractos, universales, y se encontraban fuera de las cosas, porque ellas eran meros reflejos de lo real.